ÁLBER VÁZQUEZ



PONIENTE

La increíble hazaña de Juan Sebastián Elcano y los hombres de la nao Victoria

Esta novela narra una de las aventuras más increíbles de la historia de la Humanidad: la primera circunvalación al globo terráqueo. Un viaje único donde las distancias asombran, la voluntad triunfa sobre las limitaciones y el tiempo deja de ser relevante cuando de alcanzar la gloria se trata.

Álber Vázquez da voz al puñado de audaces que navegó hacia territorios completamente desconocidos y descubrió la auténtica dimensión del mundo. Injustamente olvidados, por primera vez, hablan en primera persona en estas páginas vibrantes en las que brillan la capacidad humana, el sacrificio, el compañerismo y la lealtad.

Así, Juan Sebastián Elcano y sus hombres, a bordo de la Victoria, logran demostrar que la materia prima de la que se construyen los héroes de la historia es el compromiso, la obstinación y un deseo irrefrenable de ir siempre más allá.



Álber Vázquez

Poniente

ePub r1.1
Titivillus 31.08.2020

Título original: *Poniente*
Álber Vázquez, 2019

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



«Aquello que más debemos estimar y tener es que hemos descubierto y dado la vuelta a toda la redondez del mundo, que yendo para el occidente hayamos regresado por el oriente».

JUAN SEBASTIÁN ELCANO al rey Carlos V, a bordo de la nao *Victoria*, en Sanlúcar de Barrameda, el 6 de septiembre de 1522

1

Un mundo sin portugueses

17 de septiembre de 1519

EL CAPITÁN Isasti puso las manos sobre la borda y miró hacia el frente. Entornó los ojos, escrutó el horizonte e hizo un ruidito con los labios, como quien trata de ayudarse a pensar. La *Limpia Esperanza*, una preciosa carabela artillada de setenta toneles[1], se hallaba a unas cincuenta leguas[2] al suroeste del cabo de San Vicente. Tras Isasti, y pese a lo que tenían mandado, los treinta y cuatro hombres que formaban la tripulación permanecían expectantes. No se podía, desde luego que no se podía, pero, mira, llevaban cinco semanas recorriendo el mar entre Sanlúcar y las islas Canarias y por fin parecía que tenían algo. No se les podía reprochar el ansia a aquellos hombres, porque reprochársela así por las buenas sería como quitarles la miel de los labios. Cinco larguísimas e interminables semanas patrullando sin descanso y, ahora que sentían que habían dado con algo, ese algo les pertenecía a todos. Al menos, su descubrimiento: la certeza de que estaba ahí delante, oculto en la redondez del mundo.

—¿Qué me dice, capitán? —preguntó Tolosa, el maestre[3] de la carabela. Se situaba en la borda junto a Isasti y, al igual que él, escudriñaba el horizonte.

—No sé… —contestó el capitán con esa voz apagada que se usa para decir una cosa mientras piensas la contraria. Porque algo muy dentro de ti te dice que por supuesto que está ahí, que ayer, justo con la última luz del día, la avistasteis, que no estáis en un error, que frente a vosotros, la mar oculta una nave enemiga.

La *Limpia Esperanza* tenía una misión: asegurarse de que en las aguas que separaban la península de las islas Canarias no había portugueses. Necesitaban cerciorarse porque, en cuestión de días, en cuanto ellos regresaran a Sanlúcar y avisaran de que la mar estaba limpia, una expedición de cinco naos mercantes partiría rumbo a la especiería. De las Canarias en adelante, si bien dependerían

de sí mismos, no tendrían por qué preocuparse de nada: ninguna nave portuguesa los atacaría porque tenían derecho a navegar aquellos mares. Sin embargo, el trayecto hasta las islas… El trayecto hasta las islas había que planearlo con mucho cuidado. ¿Tenían los barcos españoles derecho a navegar hasta un archipiélago que, por ley, les pertenecía? Todo el del mundo. ¿Tenían esas mismas naves derecho a emprender ruta hasta la especiería? Todo el del mundo. ¿Entonces? Que las respuestas podrían ser esta u otras dependiendo de a quién preguntaran. Si lo hacías con los portugueses, quizás no pensaran igual. A saber. De manera que, por si acaso, habían mandado a una carabela a echar un vistazo rápido. Eso le dijeron a Isasti: vaya, dese unas cuantas vueltas y se viene en cuanto esté seguro de que la zona está tranquila. Isasti repuso que aquella empresa no sería fácil, pero en Sanlúcar, como era costumbre, le quitaron hierro al asunto. Vamos, Isasti, que siempre está usted poniéndose en lo peor. Vaya, vaya de una santa vez.

Así que se subió a la *Limpia Esperanza* y puso rumbo hacia el suroeste. Esta era la sexta vuelta que llevaban dada. Que dicho así suena a demasiado, pero no: la mayor parte del tiempo navegaban sin aprovechar los vientos, despacio. Se pasaban los días rebuscando en la mar. En alguna parte debía de haber portugueses y tenían que encontrarlos. Sería graciosísimo que, estando ahí, a ellos se les pasaran por alto. Regresarían a Sanlúcar, avisarían de que no había problemas, la expedición de la especiería partiría y, tres días más tarde, las cinco naos caerían en una emboscada. Apresadas, con un poco de suerte o, poniéndonos en lo peor, enviadas al fondo del océano. E Isasti en Sevilla con esa risa tonta que da cuando comprendes que has metido la pata hasta el fondo.

Por eso mismo, el capitán prefería andarse con pies de plomo. En teoría, ya deberían haber regresado a puerto. Los esperaban hacía tiempo, pero él se dijo, tras consultarlo con Tolosa, que más les valía asegurarse de que la zona se hallaba despejada. Y puede venir el listo, porque siempre hay un listo que sabe más que tú de lo que tú más sabes, que afirme que ese trozo de mar que hay entre San Vicente, Gibraltar, Madeira y las Canarias es tan grande que una sola carabela no podría asegurarlo ni en un millón de años. Que mientras tú vas, ellos pueden venir por el lado opuesto. Bien, pues decidle al listo que quizás a él le suceda, pero no así a los hombres de Isasti. No, porque Isasti pisaba el tablamen de la mejor y más veloz carabela del mundo.

Ah, la *Limpia Esperanza.*… Era verla y derretírsete la mirada. Tenía una sola cubierta y dos velas latinas que, cuando los hombres las maniobraban como Dios

manda, hacían que la nave no navegara, sino que volara sobre las olas. Isasti, como no podía ser de otra manera, la llevaba con la bodega lastrada, pero siempre al límite de lo sensato. Le solían decir: Isasti, ándate con ojo o el barco se te vuelca. Isasti fingía que se lo pensaba, que echaba tres o cuatro cálculos mentales para, acto seguido, asegurar que llevaba el lastre preciso, el que a él le gustaba, el que le permitía poner la carabela a volar sobre la superficie del mar. Calma en todas partes, pues de Isasti podrían decirse muchas cosas, pero no que fuera de esos capitanes que, de puro ineptos, hunden sus propias naves. Salir de puerto y sin tiempo para alejarse ni un cuarto de legua, al fondo. Ni que decir que a esos capitanes no volvía a dárseles un mando en la vida.

Además, ellos tenían a Hans, el lombardero. Hans, que como todos los lombarderos presentes en Sevilla, era alemán de nacimiento, pesaba, por alemán esencialmente, el doble que cualquier marinero. Ello, desde luego, contribuía a que la *Limpia Esperanza* adquiriera estabilidad sobre las olas. Cuando el viento venía de popa, Tolosa lo situaba cerca del palo mayor y le pedía que no se moviera de allí porque, con su peso, ayudaba a estabilizar la carabela. Hans protestaba, ponía el grito en el cielo y afirmaba que él debía ocuparse de sus asuntos, pero pronto le respondían que él era lombardero y, salvo que tuvieran que atacar a una nave enemiga, su trabajo consistía en, resumiendo, mantenerse con vida. Así que junto al palo mayor y sin rechistar.

—¿Hans? —preguntó, precisamente, el capitán Isasti. Los hombres, que se habían mantenido en silencio hasta entonces, sintieron en el pecho la más honda de las emociones. El capitán no mandaba llamar al lombardero sin más ni más.

—Hans —expresó Tolosa. Las órdenes, en una carabela de las dimensiones de la *Limpia Esperanza*, se daban sin alzar la voz. No hacía falta, pues, con la mar en calma, se escuchaban sin dificultad los unos a los otros.

Hans, Jansito, como le llamaban los marineros, se abrió paso entre el grupo y se acercó al lugar desde donde el capitán no dejaba de observar el horizonte. Él también echó un vistazo, pero no tenía buena vista y veía mal de lejos. Por extraño que parezca, la mayoría de los lombarderos alemanes no veían tres en un burro. Se dio el caso de uno que era literalmente ciego y tardaron diez años en darse cuenta. Y es que existen demasiadas suposiciones en torno a lo que un lombardero hace y muy pocas certidumbres. Los tipos como Jansito jamás apuntaban al enemigo. Quien apuntaba era el piloto y lo hacía mediante el gobierno de la nave. No quedaba otra, pues las lombardas se hallaban fijas a la cubierta de la carabela y el lombardero solo tenía que decidir cuándo las hacía

bailar. En la *Limpia Esperanza* llevaban montadas cuatro lombardas, dos por cada lado, hacia la parte de popa, tras el palo de mesana. También llevaban seis falconetes de pequeño calibre, aunque estos los servían entre los grumetes y los pajes y solo si las distancias se acortaban tanto que los barcos casi llegaban a tocarse. Cosa que, por cierto, casi nunca sucedía.

—Prepara las de estribor —ordenó, sucintamente, el capitán Isasti.

Isasti era vizcaíno, de Pasajes de San Pedro, y, en consecuencia, no pronunciaba una palabra si podía evitarla. En torno a lo cual siempre se generaban largas discusiones entre las tripulaciones, pues existían, por un lado, los que daban gracias al Cielo por hallarse a las órdenes de un capitán sempiternamente con los labios sellados y, por otro, los que echaban de menos la cháchara continua. Sería difícil alinearse con los unos o los otros, porque todos tenían su parte de razón, pero un capitán silencioso convierte en feliz a una tripulación. Digamos que en la mayor parte de los casos lo es, así que bien por Isasti y bien por los marineros de la *Limpia Esperanza*.

—A la orden —repuso Jansito, yéndose de inmediato a cargar y preparar las lombardas.

Los hombres, siempre expectantes, se hicieron a un lado y lo dejaron pasar. Transcurrieron todavía algunos minutos antes de que el capitán Isasti se dignara a darles la satisfacción definitiva.

—Tolosa —dijo. Tenía la mirada fija en el noroeste.

—Diga, capitán.

—Está ahí, Tolosa.

—¿Seguro, capitán?

—Seguro.

—A trabajar, pues.

Habían avistado a una nave portuguesa y eso no podía considerarse sino un golpe de buena suerte. Siempre es mejor que haya enemigos y encontrarlos que no haberlos y, por no haberlos, no hallarlos ni en mil vidas. En la mar, solo cuentan las certezas, pues de suposiciones se han armado siempre las derrotas. Ya podrían regresar a puerto con una evidencia: los portugueses no son ajenos a lo que pretendemos.

Bien. Mientras tanto, algo habría que hacer con aquellas velas que comenzaban a atisbarse en la lejanía.

Darles alcance. Para empezar.

La *Limpia Esperanza* tenía un piloto, aunque a Isasti, en los momentos

difíciles como este, le gustaba agarrar la caña del timón. Desde el momento presente, el rumbo de la carabela quedaba en sus manos. Él la guiaba, él decidía por dónde avanzar, él sería el responsable último de que el navío portugués se les escapara sano y salvo o no. Y, además, pilotar la nave es algo que puedes, y debes, hacer en completo silencio. De las maniobras de la marinería, de poner hasta al último hombre a trabajar, se encargaba el maestre. Y ahora, más que nunca, hasta el último significaba eso precisamente: ni el más joven de los pajes, un crío que acababa de cumplir los siete años, quedaba exento de las labores que tendrían lugar durante las dos próximas horas. Vamos a dar alcance a un barco portugués, lo vamos a lombardear y, con un poco de suerte, puede que hasta lo enviemos a pique. ¿Por qué? Por portugués. ¿Acaso no es razón suficiente? ¿No merece el mundo vivir libre de ellos para siempre jamás? Pues aquí estaba la *Limpia Esperanza*.

A por ellos.

Trece marineros y siete grumetes, el grueso de la tripulación, se pusieron a trabajar con los aparejos. La carabela avanzaba ya a buena velocidad, pero precisaban más, mucha más. Había un puntito en el horizonte y, para alcanzarlo, necesitaban dos impulsos: el del viento y el de los músculos de los hombres. El primero ahí estaba, soplando alegre. El segundo, acababa de ponerlo en marcha el maestre Tolosa.

—Doble ración de vino si para la hora de la comida hemos dado alcance a esos hijos de puta —dijo con voz firme. A bordo no se bebía otra cosa, entiéndase, de manera que rebajar o aumentar las raciones se convertía tanto en castigo como en acicate. En honor a la verdad, ni lo uno ni lo otro solía ser frecuente. Los premios, a bordo, quedaban reservados a momentos decididamente especiales como el presente. En cuanto a los castigos… Ningún capitán era tan cruel o tan idiota como para dejar a un marinero sin su ración de vino. No, porque de ahí a la rebelión o el amotinamiento solo había un paso. El vino siempre era sagrado sobre la cubierta de un barco español.

—¡Bien! —gritaron varios grumetes, casi al unísono. Los marineros, algunos de los cuales tenían bajo su cuidado personal a uno u otro muchacho, les soltaban un pescozón con el nudillo del dedo corazón. Que duele, duele a rabiar, pero no lo desgracia a uno. Ni al capitán, ni al maestre, ni al piloto se les rechistaba. En cuanto al carpintero, al calafate o al tonelero, pues dependiendo. En cualquier caso, si había que celebrar algo, los marineros serían los primeros en hacerlo, no el hatajo de astrosos grumetes.

La *Limpia Esperanza*, con Isasti a la caña del timón, comenzó a avanzar cada vez más y más deprisa. Lo que había sido un puntito en el horizonte, gracias al trabajo de los hombres en los aparejos, se estaba convirtiendo, primero, en un borrón más o menos distinguible y, más tarde, en la silueta de un navío de dos o tres palos. Un navío que, Tolosa ya lo había advertido, no se estaba quieto, sino que emprendía la huida: si alguien necesitaba una prueba de que se trataba de portugueses, ahí la tenía. Solo los cobardes escapan de esta forma.

Quizás si no hubiera sido asunto de una carabela tan marinera como la *Limpia Esperanza*, a los perseguidos les habría dado tiempo a llegar a puerto seguro. Puede que entre ellos y su hogar no hubiera más de cuarenta y cinco leguas. Alguna menos, incluso, pues estos cálculos, y con las tripulaciones enteras absortas en el gobierno de las naves, se hacían siempre por estimación. Como para andar midiendo grados estaban. Pero sí, podría haberles dado tiempo. Sin embargo, la *Limpia Esperanza* navegaba tan veloz que hasta enseñaba la quilla por proa. En un barco construido para flotar sobre el viento y las olas, el hecho de conseguirlo se convertía en un motivo de orgullo para su tripulación. La marinería se dejaba la piel en las maniobras y no era raro que, durante largos ratos, apenas la voz del maestre dando tal o cual instrucción fuese el único sonido sobre la cubierta de la carabela. Cuando se navega como todo marinero sueña que debe ser la singladura perfecta, Dios está de tu lado, y también el esfuerzo, el sudor y los cabos crujiendo por la tensión. Sientes que el mundo, humilde en sí mismo, adquiere sentido y todo encaja. Hay portugueses en el horizonte, asuntillo al que vamos a ponerle remedio más pronto que tarde.

Cerca del mediodía, la tenían a menos de media legua de distancia. Ya no cabía duda al respecto: se trataba de una nao de quizás cien o ciento veinte toneles y, a juzgar de algunos marineros, navegaba a medio cargar. Dada la distancia que todavía separaba a ambos barcos, cualquiera habría sido un poco más prudente. No obstante, ¿quién dijo miedo? A los españoles les encantaba aventurar posibilidades, especular acerca de ellas, cruzar incluso alguna que otra apuesta. Por supuesto, todo ello sin dejar de lado las labores. Allí se trabajaba y como si no hubiera un mañana.

El capitán había ordenado a Jansito que preparara las lombardas de estribor. Así, todos sabían que por ese lado se acercarían a la nave portuguesa. ¿El plan? Puestos a pedir, ninguno mejor que el que hubiera supuesto la rendición inmediata del enemigo. No obstante, nada de eso sucedería. Los portugueses, en

principio, habían optado por intentar huir. Ahora que la *Limpia Esperanza* se disponía a darles alcance, se defenderían. ¿Cómo? A lombardazos, claro.

Ningún marinero desconocía qué se proponía el capitán, pues era más que obvio: a tanta velocidad como fuera posible, darían alcance a la lenta nao portuguesa y la lombardearían en el momento que Jansito juzgara que la tenían a tiro. Mientras tanto, debían maniobrar rápido para zafarse de los disparos que, a buen seguro, desde el barco enemigo efectuarían. Dar sin que te den. Un procedimiento tan viejo como el universo mismo, pero efectivo a más no poder si consigues que te salga bien.

Y alguno dirá, a estas alturas… ¿Y si atacaban a inocentes? ¿No podría ser? Pues no, no podría. En primer lugar, porque la nave portuguesa era portuguesa y se encontraba en aguas que ellos, los españoles, consideraban españolas. En circunstancias normales, habría sido su deber tratar de apresarla o castigarla. Pero es que, por si esto no fuera suficiente, las condiciones estaban lejísimos de juzgarse normales: allí se estaba dilucidando si una expedición española podía o no poner rumbo tranquilo a la especiería. Los portugueses, que consideraban esta como una posición suya en ultramar, afirmarían, si alguien se tomara la molestia de cuestionarles al respecto, que no. Sin embargo, no había un solo español en Sevilla o en Sanlúcar que no se aprestara a negar esta aseveración: la especiería no era de nadie, salvo del que primero llegara y se la quedara para sí. Y esta realidad estaba por ver, escribir y esclarecer. Así que la *Limpia Esperanza* no solo hacía lo correcto, sino también lo justo, lo conveniente y lo palmariamente de cajón. Que ya está bien con tanto Portugal, por el amor de Dios.

A un cuarto de legua de distancia, cuando ya se le podía distinguir el bigote al capitán portugués encaramado a su castillo de popa, la nao comenzó a virar hacia estribor.

—Pero qué putos cobardes… —dijo Isasti al darse cuenta. Una cosa era ser de pocas palabras y otra, no clamar cuando la ocasión daba para ello y para más. La nao portuguesa, teniéndose por cazada, les mostraba la popa. Dicho de otro modo, se ponía de perfil. De esta forma, Jansito tendría menos posibilidades de hacer blanco y ellos, según cuál fuera la derrota de la *Limpia Esperanza*, se reservaban la posibilidad de contraatacar con su artillería. Así, en cristiano, los portugueses se repartían, a sabiendas, una buena mano con el deseo de que los españoles se tragaran el farol y optaran por salir indemnes poniendo leguas de por medio; virar a estribor para no perder de vista a la nao y mantenerse en la

contienda significaba que ellos, los portugueses, los aguardaban con sus lombardas cargadas. De la rapidez de Jansito para recargar dependería todo.

Isasti lo tuvo claro desde el principio. La *Limpia Esperanza* continuaba aproximándose a enorme velocidad a la nao portuguesa. Poco a poco, el capitán tiró de la caña del timón y comenzó a virar hacia estribor. Acompasaba, de este modo, su movimiento al del enemigo. Tolosa, en cuanto se dio cuenta, procedió a dar instrucciones a la marinería para que las dos velas latinas se sumaran a la maniobra.

—¡No abras fuego, Hans! —ordenó el capitán.

El lombardero, que en una carabela de la eslora de la *Limpia Esperanza* no se hallaba a más de tres pasos de distancia de Isasti, asintió. Él habría preferido zumbarles en la popa y recargar, pero allí las órdenes las daba el capitán. Sabía que podría haberlo logrado, que les habría dado tiempo a efectuar dos andanadas contra los portugueses: la primera en su popa y, algo después, en su costado de babor. Un hombre demasiado cauteloso para su gusto, el capitán Isasti…

O no. No existe lombardero que no desee disparar, como no existe carpintero que no vea tablas desclavadas por todas partes o calafate que no sueñe con el olor del pez. Y es bueno que así sea, pues si un hombre no ama su oficio, ni es hombre ni es nada. Pero precisamente por este mismo motivo, Isasti se sentía en la obligación de deberse al suyo: capitanear una carabela artillada cuyo objetivo es mantener limpias de portugueses las aguas españolas. Y esto se consigue con habilidad, sabiduría, un poco de suerte y los disparos justos y efectuados en el momento preciso. Aquella tripulación, su tripulación, estaba formada por marineros cuyo trabajo consistía en conseguir que la nave transitara, de la mejor manera posible, de un punto a otro en la mar. Ya está, no se trataba de más cosas, y quien pretendiera lo contrario se equivocaría de pleno. Desde luego, aquellos tipos con la piel agrietada por el sol inclemente no eran soldados. Sabían que iban artillados, por supuesto, y más de uno y de dos habían sido testigos, en alguna que otra ocasión, del rugir de las lombardas. Hans y todos los hombres que en Sevilla se llamaban Hans no dudaban en disparar cuando sus capitanes lo ordenaban. Pero esos disparos asustaban a los marineros. Por inhabituales, por estruendosos, por maléficos, por lo que tú quieras. Un hombre de mar es un hombre acostumbrado al silencio solo roto por los quejidos del aparejo y el graznido de las gaviotas. La guerra no formaba parte de sus vidas, del modo en el que ellos concebían sus existencias. Por ello, Isasti, y como Isasti cualquier

capitán al mando de una nave que surca los mares, era partidario de efectuar, de todos los disparos posibles, siempre los justos y necesarios. Ni uno más.

Retendrían, pues, la carga y no dispararían sobre la popa que ya la nao portuguesa les enseñaba.

—¡Vamos, vamos! —apremió Tolosa cuando la *Limpia Esperanza* comenzó a realizar la maniobra de acercamiento a la nao enemiga.

De pronto, los portugueses arriaron las velas. La argucia tenía su qué y, siendo honestos, los españoles no se esperaban un movimiento tan audaz. Arriar de golpe todas las velas suponía que la nao se quedaba prácticamente sin gobierno, pero quieta en mitad de la mar. Continuaría avanzando durante un trecho a causa de la inercia, pero terminaría por detenerse. De esta manera, cuando la *Limpia Esperanza* le diera alcance, esta tendría mucho menos tiempo para efectuar sus disparos. Piénsalo: pasaría junto a ellos como una exhalación y Jansito se vería obligado a demostrar que realmente sabía cómo ganarse el jornal.

La del capitán portugués había sido una buena idea. De alguna forma, en mitad del mar abierto, donde no hay nada sino una inmensa extensión de agua por todas partes, ellos habían encontrado un lugar en el que ocultarse: la desquiciada velocidad que traía la *Limpia Esperanza*. Mantenerse quietos les daba una oportunidad de salvar el primer, y quizás último, envite.

Tolosa miró a Isasti, Isasti asintió levemente y no fue necesaria ni una sola palabra.

—Hans, preparado —ordenó el maestre. Iban a lombardear a los portugueses. La maniobra de detención no les libraría del ataque y a Jansito se encomendaban.

El alemán, como había hecho un instante antes el capitán Isasti, asintió por toda respuesta. Sujetaba en su mano el hierro candente con el que inflamaría la pólvora de ambas lombardas cuando considerara que la nao enemiga se encontraba a tiro. El procedimiento no podía ser más sencillo. Cada lombarda constaba de dos partes, la caña y el servidor. En la primera se colocaba la bala y en el segundo, que podía extraerse de su posición, la pólvora y un taco de madera para mantener las cosas en su sitio. El lombardero no tenía más que inflamar la pólvora para que el taco saliera despedido y empujara la bala hacia el enemigo.

Jansito, que no había nacido ayer, disponía de dos servidores por cada lombarda. De esta forma, el proceso de carga de la segunda andanada se acortaba

mucho: quitas el usado y pones el nuevo. Queman como demonios, pero la piel de un lombardero es como la de los reptiles: gruesa y escamosa hasta la pura insensibilidad.

La *Limpia Esperanza* se acercaba más y más a la nao portuguesa. Jansito se situó, con los pies abiertos, en el punto exacto entre sus dos lombardas. Sudaba a chorros y apretaba los labios: por un instante, él sería el hombre más importante de la carabela. Todos, absolutamente todos sus tripulantes, incluido el mismísimo capitán, estarían trabajando para colocarle el tiro perfecto. No podía defraudarlos.

A una distancia tal que ya los rasgos de los marinos portugueses podían distinguirse con absoluta precisión, Jansito miró a Isasti. Isasti le devolvió la mirada, aunque como quien mira el vuelo de un pájaro: allí el capitán no tenía nada que decir y Jansito lo sabía. En sus manos estaban.

Contra todo pronóstico, porque siempre que esto sucede es contra todo pronóstico, los portugueses lombardearon primero y lo hicieron desde su lado de babor. Un proyectil pasó limpiamente entre los dos palos, y tres o cuatro hombres que bregaban allí sintieron su silbido en las orejas, y el otro hizo añicos un trozo de borda en la popa de la carabela. Jansito sonrió. Se habían apresurado. Ahora llegaba su turno.

Antes, Isasti trazó, en su cabeza, el plan definitivo. Los tenían. Si salía bien.

—¡Todo a estribor! —exclamó.

Tolosa atrapó la orden al vuelo y la descompuso en instrucciones para la marinería. La carabela se disponía a realizar una virada de ciento ochenta grados utilizando como centro de rotación la nao portuguesa. Ya venían virando desde un rato atrás, así que puede que, pese a lo arriesgado de la maniobra, lo consiguieran.

Primero, Jansito.

Se acercaron, se acercaron, se acercaron… Virgen santa, qué feos son los portugueses. Lo sabían, porque llevaban frecuentándolos media vida, pero se trataba de un tipo de fealdad que no siempre recuerdas. De esas que te sorprenden porque, cuando las ves, crees que las estás viendo por primera vez.

—¡Hijoputas! —gritó uno de los marineros cuando los tuvieron a tiro. A Tolosa no le dio tiempo a reprenderle por eso mismo, porque los tenían a tiro y Jansito iba a poner a bailar sus lombardas.

El alemán estiró el brazo en el que sostenía el hierro candente, lo acercó al servidor de la que se encontraba a su derecha e inflamó la pólvora. Acto seguido,

un instante antes de que el disparo tuviera lugar, realizó lo propio en la lombarda situada a su izquierda y, en adelante, todo fue estruendo. Bam, bam, y los dos disparos partieron desde la cubierta de la *Limpia Esperanza*.

Isasti tenía la camisa pegada al cuerpo por efecto del sudor. Él era, en último término, el responsable de apuntar, así que verían si la fortuna les había sonreído. Antes de nada, tenía que disiparse el humo producido por las detonaciones.

La *Limpia Esperanza* llevaba tanta velocidad que ni siquiera tuvieron tiempo de apreciar algo. Superaron a la nao portuguesa, congelaron en sus mentes las caras de pasmo con las que les había recibido su tripulación y la superaron largamente. Salvo Jansito, que se apoyaba en la borda y sacaba medio cuerpo sobre ella para ver si así averiguaba cómo les había ido, el resto de los marineros se deslomaba para que la virada fuera perfecta.

—¡Le hemos dado! —gritó, de pronto, el lombardero. No le hicieron demasiado caso porque si a los lombarderos hubiera que hacérselo cuando se referían a sus propios disparos, la mitad de las armadas planetarias dormiría en el fondo del mar.

Gruñían los hombres por el esfuerzo y, con ellos, Isasti en la caña. La *Limpia Esperanza* había superado muy generosamente a la nao portuguesa y daba media vuelta en la mar tranquila. Isasti pretendía una cosa: volver a abordarla, aunque ahora por su lado de estribor. Habían comprobado, porque les habían disparado, que tenían cargadas las lombardas de babor. Podría ser que, previsores como los que más, los portugueses hubieran cargado las de uno y otro lado. Podría ser, pero esto era algo que no hacía nadie en el mundo entero. No resultaría ahora que el capitán de esta nao del tres al cuarto alteraba el sentido de los pulsos del tiempo más allá de su lugar en la historia y en la razón. Tenían cargada una sola banda, que es como se había hecho toda la santa vida y como la propia *Limpia Esperanza* se encontraba realizando. Se ataca al enemigo con cabeza y esta es la primera regla de la cordura.

Jansito introdujo, en el minúsculo hornillo que llevaban para cocinar, el hierro candente. No fuera, entre que iban y venían, a enfriársele. Después, regresó hasta el lugar donde se ubicaban las lombardas y las enfrió vertiendo sobre ellas sendos cubos de agua de mar. Los servidores, aquellas piezas metálicas que se separaban de la caña y donde el lombardero situaba la carga de pólvora, fueron rápidamente sustituidos por otros. Jansito colocó las balas, encajó con mimo los servidores y todavía tuvo tiempo de irse a por un trago de vino antes de que la carabela volviera a colocarse en posición de tiro.

Como él había anunciado, le habían dado. Tolosa, que caminó hasta la proa de la carabela para, desde allí, tener una mejor visión de lo acontecido, advirtió, sin el menor margen para el error, que la nao portuguesa se escoraba levemente hacia su lado de babor. Hacia el lado en el que la habían lombardeado. Jansito estaba en lo cierto. Al menos uno de los dos proyectiles había atravesado las tablas de la nao y le había abierto una vía de agua. Dependiendo de que el navío se hallara más o menos cargado, de cómo estuviera repartida dicha carga y, por supuesto, del lugar donde le hubieran abierto el agujero, los portugueses serían o no capaces de taponar la vía de agua y, en consecuencia, de no irse a pique.

En lo que a los españoles respectaba, se disponían, con la ayuda de Dios, a horadarles la otra banda. La que tenían desarmada.

Isasti, a continuación, tenía dos opciones. Dada la posición de desventaja de la nao enemiga, podía moderar la velocidad de su carabela o, por el contrario, continuar como hasta ahora. El viento, que había sido a favor durante la ida, se había convertido en contrario tras el viraje. Sin embargo, la *Limpia Esperanza* barloventeaba como los ángeles, así que la opción de no ceder ni medio nudo continuaba abierta. El capitán no se lo pensó demasiado y se decidió por la segunda de las opciones: los superarían como una centella y que Jansito rematara tan bien como supiera.

—Están tocados, están tocados… —mascullaban los hombres sin poder ocultar su excitación. Como se ha dicho, no eran gentes de guerra, pero ya que los habían metido en una contienda, que esta se estuviera resolviendo a su favor los llenaba de satisfacción. A fin de cuentas, sabían, porque un marino lo sabe todo acerca de la nave que ocupa o, de lo contrario, no es digno de ser así llamado, que los aprietos en los que habían puesto a la nao portuguesa eran mérito y orgullo de todos y cada uno de los hombres a bordo.

La nao portuguesa ya daba más que evidentes síntomas de hallarse herida. Jansito les había provocado una vía de agua, sin duda, porque, en el momento en que la alcanzaron, la *Limpia Esperanza* ya había comenzado a virar, se había escorado hacia estribor y los disparos de las lombardas habían salido bajos. Ningún portugués habría sufrido daños, pues todos ellos se hallarían, durante la aproximación, en la cubierta, pero, a cambio, la nave enemiga había encajado un proyectil muy probablemente a la altura de la línea de flotación.

—No se mueven, capitán —dijo Tolosa mirando hacia la popa, allá donde Isasti continuaba aferrado a la caña del timón. En una carabela de una sola

cubierta como la *Limpia Esperanza*, un hombre podía ver a otro prácticamente desde cualquier parte del barco. No volvería a ser así nunca jamás.

No se movían, efectivamente. Tenían problemas y ahora ellos llegaban para, sin piedad, terminar el trabajo. Portugal debía recibir un mensaje claro: fueran o no españolas aquellas aguas, ningún navío debía impedir que la expedición amarrada en Sanlúcar partiera rumbo a la especiería. Aquello solo era un aviso, una muestra de lo que podían hacer: enviar naves enemigas al fondo del mar para, a continuación, mirar hacia otro lado. Porque esta es otra: todos sabrían cuál había sido el papel desempeñado por el otro, pero nadie reconocería nada. Los actos se explicaban solos y si el rey de Portugal quería declararle la guerra al rey de Castilla por un quítame allá una nao hundida, adelante. La *Limpia Esperanza* los aguardaba en algún lugar entre Gibraltar y las Canarias.

Porque ninguno de aquellos marinos era un desalmado y porque no se les ocultaba que a bordo de la nao enemiga bregaba contra el desastre otro buen puñado de marinos, les dio pena entrar a rematarlos. Pero los españoles consideraban que habían empezado los portugueses, que nunca debieron invadir aguas españolas, que su presencia allí no suponía, en suma, sino un descomunal desafío que precisaba de su adecuada respuesta. Unos habían manifestado que ellos en su lugar no partirían en dirección a la especiería. Los otros les habían replicado que a ver por qué no. Y en esas estaban. En que todo quedara aclarado de la mejor forma posible.

Cuando la *Limpia Esperanza* pasó rozando la nao portuguesa, Isasti la acercó tanto que casi se tocan la una y la otra. Escuchaban perfectamente las conversaciones que mantenían, entre ellos, los portugueses. Percibían el miedo, el pavor que les causaba la nueva arremetida de la carabela española. ¿Por qué? Porque no tenían la menor posibilidad de salir indemnes.

Jansito recogió el hierro candente, se aseguró de que estuviera al rojo vivo y, por si acaso, sopló con suavidad sobre su extremo. Levantó la mirada, vio el horror en los rostros de los portugueses y, sin demorarse más, acercó el hierro primero a una lombarda y, luego, a la otra. Las dos abrieron fuego casi al unísono. Se hallaban tan cerca de la nao portuguesa, cada vez más y más escorada hacia el lado contrario, que no resultó difícil abrirle dos agujeros más en el casco. No significaban nada y lo significaban todo. Ahora mismo, por esos dos huecos en mitad de las tablas solo penetraba el aire. Pero si los portugueses conseguían reparar el que les habían abierto en la pasada anterior, la nao

recuperaría su equilibrio y estos dos se situarían por debajo de la línea de flotación. De una forma o de otra, el barco estaba perdido.

Isasti soltó la caña e indicó a los hombres que podían descansar. La carabela continuaría avanzando, pero ya no sostendría su velocidad demoníaca y, puesto que el viento venía de frente, terminaría deteniéndose. No les importaba. Ahora solo restaba una cosa por hacer. Dos, en realidad.

La primera consistía en asegurarse de que la nao se hundía. Los hombres se arremolinaron en la popa de la carabela y, desde allí, observaron durante diez o quince minutos. Fue lo que tardaron los portugueses en lanzar su bote al agua y subirse a él, abandonando la nao para siempre. Muy escorada ya, quizás tardara horas, días incluso, en hundirse por completo. La tripulación portuguesa, al menos, parecía salvada. Se alegraron por ello. ¿Quién no tenía un primo en Portugal? No merecían morir en aquellas aguas ni en ningunas. Ahora solo tenían que remar durante una semana para así alcanzar la costa africana. Suerte, tíos.

El segundo asunto que requería su inmediata atención tenía que ver con el objetivo final de su cometido: avisar a los de Sanlúcar de que la mar estaba limpia y de que, por fin, podían soltar amarras.

—¿Habrán podido embarcar algo de agua? —se preguntó, en voz alta, el maestre Tolosa. La tripulación, tras ordenarlo el capitán, había dejado de trabajar. No obstante, nadie se movía de su sitio. No, al menos, hasta conocer los planes más inmediatos de la oficialidad. Escuchaban, pues, con atención.

—Lo dudo —respondió Jansito pasándose el dorso de una mano por los labios y dejando en ellos rastros de pólvora negra—. Bastante si han conseguido entrar todos.

—A lo mejor han abandonado a los grumetes —sugirió un grumete.

—Es lo más probable —repuso un marinero, medio en serio, medio en broma.

—Señores —dijo, entonces, el capitán Isasti. Se sentía agotado tras el esfuerzo de mantener firme la caña del timón durante tanto tiempo. Antes de que cayera el sol, le dolerían las manos aunque él, por supuesto, no lo admitiría jamás—: Ponemos rumbo a casa. Aquí hemos terminado.

2

Cuatro marineros embarcan

19 de septiembre de 1519

HONESTAMENTE, ya nadie creía que algún día fueran a partir. Llevaban allí, amarrados en Sanlúcar de Barrameda, cuánto… Hasta habían perdido la cuenta. Desde luego, más de un mes. Un mes largo atrapados en aquel puerto, sin nada que hacer, mano sobre mano, perdiendo los sueldos que aún no se habían ganado en clandestinas partidas de cartas. Que esa era otra: por si no tenían suficiente con el hastío cotidiano, el capitán general había prohibido, amén de todo lo prohibible y por prohibir, las timbas entre marineros. ¿Y qué mal hacían unas manos, a ver, qué mal? ¡Si no tenían nada en qué emplear el tiempo! ¡Si las cubiertas de las naos habían perdido un dedo de espesor a base de lustrarlas tres veces por día! ¿No podía, la marinería, echarse unas partiditas? Hombre, lo de que nada de putas a bordo y el racionamiento del vino para evitar las curdas mortales, lo entendían. Protestaban, pero lo entendían. Eran marinos y lo que se reconocía hacia adentro se protestaba, con energía, de cara al exterior. Pero las timbitas… Pues no. Maldito fuera el capitán general y maldito fuera su nombre.

¿Por portugués todo ello? Pues tampoco. Allí, en la expedición, había un buen puñado de portugueses. De tapadillo, unos, y gracias a que se había hecho la vista gorda, otros. Pero haberlos, los había y en buen número. Algunos ni se molestaban en disimular el acento. Y es que, al parecer, a los de arriba les había costado completar las tripulaciones de las cinco naos. Qué cosa, a nadie acababa de parecerle una buena idea irse hasta la especiería, estuviera esta donde estuviese, no ya por la ruta conocida, es decir, rodeando el culo de África, sino a través de un paso al suroeste. Un paso, dicho sea también, que, aunque se le esperaba, nadie había visto. Pide tú, pide, voluntarios para una navegación que, sí o sí, se internará en aguas desconocidas, en territorios ignotos, en el fin del mundo y más allá. No se apuntaron ni cuatro. Y luego hubo que andar reclutando

marinería por las tascas, literalmente por las tascas del puerto de Sevilla. ¿Te vienes a la especiería, tío? ¿Con el portugués de la mala hostia? Con el mismo; gloria, fama y riqueza aseguradas. Gracias por preguntar, pero creo que mejor aguardaré a la siguiente.

En fin, un dislate de los pies a la cabeza. Las tripulaciones, mal que bien, terminaron por completarse. Allí, por no andarnos por las ramas, entró quien quiso entrar, salvo que hubiera matado a su madre o cometido algún delito de igual calibre. De ahí para abajo, si eras español, fingías suficientemente serlo o prometías, en el momento y frente al oficial que estaba tomando nota, fidelidad absoluta ahora y siempre al rey Carlos, tú entrabas. Te hacían un hueco en cualquiera de las cinco naves. Disimula ese acento tan raro si puedes, te decían, porque aquí solo vamos españoles de pura cepa. Es que soy italiano. Tú disimula, alma de cántaro, y estás dentro.

Total, que pese a que allí nadie creía que algún día fueran a partir, resultó que, una mañana, apareció una carabela a un cuarto de legua de la costa y arrió las velas. Era la señal convenida. Diego García de Trigueros, y con él el resto de marineros que participaba en una timba improvisada sobre un barril abandonado, dejó las cartas y se giró para observar el horizonte. Tenía treinta y un años y todas las partes del cuerpo en su sitio, incluidos los veinte dedos. De largo, se trataba del marinero más completo de la expedición que, ahora sí, parecía que estaba a punto de ponerse en marcha. Siendo, como era, de Huelva, más méritos no podrían atribuírsele. O sí: de carácter apaciguador y algo cachazudo, pertenecía a esa clase de hombres que van tranquilos por la vida, como si nada pasara, como si los sopapos que esta te da, porque te los da, no van contigo. Habría sopapos para llenar no una nao, sino cien, en los próximos tres años y el bueno de Trigueros los iría encajando uno por uno. Lo cual, por expresarlo tan abiertamente, no significa que él no se los esperara: se había enrolado para un viaje de ida y vuelta a la especiería, un paraje cuya ubicación exacta ninguno de los hombres a los que el onubense había preguntado conocía, a través de mares remotos no singlados antes por nadie. De modo que algún que otro revés, Trigueros se esperaba. A lo peor, se estrenaba y perdía ya un dedo. No le vendría mal, pues el resto de compañeros hacía chanza al respecto, como si su completitud fuera un demérito, una falta de oficio, un vaya por Dios Trigueros qué casualidad que hoy tampoco te haya caído a ti desgracia alguna.

Sin embargo, lo que vendría, y lo que aquí se contará con menos detalle del que merece, supera todo lo imaginable y también lo inimaginable. Va por ti,

Trigueros.

Nuestro hombre se hallaba enrolado como marinero en la *Santiago*, con sus setenta y cinco toneles de capacidad, la más pequeña de las cinco naos que integraban la expedición. Según se decía, el capitán general la había elegido precisamente porque su escaso tonelaje la convertía en apta para explorar aguas poco profundas. Allá, en el territorio ignoto muy al sur de la gran América, quizás se topasen con bajíos que habría, primero, que reconocer antes de que la expedición al completo se aventurara por ellos. Los marineros, los propios marineros de la *Santiago*, escuchaban estas explicaciones con la circunspección común en los hombres de mar que han ido y venido lo suficiente como para que la cháchara de un oficial al que ni siquiera estimaban les convenciera en absoluto. La *Santiago* participaba en la expedición a la especiería porque el capitán general no había logrado encontrar nada mejor. Esta era una expedición mercante, por todos los santos, y hasta al más limitado de entendederas le da por comprender que si tú quieres traer especias, muchas especias, tantas especias como te sea posible pues de ellas dependerá que nos hagamos demencialmente ricos, mejor llevar naves grandes.

Ni que decir que los marineros jamás habrían osado decir esto o algo semejante no ya en presencia del capitán general, sino de cualquier miembro de la oficialidad. Los marinos, para sus asuntos, eran, siguen siéndolo hoy en día, bastante particulares.

Como se ha señalado que el capitán general de la expedición no despertaba demasiadas simpatías entre la marinería, hay que afirmar, de igual forma, que al hombre al mando de la *Santiago*, un portugués de tapadillo llamado Juan Serrano, se lo respetaba por buen marino y mejor capitán. Al final, hasta para mandar hay que saber, y una nave, incluso las minúsculas como la *Santiago*, debe ser gobernada como si de una pequeña ciudad se tratara. Con más celo aún, si cabe: de una ciudad es posible entrar y salir cuando a uno le venga en gana, pero de un barco hecho a la mar, no. Un buen capitán, por lo tanto, ejerce de gobernador, pero también de padre, de hermano, de alguacil y hasta de confesor si se tercia. Los hay que optan por la rudeza, la crudeza incluso, y los hay que prefieren la mano izquierda. El equilibrio entre la una y la otra es lo que acaba de convencer y agradar a los embarcados. No me aprietes hasta ahogarme, aunque tampoco me dejes demasiado suelto, que me conozco.

Serrano era un hombre valioso, porque conocía la ruta hacia la especiería. O eso se rumoreaba entre la marinería, a la cual las noticias siempre alcanzaban

como las olas que ya han roto en la playa: espumosas, estridentes y poco parecidas a lo que es una ola para cualquier hombre de mar.

La conocía, la ruta, por supuesto por la vía portuguesa, es decir, rodeando África a través del cabo de Buena Esperanza y poniendo proa hacia la India. Y la conocía de aquella manera: de oídas. Lo cual, entiéndase, es mucho más de lo que sabía el resto, que más o menos se reducía a la nada más absoluta. Por ello, el capitán Serrano se hallaba bien considerado en la partida. Lástima que acabara como habría de hacerlo.

No nos adelantemos. Ahora solo importaba esa carabela en el horizonte con las velas arriadas. La noticia corrió de boca en boca a una velocidad vertiginosa. Pronto, quien más quien menos sabía algo, o creía saberlo. Los hombres comenzaron a murmurar por lo bajo y, al cabo de un rato, existían dos grupos claramente diferenciados: los que se inclinaban por pensar que la carabela les indicaba que el mar estaba atestado de naves portuguesas y, por otro, aquellos que se predisponían por lo contrario: vía abierta. Ni los unos ni los otros se encontraban enterados de la clave auténtica que permitiría interpretar correctamente la señal. Eso era cosa de los capitanes y la oficialidad. Sin embargo, sabe más el diablo por viejo que por diablo y allí, en torno a los barriles del puerto y sobre las bordas de las naos, se acodaban tipos de los que decir que llevaban media vida en esto suponía quedarse largamente corto. El razonamiento que estos esgrimían era sencillo: si hubiera portugueses aguardando en alta mar, la carabela española habría entrado en puerto para que su capitán diera la noticia de viva voz. Está la cosa fatal, amigos, y más os valdría dar media vuelta y retornar a Sevilla. Pero no, no hacía nada de eso. Se quedaba allí, a un cuarto de legua, aguardando. ¿A qué? A ellos, qué duda cabía. El capitán de la carabela, fuera quien fuera, tenía encomendada la patrulla de los mares cercanos a Cádiz. ¿No cabía aguardar que, además de eso, se le hubiese encargado la escolta de la expedición hasta que esta quedara a salvo de cualquier posible ataque portugués? Porque, y en este extremo sí que nadie se llamaba a engaño, los españoles, ¡hasta el último de los grumetes!, tenían la certeza de que, a los portugueses, la expedición española a la especiería les sabía a cuerno quemado. Los muy cabrones afirmaban que aquella le pertenecía y cualquier ruta hasta ella, también.

Bien, aquí estábamos nosotros para desmentirlo. Con una carabela artillada que escoltase a las lentas naos mercantes si hacía falta.

—Hay que subir a bordo —dijo Trigueros. A partir del décimo año

embarcados, a los marinos tendía a unificárseles el acento. A fin de cuentas, allí, sobre las cubiertas, se daban cita andaluces como Trigueros, pero también vizcaínos, gallegos, italianos, griegos, franceses, portugueses renegados y otras gentes llegadas de países que, con el paso del tiempo, olvidaban. ¿Tú de dónde eras? De Inglaterra. ¿En serio? Como te lo cuento. ¿Qué clase de país es ese? Sin embargo, el acento de Trigueros continuaba intacto e ignoraba tantas erres como le daba la gana, pronunciaba como nadie en el mundo las ches y, en suma, sonaba a la Huelva más pura que ha parido madre.

—Ya vendrá el maestre a avisar, ¿no? —le repuso un marinero que, como él, participaba en la timba que la repentina aparición de la carabela acababa de interrumpir.

—No, hay que subir —insistió Trigueros. Aquella tripulación, porque todo hay que decirlo, no suponía lo mejorcito que ha visto España. Eran lo que eran, lo que se pudo reunir dadas las incertidumbres en torno a la expedición: ir hasta el confín del mundo por rutas que no aparecían en ninguna carta de navegación. Por cien o doscientos maravedíes menos al mes, en cualquier barco amarrado en Sevilla con gusto te aceptarían para realizar trayectos muchísimo más seguros.

Había algo de rufián en bastantes hombres de aquella partida. O de insensato. De lo contrario, estarían en otra parte. Con todo, el carácter de Trigueros no encajaba con esta definición. En él arraigaba algo que no podría terminar de identificarse con el sentido del deber, pero sí con el de la responsabilidad y el respeto a un oficio sin el cual se sabían extraviados en la vida. Era porque eran marinos y a la nave y al capitán se debían. Esto, Trigueros lo llevaba impreso a fuego en su conciencia.

—Venga, vamos —añadió lanzando los naipes sobre el barril y comenzando a caminar en dirección hacia la *Santiago*.

Con Trigueros, la expedición a la especiería sumaba doscientos treinta y siete hombres. Al mando, un tal Fernando de Magallanes. Era bajo y cojo y portugués. Lo tenía todo, el hijoputa.

* * *

Junto a la *Trinidad*, una nao de ciento diez toneles que era la capitana de la expedición, Domingo de Urrutia sudaba junto al resto de la dotación. Lo antes referido a las timbas y a los marineros matando el tiempo como buenamente

podían, no regía en lo que a la *Trinidad* se refería. No, porque allí mandaba el capitán general. Magallanes, el oficial venido del infierno para hacerles la vida imposible a sus hombres. Día tras día, sin dejarse uno ni por despiste. Ahora les había mandado desembarcar cincuenta toneles para poder, afirmó con el ceño fruncido, vaciar la sentina del agua acumulada. Burda patraña que ni un solo marinero se creyó. A la sentina de la *Trinidad* no le pasaba absolutamente nada, como absolutamente nada le pasaba a la nave entera. Si existía un barco inmaculado en el mundo, ese era la *Trinidad*: recién carenada, recién pintada, lustrada de arriba abajo. Brillaba al sol, refulgía en su perfección, fulguraba. O, al menos, lo hacía a los ojos de cualquier mortal que se plantara frente a ella. A cualquiera, menos a Magallanes, maldita fuera su estampa. Aquel tipo, que ni siquiera se molestaba en disimular su acento portugués, aquel cabrón traidor a su propio rey, ahora era quien daba las órdenes en la *Trinidad*, en la expedición y, si por él fuera, en Sanlúcar entero. ¿Pero qué clase de indeseable pone a sus hombres a desembarcar la carga para luego, de seguido, volverla a embarcar? Y no una vez ni dos, sino decenas. Cada día, durante el último mes, a los de la *Trinidad* los había obligado a trabajar más duro que si estuvieran en alta mar luchando contra la más descomunal de las tormentas. ¿Para qué? Para darse la satisfacción de mostrar que aquí él era quien disponía. Como si los hombres no lo supieran…

Urrutia, un vizcaíno de Lequeitio con los cuarenta años recién cumplidos, extrajo un mugriento pañuelo del bolsillo de su pantalón y se secó el sudor de la frente con él. No habían transcurrido quince minutos desde que la carabela fuera avistada en el horizonte y la contraorden llegaba: había que volver a cargar.

—Si aún no hemos terminado de descargar lo que ha ordenado el capitán… —protestó con la boca pequeña uno de los marineros.

El oficial que, desde la cubierta de la *Trinidad*, había dado la instrucción no se molestó en replicar, dio media vuelta y desapareció de la vista de los marineros que se hallaban en tierra. Tenía muchos asuntos que resolver y allí todos sabían cómo eran las cosas: que estuvieran embarcando y desembarcando toneles no tenía, ni por lo más remoto, que ver con una necesidad real de desembarcar y embarcar toneles. Magallanes, quien ni aunque hubiera vivido mil años habría comprendido cómo respiraba cualquier hombre de mar, se mostraba siempre partidario de la mano dura. Aunque no hiciera falta, mano dura. Por si acaso, mano dura. Previendo cualquier desmán, mano dura.

¿Magallanes regía mal o qué? Pues puede que no, pero en lo que a la

marinería respectaba, lo hacía, y de qué manera. Sin ir más lejos, ellos, los tripulantes, comprendían que se los mantuviera ocupados mientras las naos permanecieran amarradas en puerto. Caray, los tíos como Urrutia no habían conocido otra manera de conducirse en toda su existencia. Al marinero se lo ata en corto porque el marinero agradece que se le ate en corto. Si así no fuera, los mil doscientos maravedíes que todos tenían ya ganados como salario del mes completo transcurrido habrían sido dilapidados en vino y muchachas. Lo cual no le parecía especialmente mal a nadie, compréndase, porque vino es vino y mujeres son mujeres. Pero también la paga es paga y hasta al marinero más descalabrado le parece bien, ya que él no es capaz por sus propios medios, que alguien lo sujete un poco.

No podría afirmarse que aquel fuera un rebaño de almas cándidas, pero, lo mismo que no podría decirse esto, tampoco podría decirse lo contrario: no se trataba de un hatajo de tarados capaces de arrasar Sanlúcar mientras llegaba la orden de hacerse a la mar. Magallanes los podía haber dejado en paz y ellos se habrían atenido a lo que había. Limpiando las cubiertas, revisando el aparejo y fingiendo tareas inexistentes. No sería la primera vez en sus vidas que les tocaba esperar.

Urrutia se aseguró de que uno de los toneles estuviera bien sujeto a los cabos con los que lo izarían a la cubierta. Si Magallanes se enteraba de que habían estrellado uno solo de ellos, montaría en cólera y los castigaría como si en lugar de quebrar un tonel, hubieran aserrado el palo mayor.

—Subo a cubierta —dijo. Y señalando con los ojos a dos compañeros, añadió—: ¿Venís conmigo?

Para izar un tonel cargado hacía falta no menos de tres hombres. Sin duda, esto podía depender de cuál fuera la carga que guardaban dentro, pero la experiencia les dictaba que, como mínimo, siempre tres hombres. Además, la oficialidad del barco, que no había sujetado el cabo de un tonel en su santa vida, daba por buena esta proporción, de manera que, mira, si luego resultaba que el barril de turno llevaba dentro suavísimas plumas de ganso, se haría el conveniente teatro y asunto resuelto.

Los dos marineros a los que se había dirigido Urrutia asintieron y se marcharon con él. Nadie con autoridad dirigía la tarea, pues la marinería se bastaba y se sobraba para acarrear toneles. Entre los hombres de idéntico rango, las cuestiones relativas al mando se dirimían recurriendo a la edad: el más viejo mandaba sobre el más joven. En realidad, ellos hacían alusión a la experiencia y,

de esta forma, el hombre menos experimentado seguía las instrucciones del más curtido. No obstante, y puesto que, sin excepciones, los marineros permanecían embarcados desde que eran niños, edad y experiencia corrían paralelas.

A Urrutia, con sus cuarenta años a cuestas, ya hacía un par de ellos que le habían puesto el mote del Abuelo. Al principio no le hizo demasiada gracia, pero tuvo que rendirse a la más feroz de las evidencias: de las tripulaciones que completaban las cinco naos que partirían hacia la especiería, él era de los más viejos. Cumplir los cuarenta años en este oficio no constituía un imposible, aunque sí palabras mayores. Significaba que llevaba más de tres décadas sobre la cubierta de un barco. Si alguien sabía de esto, ese era Urrutia.

—¡Venga, tirad! —dijo cuando el cabo estuvo asido.

De pronto, como surgido de una espesa niebla, alguien apareció junto a ellos. Urrutia, el Abuelo Urrutia, precisamente por su condición de tal, adivinó de quién se trataba. ¿Cómo? Al final, estos asuntos se resuelven a través de intuiciones, de irrefutables latigazos en la columna vertebral, del pinchazo de la verdad junto al corazón: supo que el mismísimo portugués infernal se hallaba junto a ellos y expectante. ¿Por qué? ¿Acaso el capitán general de la expedición no tenía cosas mejores que hacer? Vive Dios que las tenía, y a miles. ¿Por qué, entonces, perder el tiempo junto a tres marineros cuyos nombres, a buen seguro, desconocía?

—Como no tiréis con más fuerza, terminaréis por perderlo, Urrutia —dijo, demostrando que sí, que, contra cualquier pronóstico razonable, Magallanes sí conocía el nombre de los miembros de su tripulación—. Y como lo perdáis, os corto los huevos.

Habría que decir que el acento portugués le iba y le venía. Lo manejaba, por decirlo de algún modo, a su entero antojo. A veces, cuando jugaba a despistar, su habla se tornaba cerrada, casi abrupta e indescifrable. Sin embargo, para la marinería a la que pretendía amilanar, reservaba un castellano más limpio que el de Valladolid. Tenía treinta y nueve años, uno menos que Urrutia, y el mismo carácter vivo y amenazador. Con la diferencia de que lo que en el marinero se convertía en hosquedad y más extroversión de la que se le supondría como vizcaíno, en el capitán general se condensaba en una capacidad única para infundir terror en los que le rodeaban.

Magallanes, quien físicamente era muy poca cosa y ni siquiera conseguía caminar derecho, provocaba un miedo cerval en sus hombres. El mismo rey Carlos se sintió sobrecogido cuando, en una ocasión, lo tuvo enfrente. ¿Cómo

negarle algo a un tipo así? Vaya, vaya y descúbrame usted el paso del suroeste, la ruta occidental a la especiería y lo que le vaya viniendo en gana.

En descargo del pobre rey Carlos, habría que añadir que se trataba de un joven de diecisiete años al que la Corona le venía, todavía, algo grande.

Los tres marineros tiraban de los cabos para izar a bordo el tonel. Los hombres que desde abajo los acompañaban en las tareas tardaron en darse cuenta de que algo extraño sucedía, pero, cuando lo hicieron, cerraron el pico y ni rechistaron. El capitán general en persona supervisaba la izada de un tonel lleno de ¿vino?, ¿alimentos?, ¿baratijas destinadas a ser intercambiadas por las tan ansiadas especias? Aquel hombre endemoniado podía fulminar, con un solo gesto, a cualquiera en la expedición. Tratándose ellos de simples marineros, con más razón aún.

Y luego a Urrutia le dio por pensar. El tonel se encontraba a medio camino entre el muelle del puerto y la borda. Tiraban más lento de lo normal, no fueran a cometer un error con Magallanes presente y los degollara allí mismo, de un certero espadazo. Capaz lo creían. Pero ¿por qué? ¿Qué hacía que un hombre que debería estar disponiéndolo todo para la inminente partida se entretuviera observando, y supervisando, la más nimia de las maniobras? Unos marineros embarcan un tonel. Por qué, por qué.

Por el rabillo del ojo, Urrutia creyó adivinar la figura del capitán general. Parecía realmente interesado en lo que hacían. Luego, un par de minutos más tarde, Urrutia comprendió que lo que realmente interesaba a Magallanes no era la carga, sino ellos mismos: su tripulación. Recordó que no había titubeado a la hora de llamarlo por su nombre. Apostaba a que conocía también el de los otros dos compañeros. Y el de los que abajo, en el muelle, tomada conciencia de la presencia del capitán general, se aprestaban a parecer más ocupados de lo que jamás lo habían estado. Movían toneles de aquí para allá como si alguien hubiera venido y les hubiese advertido que rapidito, pues soltaban amarras en cinco minutos.

Urrutia tiró como un mulo mientras sentía la respiración de Magallanes en su oreja derecha. Por fin, el tonel rodó sobre la cubierta y los tres marineros lo terminaron de asegurar mientras las piernas les temblaban.

—Bien, Urrutia —dijo, entonces, Magallanes.

Muy brevemente, el vizcaíno se giró para asentir. Entonces, durante un fugaz instante, tuvo la fortuna de contemplar al hombre que nadie había visto jamás. Magallanes no era el engreído capitán portugués bajo el que tendrían la

desgracia de navegar durante uno o dos años. No, no era nada de eso. O sí, lo era, desde luego que lo era, pues alguien forjado tal y como Magallanes lo había sido, alguien curtido en batallas tan atroces como en las que él había luchado, alguien de quien se decía que apenas había agachado la cabeza un único palmo cuando estuvo frente al mismísimo rey Carlos, nunca podría mostrarse de otra forma por mucho que lo intentara. Sin embargo, el destello final tras aquella imagen desarmó por completo a Urrutia: allí, a su lado, medio paso por detrás de él, se situaba un hombre dispuesto a lo que fuera para que los que bajo su mando servían obtuvieran, siempre y en todo lugar, justicia.

—Gracias, capitán general —repuso Urrutia con el barril asegurado sobre la cubierta de la *Trinidad*. Se tuvo que apoyar en él para no desmayarse.

* * *

En la misma *Trinidad*, a unos palmos de distancia por debajo del lugar donde estaba teniendo la conversación entre Urrutia y Magallanes y con una cubierta de por medio, Ginés de Mafra, un marinero que veintiséis años atrás naciera, ahí es nada, en Jerez de la Frontera, se las veía y se las deseaba con la carga de la nao. Abajo, en la bodega, lo normal es que no se viera uno las palmas de las manos. Sobre todo, cuando se alejaba, como ahora sucedía con Mafra, de la escotilla de carga. Por ello, los marineros que se aventuraban en las tripas de las naves acostumbraban a llevar un cirio encendido. El cual daba explicación certera al por qué más intrigante que las gentes que no eran de mar se hacían cuando se acercaban a un muelle y observaban los barriles amontonados por doquier: ¿qué razón habrá para que, sin excepción alguna, todos ellos estén cubiertos de misteriosos rastros de cera? ¿Acaso alguien dibuja secretas marcas en ellos? ¿Se trata de signos arcanos? ¿Ocultos? ¿Propios de las tierras remotas que estas naos y sus tripulaciones visitan?

No, era Mafra con el cirio. Y, al tiempo, los marinos a los que se les encargaba la supervisión y el conteo de las bodegas.

Existen muchos motivos para que a un hombre se le asigne una tarea tan delicada como esta. A fin de cuentas, la *Trinidad*, y como ella las otras cuatro naos que la acompañaban, era una nave exploradora, desde luego, pero, sobre todo y antes que nada, mercante. Se hacían a la mar y navegarían hasta la especiería porque querían adquirir clavo para, después, venderlo en los mercados

europeos. Traerían gloria, una gloria tan grande que no existen páginas ni palabras suficientes para describirla, pero el afán primero era el de hallar una ruta nueva hasta la especiería y, ya que estaban, volver de la especiería con las bodegas cargadas hasta los topes. Si había que tirar al mar a un par de grumetes para ganar ligereza, lo harían, vive Dios que lo harían. Un grumete podría o no valer su peso en oro, quién sabe; lo que con claridad meridiana pensaban era que ni de lejos el peso de un grumete se aproximaba, ni siquiera vagamente, al valor de ese mismo peso en clavo. Así que, oye, un empujoncito bien dado en un día de tormenta y aquí no ha pasado nada. ¿Y aquel muchacho tan formal que os llevasteis en el viaje de ida? Lo perdimos mientras atravesábamos el paso del suroeste, qué gran perdida y qué llorera la que nos dimos todos. Dios lo tenga en su gloria, amén Jesús.

De entre los muchos motivos que existen para que a un marinero se le encomiende el cuidado y la supervisión de la bodega, el más relevante, sin duda, es que sepa contar y escribir. Sobre todo lo segundo, pues contar, mal que bien, allí cualquiera sabía hacerlo, al menos hasta cierta cantidad. Cuando una tripulación desembarcaba tras un larguísimo viaje de meses o puede que hasta años y los oficiales de la contratación les hacían la cuenta de los salarios que se les adeudaban, los hombres corrían, raudos como el viento, a realizar dos cosas: llegarse al instante a la tasca más cercana y beberse de un trago tanto vino como uno fuera capaz aguantando la respiración y discutir hasta lo indecible acerca de las cantidades liquidadas en concepto de salarios. A los marinos, los tipos de la contratación les daban un papel con la cuenta efectuada. Tantos días de servicio son tantos meses, a tanto el mes en función de tu oficio a bordo, pim, pam, pum, diez mil maravedíes justos. El siguiente.

No existía un solo desembarcado que estuviera conforme con la cuenta echada y todos, sin excepción, creían firmemente que los oficiales de la contratación les estaban dando gato por liebre. Y a medida que los tragos de vino se acumulaban, el gato se convertía en tigre y la liebre, en ciervo. A veces, llegaban a las manos entre ellos mismos, como si el que estaba pimplando a tu lado tuviera la culpa de la liquidación que a ti se te había practicado. Pero es que todo marino español lleva un contable en su interior, aunque, por desgracia, las normas de la contabilidad más elemental no coinciden siempre en lo más hondo de los pechos de los marinos españoles. Y donde uno ve cien, el otro ve doscientos, y donde uno ve doscientos, el otro ve a un hijoputa que está

intentando quedarse con él, y de ahí al tú eso no me lo dices en la calle hay un solo paso.

Total, que, más o menos, la mayoría sabía contar y la mayoría reconocía los números escritos en un papel. Sin embargo, la contaduría de la carga de una nave consistía en una tarea algo más sofisticada que el simple recuento salarial que se le echaba a los recién desembarcados. La clave para que Mafra estuviera, ahora mismo, en la tripa de la nave y con un pie en un tonel y el otro en otro, era que, además de lo anterior, sabía escribir. Y aquí, amigo mío, con la Iglesia hemos topado. Escribir y leer con fluidez no estaba al alcance de cualquiera y gran parte de la marinería era más o menos analfabeta. Alguno se las apañaba, pero hasta ahí. Entonces, cuando, de pronto y como caído de la nada, aparecía un hombre como Mafra, que no solo leía de corrido, sino que era capaz de escribir con más que suficiente soltura, al maestre de la nave se le abría el cielo: muchacho, tú serás mis ojos en la bodega del barco. Lo cual constituía un chollo para el hombre en cuestión pues, mientras se hallaba abajo, no se hallaba arriba. O dicho de otro modo: puede que llevar las cuentas de la bodega no fuera la más grata de las tareas a bordo; de lo que sí estaban todos seguros era de que no se trataba de una de las más ingratas. De hecho, al tipo al que se le asignaba el papeleo de la tonelería, entre los marineros se lo consideraba un afortunado. Así que por afortunado lo tenían a Mafra.

Existía un detalle no menor a la hora de recibir, por parte del maestre, el encargo de manejar el control de la bodega: que fueras un tío menudo. Puede parecer, visto en la distancia, una tontería, pero no había hombres gordos bajando a las bodegas. No, y por el simple hecho de que un marinero corpulento, que no es que existieran en abundancia aunque haberlos los había, no cabía en el reducidísimo espacio libre en la bodega de una nao. Allí cada cosa se hallaba en su lugar, convenientemente estibada y sujeta, sin apenas espacios por los que moverse. Mafra, que ocupaba poco más que un jilguero, se aparecía como el hombre adecuado para trabajar allá abajo. Era capaz de escurrirse por huequecillos a través de los cuales nadie podría colarse, de alcanzar los rincones más remotos de la bodega, de asegurarse de que tal o cual tonel no había perdido estanqueidad y de los mil etcéteras que no vamos a detallar aquí pero que componían el día a día de un bodeguero hecho y derecho.

—Cuentas de vidrio en el diecisiete y en el dieciocho —decía Mafra para sí mismo mientras acercaba el cirio que llevaba en la mano izquierda al papel que asía en la derecha, y comprobaba la numeración de los toneles. La había escrito

él mismo con un trozo de yeso y sentía cierto orgullo de que la carga estuviera perfectamente estibada en la bodega de la *Trinidad*. Como llevaban más de un mes amarrados en Sanlúcar, había tenido tiempo de echar un vistazo a las bodegas del resto de naos que componían la expedición y, aunque jamás lo expresó en voz alta, siempre supo para sí que, como la suya, ninguna. Respetaba a los otros bodegueros, pues tampoco tenía motivos para no hacerlo. Sin embargo, hay métodos y métodos. Y el suyo sobresalía, no le cabía la menor duda—. Peines y collares en el veintiuno, cuchillos en el veinticuatro, veinticinco y veintiséis. Espejos en el treinta y dos y treinta y tres…

Llevaban quincalla como para hundir un barco, y no en sentido figurado. El trabajo de Mafra no consistía únicamente en saber qué había en cada tonel, sino en ubicarlo correctamente en la bodega para que los pesos se compensaran y la nao no se escorara hacia un lado cuando comenzara a navegar. Esta quincalla suponía la moneda de cambio para comerciar en lugares aún no descubiertos. La portaban por costumbre, y también por intuición. Se llevaba haciendo así en todos los viajes a América y, dado que casi siempre funcionaba, no existían motivos para cambiar de táctica. A los indios con los que se iban topando por esos mundos de Dios, la quincalla que los españoles les ofrecían les parecía el mejor regalo que se les podría haber realizado. Se quitaban todo el oro y la plata que llevaran encima y lo entregaban a cambio de aquellas baratijas de medio pelo. Algunos jefezuelos solían ponerse tan contentos al saberse poseedores de su primer cuchillo metálico, un cuchillo, por otra parte, de la peor clase y con los filos romos, que, incluso, entregaban, como pago añadido, a una de sus hijas o, si el trato les parecía especialmente bueno, hasta dos.

—Como no encontremos el paso del suroeste —musitó, para sí, Mafra—, esto no nos dará de comer.

Chasqueó la lengua en señal de desaprobación. Y quizás convenga ahora desdecirse, al menos un poco, de lo señalado antes: la *Trinidad* y el resto de las naos constituían una expedición mercante y exploradora, pero no más mercante que exploradora, sino tanto lo uno como lo otro. De ahí que llevaran las bodegas repletas de quincalla con la que mercadear y, al tiempo, cuando abandonaran puerto, lo harían rumbo hacia lo desconocido.

Porque de eso se trataba: lo que la oficialidad llamaba pomposamente el paso del suroeste, no constituía sino una entelequia. Creían que existía, lo creían con una firmeza tal que la mismísima Corona había autorizado la partida de esta flota. Aquí se iba por cuenta del rey, que es mucho más de lo que cualquiera

podría decir. Pero ¿adónde? A encontrar el paso del suroeste, es decir, un camino en el mar que conectara el Atlántico con otro mar que, al parecer, debía de haber por allí y cuya navegación los llevaría hasta la especiería. Sobre el papel, un plan perfecto. Para los hombres como Mafra, quien a pesar de su juventud llevaba casi dos décadas embarcado, el paso del suroeste no existía. Ver para creer, decían con buen juicio marinero. Porque a los tipos de tierra adentro era normal oírles las mayores demencias: en alguno de sus trayectos, Mafra había escuchado historias acerca de dragones y serpientes de mar, de sirenas y reptiles monstruosos, de agujeros que en mitad de la nada se abrían para dar acceso al inframundo. Mafra, y con él los hombres de mar, no creía que nada de eso fuera cierto. De serlo, la gente marinera que no había dedicado su existencia a otro asunto que no fuera ir y venir mil veces por los parajes más alejados del planeta, de algo habría tenido noticia. Si hay monstruos, habrían encontrado monstruos, ¿no? Pues puede que veinte años entre las bordas de un barco no fueran muchos, pero sí bastantes como para descubrir dragones. Serían raros, puede que escasos, pero no lo suficiente como para no haber sabido jamás de ellos.

Ahora resultaba que hombres que jamás habían dejado de pisar tierra seca afirmaban que en el confín del universo se abría, sin atisbo de duda, un pasaje hacia el mar incierto. Bien, Mafra tendría que verlo con sus propios ojos para creérselo. Él pensaba que lo que no estaba dibujado en una carta de navegación no existía, pero no por una cabezonada suya, sino porque lo que no aparece en las cartas de navegación no ha sido antes observado por nadie. Y no haber sido avistado se parece mucho, a efectos prácticos, a la inexistencia. Tan sencillo como eso.

* * *

La *Concepción* no era la nao con más porte de todas las que integraban la expedición, pero tampoco la que menos; no era la más vieja, no la última en salir del astillero; no la más limpia en líneas, no la más lenta. La *Concepción*, por ir abreviando, era una nao de esas que no llaman la atención pero que cumplen, como las que más, con su función: ir mar adelante, siempre. En su favor quedará escrito que aguantó hasta la extenuación y eso no es algo que pueda afirmarse alegremente de cualquier navío, tanto en esta como en cualquier otra expedición. Un respeto hacia la *Concepción*.

Al frente de la nao se encontraba un capitán llamado Gaspar de Quesada, el cual tenía una característica sorprendente en alguien de su clase: que era de Jaén. ¿Cuántos marinos habrá dado, a lo largo de su historia, Jaén al mundo? Sorpresas te da la vida, pero no parece que hayan sido muchos. Al menos, la Jaén de tierra adentro que siempre hemos tenido como Jaén.

En fin, que algún mérito poseería el hombre, pues a capitán, ni más ni menos, había llegado. Un capitán, quizás por jienense, un tanto extraño, extravagante si se quiere. A diferencia del resto de oficiales, que acostumbraba a mantener mucho las distancias con sus subordinados, Quesada era un hombre de trato fácil. A lo mejor es que nadie le dijo que un buen capitán debe tener un palo metido por el culo y comportarse, siempre, en todo momento y de principio a fin de su carrera, como si ni lo notara. El palo, que con el paso de los años tendería a hundirse más y más en el culo del susodicho, terminaría por envararlo y, en consecuencia, amargarlo, y de esta forma quedaría explicado el mal carácter del que la inmensa mayoría de los capitanes hacía gala. Y es que un palo en culo es un palo en culo y, a la larga, la incomodidad ha de convertirse en más que manifiesta.

Debió de suceder que Quesada llegó a la capitanía lejos de las tierras propias de capitanes y nadie le avisó nunca de que la maniobra de empalamiento no solo era conveniente para el futuro ejercicio de sus funciones, sino hasta útil y necesaria. De esta forma, a Quesada no le dolían prendas a la hora de dirigirse de forma directa a los miembros de su tripulación. Que no era que resultase una humorada, pero sí algo no del todo bien visto entre la oficialidad. Para que a un capitán se lo respete, ese capitán no ha de cruzar ni media palabra con sus hombres. Para ello están el maestre y, si acaso, el piloto. ¿Pero el capitán? ¿Cómo mantendría el orden debido a bordo, Virgen misericordiosa? Algunos, viendo a Quesada departiendo alegremente con la marinería, se hacían cruces, aunque eso a Quesada le traía al fresco. Él iba a lo suyo, y teniendo en cuenta que, como le había sucedido a cualquier otro capitán de esta expedición, su nombramiento había provenido, a través de real disposición, de manos del mismísimo rey Carlos, ven tú y pon pegas a ver qué sucede.

Quesada se enorgullecía de tener solo a tres portugueses en su tripulación. De que solo fueran tres y no más, ojo. Y es que Quesada, aunque lo disimulara con una naturalidad pasmosa, no soportaba a los portugueses. Si de él hubiera dependido, ni uno se habría embarcado en la expedición. Menos todavía, les habría asignado posiciones de mando. En la propia *Concepción*, uno de sus tres

portugueses embarcados era el piloto. El tío que tomaba las decisiones últimas en torno a la derrota del barco. Porque, sobre el papel, Quesada podía señalar con el dedo y ordenar que lo siguieran, pero el gobierno efectivo de la nave, el manejo del timón, en suma, correspondía a un portugués de los cojones. Algunos oficiales, a los que se había confiado, lo habían tratado de sosegar. Le decían cosas como que, oye, Quesada, tú estate tranquilo porque el rumbo de la expedición lo determinará siempre la *Trinidad*, que para ello es la nave capitana. Madre mía… ¿Acaso esto conseguía servirle de consuelo? ¡Si al mando de la *Trinidad* se hallaba Magallanes, no solo un portugués sino el peor de todos! ¿Quién habría sido el insensato que tuvo la brillante idea de completar los puestos más sensibles de la expedición española con portugueses? Una expedición a la que, y esto se sabía de buena tinta, los dichos portugueses le tenían unas ganas que para qué. ¡Si por ellos fuera, ni una sola nao pasaría de las Canarias! ¡Afirmaban que la especiería les pertenecía!

Y de acuerdo, Quesada conocía la respuesta a estas cuestiones: no se había conseguido completar las tripulaciones con españoles de verdad y no quedó más remedio que alistar a un buen puñado de españoles de pacotilla. Se les hizo jurar lealtad al rey Carlos, se los naturalizó por la vía rápida y poco más. ¿Parecía suficiente? A juicio de Quesada, no. En lo que a él respectaba, mantendría vigilado a su piloto, un tal Carvallo, del que, las cosas como son, había oído hablar bastante bien. Al parecer, el tío conocía el oficio de la mar y ya había estado antes en tierras americanas. Realizaría un buen trabajo si era quien decía ser: un marinero que trataba de ganarse la vida honradamente. Quesada le daría cierto margen, más porque no le quedaba otro remedio que por otra cosa, y ya se vería. De momento, lo mantendría muy vigilado.

Los otros dos portugueses a bordo le preocupaban también, aunque por motivos distintos. Se trataba de dos sobresalientes[4], dos tipos que, en rigor, no pertenecían a la tripulación, sino que eran pasajeros. Por supuesto, en las naos siempre había que arrimar el hombro, y de decidir cuándo se encargaban los maestres, pero los sobresalientes llevaban, en opinión del capitán Quesada, una vida regalada: trabajaban poco y lo hacían junto a hombres que, día tras día, se dejaban el pellejo en las faenas de a bordo. ¡Quién!, y ya no era una pregunta, sino una imprecación tan grande como la Sierra Morena, ¡quién había sido el imbécil que había dado permiso para que dos intrigantes se embarcaran en la *Concepción*! Al menos, al piloto Carvallo lo tendría ocupado en las tareas

propias de su labor. Trabajando duro, a su lado o al lado del maestre, atado en corto. Sin embargo, los dos sobresalientes… Ellos tenían vía libre para pasarse las jornadas conversando en murmullos. Mal asunto, muy mal asunto… Quesada cruzaba los dedos para que una ola bendita los barriera de cubierta antes de arribar a Tenerife.

—Muchacho, muchacho… —dijo el capitán Quesada al paso de un marinero joven.

—Diga, capitán —repuso el marinero. Su nombre era Juan Rodríguez, tenía veintidós años y lo apodaban el Sordo, pero no porque no oyera, sino porque así se le llamaba a su bisabuelo y el sobrenombre fue heredándose de generación en generación.

—¿Tú de dónde eres? —preguntó Quesada.

Dos palabras se acababa de cruzar con el capitán. Dos, nada más. No obstante, al Sordo le extrañó la pregunta. ¿Acaso el acento no lo dejaba bien claro?

—De Sevilla, señor —contestó, diligente.

Ambos andaluces del interior. Perfecto, se entenderían a las mil maravillas.

—¿Dónde están los pasajeros? —inquirió Quesada.

—¿Los portugueses? No sabría decirle, pero seguro que en tierra.

—¿Cómo que en tierra? ¡No puede ser! ¡Si lo estamos preparando todo para partir!

—¿Ah, sí? No tenía ni idea, capitán.

—Vamos, date una vuelta por el muelle y me los buscas. Los quiero a bordo ya. ¡Ya mismo! Seguro que están conspirando…

—¿Usted cree, capitán? Los he tratado un poco y no me han parecido sospechosos.

—¿Y qué pretendías? ¿Que lo llevaran escrito en la cara? ¿Que te consultaran a ti tu opinión? ¿A un sevillano? Las conspiraciones se urden en silencio, marinero. No me fío de ellos, no me fío…

—Yo, en su lugar, no me preocuparía. Son solo dos, capitán.

—No deberíamos llevar pasajeros.

—Ahí le doy la razón, señor. Y menos, si son portugueses.

—¡Es que son portugueses! ¡Portugueses! ¿Pero en qué cabeza cabe, por el amor de Dios?

—En la de los oficiales de la contratación, me da a mí.

—No es una buena idea, no es una buena idea…

A medida que hablaba, Quesada se iba encendiendo. De acuerdo, al piloto Carvallo lo tenía que aguantar porque sin él la nao no salía de puerto. Pero ¿pasajeros? ¿Dos necios engreídos que ni siquiera tendrían la decencia de hablar castellano para que se les entendiera? ¡La *Concepción* era española!

Había sido un error. Embarcar portugueses había sido un error. Y, tarde o temprano, acabarían por pagarlo.

Como el capitán Quesada había ordenado, el Sordo descendió a tierra y comenzó a dar vueltas por el muelle. No tuvo que buscar demasiado para encontrar a los sobresalientes. ¿Qué hace un hombre cuando sabe que en semanas, o meses, no volverá a tocar puerto? Pues si ese hombre tiene las monedas necesarias en el bolsillo, ese hombre irá a echar un polvo. De hecho, si el Sordo no había ido antes no obedecía al deseo de mantenerse casto y puro, sino a que no se había enterado de que partían hasta que el capitán Quesada se lo había explicado y ahora ya no le daba tiempo. Jugó con la posibilidad de intentar algo rápido, pero lo descartó: Quesada estaría pendiente de él y de que, cuanto antes, se presentara sobre la cubierta de la *Concepción* con los dos sobresalientes de marras.

En Sanlúcar, como en cualquier otro puerto de mar, había tantos prostíbulos como iglesias. Y los marinos, devotos hasta la extenuación todos ellos, caminaban de los unos a las otras con toda la sencillez del mundo. ¿Qué necesita un hombre para saberse felizmente embarcado? Tener el cuerpo en calma y el espíritu a buenas con Dios. Pues a eso se dedicaban, a confesarse y encomendarse cada día, y a echar un casquetillo no fuera a ser que el viaje se alargara y luego no hubiera manera.

El Sordo buscó en varios prostíbulos, ninguno de los cuales se anunciaba como tal, líbrenos el Señor, y pronto halló a los sobresalientes de la *Concepción*: el tugurio tenía aspecto de taberna y nada inducía a pensar que no fuera una taberna, salvo por el hecho de que allí existía un trajinar constante de muchachas. Algunas ya sin otra profesión que la de amansar marineros a punto de estallar y otras, muchas más de las que cualquiera diría, chicas de la tierra que no eran putas de los pies a la cabeza, aunque en las épocas de necesidad se sacaban un dinerín separando las piernas.

Los dos sobresalientes se encontraban sentados a una mesa con sendas chavalas sobre los muslos. El Sordo, tras saludar con un golpe de cabeza al tabernero, se dirigió hacia donde estaban los portugueses y se plantó ante ellos:

—¿Tú también necesitas que te vacíen los huevos, guapetón? —rio una de

ellas.

—¡Tendrás que ponerte a la cola! —se sumó la otra.

El Sordo no tenía tiempo que perder, así que fue al grano. Miró alternativamente a los sobresalientes y, con toda la sequedad de la que es capaz un sevillano de los pies a la cabeza, les espetó:

—Venga, debéis embarcar ahora mismo.

A uno de los portugueses le molestó el tuteo del marinero. Tenía una manaza apoyada en la cintura de la chica pero, como si así retara al Sordo, decidió ir subiéndola poco a poco hasta atraparle un pecho.

—¡Eh! —protestó la muchacha, quien aún no había visto un maravedí—. ¡Esas manos quietas!

—Partimos —dijo, de forma escueta, el Sordo.

Los dos sobresalientes, que evidentemente se enteraban por las palabras del marinero, se pusieron, de un salto, en pie. Las chicas, sorprendidas, se quejaron un poco aunque, a un gesto del tabernero, quien no había perdido detalle de la escena, se alisaron las faldas, se giraron en dirección contraria y dieron a los clientes por perdidos.

—Vamos, el capitán Quesada espera —gruñó el Sordo.

3

El hombre de la mirada alucinada

20 de septiembre de 1519

NO OBSTANTE, si de sobresalientes hablamos, sería de ineptos pasar por alto al más grande, de entre los de su clase, que ha navegado alguna vez los mares. Se llamaba Antonio Pigafetta y ni mil páginas serían suficientes para describirlo con honestidad. Señalemos, a grandes rasgos, que él se tenía a sí mismo por el más noble y excepcional ser concebido por el buen Dios mientras que el resto, las tripulaciones de las naos que componían la expedición, lo consideraba un loco tarado del que nadie salía bien permaneciendo cerca.

Pigafetta tenía dos amores. El primero de ellos, ya se ha señalado: a sí mismo. Puede, y esto supone una posible defensa suya, que si aquel espíritu hubiera estado encerrado en cualquier otro cuerpo, el resultado habría sido el mismo. Él se amaba a si no porque se tuviera en especial buen concepto, sino porque amaba todas y cada una de las cosas existentes bajo los cielos. Pigafetta se sorprendía, se admiraba, sufría estertores de pasión ante todo lo que se cruzaba ante sus ojos. Iba listo para el pasmo y por ello, y no por otro motivo, se las había apañado para que le permitieran participar en la expedición a la especiería.

El modo en el que se las había apañado tiene mucho que ver con el segundo de sus grandes amores: el capitán general Fernando de Magallanes. Pigafetta bebía los vientos por él, besaba el suelo que pisaba, admiraba cada gesto en su rostro magnífico, cada palabra en su sensata boca, el modo en el que tan majestuosamente inhalaba el aire que le rodeaba. Aunque se tratara de una simple casualidad, el hecho de que ambos, Pigafetta y Magallanes, tuvieran la misma edad, es decir, treinta y nueve años, volvía al primero loco de júbilo. ¿Coincidencia? ¡Jamás! Las coincidencias no existen, salvo que supongan el

medio que el Señor utiliza para mostrarnos lo obvio: que existen almas destinadas a cruzarse en los caminos.

Pigafetta había nacido en Vicenza, que es un lugar que no tiene mar y, además, está lejísimos de aquí. ¿Qué hacía en la Sevilla de 1519 siendo, como era, de noble cuna? Algo incomprensible en un hombre de la época: buscarse a sí mismo más allá de cualquier límite o patrón. Pigafetta era un espíritu libre y no le dolían prendas en mostrarlo cada día y ante quien fuera que tuviese delante.

Por supuesto, viajaba a bordo de la *Trinidad* y al servicio del mismísimo Magallanes. Lograrlo no fue exactamente sencillo, la verdad. Sin embargo, Pigafetta poseía muchas cualidades en su interior y, entre ellas, la más importante: una tenacidad a prueba de espantos. Movió hilos, utilizó influencias, quemó relaciones, urdió calladamente, gritó cuando fue necesario e hizo, en resumen, lo imposible para que Magallanes lo tomara como criado. ¿Le hacía falta a Magallanes? Bueno, no, pero ¿a quién le duele un buen sirviente más? Pigafetta se hallaba imbuido de una educación exquisita, admiraba las artes, no le era ajena ninguna rama de la ciencia y adoraba escribir. El capitán general, que se había propuesto llevar un diario de la expedición, se dijo que no siempre acabaría la jornada con el buen cuerpo suficiente como para ponerse a escribir. Con Pigafetta a su lado, solucionaría elegantemente la cuestión: dictaría lo acaecido durante el día y el dócil vicentino anotaría con una diligencia que para sí querría.

Dicho y hecho. Apalabraron un sueldo de mil maravedíes al mes, doscientos menos de los que ganaba un marinero, y Pigafetta pasó a formar parte de la dotación de la *Trinidad*. Allí, y durante el tiempo en el que la flota estuvo amarrada en Sanlúcar, apenas hizo nada que no fuera ensimismarse en sus pensamientos. Magallanes se mantuvo muy atareado en asuntos que solo a él le concernían e incluso se volvió a Sevilla embarcado en una falúa. Cosas de capitanes generales que a Pigafetta le daban absolutamente igual. Dedicó aquellas maravillosas semanas a interrogar a los marineros, a interesarse por sus aptitudes y oficios, a preguntar, inquirir, indagar, escudriñar y, en suma, a todo aquello que se convertiría en el centro de sus actividades durante el tiempo que durara la expedición. Para desgracia de los marineros, anótese también, que terminaron por rechazarlo sin excesivos miramientos. Podía ser todo lo criado del capitán general que él quisiera, pero allí existían límites y el maestre de la *Trinidad*, al menos en ausencia de Magallanes, dio vía libre para que cada cual los estableciera a discreción.

Acabaron del cargante Pigafetta hasta la mismísima coronilla.

En este día 20 de septiembre, la flota se hizo, por fin, a la mar. No tuvieron lugar grandes despedidas ni una muchedumbre se agolpó en los muelles para darles el adiós. Simplemente, soltaron amarras y partieron en dirección suroeste. El plan era sencillo: atravesar lo más rápidamente el mar de las Yeguas[5] y hacer puerto en Tenerife.

El trayecto no reunía misterios para las tripulaciones españolas y se realizaba en más o menos una semana. Pigafetta tuvo el inmenso honor de estar junto al capitán general cuando se establecieron las normas elementales de la singladura. Magallanes dio orden de que jamás, nunca, bajo ninguna circunstancia, cualquiera de las otras cuatro naos adelantara a la *Trinidad*. La nave capitana marcaría el rumbo y lo haría siempre, pues allí mandaba Magallanes y nadie más.

Puede parecer extraño, pero las noticias entre los barcos corrían más deprisa y en forma más abundante de lo que, en principio, pudiera parecer. Hay gente que nunca escucha nada y gente, como el propio Pigafetta, que ha nacido con el don de la comprensión absoluta. De esta forma, el vicentino no tenía un par de ojos, como habría sido de suponer en un mortal, sino seis o siete repartidos por todas las partes de su cuerpo. Tampoco tenía un fino oído, pues algo así se solía decir de tal o cual marinero y él era un caballero de los pies a la cabeza. No, Pigafetta escuchaba lo dicho, pero también lo no dicho, lo pensado o imaginado, lo que a un cuarto de legua de distancia, en un camarote de otra nao, alguien le contaba en voz bajita a alguien, en murmullos, en bisbiseos.

Con tal habilidad, no dejó, Pigafetta, que transcurriera demasiado tiempo antes de mencionárselo a Magallanes.

—Allá no estarán conformes con su modo magnífico de gobernar la expedición, señor —dijo. Se hallaban ambos en la toldilla[6] de la *Trinidad* y observaban a las naos que a corta distancia los seguían. Magallanes había mandado que se instalara allí un farol que, por las noches, encendería para así transmitir mensajes desde la *Trinidad* al resto de naves. Órdenes, en realidad. Si hubiera sabido entonces que los poderes de comunicación de su criado trascendían lo humanamente posible, puede que hubiera prescindido de dicho farol. Diles que arríen velas, le diría a Pigafetta. Y este trasladaría el mensaje con el simple uso de su portentosa imaginación. Hasta la nao que en ese momento más lejana se hallara de la *Trinidad*, el mensaje llegaría alto y claro. Dice el

capitán general, póstrense todos ustedes ante él, que quiere las velas arriadas a la voz de ya.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Magallanes, sin girarse hacia Pigafetta. No podría decirse que le había tomado afecto al criado, porque Magallanes no tomaba afecto a nadie en el mundo, pero sí que le agradaba tenerlo cerca: Pigafetta, su modo de dirigirse a él, le interesaba y hacía que se sintiera incómodo al mismo tiempo. Y a esta rara cualidad, a esta facultad que alguien que le parecía de absoluta confianza tenía para despertar en él voces interiores de alerta, la consideraba útil. Pigafetta señalaba siempre en la dirección más inesperada y, al tiempo, en la debida.

—Lo juzgan severo en exceso, señor —respondió Pigafetta. Frente a ellos, la *San Antonio*, la *Victoria*, la *Santiago* y la *Concepción* avanzaban una detrás de otra, en casi perfecta alineación. A ratos, la *San Antonio* se abría hacia su lado de babor, hacia la costa africana, y adelantaba al resto. Después, su capitán, Juan de Cartagena, la situaba tan cerca de la popa de la *Trinidad* que hasta la dotación de una podía olerle el aliento a la de la otra. A Magallanes, esa actitud de Cartagena no acababa de agradarle. A ratos, la cercanía de la *San Antonio* rayaba con la insolencia. Pigafetta, observando la maniobra, tras un silencio, añadió—: Y el capitán Cartagena lo piensa con más énfasis que ningún otro.

Ya estaba dicho. Así, con una simple frase dejada caer en el momento preciso, Pigafetta lograba despertar los instintos más ocultos y primarios de Magallanes. ¡Cartagena! Si había un hombre en la expedición al que Magallanes aborrecía con todas sus fuerzas, ese era Cartagena. Y le importaba un carajo que fuera el veedor[7] del rey. ¡Al diablo con toda esa mierda! Una vez hecha a la mar la expedición, allí mandaba el capitán general. ¿Que el rey Carlos había investido al puto Cartagena de a saber qué autoridad para, supuestamente, disponer sobre los destinos de la flota? ¿Y qué sabía el rey Carlos? Solo se trataba de un muchacho al que la vida aún no lo había fogueado lo suficiente. Él, Magallanes, sí que conocía el modo de alcanzar el éxito. Porque esto es lo que querían todos, ¿verdad? Que la expedición navegara siempre hacia el poniente, encontrara el paso del suroeste que daría al nuevo mar, alcanzara la especiería, la reclamara para el rey Carlos y regresara por el mismo camino y con las bodegas a rebosar de clavo y especias. Bien, pues si eso es lo que querían, Magallanes se lo daría. A su modo, claro, porque si un capitán general no manda, es que no existe Dios en el Cielo y en la Tierra el caos se abre paso sin freno.

—Hacen bien en juzgarme severo —dijo Magallanes mientras observaba cómo la *San Antonio* se aproximaba hacia ellos—. Solo con mano dura se alcanza la gloria. Solo en la intransigencia hacia lo superfluo hallaremos el camino hacia el éxito en las misiones que se nos han encomendado.

Debía de ser duro vivir dentro de la piel de Magallanes, pues cada vez que abría la boca, la suntuosidad de lo dicho amenazaba con asfixiarlo. Las palabras se le volvían gordas en la garganta y brotaban como mazazos sobre aquel desdichado que tuviera el infortunio de resultar su destinatario. Solo a Pigafetta, quizás porque él también tenía tendencia a la magnificencia, las palabras del capitán general le parecían poesía en estado puro: lo más bello que podría haberse dicho, expresado de la forma más extraordinaria.

En este ambiente de solemnidad rayana con lo disparatado, Magallanes ordenó que, al final de cada jornada, los cuatro capitanes de las cuatro naos que le seguían se acercaran lo suficiente para darle las buenas noches. Así, como suena. Quizás a los capitanes de esas cuatro naos no les hiciera demasiada gracia, pero debían comprender que se le saludaba a él personalmente, pero también al mando que ostentaba, al signo de la expedición, al mandato que les había sido encomendado.

Aquel atardecer, el primero de muchos, la ceremonia tuvo lugar. Les llevaba una hora larga completarla y, mientras se llevaba a cabo, Magallanes, y con él el fiel Pigafetta a su lado, se mantenía firme en la toldilla de la *Trinidad*.

—¡Sálveos Dios, señor capitán general! —gritaba Juan Serrano, el capitán de la *Santiago* cuando esta se aproximaba a la popa de la capitana. Magallanes, entonces, asentía levemente y con gravedad. Al menos, con Serrano, quien, como él, era portugués, lo hacía.

—¡Sálveos Dios, señor capitán general! —gritaba Luis de Mendoza, capitán de la *Victoria*, unos minutos más tarde. Magallanes volvía a asentir, pero ya sin tanta correspondencia en el gesto. Mendoza era español y esto ya bastaba para que Magallanes desconfiase de él.

—¡Sálveos Dios, señor capitán general! —gritaba también, desde la *Concepción*, Gaspar de Quesada. Otro españolazo. La ceremonia se realizaba por deseo expreso de Magallanes, pero acabaría por desquiciarlo noche sí y noche también. Veía rencores y envidias y rivalidades, veía una armada del mal alineada tras él. Su propia armada del mal.

—¡Sálveos Dios, señor capitán general! —gritaba, por fin, Juan de Cartagena desde la *San Antonio*. Una *San Antonio* que se había quedado para el final ese

día y se quedaría, igualmente, en los siguientes. Magallanes se dijo que algo así no podía estar sucediendo por casualidad y Pigafetta le dio la razón de inmediato. Aquello pintaba muy mal.

4

Últimas noticias antes de continuar viaje

2 de octubre de 1519

CRUZARON el mar de las Yeguas en seis días, que ni son muchos ni son pocos. Hasta el más torpe de aquellos marineros habría realizado el trayecto con una mano atada a la espalda y un ojo guiñado. Las yeguas acababan con los nervios destrozados, pero no hay nada que más estimule a cualquier marinero que una buena travesía de un lugar al que llamamos casa a otro lugar al que llamamos casa. Incluso con aquellas manías de Magallanes, que tenía a las naos realizando las más absurdas maniobras para que el señor no solo fuera el capitán general, sino que así él se sintiera y los demás lo supieran y recordaran, la flota de la especiería atracó en Santa Cruz de Tenerife el día 26 de septiembre y allí permanecieron durante tres días. Tres días un tanto sosos que los capitanes, más por mantener atareados a los hombres que por una necesidad real, ocuparon en reabastecer los navíos. A Magallanes se lo vio poco, pues se mantuvo oculto en su camarote de la *Trinidad*, lo cual las tripulaciones agradecieron tanto que si no gastaron un poco de pólvora lanzando unas cuantas salvas fue porque los capitanes se opusieron en redondo. Lagarto, lagarto.

El 29 de septiembre, la expedición soltó amarras y puso rumbo al sur. ¿Hacia América de una santa vez? La travesía del Atlántico suponía un reto pues allí, de verdad, comenzaba la auténtica singladura. Debería esperar. El capitán general ordenó que se dejara atrás Santa Cruz pero costeó la isla hasta llegar a El Médano, una minúscula bahía situada al sur de Tenerife en la que apenas vivían media docena de almas y donde la llegada de la flota supuso un acontecimiento tan inesperado como alarmante: solo se trataba de un puñado de pescadores perdidos entre playas y dunas, pero sabían lo suficiente de los marineros como para echarse a temblar. Por suerte para ellos, el capitán general ordenó que no

desembarcara ni el cura. Allá se mantuvieron las cinco naos durante cuatro largos días en los que se ultimaron los preparativos para la travesía del Atlántico.

¿Qué preparativos, si ya venían infinitamente preparados tras la larga estancia en Sanlúcar? Alguien hizo correr la noticia de que aguardaban a una carabela con un encargo de pez. Martín de Goitisolo, el calafate de la *San Antonio*, se hizo repetir la información cuando se la hicieron llegar. ¿Qué? ¿Que esperamos a una carabela para que nos traiga más pez? ¿Cómo? Y, de acuerdo, Goitisolo, un vizcaíno nacido en Baquio hacía cuarenta y dos años, algo grueso de carnes y sin aspecto de ser demasiado listo, se pasó la mano por la barba de varios días y se tomó unos instantes para reflexionar. No comprendía qué significaba aquello de que aguardaban más pez. ¿Más? Entiéndase bien claro el siguiente argumento: en un barco de madera, jamás hay suficiente pez para carenar la nave. Sin embargo, incluso siendo así, los calafates que conocían su oficio, y Goitisolo pertenecía a esta clase, comprendían que existe un momento en el que hay que decir basta. Es bueno disponer de generosas reservas de pez, por lo que pudiera pasar, pero si a bordo hay brea como para carenar tres veces por completo el casco de la nao es que vas sobrado.

Si la expedición fuera un amante con la pasión amenazando con salírsele por los poros de la piel, la bahía de El Médano sería el lugar al que acudiría con la intención de encontrarse con la parte correspondida: un paraje discreto, tranquilo y lejos de cualquier mirada insidiosa.

Esperaron, pues, a que la dichosa carabela con el pez en su bodega alcanzara la bahía de El Médano. Y se hizo de rogar hasta el día 2 de octubre, pero llegó, vaya que si llegó. Goitisolo, y con él el resto de los calafates a razón de uno por nao, observó, desde cubierta, las maniobras de la nave. Despacio, tomándose las cosas con muchísima calma, se aproximó hasta la *Trinidad*, fondeó junto a ella y varios hombres se trasladaron desde la primera hasta la segunda.

—¿Quiénes son esos? —preguntó un marinero de la *San Antonio*. Goitisolo, en circunstancias normales, ni siquiera habría estado al sol. Tú sabes quién es el calafate de una tripulación porque siempre tiene la tez pálida y el aspecto enfermizo. Su trabajo está abajo, en la bodega, carenando aquí, carenando allá, vigilando tal grieta, echando un vistazo a un agujero que tiene mala pinta. No existe calafate que no tenga en su vida un agujero con muy mala pinta. Atormentan al resto de la tripulación con sus coletillas, que repiten hasta el hastío: hay ahí abajo un agujero que tiene muy mala pinta, acostumbran a decir cuando se paran para comer, o para cenar, o durante las guardias reglamentarias.

Hum, hay ahí abajo un agujero que… Así, un día tras otro, durante semanas y meses y años. Y le agradecían la meticulosidad, cómo no hacerlo… Un navío con un calafate negligente es un navío que, más pronto que tarde, acaba en el fondo del mar. No obstante, hasta el agradecimiento más sincero tiene un límite y Goitisolo era del tipo que acaba por volver locos a todos.

—No tengo ni idea —respondió el vizcaíno.

—Serán los que nos traen el pez.

—Pues a ver dónde lo metemos, porque aquí tenemos pez para embrearnos cien veces los cojones.

—Y sobraría.

El contramaestre hizo, entonces, su aparición y repartió unas cuantas tareas entre la marinería. Tonterías, pero un marinero no contradice a su contramaestre. Le refunfuña, le protesta incluso, se queja, gruñe, farfulla y menta la madre de algún entonces ausente, pero no dice que no, porque negarse a obedecer la orden de un contramaestre constituye el primer estadio de la insubordinación. Y ellos serían muchas cosas, pero amotinados, jamás.

Las instrucciones afectaban a la marinería, pero no al calafate, que se mantuvo atento en su lugar. Desde allí, lograba divisar a los calafates de la *Victoria* y de la *Santiago,* tan tiesos y a la expectativa como él mismo. El de esta última miró a Goitisolo y se encogió de hombros. Goitisolo le devolvió el gesto. Qué raro era todo.

De pronto, desde la carabela recién llegada lanzaron un bote al mar y, tras subirse a él un par de hombres, comenzaron a remar en dirección a la *San Antonio*. Goitisolo los observó con curiosidad y se preguntó si debería correr a avisar al capitán. Mientras se decidía, el bote, apenas un chinchorro con capacidad para dos tripulantes, alcanzó la *San Antonio* y solicitó que le lanzaran un cabo.

—Hola, tíos —saludó un hombretón situado en la proa del chinchorro. Había agarrado el cabo y se acercaba al casco de la *San Antonio*. Territorio exclusivo de Goitisolo.

—Cuidadito con hacerme un rayón —dijo.

—Venga, tío, que por una raya no pasa nada.

A un calafate se le podía mentar a toda la familia y quedarse este tan ancho. En las tripulaciones, los hombres acostumbraban a dirigirse los unos a los otros en tonos que para las gentes de tierra firme habrían resultado intolerables. Tú no me dices a mí que mi queridísima hermana de limpia virtud se ha pasado por la

entrepierna a medio Sanlúcar de Barrameda y, si me lo dices, aquí estoy yo para, sean cuales sean las consecuencias, defender el honor de mi linda hermanita. No, a bordo las cosas eran de otro modo y salvo con las esposas de la oficialidad, tirarse sucesivamente a las parentelas de toda la marinería constituía el principal pasatiempo y el único motivo de diversión en los días de calma chicha. Nada es tan personal como para sacar los pies del tiesto.

Ahora bien, a un calafate no le toques su casco. A un calafate no le digas que una raya más o una raya menos da lo mismo porque no. Hasta un tío medio bobo y pacífico como Goitisolo podía montar en cólera y tenerla gorda con el cretino que se había permitido la licencia de acercarse a la nao sin tomar las debidas precauciones. Y si era, como el que lo miraba desde el chinchorro, un tipo corpulento que bien podría partirle la cara a él y, de paso, a media dotación de la *San Antonio*, otro tanto. A un calafate no le toques el casco, ya está.

—Me llamó Hans —dijo, entonces, el hombre del bote en tono conciliador —. Pero todos me llaman Jansito.

—¿Qué queréis? —preguntó, con cara de pocos amigos, Goitisolo. En realidad, a él no le correspondía realizar ningún tipo de interrogatorio, y menos a unos completos desconocidos, pero aquel bote le estaba poniendo del hígado—. Como me roces el casco, me encuentras.

El hombre de abajo sonrió con franqueza y mostró una dentadura razonablemente intacta.

—Venga, tío, tengamos la fiesta en paz… Oye, nos preguntábamos si nos podríais dar un poco de vino. Es que llevamos muchas semanas sin tocar puerto y estamos tiesos.

—¿Vino? No lo sé… Supongo que habría que preguntarle al maestre…

—Te agradecería que lo hicieras, por favor.

Goitisolo desconfió un poco, que es la forma en la que los lentos de reflejos reaccionan ante la incertidumbre.

—¿Se puede saber quiénes cojones sois vosotros? —preguntó. A estas alturas, se inclinaba sobre la borda y hablaba con medio cuerpo fuera de ella. Un par de marineros se acercaron y, pese a las órdenes del contramaestre, se detuvieron a mirar. La vida a bordo de una nao mercante que surca los mares es esencialmente monótona. Todo el mundo cree que las tripulaciones corren increíbles aventuras en parajes inimaginables, pero la verdad desnuda es que se aburrían tanto que la simple llegada de un chinchorro con dos tíos a bordo suponía una novedad destacable.

No, nunca pasa nada en las expediciones con destino a ultramar. Bueno, casi nunca.

—Somos la *Limpia Esperanza* —dijo Jansito. Miraba hacia arriba con el cabo entre las manos. Dado que venían a rogar que les dieran un poco de vino, qué menos que ser pacientes—. Llevamos semanas limpiándoos la ruta.

—¿A nosotros? —preguntó Goitisolo, que ni en mil años se le habría pasado por la cabeza que alguien tuviera que guardar las aguas que ellos, más tarde, navegarían.

—Sí, joder, a vosotros. Hasta que el mar de las Yeguas estuvo despejado, no dimos aviso de que se podían soltar amarras. Ahora nos hemos adelantado un poco y hemos navegado diez o doce leguas al sur de las Canarias. Todo parece en calma, aunque a partir de aquí nunca se sabe… Los portugueses tienen puertos seguros en la costa africana. Si vuestro capitán general es listo, pondrá proa hacia el otro lado del océano.

Goitisolo escuchó en silencio y trató de imaginar una respuesta inteligente. En su lugar, expresó:

—¿La *Limpia Esperanza*?

—Sí, tío, la *Limpia Esperanza* —contestó, con una paciencia infinita, Jansito. Un rato atrás, alguien, a bordo de su carabela, dijo que lo mejor sería costear hasta Santa Cruz de Tenerife, atracar allí y bajar a tierra para comprar un barril de vino. Su propuesta no fue secundada pues, como era de común conocimiento, el vino que se podía comprar en las Canarias era poco más que agua de fregar las cubiertas. Antes se beberían su propia orina—. ¿Va ese tonelillo de vino? Nos lo hemos ganado, te aseguro que nos lo hemos ganado…

—¿Y por qué no viene vuestro capitán y se lo pide al nuestro?

—El capitán Isasti está, ahora mismo, a bordo de la *Trinidad*, informando al capitán general de vuestra expedición. Nos han dicho que es portugués. Al principio creíamos que se trataba de una puta broma, pero parece que no, que nos hemos dejado el cuello limpiando estas aguas de portugueses para abrirle el camino a otro portugués. El mundo se ha vuelto loco, tío, se ha vuelto loco de cojones.

Goitisolo apretó los labios a modo de asentimiento. Sin duda, vivían tiempos extraños. Los portugueses eran sus enemigos acérrimos, aunque también sus aliados y, al mismo tiempo, unos hijoputas a los que habría que enviar a pique y tus propios compañeros a bordo de las naos. Sí, como decía el tal Jansito, el mundo se había vuelto loco. Allá en su Baquio natal las cosas eran mucho más

sencillas. Desde pequeño, a un muchacho le enseñaban que nosotros éramos los buenos y que mejor haría, fuera cual fuese la situación en la que se viera inmerso, en desconfiar de los demás. A este simple mandato se había atenido siempre el bueno de Goitisolo, pero ahora todo se había tornado un tanto confuso.

—¿Va ese vino o qué? —preguntó Jansito.

Al día siguiente, el 3 de octubre, levaron anclas y se hicieron a la mar. No volverían a tocar tierra hasta más de dos meses después. Sería ya en América.

5

Mal empezamos

10 de octubre de 1519

EXISTE un estado de los acontecimientos que ni es bueno ni es malo, o, al menos, uno no sabría decir si es bueno o es malo. Van pasando cosas y a cualquiera con un poco de seso en la mollera se le queda el cuerpo raro. ¿Como esa desazón propia de la incertidumbre? Pues algo parecido. Porque en un sentido estricto nadie podría decir que iban mal, pero en un sentido estricto se podría afirmar con toda tranquilidad que los devenires se estaban torciendo a una velocidad de pasmo.

Una semana después de haber dejado atrás el extremo sur de Tenerife y, con él, aquello a lo que nosotros llamamos hogar, la expedición de las cinco naos especieras puso proa hacia el rumbo final. Y ahí venía el primero de los problemas, grande como un cerdo gordo al que has estado atiborrando concienzudamente para darle chicharra en Navidad. Qué gran obra de Dios, el cerdo, quien convierte cualquier porquería en la delicia más excelsa.

Domingo de Urrutia, a bordo de la *Trinidad*, era testigo de primera fila de lo que se hallaba sucediendo. Que no era poco y ni él ni el resto de la marinería daban crédito a lo que sus ojos veían y sus oídos escuchaban. Los vientos, al sur de las Canarias, eran buenos y cada día le arrancaban un buen trecho de aguas al océano. Se habían colado entre Cabo Verde y la costa africana, todos con los dedos cruzados y el alma en vilo porque aquellas aguas se encontraban infestadas de portugueses. Algunos marineros, los más avispados para estos asuntos, se habían dado cuenta de que la derrota de las naves había virado levísimamente hacia el sureste: rodeaban, por su parte baja, la gran panza de África[8].

Como Magallanes había ordenado, la disposición de la marcha sería siempre la misma: por delante la *Trinidad* y, siguiéndola sin alejarse demasiado, el resto.

Daba manga ancha, porque se tenía por un capitán general de carácter recio, pero no por un tirano, para que los capitanes de las cuatro naos que no eran la suya navegaran en el orden que les viniera en gana. Podía ir primero la *Concepción*, o la *Santiago*, o la que les saliera de los cojones a aquellos subordinados suyos. Con tal de que ni uno solo, ni uno bajo ninguna circunstancia, rebasara la posición de la *Trinidad*; habían cumplido. A la ligerísima *Santiago*, que era, con creces, la más marinera de las cinco naves, le costaba Dios y ayuda no superar a la capitana. En cuanto se despistaban un poco o el maestre cerraba los ojos durante media hora para echarse una siestecilla, la *Santiago* inflaba velas que era una delicia verla. Entonces, avanzaba, avanzaba con una elegancia tal que a Juan Serrano, su capitán, le daba hasta pena ordenar que se arriaran las velas para así frenar el impulso. Pero los mandatos del capitán general son los que van a misa, así que velas arriadas hasta perder velocidad suficiente.

Las instrucciones estaban claras desde antes de que partieran de Sevilla. En esto, no se habían andado con medias tintas y lo habían puesto por escrito: tras hacer escala en Tenerife, rumbo suroeste y, por la ruta habitual, hacia América. Suroeste significa hacer frente al Atlántico en su inmensidad, que era exactamente el plan previsto para esta expedición. En este sentido, pocas sorpresas. La oficialidad española a bordo sabía que así estaba señalado que fuera, la oficialidad portuguesa a bordo sabía otro tanto y hasta el último de los pajes de siete años de edad tenía noticia de ello. Iban a buscar y atravesar el paso del suroeste hacia el mar que los conduciría hasta la especiería, de manera que, en buena lógica, hacia el suroeste debían navegar. Desde que Cristóbal Colón realizara aquel trayecto por primera vez dos décadas atrás, aquella se había constituido en la ruta habitual y, podría hasta decirse, en la única.

El hábito, en las cuestiones relacionadas con la mar, es importante, pues no existe tripulación a la que no le agrade transitar por aguas conocidas, sobre corrientes ya anotadas, arrastrados por vientos de cuya presencia se ha dado noticia no una, sino diez, veinte, medio centenar de veces. Sin embargo, cuando el hábito no parece suficiente, llegan las convicciones y ahí sí que no hay nada que objetar: cualquier ruta que no fuera la ruta habitual constituía territorio de naves portuguesas, es decir, del enemigo. Y por ahí, precisamente, se habían aventurado. Vaya por Dios.

En los barcos no existen secretos, porque ni aunque las instrucciones se den en murmullos, estas permanecen, durante demasiado tiempo, ajenas a los hombres. En cualquier caso, Magallanes no era de ese tipo de hombre que

susurra. Él hablaba siempre en voz alta, con el timbre algo impostado, estirándose mucho dentro de su esqueleto.

—Rumbo hacia el sur, piloto —ordenó el día que partieron de Tenerife y lo continuó ordenando en los siguientes.

Y el piloto, que se llamaba Esteban Gómez pero que era portugués de los pies a la cabeza, asintió con un golpe de mentón. Los portugueses nunca dieron buenos golpes de mentón, no se les daba bien… Les quedaba, el gesto, muy de un quiero y no puedo. A Urrutia, cuando veía aquello, se le revolvían las tripas. ¿Qué clase de hombre no sabe dar un golpe de mentón como Dios manda? Sí, capitán, por supuesto que iremos hacia el puto sur. O hacia el infierno, si usted lo manda. Y pondrían proa en la dirección ordenada, como habría hecho cualquier lequeitiano nacido hace, o dentro, de cien siglos.

Los portugueses, con todo, se las arreglaban para hacer lo que querían y así sucedió también en esta ocasión.

—Hacia el sur, capitán general —respondió el tal Gómez, que ni se llamaba Gómez ni nada que se le pareciera.

Urrutia sintió que un escalofrío le recorría el espinazo. Se ubicaba en la cubierta del barco, trabajando con los aparejos, que era a lo que los marineros como él se dedicaban casi de continuo durante los turnos de trabajo. Miró a Ginés de Mafra, que se hallaba a su lado, y no separaron los labios no por falta de ganas, sino por temor a que Magallanes, situado a no más de cinco o seis pasos de ellos, los oyera. Urrutia y Mafra eran, más o menos, amigos. Pese a sus distintos orígenes, vizcaíno el primero y gaditano el segundo, compartían cierta actitud vital ante la vida. Avispados ambos, algo fanfarrones y con esa mezcla de cintura y terquedad que no siempre resulta sencilla de explicar, los dos hombres acostumbraban a buscarse el uno al otro en los ratos de descanso. Sí, eran más o menos amigos.

—Hacia el sur solo hay… —comenzó a decir, en voz apenas audible, Mafra.

—Portugueses —completó la frase Urrutia. Faenaban como posesos, que es como hay que hacerlo cuando conspiras.

O, vale, puede que no fuera para tanto. No, pues ninguno de los dos afirmaba nada que todos no supieran: el rumbo que ordenaba el capitán general de la expedición suponía ignorar las órdenes y el sentido común al internarse en un territorio donde los portugueses tenían todas las de ganar. Ningún español en su sano juicio habría puesto rumbo al sur, pues hacerlo suponía navegar directos hacia la boca del lobo. Allá, en las costas africanas muy al sur de las Canarias,

solo había bases portuguesas. Te acercabas un poco a la costa y, pum, lombardazo de aviso que recibías desde tierra. Eso, en el mejor de los casos: a una mala y si los portugueses se veían con fuerzas, te echaban encima media docena de carabelas enemigas y explica tú qué diablos haces en aquellas latitudes. Las naos españolas, con las bodegas llenas, no tendrían ni la menor oportunidad en un combate abierto contra carabelas portuguesas. Y este era el motivo por el cual ellos, los españoles, nunca ponían rumbo sur ni se aventuraban cerca de las costas africanas.

—Nos van a agrandar el agujero del culo —susurró Mafra. Junto a varios marineros más, Urrutia y él se ocupaban de que la vela mayor recibiera los vientos constantes del norte.

—Silencio —intervino, entonces, el contramaestre. Se llamaba Francisco Albo y, aunque tenía un acento gallego que tiraba de espaldas, al parecer, había nacido en Grecia. En estas cuestiones, la gente de mar no parecía nunca dispuesta a apostarlo todo a una única mano y la mayoría era un tercio de aquí, un tercio de allá y el restante al albur de las circunstancias. Extravagancias aparte, Albo era el mejor contramaestre que cualquier marinero habría soñado. De carácter taciturno, hacía y dejaba hacer. De hecho, si había mandado callar a Mafra no había sido porque le importara algo lo que Mafra estuviera diciendo, sino debido a que al capitán general, que se encontraba cerca, no le gustaba la charlatanería a bordo. Por lo demás, había días en los que a Albo ni se le sentía. Lo dicho, el contramaestre perfecto.

* * *

Magallanes se hacía rodear, a bordo de la *Trinidad*, de una pequeña corte cuya única función consistía en estar absoluta y totalmente pendiente de sus apetitos. La comandaba, cómo no, Pigafetta, príncipe de los aduladores, aunque más a título honorífico que práctico. Porque Magallanes, en tanto que hombre de rango y carácter, necesitaba que se lo hicieran todo, no fuera a dislocarse un hombro al servirse él mismo un vaso de vino. Para estas labores tan penosas, se hallaba a bordo Enrique de Malaca, un esclavo malasio de veinticuatro años que llevaba no menos de ocho al servicio de su amo. Malaca, que hablaba, además de su malayo natal, castellano, portugués y hasta un poco de latín, se encontraba en la expedición no solo para contentar a su amo en cualquier deseo que se le

despertara, por minúsculo este que fuera, sino como intérprete de la flota. Porque la especiería tenía el inconveniente de situarse al otro lado del mundo, pero también el de hallarse poblada por gentes con las que no había forma de entenderse tan siquiera por señas. Malaca se ocuparía de solucionar este problema. Magallanes, aunque jamás lo expresaría en alto, no estaba del todo seguro de cuál era la lengua hablada en la especiería. Lo que sí sabía era que Malaca tenía muchísimas más posibilidades de comprenderla que cualquier otro hombre en Europa. Por eso, principalmente, lo mantuvo a su servicio desde que lo capturaran siendo un crío. Y porque le servía sin rechistar, todo hay que decirlo. Malaca, quien, por cierto, exhibía un porte fabuloso que traía de cabeza a más de una señora y a más de dos, era de temperamento sumiso y obediente.

A lo que sí le había cogido el tranquillo Enrique de Malaca era a simular que parecía una cosa siendo la contraria. Abnegado esclavo que no estaba pendiente sino del entero bienestar de su amo y tipo que ocho años atrás se la juró para siempre a todos estos blancos de mierda, maldita fuera su estampa. Magallanes se hallaba convencido de que su muchacho no experimentaba nada que no fuera una intensa, espléndida e inabarcable felicidad sirviéndole día y noche. Su carácter, de algún modo, le impedía leer en lo más profundo de la mirada de Malaca. O tan siquiera eso: si hubiera sido medianamente listo, habría intercambiado, al menos a modo de entretenimiento mental, los papeles de uno y de otro. Por desgracia para él, Magallanes vivía agarrotado en una sima de orgullo borboteante y jamás habría sido capaz de realizar semejante experimento. Malaca se la tenía jurada desde que lo capturara en uno de sus viajes. Que, por la cuenta que le traía, lo disimulara con gran eficacia no significaba que no se encontrase aguardando su oportunidad. Porque, y he aquí el error de Magallanes al no comprenderlo, no existe hombre sobre la faz del planeta que desee fervientemente pertenecer a otro. Ni aunque ese otro se llame Magallanes. Malaca quería, oh sorpresa, ser libre, largarse a su casa, viajar por Europa o emigrar al Caribe; aún no lo tenía decidido. Lo que sí había resuelto era que no deseaba ser esclavo. Hecho que, y esto también tenía su miga, no lo situaba en contra de la institución de la esclavitud. No, al contrario. A él, tener esclavos le parecía el asunto más grandioso del universo. El hombre que tiene un esclavo posee un tesoro. Si algún día se convertía en un ser libre y reunía fortuna, algo que pensaba realizar sin la menor duda, compraría tantos esclavos como pudiera. Se convertiría en alguien parecido a Magallanes, su actual amo,

pero dotado de la agudeza de la que él carecía. Sin orgullo, sin orgullo, que el orgullo nubla las entendederas.

Haber comenzado la vida desde lo más bajo te ofrece una perspectiva de miras abrumadora. Malaca, que no cruzaba una sola palabra con nadie que no fuera su amo, lo reconocía en los semblantes de los marineros. Allí, quien más quien menos se había labrado su actual posición a base de partirse el alma desde la infancia. Malaca respetaba eso, lo cual no evitaba que los odiara con toda su alma. A portugueses y a españoles por igual. Ojalá se pudrieran todos.

Mientras el día de la venganza final llegaba, si es que llegaba, Malaca cumplía fielmente con el papel que el destino le había asignado y servía, con apegada diligencia, a su amo, el capitán general Fernando de Magallanes. El cual no lo trataba como a un hijo, pues era un simple esclavo medio negro, aunque sí con cordialidad. Por supuesto, entendida esta en los términos en los que alguien como Magallanes podía desplegarla con un hombre como Malaca: envolviendo sus acciones en una condescendencia infinita que a Malaca sacaba de quicio, aunque se guardara muy mucho de demostrarlo. Mirándolo fríamente, él era uno de los tres o cuatro tipos que mejor vivía a bordo de la *Trinidad*. Para ser un esclavo al que creían un poco tonto, no estaba nada mal.

—Más vino, Enrique —gruñó Magallanes. Se hallaba en su camarote, junto a Pigafetta y Gómez, el piloto. Tres hombres y ninguno español. No se trataba de una compañía que invitara a hablar, pues Magallanes no pertenecía a esa clase de personas que comparte sus pensamientos o intenciones con nadie; sin embargo, de serlo, la situación presente habría resultado ideal.

—Sí, amo —repuso, diligente, Malaca.

* * *

La *Concepción* seguía sin dificultad el rumbo marcado por la *Trinidad*. Como el resto de las naos, tenía velas cuadras[9], las mejores para navegar con viento a favor. Te ponían el barco a separar mares con la quilla y, una vez en marcha, la marinería no tenía que deslomarse para gobernarlo. Simplemente, se quedaban en cubierta, con el maestre y el contramaestre mirándolos, quietos todos, aguardando expectantes por si el viento rolaba y se hacía necesario intervenir. Mientras eso no sucediera, y no había sucedido desde que dejaran atrás Tenerife,

nadie podría quejarse de nada, pues el objetivo único de una nao mercante, avanzar lo más rápidamente hacia su destino, se estaría cumpliendo a rajatabla.

Habría que explicar que las velas cuadras tienen de bueno que tiran a morir con el viento a favor, pero se convierten casi en inútiles cuando este sopla desde cualquier otro punto. Habría que explicarlo, aunque ¿para qué? Una nao es un trozo de madera que va adonde los tipos que se han subido a ella ordenan. Y los tipos subidos a ella, estos sí que sí, constituyen la auténtica verdad de un viaje. De forma que velas cuadras, buenas para ir a favor del viento e inútiles para todo lo demás.

Nos quedamos con los hombres.

A bordo de la *Concepción* estaba a punto de desatarse una pequeña rebelión. No lo hizo, no se desató y aún faltaba mucho tiempo para que los ánimos se caldearan lo suficiente. No obstante, ya había gente a la que la cabeza comenzaba a calentársele más de la cuenta. Al capitán Quesada, sin ir más lejos. Que, muy bien, sería de Jaén y todo lo que se quiera, pero no idiota. Y si se ha dicho que el único objetivo de una nao es llegar a su destino lo más deprisa que se pueda, ¿a qué carajo se hallaban poniendo proas hacia el sur? Quesada se pasaba las horas echando cálculos junto a algunos miembros de su tripulación. Ya se ha indicado antes que este era el más inusual de los capitanes, pues no solo provenía de tierra sin mar sino que, además, charlaba abiertamente con la marinería. Hasta conocía los nombres de los hijos de la mayor parte de sus subordinados. Y no solo eso: como las naos navegaban a gran velocidad con viento constante y siempre a favor y apenas tenían nada que hacer, nada hacían, salvo permanecer atentos. Claro que un marinero, o al menos la mayoría de marineros, tiene dos ojos, y bien puede mantener uno fijo en el aparejo y el otro en lo que le vaya dando la gana o el capitán ordene. Y Quesada ordenaba hacer cálculos e intentar averiguar cuán cerca o lejos se hallaban de la costa africana.

A juicio de Quesada, en la expedición estaba sucediendo algo que no le gustaba ni lo más mínimo. ¿Por extravagancia suya? Pues quiso estar seguro, de manera que lo consultó. Un hombre, para estas cosas, sensato, el capitán Quesada.

De nuevo, con la intención de comprender realmente cómo tenían lugar las conversaciones a bordo, conviene advertir de que una nao era, en un sentido literal, un cascarón de nuez. Quítesele a la expresión cualquier connotación negativa. No, no, la *Concepción* era un barco magnífico y su tripulación se encontraba a la altura de las mejores. No estamos ante un puñado de marineros

de agua dulce. Sin embargo, todo lo que hacían, lo hacían en un espacio tan reducido que a cualquiera no demasiado informado le provocaría cierto estupor. Y esta, amigo mío, es la *Concepción*, podríamos decirle a un tipo señalándosela en cualquier puerto donde se hallara atracada. ¿Cómo? ¿En serio? Querrá usted decirme que se trata de una reproducción a escala, ¿verdad? No, no, queridísimo amigo: esta es la *Concepción* y ese es su tamaño real.

Cáspita.

—Estamos, calculo, a unas veinte leguas de la costa —dijo, por fin, Carvallo, el piloto de la *Concepción*. Carvallo era portugués, aunque muy disimulado. Sin embargo, Quesada, reticente a todo lo que sonara aunque sea de lejos a portugués, lo tenía en cierto aprecio. Incluso a alguien como él, quien, si hubiera servido de algo, se habría dejado caer de rodillas y habría implorado al buen Dios que Portugal se desgajara de la península para, a continuación, hundirse sin remedio en el mar, los buenos oficiales como Carvallo le caían bien. Al final, un capitán es un capitán, y por muy de Jaén que sea, gusta de apreciar las habilidades en las gentes que sirven bajo su mando. Y Carvallo, quien ya había participado como portugués en anteriores expediciones a América, no acostumbraba a refocilarse demasiado al respecto. Contaba que estuvo en tal o cual lugar, que conoció a los indios de esta o aquella zona, que supo de lo inesperado, pero ya está. No se vanagloriaba de ello y Quesada quiso creer que lo hacía porque se arrepentía de haber nacido portugués y de haberse comportado como tal durante tantos y tantos años. A un hombre vestido por los pies hay que darle una segunda oportunidad si la reclama. Quesada se la daría a Carvallo, quien correspondía tan bien y con tan buen gusto que ya hablaba hasta con acento de Huelva. Más no se puede pedir.

—¿Veinte leguas? —fingió que no había oído Quesada. A bordo de la *Concepción* viajaban cuarenta y cuatro tripulantes y, como ya se ha dicho, si uno eructaba en la proa, era casi imposible que cualquier otro hombre, se hallara donde se hallase, no lo escuchara.

—Veinte, capitán —repitió Carvallo. Se hallaban en la cubierta principal y no menos de veinticinco hombres los rodeaban. No porque la conversación entre ellos dos fuera de su incumbencia, sino porque sus deberes a bordo los obligaban a estar ahí, pegados los unos a los otros. Había hombres que, tras tres o cuatro meses de navegación, bajaban a tierra y no sabían qué hacer con tanto espacio. Les costaba despegarse del compañero y cuando uno se arrimaba al tronco de un

árbol para mear, no era extraño que tres o cuatro más se fueran con él, aunque no tuviesen ganas. Les costaba acostumbrarse a la vida espaciosa.

—Veinte son muy pocas. Si ahora una escuadra de carabelas portuguesas partiera de una de sus plazas seguras en la costa africana, nos daría caza en menos de dos o tres jornadas.

—Vamos muy deprisa, capitán. Yo no me preocuparía.

—Los vientos soplan igual para todos. Te parece que navegamos muy deprisa porque esto es todo lo deprisa que puede avanzar un barco con las bodegas hasta los topes. Pero una carabela ligera y sin carga nos daría alcance en menos de un día. Por estas, Carvallo, por estas.

Carvallo no añadió réplica y durante unos minutos nadie dijo nada en la nao. Se escuchaban los crujidos naturales del aparejo, el sonido que la proa provocaba al romper la superficie del mar y el rumor del viento en las velas infladas. Nada más. El rumbo, existía una enorme preocupación por el rumbo que la *Trinidad* les marcaba.

—No estamos yendo por donde se nos ha ordenado —dijo, por fin, el Sordo. Se encontraba junto al palo mayor, pues en este le había ordenado el contramaestre que trabajara. Pero el palo mayor hacía su trabajo y él, junto al resto de los marineros, se limitaba a asegurarse de que los cabos no se aflojaran y poco más.

—Aquí, las órdenes las da el capitán general —repuso Quesada quien, sin embargo, había comprendido el sentido de lo expresado por el Sordo. Por un instante, de hecho, casi le da la razón. Sí, joder, Sordo, tienes toda la razón del mundo: se nos ordenó que, una vez superadas las Canarias, se pusiera rumbo al suroeste. ¿Vamos al suroeste?

—Sí, capitán —dijo el Sordo aceptando la reconvención.

Bueno, ya había puesto al Sordo en su sitio. Hasta ahí llegaría, no obstante. De acuerdo, la marinería carece del derecho a decir lo que piensa aunque lo que piense sea la cruda realidad. El capitán general, ese portugués de los cojones, los estaba hundiendo más y más en el pozo africano. Dentro de nada, alcanzarían el ecuador. ¡A veinte leguas de la costa, Dios misericordioso!

—Pero en una cosa te doy la razón, Sordo —dijo el capitán Quesada. Los hombres escuchaban—. Esto no es lo previsto.

—No, no lo es, señor —expresó el Sordo.

—Joder, Carvallo, vamos derechos al puto abismo —cambió de interlocutor Quesada.

—Me parece que deberíamos mantener la calma… —acertó a responder el aludido. Dado que solo había tres portugueses a bordo de la *Concepción*, optar por la vía de la conciliación le pareció lo más sensato. Quesada era un hombre tranquilo, pero ¿y el Sordo? ¿Y el resto de españoles? Convenía andarse con tiento—. Seguro que el capitán general tiene buenos motivos para llevarnos por esta ruta.

—El capitán general nos ha traicionado —espetó, entonces, el Sordo. A Carvallo le debía respeto, pues un piloto es un piloto, pero no tanto como al capitán o al maestre. Existía cierto margen para las palabras gruesas. A fin de cuentas, Carvallo era un portugués. ¿Ahora debemos respeto eterno a los portugueses o qué?

—¿Qué has dicho? —se revolvió Carvallo. Midiendo muy mucho el tono de sus palabras. Los otros dos portugueses a bordo eran sobresalientes, lo cual, en este contexto, significaba que no pasaban de ser dos inútiles. Cuarenta y un españoles, tres portugueses y las naos yéndose por el camino equivocado. Sí, alguno podía acabar como comida para los tiburones.

—Mire, piloto, no me lo tome a mal, pero… —comenzó el Sordo. Quesada no lo mandó callar, así que otorgaba. El Sordo tomó carrerilla mientras el grueso de la dotación escuchaba—: Sé que usted, a pesar de ser portugués, es un buen hombre. Entiéndame eso, se lo ruego. Pero entienda también que llevamos días internándonos en unas aguas en las que no deberíamos estar. No, de ninguna manera deberíamos estar. Usted mismo ha calculado que nos hallamos a veinte leguas de la costa africana. Y muy cerca ya del ecuador. ¿Sabe qué significa eso? ¿Se lo digo yo? Significa que alguien nos está conduciendo a una trampa.

—Eso es completamente falso, Sordo —zanjó Carvallo con la voz dura. Comprimía mucho los labios. En un instante, las distancias se acortaron levísimamente. El movimiento habría pasado desapercibido a cualquier ojo inexperto, aunque no al de Quesada, el maestre, el contramaestre, el Sordo y el resto de marineros. Se encontraban cerquísima los unos de los otros, tanto que escucharse respirar se había convertido en una costumbre. Y, de pronto, la cercanía se aprieta un poco más. Medio dedo, tan sencillo como eso. Un montón de hombres asustados medio dedo más cerca de Carvallo.

—Ya basta —intervino el capitán Quesada. De inmediato, los cuerpos regresaron a su posición anterior. Quesada no permitiría que algo malo le sucediera al piloto. Porque se trataba de su piloto y porque también deseaba que estuviera en lo cierto—. Sordo, no voy a decir que no tengas razón. Lo siento,

Carvallo, pero es lo que pienso. Sin embargo, para lanzar acusaciones graves debemos tener pruebas.

—¿Qué pruebas? —gruñó el Sordo.

—Todavía no estamos fuera de nuestra ruta —sentenció el capitán.

—Nos hallamos en África.

—Sí, muy lejos de donde deberían navegar ahora mismo las naos. La expedición tendría que estar cruzando el océano y no lo está. Sin embargo, aún no nos hemos salido de la deriva.

—¡Vamos derechos al cabo de Buena Esperanza!

—Lo parece, Sordo, lo parece.

—¿Y eso no es suficiente para usted, capitán?

—Si me lo preguntas como marino, te diría que sí. Si me lo preguntas como capitán, he de responder que no.

—Hostia puta, capitán. Hemos comenzado a virar hacia el sureste. ¿Qué más evidencias quiere? ¡Estamos rodeando la tripa de África! ¡Ninguna nao española debería estar aquí, me cago en la puta!

—Escucha esto, Sordo —intervino Carvallo. Se lo jugaría a una carta—. Tú me conoces, ¿verdad, tío?

—Sí, señor.

—Ya sé que solo soy un puto portugués más, pero yo he estado antes en las tierras a las que nos dirigimos. Joder, acéptame esto, cuanto menos. Estuve allí hará ocho o nueve años… Y te juro por mi madre que aún estamos a tiempo de virar. Lo estamos, tío, se lo aseguro a todo aquel que quiera escucharme. El paso del suroeste está muy al sur del ecuador, mucho, muchísimo. Desconocemos exactamente dónde, porque nadie ha ido hasta allí, pero yo no descartaría que se hallara en la misma latitud que el cabo de Buena Esperanza. ¿Entendéis qué significa esto?

—Que siempre podremos hallar una vía hacia el oeste que nos conduzca hasta él.

—Exacto, Sordo. Confía en mí, muchacho. Confiad todos en mí. Démosle el beneficio de la duda al capitán general. Sé que a ninguno de vosotros os gusta, y os juro que a mí tampoco me hace demasiada gracia. Es portugués como yo, pero no todos los portugueses somos hermanos hasta la muerte. Magallanes es el cabrón hijo de puta más grande que he conocido en mi vida. Pero también es el cabrón hijo de puta más listo que haya visto el sol. Me cago en mis muertos, ¿acaso no convenció al rey de que lo apostara todo en esta expedición? ¡Un puto

portugués que ni siquiera tiene fama de buen marino! Si el rey Carlos confía en él, ¿no podemos nosotros hacer lo mismo? Cuanto menos durante unos días más. Si vemos que de verdad pone rumbo hacia Buena Esperanza, yo mismo encabezaré una protesta formal. De momento, sigamos los vientos. Vamos bien, tíos, vamos bien…

* * *

No, no se trataba de una compañía que invitara hablar y, sin embargo, Magallanes habló. Para sorpresa de Gómez y Pigafetta, que no daban crédito. Sobre todo este último, quien jamás había visto tan locuaz a su amadísimo capitán general.

—Más vino, Enrique —volvió a pedir Magallanes. A bordo no se bebía nada distinto y toda la dotación de las naos, desde la oficialidad hasta el último de los grumetes, tenía asignada su parte diaria. Que podía variar entre la cantidad normal, la racionada cuando venían dobladas o la doblada si al capitán general le daba por celebrar algo. Pero se bebía vino porque, es bien sabido, el vino vigoriza el cuerpo y ampara el alma. El agua que llevaban a bordo servía para cocinar, para hervir los bizcochos de pan y para que el cura la bendijese. Decían que el agua bendita de Sanlúcar era capaz de amansar la peor de las tormentas. Los hombres creían a pie juntillas en esto mientras daban un buen trago a su ración de vino.

El camarote del capitán era lo más parecido a un recinto privado que podía encontrarse a bordo de una nao. A efectos prácticos, se componía de un suelo, un techo, paredes y una puerta. Dado que los hombres, incluidos los sobresalientes, se echaban a dormir en cualquier lugar de las cubiertas, el hecho de disponer de un cuarto privado constituía un lujo propio de reyes. Había marineros a bordo, hombres que llevaban veinte años en el oficio, que jamás habían entrado al camarote de un capitán. Desconocían cómo eran por dentro, y esto daba pábulo a teorías, a cada cual más pintoresca, que ellos terminaban por exagerar más allá de lo razonable. La que más les gustaba, por encima de cualquier otra, era aquella que decía que el capitán se había hecho embarcar a una concubina para que le entretuviera en las largas noches de calma chicha. Los hombres a los que les tocaba realizar las guardias nocturnas afirmaban, entonces, que del camarote del capitán surgían extraños susurros, o gemidos, o incluso lánguidos lamentos.

A los hombres, tras largo tiempo embarcados y sin tocar puerto, la mandíbula se les desencajaba y pedían al relator que lo contara de nuevo. Y de nuevo. Y una vez más. Aquella narración de lo ficticiamente existido se constituía, de pronto, en algo mejor que la propia vida: una existencia digna de ser imaginada.

Malaca sirvió vino a Magallanes y, acto seguido, hizo lo propio con Gómez y Pigafetta. Gómez no acababa de sentirse cómodo en aquella situación. La *Trinidad* no se gobernaba sola y él, en tanto que piloto del barco, debía permanecer atento en el pinzote[10]. Pigafetta, por su parte, no podía sentirse más a gusto. Magallanes le había hecho el honor de invitarlo a su aposento y le había servido vino de su reserva particular y unas piezas de membrillo fresco. Comenzó a explicarle que había realizado pormenorizadas anotaciones acerca de lo que llevaban visto, pero Magallanes lo rechazó con un movimiento de su mano izquierda.

—En otro momento, en otro momento… —dijo. Y, volviéndose hacia Gómez, centró la conversación en el asunto que le importaba—: ¿Cree que los vientos continuarán constantes del norte?

Gómez no se esperaba una pregunta de este tipo. Sabía que Magallanes acostumbraba a realizarlas directas y a no irse por las ramas, pero, con todo, la cuestión lo había pillado a contrapié.

—Bueno, yo… —comenzó titubeante—. Sí, supongo que sí. Creo que podríamos contar con que el viento continuará soplando desde el norte…

—¿Pero? —inquirió Magallanes. Los tres hombres se hallaban sentados en sendos taburetes de madera, con Malaca situado de pie en un discreto segundo plano. La parte alta de la cabeza del malasio rozaba el techo de la estancia.

—Hemos comenzado a virar sursureste. Y los hombres se han dado cuenta.

—Me la sudan los hombres.

—Sí, capitán.

—Aquí lo que importa es el rumbo.

—Entiendo…

—Quiero decidir si hemos de continuar uno o dos días más navegando hacia el sur o virar ya hacia el oeste.

Gómez abrió los ojos. Se encontraban bastante cerca del ecuador, de eso no albergaba duda alguna. Disponían de cierto margen para continuar navegando hacia el sur, aunque ello comportaba riesgos que Magallanes, a juicio de Gómez, despreciaba un tanto temerariamente. Y resultaba peregrino que ellos, dos

marinos portugueses, tuvieran que mantener esta conversación, pero no quedaba más remedio.

—Si me permite que hable con libertad —dijo el piloto mientras Magallanes asentía rápidamente, como a quien le impacientan tantos preámbulos—, creo que hemos tenido mucha suerte. Estamos prácticamente costeando desde que partimos de las Canarias. No es seguro, no es, de ninguna manera, seguro para nosotros. Conozco muy bien esta zona. Usted mismo la conoce, sin duda mejor que yo. Si no nos hemos topado con…, con…, ya sabe, con naves portuguesas, ha sido porque la suerte nos…

Le costaba Dios y ayuda completar las frases. Gómez debía decir en voz alta y clara que los portugueses podrían aparecer en cualquier momento. Ahora mismo, mientras ellos mantenían esta tranquila conversación y daban cuenta de un vino excelente. Aquellas aguas portuguesas o, por expresarlo con las palabras que no lograban brotar de la garganta de Gómez, un piloto portugués a sueldo de la Corona española, el enemigo.

—No se ha tratado de la suerte —zanjó Magallanes.

—¡Por supuesto! —intervino, sin venir a cuento, Pigafetta—. Ha sido la pericia de nuestro capitán general la que nos ha hecho sortear las dificultades y los obstáculos. Nos hallamos sanos y salvos porque es él quien guía la expedición, es él quien…

—Basta, Antonio —cortó Magallanes.

Pigafetta obedeció y echó hacia atrás la espalda. Se sentía satisfecho de que el capitán general le hubiese permitido tomar la palabra al menos durante un ratito.

—No ha sido la suerte, Gómez —continuó Magallanes dirigiéndose a su piloto. Por deferencia a Pigafetta, hasta ahora habían hablado en castellano. A continuación, utilizó el portugués para confiarle a su hombre una información de absoluta relevancia—: No hay naves portuguesas en la ruta portuguesa porque están todas aguardándonos en la ruta española. Fue la información que el capitán Isasti me transmitió en Tenerife. La *Limpia Esperanza* se internó en las aguas al suroeste de las Canarias y se topó con diez o doce carabelas portuguesas. Nos aguardaban, Gómez, nos aguardaban en el lugar por donde creían que pasaríamos.

Dicho esto, Magallanes mantuvo la mirada clavada en el piloto, a quien el sudor le resbalaba sienes abajo. Pigafetta observaba a los dos hombres. Malaca,

tras el capitán general, carraspeó como si aquel fuese el momento más intrascendente de entre todos los existidos.

—¿Con esto quiere decir que…? —comenzó a balbucear Gómez.

Pero Magallanes no lo tenía allí para darle más explicaciones de las necesarias. Y dadas estaban. Bien, Gómez, ¿tendremos más viento constante del norte o ha llegado el momento de poner proas rumbo a América?

—Sí, estamos yendo por el camino en el que nadie nos esperaba —resumió Magallanes—. ¿Seguimos un par de días más?

—Yo, yo… No puedo asegurar con total certeza que los vientos continúen soplando del norte. Quizás sí, aunque quizás no… Tome usted la decisión que tome, piense en las tripulaciones. Todo el mundo se está poniendo muy nervioso. Creen que…

Magallanes interrumpió a su piloto. Le encolerizaba que sus subordinados poseyeran creencias. Ellos no debían creer en nada. Debían obedecer las órdenes y punto. Si así lo hacían, él, el capitán general, los llevaría al destino acordado. Tan sencillo como eso.

—¿Qué creen?

—Creen que puede que usted nos esté conduciendo a una encerrona.

* * *

En la *San Antonio* no estaban demasiado preocupados por si esto era una encerrona o solo lo parecía. Allí tenían otros asuntos en los que pensar.

Por ejemplo, a Martín de Goitisolo se le había abierto una grieta en el casco de la nao. Nada del otro mundo, calma: no se irían a pique de esta. Se lo había contado un paje al que alguien envió a la bodega a por más vino, pues arriba comenzaban a ir justos. Oiga, calafate, he visto una hendidura en el casco. Goitisolo, para estas cosas, tenía un pronto poco amable: ¿Cómo?, escupió al niño. Venga, Goitisolo, intervino un marinero, deja tranquilo al chaval. ¡Dice que hay una hendidura en mi casco!, bramó Goitisolo, incapaz de comprender que el chico la había descubierto, no provocado. ¡Pues baja y arréglala, vizcaíno de los cojones!, gritó alguien.

Eso hizo. Bajó y la arregló.

El paje tenía razón y había una grieta en el casco. Goitisolo tardó un buen rato en encontrarla, pues se trataba de una grieta minúscula, pero, cuando dio

con ella, lo dispuso todo para taponarla. La hendidura en cuestión, de tan poca cosa que era, apenas se veía a simple vista. Fue un milagro que el paje la descubriera. Había que situarse en un lugar muy concreto entre los toneles para distinguir la luz que atravesaba la fisura. Lo cual, en sí, ya era una buena noticia: para un calafate, que se vea la luz significa siempre el mal menor. Dicho de otro modo, la rendija se hallaba sobre la línea de flotación de la nao y el problema, siéndolo, no lo atosigaba a uno. Imagina esa misma grieta bajo la línea de flotación. Agua y más agua colándose en la bodega del navío. Si el capitán o el maestre se daban cuenta antes de que el calafate se hubiera puesto manos a la obra, podía caerle una buena. ¡Goitisolo! ¡Maldito tarado hijo de mala madre! ¡Se nos está hundiendo el barco y tú qué haces! ¡Vizcaíno idiota! ¡Seguro que te la estás meneando entre los toneles! A Goitisolo, que era de meneársela lo justo, le dolía en el alma que le gritaran de aquella manera. Y no por los gritos, sino por lo que significaban. Él era un hombre de oficio, un calafate vocacional, un tipo que vivía para la estanqueidad del barco. Prefería cualquier insulto, por grave e insidioso que este fuera, a que lo pillaran en un renuncio en lo que al embreado de la nave se trataba.

Localizada la grieta, Goitisolo se tendió entre los toneles y se dispuso a taponarla. El procedimiento no revestía complicación alguna, aunque Goitisolo afirmase siempre lo contrario. Los hombres, que se divertían a su costa, le espetaban que aquello lo hacía cualquiera, que para tapar agujero servía hasta el más inútil de la tripulación. Goitisolo, entonces, rojo de ira, desafiaba a quien quisiera a realizar su labor. Los hombres continuaban la broma durante un rato y, después, tras la primera o segunda advertencia del contramaestre, lo dejaban estar.

—Un poco de estopa aquí… —decía, para sí, Goitisolo. Los tipos que, como él, realizaban su trabajo sin ayuda de nadie, terminaban por hablar solos. Arriba, en la cubierta, el medio centenar largo de tripulantes que componía la dotación de la *San Antonio* no paraba de charlar entre sí. Como siempre, esto quedaba a discreción de la oficialidad: los había con mucha manga ancha y los había que no pasaban ni media. En la *San Antonio*, capitaneaba Juan de Cartagena, un señor como Dios manda, de aquellos a los que ves venir y hasta tú te sientes orgulloso de ese caminar tan distinguido, esa prestancia, esos movimientos. Los oficiales de la nao quizás no estuvieran muy contentos con Cartagena, pues el caballero no tenía ni el más remoto conocimiento acerca de cómo navegar en mar abierta. Sin embargo, a la tripulación le encantaba aquel tipo. Con que le

guardaras siempre el respeto, Cartagena se daba por satisfecho. Parecía no importarle nada más: el respeto, para él, lo era todo. Así, los marineros aprendieron pronto a inclinar la cabeza cuando Cartagena pasaba a su lado, lo cual, en una nave de las dimensiones de la *San Antonio*, sucedía docenas y docenas de veces al día. Cartagena tenía la costumbre, muy impropia de un capitán, por otro lado, de ir de aquí para allá con las manos en la espalda. Formulaba preguntas e independientemente de cuál fuera la respuesta que recibiera, se daba por enterado y satisfecho. Un tío estupendo, el capitán, el tal Cartagena. Por suerte para él, el maestre de la *San Antonio*, un sevillano que se llamaba Juan de Elorriaga, se ocupaba de todas las labores propias de la navegación diaria. Pobre Elorriaga. Le acabarían dando una puñalada tiempo más tarde. De las malas, además. De esas que no te matan al instante, sino que siembran en ti la ponzoña y ahí te dejan, a expensas de las circunstancias—. Bien adentro, bien metida…

Para arreglar la grieta, Goitisolo introducía un poco de estopa en ella, la prensaba con un mimo y una ternura que muchas madres no dedicarían ni al primogénito de sus vástagos durante sus primeras horas de vida y, después, procedía a empaparla de brea caliente. Más tarde, si conseguía que un par de marineros le echaran una mano, embrearía por el lado de fuera. La nao navegaba muy veloz, pero Goitisolo no era de esos calafates que lo dejan todo para mañana. Si hay que embrear, se embrea. Para ello, se dejaba caer por la borda mientras dos hombres lo sujetaban por los pies. Estos siempre se quejaban de que estaba demasiado gordo, algo que, pese a ser completamente cierto, colmaba de indignación al bueno de Goitisolo. Que aquel de quien no se pudiera objetar nada tirara la primera piedra. Los marineros, tras las quejas, lo asían por los tobillos y Goitisolo, cabeza abajo y con la nao surcando a velocidad vertiginosa los mares, embreaba la grietita por el lado de fuera. Y a eso se le llamaba un trabajo bien hecho.

Pero eso sucedería más tarde. Ahora, calafateaba sin prisa por dentro. La cubierta se encontraba a unos cuatro o cinco palmos de distancia de su cabeza y allí los ánimos comenzaban a encenderse. Cartagena no se hallaba satisfecho. Goitisolo desconocía si con razón o no, pero, a juzgar por el tono de su voz, algo substancial acontecía.

—¿Pero quién se ha creído ese? —oyó el calafate que gritaba el capitán. Alguien, probablemente él mismo, golpeó con un pie sobre las tablas de la cubierta y un fino polvillo cayó sobre el rostro de Goitisolo—. ¿Quién? ¡Quién!

—Mire, no se altere usted, capitán, que luego ya sabe que… —dijo una voz que el calafate reconoció como la del futuro apuñalado Elorriaga, santo varón.

—Pero cómo no me voy a alterar, Juan, cómo no me voy a alterar. ¿Tú te das cuenta de lo que nos está haciendo ese hombre?

—Desde luego que sí, capitán, pero serénese usted, serénese, que ponerse así no nos lleva a ningún lado…

—¡Me pondré como quiera! ¡Soy el veedor del rey! ¡Le pese a quien le pese!

—Aquí nadie lo pone en duda, capitán.

—Aquí no, Juan, pero en la *Trinidad* sí. Y ya sabes a qué me estoy refiriendo.

—El capitán general es un hombre de carácter complicado.

—¡Pues que se aguante! Tengo el mismo mando que él en la expedición. ¿Comprendes qué significa eso? ¡Idéntico mando, Juan! Me debería estar consultando la derrota. ¿Y lo hace?

—No, señor, no lo hace.

—Entonces, ya me dirás…

—Quizás tenga sus buenas razones, capitán…

—Pero tú de qué parte estás, Juan, de qué parte estás…

—De la suya, capitán, por supuesto. Solo digo que… Que aún es pronto y que podría usted pronunciar palabras de las que luego se arrepentiría.

—¿Eso es una amenaza, Juan?

—Por el amor de Dios, ¡no, capitán! Yo estoy con usted, ya lo sabe. Pero tengo que estarlo también con el capitán general. Me pone usted en una posición complicada.

Ah, Elorriaga… Sí, sin duda ese no saber situarse a un lado o a otro le costó una cuchillada y la vida. Al final, haces lo que crees que debes hacer, cumples a rajatabla con tu deber y ¿para qué? Para terminar como alimento de los peces. Una existencia llena de sinsabores, la del marinero íntegro hasta la médula.

Goitisolo, que había dejado de calafatear porque a lo uno y a lo otro no podía estar, fijó la mirada en un punto indeterminado de la penumbrosa bodega y se preguntó que él, en caso de que le inquirieran, de qué lado estaría. En fin, nadie le interrogaría nunca al respecto y, al menos hasta donde él había sido capaz de comprender, no existían dos posiciones realmente encontradas… No obstante, ¿se sentía más partidario de Cartagena o de Elorriaga? Por un lado, Cartagena, como al resto de la tripulación, lo tenía seducido. Ni siquiera debía separar los labios. Ya con su presencia, aquel hombre lo decía todo. Emanaba esplendor y

gravedad y eso, para gentes como Goitisolo suponía un punto y aparte. Sentían que la *San Antonio*, la expedición entera, se ennoblecía gracias a la presencia de Cartagena. Podrían atravesar tierras desconocidas, alcanzar territorios ignotos, toparse con personas de las que nadie les había hablado jamás, podían hacer todo eso sin perder, gracias a Cartagena, un ápice de grandiosidad.

Por otro lado, Elorriaga era uno de los suyos. Sí, maestre y lo que se quiera, pero un marino con la piel cuarteada por el sol. Alguien que sabe cuándo hay que izar las velas y cuándo hay que arriarlas, cuándo la mar está en calma o amenaza tormenta. En caso de que la *San Antonio* se enfrentara a olas tan altas como su propia eslora, Elorriaga los salvaría mientras Cartagena se encerraba en su camarote para escribirle una carta al rey contándoselo todo.

Eligió al caballero, qué diantres. Goitisolo había conocido a muchísimos marinos, y los que le quedaban, pero a ningún noble castellano. Dios santo, hasta su manera de golpear la cubierta con el pie le parecía magnífica. Qué aplomo, qué distinción. Definitivamente, se quedaba con Cartagena.

Como parecía que volvían a discutir, Goitisolo se deshizo de sus pensamientos y puso mucha atención en la conversación. A Cartagena le molestaba la actitud de alguien, aunque Goitisolo no había terminado de comprender de quién se trataba.

—Soy adjunta persona —se oyó que decía Cartagena. Al parecer, había ido a su camarote en búsqueda de algo y ahora lo exhibía ante todos los presentes—. Los que sepáis leer, ¿qué pone aquí? Que Juan de Cartagena, veedor real, comparte el mando, como si fuera una única persona, con el capitán general Fernando de Magallanes.

Acabáramos, se trataba de Magallanes. Goitisolo frunció el ceño y se dijo que debería habérselo imaginado. Él no tenía nada en contra de los portugueses, pero había escuchado habladurías al respecto en la marinería: estos cabrones nos la van a jugar en cuanto tengan ocasión, decían. Y, al parecer, no andaban desencaminados, pues el mismísimo capitán Cartagena, con sus palabras textuales, confirmaba la sospecha.

—Capitán, todos aquí entendemos que es usted quien dice ser —repuso, en tono conciliador, el apuñalable Elorriaga.

La frase no sonó bien en los oídos de alguien tan susceptible como Cartagena. ¿Que soy quien digo que soy? ¿Quién podría ser, de lo contrario? A los hombres como Cartagena se los educaba, desde niños, en un código de honor tan severo que ni aunque les arrancaran las uñas con unas tenazas afirmarían ser

quienes no eran. Y no por valor o dignidad, sino porque, sencillamente, testificar algo así se convertía en algo tan improbable para ellos como explayarse a hablar en chino.

—Bien, Juan, creo que con esto hemos terminado por hoy —dijo Cartagena con ese timbre de voz que tanto admiraban los hombres bajo su mando. Hasta ahora, había tuteado a Elorriaga. Dejó de hacerlo—: En adelante, cumpla con su deber.

—A sus órdenes siempre, capitán.

Goitisolo escuchó las pisadas de Cartagena en dirección a su camarote. Después, oyó cómo la puerta del mismo se cerraba y cincuenta almas soltaban el aire de sus pulmones.

* * *

Magallanes quiso comprobar que lo que le acababa de referir el piloto Gómez era cierto. A veces, Magallanes no medía demasiado bien sus actos. Puede que por orgullo, por soberbia, por testarudez, por todo ello al mismo tiempo. El caso fue que mandó llamar a un marinero con la intención de interrogarlo. No fue necesario ir demasiado lejos, pues en una nao de las dimensiones de la *Trinidad*, cualquier hombre se encontraba a no más de diez o doce pasos de los demás.

—Hombre, Urrutia —saludó Magallanes cuando el marinero vizcaíno atravesó la minúscula puerta que daba acceso al camarote. Domingo de Urrutia, quien desde Sanlúcar era consciente de que el capitán general lo conocía, a él y muy probablemente a cada uno de los miembros de la tripulación, no pudo evitar un estremecimiento al escuchar su nombre en boca de aquel individuo. Magallanes provocaba terror a tipos que, como Urrutia, se habrían enfrentado sin dudar a un ejército de tritones encolerizados—. Pasa, hostias, pasa. No te quedes ahí.

—Capitán general… —saludó tímidamente Urrutia—. Gómez…

El piloto le devolvió el saludo con ese golpe de cabeza portugués, que ni es golpe ni es señal. Urrutia apreciaba a Gómez, a quien trataba, como el resto de la marinería, con cierta habitualidad. La distancia entre cualquier oficial que no fuera el capitán y el resto de la dotación era mucho más corta que la existida entre ese mismo oficial y el capitán. Un capitán, por insólito que parezca, no tenía por qué disponer de conocimientos náuticos. Por ejemplo, Cartagena no

sabía distinguir la proa de la popa. ¿Suponía esto un problema? Bueno, debería, salvo que, como en el caso de Cartagena, el rey en persona hubiera ordenado que él estuviese exactamente en ese puesto y en ningún otro. Cartagena era un noble que se hablaba de tú con la reina Juana[11], no hay mucho más que añadir. Que del día a día a bordo se encargara el maestre.

Hablando de Cartagena… Ellos no lo sabían, pues con las naos avanzando a gran velocidad llevaban mucho tiempo con el contacto directo interrumpido. La orden de Magallanes era que jamás una nave perdiera de vista al resto, pero el viento es el viento, las olas son las olas y la habilidad de las tripulaciones enorme, aunque no infinita. Y se perdían de vista, claro. Y a los maestres, a los pilotos y a los capitanes de las naos extraviadas les daba un vuelco el corazón. Decidme que alguien le ve la popa a la *Trinidad*. Por el amor de Dios, decidme que la veis.

Pues no, no la veían y había que trabajar duro para, por un lado, lograr que las velas recogieran hasta el último impulso del viento y, por otro, adivinar el rumbo. Una nao sola surcaba el Atlántico a velocidad de vértigo, de vértigo por la velocidad, pero de vértigo también y sobre todo por el pánico a un capitán general iracundo que no dudaría en agarrotarlos a todos a la menor ocasión.

¡Hablando de Cartagena! En aquel preciso instante, en su mente y en la de Urrutia, en las mentes de la inmensa mayoría de los expedicionarios, anidaba un mismo pensamiento: que el capitán general podía estar traicionándolos a todos al conducirlos por aquella derrota demencial. La diferencia entre Cartagena y el resto radicaba en que aquel, a bordo de su *San Antonio*, podía decir lo que le diera la gana. Los demás, y Urrutia como epítome de ellos, deberían medir muy bien lo que saliera de entre sus labios.

Dentro del camarote de Magallanes, el calor era intenso y los hombres allí reunidos sudaban como animales. Urrutia miró al piloto Gómez, después al esclavo Malaca y, por fin, al idiota Pigafetta, quien, al carecer de oficio pero merecer, como el resto, un adjetivo, los marineros denominaban así. ¿Acaso Pigafetta no era un idiota de los pies a la cabeza? Lo era, desde luego que lo era y no había un solo hombre en la expedición que no fuera de esta opinión. Hasta se cruzaban apuestas, de esas apuestas absurdas que jamás podrían cobrarse pues jamás podrían resolverse, en torno a si el propio Magallanes pensaba que a Pigafetta le faltaba un hervor. Habrían perdido los que hubieran apostado en sentido positivo, pues Magallanes no solo tenía en estima al vicentino, sino que

lo consideraba lo que en realidad era: un caballero cultivado dueño de una curiosidad sin límites.

Los tres hombres que se hallaban junto a Magallanes le devolvieron la mirada a Urrutia. Este lo achacó a la ligera penumbra en la que se veía sumido el camarote, pero el caso fue que no supo leer nada en los ojos de aquellos tres tipos. ¿Puede que algo en los de Pigafetta? Bueno, sí, puede, aunque sin saber determinar qué. A Pigafetta siempre le asomaba una expresión al rostro; lo difícil, entonces, era interpretarla. Del mismo modo podía parecer que se hallaba enojado que pletórico, apenado que alegre, turbado que indiferente. Pigafetta tenía mil rostros y ninguno comprensible.

En cuanto a los otros dos… A Gómez se lo estimaba entre la marinería. Un buen piloto, un hombre de mar que trataba bien a la dotación de la *Trinidad*, que comprendía, he aquí la palabra clave, comprendía qué sentía un marinero por dentro. Si no fuera porque se trataba de un puto portugués, lo habrían considerado como a uno de los suyos. Y Malaca. Malaca… La verdad es que el rictus de Malaca se aparecía siempre imperturbable. Puede que, sencillamente, no pensara en nada, que se limitara a permanecer allí, callado como un muerto.

Urrutia se fijó en que Magallanes sostenía un vaso con vino y que tanto Gómez como Pigafetta hacían lo propio. En el interior del camarote apenas quedaba espacio libre, de manera que Urrutia permaneció junto a la puerta. Esperaba que Malaca le ofreciera un vaso de vino, pero nada de eso sucedió. Lástima, porque entre los marineros se había corrido el rumor de que el vino del tonel de Magallanes suponía ambrosía en la garganta.

—Tengo una pregunta para ti, Urrutia —dijo Magallanes. Mal empezaban. No se sabía que el capitán general hubiera realizado, alguna vez, pregunta alguna. De hecho, se lo conocía por lo contrario: por ir a lo suyo pesara a quien pesara.

—En lo que yo pueda ayudarle, señor… —repuso, en voz baja, Urrutia. Más tarde, le dio rabia no haberse dirigido al capitán general en un tono más firme. Diablos, ni que fuera un paje o un grumete… Él pertenecía a esa clase de marineros que se las sabían todas, sin que suene esto a baladronada. Si se había subido por primera vez a una cubierta siendo un crío y ya tenía cuarenta años, echar las cuentas resultaba sencillo.

—Parece ser —comenzó a decir Magallanes— que entre la marinería se dice que la derrota que llevamos no es la correcta. Hay que ser un auténtico patán

para sugerir tal posibilidad, pero habida cuenta del nivel que hay por aquí, la verdad es que no lo descarto.

Magallanes se llevó su vaso a la boca y bebió un sorbo de vino. Urrutia aguardaba a que realizase una pregunta directa, pero esta nunca llegó. ¿Debía responder ya? Cuando el capitán general bajó el vaso y se quedó mirándole en silencio, el vizcaíno comprendió que sí. Notó cómo el sudor le empapaba la espalda.

—Bueno, señor —comenzó a decir—, ya sabe usted que entre la marinería se dicen muchas tonterías…

Bien respondido, Urrutia. Había logrado evitar el tema que a Magallanes le preocupaba y ahora solo restaba que este ordenara que lo lanzaran por la borda, pues tipos de su calaña no tenían sitio en la *Trinidad*.

Madre de Dios, tú que todo lo puedes, acude en ayuda de este pobre marinero.

Magallanes se acarició la nariz con los dedos de su mano libre. Parecía rumiar grandes ideas, planes inabarcables para el resto, proyectos que solo podrían ver la luz en una mente como la suya.

—¿Vamos bien? —preguntó, tan sucinta como letalmente, Magallanes. ¿No querías una pregunta directa, Urrutia? Aquí la tienes. Anda, responde.

—Sí, señor, yo diría que vamos perfectamente —respondió. Había comenzado a temblarle la rodilla izquierda.

—¿No te parece que estamos demasiado al sur?

—Los vientos son buenos.

—¿Y nos han llevado demasiado al sur?

—Creo que…

—¿Qué crees, Urrutia? Quiero la verdad, marinero.

—Hay hombres a bordo que piensan que no estamos en la ruta española, señor.

—Es que no lo estamos.

—Vaya, señor…

—Estamos en la ruta portuguesa. Vamos costeando la gran panza de África hasta llegar al ecuador. Si los vientos siguen soplando constantes desde el norte, no sería raro que lo alcanzáramos antes de dos o tres días.

—Sí, señor…

—Pues nada, entonces hasta el ecuador. ¿Estás de acuerdo, Urrutia?

—Yo creo que el piloto Gómez, aquí presente, le podrá aportar un juicio

mucho más certero que el mío, señor…

—Ya conozco la opinión de Gómez. Yo quiero saber la tuya.

—Mire…

Urrutia se interrumpió. ¿Qué podía decir? Al final, se decidió a tirar por el camino de en medio y que fuera lo que Dios quisiera.

—Hay hombres descontentos con esta ruta, capitán general. Dicen que…

—¿Qué, Urrutia?

—Señor, yo…

—¡Venga, Urrutia, que no te va a pasar nada! ¡Dime la verdad! ¡Eso es lo que quiero oír! La puta verdad de labios de uno de mis hombres. Confío más en mis marineros que en toda la puta oficialidad de la expedición. Creo más en ti, Urrutia, que en algunos capitanes que nos acompañan.

Aquellas eran palabras gruesas, muy gruesas. Que acababan de pronunciarse en la intimidad de un camarote privado. Magallanes tenía fama de altivo, y, de hecho, ni él mismo diría de sí mismo que no lo era, aunque también de taimado: había bajado el tono de voz para que su afirmación no se escuchara fuera. Solo había tres testigos: el fiel Malaca, el fielísimo Pigafetta y Gómez, un piloto al que Magallanes consideraba de total confianza. Resultó un error hacerlo. La misma afirmación realizada por Magallanes había sido un error. ¿En serio que confiaba más en la marinería que en la oficialidad? Gómez era piloto. El piloto de la nave capitana de la expedición a la especiería.

Lo de Urrutia fue apenas un susurro:

—Se dice que a lo mejor nos ha vendido usted a los portugueses…

Ya estaba dicho. El vizcaíno era plenamente consciente de que por la mitad de esto, Magallanes te ataba el extremo de un cabo a los tobillos y el otro a la cofa. Te quedabas ahí, suspendido en el aire, durante días mientras la tripulación hacía como que no te veía, no fuera Magallanes a colgar a más tíos de las alturas.

—¿Y tú que piensas? —insistió Magallanes. Quería que el marinero se lo confesara todo. Para los hombres como Magallanes, el terror suponía una herramienta tan eficiente como cualquier otra si de llevar a buen término sus propósitos se trataba. Por ello y no por nada más, las tripulaciones bajo su mando lo temían más que a las tormentas y a los huracanes.

—¿No estamos demasiado cerca de África, señor? —probó Urrutia la táctica de responder a una pregunta con otra pregunta. Se hacía a la idea de que con Magallanes no funcionaría un ardid tan elemental, pero ¿acaso disponía de muchas más opciones?

—Sí, vamos pegados a su panza. De hecho, hemos virado a sursureste.

—Lo sabemos…

—¿Te parece una mala idea, Urrutia?

—Nosotros siempre pensamos que seguiríamos por la ruta española…

—¿Y qué me dirías si te cuento que la ruta española está infestada de naves portuguesas aguardándonos?

A Urrutia se le iluminó la mirada.

—¿Quiere decir que…? —comenzó a preguntar.

Sin embargo, Magallanes ya sabía lo que quería. Cortó por lo sano.

—Gracias, Urrutia —dijo con voz seca—. Eso es todo.

El capitán general ni siquiera esperó a que el marinero abandonara el camarote.

—Piloto —expresó dirigiéndose a Esteban Gómez. Lo hizo en castellano, puede que para que Urrutia comprendiera sus palabras. Seguramente, una vez fuera del camarote, la tripulación le interrogaría acerca de lo que había averiguado. Magallanes no consultaba sus planes con nadie y mucho menos los comunicaba, pero sabía de las dificultades en la que lo pondría una rebelión a bordo. Sean cuales sean tus intenciones, ten siempre a la marinería de tu parte. Que a un oficial díscolo se le puede dar garrote y la nave proseguir su marcha, pero sin marinería no se mueve ni una sola vela.

—Diga, capitán general.

—Vire el rumbo. Hacia el suroeste. Nos vamos a Brasil.

6

Calma chicha

13 de octubre de 1519

TRAS la orden dada, las tripulaciones casi prorrumpen en gritos de alegría. ¡El hijoputa del capitán general no nos está vendiendo a los portugueses! Sin embargo, nada de eso sucedió. Los capitanes no lo habrían permitido, por mucho que algunos de ellos, los más, pensaran igual: ¡El hijoputa de Magallanes no es un traidor! Algo era algo.

Virar hacia el suroeste significaba internarse en el océano Atlántico alcanzando el ecuador. Con las cartas de navegación en la mano, aquella ruta para atravesar el mar no es la peor de todas: la panza de África y el pico de Brasil se encuentran bastante cerca el uno del otro. De hecho, la distancia que les quedaba por recorrer hasta encontrar tierra americana era menor que la que llevaban navegada desde Sanlúcar. En términos geográficos, se hallaban a un salto.

Por desgracia para los expedicionarios, en el ecuador las cartas no suelen ser demasiado útiles. Más o menos, sabes dónde estás, pero con una diferencia crucial: allá, el viento sopla cuando le da la gana y, por lo general, le suele dar poco la gana. Así que no era infrecuente que las derivas se demorasen muchísimo más que lo que la paciencia de un hombre cabal puede soportar. No en vano, la ruta de los españoles discurría mucho más arriba en el mapa. Había el doble de océano por delante, aunque lo recorrías en la mitad de tiempo porque el viento siempre hinchaba las velas.

Tres días después de que Magallanes ordenara el nuevo rumbo, una calma chicha cayó sobre ellos como la peor de las maldiciones. De pronto, y con leguas y leguas de mar en todas direcciones, el viento cesó, las naos se detuvieron por completo y un calor achicharrante los envolvió hasta casi impedirles respirar.

A bordo de la *Concepción,* el capitán Gaspar de Quesada echaba humo. No había dejado de echarlo desde que se hiciera a la mar, justo es decirlo, pero ahora, si cabe, su enojo se había ido incrementando hasta cotas que sus propios hombres terminaron por juzgar excesivas. Sí, en la *Concepción* todo el mundo odiaba a los malditos portugueses, pero hasta para el odio visceral existe un límite, no vaya a darnos a todos un ataque al corazón. Además, el calor se había tornado insoportable y costaba respirar. ¿No podían aplazar, al menos durante unos días, la inquina contra los portugueses? Odiar sin límite agotaba a aquellos hombres, por lo demás, ya agotados en extremo.

Quesada dio cierto margen a su tripulación. Que hicieran lo que quisieran. En lo que a él respectaba, pensaba seguir despotricando contra los portugueses. ¿Acaso no se hallaban en aquella parte del mundo por culpa de ellos? En realidad, y con la verdad en la mano, la respuesta era que sí. Con todo, la realidad y lo que Quesada sospechaba carecían de correlación alguna: mientras que para el capitán jienense la culpa de todo era de Magallanes en tanto en cuanto había tomado una decisión errónea al llevarlos por la ruta africana, lo sucedido tenía más que ver con evitar la presencia de las carabelas portuguesas que los aguardaban en la ruta española. Que se hallarían allí todo lo ilícitamente que se quisiera, pero que no habrían dudado en atacarlos y hacer valer su superioridad. Magallanes tomó la decisión correcta cuando se adentró en la panza de África. Se equivocó al no explicárselo a su oficialidad. Al menos, a la más directa.

Qué diablos, un capitán general es un capitán general y no tiene por qué razonar ninguno de sus actos. Si no fuera por Magallanes, nadie se encontraría allí. No en aquel lugar del océano tan poco propio, sino en la expedición misma, pues esta nunca habría existido.

A Quesada, todo esto le traía al pairo. Y por el camino de la amargura. Consideraba a Magallanes como poco menos que un renegado. En cualquier caso, alguien de muy poco fiar que se movía por intereses no revelados. Puede que hubiera logrado embaucar al joven rey Carlos, pero a él no se la daba. A Magallanes habría que tenerlo vigilado de cerca. Muy de cerca. ¿O no, Sordo?

—Como no nos pongamos a soplar… —dijo Juan Rodríguez. No corría ni la más leve de las brisillas.

—Empieza tú, Sordo —repuso un marinero a su lado.

Se hallaban todos sobre la cubierta de la *Concepción*, a mediodía, con el sol fundiéndoles las coronillas y reblandeciéndoles los sesos.

—Teníamos que haber virado al poco de salir de las Canarias —comentó el Sordo. Como no había nada que hacer, la marinería se disponía en cubierta con los brazos a la espalda. Si el calor ecuatorial no estuviera apretando tanto, los oficiales habrían ordenado alguna tarea de entretenimiento, pero creyeron que mejor era dar una tregua a los hombres. Lo cual estaba bien pensado, aunque no exento de consecuencias: un marinero que no tiene nada que hacer es un marinero que comienza a darle demasiadas vueltas a asuntos que no está en su mano resolver.

—Déjalo, Sordo —dijo Carvallo.

—Ya está usted defendiendo a su gente, piloto —rezongó el Sordo.

—Que no, joder, que no… Yo estoy contigo, Sordo. Creo que el capitán general debería haber dado antes la orden de virar.

—¿Usted sabía que en el ecuador reinan las calmas chichas?

—Sé que no son infrecuentes.

—No me toque los cojones, piloto…

En cualquier otra nao, una conversación como esta habría resultado imposible. A bordo de la *Concepción*, la manga ancha era notoriamente mayor.

—Tú creías que íbamos hacia el cabo de Buena Esperanza y ya has visto que no —sentenció Carvallo.

—Eso es cierto —concedió el Sordo antes de añadir—: Pero sigo sin fiarme ni una pizca del portugués.

—¿De qué portugués? —preguntó Carvallo, que también lo era.

—Del capitán general, hostias. No se me ponga usted quisquilloso, que sabe que aquí se le aprecia.

—Basta de discusiones —intervino el capitán Quesada—. Los hechos son los hechos, Carvallo. Y estos dictan que, a efectos prácticos, nos hallamos todavía en la ruta portuguesa.

—Conozco estas aguas, capitán —dijo el piloto—. No es la primera vez que las navego. Y le aseguro que no nos encontraremos carabelas portuguesas. Además, si por cualquier azar nos las topáramos, podemos alegar que nos encontramos viajando hacia la demarcación española. La dirección de nuestras proas es clara. Deberían dejarnos pasar. Estamos en nuestro derecho.

—Sabrían que, días atrás, atravesamos aguas portuguesas —repuso el Sordo —. Al menos, desde las Canarias hasta Cabo Verde. Nuestra posición lo muestra a las claras y los portugueses serán muchas cosas, pero no idiotas.

—¿Y qué? ¿Acaso ellos no penetran en aguas españolas?

—¿Y no les damos por culo cuando lo hacen?

—Solo si los trincamos en ellas. Ahora mismo, yo no diría que nos encontremos en aguas portuguesas. Estaría relativamente tranquilo.

—¿Qué cojones quiere usted decir con eso? ¿Cómo pollas vamos a estar relativamente tranquilos? O empieza a soplar el viento o nos veremos obligados a salir de aquí remando.

—Míralo por el lado positivo, Sordo: dado que no hay viento para nosotros, no hay viento para nadie. Ningún barco portugués podrá darnos alcance.

Decenas de hombres escuchaban, en silencio, la conversación. Si la bodega de la *Concepción* no se hallara atestada de toneles repletos de mercancía con la que negociar en la especiería, algunos hombres podrían haberse protegido en ella del inclemente sol. Sin embargo, la situación era la que era y la cuarentena larga de tripulantes de la nao se veía obligada a permanecer sobre cubierta. Quietos los hombres. Sin nada que hacer.

—Tenemos provisiones de sobra para aguantar —afirmó el capitán Quesada. Se trataba de una obviedad, pues habían embarcado víveres y abastos para dos años, pero en momentos como este un oficial se veía impelido a decir cualquier memez con tal de calmar los ánimos.

—La cuestión no es cuánto podremos aguantar —repuso el Sordo—. La cuestión es por qué nos vemos en esta situación.

—Por culpa de Magallanes —dijo el capitán Quesada. Lo hizo con voz tranquila, sin aspavientos. Hasta el último de los hombres le escuchó, con lo que ello significaba: su capitán se posicionaba nítidamente en contra de las decisiones de Magallanes. La fractura estaba abierta. Quesada continuó—: Reconozco que me equivoqué, que le di demasiado margen al capitán general. Sordo, tenía que haberte hecho más caso.

Carvallo no daba crédito a lo que se encontraba escuchando.

—Pero… —comenzó a decir casi en balbuceos—, pero ¿va usted a ponerse del lado de un simple marinero? No te ofendas, Sordo, pero tú aquí no pintas nada.

—Soy lo que ha dicho, piloto —replicó, rápido, el sevillano—: un marinero que sirve al rey. ¿Puede usted afirmar lo mismo?

—No vayas por ahí, tío, porque yo mi fidelidad al rey no se la tengo que demostrar a nadie.

—¿A qué rey? ¿Al de España o al de Portugal?

—Sordo, no me busques, que me encuentras…

Quesada no iba a permitir que los disensos partieran su tripulación. Los necesitaba a todos para que lo apoyaran a él.

—¡Basta! —exclamó. Decidido a que Carvallo se sumara a su bando, procedió a defenderlo frente a los hombres. No habría una rebelión en su barco. No, al menos, si no la encabezaba él mismo—. El piloto lo es del rey Carlos y no se hable más. Cuenta con toda mi confianza y debe contar con la de hasta el último tripulante de la *Concepción*.

Se escucharon algunos murmullos que Quesada interpretó como de aprobación, aunque nadie alzó la voz en uno u otro sentido.

—¡Sordo! —gritó, entonces, Quesada—. Ni una puta gilipollez a bordo de esta nao, ¿me has entendido?

Juan Rodríguez retuvo la respuesta un poco más de lo debido. Solo un poquito.

—Perfectamente, capitán.

—Te juro que como levantes una ceja, ordeno que te tiren por la borda, Sordo. Qué cojones… Te tiro yo mismo. Me cago en mis muertos, te vas con los tiburones, Sordo.

El marinero sevillano no respondió. Si se permitía una insolencia más, el capitán era capaz de cumplir su amenaza.

Fue entonces cuando el maestre tomó la palabra. Se trataba de un hombre de carácter taciturno que acostumbraba a trasmitir las órdenes sin aspavientos. Hablaba con el capitán, con el contramaestre y con el piloto. Con nadie más. No se dejaba nada, pero tampoco regalaba nada. De esos hombres que terminan por enervar pero que, sin saber muy bien por qué, no acaban de suscitar antipatías. Te gustan y te crispan al mismo tiempo, lo cual te crispa aún más, lo cual termina por lograr que el personaje resulte fascinante.

—El capitán Quesada está en lo cierto —dijo—. Estamos atrapados en una calma chicha por culpa del capitán general.

Las miradas de la tripulación se giraron hacia él. Algunos, entre ellos los marineros más viejos, asintieron. Sí, Magallanes los había conducido hacia aquel lugar. La pregunta que a todos les rondaba la cabeza no podía ser otra: ¿Y ahora qué?

—Hay que esperar —continuó hablando el maestre—. No queda otra salida.

El maestre de la *Concepción* tenía treinta y dos años y se trataba de un guipuzcoano nacido en Guetaria. Como algún que otro hombre en la expedición, se encontraba allí para redimir pecadillos de antaño. Al parecer, el maestre llegó

a ser dueño de su propio barco, pero acabó vendiéndoselo a quien no debía para pagar los salarios de sus hombres. Como capitán, la decisión no le podía honrar más. Como vasallo, se había convertido en su ruina. Le dieron la oportunidad de enrolarse como oficial en la expedición a la especiería. Tres mil maravedíes al mes y una parte de lo que pudieran traer desde allí. Por supuesto, a su regreso, la deuda con el rey habría quedado saldada y de aquel barco malamente vendido no se volvería a hablar.

Se llamaba Juan Sebastián Elcano. De su barco no, pero de él se hablaría mucho. Muchísimo.

7

Sálveos Dios

17 de octubre de 1519

EN CUATRO días, no habían avanzado ni una sola legua. Se hallaban detenidos en mitad de la mar, y miraban el sol durante el día y la luna durante la noche. Poco más. Las aletas de los tiburones, si acaso, las cuales les causaban una desazón muy comprensible. Ninguno de los hombres sabía nadar y, por lo tanto, contaban con la posibilidad de que, en un inesperado golpe de mala suerte, acabaran yéndose al agua y diñándola. Como es obvio, ponían muchísimo cuidado en que así no sucediera, pero contar con la posibilidad, contaban. Gajes del oficio. Eso sí, que te caigas al agua y que ni te dé tiempo a ahogarte porque media docena de hambrientos tiburones se ha lanzado sobre ti para devorarte, eso… Eso no.

Había tantas aletas que, cuando necesitaban sacar el culo por la borda para obrar, se acostumbraron a echar un vistazo antes. ¡Que no saltan tan alto!, exclamaba siempre alguien. En las tripulaciones, sobre todo cuando no hay faena, los listillos brotan de debajo de las tablas. ¡Ponte tú primero, ponte tú!, le solía responder el que ya tenía los pantalones bajados. Por suerte para ellos, los tiburones se limitaban a dar vueltas y más vueltas en torno a los cascos de las naos. A algunos marineros les dio por apostar si tal o cual bicho era más o menos grande que otro que los había rondado cinco minutos atrás. Apuestas siempre inciertas que jamás se resolvían, pero que mantenían a los hombres entretenidos. Pese a la prohibición expresa de Magallanes, los capitanes dejaban que la vida siguiera su curso y hasta hacían la vista gorda cuando alguno que otro sacaba una baraja y montaba una timbita. Al menos, mientras jugaban a las cartas se sabrían pacíficos.

Quien no estaba por la labor era el capitán Cartagena. Su nao, la *San Antonio*, se había situado, cuando faltaban un par de horas para el anochecer y

más por azar que por otro motivo, muy cerca de la *Victoria* y pronto las tripulaciones se lanzaron unos cabos para, tirando de ellos, juntar una con la otra. En principio, esto no estaba prohibido, aunque Magallanes, siempre receloso, veía con malos ojos las reuniones informales. ¿Y si se trababa de un complot contra él? Bueno, no creía que las cosas llegaran tan lejos y, por otro lado, habría resultado impropio de un capitán general impedir que sus capitanes tomaran decisiones que, sin duda alguna, les concernían. Vedar los contactos entre naves habría supuesto admitir explícitamente que él no se fiaba de nadie. Y, mal que le pesara, para llevar a buen término aquella empresa necesitaba confiar, al menos en parte, en su oficialidad. Si no en toda, en casi toda.

Además, el capitán de la *Victoria* era Luis de Mendoza, un tipo poco problemático, a juicio de Magallanes. Le costaba imaginárselo causándole complicaciones. Ay…

En las tareas de acercar la borda de una nao a la de la otra, ayudó Vasco Gallego, o Vasquito, como lo llamaban los hombres para distinguirlo de su padre, piloto con el mismo nombre en el mismo navío y quien no había dudado en enrolar como paje a su chaval de ocho años para que fuera aprendiendo el oficio. El crío intentó ir de grumete, que siempre resulta más descansado, pero el piloto no se dejó convencer: hasta que no has barrido cien veces una cubierta, no comprendes qué es una cubierta bien barrida. De manera que a barrer. Habrá tiempo para progresar. En estos asuntos, los marinos que enrolaban a sus hijos solían ser muy tercos: el oficio de la mar es muy duro y no libre de riesgos, de modo que más vale aprenderlo bien desde el principio para evitarnos disgustos en el futuro.

Vasquito, que al igual que su padre servía en la *Victoria*, sostenía el extremo de un cabo y tiraba de él con fuerza. Ocho años no son muchos, pero sí los suficientes como para que el resto de hombres que está tirando no te perdone la mitad del esfuerzo.

—¡Vamos, hostias! —gritó uno de los marineros que arrastraban lentamente a la *San Antonio*—. ¡Aquí nos dan las uvas!

Las tripulaciones, tras tantos días sin realizar apenas labor alguna, habían perdido, hasta cierto punto, la costumbre de trabajar. Este era un oficio sin medias tintas: había hombres que narraban con horror cómo se las habían tenido que ver con huracanes que los mantuvieron trabajando sin descanso durante diez días seguidos; y los había que referían calmas chichas de dos meses en los que nadie hizo nada salvo sentarse en la cubierta y rumiar sus pensamientos y

añoranzas. Jamás se ponían de acuerdo en torno a cuál de las dos circunstancias era la peor.

Vasquito apretó los dientes y tiró con tanta fuerza como pudo de su cabo. La *San Antonio* se fue acercando poco a poco y, por fin, una y otra se tocaron. Los calafates, siempre pendientes de que la selladura de los cascos no se malograra, colocaron tacos de madera entre una borda y otra y las sujetaron con cuerdas.

De la *San Antonio*, el capitán Cartagena, seguido del maestre Elorriaga, aquel que recibiría una puñalada bien dada, saltaron a la *Victoria*, donde se hizo un silencio respetuoso. No en vano Cartagena, con porte altivo y señorial, era lo más parecido a un caballero cortesano que cualquiera de ellos tendría cerca en su vida. Veedor del rey, ahí es nada. Prácticamente, la mano derecha del monarca en la expedición. Cuando hablara, se harían a la idea de que lo estaba haciendo el grandísimo Carlos.

—Pase a mi camarote, capitán —invitó, raudo, Mendoza. No se trataba de un oficial brillante, aunque se las arregló para terminar pasando a la historia. Al menos, a la historia de esta expedición, en la que mucha gente relucía y Mendoza no estaba entre ella. Tuvo su mérito lograr lo que logró, sí.

Cartagena no se molestó en responder, pero ya quedó claro, con su actitud al permanecer en mitad de la cubierta, que rechazaba el ofrecimiento del capitán Mendoza. Cartagena era un caballero castellano acostumbrado a que el sol le abrasara la sesera durante el tiempo que hiciera falta. No tenía ni la más remota idea de navegación y, además, no albergaba la menor intención de aprender, pero lo que sí sabía es cómo un caballero recoge adhesiones entre sus subordinados: no flaqueando jamás, aunque esto suponga adentrarse en los mismísimos umbrales de la muerte. Si hay que morir, pues se muere uno, pero con la cabeza bien alta para que el apellido de la familia salga indemne. Eso es lo que importa, lo que le importaba a Cartagena.

Por ello, que un mentecato de las características de Magallanes se le estuviera subiendo a las barbas, lo desquiciaba por momentos. ¿Quién era ese cretino? Por lo que Cartagena sabía, un mindundi. Se rumoreaba que tiempo atrás solo había sido un sirviente de pacotilla. Por alguna razón que allí nadie se explicaba, el muy ladino había logrado convencer al jovencísimo rey Carlos. Un rey, por otra parte, que, siguiendo los consejos de quienes se sentaban cerca del trono, puso a Cartagena a velar por los intereses de la Corona. Bien, pues allí estaba él, velándolos.

Vasquito intentó acercase todo lo que pudo al lugar donde los dos capitanes,

y los oficiales que acompañaban a uno y a otro, intercambiarían impresiones. Aquel sería, sin duda, el acontecimiento más interesante en semanas.

—Estamos jodidos, Mendoza —expresó, sin más preámbulos, Cartagena.

—Jodidos de verdad —se sumó, medio paso tras él, el maestre Elorriaga.

—Seguro que más pronto que tarde se levanta algo de viento… —intentó apaciguar los ánimos Mendoza.

—¿Y qué? —saltó, rápido, Cartagena—. La ausencia de vientos es un problema, pero no el más grande de entre todos los que tenemos.

—¿Ah, no? —preguntó Mendoza. No era tonto y pretendía, durante tanto tiempo como pudiera, nadar entre dos aguas. Porque sabía a qué venía Cartagena: a averiguar por dónde respiraba él y de qué lado estaba. Si conseguía librarse de ofrecer una postura firme, se daría por satisfecho. Por desgracia, Cartagena no era hombre que tolerara algo así.

—Nos encontramos perdidos en un lugar maldito y es por culpa del capitán general —dijo Cartagena sin importarle que la dotación entera de la *Victoria* le escuchase. De hecho, lo prefería: que todo hombre supiera, en adelante, a qué atenerse.

—Es posible… —repuso, demasiado a la desesperada, Mendoza. No coló.

—Es cierto. Magallanes ha desobedecido las indicaciones del rey. Yo soy quien lo representa aquí y así lo afirmo. ¿Estamos de acuerdo, capitán?

Mendoza enarcó las cejas y se pasó una mano por las mejillas en un gesto que dejó al descubierto la incertidumbre que experimentaba.

—Lo estamos, capitán —respondió, por fin. Lamentaba tener que situarse del lado de alguien, pero si había que hacerlo, él se colocaría junto al resto de españoles. ¿Por qué habría de secundar a un portugués, por muy capitán general que fuera? Cartagena no era un desgarramantas, sino el veedor del rey. Ni más, ni menos.

—Me alegro, Mendoza, me alegro de que estemos de acuerdo.

—¿Y cuáles…, cuáles son los planes?

—De momento, ninguno. Ahora, lo más importante es que se levante viento y que podamos continuar viaje. Después, yo mismo elevaré una exigencia ante el capitán general.

Vasquito, ayudándose de los codos, se había abierto paso hasta la primera fila de la piña de hombres que observaban. Se encontraba, dadas las dimensiones de la minúscula *Victoria,* a menos de medio paso de distancia del capitán

Cartagena. Para verle la cara, tenía que torcer tanto el cuello que a punto estuvo de dislocárselo.

—Debe atenerse a las órdenes —añadió Cartagena.

—¿Y si no se atiene? —preguntó, de pronto, un hombre de los que se ubicaban en tercera o cuarta fila. No tuvo que alzar demasiado la voz para hacerse oír.

Cartagena no eludió la respuesta. Mentiría si afirmara que la pregunta no le sorprendió, pero, una vez formulada, no la ignoró. Si había decidido hablar en presencia de la tripulación al completo, sería con todas las consecuencias.

—Se atendrá —aseveró—. Porque es lo correcto y porque mi reclamación se ajusta a las instrucciones con las que partimos desde Sevilla. El capitán general ya nos está llevando por un camino distinto al planeado. Él sabrá por qué. Desde luego, esta decisión ya no tiene marcha atrás. A lo que sí me comprometo es a que el orden regrese a esta expedición. El rey ordenó que cualquier medida de envergadura debía serme consultada. El capitán general así tendrá que hacerlo en el futuro.

—¿Y si no lo hace? —preguntó una voz, que podía pertenecer al hombre anterior o a otro distinto. A Cartagena, una pregunta le parecía una impertinencia tolerable. Dos, un descaro irritante. Empero, y dada la situación, decidió tragar saliva y continuar. Quizás necesitara de su lado a aquellos hombres. Los necesitaría, de hecho.

—Si no lo hace, le pediremos, por las buenas, que lo haga —respondió en tono sereno.

—¿Y si no se atiene a razones? —volvió a inquirir alguien. Las primeras filas del corro en torno a los oficiales se mantenían en silencio. Vasquito tenía los labios más sellados que si se los hubieran embreado. Pero atrás, donde las cabezas se amontonaban las unas al lado de las otras, el anonimato parecía garantizado.

—¡González! —gritó, entonces, el capitán Mendoza, creyendo haber descubierto al inoportuno.

—¡Estoy detrás de usted! —repuso el aludido, a quien, sin duda, había confundido. A bordo de una nao en calma chicha y con un capitán tan poco hábil para manejar situaciones como Mendoza, a cualquiera le podía caer un castigo por el motivo más peregrino.

Durante dos largos minutos, nadie habló. Los hombres aguardaban la respuesta de Cartagena y este, que lo sabía, la preparó con esmero. No convenía

decir una palabra de más. Tampoco una de menos. Vasquito Gallego rozó con su brazo desnudo los pantalones del capitán. La tela era suavísima y muy ligera, en nada parecida a las bastas arpilleras con las que se vestían ellos. Decían que la ropa de la marinería duraba mucho más, y no mentían, pero a Vasquito le dio por pensar que la razón siempre ha de caer del lado del hombre que viste con distinción.

—Se atendrá a razones —aseguró, entonces, Cartagena.

* * *

A bordo de la *Concepción*, Juan Sebastián Elcano observaba el acercamiento de la *San Antonio* a la *Victoria*. La *Concepción* se encontraba algo separada del resto de naos y, aunque podían distinguir los movimientos de los hombres sobre las cubiertas, no les llegaba el sonido de sus voces.

Aunque tampoco habría sido necesario. Elcano no solía hablar más de la cuenta, pero sí observaba. Observaba siempre, todo el rato, a todos. Y se guardaba sus opiniones para sí. Porque era completamente cierto que la *Victoria* y la *San Antonio* se hallaban separadas de la *Concepción*, que la *Trinidad* lo estaba más aún y que la *Santiago* apenas era un puntito en el horizonte. Sin embargo, los juicios y las opiniones podían saltar de cubierta en cubierta como por arte de magia. Elcano, y con él todo hombre de mar, creía a pie juntillas en la capacidad de un pensamiento para introducirse en la mente de un hombre situado a un cuarto de legua de distancia y con el que el dueño de dicho pensamiento no había intercambiado ni media palabra. Hay cosas que son como son, y así se aceptan.

Así que cuidado, porque en esta flota comenzaban a complicarse los asuntos mucho antes de lo esperado. Por culpa del capitán general y de sus órdenes contradictorias, sí, aunque también por las reacciones un tanto desmedidas ante tales indicaciones.

Elcano tenía solo treinta y dos años, pero sabía más en torno a la mar y las naves que la surcan que muchos de los que en aquella expedición ostentaban su mismo rango o uno superior. El capitán Cartagena, al que vio saltando de la *San Antonio* a la *Victoria*, no habría sabido ni cómo desplegar la vela mayor. Su comportamiento, inquieto y desazonado, le parecía impropio de un capitán. Tampoco Quesada era un marino de los de descubrirte, ni Mendoza. Serrano, el

capitán de la *Santiago*, le causaba una impresión bastante mejor. Al menos, era hombre de mar, conocía el oficio. ¿Y qué decir del propio Magallanes? Elcano estaba seguro, no le cabía la menor duda al respecto, de que el capitán general sabía en qué consistía navegar. No disponía de la pericia de un piloto, de la capacidad para repartir las labores de un buen contramaestre, ni del juicio exacto que un maestre precisa para que una nave sea eso, una nave, y no un montón de tablas con hombres, velas y barriles dentro. Pero Magallanes sabía disponer. Tenía el don del mando, un don esquivo que aparece en uno de cada cincuenta hombres, de cada cien si se quiere.

Magallanes tenía una idea metida en la cabeza y no pararía hasta que esa idea se tornara realidad. Así pensaba Elcano acerca del capitán general, reflexión que, por cierto, no se extendía al resto de la oficialidad y, menos aún, de la marinería. Muchos, demasiados, creían que Magallanes, por ser portugués, pretendía venderlos a los portugueses. Elcano había escuchado esta hipótesis no una, sino decenas de veces desde que partieran de Tenerife. De hecho, a día de hoy, y con la penuria echada sobre sus cabezas en forma de calma chicha y calor sofocante, la conjetura de que Magallanes no era más que un vulgar traidor se extendía más y más entre los expedicionarios.

Pero ¿qué sentido habría tenido algo así para Magallanes? ¿Alguien se ponía en su pellejo para intentar comprenderlo? Al menos hasta donde Elcano sabía, había sido el propio Magallanes quien removió cielo y tierra para armar esta flota. Él, prácticamente sin ayuda de nadie, defendió hasta la saciedad que existe un paso al suroeste, un paso que los conducirá al mar nuevo y, de allí, a la especiería. Nadie, ni un solo ser en toda Europa, había visto dicho paso. Podía, tranquilamente, tratarse de una entelequia, de una invención, de un delirio de un capitán en horas bajas. Sin embargo, precisamente por esto, porque Magallanes debía demostrar al rey y al mundo que la ruta que decía existir, existía, que el camino a la especiería no solo se hacía navegando hacia el este, sino que también lo encontrarían haciéndolo hacia el oeste, precisamente por todo esto, Magallanes no podía ser un conspirador. Pretendía aclarar lo que en teoría ya se sabía: la redondez de la Tierra y el convencimiento de que, para ir de un punto a otro, siempre existen, al menos, dos caminos antagónicos.

No, Magallanes no era un traidor a la causa española y Elcano así lo comprendía. Lo cual no evitaba que despertara resquemores en él. No le agradaba el carácter del capitán general. Y no porque ello le causara mayor o menor disgusto. A Elcano, en general, que uno fuera amable o condescendiente,

justo o irascible, cordial o severo, le daba lo mismo. Aquello era un trabajo, nada más. Pero porque se trataba de un trabajo, convenía que los que se encontraban al mando, los que dirigían a los hombres, lo hicieran comprendiendo qué era exactamente eso que se traían entre manos y cómo las tripulaciones podían y debían ser tratadas. El engreimiento sirve de poco a bordo de una nao que navega los mares. Un buen capitán es aquel al que sus hombres respetan y hasta admiran, no ese al que temen. Y a Magallanes se lo temía. Lo temían porque no conocía más estrategia o táctica que la mano dura, la absurda mano dura que jamás debe aplicarse sin límite en un barco. No porque no fuera necesaria, ojo: lo era, por supuesto, y Elcano la utilizaba a diario para que en la *Concepción* reinara el orden y se navegara aprovechando cada soplo del viento. No obstante, de igual manera que aprietas, aflojas. Una tripulación es un ser vivo al que pones a trabajar día sí y día también, es como el buey que tira del arado para abrir en dos la tierra, el mulo en el que transportas tu pesado equipaje. Al buey, al mulo, a cualquier ser que respire, de cuando en cuando debes darle descanso. A su cuerpo, pero también a su mente. De lo contrario, lo reventarás o conseguirás volverlo loco. Y nunca sabes cuál de las dos opciones resulta la peor.

El capitán de la *Concepción*, Gaspar de Quesada, no pensaba igual que Elcano. Dado que ambos tenían más o menos la misma edad, habían congeniado pronto y se llevaban, manteniendo las distancias, razonablemente bien. El carácter de Elcano no era todo lo expresivo que a Quesada le habría gustado, pero, al menos, no causaba problemas y conocía cómo realizar su labor. Los dos hombres colaboraban, que es el método único para que una nave vaya.

Por suerte o por desgracia, Quesada no compartía la misma opinión que Elcano acerca de Magallanes.

—Cartagena está a bordo de la *Victoria* —dijo Quesada situándose al lado de Elcano en la toldilla de la *Concepción*.

Por toda respuesta, Elcano asintió levemente con la cabeza. En un sentido estricto, debería haber pronunciado algo. Cuanto menos, una palabra. Quesada tenía el rango de capitán y Elcano, el de maestre. No se deja a un capitán sin nada que decir. Quesada, no obstante, no se lo tuvo en cuenta. Le molestaba esa tendencia de Elcano hacia la introspección y quizás la melancolía, incomprensible para un jienense como Quesada, pero no se rompe con un buen oficial por nimiedades.

Los dos marinos tenían la mirada puesta en la *San Antonio* y en la *Victoria*, ahora amarradas mediante cabos.

—¿Qué cree que estarán diciéndose? —preguntó, casi retóricamente, el capitán Quesada.

—No lo sé —contestó Elcano. Pese a su más que obvio laconismo, parecía dispuesto a intercambiar pareceres.

—Conociendo a Cartagena, me apostaría la paga de un mes a que ha subido a la *Victoria* para recabar apoyos.

Elcano, y en esto Quesada ya le estaba cogiendo el tranquillo, daba la callada por respuesta cuando no quería expresar en voz alta lo que realmente pensaba. Resultaba irritante, aunque prudente. Y la prudencia, Quesada estaba de acuerdo, resultaba un bien muy preciado en una expedición como aquella. Lástima que a él le hirviera la sangre en las venas cada vez que pensaba en los malditos portugueses que se les habían colado en la flota… Fue un error hacerlo y ya estaban pagando las consecuencias. Quesada nunca cambiaría de opinión.

—Mendoza es un buen hombre —añadió para romper el silencio. Desde la toldilla de la *Concepción*, podían distinguir cómo, sobre la cubierta de la *Victoria*, un numeroso grupo de tripulantes se arremolinaba en torno a los dos capitanes para ser testigo de la conversación—. Y Cartagena. Cartagena también lo es. Mire, Elcano: hablan delante de todos los hombres. Sin secretos, de frente.

Elcano volvió asentir. Aunque esta vez no dejó al capitán Quesada con la palabra en los labios.

—No me parece juicioso —dijo.

Quesada se giró para mirarle. Elcano no lo imitó y continuó observando los acontecimientos que tenían lugar en la *Victoria*.

—¿Que no le parece juicioso? ¿Qué es lo que no le parece juicioso? Le recuerdo que el capitán general ya ha incumplido las instrucciones que traíamos desde Sevilla. Se nos había ordenado virar hacia el suroeste al partir de las Canarias y, en lugar de ello, Magallanes nos ha traído por esta ruta. ¿Qué hemos logrado? Nada. ¡Encallar en esta maldita calma chicha!

La respuesta de Elcano fue parca, aunque expresiva.

—Pero estamos aquí —dijo.

Al principio, Quesada no comprendió qué quería decir.

—Claro que estamos aquí… ¿Qué significa eso, Elcano?

El maestre de la *Concepción* se tomó unos segundos antes de responder:

—Magallanes pretende llegar a las tierras americanas y hallar el paso del suroeste. Hay demasiada gente que no desea que algo así suceda. Quizás por ello, eligió una ruta distinta.

—¿Quiere decir que practicó una maniobra de despiste?

—No afirmo nada, porque nada sé. Pero si mi plan fuera llevar a la expedición hasta más allá de los límites conocidos al sur de América, no me habría importado costear África y virar más tarde. Siempre hemos estado donde no se esperaba que estuviéramos. De hecho, seguimos estándolo.

—Para lo que nos sirve… No sopla ni una pizca de viento desde hace días.

—Pero permanecemos a salvo. Carvallo dice que todavía deberemos ir más hacia el sur. Él conoce la zona porque ya ha estado antes allí. Tenemos margen, lo cual demuestra que puede que el plan del capitán general no fuera equivocado del todo.

Fue entonces cuando Quesada le lanzó una pregunta directa. Si Elcano se volvía locuaz para soltar toda aquella sarta de insensateces, casi lo prefería hundido en su habitual laconismo.

—¿Se está poniendo de su parte, Elcano? —preguntó con sequedad.

Elcano no podía evitar la respuesta a una pregunta semejante, pero sí postergarla unos minutos. Eso hizo.

—No, en absoluto —contestó, por fin—. Magallanes no me gusta. No sabe tratar a los hombres y el mando de una expedición de las dimensiones de la nuestra le viene grande.

Quesada no pudo dejar de suspirar aliviado.

—Joder, pensaba que te habías vuelto portugués —dijo, pasándose al tuteo. Entre la oficialidad, era normal hacerlo según el contexto de la conversación y las personas que se hallaran presentes. Ahora que se estaban confesando asuntos de gran enjundia, a Quesada le pareció oportuno tutear. Elcano, por su parte, no pareció darse por aludido.

—No me he vuelto portugués, capitán —expresó—. Solo digo que Magallanes no ha realizado ningún acto que lo acerque a la traición.

—Ha desobedecido las órdenes.

—Es el capitán general. Puede hacerlo.

—No sin consultarlo antes. Está obligado a pedir consejo cuando la situación sea lo suficientemente grave.

—Dudo mucho que Magallanes vaya a pedir consejo alguna vez.

Comenzaba a caer la tarde. Pronto sería la hora de los saludos protocolarios. Como las naos no se podían acercar a la *Trinidad*, se había tomado la determinación de echar botes al agua y aproximarse remando. Podían ver cómo

las aletas de los tiburones rondaban los minúsculos chinchorros. Algunas tenían hasta tres palmos de altura.

* * *

En la *Trinidad*, Pigafetta no tenía demasiadas cosas que hacer. No es que habitualmente las tuviera, la verdad, pero aquel día se notaba especialmente desocupado. Deambuló de un lado a otro de la nao, intentó entablar alguna que otra conversación con los marineros, estos lo ignoraron sin contemplaciones y el vicentino fingió que no sucedía nada, que a él todo aquel desdén le traía sin cuidado. Aunque sí, le molestaba. No mucho, cierto es, pues mientras contara con la amistad y el afecto del gran capitán general Magallanes, el resto era secundario, pero sí lo suficiente como para que cierta pesadumbre lo embargara. ¿Qué había hecho él a aquellos rudos marineros? Nada, salvo existir y hallarse a bordo en una nave rumbo a lo maravilloso. De hecho, a Pigafetta, más que el menosprecio hacia su persona, le molestaba que no lo aprovecharan. ¡Había tantas cosas que podía enseñarles! Si exceptuaban a Magallanes, él era el hombre más sabio de la expedición entera. Sabía de arte, de libros, de pájaros, de peces, de idiomas lejanos, de idiosincrasias extrañas, del clima, de las mareas, de la filosofía y el pensamiento, de la aritmética y las matemáticas, de poesía y belleza. Pigafetta, que había aprendido a leer a muy temprana edad, disponía de una curiosidad infinita hacia todo lo existente. Tanta y tan insaciable que este era el motivo por el cual había movido mil hilos y contactos que le permitieran embarcarse en la expedición española a la especiería: para ver más, aprender más, adquirir una visión más completa y perfeccionada del mundo.

Hasta aquí, la marinería no tenía gran cosa que replicar. Es decir, lo despreciaban, por supuesto, pero porque era un caballero extranjero que jamás arrimaba el hombro y los observaba como quien mira a un estornino que se ha posado en la rama de un árbol. Y por esa manía suya de estar siempre anotándolo todo. Por eso también lo aborrecían. Sin embargo, hasta ahí, el desprecio se hacía, digamos, tolerable. Los marineros son gentes muy particulares que soportan mal a los que no se les parecen. Al final, se trata de hombres que se pasan la vida rodeados de hombres iguales a ellos. Pierden, en consecuencia, la perspectiva de lo circundante, la capacidad de asombrarse, cuanto menos de

comprender que los demás existen y pueden ser diferentes sin que ello los torne insufribles.

En fin, lo propio del oficio. Habrían detestado a Pigafetta como se detesta a cualquiera que no fuera de los suyos. No obstante, el vicentino, voluntaria o involuntariamente, se empeñaba en llevar aquello un paso más adelante. De esta forma, no solo interrogaba a los tripulantes acerca de asuntos que no eran de su incumbencia, sino que los observaba largamente mientras ellos se afanaban en sus tareas. ¿Qué clase de hombre hace algo así? Lo de llevar pasajeros a bordo de una nave mercante ya le parecía una extravagancia a la mayoría de los marineros. Una nao necesita hombres que la gobiernen, punto final. Si acaso, tolerarían que el capitán llevara un criado a bordo para que le asistiese. Se trataba del capitán y los marineros lo comprendían. No iba a cocinarse él mismo el rancho. Pero ¿y el resto? ¿Qué demonios pintaban a bordo? Y peor aún: ¿Qué los impelía a hallarse allí, pudiendo estar en cualquier otra parte? Los marineros se encontraban sobre las cubiertas porque no les quedaba más remedio, porque aquel era el oficio que para bien o para mal habían escogido, porque la mayoría de ellos ya no se adaptaría a cualquier otra vida. Te subías con siete años a un barco en calidad de paje, ascendías todo lo que podías y cuarenta o cincuenta años más tarde te lanzaban por la borda amortajado y mientras te entonaban el adiós postrero. Una vida dura, pero una vida con sentido, a fin de cuentas.

En cambio, para los marineros, la existencia de Pigafetta resultaba incomprensible. Si al menos doblara el espinazo… Pero no, tenían que aguantarse cuando el tipo daba vueltas por las cubiertas, entorpecía el trabajo de los hombres colocándose siempre donde no debía, adulaba al capitán mucho más allá de lo que cualquiera habría considerado razonable… A un capitán, a cualquier capitán, se lo respeta en la medida que él respeta a los hombres bajo su mando. A los flojos de carácter, se los tiene en el altar que merecen, pues con ellos la vida de la marinería se vuelve mucho más amable; a los hijos de puta como Magallanes se los teme, pues nada bueno sacará un hombre honrado y cabal de ellos.

Con los capitanes, tocaba lo que tocaba y tú te fastidiabas. ¿Había que aguantar a los puñeteros sobresalientes? Sí, desde luego, porque no les quedaba más remedio. Aunque la pregunta perduraba: ¿Por qué? ¿Quién había tenido la maravillosa idea de admitir sobresalientes a bordo? ¡Y cobrando un sueldo! De Pigafetta, se sabía, porque al final todo se sabe en una nave, que recibía mil maravedíes al mes. ¡Mil por no hacer absolutamente nada! ¡Mil por vaguear todo

el santo día, por entorpecer las labores cotidianas, por ensimismarse mirando las nubes! Un marinero que se deslomaba de sol a sol recibía mil doscientos maravedíes al mes. Todo un contramaestre, alguien que tiene bajo su mando directo a la marinería entera, dos mil. ¿De verdad que Pigafetta tenía derecho a recibir la mitad del dinero que conseguía un contramaestre? No había un solo hombre en la expedición que lo creyera. No habría un solo hombre en el mundo conocido que fuera de esa opinión. Salvo, obvio, los afortunados sobresalientes, quienes habían encontrado el chollo perfecto de la vida no ya regalada, sino abonada con cargo a la hacienda del rey. Hay gente que nace de pie.

Pigafetta, ajeno a lo que de él se dijera o pensara, vivía con entusiasmo el paso de los días. Aquel viaje, para él, suponía una excepcional oportunidad. Magallanes lo había tomado bajo su protección y le había pedido que se afanara en anotar lo que de relevante fueran encontrándose por el camino. A Pigafetta no se lo tendría que repetir dos veces. El capitán general, consciente de la importancia de su encargo, le había dado permiso para acceder, cuando lo precisara, a su camarote y sentarse allí a escribir. Pigafetta así lo hizo en varias ocasiones, hasta que se dio cuenta de que también al aire libre podía realizar su labor y terminó prefiriéndolo. Con el cielo sobre su cabeza y el mar bajo el casco de la *Trinidad*, el vicentino llegó a sentirse a dos palmos de la presencia de Dios. Imbuido de su existencia, colmado de sus dones. Pigafetta, que ya venía crecido desde tierra firme, se estiró más en sus ropajes y hasta ganó unos dedos de estatura: se supo concernido en una obra monumental que a los siglos venideros pasmaría. En lo que a él respectaba, por los santos, los ángeles y los arcángeles que estaría a la altura de las circunstancias.

Aquel día, anotaba en la toldilla de la *Trinidad*. El sol comenzaba a declinar y pronto llegaría el momento de los saludos protocolarios. El capitán general Magallanes se había mostrado inflexible al respecto cuando algunos capitanes objetaron que, con las calmas chichas, se hacía difícil, por no decir imposible, maniobrar las naos para aproximarlas a la capitana. Magallanes repuso que se echaran botes al agua y que vinieran remando. Se saludaría cada atardecer y sin excepciones. Alguien dijo algo acerca de los enormes tiburones que llevaban días rondando las naves, pero la protesta, si es que llegó a ser tal, no prosperó. De esta forma, las salves tenían lugar, aunque de forma más bien poco ceremoniosa: con unos en la cubierta de la nave y el resto a bordo de chinchorros rodeados de inquietantes aletas de tiburón.

Magallanes acostumbraba a vestirse de punta en blanco para recibir los

saludos. A media tarde, se retiraba a su camarote donde descansaba durante una o dos horas y, después, asistido por su fiel esclavo, Enrique de Malaca, se estiraba y cepillaba las ropas para mostrar, así, su mejor aspecto. El saludo tenía una única finalidad: recordar a los expedicionarios quién se hallaba al mando. Qué menos, por lo tanto, que quien lo ostentaba se mostrase acorde a las circunstancias.

El primer chinchorro en llegar fue el de Juan Serrano, capitán de la *Santiago*. Serrano, como era la costumbre, realizaba el trayecto en pie, con la mayor solemnidad que el balanceo del bote le permitía, mientras dos marineros remaban de espaldas a la proa. Al acercarse, Magallanes aguardaba ya junto a la borda de la *Trinidad*. A su lado, solían situarse el piloto Esteban Gómez, un burgalés llamado Gonzalo Gómez de Espinosa que hacía las veces de alguacil mayor en la expedición, y el ínclito Pigafetta.

—¡Sálveos Dios, señor capitán general! —gritó, tras aclararse la garganta, Juan Serrano. Pigafetta sonrió y miró alternativamente a Magallanes y a Serrano. Parecía que, en lugar de un saludo protocolario, a Magallanes se le habían acercado para comunicarle que acababan de descubrir que la especiería se ubicaba a la vuelta de la esquina. En cuanto se levanten los vientos y se hinchen las velas, en media jornada de navegación estamos.

Magallanes correspondió al saludo con un grave golpe de mentón y Serrano realizó una indicación a sus hombres para que se pusieran a remar de nuevo y regresaran a la *Santiago*. Como todos, estaba un poco harto de un ritual tan absurdo, aunque, al menos, les proporcionaba algo que hacer en aquellos aburridos días.

—¡Sálveos Dios, señor capitán general! —gritó Luis de Mendoza, capitán de la *Victoria*, una vez que su bote se acercó a la *Trinidad*.

Magallanes volvió a asentir. Su contramaestre, Francisco Albo, llevaba, por orden suya, varios días midiendo la posición del sol y tenía ganas de regresar a su camarote para estudiar los datos y calcular la ubicación exacta en la que se hallaba la expedición. Bien, ya habían saludado dos capitanes. Ahora les tocaba el turno a los otros dos.

El bote de Gaspar de Quesada, capitán de la *Concepción*, fue el primero en llegar. Detrás, muy cerca, le seguía el chinchorro del capitán de la *San Antonio*, Juan de Cartagena.

Quesada parecía con ganas de cháchara, pues preguntó a Magallanes acerca de qué pensaba este sobre la calma chicha que los tenía varados en aquel punto

del océano. Magallanes contestó con más amabilidad de la propia en él y le aseguró que en dos o tres jornadas se levantaría el viento y podrían continuar viaje.

—Ojalá esté en lo cierto… —comentó Quesada. Acto seguido, se alisó la camisa y lanzó su saludo—. ¡Sálveos Dios, señor capitán general!

Magallanes devolvió el saludo mientras Pigafetta se decía a sí mismo que, más tarde, cuando concluyera la ceremonia de los saludos, debía anotar que el capitán general había predicho, con muy buen juicio, el momento en el que la suerte de los expedicionarios cambiaría.

Por fin, le tocó el turno a Cartagena. Los marineros de su chinchorro parecían tomarse las cosas con calma y hasta al propio Cartagena no se le veían prisas por lanzar su salve y regresar, de vuelta, a la *San Antonio*. Apenas quedaba media hora de luz. O espabilaban, o tendrían que remar hacia una lámpara encendida en la noche.

Cartagena se humedeció los labios y saludó:

—¡Sálveos Dios, señor capitán! —gritó con voz alta y clara.

Durante un instante, nada sucedió. De hecho, la mayor parte de los presentes no se había dado cuenta de lo que acababa de ocurrir y, menos aún, de su gravedad. Sin embargo, tanto Magallanes como Gómez, Espinosa y Pigafetta lo comprendieron de inmediato. Pigafetta se llevó una mano a la boca, en un gesto un tanto teatral.

—Capitán Cartagena —tomó la palabra el alguacil Espinosa—. Haga usted el favor de repetir el saludo.

—Lo dicho, dicho está —retó Cartagena desde el chinchorro. Se erguía en él con la dignidad que proporciona la buena cuna y que no es posible adquirir por otros medios. Acababa de degradar a Magallanes. En lo que a Cartagena concernía, ya no se trataba del capitán general de la expedición española a la especiería, sino del capitán de la nao *Trinidad*. A secas.

—Le exijo que me dé el tratamiento de capitán general —intervino, hosco, Magallanes.

Cartagena se mantuvo con el semblante serio y respondió:

—Capitán. Y mañana no me espere, porque estoy hasta los cojones de tanto saludo inútil. El día menos pensado se nos vuelca el bote y nos despedazan los tiburones. Pero no se preocupe usted, porque, en mi lugar, enviaré a un grumete. Si quiere saludo, tendrá saludo.

8

Magallanes da un golpe sobre la mesa

30 de octubre de 1519

CARTAGENA no solo cumplió su promesa, sino que la llevó un paso más allá. Como había advertido, en los días siguientes, envió a un grumete a saludar a Magallanes. El muchacho se subía al chinchorro literalmente temblando de pánico y dos marineros remaban hasta la *Trinidad*. Lo hacían con cierta flema, pensando en que la cosa no iba con ellos y que si Magallanes decidía descargar su ira con alguien, lo haría con el grumete. Nunca se les pasó por la cabeza que el grumete fuera tan mandado como ellos dos en aquella tarea de saludar al capitán general. Al cual, por cierto, se le devolvió el trato completo: Cartagena no tuvo valor para exigir que el grumete reprodujera su fórmula y se limitó a ordenarle que le cantara la salve a Magallanes y regresara cuanto antes.

Por si acaso, y porque allí nadie había nacido ayer, el resto de capitanes que acudían a saludar se las apañaron para dejar en último lugar al grumete de la *San Antonio*. Hasta se convirtió en una pequeña costumbre mantener el orden: primero pasaba el capitán Serrano, de la *Santiago*, a continuación Mendoza, de la *Victoria* y, por fin, Quesada, de la *Concepción*. Cuando estos habían cumplido con el obligado protocolo, el chinchorro de la *San Antonio* se acercaba lentamente a la *Trinidad* y, sin asir un cabo ni nada que se le pareciera, el grumete, quien, ya que estamos y aunque no importe demasiado, se llamaba Juan y era de Irún, cantaba el saludo con voz alta y clara.

En los dos primeros atardeceres tras el desafío de Cartagena, Magallanes aguardó a que el grumete lo saludara y hasta lo escuchó sin que un solo músculo se le moviera en el rostro. A partir del tercero, dejó de hallarse presente y, una vez que Quesada saludaba y daba media vuelta, Magallanes hacía lo propio y regresaba a su camarote. Juan de Irún estuvo cantando la salve a la nada durante varios días hasta que Cartagena, que no perdía detalle desde la cubierta de su

nao, decidió que hasta ahí habían llegado y que, en lo sucesivo, ni a un triste grumete se molestaría en enviar. Así las cosas, la *San Antonio* prescindió de cualquier tipo de saludo y, por lo tanto, de muestra de respeto y sumisión, a Magallanes. Cartagena, en la práctica, ya navegaba por libre.

Las calmas chichas, por su parte, apenas daban tregua. De cuando en cuando, se levantaba una ligera brisilla de levante y, entonces, todas las naos eran tomadas por una actividad frenética. Se izaban las velas y la marinería al completo se disponía sobre las cubiertas para aprovechar hasta el más minúsculo soplo de viento. Hubo días en los que avanzaron una legua, días en los que dos y días en los que hasta cinco. Nada que los aproximara, en cualquier caso, gran cosa a las costas americanas. A efectos prácticos, continuaban encallados en mitad del océano.

Quizás por aprovechar aquellas calmas, Magallanes decidió convocar un consejo general de capitanes a bordo de la *Trinidad*. En realidad, ese consejo debía haber tenido lugar mucho tiempo atrás. El capitán general se hallaba obligado a ello por las propias instrucciones reales, pero Magallanes, fiel a su estilo, lo había demorado tanto como lo juzgó oportuno. Al parecer, Magallanes pertenecía a ese tipo de hombres que cree que su oficialidad ha de macerarse en su propia impaciencia para, así, mejor responder a sus propósitos: según la teoría de Magallanes, un oficial harto de una situación exasperante aceptaría de mejor grado cualquier movimiento con tal de que este lo sacara de dicha situación. Así, el capitán general, quien, debido a las calmas chichas, había tenido oportunidades más que de sobra para convocar el obligado consejo general, decidió dejarlo estar hasta que los capitanes se le amansaran lo suficiente. De hecho, su táctica funcionó.

El día 30 de octubre, los cuatro capitanes de las cuatro naos que acompañaban a la *Trinidad* pusieron pie en esta en compañía de sus segundos. Al cargo de las naos se habían quedado los pilotos o, en su defecto, los contramaestres. No soplaba viento, así que apenas había trabajo en las cubiertas. Además, se esperaba que el consejo general no se demorara por más de dos horas.

Magallanes se mostró prudentemente cordial, lo cual, de salida, sorprendió bastante a los capitanes. Se le notaba algo agitado, puede que hasta nervioso. Una vez en su camarote, ofreció vino a los presentes, los cuales aceptaron sin demasiado entusiasmo. Hasta Serrano, el más adepto a Magallanes por su

condición de portugués, comprendió que allí algo no estaba yendo como debía. Lo achacó a la solemnidad del acto y no le dio más vueltas.

Como dentro del camarote no había taburetes para todos los hombres, se decidió que solo Magallanes, Quesada, Mendoza, Cartagena y Serrano se sentaran. El resto permanecería en pie y tras ellos. El consejo dio comienzo mientras Enrique de Malaca terminaba de servir el vino. Malaca, con el semblante imperturbable, lo hacía con tal pericia que no se habría derramado una gota ni aunque navegaran en mitad de una tempestad desatada. Pensó, con igual impavidez, que ojalá el vino estuviera envenenado y murieran todos los malditos blancos entre retorcijones y estertores. No creía que, una vez desaparecida la oficialidad de la expedición, el resto de los hombres fuera a causarle problemas. Lo cierto era que apenas tenía trato con ellos pero, cuando las circunstancias obligaban a entablarlo, siempre lo habían tratado con respeto. Allí, el único esclavo era él, pero siervos del capitán general lo eran todos, desde el primero hasta el último.

Magallanes, como no podía ser de otra manera, fue el primero en tomar la palabra. Hizo un innecesario resumen de lo acontecido hasta la fecha que duró lo justo para que Malaca tuviera tiempo de terminar de servir el vino y situarse detrás de él. Detalló lo que todos sabían: que se había decidido por la ruta africana en lugar de seguir la española. Pese a todo, omitió, como había realizado hasta ahora, la información que a la oficialidad presente le habría obligado a advertir los hechos de otro modo: en la ruta española los aguardaban carabelas portuguesas artilladas, así que la decisión de continuar siempre hacia el sur costeando África no había sido un capricho, sino una necesidad. Magallanes se habría librado de muchos sinsabores si hubiera confesado algo que, por otro lado, no tenía nada de deshonroso para él, pero su carácter se lo impedía. Consideraba a todos los presentes como sus subordinados y, en consecuencia, no tenía que darles explicaciones si no quería. Y no quería.

—Decidí que suponía lo adecuado —dijo. Después, para que quedara claro que hasta ahí pensaba llegar, se llevó su vaso a los labios y dio un largo sorbo.

Algunos de los presentes carraspearon y más de uno tuvo ganas de tomar la palabra. Juan Sebastián Elcano, como segundo de Quesada, se encontraba presente y situado, en pie, tras su capitán. Fue el único, junto a Elorriaga, segundo de la *San Antonio*, que no mostró signo alguno de nerviosismo. Y es que, claro, había que decir algo, desde luego que había que hacerlo, pero ¿quién

tomaría la iniciativa? Aquello sería como señalarse a sí mismo con el dedo y anunciar que uno era el elemento díscolo de la partida.

Por extraño que parezca, fue el capitán Serrano el primero en hablar. No lo habían pactado, aunque habría sido una buena idea hacerlo: Serrano era un hombre de plena confianza de Magallanes y, a buen seguro, lo juzgaría incapaz de protagonizar ninguna artimaña que pusiera en dificultades su mando en la expedición.

—Capitán general —comenzó a expresar Serrano cuidándose mucho de utilizar el tratamiento completo—, nadie duda de que su decisión haya resultado oportuna, pero muchos hombres piensan que no nos hemos atenido al plan previsto.

Magallanes fijó la mirada en Serrano y asintió. Por desgracia, las palabras que acompañaron al asentimiento no lo corroboraron.

—Solo a mí me corresponde decidir el rumbo —sentenció, y volvió a beber de su vaso.

Fue entonces cuando Cartagena tomó la palabra. Ya había llegado resentido a la *Trinidad*, pero la petulancia de Magallanes, que él se tomaba como un desplante y un desprecio a los capitanes, fue la gota que colmó el vaso.

—Está usted obligado a rendirnos cuentas —dijo con tono grave. Se sentaba con altivez en el modesto taburete—. Al menos, debe rendírmelas a mí. Soy persona adjunta en esta expedición, el veedor del rey y mi función no pasa por capitanear un barco, sino por hacerme responsable de cada decisión que aquí se tome. Creo que cualquiera puede comprender que difícilmente puedo responsabilizarme de nada si antes no se me informa.

—Le he hecho partícipe de lo que necesitaba saber, capitán Cartagena… —repuso, tranquilo, Magallanes.

A Cartagena, le habían enseñado, desde niño, que un auténtico caballero no pierde jamás los papeles. Eso sí, tampoco permite que nadie se le imponga, y menos con la altanería y el desprecio que Magallanes estaba mostrando mediante sus palabras.

—¿Cómo dice? ¡Usted no me ha hecho partícipe de nada!

—Sabía del rumbo, que era todo lo que necesitaba saber.

—¡Nos ha traído por la ruta portuguesa contraviniendo cualquier instrucción del rey!

—Salió bien, ¿verdad?

—¡Pero podría haber resultado un desastre!

—Calma, Cartagena, está usted haciendo una montaña de un grano de arena…

La suficiencia de Magallanes terminó por hartar a Cartagena, quien, en un gesto solemne, se puso en pie y arrojó al suelo su vaso de vino. Los hombres presentes guardaron silencio absoluto.

—No me diga que me calme —aseveró Cartagena—, y cíñase a las disposiciones. En adelante, le ordeno que me comunique cada paso que da. Y si no cuenta con mi beneplácito, no lo lleve adelante. Es lo que manda el rey.

De nuevo, un silencio espeso en el camarote del capitán. Con más de una decena de hombres respirando en aquel angosto espacio, la temperatura había subido notablemente y la mayor parte de ellos sudaba a chorros.

Magallanes, entonces, estiró la mano en la que sujetaba el vaso para que Malaca se lo tomara. Después, se puso en pie, se estiró la camisa y miró alternativamente a todos los capitanes presentes. Elcano, siempre tras Quesada, le sostuvo, durante un instante, la mirada al capitán general. Comprendió que algo sucedería en breve y que ello, fuera lo que fuera, tendría consecuencias imprevisibles para la expedición entera. Magallanes aparentaba apatía, como el que está ahí por obligación aunque con enormes ganas de que el asunto concluya para ocuparse de asuntos verdaderamente relevantes. Elcano sabía que, tras esa fachada de indolencia, Magallanes se encontraba muy preocupado. Y lo sabía porque aquella estrategia de ocultar lo que se siente tras un gesto impertérrito era la que él venía cultivando desde que tenía uso de razón.

Tomándose su tiempo, Magallanes se acercó a Cartagena. Elcano diría después que trató de intimidarlo con la mirada, pero Cartagena no era hombre que se acobardara fácilmente. Ambos oficiales se observaron a corta distancia hasta que, en un inesperado gesto, Magallanes puso sus manos en los hombros de Cartagena y habló:

—Dese preso.

Fueron solo dos palabras. Fueron, sin embargo, las dos palabras más imprevistas. Nadie habría pensado que Magallanes fuera a reaccionar de aquella manera. ¿Arrestar a Cartagena? ¿Cómo era posible una cosa así? Durante los instantes que siguieron, nadie supo qué decir o en qué manera reaccionar. Magallanes se lo había jugado todo a una carta: la gloria o la derrota. Si los capitanes presentes le secundaban en su arriesgadísima maniobra, tendría la partida ganada y el poder absoluto garantizado. Si no lo hacían, las dificultades comenzarían para él.

—¿Cómo se atreve? —acertó a preguntar Cartagena, todavía con las manos de Magallanes en sus hombros. Si alguien se hallaba estupefacto, ese era él. Ni por lo más remoto habría concebido que una situación como la actual pudiera darse.

—A partir de ahora, le prohíbo que salga de este camarote —dijo Magallanes.

Magallanes soltó a Cartagena, se encaminó a la puerta de la estancia y requirió la presencia de Gonzalo Gómez de Espinosa, el alguacil mayor.

—Cepo y grilletes para este hombre —ordenó.

—¿Perdone? —respondió un incrédulo Espinosa. Elcano, que, dada la cercanía en la que los acontecimientos se desarrollaban, escuchó la breve conversación, comprendió que Magallanes no había premeditado sus acciones, sino que había actuado sobre la marcha. De haberlo tenido planeado, un hombre como Espinosa debía estar bajo aviso sin la menor duda.

—Cepo y grilletes —repitió Magallanes. Mantenía la voz firme, aunque, Elcano lo intuyó, palpitaba por dentro. La oficialidad todavía no había respondido a su audacia.

En la *Trinidad*, al igual que en el resto de las naves, se portaban los instrumentos necesarios para un apresamiento. Allí no había celdas ni nada que vagamente se le pareciese, de manera que si, por hache o por be, se hacía necesario reducir a un enloquecido o sujetar a un rebelde, los cepos y los grilletes solían resultar de lo más útiles. En la práctica, el hombre engrilletado no invadía más espacio que el que invadiría estando libre. De hecho, dada su total incapacidad para moverse, diríase que hasta ocupaba menos. Lo lanzaban a un rincón sobre la cubierta, allá donde no molestara demasiado, lo cargaban de cadenas y cada cual a seguir con lo suyo, que a la especiería no se llega estando mano sobre mano.

Espinosa mandó traer el cepo y los grilletes y, en lugar de pedir a algún subalterno que se los pusiera al reo, llevó adelante, él mismo, la operación. Pensó que qué menos tratándose de todo un capitán. Dios, le temblaban las manos al hacerlo y fue incapaz de ocultarlo…

Ninguno de entre los presentes se opuso, aunque habría que decir, en favor de ellos, que se debió más al increíble desconcierto que a la cobardía. El audaz movimiento de Magallanes los había sorprendido a todos, tanto que, mientras Espinosa procedía a cumplir la orden dada y colocarle a Cartagena el cepo en los tobillos y los grilletes en las muñecas, allí no se escuchó ni el vuelo de una

mosca. Solo cuando el alguacil comprobó que las cadenas se hallaban bien sujetas, un hombre consiguió tomar la palabra. Fue Elorriaga, triste su ventura: salir en defensa de Cartagena no lo libró de que los partidarios de Cartagena, más adelante, lo acuchillaran sin miramientos. El sentido del deber, que Elorriaga se tomaba muy en serio, lo llevaría a la tumba. Pobre Elorriaga. De momento, a Cartagena le vino de perlas que alguien reaccionara. Se ponía, así, en marcha la resistencia contra el capitán general. Una batalla daba inicio y, como en todas las batallas, habría vencedores y vencidos.

—Esto es incorrecto… —dijo Elorriaga. Dentro del camarote de Magallanes no quedaba nadie sentado. Algunos taburetes habían rodado por el suelo y, salvo dos o tres despistados, el resto de oficiales se había deshecho de sus vasos de vino. No esperaban que aquello fuera a llegar a las manos, pero ¿cómo se observaba que a un capitán lo llenaran de cepos, grillos y cadenas mientras uno seguía pimplando tranquilamente?

—¿Qué es lo que es incorrecto? —preguntó Magallanes. Lo cierto era que la pregunta realizada por Elorriaga no había sido demasiado afortunada, pero ¿qué afirmas en un momento así? ¿Que aquello te parece intolerable y que más le vale al capitán general dar marcha atrás o atenerse a las consecuencias? Elorriaga hizo lo que pudo y, al menos, pudo más que el resto, que permaneció con el pico cerrado. Sirvió para que, conscientes de ello, algunos se atrevieran a presentar objeciones. No fue poco.

—La situación, capitán general… —contestó, entre balbuceos, Elorriaga.

Cartagena, repuesto ya de la sorpresa inicial, decidió que se defendería solo. A un caballero castellano lo preparaban para muchas circunstancias que en la vida pudieran presentársele, pero no para una en la que un patán portugués te aprese y te cargue de cadenas como si fueras un vulgar ratero. Si Cartagena había tardado en reaccionar fue porque no daba crédito a lo que estaba sucediendo. Durante unos minutos, incluso, pensó que Magallanes se marcaba un farol un tanto estúpido, pues a la vista estaba que carecía de cartas. No, no carecía.

—¡Exijo que se me libere de inmediato! —exclamó con el tono más firme del que fue capaz. Con el cepo en los tobillos, Cartagena no podía mantenerse en pie, de forma que Espinosa lo ayudó a sentarse sobre las tablas que formaban el suelo del camarote. Otra deferencia hacia su rango: si se hubiera tratado de cualquier otro miembro de la tripulación, lo habría empujado de una patada y santas pascuas.

—Está usted preso, Cartagena —repuso, haciéndose fuerte en su posición, Magallanes.

—¿De qué se me acusa? —inquirió, con toda la dignidad de la que fue capaz, Cartagena.

—De rebelión contra el mando.

—¿Rebelde yo? ¡Maldita sea, aquí el único rebelde es usted!

—Soy el capitán general de la expedición. No puedo rebelarme contra mí mismo.

—¡Pero sí contra mí! ¡Soy el veedor del rey y toda decisión en esta empresa debería haberme sido consultada! ¡Esto no va a quedar así!

Ya no había marcha atrás, así que Magallanes se enrocó en su postura.

—No me ponga las cosas más difíciles, Cartagena.

Poco a poco, algunos de los presentes fueron tomando la palabra. Mendoza solicitó un trato más digno para el prisionero y un tal Genovés, segundo de la *Santiago,* se ofreció a sustituir a Cartagena en el cepo y los grilletes. Se suponía que, mediante aquella maniobra, el preso continuaba estándolo de forma física, aunque se tratara de otra persona. Cartagena, el reo auténtico, podría mantenerse libre aunque arrestado bajo solemne palabra. El engrilletado servía para recordarle su estado real. En fin, fuera como fuese, Magallanes, que pertenecía a la vieja escuela, se negó en redondo. El reo es quien es, y no otro. Por muy noble caballerosidad que se le suponga.

El capitán general observó a los presentes y comprendió que su golpe de mano había funcionado. Nadie, más allá de los reproches formales que se hallaba escuchando, se opondría con severidad a su medida. Había resultado tan sencillo que se arrepintió de no haberlo realizado antes. Cartagena le tenía hasta las narices con sus continuas exigencias y sus incesantes desplantes. Si ni siquiera se trataba de un marino, ¿qué diantres podía exigirle a él, que era quien en realidad conocía la derrota hacia la especiería a través del paso del suroeste? En un tonto que se había tornado jactancioso y molesto, en eso se había convertido Cartagena. Bien, pues a los tontos se los trata como a tontos y, cuando levantan la voz para acusar, se los engrilleta por rebeldes. Y solucionado el problema.

—Sí hay que atender a la condición del capitán Cartagena —dijo, entonces, Elcano. Magallanes, quien no soportaba al segundo de la *Concepción* porque siempre se daba aires de hombre misterioso, le puso la mirada encima y la mantuvo allí durante un buen rato. Se pensó muy bien lo que hacer. Por un lado, ganas le daban de continuar arrestando gente hasta quedarse solo con sus fieles y

adeptos. Por otro, no podía arrestar a la mitad de la oficialidad, pues si lo hacía, la expedición se vería abocada al fracaso. Decidió, pues, templar ánimos y mostrarse magnánimo. A fin de cuentas, lo que Elcano pedía no era que se liberara a Cartagena, sino que se atendiera a su condición de noble español. Es decir, solicitaba que el trato no fuera tan degradante como estaba siendo.

—De acuerdo —aceptó Magallanes—, tiene usted razón, Elcano. Espinosa, quite los grilletes de las manos del capitán Cartagena. Capitán Cartagena, apelo a su condición de caballero para que se comporte como debe y no cause más inconvenientes. Si lo hace, no dudaré en volver a ordenar que le pongan los grillos.

—¿Ahora he de estarle agradecido? —preguntó, un tanto irónicamente, Cartagena, mientras Espinosa le retiraba los grilletes y le ayudaba a ponerse en pie. Con el cepo en los tobillos, Cartagena no podía dar ni medio paso por sí mismo. No es que a bordo de las naos se pudiera ir a demasiadas partes, pero si se está preso, se está preso.

—Yo diría que sí —respondió Magallanes, al que el orgullo le vencía siempre.

—¿Y ahora qué? —resumió Mendoza el sentir de los presentes. Porque el golpe de mano se encontraba concluido con éxito, pero no así se les aparecían claras las consecuencias que se derivaban de él. No todos los días se arresta al mismísimo veedor del rey.

Magallanes se giró y caminó hacia el lugar donde aguardaba, tieso y con el semblante impertérrito, su esclavo Malaca.

—Vino, Enrique —pidió.

Sin responder ni una sola palabra, el malasio se acercó a una minúscula mesita adyacente, llenó un vaso limpio de vino y se lo entregó a su amo, quien se lo llevó lentamente a los labios mientras reflexionaba en torno a la pregunta realizada por el capitán Mendoza.

El calor se había vuelto insoportable dentro del camarote. Todos sudaban y a Cartagena se le había levantado la camisa y mostraba el vientre y parte de la espalda. Le costaba Dios y ayuda mantenerse en pie con el cepo de madera aprisionándole los tobillos.

—Relevo del mando de la *San Antonio* al capitán Cartagena —dijo, por fin, Magallanes.

—¿A quién va a situar en mi lugar? —renegó el propio Cartagena, quien ya daba por consumada la situación. Si al menos Magallanes colocaba al frente de

la *San Antonio* a un hombre de confianza, sus próximos días o meses resultarían más sencillos.

—A Antonio de Coca.

—¿A Coca? ¡Pero si Coca es un contable! ¡No tiene ni idea de navegación!

—Usted tampoco, y bien que ha traído hasta aquí a la *San Antonio*.

Cartagena guardó silencio, no por no contestar a la impertinencia de Magallanes sino debido a que, después de pensárselo un poco, la opción no la entendió mala. Coca era un hombre de números, de legajos, de silencios. Se pasaba el día echando cuentas y llevando los registros de la expedición. Si Cartagena debía tener un carcelero, Coca no parecía el peor.

Por desgracia, la alegría le duró poco:

—También ordeno su traslado a la *Concepción* —aseveró Magallanes.

—¿Cómo? —preguntó, estupefacto, Cartagena. Esto sí que le parecía inaudito.

—¿Cómo? —repitió la pregunta Quesada, el capitán de la *Concepción*.

—¿Algún problema con esto, capitán Quesada? —preguntó Magallanes.

—Ninguno, desde luego —respondió este.

—Creo que se ocupará usted bien de Cartagena —sentenció Magallanes.

Las cosas nunca salen bien del todo. Más todavía, cuando improvisas sobre la marcha y sospechas de la mayor parte de los que te rodean. Magallanes lo había bordado hasta ese preciso instante. Cartagena se encontraba preso y, tras las protestas iniciales, parecía haber asumido que así sería, y el resto de la oficialidad se había mostrado sumisa. Elorriaga dio un poco la nota, pero Elorriaga siempre daba un poco la nota. Por lo demás, Magallanes había manejado con soltura la situación. Hasta más tarde, cuando reflexionase, no se daría cuenta en qué manera se había jugado el todo por el todo. Habría bastado con que los capitanes restantes, Mendoza, Serrano y el propio Quesada, apoyaran a Cartagena para que su situación hubiera dado un vuelco radical: de hombre que ordena poner grilletes a hombre engrilletado.

Por suerte, a los capitanes les había temblado el pulso a la hora de la verdad y prefirieron callar. Por desgracia, la percepción que tenía de Quesada era completamente errónea. Él, Magallanes, lo consideraba un hombre fiel a su causa. Por ese motivo, decidía que Cartagena abandonara la *San Antonio* y fuera directo a la *Concepción*. En la *San Antonio* habría hecho buenos amigos, sin duda. Aliados que, con el paso de las semanas y los meses, cambiarían de opinión respecto a la reclusión forzosa del capitán Cartagena. Magallanes lo

había acusado de rebelión, pero hasta él parecía consciente de que una acusación así no se sostendría en el tiempo. Y el viaje a la especiería no había hecho sino empezar. Todavía les quedaba una larguísima ruta por delante y Cartagena la realizaría a bordo de la *Concepción* y al cuidado del buen Quesada, un marino de quien Magallanes jamás habría dicho que fuera a revelársele desleal.

Lo dicho. Las cosas nunca salen bien del todo.

9

En aguas americanas

29 de noviembre de 1519

AQUEL día, avistaron tierra.

Transcurrido un mes desde el arresto del capitán Cartagena, la expedición no había sufrido grandes alteraciones. Tras los nervios y la agitación inicial, los ánimos se sosegaron y, al tiempo, el viento comenzó a soplar. No en rachas que pusieran las naos a brincar sobre las olas, aunque sí lo suficiente como para retomar la ruta. Con todo, los llevó aquel largo mes recorrer el corto tramo de Atlántico que los separaba de las costas brasileñas. Muchos hombres aprovecharon para mentarle, siempre por lo bajo, eso sí, la madre al capitán general, pues de él y de nadie más había sido la decisión de internarse por aquella ruta que se había demostrado desoladora.

El arresto de Cartagena sentó muy mal entre la marinería, sobre todo en la española. Aquellos hombres no albergaban sentimientos especialmente generosos hacia los tipos como Cartagena, a los que consideraban unos vividores que pasaban sus existencias enteras sin pegar un palo al agua y gozando del trabajo de los demás, como por otro lado sucedía, pero el hecho de que un portugués le hubiera puesto el cepo a un español de buena cuna y lo hubiera confinado en una nave que no era la suya les pareció una humillación. Así se lo tomaron, pues, y no se hacía extraño escuchar conversaciones, con el tiempo nada disimuladas, entre los que abiertamente se declaraban partidarios de Cartagena: conversaciones que la oficialidad permitía o, al menos, ignoraba, y que, salvo en algún que otro calentón puntual, no pasaban de maldecir la suerte que se les había echado encima. Con el tiempo, los ánimos se fueron mitigando y Cartagena, sin pasar al olvido, sí fue siendo relegado por otras cuestiones más perentorias.

Magallanes se ocuparía de procurárselas. A mediados de noviembre, notó inquietas a las tripulaciones y decidió racionar los víveres. Se pasó primero a dos tercios del pan y del vino y, algunos días más tarde, a la mitad. Cundió, si no el pánico, sí un auténtico desánimo entre los marineros. A aquellos hombres, que iban sin nada salvo cuatro pertenencias guardadas en un pequeño petate, las raciones les parecían cruciales. Constituían su sustento, pero también un amarradero a la vida a la que pertenecían. El pan seco que debían cocer, a veces hasta con agua de mar, se hacía incomible en las más de las veces, pero ellos lo engullían sin rechistar pues era su pan. Su pan, el que se merecían, el que se ganaban día a día con su esfuerzo. Y qué decir del vino… Quitarles el vino suponía una afrenta peor que sacarles la sangre del cuerpo para arrojarla por la borda. Sin vino, los hombres se dejaban llevar por la melancolía, se tornaban mustios, apenas eran capaces de tirar de un cabo para izar una vela. El vino les daba la vida, dicho sea sin exageración alguna. Racionárselo, sin motivo además, constituía un escarmiento o, al menos, así se lo tomaban ellos.

Porque, y he aquí una certeza que a nadie se le escapaba, se suponía que la expedición llevaba embarcados víveres para dos años de travesía. ¿A qué venía, pues, un racionamiento en fechas tan tempranas? Sobre todo, teniendo en cuenta que durante las calmas chichas, algo se había pescado. Poco, pero algo. De hecho, hasta habían conseguido sacar del agua a seis o siete tiburones de aquellos que no cesaban de rondarles. Unas bestias enormes, de dientes afiladísimos con los que soltaban dentelladas a diestro y siniestro hasta que alguien, con el animal ya en la cubierta del barco, le partía el cráneo de un mazazo. Se los comieron fileteados, como si de carne de vaca se tratase. No tenían buen sabor, pero llenaban las tripas, que era lo importante. Así que, de nuevo, ¿a santo de qué el racionamiento?

A que Magallanes no deseaba perder la iniciativa, el impulso. Ya había puesto firme a toda la oficialidad con el arresto de Cartagena. El mensaje no podía resultar más claro: si era capaz de eso con el mismísimo veedor del rey, de qué no sería capaz con el resto. A las tripulaciones les envió un mensaje parecido: puedo hacer que dejéis de comer y de beber a mi antojo.

En la mar, este tipo de juegos no siempre salen bien. Implican cierto riesgo y quien los pone en marcha ha de comprender que quizás se vea obligado a recular. Sin embargo, Magallanes era un marino de raza y sabía que la disciplina a bordo lo era todo, máxime en una expedición que, como aquella, se dirigía hacia lo desconocido. Porque él creía firmemente en la existencia de un paso al

suroeste, lo creía como creía en Dios nuestro Señor, pero, al igual que a Dios nuestro Señor, jamás lo había visto. Ni él, ni nadie. Así que, sin ánimo de pecar de herejía, una duda minúscula sí que lo atormentaba en sus pesadillas nocturnas. Las ahuyentó disciplinándose cuanto pudo y disciplinando, como extensión de sí mismo que eran, a las tripulaciones.

Por fin, el 29 de noviembre, Diego García de Trigueros, aquel marinero de Huelva que servía en la *Santiago*, puede que la nao menos agitada de todas las que componían la expedición, levantó la mirada y avistó tierra[12]. No gritó nada, como suele asegurarse en estos casos, sino que se lo comunicó al contramaestre, este hizo lo propio con el maestre y este, a su vez, con el capitán. No solían ser tan rigurosos en el día a día, pero, en aquella ocasión, la buena nueva viajó en perfecto orden jerárquico. Se lo tomaron como un buen augurio. Se tomaban como buen augurio casi cualquier asunto, tampoco hay por qué ocultarlo. Al final, se trataba de hombres navegando en cáscaras de nuez por océanos inmensos y a merced de todas las desgracias posibles. ¿Cómo no creer, a pie juntillas, en la buena suerte?

—¿Habrá que avisar al capitán general? —preguntó, al aire, Trigueros.

—No creo que sea necesario… —respondió un marinero que se hallaba a su lado.

Los hombres de la *Santiago*, de forma inconsciente, se ponían en guardia ante las novedades. Su nao era la más ligera y, por lo tanto, la más rápida de las cinco, de manera que siempre que existía la posibilidad de realizar una exploración, ellos contaban con ser los elegidos. Además, el hecho de que la *Santiago* estuviera capitaneada por Juan Serrano, un portugués de la confianza de Magallanes y de quien se rumoreaba que conocía la ruta hacia la especiería, convertía a dicha nao en la adecuada para ir por delante, echar un vistazo y dar media vuelta para informar.

Sin embargo, media hora después de avistar tierra seguían sin noticias de la *Trinidad*. Las cinco naos habían arriado las velas y se mantenían al pairo. La expectación fue en aumento, pues nadie comprendía por qué el capitán general no daba ya la orden de acercarse a la costa y desembarcar. ¿Acaso no estaban en mitad de un racionamiento? Pues podrían echar pie a tierra, reabastecerse y descansar unos días tras la travesía atlántica.

Por fin, llegó la instrucción desde la *Trinidad*. Continuaban viaje costeando hacia el sur.

—¿Cómo? —se preguntó Trigueros. Y, con él, la práctica totalidad de las dotaciones. ¿Qué clase de hombre era Magallanes? ¿Acaso no habían cumplido sobradamente en la travesía de casi dos meses desde que partieran de Tenerife? ¿Por qué castigarlos más?

Magallanes tenía dos razones, las cuales, fiel siempre a su estilo, no se molestó en comunicar a nadie.

La primera, y la única que los hombres adivinaron como tal, se resumía en que el capitán general continuaba demostrando quién mandaba allí. Diablos, solo se había racionado un poco la comida y la bebida. Nadie se encontraba al borde de la muerte. Un poco de gallardía, por el amor de Dios. No había por qué detenerse en el primer lugar con el que se toparan. Tenían margen para continuar un poco más hacia el sur antes de largar las anclas.

La segunda razón para no detenerse la intuyeron algunos oficiales, aunque ninguno la mencionó de forma explícita: casi con total seguridad, se hallaban todavía en la demarcación portuguesa[13]. Si una flota de ese país los sorprendía allí, tenía todo el derecho de apresarlos. Las naos españolas se defenderían, pues llevaban artillería suficiente para ello, pero en los planes de Magallanes no entraban los enfrentamientos bélicos. Su objetivo era otro: descubrir las dimensiones de la demarcación española en aquellas latitudes y atravesarlas hasta alcanzar la especiería. Si lo lograban, se garantizaban un mundo sin portugueses.

Mientras ese día llegaba, debían andarse con tiento. Magallanes, el primero, pues si caían presos de una armada portuguesa, a él, en tanto en cuanto que capitán general de la expedición, lo ahorcarían sin miramientos. El hecho de ser portugués haría que en sus compatriotas se disipase cualquier duda: a la horca este traidor miserable que ahora trabaja para el rey de España.

Así que mejor poner unas cuantas leguas de por medio y buscar algún paraje más favorable en el que fondear. Tan cierto como lo anteriormente descrito es el hecho de que aquellas aguas no se hallaban repletas de portugueses. Es más, no se encontrarían a ninguno. No obstante, hombre precavido, vale por dos y salva el cuello.

La deriva hacia el sur costeando a una prudencial distancia de tierra suponía ganar terreno hacia el oeste, es decir, avanzar con firmeza hacia la demarcación española. Por lo tanto, cuanto más al sur estuvieran, más seguros se hallarían.

Las tripulaciones, para desgracia de Magallanes, no hilaban tan fino. Allí se quería desembarcar ya, y el hecho de que continuaran viaje sentó bastante mal. El propio Trigueros fue testigo de cómo algunos hombres de la *Santiago* increpaban, algo inaudito, a su capitán.

—¡Pero esto qué es! —decía uno.

—¡Queremos bajar a tierra! —se sumaba otro—. ¡Exigimos que se nos permita bajar!

—¡Nos lo hemos ganado! —añadía un tercero.

Quien más quien menos, en la *Santiago* todos mascullaban en uno u otro sentido. Su dotación, reducidísima, contaba con únicamente nueve marineros, Trigueros entre ellos. El resto estaba formado por la corta oficialidad y un buen puñado de grumetes y pajes. Existían familias más numerosas en Sevilla. Por ello, los nueve marineros asumían un poder que, en otras naos, se disipaba bastante más. Si ellos nueve se mostraban a favor de algo, el resto de la tripulación los secundaría y al capitán Serrano no le quedaría más remedio que afrontar una situación harto complicada. Al menos, por el momento no se le había perdido el respeto. Importante, muy importante a bordo de un navío.

—Calma, calma… —pidió Serrano, quien se dirigía a su tripulación desde la toldilla de la nao.

—¡Cómo quiere que nos calmemos! —gritó alguien—. ¡Llevamos dos meses sin tocar puerto y medio en racionamiento! ¿A usted le parece normal?

—Se trata de tener un poco de paciencia, nada más que eso… El capitán general debe buscar el lugar más adecuado para recalar y descansar.

—¡Si quisiera eso, nos habría enviado por delante! ¡Somos la nave exploradora!

—No habrá reconocido el sitio como adecuado…

—¿Y qué piensa usted, capitán? Porque usted ya ha estado en estas costas, ¿no, capitán?

Serrano conocía más o menos la ruta a la especiería, pero por la vía portuguesa, esto es, rodeando el cabo de Buena Esperanza. La vía que ahora se hallaban intentando no existiría hasta que ellos la abrieran. De hecho, pocos navegantes europeos se habían aventurado en aquellas aguas.

—Pienso que ya basta de quejas. Parecéis niñas, joder… Todos sabíais que el objetivo de esta expedición era hallar el paso del suroeste, ¿no? Pues hacia el suroeste vamos, sin perder ni un minuto. ¿Qué pretendéis? ¿Recalar en el primer pedazo de tierra que encontremos sin evaluar primero los riesgos? Hay que

moverse con mucho tiento, con mucho tiento… Aquí no estamos seguros. Hace bien el capitán general Magallanes en ordenar que no nos detengamos y sigamos navegando hacia el sur.

—¡Eso lo dice usted porque es portugués!

—No me toquéis los cojones con eso. Si los portugueses nos interceptan, a vosotros os castigarán con dureza. Quizás os envíen a la cárcel u os den de latigazos. Pero a mí me aguarda un futuro mucho más siniestro. Soy un portugués que capitanea una nao española que navega por aguas portuguesas. ¿No lo entendéis, idiotas?

A regañadientes, pero lo entendieron.

* * *

¿Por qué pensó Magallanes que Gaspar de Quesada constituía su mejor opción? ¿Por qué envió a Cartagena a la *Concepción* para que lo recluyeran allí? Podría habérselo llevado con él a la *Trinidad*. Allí, nadie pondría en duda la condición de prisionero que ahora estrenaba Cartagena. Entonces, ¿por qué a la *Concepción*? Por un error de cálculo mayúsculo que le costaría carísimo y cuyas consecuencias, imprevisibles, conllevarían grandes sacrificios. Magallanes siempre entendió que Quesada estaba de su parte. No lo consideró capaz de rebelarse contra él. Tampoco de confabular a sus espaldas. Pero cada nao, en mar abierta, constituía un mundo y en la *Concepción* comenzó, pronto, a desarrollarse un ánimo de abierta conspiración contra el capitán general. Se daban cuenta de que no se seguían al pie de la letra las instrucciones reales. Magallanes no informaba a su oficialidad ni la consultaba cuando debía. Al contrario: cuando el hombre de mayor rango en la expedición, tras el propio capitán general, le había exigido que rindiera cuentas, Magallanes lo había apresado. Y preso seguía.

Muy relajadas, eso sí, las condiciones del arresto. A la semana de estancia en la *Concepción*, Quesada ordenó que se le quitara el cepo a Cartagena. Lo habían recluido en el camarote del capitán, pues cualquier otra opción quedaba descartada tanto a ojos de la oficialidad como del propio Quesada. Incluso el piloto Carvallo, que era portugués y al que en principio se le supondría mayor afinidad hacia el capitán general, concluyó que aquello era imposible y que alguien de la dignidad de Cartagena merecía un trato, cuanto menos, más

cómodo. ¿Qué podían hacerle? ¿Darle una patada y arrojarlo a la bodega, con el gato? No, ni hablar.

Ya sin cepo ni nada que le impidiera moverse libremente, el capitán Quesada le rogó que se mantuviera siempre dentro del camarote, no fueran a advertirlo desde las cubiertas de otras naos y la voz se corriese. Como ya se ha señalado antes, por extraño que pudiera parecer, allí todo se sabía y las noticias saltaban de nave en nave como por arte de magia. Sucedía algo en la *San Antonio* y, media hora más tarde, los hombres de la *Santiago*, que en aquel momento navegaba casi media legua por detrás, ya se habían enterado. Pero con pelos y señales, hasta el más nimio detalle. Más que de recios hombres de mar, las tripulaciones parecían constituidas por mañosas alcahuetas a las que no se les pasaba una. Hay que decir que, bueno, salvo el cotilleo, no conocían muchos más entretenimientos a bordo.

De esta forma, Cartagena se mantuvo encerrado en el camarote del capitán Quesada y solo una vez anochecido salía a tomar un poco el aire. En las largas jornadas de deriva hacia las tierras brasileñas, ambos capitanes, que se habían caído bien desde el principio, mantuvieron extensas conversaciones cuya conclusión comenzó a ser siempre la misma: Magallanes no actuaba como debía y cruzarse de brazos ante un hecho así no decía mucho de quienes lo hacían. Tendrían que tomar alguna determinación y mejor pronto que tarde.

Al cuidado del capitán Cartagena pusieron al Sordo. Cierto que Quesada no dudó en compartir a su criado personal con él y que, además, le asignó a uno de los pajes, aunque necesitaba a un hombre de mayor enjundia cerca de Cartagena. No acertaba a expresarlo en estos términos, pero Quesada sintió que Cartagena, de algún modo, precisaba de protección a bordo de la *Concepción*. ¿Contra quién? ¿Contra Carvallo, quizás? No, a Carvallo no lo creía capaz de ninguna fechoría. Era portugués y, sin embargo, una buena persona. Pero no pondría la mano en el fuego por la totalidad de su tripulación. Viajaban un par de sobresalientes portugueses a bordo, uno de ellos emparentado con el propio Magallanes, de los que no se fiaba ni lo más mínimo. Pero tampoco se fiaba de algunos grumetes, que venderían a sus madres a cambio de unas monedas. Poco a poco, con el paso de los días, Quesada terminó por desconfiar de casi todo el mundo. Se dijo que se estaba volviendo loco, y así parecía, pero prefirió mantener las debidas cautelas y no correr riesgos innecesarios. El Sordo, de esta forma, quedaría más o menos exento de sus tareas como marinero y se pondría al cuidado de la seguridad de Cartagena.

¿Qué tenían en común un alto noble castellano y un muchacho sevillano de veintidós años de edad? Pues pocas cosas, en principio. Al Sordo, que no había visto más vida que la que tenía lugar en los muelles de Sevilla, la simple existencia de un hombre como Cartagena le parecía un hecho extraordinario. Había oído hablar de los caballeros como él, pero como se oye hablar de mil asuntos en los puertos: uno los escucha y les da la credibilidad justa pues sin mantener cierto sano escepticismo, en un puerto donde las naves van y vienen, por cientos, hacia y desde parajes fabulosos, cualquiera acabaría con el seso reblandecido.

Cartagena, un hombre ya de cierta edad y solidísima educación, no tardó mucho en simpatizar con el bueno del Sordo. Lo trataba con amabilidad, y también con notoria condescendencia, pero ni el Sordo caía en la cuenta ni alguien como Cartagena habría sido capaz de otorgar un trato distinto. Cartagena, buen conversador, refirió decenas de historias, a cada cual más rocambolesca, a un boquiabierto Sordo, quien solo acertaba, y de cuando en cuando, a plantear pequeñas cuestiones relativas a la narración: ¿Qué tamaño tenía la espada con la que usted se enfrentó a aquellos infieles? ¿En el palacio del rey están siempre las chimeneas encendidas? ¿Cómo de blanca es la nieve?

El tiempo que el Sordo y Quesada pasaron junto a Cartagena, que fue mucho en aquellos días, contribuyó a que los dos primeros se reafirmaran en unas percepciones que, ya por cuenta propia y antes de la llegada del noble español a la *Concepción*, habían germinado en ellos: Magallanes constituía un problema. Y a los problemas, se les da solución, para que no se enquisten. Además, sentían que la legitimación estaba de su parte. No en vano, ellos tres, al menos, eran españoles.

El día en el que se avistó tierra, Quesada permitió, dado lo singular del momento, que Cartagena saliera del camarote en pleno día y subiera a la toldilla para, desde allí, contemplar las novedades.

—Es tierra firme —dijo Cartagena, al que el Sordo, siempre atento, había vestido, no sin cierta resistencia por parte del caballero, como si de un vulgar marinero se tratase.

—Hemos llegado —añadió Quesada. Los dos oficiales observaban la larguísima franja de tierra que, a lo lejos, se extendía ante las naos. Con cierta excitación en sus palabras, Quesada añadió—: No se trata de una isla, no se trata de una isla…

El temor de que hallaran una isla y que Magallanes ordenara desembarcar en

ella no se aparecía como menor. Para los contrarios al capitán general, la posibilidad de una isla se asemejaba mucho a la posibilidad de un ilegal ajuste de cuentas. Por alguna peregrina razón, asociaban al continente con la seguridad y a los territorios aislados como un peligro inminente. El tiempo les quitaría la razón, pero, de momento, en esas se andaban.

La *Victoria* avanzaba por estribor y no tardó en situarse a la altura de la *Concepción*. La *Trinidad* se encontraba, como siempre, adelantada respecto a las demás naves. Llegó la orden de arriar velas y aguardar instrucciones. Eso hicieron. Desde la *Victoria*, algunos de sus marineros aprovecharon la ocasión y dieron voces a los de la *Concepción*. Se utilizaban estos tiempos muertos para comunicar los asuntos más exóticos: casi se nos va Fulano de una diarrea galopante, un barril de vino que abrimos anoche estaba avinagrado, Mengano ha perdido tres dientes porque se apostó a que podía levantar sin manos una lombarda, etcétera.

El capitán de la *Victoria*, Luis de Mendoza, se hallaba en la toldilla de la *Concepción* y miró al capitán Quesada, quien le devolvió la mirada. Al lado de este, se encontraba el disfrazado Cartagena. A indicaciones del Sordo, Cartagena se mantuvo inmóvil y no giró la cabeza. Puesto que fingía ser un marinero, habría resultado impropio.

Mendoza, entonces, intercambió unas palabras con Quesada.

—¡Por fin! —exclamó con las manos apoyadas en la borda de la toldilla de la *Victoria*.

—¡Parece tierra firme! —repuso Quesada. Levantaban bastante la voz para hacerse oír.

—¿Cree que el capitán general ordenará el desembarco?

La respuesta llegó en forma de instrucción desde la *Trinidad*: no se detenían y continuaban viaje en dirección sur.

—Parece que el capitán general tiene sus propios planes… —dijo Quesada tratando de decir sin decir.

—Para variar —replicó Mendoza yendo un poco más allá.

—Es de los nuestros —manifestó, en un susurro, el Sordo, situado junto a Cartagena.

—Cállate, Sordo —ordenó Quesada también en voz muy baja. Y volviéndose hacia la *Victoria*, añadió—: ¡Supongo que Magallanes buscará un lugar mejor para recalar!

—¡Supongo! —gritó Mendoza—. Pero una decisión de esa envergadura

debería consultárnosla.

—Tiene razón —musitó Cartagena, quien procuraba no volver el rostro hacia la *Victoria*.

—¿Ve, capitán? —intervino el Sordo—. Ya se lo había dicho yo…

—Que te calles, Sordo, hostias —masculló Quesada, algo harto de mantener una conversación a dos bandas al mismo tiempo.

La *Trinidad* izaba las velas y comenzaba a virar en dirección sur. El resto de las naos la imitaron de inmediato. El capitán Mendoza aprovechó la ocasión para ordenar a su piloto que situara a la *Victoria* mucho más cerca de la *Concepción*. Maniobras de este tipo solían pasar desapercibidas si se realizaban con rapidez y en el momento adecuado. Y servían para que un hombre le dijera algo a otro hombre sin demasiados testigos de por medio.

Cuando las bandas de los dos barcos estuvieron próximas a tocarse, Mendoza pudo darse cuenta de que el tripulante que acompañaba a Quesada en la toldilla de la *Concepción* era Cartagena. Sonrió al distinguirlo y al comprender que no se hallaba solo en su animadversión hacia Magallanes.

—Cuenten conmigo —dijo desde la *Victoria*—. Aquí tienen buenos aliados para cuando se necesiten.

Cartagena clavó su mirada en Mendoza y asintió con severidad. Después, Quesada ordenó al Sordo que se lo llevara de allí. Ya se habían expuesto demasiado y poco más se podía añadir a lo dicho.

Dentro del camarote del capitán, Cartagena se deshizo de sus ropas de marinero y volvió a ponerse las suyas. Los primeros días de cautiverio los pasó con lo puesto pero, más tarde, consiguieron convencer a Magallanes de que el prisionero merecía tener a su disposición sus enseres. En un bote, trajeron su baúl desde la *San Antonio* y ahora contaba con ropa limpia una vez por semana.

—Casi se me sale el corazón por la boca —comentó el Sordo mientras recogía la ropa que se acababa de quitar Cartagena.

—Mendoza está de nuestro lado —repuso este haciendo caso omiso a las palabras del marinero y yendo al grano.

—Y en la *San Antonio* seguro que también lo están. Elorriaga lo tiene a usted en altísima estima.

—Elorriaga respeta el mando. Y ahora yo ya no tengo mando.

—No diga eso, capitán… En la *San Antonio* nadie piensa así, se lo aseguro.

—¿Tú cómo lo sabes?

—Porque no se habla de otra cosa y las noticias saltan de nao en nao. ¿Acaso

ha hecho usted algo malo que perjudique a la expedición? ¡No! Pues las tripulaciones siempre son fieles a un capitán que se comporta como tal.

—Tres naos contra dos, entonces.

—Conseguiremos que se haga justicia, capitán.

—Gracias, Sordo. Te aseguro que serás recompensado por esto.

—De nada, capitán. Ya sabe que a mí me tiene siempre a su lado.

10

El edén brasileño

13 de diciembre de 1519

DURANTE dos semanas más, costearon siempre hacia el suroeste, con la tierra a ratos a la vista, a ratos perdida, pero sin tocarla jamás. Las tripulaciones de las naos volvieron a repetirse, ya por enésima vez, que el capitán general se había vuelto completamente loco y que no merecía continuar al mando de la expedición. Si no hubiera sido porque la oficialidad refrenó las iras, una o dos habrían dado media vuelta y regresado a España. Lo acataron no porque ellos confiaran mucho más en Magallanes, sino porque las rebeliones, si hay que emprenderlas, hay que emprenderlas bien. Tú no te puedes presentar en Sevilla y contar que, como aquello no tenía buena pinta, decidiste, por tu cuenta, dar media vuelta. Te ejecutarían de inmediato y con razón. Por idiota.

No, había que aguantar más tiempo. Primero, porque era de cajón: a la oficialidad no se le escapaba que se hallaban en plena demarcación portuguesa y que aquellas aguas y aquellas costas no eran del todo seguras. Convenía andarse con prudencia, que era lo que parecía que Magallanes se hallaba realizando. Costeaban atentos, con un ojo en tierra y con otro en alta mar, por si pudieran aparecer, de la forma más inesperada, unas cuantas carabelas artilladas portuguesas que, teniéndolos como los tendrían entre ellas y tierra firme, los lombardearían sin piedad.

Y segundo, y puede que más importante todavía: disponían de una pista fiable acerca de un puerto abrigado. Esa pista la conocía Magallanes, y a buen seguro era la que se encontraba siguiendo, pero la conocía también el resto de la oficialidad pues había sido el piloto de la *Concepción*, Juan López Carvallo, el que la había proporcionado. Existía una bahía protegida unas cuantas leguas al sur. Todavía en la demarcación portuguesa, sí, pero tan al sur que casi se podía afirmar con absoluta seguridad que no se toparían con naves enemigas. Se

llamaba la bahía de Guanabara, aunque los portugueses la habían nombrado también como Río de Janeiro, pues había sido un primero de enero de 1502 cuando un tal Gaspar de Lemos entrara en ella antes que nadie. Pensaron que era un río, los muy memos. Después, al parecer, les dio pereza cambiarle el nombre y así se quedó para siempre. Total, que algunos años después, en 1511, Carvallo había llegado hasta aquel paraje con una expedición portuguesa. Fue el punto más meridional en el que recalaron, y fue así porque las bondades del lugar los ensimismaron. Las gentes eran amables y dadivosas, el clima magnífico y el paisaje bien podría ser tomado por el del mismísimo Edén.

Magallanes, receloso siempre, se tomó aquella información con la debida reserva. Sin embargo, el hecho de que Carvallo fuera compatriota y le facilitara, al tiempo que la posición, decenas de informaciones que el capitán general consideró tan exhaustivas que no podían ser falsas, hizo que terminara por confiar en él. Necesitaban un lugar en el que recalar y dar descanso a las tripulaciones durante algunos días. La travesía del Atlántico había resultado extenuante, eso era capaz de comprenderlo él mismo, y al tiempo que la mano dura, convenía ofrecer cierto relajo de la disciplina para evitar motines a bordo. Además, no les vendría mal aprovisionarse de agua y alimentos frescos y acabar, de este modo, con el racionamiento impuesto.

Tras el largo costeo de catorce días, con vigías siempre atentos a los cuatro puntos cardinales, alcanzaron Río de Janeiro, nombre que los marinos portugueses de la expedición utilizaban cuando hablaban entre ellos, pero proscrito siempre que un español se encontrara presente. Portugal, de forma tácita, no existía en lo que a descubrimientos se trataba. Debían acatar, porque no les quedaba otro remedio, que se ubicaban en la demarcación portuguesa del mundo. Sin embargo, no lo hacían de buen grado, así que omitirían, en la medida de lo posible, las denominaciones inconvenientes. Y si había que volver a bautizar, se bautizaba y sanseacabó.

En Guanabara, las cinco naos se detuvieron a una legua de su bocana, que era estrecha y protegía bien lo que se encontrara en el interior. Ahí se toparon con el primero de los problemas. La *Concepción* se acercó a la *Trinidad* y el piloto Carvallo aseguró que, sin la menor duda, aquel era el lugar que andaban buscando. Después, añadió que ya podían penetrar, que no habría portugueses aguardándolos. Cuando se le inquirió que cómo lo sabía, respondió que le parecía lo más probable. Hasta allá habían llegado varias expediciones portuguesas, la suya de 1511 entre ellas, pero se trataba de eso, de expediciones

exploratorias que, al menos hasta donde él sabía, nunca establecieron fuertes ni puestos fijos. Se apostaba el sueldo de un mes a que, al margen de a los nativos, no encontrarían a nadie.

Magallanes y la oficialidad de la *Trinidad* le respondieron que fantástico, pero que podía meterse su apuesta por donde le cupiera. Si erraban con esto, lo pagarían muy caro. La geografía de la bahía, con esa bocana tan angosta, se aparecía perfecta para una emboscada.

—¡Pero si estamos en el culo del mundo! —exclamó Carvallo, un tanto contrariado—. ¡Es imposible que haya naves portuguesas ahí dentro! ¡Es absolutamente imposible!

Esteban Gómez, el piloto de la *Trinidad* y portugués como prácticamente todos los oficiales que estaban manteniendo aquella conversación, negó con la cabeza antes de replicar:

—Olvídalo, Carvallo. No voy a meter mi nao en la boca del lobo. A ti y a mí, nos ahorcarían los primeros por buscar resguardo en un puerto que pertenece a Portugal.

—¿Y qué hacemos? —preguntó, entonces, Carvallo. Quesada y Elcano, oficiales de la *Concepción*, asistían, en silencio, a la conversación de cubierta a cubierta. Se habían cuidado de esconder a Cartagena en el camarote del capitán, el cual, por cierto, desde allí, no perdía detalle de la discusión. Los llamó, para sí, cobardes, malditos cobardes, infames cobardes. Y se dijo que si él hubiera estado al mando, si los españoles ostentaran el mando de la expedición, se habría entrado sin demora y con la artillería preparada. Quesada, Mendoza, Elorriaga, Elcano, incluso el propio Coca… Todos lo habrían secundado en su decisión. Adentro, demonios.

—Que se adelante la *Santiago* —ordenó, entonces, Magallanes—. Dos lombardazos si hay peligro. Uno, si está despejado.

Se trataba de la opción más sensata y, por una vez, la oficialidad estuvo de acuerdo con la decisión adoptada por el capitán general. La *Santiago* era la más ligera de las naos que componían la expedición y estaba allí precisamente para eso: para avanzar por aguas poco profundas y explorar lo desconocido.

Diego García de Trigueros recibió la noticia sin sorpresas. La marinería de la *Santiago* ya llevaba preparándose para entrar en la bahía desde media hora antes de que llegara la orden expresa. Se habían detenido frente a la embocadura, se habían reunido para deliberar y el resultado no podía ser otro: que vaya primero la *Santiago* por si nos reciben a lombardazos. Estupendo.

El capitán Serrano ordenó que se cargaran las lombardas tanto de babor como de estribor y que la tripulación al completo se situara en cubierta y preparada para el combate, si este se producía. Ellos no dispararían los primeros, pero responderían si los atacaban. La *Santiago* era una nave mercante y rehuiría la batalla si podía, aunque los dos lombarderos que llevaban a bordo no estaban ahí para mirar al cielo: si había que abrir fuego, se abriría.

Con gran expectación, la *Santiago* dejó atrás las cuatro naos restantes y enfiló la estrechísima bocana de la bahía de Guanabara. El cielo se hallaba completamente despejado, hacía calor y no se sentía ni el vuelo de una mosca.

Penetraron muy despacio, con una sola vela, y para una maniobra así no hacía falta demasiada gente. El contramaestre mandó a Trigueros a averiguar si las aguas eran lo suficientemente profundas y, de este modo, se entretuvo el marinero durante la mayor parte del tiempo que duró la maniobra de entrada.

Cuando la *Santiago* estuvo en mitad de la bahía, se toparon con lo que parecía una gran isla. No había portugueses a la vista, aunque podrían estar aguardándolos tras aquella franja de tierra.

—Hemos pasado diez lugares donde, de haber querido, habrían logrado ocultarse para emboscarnos —dijo Trigueros con su tono siempre cachazudo. Algo de razón no le faltaba. El capitán Serrano debería echar un vistazo detrás de aquella isla para asegurarse por completo, pero parecía claro que allí no los aguardaba nadie. Con malas intenciones, al menos.

Cuando por fin la *Santiago* terminó de reconocer la bahía al completo, regresó a la embocadura de la misma y Serrano ordenó que, como había indicado Magallanes, se lanzara un único lombardazo: vía libre.

Desde la *Trinidad*, lo escucharon nítidamente y, durante unos instantes, aguardaron el segundo. No llegó y respiraron tranquilos. Podían entrar, lanzar las anclas y poner pie en tierra. Casi dos meses y medio desde que partieran de Tenerife. Había llegado el momento de descansar.

* * *

Antonio Pigafetta realizó la entrada en la bahía de Guanabara encaramado en el castillo de proa de la *Trinidad* y sin atender a nada de lo que sucedía a bordo. Marineros haciendo cosas de marineros. Estaba harto de ver aquello. Lo que se extendía frente a él, sin embargo, se aparecía como tan completamente nuevo

que lo embriagaba de placer y emoción. La bahía era amplísima en todas direcciones, con unas aguas de un azul intenso y en completa calma. Se levantaban verdes montañas, no demasiado altas aunque sí impresionantes, aquí y allí, en plena costa incluso. El paisaje, dominado por una vegetación exuberante, le llenaba los ojos de hermosura y perfección. Pigafetta había recorrido gran parte de Europa, pero allá no había nada parecido a esto. Luz, aquí tenían luz por doquier, luz cayendo resplandeciente sobre sus cabezas, animándolos, trayéndolos al lado dichoso de la existencia.

Cuando la *Trinidad*, abriendo el paso al resto de naos, se acercó a la *Santiago*, Pigafetta pudo observar las playas de fina arena que los aguardaban en los litorales de la bahía. El capitán general había dado orden de buscar un lugar apropiado para fondear y los marineros se esforzaban en las maniobras para guiar los barcos en aguas de suficiente profundidad.

Fue el primero que los avistó, quizás porque era el único hombre en toda la expedición que no se encontraba realizando ningún trabajo. Salvo mirar, que para él lo constituía en sí mismo, y hasta el más importante y preciado. En aquellas playas de arena dorada, decenas de curiosos indios[14] fueron agolpándose para observar a los recién llegados. Los había de cualquier condición, hombres, mujeres, niños y ancianos, todos ellos invariablemente desnudos y con aspecto saludable. De constitución delgada, a Pigafetta le pareció que aquel tono ligeramente acanelado de sus pieles no podría ser mejor bienvenido en una expedición que se encaminaba a la especiería.

Al vicentino, ni se le pasó por la cabeza averiguar si se trataba de indios amistosos u hostiles. Con él no iban aquellos asuntos pues la curiosidad le vencía y se habría internado entre caníbales solo para estudiarlos tan a fondo como pudiera. Por suerte para él, los indios ante los que se hallaba levantaron las manos y lo saludaron. A Pigafetta, de la impresión, casi le da un vuelco el corazón. Se puso a saludarlos él como si de un demente se tratara. Levantaba mucho los brazos, los agitaba sobre sí y comenzó a gritarles en italiano, después en portugués y, finalmente, en castellano.

Ginés de Mafra, que faenaba cerca del castillo de proa, se volvió al escuchar los gritos de Pigafetta y vio cómo el tipo daba saltitos sobre el tablamen. En una nao no se salta. ¿De verdad que el cretino de Pigafetta no conocía esta regla tan elemental? Ni se corre, ni se salta. Uno se comporta con sobriedad y respeto, y hace lo que puede para que en tan reducido espacio, unos y otros convivan de la

mejor manera posible. Tampoco parecía tan complicado de entender. Hasta se diría que era la conclusión lógica a la que cualquiera llegaría tras tres o cuatro días embarcado. Pero el tarado de Pigafetta constituía un caso aparte, sin duda.

Cuando las maniobras de aproximación a la costa finalizaron, Magallanes dio la orden de que un bote fuera lanzado al agua y, en él, una avanzadilla de hombres armados desembarcara para tantear el terreno. Carvallo había advertido una y mil veces que no se trataban de indios hostiles, que él, en la expedición portuguesa de ocho años atrás, había convivido durante casi doce meses con aquellas gentes y se hallaban más que habituadas a la presencia del hombre blanco. Se trataba de un pueblo guerrero, por supuesto, pero bastaba con no causarles problemas para que todo transcurriera sin dificultades. Tenían más ganas de comerciar y conseguir quincalla de allende los mares que de clavarles una flecha en el pecho. Magallanes, y en esto, aunque fuera por una vez en la vida, estuvieron de acuerdo con él el resto de capitanes, respondió que agradecía la información, pero que prefería actuar con cautela. No costaba nada y podría ahorrarles algún que otro disgusto. ¿Y si en aquellos ocho años transcurridos entre la expedición de Carvallo y el día de hoy había aparecido por allí algún barco cuyos tripulantes la liaron parda? Mejor andarse con tiento y asegurarse antes.

Pigafetta no lo dudó y rogó que le permitieran embarcarse en aquel primer bote de reconocimiento. Algunos de la *Trinidad* le explicaron que mejor que no, que lo sensato pasaba por esperar a que los hombres armados reconocieran el terreno, pero el vicentino insistió tanto que terminaron por acceder. Si le metían un hachazo entre ceja y ceja, se dijeron, quizás se evitaran futuros dolores de cabeza sin que nadie, más tarde, pudiera reprocharles nada.

De esta forma, un bote con el alguacil Gonzalo Gómez de Espinosa al mando, cinco marineros y un lombardero armados con arcabuces cargados y Pigafetta, alcanzó la playa ante la atenta mirada de las tripulaciones que, desde las cubiertas, observaban con expectación.

—Que nadie se separe del grupo —ordenó Espinosa—. Ojo con las escopetas**[15]** al desembarcar. No se os moje la pólvora.

Salvo el lombardero, ninguno de los hombres que portaban armas había disparado en su vida. Cruzaron los dedos para no tener que hacerlo en esta ocasión, no porque les preocupara matar a alguien sino debido a que, en caso de

verse obligados a ello para salvar sus propias vidas, no estaban nada seguros de poder lograrlo.

Cuando el pequeño destacamento de expedicionarios se desplegó por la playa, varios indios comenzaron a aproximarse hacia ellos.

—Vienen armados —anunció Espinosa tras observar a los hombres con grandes arcos en las manos. Por suerte, no les apuntaban con ellos ni daban la sensación de sentirse molestos por la presencia de los recién llegados.

—¿Y si disparamos al aire para asustarlos un poco? —sugirió un marinero que se llamaba Pancaldo.

—Nada de tiros, hostias —bufó Espinosa—. Queremos que nos reciban en paz.

—Era una idea, alguacil —respondió, un tanto molesto, el tal Pancaldo. Pancaldo no tenía demasiadas luces, pero, con todo, se las arreglaría para sobrevivir a esta y a otras expediciones posteriores. Ironías de la vida, moriría a manos de los guaraníes, aunque dos décadas después.

A Pigafetta, aquel momento le pareció uno de los más importantes de su existencia. Se había embarcado en la expedición con el único afán de conocer mundo, con todo lo que esto conllevaba: animales exóticos, plantas inexistentes en Europa y, desde luego, nuevas gentes de costumbres inusitadas. Bien, pues ahí las tenía, frente a sí y acercándoseles con paso firme. No fue capaz de permanecer, como Espinosa le había indicado, detrás de los hombres armados, y se adelantó casi a la carrera por la playa. Correr al encuentro de indígenas con los que te topas por primera vez y de los que no sabes nada no es una buena idea, se mire como se mire. Más aún si en el grupo que se aproximaba podían distinguirse, incluso para el observador menos avispado, guerreros armados.

—¡Buenos días, buenos días a todos! —gritó Pigafetta cuando se halló a unos diez pasos de distancia de los indios. El grupo estaba formado por unas dos decenas de indígenas, más de la mitad mujeres y el resto hombres. Todos caminaban completamente desnudos, aunque llevaban el cuerpo pintado con extrañas formas que, desde el primer instante, llamaron poderosamente la atención de Pigafetta. Los hombres armados con arcos exhibían una especie de emplasto en el cabello y tres cilindros de madera horadándoles el labio inferior. Las mujeres no los lucían, así que, de inmediato, Pigafetta dio por hecho que aquellos símbolos en el cuerpo de los hombres tendrían que ver con su virilidad o sus aptitudes para la guerra. Una especie de galones para diferenciar a un

capitán de un simple marinero. Tampoco mostraban, y esto sorprendió mucho a los expedicionarios, ni el menor rastro de vello corporal.

—¿Qué hacemos, alguacil? —preguntó Pancaldo observando la espalda de Pigafetta frente a ellos.

—Déjalo —respondió Espinosa—. Mira, casi hasta mejor así: si le meten una cuchillada en la tripa, sabremos que son hostiles. Si lo reciben a buenas, que Dios los asista, porque la que les ha caído encima…

—Yo le metería la cuchillada.

—Sin dudar, Pancaldo. Pero aquí se está a lo que dice el capitán general, ya lo sabes.

—Con todo, una cuchillada a tiempo nos ahorraría tener que soportar a ese insufrible.

Insufrible o no, lo cierto fue que Pigafetta dio en el clavo causando la mejor de las impresiones entre los indios que se les habían acercado. Lo estuvieron examinando muy de cerca, como cuando quieres comprarte un burro y lo inspeccionas de arriba abajo no vaya el vendedor a darte gato por liebre, y la actitud de Pigafetta, mientras eso sucedía, no pudo resultar más conciliadora. Sonreía abiertamente cuando le examinaban las ropas y hasta debajo de ellas, la piel, el cuello, los dientes y las botas. Acto seguido, pronunció algunas palabras dulces y cantarinas en su italiano natal y mostró a las claras sus propósitos: estaban allí para descansar y, si podía ser, realizar buenos tratos para ambas partes. ¿Qué? ¿Les permitirían poner pie en tierra?

Aunque nunca lo reconocerían, Espinosa y el resto de los miembros de la avanzadilla comprendió que la gestión del vicentino no podía haber resultado más favorable. Los indios comenzaron a charlar relajadamente en su jerga mientras tocaban, impúdicamente las más de las veces, al extranjero, el cual, todo hay que decirlo, se dejaba hacer con una paciencia infinita y una sempiterna sonrisa en los labios.

Lo que sí les molestó sobremanera fue que Pigafetta girara la cabeza hacia ellos y les dedicara una mirada inmaculadamente limpia. Como si, mediante ella, les reprochara no haber seguido sus pasos desde el primer momento. Nadie es malo con la gente que no trae malas intenciones, ¿verdad?

* * *

Un par de horas después, salvo los retenes de guardia que quedaron al cuidado de las naos, las tripulaciones al completo habían echado pie a tierra. Las instrucciones del capitán general, que la oficialidad se ocupó de que hasta el último hombre escuchara, eran simples: no debían causar altercados, robar los enseres de los indios o molestar a las mujeres. Todos asintieron muy rápidamente con la cabeza y se lanzaron, en tropel, a los botes con el objetivo de ser desembarcados cuanto antes.

La verdad fue que las órdenes de Magallanes habrían estado de más, pues aquellos indios, que, como había advertido Carvallo, estaban muy acostumbrados a tratar con hombres blancos, resultaron de lo más solícitos. Por cierto, Carvallo, desde leguas atrás y una vez que se supo que explorarían la bahía de Guanabara con la intención de recalar en ella y realizar un alto en el viaje, se había mostrado alterado y hasta nervioso. Lo cual no parecía normal en él, pues si los pilotos destacaban por algo era por su carácter reflexivo y sosegado: pon tú a un desquiciado a calcular el rumbo y manejar el pinzote y verás dónde acabas.

La respuesta a tanta excitación terminó por confesársela Carvallo a Elcano cuando la *Concepción* iniciaba las maniobras de anclaje.

—Dejé un hijo en este lugar ocho años atrás —dijo.

—¿Cómo? —preguntó Elcano, y no por su habitual laconismo sino debido a que, ante semejante revelación, a nadie le habrían brotado más palabras.

—Un hijo —repitió Carvallo—. Dejé un hijo en este lugar la vez anterior.

—¿Pero cómo puede ser eso? —volvió a preguntar un estupefacto Elcano.

Carvallo le dirigió una breve mirada que bastó. ¿De verdad el maestre necesitaba más explicaciones? Una tripulación llegada desde lo más lejano atraca en este puerto celestial, el tiempo pasa, el momento de la partida se demora más de lo necesario, un portugués conoce a una muchacha de la región, la muchacha no parece demasiado remilgada, lo uno lleva a lo otro y nueve meses más tarde tenía una criatura en brazos. Se hicieron de nuevo a la mar cuando el bebé no había cumplido un mes de vida, pero se trataba de un varón y confiaba en poder hallarlo.

Elcano, cuando se rehizo de la sorpresa, intuyó que aquel crío podría suponer un problema para la buena convivencia entre expedicionarios y naturales. ¿Por qué Carvallo no lo dejaba estar? A fin de cuentas, había vivido durante los últimos ocho años sin acordarse de aquel niño. Podía continuar igual. No obstante, Elcano no se opuso a sus deseos, le habría parecido cruel por su parte.

—Sé prudente —dijo.

En teoría, el rango de Elcano era superior al de Carvallo, aunque no lo suficiente como para imponerle su punto de vista de forma taxativa. Y menos, en un asunto de cariz tan personal como el que el piloto acababa de relacionar. Por ello, Elcano se decidió por darle un consejo en lugar de una orden.

—Tranquilo, amigo —repuso Carvallo—. Ya os he dicho que estos indios son pacíficos. No nos causarán contrariedades, de verdad que no.

Cuando Carvallo, un rato después, logró poner pie en tierra, abandonó rápidamente la playa y se dirigió hacia unos bohíos situados a no más de cincuenta pasos de ella. Los indios no formaban un pueblo compacto, sino que repartían sus casas de forma espaciada a lo largo del litoral de la bahía. Les costó, por ello, hacerse una idea de cuántos serían en total, aunque tanto Magallanes como el resto de la oficialidad coincidieron en que el número resultante sería lo suficientemente significativo como para no bajar la guardia. Ni siquiera tardaron veinticuatro horas en olvidar por completo aquellas intenciones. Guanabara fue lo más cercano al paraíso que habían estado nunca y que nunca lo estarían.

Carvallo, por su parte, comenzó a registrar los bohíos, unas construcciones a las que los expedicionarios empezaron refiriéndose como chozas, pero que eran bastante más: amplias y frescas por dentro, podían albergar con comodidad hasta quince o veinte personas. Al paso del piloto salieron muchas mujeres y algún que otro hombre. La mayoría llevaba el torso tatuado, lo cual incluía, en el caso de las mujeres, los pechos. Carvallo observaba a cada mujer con la que se encontraba y, después, continuaba su búsqueda.

Necesitó más de media hora para hallarlos, aunque por fin lo logró: en uno de aquellos bohíos encontró a la muchacha con la que ocho años atrás tuvo un hijo. Ahora estaba casada con otro hombre y tenía, de él, supuso el piloto, dos o tres muchachos más, todos rondando por allí. De hecho, a Carvallo le pareció que la joven volvía a estar encinta. En fin, eso le daba lo mismo. Él quería ver a su hijo y así se lo hizo saber a la mujer, la cual lo miró sin disimulado desdén: o sea, que te marchas y me dejas tirada con una criatura recién nacida y ahora llegas y esperas que te recibamos con los brazos abiertos; pues no, blanco malnacido, pues no.

Carvallo comprendió la situación e hizo lo que cualquier hombre haría en su lugar: agachar la cabeza, implorar perdón y esperar que la chica entrara en razón

y le dijera dónde estaba su chaval. No se trataba del primer ni del segundo puerto en el que un marinero dejaba familia atrás, así que conocía el procedimiento.

Fue entonces cuando el marido de la mujer apareció. Carvallo lo miró de los pies a la cabeza y se dijo que, para ser un segundo esposo, el tipo no estaba nada mal: fornido, bien plantado y con tatuajes en los brazos y los glúteos, lo cual era signo de reciedumbre entre aquellas gentes. Más les valdría haberse puesto pantalones. Sin embargo, en el tiempo que los portugueses pasaron entre ellos, no fueron capaces de hacerles entrar en razón y ahí proseguían, con las vergüenzas colgando al aire.

La mujer intercambió algunas palabras con su marido mientras Carvallo se mantenía allí, expectante pero con el pico cerrado. No se le escapaba que, para el hombre, él, Carvallo, no era sino el otro. Uno que le robó el corazón a su señora antes de que lo hiciera él. Aquel cuyo desaire hubo que sanar como buenamente se pudo. Y ahí estaba, cabizbajo y confiado de sus posibilidades.

—¿Cómo que ha regresado? —parecía decir él. El lenguaje de los indios de Guanabara resultaba ininteligible para Carvallo, que en todo el tiempo que pasó junto a ellos apenas se tomó la molestia de aprender tres o cuatro palabras. Sin embargo, su tono resultaba más que expresivo y, unido a los aspavientos, transparentaba, más allá de cualquier barrera, la discusión que estaban manteniendo marido y mujer.

—Pues ya ves, qué pretendes que yo te diga…

—Aquí no lo quiero, eso tenlo bien claro.

—Tranquilo, que conmigo no busca nada. Solo desea ver a su hijo.

—Ah, bueno, siendo así…

Al tipo siempre le había molestado un poco ese muchacho con la piel más paliducha de lo normal. No era de su sangre y, aunque lo había aceptado como a un hijo más, cierta tirria sí que le tenía. Un hombre posee el derecho a embarazar por primera vez a su esposa, qué menos.

—Supongo que te opondrás, ¿no? —pareció decir ella.

—¿Y qué hay de malo en que vea al muchacho? —dio la sensación de que respondía él—. No puedes negar que es su padre.

Había mucho de pulla en esta última aseveración.

—¿Qué quieres decir con eso? —creyó Carvallo que expresaba ella cuando se puso con los brazos en jarras.

—Que un hombre tiene derecho a ver a su hijo.

—Ese cabronazo me dejó tirada cuando el crío acababa de nacer. ¿Tú sabes

lo que es eso?

—Bueno, supongo que…

—No tienes ni la más remota idea. Pero ¿cómo ibas a entenderlo? ¡Todos los hombres sois iguales!

—Yo te admití junto al niño. No creo que puedas reprocharme nada.

Ante esta afirmación, ella se amansó un tanto. Carvallo observó cómo los miraba alternativamente, primero al indio, luego a él y, de nuevo, al indio. Qué panorama, tío. La lie un poco hace algún tiempo, pero es que mi barco tenía que partir y tal. Te agradezco que te hicieras cargo de mi muchacho, de veras que sí. Oye, puedo compensártelo. Tengo un hacha para ti. Con el filo metálico. Con ella, vas a ser la envidia de la tribu. Puedes talar un árbol en menos de dos minutos y abrirle el cráneo al más feroz de tus enemigos. ¿La aceptas y en paz? ¿Amigos?

—De acuerdo —pareció acceder ella—. Enséñale dónde está el crío. Pero mantenlo vigilado. No quiero que ocasione problemas.

—¿Yo? ¿Por qué yo? —pensó Carvallo que preguntaba él. Se había señalado el pecho y se encogía de hombros, como cuando, sin esperártela, te acaba de caer una buena. Venga, hombre de Dios, ayúdame un poco y te regalaré un hacha.

El indio decidió no insistir e indicó a Carvallo que saliera del bohío hacia una especie de patio trasero en el que jugaban una docena de muchachos. El piloto observó el rostro cariacontecido del indio y enarcó las cejas para expresar que se hacía cargo de que aquella situación no era sencilla para él y que, por esto mismo, le agradecía mucho lo que estaba haciendo.

Carvallo no tuvo dificultades para distinguir a su hijo. Todos los muchachos tenían la piel acanelada, salvo uno, que se aparecía bastante más desvaído que los demás. ¡Había salido a papá! Se acercó a él y le habló en portugués. El niño lo miró con curiosidad e interpeló a su padre adoptivo, el cual le dio un par de breves explicaciones en su jerga nativa. Carvallo no creyó que le hubiera contado la verdad en torno a ellos dos. Bastante hacía con estar presente y cumplir así las instrucciones dadas por su esposa. Se comportaba como un calzonazos y habría sido el hazmerreír del resto de varones de la tribu si lo hubieran visto allí, junto al extranjero a quien había pertenecido en primer lugar el corazón de su esposa.

—Ay, Juanillo, Juanillo… —decía Carvallo, que sonreía abiertamente—. Esta vez no te pienso abandonar, hijo mío… El idiota de Carvallo no cometerá

dos veces el mismo error. Supongo que tu madre se pondrá hecha una furia, pero creo que si convencemos a tu padrastro tendremos medio camino andado.

Entonces, el piloto extrajo una navaja de uno de los bolsillos de su pantalón y se la entregó al muchacho. No era más que un cuchillito minúsculo, de apenas tres dedos de filo. Ni siquiera podría trinchar un pollo con él, pero juzgó que supondría un buen regalo para conmemorar el reencuentro de padre e hijo.

El chico tomó el objeto y le dio varias vueltas en la mano mientras trataba de averiguar cómo funcionaba su mecanismo. Carvallo le enseñó el modo de abrirla y todos los presentes, el padrastro incluido, no pudieron evitar un suspiro de admiración.

Por suerte, el padrastro del muchacho no supo comprender las últimas frases pronunciadas, en portugués, por Carvallo. A Carvallo, consciente de ello, le dio por pensar que, de haberlo hecho, tampoco le habría importado demasiado.

* * *

Como la orden general era la de realizar tantos buenos tratos como se pudiera, los capitanes dieron permiso a la marinería para que se llenara los bolsillos de baratijas destinadas al intercambio. Llevaban espejitos, cuentas de colores, peines, tijeras y cuchillos. Los transportaban por toneles, pues, salvo los víveres, las naos no embarcaban otra cosa en sus bodegas. Solo en cuchillos, llevaban más de cinco mil. Se suponía que, con ellos, realizarían transacciones beneficiosas en cualquier confín del mundo.

No se equivocaban, al menos en este confín del mundo. Los indios experimentaron, desde el principio, gran interés por los objetos metálicos. Poseían algunos, recuerdo de las anteriores visitas de expediciones portuguesas, y, lejos de caer en desuso u olvido, el valor de estos objetos se había revalorizado tanto entre los nativos que unas simples tijeras de bolsillo convertían a su dueño en un pequeño potentado.

Descontando los retenes de guardia, desembarcaron todos, oficialidad incluida. Unos ciento ochenta hombres con cara de pasmados e intención de realizar valiosísimos trueques y todo eso, sí, pero también de intentar echar un polvo. Magallanes, y los capitanes con él, habían advertido que se castigaría con la mayor dureza los maltratos a las mujeres nativas. Y no porque Magallanes fuera dueño de una exquisita sensibilidad hacia ellas, sino porque no quería dar

motivos a los indígenas para iniciar una guerra. Pretendían comerciar, aprovisionarse y descansar tras la travesía atlántica. Si esto no era posible, estaba dispuesto a reembarcar las tripulaciones aquella misma noche y hacerse, de nuevo, a la mar.

Así que cuidadito, por la cuenta que os trae, advirtieron los capitanes a la marinería.

No habría sido necesaria la advertencia, pues el comportamiento de los nativos dejó ojipláticos a los expedicionarios. Lejos de mostrarse reservados, aquellos tipos de los tres canutillos de madera en el labio inferior se aprestaron a realizar tantos tratos como les fuera posible. Ofrecían gallinas, cerdos, monos, papagayos y mujeres, estas últimas como parte del lote: podías elegir dos gallinas y una chica, un cerdo y diez papagayos o dos mujeres y un mono. A los expedicionarios, aquello, tras el comprensible estupor inicial, les pareció una oportunidad única que ninguno dejó pasar.

El Sordo y Ginés de Mafra, quienes, aunque viajaban en diferentes naves, eran compadres, se aseguraron de que las muchachas fueran de buena gana. Llevaban presentes las órdenes del capitán general y no pretendían meterse en líos. Sin embargo, los lugareños varones parecían, si cabe, más interesados que ellos mismos en que se hicieran con una o dos mujeres.

—Si el papagayo es para nosotros, ¿la mujer también? —preguntó Mafra, un tanto confuso.

—Yo diría que sí —respondió el Sordo, no menos desconcertado.

Más tarde, se enterarían de que muchos indios estaban entregando a sus propias hijas solteras a cambio de un buen cuchillo metálico. El Sordo y Mafra, conscientes de que el acuerdo no podría resultar más ventajoso para ellos, se dijeron que más tarde se ocuparían de las gallinas y los papagayos y, de momento, adquirirían tres muchachas por barba. Pagaron un cuchillo y diez cuentas de colores por cada una de ellas. El indio que se las vendió parecía no caber en sí de júbilo y a las muchachas, por otro lado, no se las veía especialmente disgustadas.

En menos de dos horas, la selva cercana estaba llena de expedicionarios follando lo que no habían follado en su vida. Magallanes, que en cuestiones de mujeres siempre se mostraba inflexible, dejó, por una vez, que los hombres se desfogaran. Mientras no se forzara a nadie y ningún marinero intentara subirlas a bordo, haría como que no veía.

El Sordo y Mafra, siempre juntos por si acaso, descubrieron un claro en la

selva donde, en menos de diez minutos, se construyeron sendos chamizos con ramas y hojas del tamaño de un brazo. Mientras trabajaban con sus cuchillos, las seis mujeres aguardaron pacientes e intercambiaron risas y comentarios que ninguno de los dos expedicionarios supo comprender. Ni lo intentaron, la verdad, de tan ocupados que se hallaban construyendo los refugios. Trabajaban como perturbados, con los penes ya tiesos como estacas.

Una vez finalizados los trabajos, se desnudaron rápidamente y se introdujeron dentro de las chabolas. Apenas cabían y, desde luego, no podían ponerse en pie, pero bastarían. Las muchachas entraron a continuación y, mientras lo hacían y se acomodaban, los dos marineros se reafirmaron en la idea de que las tenían en propiedad y hasta podían llevárselas en los barcos si quisiesen. El día menos pensado, Magallanes anunciaría que ya se habían aprovisionado lo suficiente, levarían anclas y continuarían con la búsqueda del paso del suroeste.

No se dieron cuenta, ocupados como estaban cada uno con las tres muchachas que acababan de comprar, de que se puso a llover. El calor no cesó, pero la lluvia, que caía torrencial, hizo que en la selva no se oyera nada distinto al rumor del agua deslizándose por troncos, ramas y hojas. Los improvisados chamizos comenzaron a inundarse, aunque nada de ello arredró al Sordo y a Mafra, que, como buenos marineros, solo fornicaban con el viento de popa y encaramados a las mujeres. Fueron ellas las que les enseñaron que las cosas podían hacerse de otra manera, digamos, menos apresurada. Tenía que ver con la sensualidad, la calma y el control de los arrebatos. En uno y otro refugio, las mujeres obligaron a los marineros a tumbarse en el suelo y fueron ellas, por turnos, las que se sentaron sobre sus pelvis. Entonces, dio comienzo un lento ritual de extracción de la prisa que a los españoles dejó absortos, embobados, mudos de estupefacción.

Ellas cantaban con los ojos cerrados mientras la lluvia continuaba cayendo sobre la selva caliente y húmeda. El Sordo se dijo que podría quedarse allí para siempre. Construiría un bohío como Dios manda y saldría a cazar cada mañana para alimentar a su familia. Si Dios le daba salud, sus tres esposas pronto llenarían la casa de una tropilla de mocosos mestizos a los que nunca les faltaría pan que llevarse a la boca.

Mafra, por su parte, fue más delirante en sus anhelos. Dado que él se hallaba al cargo de la bodega de la *Trinidad*, calculó que, a pesar de la taxativa prohibición de subir mujeres a bordo, no le sería difícil ocultar a sus tres esposas

en sendos toneles previamente vaciados. Dado que la capacidad de carga de la *Trinidad* era de ciento diez toneles, ni lo notarían. Quizás el viaje se les hiciera un poco incómodo a las muchachas, pero ahora debían hacer lo que él les ordenara, ¿no?

11

Dos amigos

14 de diciembre de 1519

HASTA el día siguiente, Vasquito Gallego no desembarcó en Guanabara. Su padre, Vasco Gallego, el piloto de la *Victoria*, lo había presentado como voluntario para el retén de guardia que se quedaría a bordo mientras el resto de la tripulación echaba pie a tierra. Gallego padre se conocía el percal y no dudó de que, en uno u otro sentido, en las primeras horas del desembarco tras meses de travesía, sucederían cosas de las que mejor mantener alejado a su muchacho. Ya tenía ocho años y el objetivo de que lo hubiera enrolado en la *Victoria* había sido que fuera aprendiendo el oficio de la mar. Sin embargo, existen asuntos para los que mejor aguardar dos o tres años más. De la misma opinión que el piloto eran otros marineros que tenían pajes o grumetes bajo su guarda: se quedarían a bordo de las naos mientras ellos averiguaban por dónde soplaba el aire en Guanabara.

Resultó que soplaba bonancible y que, tras el primer día y los apresurados desfogues de las tripulaciones, se permitió que los muchachos también pusieran pie en tierra.

A Vasquito lo subieron al bote que los llevaría a la playa junto a un grumete llamado Ayamonte, que era de Ayamonte, y otro de apellido Tolosa, oriundo de Tolosa. Casualidades de la vida, ambos pertenecieron al minúsculo contingente que no sucumbió a la expedición.

Ya en tierra, Vasquito sintió cómo el alma se le encogía. La lluvia, que comenzara a caer el día anterior y que arreció durante toda la noche, había cesado y el cielo se aparecía limpio y sin una nube. Más tarde, se enterarían de que los lugareños llevaban semanas de sequía y que la llegada de aquellos aguaceros, acaecida al tiempo que la de los expedicionarios, fue atribuida a estos

últimos. Nunca los sacaron de su error ni les dijeron que ellos no tenían nada que ver con la lluvia.

Las playas de Guanabara y los bohíos más cercanos mostraban una actividad frenética. Muchos marineros no habían regresado a dormir a las naos, a pesar de que las órdenes de los capitanes fueron tajantes en sentido contrario. ¿Qué les podía suceder? ¿Que les cayera encima una pequeña sanción? Acarrearían con ella, pues la noche pasada en tierra había merecido la pena. Lo cierto fue que el propio Magallanes decidió que, dado que no se habían provocado altercados y que a los nativos no se los veía descontentos sino todo lo contrario, sobre lo sucedido en las primeras veinticuatro horas en tierra se correría un tupido velo. En adelante, eso sí, deberían retornar el orden y la disciplina.

A los pajes y los grumetes se les había dado unas cuentas a modo de calderilla por si se les antojaba algo en tierra. Vasquito llevaba una docena, seis en cada bolsillo de su chaquetilla. No sabía muy bien qué esperarse de aquel lugar, pero pronto sus sentidos se colmaron de luz intensa, de sonidos maravillosos, de olores penetrantes, de una sensación de placidez y alegría jamás conocida por él. Observó, todavía sin salir de la playa y por primera vez en su vida, mujeres desnudas. Eran jóvenes la mayoría y, aunque le parecieron muy guapas todas, pronto perdió el interés por ellas y caminó hacia la parte final de la playa. Allí, en un espacio delimitado por varios bohíos de gran tamaño, estaba teniendo lugar lo que Vasquito identificó como una feria o un mercado: decenas de indios discutían con decenas de expedicionarios acerca del precio de los cientos de animales que en el lugar, en jaulas de madera o simplemente tras precarios cercados, se exhibían al público. Ellos no tenían forma de saberlo, pero la noticia de que un buen número de hombres blancos acababa de llegar corrió como la pólvora por la extensa bahía y aún más allá. A pesar de la lluvia que había caído durante toda la noche, muchos no lo dudaron y, tras hacer acopio de sus pertenencias, se pusieron en camino hacia el punto del desembarco. Conocían, por experiencias anteriores con las expediciones portuguesas, que los blancos adquirían, a precios que a los indios les parecían inusitados, cualquier ser que respirase. No les interesaban los arcos, ni las cazuelas de barro, ni tintes con los que decorarse la piel. Ellos buscaban cerdos, gallinas, pájaros, monos y hasta caimanes. Cualquier animal que pudieran comerse les venía bien y lo compraban sin dudar.

Vasquito reconoció a varios marineros de la *Victoria*, algunos visiblemente ebrios y con una mujer desnuda debajo de cada brazo. Discutían airadamente

con los indios acerca del precio de tal o cual bicho, y los indios no se quedaban atrás, pues rebatían, regateaban y se ofendían muchísimo cuando el precio ofrecido les parecía insultante. Bastaba con que el marinero subiera la puja para que una sonrisa aflorara al rostro del agraviado y volvieran a ser amigos.

También andaba por allí Pigafetta, al cual los nativos ya debían haberle calado bien, pues lo rehuían en cuanto tenían ocasión. Pigafetta, inasequible al desaliento, los perseguía sin dudar pues pretendía, o eso le confesaría a Vasquito un rato después, que le enseñaran los rudimentos de su idioma. El vicentino afirmaba dominar doce lenguas diferentes, lo cual, a los marineros siempre les pareció una exageración. También sabían que, tratándose de Pigafetta, cualquier cosa era posible.

Fue entonces cuando Vasquito vio los pájaros multicolores. Se encontraban en un extremo del improvisado mercado y los indios les ataban un cordel a una de sus patas para que no escaparan volando. Vasquito se acercó, un tanto temeroso al principio, y se quedó embobado mirándolos. Los había verdes y con el pecho gris, azules en el dorso y las alas y la delantera de un amarillo intenso, y hasta rojos y verdiazulados. Todos tenían el pico negro y curvado hacia abajo y movían la cabeza de un lado a otro, inquietos sobre los palos donde los mantenían cautivos.

Un marinero español le gritó a Vasquito que se llamaban papagayos y que él se había desayunado dos aquella misma mañana. Le sugirió que hiciera lo propio pero que no se le ocurriera pagar más de una cuenta por cada uno. Vasquito se giró hacia el marinero, que creyó que pertenecía a la *Concepción*, y asintió levemente como manera de darle las gracias. El hombre discutía airadamente con un nativo que pretendía venderle un cerdo que tenía el ombligo en la espalda.

A Vasquito, la posibilidad de comerse a aquellos pájaros tan bonitos le pareció aborrecible. Él deseaba uno, aunque para llevárselo consigo. No estaba seguro de que a bordo de la *Trinidad* le fueran a permitir tenerlo, pero por intentarlo no perdía nada.

Durante más de media hora, se entretuvo admirando los papagayos y, por fin, terminó decidiéndose por uno de color azul intenso, enorme cola y un pico negro como el alma de los hombres que allí se estaban condenando. Recordó lo que le había dicho el marinero acerca del precio que debía pagar por él y, con ello en mente y dispuesto a que no le timaran, se dispuso a regatear con el indio.

El dueño de los papagayos resultó ser un nativo ya de cierta edad y con los

músculos flácidos. Puede que tiempo atrás se tratase de un orgulloso guerrero devorador de las entrañas de sus enemigos. No obstante, parecía que aquellos días de gloria y altivez habían quedado, para él, definitivamente lejos. Ahora vendía pájaros y a tres de sus hijas solteras, las cuales, para disgusto del indio, no conseguía colocar porque ellos vivían en el otro extremo de la bahía y, para cuando se enteraron de la llegada de los expedicionarios y realizaron el viaje hasta aquí, los extranjeros ya habían adquirido más muchachas de las que eran capaces de atender y el valor de las mismas se había depreciado tanto que ya ni salía a cuenta la transacción.

En un principio, el vendedor de papagayos no quería hablar de nada que no fueran objetos metálicos. Quería unas tijeras o un cuchillo y, cuando Vasquito le hizo saber por señas que no disponía ni de lo uno ni de lo otro, el indio dio media vuelta y se alejó sin decir media palabra más. El paje lo interpretó como una ruptura de la negociación y se dio media vuelta él mismo para intentarlo en otra parte del mercado. Sin embargo, cuando lo hacía, el indio regresó y, utilizando siempre un tono enfadadísimo con el que quería dar a entender que estaba perdiendo mucho con aquella venta y que si la llevaba adelante no era sino porque el jovencito español le había caído de maravilla, pidió tres cuentas brillantes por el papagayo. Vasquito ofreció una, que era el precio, al parecer, justo por el pájaro. Al indio casi le da un síncope allí mismo. ¿Una triste cuenta? ¿Estaban locos estos blancos o qué? Ya suponía bastante quebranto para él que ningún extranjero quisiera comprarle a sus tres hijas, como para que ahora tuviera que andar regalando los papagayos.

¡Dos cuentas y no se hable más! Aquello fue lo que Vasquito entendió que el indio terminaba por decirle. Un indio, por otro lado, con el rostro descompuesto por el disgusto. Vaya día, vaya día que estaba teniendo… ¿No podían, los extranjeros, haber atracado en su lado de la bahía?

Vasquito, sin ganas de discutir en un idioma desconocido, le dio las dos cuentas y recogió su papagayo. El indio las observó en la palma de su mano y, durante un instante, se le iluminaron los ojos. Al paje le habían enseñado a no experimentar congoja por nadie que no fuera de los suyos, aunque un poco de pena sí que le dio el tipo. Solo en la *Victoria*, almacenaban barriles y barriles atestados de cuentas brillantes hasta los topes.

Con el papagayo al hombro, Vasquito continuó deambulando de aquí para allá. Unos marineros le ofrecieron un trozo de un pan que les habían comprado a los nativos y que tenía un gusto extraño que a no todos satisfizo. Vasquito le dio

a probar un trozo al papagayo, que casi le arranca un dedo al tomarlo, y después él engulló el resto[16]. Como habían asegurado los marineros, aquel pan no valía gran cosa, aunque todo lo que no fuera comer el insípido bizcocho en el que basaban su dieta a bordo ya le parecía un gran avance.

En una de sus idas y venidas, el paje se topó con Carvallo, oficial de la *Concepción*. Como tanto Carvallo como el padre de Vasquito eran pilotos, ambos hombres se conocían y hasta se tenían como amigos. Siempre que se daba la ocasión, los pilotos intercambiaban opiniones acerca del lugar en el que se hallaban o sobre cuál era el rumbo más adecuado a seguir. No era anómalo que el capitán de una nao ordenara toda una maniobra de acercamiento a otra nao solo porque el piloto deseaba consultar con su igual en la segunda.

—¡Vasquito! —llamó Carvallo cuando lo vio—. ¿Pero qué llevas al hombro?

—Me he comprado un pájaro, señor —respondió, respetuosamente, el paje. En condiciones normales, un piloto nunca se habría dignado a dirigirse a alguien perteneciente a la última categoría de la dotación de una nave, pero Vasquito era hijo de su padre, y algo así no se le había pasado por alto a Carvallo.

Un Carvallo que, para sorpresa de Vasquito, se hacía acompañar de un muchacho nativo aproximadamente de su edad.

—Mira, mira —dijo el piloto pasándole un brazo por los hombros al chaval —. Me gustaría que conozcas a mi hijo Juanillo. Nació aquí, en este lugar, pero quiero que sepa de nuestra gente, que también es la suya. ¿Te gustaría acompañarnos durante un rato? Sería estupendo que congeniarais y os convirtierais en amigos. ¿Qué me dices, Vasquito?

—Bueno, yo…

—Vamos, si no te cuesta nada…

—No, claro que no, señor.

—¡Estupendo!

Vasquito observó al muchacho y el muchacho lo observó a él. Tenían la misma edad, la misma altura, idéntica complexión física. Incluso sus miradas se parecían bastante: a medio camino entre la timidez y el pánico a lo desconocido. Uno provenía del reino más poderoso del mundo. El otro vivía desnudo entre pájaros de colores y sol palpitante.

El resto del día, lo pasaron juntos. Carvallo adquirió un cochinillo y pagó para que se lo asaran en una hoguera alejada de la marinería, cada vez más desquiciada por el vino local y las mujeres de sempiterna sonrisa en los labios.

Vieron a varios expedicionarios con el pecho ensangrentado tras haberse hecho tatuar los mismos motivos geométricos con los que los naturales adornaban sus cuerpos. Un marinero de la *Santiago*, incluso, se tatuó cinco líneas verticales en la barbilla. Trigueros caminaba a su lado, borracho como una cuba. Él también había intentado tatuarse la barbilla, pero, en cuanto se sentaba, la cogorza le provocaba un sueño indescriptible y se caía de lado. Al final, lo dejó correr.

12

Orden de reembarco

24 de diciembre de 1519

DIEZ días más tarde, la rutina se había relajado tanto que aquello se parecía a cualquier cosa menos a una expedición española en búsqueda de una nueva ruta a la especiería. Debido a que los capitanes hacían la vista gorda, muchos marineros comenzaron a pasar las noches en tierra en lugar de regresar a las naos, como se había ordenado. Hubo ocasiones en las que algunas, como la *San Antonio*, sin ir más lejos, se quedaron al cargo solo de dos pajes. Si en aquel momento hubiera aparecido en el horizonte una flota portuguesa, al menos la *San Antonio* habría caído sin realizar un triste disparo. Dos pajes, dos críos de siete u ocho años, eso fue todo lo que dejaron a bordo. Hasta Antonio de Coca, el contable al que Magallanes había situado en la capitanía de la nao tras el arresto de Cartagena, se había decidido a echar pie a tierra y probar las delicias locales. Durante los primeros días se resistió un tanto, alegando que tenía mucho papeleo sobre la mesa, pero ¿quién no sucumbe cuando los hombres que regresan a bordo tras dos o tres días de jarana no cuentan más que maravillas de las lugareñas? Coca, el aburridísimo Coca, se subió a uno de los botes que varias veces al día realizaban el trayecto entre la *San Antonio* y la playa y se perdió en la placidez de aquellos vientres cálidos.

Con todo, mal que bien, las naos se habían reabastecido de lo necesario. Disponían de agua fresca, de carne en abundancia y de pescado para varias semanas. Muchos hombres habían adquirido objetos que nunca se podrían llevar, como un tal Ruiz, un marinero de Moguer que servía en la *Concepción*, quien compró veinte monos y pretendía transportarlos a bordo encaramados en el aparejo. Costó bastante que se quitara la idea de la cabeza.

El Sordo y Mafra permanecieron los diez días desembarcados y sin dar señales de vida. En realidad, se habían dedicado a comprimir en diez jornadas

aquello que las gentes normales realizan a lo largo de un año: fornicaron como si no hubiera un mañana, bebieron hasta caer desmayados y comieron hasta provocarse el vómito. Cuando no podían más, descansaban diez o doce horas y comenzaban desde el principio. Apenas salieron de aquellos chamizos que se habían construido y las seis mujeres que se mantuvieron a su lado lo hicieron con un gusto que, no puede ocultarse, fue decreciendo con el paso de los días. Ellas esperaban que el Sordo y Mafra se comportaran como dos recios marinos venidos desde lugares lejanos, pero las muchachas parecían tener demasiado idealizada una realidad que los dos andaluces representaban tan bien como cualquier otro miembro de las tripulaciones: esto es lo que hay y nada mejor encontraréis, ni entre españoles ni entre portugueses.

Ellas anhelaban que los marineros se las llevaran con ellos una vez que la expedición se hiciera de nuevo a la mar. En Guanabara, según parecía, no les esperaba un futuro demasiado halagüeño y las muchachas pretendían, por un lado, ver mundo y, por otro, hallar un futuro mejor. Los extranjeros parecían dueños de riquezas inimaginables, pues se pasaban los días sacando cuentas, espejitos, tijeras, puñales y hasta naipes de los bolsillos, de manera que, a ojos de ellas, aquella suponía una oportunidad que no podían dejar pasar.

Ante tal perspectiva, Mafra se decidió a embarcar a sus tres esposas en la *Trinidad*. El Sordo no lo vio claro y así se lo hizo saber desde el principio.

—Tío, te vas a meter en un embrollo —le dijo.

—No creo que se den cuenta si las oculto bien —replicó Mafra.

—¿Y las vas a tener en la bodega durante meses?

—No veo por qué no. Me ocuparé de que no les falte de nada. Ahí abajo, mando yo.

—Sigo sin verlo. Acabarán por descubrirte y te la cargarás.

—Habrá merecido la pena.

Mafra miró a sus tres jóvenes muchachas y levantó la mano para acariciarles aquella piel color canela.

Fue entonces, en aquella mañana del día de Nochebuena, cuando se corrió la voz de que Magallanes había ordenado que todo el mundo, sin excepciones, embarcase. Se hacían de nuevo a la mar y de inmediato. No lo sería tanto, pues todavía tuvieron que dedicar tres días más a buscar a los rezagados en tierra. Si el Sordo y Mafra se habían entregado, durante aquellos diez últimos días, a una existencia más que licenciosa, otros directamente se extraviaron de sí mismos y aparecieron desnudos y dormidos en mitad de cualquier charco. Ni recordaban

nada de lo que les había sucedido en las jornadas anteriores, ni podían aportar explicación alguna a su lamentable estado actual.

Así las cosas, y dado que los recuentos no salían y por lo tanto permanecerían un poco más en Guanabara, los marineros que habían dejado asuntos sin resolver en tierra se aprestaron a solucionarnos. Mafra, ya a bordo de la *Trinidad* y todavía con resaca, bajó a la bodega sin despertar sospechas, pues se suponía que aquel era su trabajo. Varios grumetes habían estado llenando los toneles vacíos con víveres frescos y agua, siempre bajo la supervisión, lo supo más tarde, del contramaestre Francisco Albo.

—Gracias por cubrirme, señor —le dijo Mafra de corazón. Albo era un buen tipo. Como el resto, había descendido a tierra, pero su carácter reservado le hacía sentirse incómodo en medio de aquella atmósfera de libertinaje y excesos. Se llenó la tripa con un buen asado y regresó a la *Trinidad*, donde había comenzado a llevar, por escrito, un derrotero de la expedición que esperaba que algún día le fuera de utilidad a alguien. Si el viaje transcurría como se había previsto, en cuestión de pocas jornadas navegarían por aguas que nadie había surcado antes. Él era consciente de lo que aquello significaba y pretendía hallarse a la altura de las circunstancias.

—De nada, Mafra —repuso Albo sin levantar la mirada de los papeles en los que, a diario, se dedicaba a anotar la latitud en la que se encontraban.

Mafra había vaciado tres toneles donde pensaba acomodar a las tres esposas que le aguardaban en tierra. El plan que tenía en mente pasaba por volver a la playa en el bote, dirigirse a un punto discreto previamente acordado con ellas y regresar con el mayor de los sigilos a la *Trinidad*. Cuanto más lo pensaba, más claro veía el plan: saldría bordado.

Echar el bote al agua no supuso mayor trastorno. La *Trinidad* poseía dos, uno de mayor tamaño que ahora se encontraba en la playa pues en él habían descendido a tierra los hombres que se encargarían de buscar a los rezagados de última hora, y otro minúsculo, al que llamaban chinchorro. El chinchorro se podía manejar sin dificultades por un solo hombre y Mafra remó en él hasta la playa sin levantar suspicacias.

Allí, sus tres esposas le aguardaban. Llegaban con lo puesto, pues consideraban que su nuevo marido proveería.

—¡Vamos, vamos, subid rápido! —dijo Mafra mientras echaba vistazos rápidos a un lado y a otro. Si lo descubrían, el plan se iría al carajo.

* * *

Carvallo se dedicó, durante aquellos diez días, en cuerpo y alma a su recién hallado hijo. Tenía clarísimo, lo había tenido desde el principio, que se lo llevaría con él cuando la expedición partiera. Para lograr su objetivo, solo tenía que convencer a tres personas: a la madre del crío, al padrastro y al crío mismo.

Con el padrastro no habría problema alguno, esto Carvallo lo llevaba a misa. Durante los primeros días tras el encuentro, el tipo se mantuvo cerca de ellos, puede que por indicaciones de la madre, pero una vez que comprendió que Carvallo no pretendía hacerle ningún daño al niño y que lo trataba con bondad y respeto, dejó de mostrar interés y pronto comenzó a ausentarse. Al final, se pasaban las jornadas sin hacer gran cosa: caminaban de un lado a otro, a lo largo de las playas y entre los bohíos cercanos a la selva. En una ocasión, realizaron una pequeña excursión a la *Concepción*, en la que el propio padrastro participó. A Carvallo se lo veía muy ilusionado, enseñando para qué servía esto, lo otro y lo de más allá. Dejó que el muchacho sujetara el pinzote y le contó que él se encargaba de pilotar aquella gran nave de madera. El crío no entendía gran cosa de lo que le decía, aunque observaba con mirada atenta. Al padrastro, por su parte, aquel asunto del barco no le agradó ni en lo más mínimo. Se dijo que él ni atado se embarcaría en un lugar como aquel. Apenas había espacio para moverse y el poco que había se encontraba abarrotado de cientos de objetos y enseres que ni en mil años habría aprendido para qué servían. Y, además, estaba el olor. Allí, a bordo de aquel barco, olía a podredumbre, a carne muerta, a inmundicia. No vio el momento de dar por finalizada la excursión y regresar a la playa.

La segunda persona a la que Carvallo debía convencer era al propio chico. Juanillo mostraba interés por todo lo que el piloto le enseñaba. No obstante, no replicaba gran cosa. Al menos, obedecía con cierta candidez y nunca se negó a ir a este o al otro lugar. Vasquito, que no se separó de ellos en aquellos diez días, jugó un papel decisivo en el proceso de convencer al muchacho de que lo mejor para él era dejar atrás su tierra y su familia y embarcarse rumbo a lo desconocido en compañía de unos tipos de los que no sabía absolutamente nada. Carvallo le había prometido que lo recompensaría y, aunque en ningún momento se fijó ninguna retribución por sus servicios, a Vasquito le dio lo mismo: en Guanabara, no había demasiadas cosas que hacer para un muchacho como él y temía que su padre lo confinara en la *Victoria* para mantenerlo lejos de los excesos que se

estaban dando en tierra. El hecho de que lo viera en la buena compañía del piloto Carvallo logró que Vasco Gallego se decidiera a dejar a Vasquito más suelto de lo que este habría esperado. Con eso, se daba por suficientemente pagado.

Juanillo y Vasquito pronto hicieron buenas migas. Fue una suerte para Carvallo que ambos muchachos tuviera la misma edad y congeniaran tan rápido. Tras los recelos iniciales tan típicos entre dos chicos que acaban de ser presentados, en unas horas ya charlaban amigablemente. Ni que decir que cada uno de ellos no comprendía nada de lo que decía el otro, pero estos asuntos no suelen resultar un obstáculo insuperable entre los chicos de corta edad. Vasquito, el más locuaz de ambos, le contaba maravillas, exagerando mucho, obviamente, de la vida a bordo. Explicó que, de momento, solo era un paje de escoba que se pasaba media existencia barriendo las cubiertas, pero que en cuestión de un par de años ascendería a grumete y en tres más, a marinero. De ahí, vía libre hacia la oficialidad. Quería ser piloto, como su padre, y ya tenían acordado entre ambos que, una vez que conociera hasta el último recoveco de un navío y el oficio de la mar no supusiera misterio alguno para él, comenzaría su instrucción como piloto. Algún día no muy lejano, pilotaría su propio barco. No le cabía la menor duda de ello. Atravesaría los mares del mundo entero y quizás Juanillo podría sumársele en aquella aventura, a todas luces, grandiosa.

Carvallo asentía todo el rato con una gran sonrisa en los labios. A Juanillo se lo veía interesado cuando Vasquito le narraba sus peripecias y anhelos, y Carvallo lo consideró el mejor de los ejemplos. Había sido una gran idea contar con él.

Ya sin el padrastro, realizaron dos excursiones más a sendas naos. Primero fueron a la *Santiago*, la más pequeña y ligera de las cinco, donde le invitaron a visitar la bodega. Al principio, Juanillo se llevó un buen susto, pues aquel lugar cerrado y en el que costaba respirar no le pareció el lugar más seguro del mundo. Sin embargo, cuando vio que tanto Carvallo como Vasquito le sonreían, él les imitó. Fue una sonrisa más falsa que Judas, pero lo fue. Como premio a su templanza, le abrieron un tonel que resultó estar lleno de finas telas cuidadosamente enrolladas. Se iluminaban con una vela y Carvallo, con cuidado de no derramar cera sobre el contenido del tonel, la acercó a él para que el muchacho observara el interior. No dejó de sentirse complacido cuando el crío abrió los ojos como platos.

Aprovechando que Magallanes se encontraba en tierra, lo llevaron, también, a la *Trinidad*. Allí el retén de guardia se aparecía más importante que en el resto

de naos y Carvallo tuvo que responder un par de preguntas antes de que le dejaran subir a bordo. Ya sobre la cubierta, dieron un breve paseo y ascendieron a la impresionante toldilla de la *Trinidad*. A Juanillo le llamó mucho la atención la escalera de acceso y tardó un buen rato en comprender que debía trepar por ella prescindiendo de las manos. Vasquito, paciente como pocos, repitió varias veces el proceso hasta que Juanillo, algo vacilante, consiguió mantener el equilibrio.

A la que no había posibilidad alguna de convencer, y esto Carvallo lo tuvo claro desde el principio, era a la madre de Juanillo. Continuaba, ocho años después, despechada por el abandono de Carvallo y, por mucho que este trató de recomponer la situación y, si no de hacerse querer, sí de ser aceptado por la mujer, nada de esto resultó posible. Ella permitía que su hijo deambulara por ahí con Carvallo pues, a fin de cuentas, se trataba de su padre. No obstante, daba por hecho que, con la partida de la expedición, las cosas retornarían a su estado anterior y de Carvallo no volverían a saber en otros ocho años más. Ni se le pasó por la cabeza que el portugués albergara sus propios planes.

Convencido de esto, Carvallo comprendía que debía jugar bien sus cartas. Si la operación de embarcar definitivamente a Juanillo no se hacía como debía, la mujer podía montar un escándalo que acabara por embrollarlo todo. En una situación así, algunos de los indios de carácter más guerrero podrían interpretar aquel gesto como el rapto de uno de los suyos y actuar en consecuencia. Carvallo no pretendía, bajo ningún concepto, iniciar una batalla. Antes de que se disparase la segunda flecha, le ordenarían dejar atrás a Juanillo y evitar percances mayores.

En cuanto a los expedicionarios, no creía que la presencia del muchacho a bordo, una vez hechos a la mar y sin posibilidad ya de retornar a Guanabara, fuera a resultar un problema. Él era un piloto, lo cual lo convertía, a ojos de las dotaciones, en una persona importante e influyente. Quesada, el capitán de la *Concepción*, no alegaría nada. Elcano, el maestre, menos todavía: miraría al crío con esa mirada suya que ni decía una cosa ni la contraria, y ancha es Castilla. En cuanto al capitán general, si es que llegaba a enterarse, Carvallo conjeturaba que no pondría excesivas objeciones. A fin de cuentas, un hijo es un hijo, ¿no? Había un buen número de hijos de marinos embarcados en las tripulaciones. Vasquito Gallego, sin ir más lejos. ¿Por qué él no podría hacer lo propio? ¿Porque el chaval era mestizo y lo habían hallado a medio camino hacia la especiería? Magallanes era un hombre de mar al que estos detalles no le sorprenderían en

absoluto. Los portugueses llevaban décadas esparciendo su semilla por todos los rincones del mundo conocido. Bien mirado, hasta podría tratarse de un orgullo.

* * *

Mafra, mientras tanto, seguía adelante con sus planes para embarcar a sus recién adquiridas tres esposas. Hasta entonces, las cosas habían salido más o menos bien, pero cuando las hizo subir al chinchorro, las acomodó como pudo en él y comenzó a remar en dirección a la *Trinidad*, experimentó un escalofrío en el espinazo. A sus veintiséis años, llevaba casi dos décadas en el oficio de la mar y sabía, por ello, que aquel era el momento más delicado de la operación. Si en cualquier barco estaba prohibidísimo embarcar mujeres, en uno bajo el mando del capitán general Magallanes dicha prohibición alcanzaría cotas inconcebibles. No obstante, todo saldría como lo tenía planeado, estaba seguro de ello.

Con cuatro personas a bordo, el chinchorro avanzaba muy hundido y a Mafra le costaba hacerlo progresar. A ratos, se colaba dentro un poco de agua y a las chicas, entonces, se les crispaba el gesto. Seguramente no sabían nadar y la perspectiva de caerse al agua no les hacía gracia alguna. Mafra comenzó a sudar, tanto por el esfuerzo como por los nervios. No podía pasar mucho más tiempo en mitad del trayecto pues, a plena luz del día, tarde o temprano alguien miraría en su dirección y los descubriría.

Así las cosas, el jerezano consiguió llegar hasta la *Trinidad* y asirse a uno de los cabos que colgaban de la cubierta. Cuando la nao estaba anclada, y sobre todo en lugares donde se había comprobado que no vivían hostiles en las inmediaciones, no era raro ver numerosos cabos descolgados desde la borda. Los hombres los utilizaban en sus idas y venidas, y no se hacía extraño ver a alguien trepando o descendiendo por ellos.

—Venga, deprisa —apremió Mafra a la mujer que más cerca del casco de la *Trinidad* se hallaba—. Arriba, tienes que subir.

La chica asió el cabo y trató de hacer lo que el marinero le solicitaba, aunque solo logró despellejarse la piel de las palmas de las manos.

—Mierda… —dijo, en un susurro, Mafra. No había contado con que sus esposas carecieran de callos en las manos y de habilidad suficiente para trepar por los cabos—. Tranquila, tranquila, lo haremos de otra forma.

Mafra amarró el chinchorro a un cabo y asió otro por el que trepó hasta la cubierta. Allá, no había demasiada actividad y solo advirtió la presencia de unos tíos de Huelva con los que se llevaba de perlas.

—Hombre, Ginés —dijo uno.

—Cómo vais —repuso Mafra apoyándose de espaldas en la borda.

—¿Te sucede algo? —le preguntó otro—. Tienes mala cara…

—Nada, nada… Demasiado pimple estos días…

Los onubenses rieron y, sin añadir más, dieron media vuelta, se marcharon y continuaron con lo suyo. ¿Quién no se había agarrado una buena curda en Guanabara? Madre, recordarían aquel puerto durante años y años…

—Vamos, deprisa —llamó Mafra girándose, asomándose por la borda y mirando a las muchachas que todavía se hallaban en el chinchorro—. Una de vosotras. Que se agarre al cabo con todas sus fuerzas mientras yo tiro de él.

Ni que decir tiene que las mujeres no entendían una sola palabra de lo que les decía Mafra. Sin embargo, el marinero acompañaba sus explicaciones de toda clase de aspavientos, de manera que, mal que bien, lograba hacerse comprender.

Por suerte, las chicas tenían una constitución menuda y a Mafra no le costó demasiado izar a la primera. Ella se quejó algo de las rozaduras que el cabo le había realizado en su piel desnuda, pero el marinero no tenía tiempo para lamentaciones. La mandó callar y volvió a lanzar el cabo para izar a la segunda muchacha.

Casi lo logra. Casi consigue embarcar a sus tres esposas y ocultarlas en la bodega. Después, solo Dios sabe qué habría sido de ellas, pero el plan de Mafra, que alcanzaba hasta meterlas en los toneles y fingir que allí no había pasado nada, casi sale adelante.

Desgraciadamente para él, tras haber izado a la segunda muchacha y hallarse haciendo lo propio con la tercera y última, apareció Esteban Gómez, piloto de la *Trinidad*. Por verle algo positivo al asunto, de toda la oficialidad de la nao, Gómez era su mejor opción a la hora de que su plan fuera descubierto. De un tiempo a esta parte, Gómez encabezaba el pequeño contingente de expedicionarios portugueses contrarios a Magallanes. Desde que los obligara, contra toda lógica, a bordear la costa africana, Gómez había comprendido que los métodos del capitán general no eran los adecuados para manejar una expedición del tamaño de aquella. Reconocía que Magallanes tuvo sus razones para hacer lo que hizo, pero cometió el error de no compartirlas con la

oficialidad. Y la oficialidad, empezando por los pilotos, tenía derecho a conocer, de antemano, el rumbo.

Le costó aguantarse la risa cuando descubrió a Mafra intentando embarcar a tres indias. Guapísimas, no lo dudaba, pero mujeres de los pies a la cabeza y, por lo tanto, proscritas a bordo.

—¿Qué crees que estás haciendo, marinero? —preguntó con las manos en la espalda.

Mafra, con la tercera muchacha en el cabo y a mitad de camino entre el chinchorro y la cubierta de la *Trinidad*, sonrió al piloto.

—Intentarlo, señor —respondió—. Intentarlo.

* * *

Había llegado la hora de la verdad para Carvallo. Embarcaban para no desembarcar más y debía llevarse con él a Juanillo. A hurtadillas, se hizo con una buena hacha y bajó con ella a tierra ocultándosela entre la ropa. Aquel tipo de regalos se reservaba para ocasiones realmente especiales, cuando en lugar de gallinas y favores sexuales que se obtenían a cambio de baratijas, habría que negociar cargamentos enteros de especias.

Con todo, Carvallo era un piloto y a un piloto no se le pregunta adónde va o de dónde viene salvo que uno sea capitán o maestre. Resultó sencillo, pues, alcanzar la playa con el hacha que le había prometido al padrastro de Juanillo. El trato no podía suponerse más sencillo: a cambio de esta hacha que te convertirá en el hombre más envidiado de la bahía, yo me llevo a ese crío que ni siquiera te acaba de gustar mientras te ocupas de que la ira de su madre no se desborde. ¿Trato hecho? El padrastro pensó que estaba timando al hombre blanco, pero se guardó muy mucho de expresarlo. Hasta fingió que el hacha le parecía insuficiente, aunque con tan poco arte que Carvallo frunció el ceño y se dijo que como todos los indios con los que se toparan en su camino fueran como este, la expedición iba a regresar colmada de riquezas y gloria.

La madre de Juanillo, por supuesto, no se había enterado de que se había dado la orden de reembarco general. Poco a poco, los expedicionarios comenzaban a desaparecer, aunque a un ritmo tan lento que costaba darse cuenta si uno no estaba demasiado atento. Y las mujeres casadas, ajenas al bullicio que había tenido lugar en aquellos últimos diez días, no repararon en que los

expedicionarios se marchaban hasta que ya fue demasiado tarde. Al menos, para la madre de Juanillo.

Carvallo perdió un tiempo precioso en enseñarle al padrastro cómo se usaba el hacha. Puede parecer un poco estúpido, pero hay que entender que el indio jamás había tenido un objeto semejante entre sus manos. Para empezar, el peso de la herramienta le pareció tan grande que lo hizo desconfiar. ¿Cómo podría serle útil algo que apenas podría acarrear por la selva? Ante la posibilidad de que se echara atrás y lo descubriera, Carvallo se decidió a convencerlo de la única forma que creía posible: realizándole una demostración práctica. Juntos, los dos hombres se internaron en la selva y buscaron un lugar alejado de las miradas inconvenientes. Después, Carvallo eligió un árbol firme aunque no demasiado grueso y levantó un dedo índice frente al indio: mira y aprende. En una docena de certeros hachazos, el tronco del árbol se partió por la mitad y cayó hacia delante. Al indio, ante tal fenomenal exhibición, se le disiparon todas las dudas y aceptó, gustoso, el hacha.

Juanillo se había quedado en la playa junto a Vasquito. Se encontraban cerca del lugar donde los botes recogían tripulantes para embarcarlos y regresar, de nuevo, a por más. No se hacía cola, sino que se aguardaba en pequeños corros, y Juanillo y Vasquito se unieron a otro par de pajes pertenecientes a la *San Antonio* que andaban por allá a la expectativa de que uno de los botes los condujera a su nao.

Carvallo llegó, sudoroso, a la playa y, tras abrirse paso entre los hombres apelotonados, encontró a Juanillo y a Vasquito. Preguntó cuál era el próximo bote hacia la *Concepción* y un tipo que era despensero en la *Santiago* le aseguró que no hacía mucho acababa de llegar uno a cincuenta pasos de allí. Carvallo dio las gracias con un golpe de cabeza, tomó a Juanillo de la mano y apremió a Vasquito.

—Vamos —dijo.

Cuando llegaron, en el bote había suficientes hombres embarcados y se disponía a partir. Carvallo dudó. Podía aguardar a que el bote fuera hasta la *Concepción* y regresara vacío para cargar otra vez. No obstante, aquella operación se demoraría, por lo menos, durante media hora.

No tuvo que pensárselo mucho más porque, de pronto, los acontecimientos se precipitaron. Resultó que el padrastro de Juanillo había aparecido en casa con su flamante hacha nueva y lo primero que hizo fue mostrársela a la madre del niño. Carvallo no había contado con que el marido fuera un idiota presumido. El

caso fue que la mujer, que de tonta no tenía un pelo, le preguntó que de dónde había sacado un hacha semejante. Estaba casada, pero sabía los precios por los que se estaban vendiendo las mujeres solteras a los expedicionarios. El hombre puso la misma cara de circunstancias que un rato antes había desplegado ante Carvallo y la mujer ató cabos a una velocidad de vértigo.

Saliendo de la casa, preguntó a una vecina dónde se estaban embarcando los expedicionarios. Recibió unas indicaciones precisas: allí mismo, ni a trescientos pasos de distancia. La mujer comenzó a correr y pronto divisó el numeroso grupo de hombres que aguardaba a los botes. Se abrió paso a codazos entre ellos, alcanzó la orilla, se detuvo y, casi presa del pánico, miró en todas direcciones hasta que descubrió a Carvallo con su hijo de la mano.

Carvallo, casi al mismo tiempo, la vio a ella y, durante un instante, sus miradas se cruzaron. La mujer le imploraba que no lo hiciera y el piloto le aseguraba que lo haría.

Ella, entonces, volvió a correr.

Carvallo actuó rápido.

—Tú, tú y tú —ordenó señalando a tres hombres que se encontraban a bordo del bote—. Abajo.

—¿Qué? —preguntó, sin comprender, uno de ellos.

El piloto no repitió la pregunta, sino que, de un salto, se encaramó al bote, agarró por las solapas al expedicionario que había hablado y lo lanzó al agua. Acto seguido, hizo lo propio con dos más y consiguió sitio en aquel viaje. Nadie le pediría jamás explicaciones por su comportamiento a un oficial.

Saltando de nuevo a tierra, Carvallo gritó a Vasquito:

—¡Sube!

Al tiempo que lo hacía, giró la cabeza y vio cómo la madre de Juanillo se encontraba ya a menos de veinte pasos de distancia de ellos. No había tiempo que perder. Agarró a su hijo por la cintura y lo lanzó dentro del bote. Vasquito ya estaba a bordo y lo ayudó a acomodarse. Acto seguido, con las olas en los tobillos, Carvallo comenzó a empujar el bote en dirección a aguas profundas.

—¡Remad! —ordenó.

Tras unos momentos iniciales un tanto titubeantes, el bote adquirió ritmo y, en dos paladas, se había alejado tres pasos de la orilla. Su quilla ya no tocaba la arena.

Carvallo tenía el agua a la cintura cuando la mujer lo alcanzó. Esta llegó a agarrarlo de la camisa, pero el impulso que llevaba el bote hizo que tuviera que

abrir los dedos y soltarla. El piloto se sujetaba a la popa del bote mientras los hombres de a bordo no dejaban de remar. Dos marineros le ayudaron a subir y, una vez a salvo, Carvallo respiró hondo. Por los pelos, pero lo había logrado. Observó a Juanillo, que mantenía inexpresivo el rostro aunque miraba en dirección hacia la orilla.

Allí, su madre, con el agua en las rodillas, lloraba y gritaba como si le hubieran arrancado el corazón. Se lo habían arrancado, probablemente.

13

El mar dulce de Solís

20 de enero de 1520

AL ÚLTIMO rezagado lo subieron inconsciente a bordo y no despertaría hasta varios días después. Así las cosas, el 27 de diciembre la expedición se hizo de nuevo a la mar. Por primera y última vez en todo el tiempo que duró el viaje, en esta ocasión nadie desconocía el destino del periplo. Se dirigían al mar dulce de Solís, un lugar situado a unas trescientas leguas al sur donde esperaban hallar el tan ansiado paso del suroeste. El tal Solís fue un lebrijano que, solo cuatro años atrás, en 1516, había alcanzado aquellas aguas, las más meridionales en las que un navío europeo había penetrado jamás, y, tras hallar una enorme embocadura, procedió a explorarla durante leguas y leguas. Aquel territorio, grandioso como un mar, se internaba tanto tierra adentro que el propio Solís creyó haber hallado el paso. Eufórico tras el descubrimiento, junto a un grupo de hombres, los primeros blancos en pisar aquellas tierras, desembarcó en una playa cercana con tan mala fortuna que un grupo de indios hostiles les cayó encima y los mató. Después, en aquella misma playa, y a la vista de los cada vez más horrorizados expedicionarios que permanecían a bordo de las naves que los habían llevado hasta aquellos parajes, los indios procedieron a desnudar a los españoles, a abrirles las tripas para extraerles las vísceras y a asarlos en una hoguera de fuego lento. Se los comieron tranquilamente, a la vista de todos.

Pobre Solís. El caso fue que el resto de la expedición, visto lo visto, decidió dar media vuelta, regresar a España y contar lo sucedido. Por eso, tanto Magallanes como los capitanes y todo aquel que hubiera prestado un poco de atención a las noticias que llegaban desde las Indias, sabían que Solís creyó haber encontrado el paso hacia el noroeste pero las terribles circunstancias le impidieron completar su exploración. Bueno, pues allí estaba una nueva expedición española. Al parecer, con no desembarcar, solucionarían el problema

con los indios caníbales pues, y se habían tomado la molestia de informarse muy bien y hasta por diferentes vías, estos no navegaban tan siquiera con unas tristes canoas. Manteneos a bordo y a una distancia superior a un tiro de flecha y asunto resuelto, les dijeron. Eso harían.

El mar dulce de Solís se situaba, sin la menor duda, en la demarcación española del mundo. Habían echado cálculos una y mil veces y no tenían duda al respecto. De hecho, antes de partir de Sevilla, se habían realizado consultas con marinos portugueses y estos lo admitían abiertamente: allí, nosotros ya no pintamos nada. Pero, claro, hasta allí había que llegar y las trescientas leguas desde la venturosa bahía de Guanabara debían ser cubiertas con cuidadito, no fuera a surgirles tontamente y de la nada una escuadra de carabelas portuguesas cargada de mala baba. Así que se pusieron a costear, pero a prudencial distancia de tierra. Procuraban no perderla de vista, pero alejándose de ella tanto como fuera necesario para ver venir con suficiente antelación a todo aquel que quisiera buscarles las cosquillas.

Exploraron, más debido al obsesivo y quisquilloso carácter de Magallanes que a otra cosa, alguna que otra minúscula bahía con la que se toparon y que no les llevó a ninguna parte. Esto hizo que algunos capitanes torcieran el morro, pues ¿qué necesidad había de ser tan concienzudos? ¿Acaso no estaba señalado que el objetivo final era el mar dulce de Solís? Pues ya está, hasta él de una tirada y sin exponernos como bobos a peligros insospechados.

Magallanes, el rey del por si acaso, no solía ser de la misma opinión y los tuvo bastante mareados durante unos cuantos días. La propia idea de internarse en el mar dulce de Solís no acababa de ser del gusto de la oficialidad al completo. Algunos marinos, Gómez en la *Trinidad* y Mendoza y Gallego en la *Victoria*, no eran partidarios de embocar el mar dulce de Solís y explorarlo hasta sus últimas consecuencias. Por dos motivos, principalmente. En primer lugar, los expedicionarios que ya estuvieron allí cuatro años atrás contaron que nunca se toparon con salida alguna a ningún otro océano. El mar de Solís comenzaba y terminaba allí, a juzgar por lo que se sabía hasta ahora. Pero, en segundo y quizás más importante lugar, los propios tipos que habían visto cómo un puñado de hijoputas se cenaba a sus compañeros no dudaron a la hora de adjetivar aquel paraje misterioso: dulce. Bien, pues lo dulce es, hasta para el más cortito de entendederas, lo contrario de lo salado. Mal iban por allí.

El capitán general, fiel a su estilo, hizo caso omiso de cualquier sugerencia y tiró hacia delante con las cinco naves. Hasta que el 8 de enero de 1520 llegaron a

aquel mar[17], no respiró tranquilo. Todavía les quedaba explorarlo y averiguar si al final de aquel lugar había un estrecho por el que colarse rumbo a la especiería. Seguro que sí.

El 10 de enero descubrieron una montaña a la que bautizaron como Monte Vidi[18] y continuaron internándose, cada vez más lentamente y con mayor prudencia, en el gran mar de Solís. Tanta, que había días en los que apenas avanzaban dos leguas. De este modo, se plantaron en el 20 de enero y las cinco naos habían alcanzado lo que parecía el estrechamiento definitivo[19] que, de suceder, los conduciría al otro lado del mundo. Debían averiguarlo.

Sucedió ese día que un grupo de indios comenzó a gritarles desde tierra. Llevaban tiempo sin divisar indígenas y, aunque lo cierto era que desembarcar en este lugar no entraba entre sus planes, la insistencia con la que los indios los llamaban desde tierra hizo que se lo pensaran dos veces. No navegaban y las naos se situaban tan cerca las unas de las otras que era perfectamente posible mantener conversaciones entre ellas.

—¡Capitán general! —Gaspar de Quesada, capitán de la *Concepción*, fue el primero en hablar. Veía a Magallanes sobre la toldilla de la *Trinidad* a escasa distancia de él—. ¡Parece que quieren decirnos algo!

Los indios, en tierra, se desgañitaban para hacerse oír. Y era cierto lo que Quesada afirmaba: daba toda la sensación de que aquellos indígenas tenían un gran interés por comunicarse con los expedicionarios. Magallanes, que, como todos, se hallaba al tanto de las costumbres caníbales de los naturales, no tenía demasiadas ganas de echar pie a tierra y ponerse a charlar. Por otro lado, ¿y si los nativos conocían la ruta hacia el paso del suroeste y lograban, gracias a ellos, averiguarla? Qué dilema. Los que podían explicarles lo que tanto ansiaban saber, eran capaces, al tiempo, de comérselos asados a la brasa.

—Que nos larguemos por donde hemos venido —contestó, desde el camarote del capitán de la propia *Concepción*, el prisionero Cartagena. El veedor del rey no había pisado tierra durante la estancia en Guanabara y, aunque se le surtió de cuantiosa fruta fresca, carne, pescado y vino en abundancia, permaneció siempre en el camarote de Quesada. Se suponía que continuaba con el cepo puesto en los tobillos, de manera que, habida cuenta de la deferencia que con él había tenido Quesada, no lo delataría realizando movimientos que no le llevarían a ninguna parte. Tiempo habría para ello.

—Por favor, no levante la voz, capitán —dijo, a su lado, el Sordo, quien, tras el paréntesis de Guanabara, se había reincorporado a sus tareas al lado de Cartagena. Cuidaba de él, se preocupaba de su seguridad y, por orden expresa del capitán Quesada, de que, con sus acciones, no complicara más aún su situación. Algo difícil, dada la altivez con la que un caballero como Cartagena acostumbraba a conducirse. Ni siquiera, a pesar del tiempo transcurrido, se acababa de hacer a la idea de que había sido reducido a la condición de un vulgar prisionero.

—Debería subir a la cubierta y mandar que prendieran a Magallanes —repuso Cartagena. Al menos, bajaba la voz, como le había pedido el Sordo.

—Solo conseguiría que lo matasen —replicó el Sordo.

Cartagena apretó los labios y no contestó.

—¡Deberíamos bajar a tierra y averiguar qué quieren decirnos! —gritó Juan Sebastián Elcano, junto a Quesada en la cubierta de la *Concepción*.

—¿Aquí? —preguntó el capitán Juan Serrano desde la *Santiago*.

En esa pregunta tan corta, se resumían muchos temores. En realidad, las explicaciones que les habían ofrecido acerca del mar dulce de Solís se resumían en una: vosotros, pase lo que pase, no desembarquéis.

Magallanes, por una vez, titubeó. No durante demasiado tiempo, pues habría resultado antinatural en él, pero sí lo suficiente como para que la oficialidad de las cinco naos se diera cuenta. Estaba pensándose qué hacer.

Mientras tanto, los indios volvieron a rugir desde la orilla. A pesar de que habían tomado la precaución de mantenerse lejos de cualquier disparo de flecha que pudiera provenir de las playas, los vozarrones de aquellos hombres se abrían paso, entre los vientos, hacia las naves. Existían muchísimas posibilidades de que fueran los mismos caníbales que se habían comido a Solís y a los suyos.

—Si bajamos en número suficiente y con las armas listas, quizás sea seguro —se aventuró, al lado del capitán general, el piloto Gómez. Se limitaba a realizar una sugerencia: en lo que a él respectaba, no abandonaría la seguridad de la *Trinidad* ni aunque por ello lo condenaran a muerte.

—Eso mismo pienso yo —dijo, entonces, Magallanes, en voz baja. Y levantando la voz para que tanto Elcano como Quesada y el resto de la oficialidad le escuchasen, añadió—: ¡Vamos a desembarcar! ¡Pero quiero que lo hagamos en número suficiente! ¡Cien hombres! ¡Preparen un contingente de cien hombres armados con escopetas! ¡En una hora, los quiero en los botes!

—Loco tarado… —farfulló Cartagena en el camarote—. Conseguirá que nos

maten a todos.

El Sordo lo miró y asintió. Luego se dijo que muy probablemente él estaría incluido en ese contingente de cien hombres que pondría pie en tierra, así que, de pronto, comenzó a contemplar la muerte no ya como un comentario más o menos afortunado en boca de Cartagena, sino como una posibilidad real.

Caníbales.

* * *

Como Magallanes había ordenado, la dotación de hombres que descendería a tierra se conformó rápidamente. En resumen, se tiró de la marinería, pues suponía la mejor de las posibilidades de las que disponían. Entre la oficialidad, irían Elcano, Carvallo y Mendoza. Se les unirían unos cincuenta marineros, lo cual suponía dejar las naos prácticamente en manos de los grumetes, la totalidad de los lombarderos disponibles y un grupo variopinto de despenseros, toneleros, calafates y cinco sobresalientes que se presentaron voluntarios porque, mira por dónde, no querían perderse aquella aventura. También bajaron a un cura, a quien, aunque no las tenía todas consigo, se le explicó que quizás habría que catequizar a aquellos energúmenos. Se subió a uno de los botes asido con ambas manos a su rosario.

Los indios continuaban gritando desde la orilla. En el tiempo en el que el contingente se formaba, saltaba a los botes y estos conseguían reunirse para preparar un desembarco simultáneo en un único punto, Magallanes habló con Carvallo y Elcano y les dio las instrucciones de última hora.

—Intenten averiguar todo lo que puedan acerca de este lugar, ¿comprendido? Y, bajo ninguna circunstancia, separen al grupo. Hemos contado a los indios y no superan la veintena. Somos superiores en cinco a uno. Manejen bien nuestro predominio y regresen todos sanos y salvos.

Ni Carvallo ni Elcano habían nunca visto tan locuaz y amable al capitán general. Su inquietud por la tropa desembarcada les emocionó. Al menos, hasta que cayeron en la cuenta de que no se preocupaba por el destino de los hombres por lo que de hombres tenían, sino debido a que los necesitaba vivos, con la moral alta y dispuestos a seguirle en un proyecto que muchos ya comenzaban a considerar excesivo y hasta trastornado. Magallanes siempre fue consciente de

que con su meticulosidad podría desquiciar a más de uno, pero el mundo pertenece a los testarudos, no a los dubitativos. A misa con eso.

Cuando los cien hombres estuvieron apelotonados en siete botes, comenzaron a remar parsimoniosamente en dirección a la orilla. Allá, como habían contado los oficiales de Magallanes, veinte indios armados y desnudos los aguardaban. Uno entró en el agua hasta las rodillas, como si no viera bien y tuviera que acercarse un poco para distinguir mejor. Sí, definitivamente son muy parecidos a aquellos que nos comimos años atrás.

El indio rugió como un toro y Pigafetta, desde la cubierta de la *Trinidad*, lo escuchó impresionado. Se llevó una mano al pecho y la mantuvo allí durante un buen rato. Observaba cómo los siete botes se aproximaban a la costa. Había dudado en sumarse a ellos, aunque terminó por desistir. De él podrían decirse muchas cosas, pero no que fuera un hombre de acción. Interrogaría a los expedicionarios cuando estuvieran de regreso y escribiría la crónica de la aventura. Eso mismo haría.

A medida que los botes de los expedicionarios se acercaban a la orilla, los indios caníbales retrocedieron unos treinta pasos. Después, permanecieron allí, a la expectativa.

Al tocar tierra las quillas, de cada bote saltaron dos hombres y los sujetaron con fuerza mientras el resto comenzaba a desembarcar. Llevaban unas ochenta escopetas, en su totalidad arcabuces de avancarga que pesaban como muertos. Los lombarderos, que eran los únicos hombres familiarizados con las armas de fuego, los habían cargado a toda prisa en las cubiertas de las naos y habían prendido las mechas. De hecho, mientras cubrían la escasa distancia entre los barcos y la orilla, la mayoría de ellos pasó el tiempo soplando suavemente las mechas para que no se apagaran. Les explicaban a los marineros que sin mecha encendida no habría disparo, pero a estos, las instrucciones les entraban por un oído y les salían por el otro. Ellos se sentían tan raros con una escopeta en brazos como si en su lugar portaran, cada uno, media docena de bebés recién nacidos.

El capitán Mendoza era el hombre de mayor rango en la partida, de modo que, al menos en teoría, actuaría como tal. En la práctica, Elcano era segundo de a bordo y Carvallo un piloto, así que tampoco le iban tan a la zaga como para no manejar aquel asunto entre los tres.

—¡Que nadie se separe! —ordenó el capitán Mendoza una vez que todos los hombres se hubieron hallado en la playa.

—¡Tirad de los botes! —añadió Elcano. Los segundos siempre estaban más

pendientes de los asuntos marineros que los propios capitanes—. ¡Que no se los lleve la marea!

—A ver a quién se comen el primero… —comentó, como el que habla del tiempo, Diego García de Trigueros. No lo dijo con el miedo en los huesos, sino con esa flema a medio camino entre la chanza y la resignación tan propia de algunos onubenses.

—A tu puta madre, Trigueros —le contestó Domingo de Urrutia, quien, como buen lequeitiano, no acababa de verle la gracia a aquellos comentarios. Caray, estamos rodeados de caníbales. Pocas bromas con esto y atentos todos.

Avanzaron unos pasos por la playa con las escopetas en posición vertical.

—Hacia el frente —indicó un lombardero, señalando lo obvio.

Todos cayeron en la cuenta de que el tipo tenía razón y bajaron las bocas de los cañones hasta situarlas casi en posición horizontal. Fue entonces cuando, de forma accidental, uno de los marineros de la *Santiago* accionó el disparador de su arma. El tiro sonó como un lombardazo en aquel paraje despejado.

—¡Ay! —se oyó aullar a alguien.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Carvallo.

—¡No os disperséis, cojones! —gritó el capitán Mendoza.

—Calma, calma —pidió Elcano.

—¿Quién hostias ha sido el cabrón que me ha disparado? —preguntó el marinero que se había quejado.

—¿Nos atacan? —dijo otro.

—¡Cerrad filas, por el amor de Dios, cerrad filas! —exclamó Mendoza.

Durante un par de minutos, el desconcierto se apoderó del grupo de expedicionarios. Elcano, que caminaba en vanguardia del mismo, observó a los caníbales. La detonación del arma y la gran humareda que esta había provocado los había impresionado. Se trataba de guerreros, de hombres que a nada temían y, sin embargo, dieron un paso hacia atrás y se cruzaron miradas de estupefacción. Los extranjeros traían armas poderosas y su arrojo era tal que no dudaban en usarlas entre ellos mismos.

—Vamos a ver qué ha pasado… —dijo Carvallo acercándose al hombre que se quejaba. Lo examinó por encima, le levantó la camisa y concluyó que no había resultado para tanto—. Tienes un rasguño en el brazo. No ha sido nada.

—¿Cómo que no ha sido nada? —preguntó, medio ofendido, el marinero—. ¡Casi me mata!

Carvallo no tenía ganas de discutir, así que ignoró al hombre y se adelantó

hacia el lugar donde se encontraba Elcano.

—¿Cómo lo ves? —le preguntó en voz baja.

—No sabría decirte… No han huido, pero tampoco se acercan. ¿Qué hacemos?

Mendoza se aproximó e intervino:

—Las órdenes son que tratemos de averiguar todo lo que podamos.

—No tienen pinta de ser muy listos —reflexionó Carvallo.

—No nos confiemos —repuso Elcano.

—Venga, continuemos —añadió Mendoza.

Tras el incidente, la columna de expedicionarios se puso, de nuevo, en marcha. Una niebla, de la que Urrutia afirmó que parecía muy vizcaína, se echó sobre ellos. Una niebla ligera que, si bien no impedía la visibilidad a media distancia, sí otorgaba al paraje, inhóspito y pedregoso, cierto aire fantasmagórico. Los marineros, supersticiosos hasta la médula, juzgaron que peor suerte no podía haberles caído encima. El cura se puso a rezar en murmullos y algunos se le sumaron, porque nunca está de más.

La partida avanzó compacta, como Mendoza había pedido con insistencia. El miedo lograba más que una orden gritada a los cuatro vientos. Aquellos hombres, gente de mar en su totalidad, tenían grandes dificultades para afrontar las situaciones en tierra. Hasta ahora, solamente habían fondeado en Guanabara, un lugar cualquier cosa menos hostil. Pero aun así, lejos de la disciplina de las cubiertas, los hombres perdieron su norte y se comportaron, en muchos casos, como auténticos trastornados incapaces de contenerse cuanto sea lo justo para mantener la dignidad. Ahora, por motivos diametralmente opuestos, se veían en las mismas: no sabían muy bien qué hacer con los dos pies en tierra firme.

De pronto, el caníbal que antes se había adentrado en las aguas y había rugido como un toro, dio unos pasos hacia ellos y volvió a mugir. Los expedicionarios lo observaron expectantes, pues por su actitud no podían deducir si se trataba del jefe de la tribu o de un retrasado mental capaz de enfrentarse solo a cien hombres armados.

—Calma. Quietos —insistió Elcano.

—¿Le preguntamos a este mismo? —inquirió Trigueros, quien, como el resto, tenía unas ganas enormes de volver a bordo. Aquella niebla húmeda que los envolvía les hacía sentirse muy vulnerables.

—¡Eh! ¡Oye! —gritó, de pronto, el capitán Mendoza caminando en dirección al indio.

—Cubridle —indicaron, de inmediato, los lombarderos. A los demás, ni se les habría ocurrido, pero, una vez dicho, tenía todo el sentido del mundo.

—Ojo con darle al capitán —advirtió Elcano.

—Que nadie dispare hasta escuchar la orden de hacerlo —secundó un lombardero.

—No creo que desde esta distancia les acertemos… —comentó, entonces, el Sordo.

—Habla por ti —le respondió Urrutia.

—Venga, Sordo, tú no has abierto fuego en tu puta vida.

—Más veces de las que te crees.

Trigueros volvió a lo suyo:

—Estos cabrones se nos comen.

—Somos cinco a uno, me cago en la puta —terció Carvallo—. Un poco de entereza.

Lo cierto era que a estos hombres se les podía pedir cualquier cosa a bordo de una nao. Las proezas más increíbles, como aquí mismo, sin ir más lejos, se verá. Sin embargo, en tierra se tornaban en poco menos que inútiles. Por este y no por otro motivo, la gente de mar nunca cambia de oficio. ¿Qué haces tú en tierra tras veinte o treinta años navegando por los cien mares del mundo?

En ese momento, se escuchó un nuevo disparo. Mendoza se lanzó al suelo y el caníbal que no se hallaba ni a diez pasos de distancia de él gruñó ferozmente. A pesar de la niebla, distinguieron sus dientes amarillos, de los cuales, en los meses venideros, se hablaría y exageraría tanto que terminarían siendo del tamaño de un brazo.

—¿Pero qué coño…? —farfulló Carvallo, quien se había erigido, de forma informal, en el oficial al cargo de aquella tropa de medio pelo.

—Se me ha escapado, piloto —dijo, como única excusa, Martín de Goitisolo, el calafate de la *San Antonio* que caminaba en la retaguardia del grupo. Se había visto el último y no pudo evitar girarse para averiguar si alguien los seguía. Al parecer, entonces había apretado el disparador de la escopeta y esta había abierto fuego. Era la primera vez que Goitisolo disparaba un arma y, si de él dependía, la última. Dios santo, solo era un calafate gordo y muy poco espabilado. ¿Por qué habían insistido en sacarlo de la bodega de la *San Antonio* para que participara en la expedición a tierra?

Al menos, el disparo había sido al aire.

—Falsa alarma, capitán Mendoza —aclaró Carvallo, quien ni se molestó en

reprender a Goitisolo—. Siga, siga…

Qué fácil era decirlo. Seguir, ¿hacia dónde? El caníbal de los dientes amarillos no parecía demasiado dispuesto a conversar. Cuando Mendoza se puso en pie y se acercó hacia él, este retrocedió en dirección al lugar donde se hallaban los suyos, aunque sin alcanzarlos. Acto seguido, los expedicionarios españoles avanzaron sin romper la formación y los indios hicieron otro tanto. Podrían pasarse así el día entero.

—La niebla se espesa por momentos —expresó Elcano mirando hacia el cielo.

—Vamos a intentar la captura de uno de ellos —indicó Mendoza, quien se había girado y hablaba desde su posición destacada—. No parecen demasiado agresivos…

Y no, no lo parecían. Los indios se comportaban de manera un tanto desconcertante, pues ni atacaban ni se replegaban a posiciones más seguras. De alguna forma, daba la sensación de que se hallaban tomando la medida a los recién llegados para averiguar si algo se podía intentar con ellos.

—No sé si es una buena idea —dijo, para sí, Elcano. Pero Mendoza mandaba —. Carvallo, ¿qué tal si tomas a media docena de hombres y corres por la izquierda mientras yo, con el resto del grupo, te resguardo por la derecha? Intentemos envolverlos y quizás podamos atrapar al más lento.

Carvallo no era hombre que se pensara dos veces las cosas.

—Hecho —dijo—. Sordo, Urrutia, Trigueros. Vosotros tres y el hombre que se encuentre a la izquierda de cada uno, conmigo. Ya.

—¿Cuál es la izquierda? —preguntó el Sordo.

—Babor.

—Entendido.

El grupito de siete expedicionarios con Carvallo al mando se desgajó rápidamente de la columna y comenzó a describir un arco. La niebla los protegía, aunque no creían que lo suficiente como para que los caníbales no los avistaran. Mientras tanto, Elcano cumplió con su parte del plan y avanzó con el grueso del destacamento hacia la derecha del lugar donde el indio de dientes amarillos y el capitán Mendoza se encontraban.

Podían suceder dos cosas: que el resto de caníbales, visto el movimiento de los expedicionarios, se amilanase y diera a su compañero por perdido, o bien, por otro lado, que contraatacase con furia. Si sucedía esto último, que Dios los

pillara confesados pues Elcano no se encontraba nada seguro de que los marineros fueran capaces de utilizar sus escopetas a tiempo.

Por fortuna, todo salió como lo habían planeado. O más o menos, pues los caníbales abandonaron a su suerte al de los dientes amarillos, quien, efectivamente, debía de tratarse del subnormal de la tribu y, en consecuencia, hasta les estaban haciendo un favor quitándoselo de encima, y aprovecharon el momentáneo desconcierto que los movimientos apresurados habían provocado para capturar, ellos mismos, a un español.

—¡Socorro! ¡Socorro! —gritó un hombre que se llamaba Navarro y que era de Tudela—. ¡Me llevan!

Carvallo, Urrutia, Trigueros y el Sordo, que ya se habían abalanzado sobre el retrasado, levantaron la cabeza ante el griterío y vieron a quince caníbales arrastrando al tal Navarro.

—¡Elcano! —gritó Carvallo. Daba la sensación de que el maestre de la *Concepción* no se había percatado de lo que sucedía en uno de los extremos de su numeroso grupo. Habían contado con que los caníbales huyeran o los atacaran, no que iniciaran una estrategia completamente distinta. Aquello olía demasiado a trampa. Tenían a un idiota con ganas de hacer el idiota y le permitieron que se explayara. Mientras tanto, ellos urdían un plan que pondrían en marcha en cuanto tuvieran oportunidad. Los españoles, con su maniobra de apresamiento, se la dieron.

No permitirían que los caníbales se llevaran a un hombre. Solís y los suyos habían sido los últimos españoles que estos hijoputas se comían.

Elcano, escopeta cargada en mano, comenzó a correr tras avisar de que le siguieran. Los marineros y los lombarderos que se hallaban más cerca de él, una treintena en total, lo hicieron. Hay que dejarlo escrito, la mayor parte de los hombres estuvo a la altura de las circunstancias y se comportó como se esperaba de ella. Temblaban de puro miedo, allí, perdidos en un pedregal olvidado en el confín del universo conocido, rodeados de una niebla tenebrosa, pero ninguno se quedó quieto.

—¡Socorro! —seguía gritando Navarro, quien pataleaba y se debatía tanto como podía. Cinco o seis caníbales desnudos lo arrastraban tierra adentro.

—¡Ya vamos! —exclamó Elcano—. ¡Aguanta!

El grupo de Carvallo y el Sordo había comenzado a sacudir a fondo al retrasado mental. A estas alturas, ninguno sabía muy bien qué hacía y les daba la sensación de que aquel indio no podría aportarles la información que buscaban,

pero ellos le estaban dando una paliza de la que no se recuperaría en un mes. Si lo ablandaban lo suficiente, quizás sus compañeros aceptaran un intercambio por el desdichado Navarro. O no. Ante la duda, le reventaron los pómulos y le fracturaron un par de costillas. El caníbal les mostraba sus dientes amarillos, como si fuera un perro rabioso.

—¡Que no os muerda! —dijo Urrutia, puesto en pie y pateándole a conciencia los hígados.

Elcano, por su lado, se pensó si ordenar que los suyos abrieran fuego sobre los caníbales que habían capturado a Navarro. Desechó pronto la idea porque, en primer lugar, podían darle al propio Navarro, con lo cual tanto esfuerzo no serviría para nada; y, en segundo, Elcano desconfiaba de la puntería de los hombres que corrían a sus espaldas, quienes podrían, tranquilamente, abatirlo a él mismo y quedar allí muerto de la forma más absurda.

Harían, al menos de momento, valer su superioridad numérica.

Navarro, que servía como marinero en la *Victoria* y que aguantaría vivo casi hasta el final, decidió que con los pataleos no bastaría y resolvió pasar a la acción. Los marineros nunca sueltan lo que tienen entre manos. Por mucho que se tuerzan los acontecimientos, ellos se aferran a lo que sostienen. De esta manera se maneja un barco, por ejemplo, en mitad de una feroz tormenta. Tú ases con fuerza un cabo con el que se gobierna una de las velas. Otros compañeros hacen lo propio y, mientras el contramaestre grita las órdenes entre el viento, la lluvia y el rugido de las olas como montañas de grandes, vosotros asís siempre esos cabos que serán los que, en definitiva, os saquen del entuerto. Porque una nave bajo el gobierno de un capitán navega o se va a pique, pero una sin gobierno se hunde siempre irremisiblemente.

Por puro instinto, pues, el tudelano de la *Victoria* se aferraba con fuerza a su escopeta. Cuando tomó conciencia de ello, ni se lo pensó dos veces: la apoyó en su hombro derecho, ladeó la cabeza por si acaso y apretó el disparador.

Lo que sucedió a continuación quedó comprimido, para sus adentros, en un instante único. Notó cómo los caníbales que tiraban de él lo soltaban. Después, se cayó al suelo, rodó, se detuvo boca abajo y alzó la mirada. Vio a uno de los indios con cara de pasmo: le había abierto una herida del tamaño de una avellana en pleno corazón. Para ser el primer disparo de su vida, Navarro lo bordó. Se había tratado de auténtico azar, pero al caníbal le quedaban dos respiraciones antes de palmarla definitivamente. Y ya estaba gastando una.

Como efecto secundario del disparo, el resto de caníbales retrocedió. Por

primera vez en sus vidas, habían observado de cerca de qué eran capaces las armas de los hombres blancos. Ellos, por supuesto, ignoraban por completo que Navarro había disparado a la buena de Dios; sin embargo, observaron las consecuencias y con eso les bastaba.

Elcano llegó, en ese momento, a la altura de Navarro, todavía tendido en el suelo.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Entero, maestre —respondió Navarro.

—¡Atrapad a uno de los que se escapan! —ordenó, en ese instante, el capitán Mendoza. A todos los hombres que se encontraban en tierra se les habían olvidado las instrucciones del capitán general, pero a él no—. ¡Tenemos que interrogar a uno!

Elcano miró al grupo de Carvallo y el Sordo y se preguntó si no hubiera bastado con aquel indio al que ya tenían medio desmayado por los golpes que le estaban propinando. No obstante, no les reprochó nada. Se trataba de nativos hostiles y convenía andarse con mucho tiento. Recordó a Solís y a su gente y resolvió irse hacia delante.

—Vamos —le dijo al puñado de hombres que le seguía de cerca.

El caníbal herido por Navarro, para entonces, ya había expirado. Cayó muerto ni a dos pasos de distancia del lugar donde el tudelano comenzaba a incorporarse para sumarse al pelotón de Elcano. Como la bala había entrado limpiamente en la carne y, tras abrirse paso a través de la caja torácica, se alojó en el corazón y lo detuvo de inmediato, el caníbal apenas sangró, lo cual desconcertó sobremanera a su gente. Ese desconcierto lo aprovecharía Elcano para atrapar al más lento de reflejos: tras el incidente, comenzaron un torpe y trompicado repliegue que no los llevó demasiado lejos en la niebla.

—A por ese —ordenó Elcano señalando al caníbal. Se trataba de un hombre de no más de veinte años al que el arrojo todavía le borboteaba entre pasmos de incertidumbre. Varios marineros se le echaron encima mientras los lombarderos apuntaban con sus escopetas al resto de caníbales, que detuvo su retirada a unos treinta pasos de distancia y se mantuvo expectante allí—. Cubridnos, por el amor de Dios, cubridnos.

El ruego de Elcano obtuvo, como respuesta, varios golpes de cabeza afirmativos por parte de los lombarderos. Estos sí que sabían disparar y hasta recargar, de manera que, por mucha niebla que los envolviera, contaban con una posibilidad. Convenía, no obstante, no demorarse demasiado pues desconocían

por completo qué se ocultaba más allá de la niebla y así se lo comunicaron a Elcano.

El grupo de Carvallo, Urrutia, Trigueros y el Sordo se acercó con el caníbal de los dientes amarillos en un estado pésimo. No podía mantenerse en pie por sí mismo debido a la tunda que acababa de encajar y eran Urrutia y el Sordo quienes lo sostenían por las axilas.

—Este no sabe nada —sentenció Carvallo con una rotundidad que no admitía discusión.

Elcano lo miró, miró al indio y, sin pronunciar una sola palabra, se dirigió al caníbal que acababan de atrapar. Lo tenían inmovilizado entre siete u ocho marineros y el tipo, aunque había dejado de luchar, los miraba con odio y determinación. Parecía jurarles que, si salía de esta, los devoraría a todos sin miramientos.

—Buscamos el paso del suroeste —le dijo Elcano sin demasiadas esperanzas. Se daba cuenta de que ni siquiera hablaban el mismo idioma. Gesticuló—. Un gran paso de agua. Un gran mar. ¿Este canal nos llevará a él?

El caníbal gruñó algo y hasta escupió en el rostro de Elcano.

—Apresúrese —expresó uno de los lombarderos que tenían encañonado con sus escopetas al resto de caníbales—. En cualquier momento, nos atacan.

—Parece que ahora hay más —añadió otro lombardero a su lado—. Están llegando de entre la niebla.

Varios marineros se pusieron muy nerviosos al escuchar estas palabras.

—Hay que salir de aquí cuanto antes —dijo, tembloroso, Goitisolo—. Y volver a bordo.

—Arránquele las respuestas, maestre —intervino el Sordo—. Tal y como hemos hecho nosotros.

—¿Qué os ha contado? —preguntó Elcano.

—Bueno, nada… Pero no creo que exista otra forma de hacerlos hablar.

—Yo probaría con un tiro en la rodilla —sugirió Carvallo.

—O le vaciamos la cuenca de un ojo con un cuchillo —dijo Urrutia.

Para entonces, el capitán Mendoza había alcanzado la posición y Elcano resolvió delegar en él la decisión.

—Me jugaría el cuello a que estos cabrones no saben nada, capitán —señaló Elcano—, pero a lo que usted ordene.

Mendoza, que se daba perfecta cuenta de que sus hombres solo deseaban salir de allí, entendió que debían actuar rápido.

—Haced lo que ha dicho Carvallo. Metedle un tiro en la rodilla —ordenó.

—Sordo, adelante —indicó Elcano.

El Sordo apoyó la punta de su escopeta en la rodilla izquierda del caníbal y apretó el disparador. El aullido de dolor atravesó la niebla y se escuchó en leguas a la redonda.

—Bien, ahora presta atención —dijo Elcano en tono firme. Se inclinaba sobre el indio, el cual continuaba inmovilizado por un buen número de españoles. Levantó la cabeza para orientarse, buscó el oeste y, tras hallarlo, señaló en esa dirección con el brazo extendido—. El gran mar. ¿Está en esa dirección?

Durante uno o dos minutos, solo se escucharon los lamentos de los dos caníbales que tenían en su poder. Mientras eso sucedía, la niebla comenzó a levantarse muy rápidamente y pronto vieron el sol.

En el horizonte, los lombarderos descubrieron a varias decenas de indios acercándose a la carrera.

—Hay que irse —advirtió uno de ellos.

—Ahora mismo —se sumó otro, visiblemente agitado—. Son demasiados. No podremos contenerlos.

—Tenemos tiempo —repuso Carvallo observando la línea de indios que se aproximaba. Todavía se encontraban muy alejados. Sin niebla ya, podían calcular con precisión sus opciones. Eso debía de pensar Carvallo cuando añadió —: Yo le metería otro tiro en la otra rodilla.

—O no sabe nada, o no conseguimos hacernos entender —resumió Elcano.

—Mierda… —farfulló, entonces, el capitán Mendoza. No le hacía ni la menor gracia tener que regresar a bordo sin noticias concluyentes. Magallanes no era del tipo de hombres que se tomaba a bien un fracaso. Observó a los indios que se acercaban. Cada vez más y más cerca de ellos.

—Vamos, disparadle de una puta vez —animó Carvallo.

—Joder, no —gruñó Elcano—. No hay tiempo y, además, aquí no vamos a encontrar el paso ni aunque busquemos durante cien años.

La mayoría de los marineros sabía a qué se refería Elcano y más o menos todos compartían su opinión. Solo los menos diestros en los asuntos de la mar albergaban dudas.

—¿Por qué lo dice, maestre? —preguntó Goitisolo, que era calafate y sabía del agua lo que a él le concernía: que no debía penetrar en el barco a través de ninguna rendija.

—Se refiere al agua dulce —contestó, por él, el capitán Mendoza.

—Si el agua es dulce, estamos en un río, no en un mar —completó Elcano.

—Puede que el capitán general opine que, pese a todo, más allá esté el océano que buscamos. Puede que exista un río entre uno y otro. Puede…

—Demasiados puedes —cortó Elcano.

—A los botes —ordenó, sin pensárselo más, el capitán Mendoza. No arriesgaría la vida de sus hombres por algo que hasta alguien tan poco avispado como el calafate Goitisolo podía comprender por sí mismo.

Soltaron a los dos caníbales presos y, sin dejar de apuntar al resto, comenzaron a retroceder en dirección a la orilla. Mendoza pidió a los lombarderos que, de cuando en cuando y mientras embarcaban, realizaran algún que otro disparo al aire. Las detonaciones asustaban a aquellos indios y los mantendrían a raya mientras regresaban a la seguridad de las naos.

En quince minutos, no quedaba un solo expedicionario en la playa.

14

La exploración de la *Santiago*

24 de enero de 1520

¿QUIÉN dijo desaliento? Pues todos, excepto, como siempre, el capitán general Magallanes. Conocían en qué latitud se hallaban, pues no solo Francisco Albo, sino bastantes oficiales más, habían realizado mediciones desde diferentes cubiertas y en diferentes días. Todos coincidían: se ubicaban, más o menos, en el mismo paralelo que el cabo de Buena Esperanza. Un lugar del que, al menos, sabían a ciencia cierta que existía. Solo debían realizar la travesía cruzando el océano Atlántico para encontrarlo, doblarlo y, desde allí, seguir ruta hacia la especiería. Desde luego, aquel camino era el portugués y en él se hallarían cualquier cosa menos a salvo, pero ¿acaso lo estaban en estas tierras olvidadas por Dios? Se convirtió en una de las conversaciones recurrentes tanto entre la oficialidad como entre la marinería. La posibilidad tenía defensores y detractores, y en la evaluación de los pros y los contras se entretenían en las larguísimas jornadas durante las que apenas había nada que hacer. Sí, vayamos hacia Buena Esperanza; si lo doblamos muy al sur, los portugueses ni nos verán. No, resultaría suicida, ahora que nos encontramos sanos y salvos en la demarcación española del mundo, regresar a las aguas de Portugal; recordad el miedo que pasamos durante la infernal derrota desde Tenerife hasta la Guinea.

Por cierto, recuérdese para que a nadie se le pase por alto: si Magallanes había decidido tomarse la búsqueda del paso del suroeste con toda la calma del mundo, era porque ni por todo el oro dejaría pasar una sola cala sin explorar, pero también debido a que no les cabía la menor duda de que ya se hallaban en la demarcación española de las tierras y los mares y, por lo tanto, habían dejado de tener que ocultarse de cualquier flota portuguesa. De los portugueses se podría decir de todo, aunque no que atacaran barcos españoles que navegaban

por donde Dios y el tratado de Tordesillas mandan. Eran un poco hijoputas, pero no unos piratas descastados.

Así las cosas, y tras el fiasco del interrogatorio a los indios caníbales que devoraran a Solís y los suyos, las tripulaciones se vinieron abajo. La moral cayó en picado y si hubieran podido votar, habrían decidido salir de allí cuanto antes fuera cual fuese la dirección. Aquel mar dulce les daba muy mala espina. Existía, sin embargo, un hombre para el que la decepción del fallido interrogatorio no fue tal. Cosas que pasan. En la próxima ocasión, tendremos más suerte. Continuemos hacia delante y sin desfallecer.

Ese hombre era Magallanes. Haciendo gala de la versión más autoritaria de su carácter, obligó a las cinco naos a internarse más y más en aquel mar que no parecía tener fin. ¿Veis?, decía, ufano. Mientras hay agua bajo las quillas, hay esperanza.

El problema vino cuando comenzó a no haberla. Siempre que abandonaban mar abierta y se acercaban a las costas, más aún si se internaban en bahías o canales, un par de hombres, desde la cubierta de la nao capitana, la que abría el paso a las demás, tomaba concienzuda medida de la profundidad de las aguas. En las veinte brazas[20], por una simple cuestión de precaución, la *Trinidad* y la *San Antonio*, las dos naos más grandes y pesadas de la expedición, se detenían. Todavía podrían avanzar un poco más, pero nadie, el capitán general el primero, quería arriesgarse a que encallaran. Llegaba, entonces, el momento de las naos más ligeras: la *Victoria* y, más aún, la *Santiago*. Esta última, de hecho, no estaba allí sino para ser utilizada en momentos como el actual.

Durante los días siguientes al breve desembarco, las naos costearon muy lentamente en dirección oeste. La práctica totalidad de los tripulantes que no se encontraban ocupados en tareas de gobierno escudriñaba la costa. Las costas, habría que decir, pues ya entonces aquel canal se había estrechado lo suficiente como para que una y otra se vieran al mismo tiempo. Lo que resultó una decepción para la mayoría, pues un estrechamiento progresivo acaba casi siempre en la unión de ambas riberas, se convirtió en un acicate para Magallanes: cada vez más, esto se parecía a un canal. Nadie les había dicho que el paso del suroeste tendría esa forma, pero a Magallanes le dio por pensar así y nadie osó contradecirlo. ¿Quería un canal? Pues un canal tendría. Si lo hallaban algún maldito día, por supuesto.

—Moriremos todos aquí —comenzó a repetir, una y otra vez, el capitán Cartagena en su encierro en el camarote de la *Concepción*.

—No sea usted tan pesimista —le solía responder el Sordo, quien pasaba largas horas a su lado. Jugaban a las cartas. Y también al ajedrez gracias a un tablero y un juego de fichas que Cartagena se había traído consigo al viaje y que llegó, tras el prendimiento y junto al resto de sus pertenencias, a la *Concepción*. Cartagena había conocido este juego en un viaje a Italia y, como allí se consideraba de buen gusto su práctica entre caballeros, lo llevó consigo de regreso a España. En un impulso, le dio por introducir el tablero y las figuras en el baúl que embarcaría y pensó que podría enseñar a jugar a algunos miembros de la oficialidad. Quién le iba a decir a él que el primero en aprender sería un marinero sevillano de veintidós años vivo como el hambre pero sin más educación que la que le había proporcionado la vida.

Al principio, como suele ser normal, el Sordo se limitó a memorizar los movimientos que podía realizar cada figura y a jugar partidas con más candor que malicia. Cartagena, que le estaba tomando afecto al muchacho, fue un profesor tan paciente como inexorable. Le ganó partida tras partida y le explicó al Sordo en qué había errado. Por fin, el Sordo comenzó a darse cuenta de que, tras el movimiento de las fichas, debía existir un plan trazado, un plan que su oponente bajo ningún concepto debía adivinar. Ahí residía la clave del éxito en el juego del ajedrez y en los eternos días que pasaron en el mar dulce de Solís, con las naos prácticamente detenidas, el Sordo mejoró lo suficiente como para que Cartagena considerara que había llegado el momento de dejarse, por una vez, ganar. El Sordo gritó de alegría con tal ímpetu que el capitán Quesada entró en el camarote para averiguar qué sucedía.

—Le he ganado, señor —dijo, exultante, el Sordo.

Cartagena dirigió una mirada impertérrita a Quesada.

—De acuerdo, pero no grites —repuso este—. Estamos demasiado cerca de las demás naos.

—Disculpe, capitán.

Moderando el tono de voz, Quesada se despidió:

—Abajo Magallanes.

—Abajo Magallanes —se sumó el Sordo.

—Abajo siempre —añadió Cartagena.

Acababa de nacer la sociedad secreta que trataría de derrocar al capitán general. Verbalizarlo, escucharse los unos a los otros, les ayudó a centrar sus

objetivos y a trazar procedimientos. La situación, a juicio de los conspiradores, se había tornado insoportable. Ya no había marcha atrás y solo restaba encontrar el instante preciso para actuar.

Mientras eso sucedía, en la nave capitana se había tomado la decisión lógica: dado que el canal perdía profundidad por momentos, se enviaría a la *Santiago* en solitario para que explorara las aguas que tenían por delante, las cuales todavía se aparecían lo suficientemente anchurosas como para albergar esperanzas.

Cuando la orden llegó a la cubierta de la *Santiago*, el capitán Serrano ya la aguardaba y lo había dispuesto todo para iniciar una navegación que a ningún miembro de su tripulación se le escapaba que sería peligrosa. La dotación, de apenas treinta y cinco hombres, izó las velas y comenzó a avanzar rumbo a lo desconocido.

En una nao en tareas de reconocimiento, reina el silencio. A veces se escuchan voces, sí, pero solo aquellas que resultan imprescindibles: el contramaestre repartiendo órdenes cortas y directas, el marinero que mide la profundidad cantando las brazas o el piloto, que en un barco tan pequeño como la *Santiago* era el propio capitán Serrano, advirtiendo al resto del rumbo que se disponía a tomar. Nada más. El resto es silencio, atención, expectativa. Como si por estar hablando de cualquier insustancialidad fuera a pasárseles por alto algo realmente crucial e importante.

Al silencio a bordo, se unía el silencio que, desde que se internaron en él, se cernía sobre el mar dulce de Solís. Salvo los gritos de los caníbales que escucharan días atrás, allí no se oía ni volar a las moscas. Los hombres, acostumbrados al mismo durante las largas travesías, lo agradecían y hasta lo juzgaban adecuado. Parecía que el silencio constituía la forma excelsa de navegar, esa en la que solo alguien que tiene algo verdaderamente relevante que decir lo dice.

Después de dejar atrás a las cuatro naos restantes, la *Santiago* dio con un brazo de tierra que se extendía ante ellos. Frente al brazo hallaron varias islas, algunas de tamaño considerable, e infinidad de canales a través de los cuales les llegaba un agua teñida del color de la tierra. Les costó más de tres horas recorrerlos todos, aunque, por fortuna, tenían viento favorable y la *Santiago* se movía deprisa. Descubrieron que, mientras no se acercaran en exceso a la costa, la profundidad bastaba para que la nao navegara sin peligro. El capitán Serrano, pese a que no podía prescindir de ni uno solo de sus treinta y cinco hombres,

destinó a dos, uno por babor y el otro por estribor, a comprobar de continuo la distancia de la superficie al fondo marino.

Diego García de Trigueros era uno de ellos. Pese a ser marinero, Serrano no quiso correr riesgos innecesarios y prefirió destinar a alguien que sabía lo que se hacía con la sonda de medir la profundidad y apostar, para sustituirle, a un grumete en el gobierno del aparejo. El manejo de la sonda, un cabo con un nudo por cada braza y un lastre en el extremo sumergido, no tenía demasiado misterio. Lo importante, y esto bien lo sabía Serrano y por eso puso a Trigueros a sondar, era mantener siempre el cabo tirante para que la medición fuera real. Más de un barco había encallado por no atender a esta sencilla regla.

Continuaron navegando en dirección norte y allí se toparon con un canal que, calcularon, no tendría menos de dos leguas de ancho. Se trataba del lugar que habían estado buscando[21]. Si Magallanes tenía razón y el paso del suroeste se hallaba frente a ellos, lo estaría más allá del canal que acababan de descubrir.

Trigueros avisó de que tenían quince brazas de profundidad. También lanzó un cordel con un cazo asido en el extremo, recogió un poco de agua y, a pesar de que su color térreo no invitaba a ello, la probó.

—Dulce —explicó.

El capitán Serrano lo miró y no dijo nada. Mala señal, aunque no definitivamente mala señal. Podían hallar agua salada más adelante. Improbable, pero no imposible.

Avanzaron dos leguas canal adentro y se toparon con una nueva isla. Continuaron dos leguas más y encontraron otra. Por el lado de babor observaban numerosos canales desembocando en el principal, como si fueran afluentes de un río. Siguieron hacia delante y atravesaron un estrechamiento que los situó en dirección norte.

—Diez brazas —informó Trigueros, con medio cuerpo fuera del barco.

—Seguimos —replicó el capitán Serrano. Tenía el ceño crispado y no podía, ni quería, ocultar su preocupación.

Con parsimonia, la *Santiago* continuó navegando hacia el norte. A aquel, más aún que a la dulzura del agua, sí lo tomaron como un nefasto augurio. El paso del suroeste debía conectar un océano con otro, es decir, debía transcurrir más o menos desde el levante hacia el poniente. Ir en dirección norte ¿adónde los conduciría?

—Siete brazas —anunció Trigueros.

La dotación de la *Santiago* continuó ocupada en sus tareas, aunque el silencio se tornó, si cabe, más expresivo. Se preguntaban qué diablos hacían allí, en un lugar que muy difícilmente podría llevarlos al destino que buscaban.

—Continuamos —insistió Serrano.

—Cinco brazas —dijo Trigueros casi a continuación.

—Capitán, hay que dar media vuelta —expresó, entonces, Genovés, un italiano que desempeñaba el cargo de maestre en la *Santiago*. Tiempo atrás, durante la detención de Cartagena, en un arrebato de dignidad, se había ofrecido para ocupar su lugar en el cepo y los grilletes. El resto de la oficialidad lo observó admirado, pero nadie sintió el impulso de imitarle.

—Un poco más —ordenó Serrano sin mover una ceja.

—Cuatro brazas —informó Trigueros.

La marinería sudaba porque hacía calor, pero también a causa de una tensión que a más de uno le había desbocado los pálpitos del corazón. Ninguno, no obstante, dejaba de faenar. Si acaso, al contrario: lo hacía con mayor ímpetu.

La *Santiago* avanzaba más y más. Sobre la cofa del palo mayor, un grumete de Palos que tendría unos diez años y que respondía al nombre de Alonso Hernández, escrutaba el horizonte. El capitán Serrano lo había destinado allí porque ya no podía prescindir de más marineros y porque se decía que el chaval era capaz de distinguirle los huevos a un grillo a media legua de distancia.

—¡Se abre un poco más hacia el norte! —gritó, de pronto, el vigía.

—Podemos pasar —le dijo, entonces, el capitán Serrano a Genovés, su maestre.

—No lo lograremos —intervino el contramaestre, que en aquella conversación no pintaba nada pero al que el pánico lo había deslenguado un tanto.

—Tres brazas —anunció Trigueros.

—Estamos a punto de encallar —dijo, sin arrestos para inferir tono a sus palabras, el contramaestre.

—¿Cómo es de grande la apertura? —preguntó el capitán Serrano al grumete de la cofa. Se hacía bocina para que el muchacho le oyera a la primera.

—Bastante, capitán —respondió este—. Hay agua para navegar.

—¿Dirías que tiene aspecto de canal?

—Bueno, sí, diría que sí.

Genovés consideró su deber intentarlo por última vez.

—Tiene aspecto de canal porque los ríos lo tienen —sentenció—. Estamos

remontando el curso de un río, capitán. Demos marcha atrás antes de que…

—¡Dos brazas! —exclamó Trigueros en tono alterado. Y cuando un tipo tan cachazudo como Trigueros se alteraba, era porque algo malo ocurría. O estaba a punto de ocurrir.

En ese instante, la dotación al completo de la *Santiago* pudo escuchar un lento y pesaroso crujido proveniente de abajo. La parte sumergida del casco de la nao acababa de rozar algo en el fondo. La *Santiago* frenó su avance y todos los hombres fueron lanzados hacia delante por efecto de la inercia. El grumete de la cofa estuvo atento y se abrazó al mástil. De lo contrario, habría salido despedido hasta aterrizar en el duro tablamen del castillo de proa.

—Mierda —gruñó por lo bajo el capitán Serrano. Lo que le faltaba. Por suerte, las aguas venían tranquilas y la *Santiago* se liberó de inmediato. Aquello con lo que había topado en el fondo, quizás rocas y arena, la dejó ir y pronto retrocedió lo suficiente como para que los hombres comprendieran que, al menos, no habían encallado.

—¡Braza y media! —gritó Trigueros.

—¡Hacia atrás! —ordenó Serrano—. ¡Tenemos que ganar profundidad!

La marinería, con el contramaestre dando instrucciones, arrió todas las velas y confió en que la corriente los hiciera retroceder. No tenían espacio para girar y el viento, que soplaba de popa, solo lograría impulsarlos más y más hacia zonas sin profundidad. La quilla ya había tocado el fondo una vez. No habría una segunda.

Como habían previsto, la *Santiago*, prácticamente a la deriva, retrocedió por efecto de la corriente. No querían que se ladeara, al menos no hasta ganar un terreno más anchuroso donde poder girar por completo, y los hombres, tras arriar las velas, se habían situado en las bordas para tratar de averiguar si existían rocas sumergidas. En último término, el capitán podía ordenar que se echara el bote al agua y, mediante un cabo, intentar desde él mantener a la nao alineada con el estrecho canal. Se trataba de una maniobra compleja y un poco a la desesperada, pero tampoco imposible de llevar adelante.

No hubo tiempo, pues, de improviso, una voz pronunció las palabras más odiadas en un barco.

—¡Vía de agua! —aulló alguien desde la escotilla de carga.

Cuando se abría una vía de agua en un navío de las características de la *Santiago*, cualquier otra tarea o necesidad pasaba a ser secundaria. Si, en aquel momento, la horda caníbal hubiera surgido de la nada para hacerles pagar caras

sus acciones de cuatro días atrás, el capitán Serrano habría ordenado que los ignoraran por completo y que se centraran en taponar la vía de agua. ¿Que ya estaban subiendo a bordo y que habían comenzado a comerse a los pajes? No importaba, lo primero era taponar la vía de agua. ¿Parte de la oficialidad ya había caído? ¿Al contramaestre le estaban devorando los brazos y las piernas? Mala suerte, porque ellos debían, mientras les quedara un hálito de vida, tapar la vía de agua. El carpintero del barco, durante aquellos angustiosos minutos, se transformaba en el hombre más importante a bordo. Podía, mientras trabajaba en el agujero, darle órdenes incluso al mismísimo capitán y este obedecería sin dudar.

La *Santiago* se ladeó levemente hacia babor, lo que significaba que ahí se hallaba la vía. Sabían qué tenían que hacer. Todos los hombres, también los menos marineros como los lombarderos o el despensero, conocían de qué forma debían actuar. Incluso los sobresalientes, de los cuales la *Santiago* llevaba embarcados, a santo de qué, cuatro, se aprestaron a auxiliar en lo posible. Si se hundían, se hundían todos, y esto, tan sencillo de comprender y tan espeluznante de experimentar, impulsaba voluntades de forma pasmosa.

La primera orden que dio el capitán Serrano, antes incluso de descender a la bodega y evaluar con sus propios ojos la gravedad de la rotura del casco, fue para situar hombres en la bomba de achique. Las bombas eran tan comunes en las naos como el palo mayor, se situaban en la cubierta principal y su función era la de extraer el agua de la sentina y arrojarla fuera del barco. Cualquier nao, por muy bien calafateada que se hallara, hacía siempre aguas. Por supuesto, nada del otro mundo que pusiera en peligro la navegación, pero entrarles agua, les entraba. No en vano los calafates se pasaban los días encerrados en las bodegas sin apenas ver la luz del sol. Descubrir, cubrir y cerrar las decenas de grietas que se iban abriendo aquí y allá constituía su pan diario y a más de uno terminaba por desquiciarlo. No se hacía extraño hallar, en los puertos de cualquier parte del mundo, antiguos calafates ya entrados en años con el juicio totalmente ido. La existencia, para ellos, no era más que una grieta que debían taponar de inmediato, no fuera a alcanzarlos, atravesándola, el infierno.

Serrano situó a cuatro marineros en la bomba de achique. La *Santiago* ya se había ladeado un poco, lo cual significaba que el agua estaba entrando a raudales en la bodega. Debían sacarla de allí de inmediato o al carpintero no le daría tiempo a realizar su reparación. Los cuatro tíos sabían lo que les tocaba: en turnos de cinco minutos, accionarían la bomba en un trabajo que, en contra de lo

que podría parecer, era durísimo y agotador. Y que acababa poniéndoles de los nervios, pues desde abajo, a través de la escotilla de carga, a cada poco se escuchaban voces apremiándolos, como si en lugar de estar dejándose la piel en aquella ingrata labor, se hubieran acodado en un tonel para echar una partidita de cartas.

El hombre que había dado la voz de alarma ya se hallaba, de nuevo, en las tripas de la nao. Desde allí, dirigiría al resto hasta el lugar donde él creía que se encontraba la vía. Al parecer, no la había visto con sus propios ojos, pero escuchó el inconfundible sonido del borboteo del agua colándose a través del casco. Y dada la forma en la que se estaba escorando la *Santiago*, no cabían demasiadas dudas al respecto. Hallarían la vía de agua más pronto que tarde.

Fue el propio Serrano quien dirigió las operaciones de taponamiento. En primer lugar, había que despejar de toneles el lugar donde se había producido la rotura en el casco. En ocasiones, retirar los toneles agravaba el problema, pues ellos servían, en parte al menos, de barrera para la entrada de agua. Sin embargo, el carpintero no podía clavar un tonel al casco de la *Santiago*, así que había que confiar en que los tipos que accionaban la bomba de achique no se vinieran abajo. Por tenerlo todo previsto, Serrano había dejado a Genovés al cargo de la cubierta. De ser preciso, habría relevado a los marineros de la bomba por otros de refresco. De ser preciso, incluso, habría bombeado él mismo.

Subir toneles a la cubierta para hallar la grieta y repararla tenía consecuencias en la nao, pues esta se desestibaba. Y si algo resulta casi peor que una vía de agua, es una nave desestibada. Si no sacaban los toneles en orden y no los colocaban repartidamente sobre la cubierta, la nao se escoraría todavía más. De hecho, llegaron a sacar toneles del lado opuesto al lugar donde se encontraba la vía de agua simplemente para equilibrar el barco.

Cuando, por fin, localizaron la grieta en el casco, observaron que tenía la largura de un brazo y unos tres o cuatro dedos de espesor. La *Santiago*, sin la menor duda, había tocado con una roca oculta en la arena del fondo. El carpintero de la *Santiago*, que era francés y al que llamaban Ricardo porque su auténtico nombre resultaba impronunciable, se coló, raudo, entre los toneles y se situó, tumbado cuan largo era, bajo la grieta. El agua continuaba entrando alegre y en la sentina, a pesar de los esfuerzos de los hombres con la bomba, ya se habían acumulado entre tres y cuatro palmos. La *Santiago* seguía escorándose, cada vez más peligrosamente.

El carpintero francés, el tal Ricardo, ya había bajado a la bodega con un

tablón en la mano, un puñado de clavos en los bolsillos y un diminuto paje de siete años tras él con el martillo y algo de herramienta. El calafate también andaba cerca, pues tras concluir el carpintero su trabajo, a él le tocaba sellar las hendiduras que pudieran restar.

A Ricardo, el agua le caía encima a chorros.

—Dulce —dijo tras probarla. Como si alguien, a estas alturas, no lo tuviera claro.

Para taponar la grieta, colocó sobre ella el tablón que traía en la mano y solicitó ayuda. En aquella bodega no había menos de diez o doce hombres, todos expectantes y deseosos de auxiliar. Los tres más cercanos al carpintero se tumbaron en el reducidísimo espacio y, apoyándose en el propio Ricardo, sujetaron con sus manos extendidas el tablón.

—Estupendo —concedió Ricardo, al que aquella situación no le parecía especialmente inquietante. Había navegado durante su vida entera, siempre sirviendo como carpintero, y sabía que sus labores a bordo tenían más que ver con solucionar problemas a la desesperada que con cambiarle tablas sueltas a la toldilla, no fuera el capitán a tropezarse tontamente—. Chaval, el martillo.

El paje, al que el agua le había pegado la camisa al cuerpo y se le podían contar las costillas, le extendió la herramienta asiéndola por el mango.

—¿Qué te tengo dicho? —le reprendió el carpintero. El crío no trabajaba para él ni era su ayudante, pero dado que apenas ocupaba espacio, se lo solía llevar, en ocasiones, a que le echara una mano en los rincones más estrechos de la bodega.

—Perdone —le respondió el chico girando el martillo y dándoselo con el mango por delante.

Los tres hombres que se estiraban sobre el propio Ricardo para sostener el tablón lo miraron estupefactos.

—¿Qué pasa? —soltó el francés—. La buena educación es lo primero.

—Clava, hostias —repuso uno, al que un codo, a saber de quién, se le estaba clavando en un riñón.

En diez minutos, el arreglo había sido llevado adelante y ya apenas penetraba agua a través de dos o tres hendeduras. El calafate se ocuparía de ellas.

—¿Resuelto? —preguntó, desde atrás, el capitán Serrano.

—Resuelto, señor —contestó el carpintero.

En cuanto los hombres de la bomba de achique terminaran de vaciar de agua la sentina, la *Santiago* podría continuar rumbo.

—De acuerdo —dijo Serrano. Y volviéndose hacia la escotilla de carga, le gritó a Genovés—: ¡Regresamos con el resto!

15

Ocas y monstruos infernales

22 de febrero de 1520

EL 7 de febrero, abandonaron definitivamente el mar dulce de Solís. Tenían la moral deshecha y más de un oficial se preguntó por qué, aprovechando que enfilaban brevemente hacia el este, no seguían todo recto y regresaban a España. Se trataría de una deserción de manual, por supuesto, pero los acontecimientos se pueden narrar de muchas maneras distintas, en función de quién cuente qué y quién lo haga antes. No sería la primera vez, ni la última, en la que, con elocuencia y sin razón alguna, se salía airoso de un entuerto.

Sin embargo, nadie desertó y las cinco naves se mantuvieron unidas. Ese mismo 7 de febrero, y sobre todo al día siguiente, comenzó una derrota hacia el sur que les llevaría casi dos meses. Un viaje de locos, en el sentido más estricto de la palabra. Si ya no estaban demasiado animados tras la decepción del mar de Solís, lo que a continuación se encontrarían los sumió en una depresión tan honda que hizo aflorar el descontento hasta en los que no lo habían mostrado, al menos de forma abierta y taxativa, con anterioridad.

El capitán Mendoza fue el más relevante de todos ellos. Cuando la expedición partió de Sevilla, se trataba de un capitán al lado de su capitán general. Poco que añadir en esto, pues los contrarios a Magallanes ya habían renunciado a cualquier cargo o plaza en las naos. Se admitieron sus renuncias con desgana, pues no les sobraban oficiales aptos para la aventura, pero en Sevilla se prefirió dejar a los descontentos fuera por una simple cuestión de orden y eficiencia: conocían a Magallanes y sabían que, con el paso del tiempo, se ganaría adversarios; mejor no sumarles unos cuantos más desde casa.

No se equivocaban los oficiales de la contratación: Magallanes nunca dejó indiferente a nadie y no era hombre de medias tintas. O se le odiaba a muerte, o la causa del capitán general se convertía, sin fisuras, en la de uno mismo.

Mendoza, encantado con su cargo de capitán en la nao *Victoria*, participó de las opiniones de Magallanes y las hizo suyas. Hizo suyo, al menos al principio de la navegación, incluso su estilo de dirigir la empresa: sin dar explicaciones a los demás, también cuando no darlas no suponía ningún beneficio para nadie, incluido el propio Magallanes. En fin, el hombre era así, se dijo Mendoza, y no debía de resultar sencillo mandar una expedición como aquella.

Sin embargo, el criterio de Mendoza fue, poco a poco, cambiando. El arresto de Cartagena, veedor del rey, había sido su punto de inflexión. Simplemente, creyó que Magallanes se había sobrepasado, que carecía de cualquier derecho a hacer lo que hizo. Comprendía, y hasta defendía, que un capitán general dirigiera con mano dura la expedición. Pretendían llegar a la especiería por un camino que nadie había recorrido nunca y de cuya existencia ni siquiera se encontraban seguros. Y, después, debían regresar a casa por ese mismo camino, sanos y salvos. En el mejor de los casos, el viaje les tomaría un año y medio. En el peor, quizás dos. La mano dura, en consecuencia, no solo no era una mala idea, sino de sentido común. Únicamente con firmeza en el mando lograrían éxito en la aventura. No obstante, eso no incluía, a juicio de Mendoza, el arresto del capitán Cartagena. ¿Con qué derecho había tomado Magallanes una decisión de aquel calibre? Era cierto que Cartagena veía por el rey Carlos. Todos lo sabían y, por lo tanto, su persona contaba con una protección especial en la expedición. O debería haber contado. Enceparlo y engrilletarlo había resultado ignominioso. No cabía otra interpretación.

Hacia el 9 de febrero de 1520, dejaron de ser expedicionarios para convertirse en descubridores. Nadie, absolutamente nadie, había navegado en aquellas aguas. Se dirigían hacia un territorio del que no existían referencias de ningún tipo y lo que vieran sus ojos, lo verían unos ojos europeos por primera vez.

Las órdenes de Magallanes no difirieron demasiado de las que habían estado en vigor desde que partieran de la bahía de Guanabara: debían hallar el paso del suroeste. Magallanes continuaba creyendo firmemente en su existencia y fue por primera vez en aquellas largas jornadas de lenta navegación cuando la mayoría de hombres con dos dedos de frente tuvo tiempo para reflexionar el respecto. ¿Con qué clase de información contaba Magallanes para realizar una afirmación de aquel tipo si ellos estaban siendo los primeros en navegar por aquellos mares tan al sur? Con ninguna, obviamente. De lo que Magallanes disponía era de una intuición. De nada más que eso. De una intuición y de una tenacidad tan firme

que antes llevaría a sus tripulaciones a la muerte que dar su brazo a torcer y reconocer que se había equivocado. Cuando alguno de sus incondicionales le mencionaba la posibilidad, porque de eso también hubo, Magallanes respondía que y qué. Si tenían que morir todos en el empeño, morirían. Él el primero, para dar ejemplo. ¿Algún problema con esto? Ninguno, ninguno…

Así que dedicaron cincuenta largos días a explorar cada bahía, embocadura o entrante que hallaron en su paso. Minuciosamente, sin dejarse ni uno. La *Trinidad* avanzaba, como siempre, abriendo la expedición y, cuando se topaban con un hueco digno de ser explorado, se enviaba a la *Santiago*, a la *Victoria* o a ambas a que echaran un vistazo. El capitán Mendoza exploró no menos de una veintena de aquellos accidentes, siempre sin éxito alguno.

El 13 de febrero arribaron a una gran bahía[22] tachonada de grandes islas y la exploraron durante una semana entera. No hallaron el paso y, aún más cabizbajos, continuaron derrota hacia el sur. Comenzó a hacer frío y los hombres se lamentaron de ello, aunque la oficialidad no quiso saber nada de dichas quejas. Ellos también tenían frío y se aguantaban.

El 21 de febrero encontraron una extraña península[23] y un golfo enorme situado al sur de ella. La *Victoria* lo exploró, pero al capitán Mendoza le costó menos de una jornada darse cuenta de que allí tampoco se ubicaba el paso del suroeste. Con todo, descubrió que aquel lugar estaba abarrotado de miles y miles y miles de ocas[24] que parecían dóciles y que podrían resultar una buena provisión de carne fresca.

Al día siguiente, de par de mañana, Mendoza decidió informar al capitán general, de manera que la *Victoria* se acercó a la *Trinidad*, que aguardaba, junto al resto de las naos, a una prudencial distancia de la costa para protegerse de los posibles bajíos. Magallanes, que desde su posición no podía distinguir los rebaños de ocas, dudó antes de conceder su permiso. ¿De verdad parecían un objetivo sencillo? No le agradaba la idea de que sus hombres se enfrentaran a animales salvajes. Los necesitaba para morir en el empeño, no de un zarpazo absurdo. Si había bestias en tierra, ellos pasarían de largo por muy deliciosas que estuvieran sus carnes. Ya tenían provisiones suficientes en las bodegas. Puede que no tan deliciosas, pero no se ha sabido nunca de un bizcocho reseco que ataque al tipo que pretende comérselo.

Mendoza insistió: solo son pájaros, capitán general, y tan siquiera vuelan. Entonces, el alguacil Gonzalo Gómez de Espinosa se ofreció de voluntario para

poner pie en tierra. Él encabezaría la avanzadilla e iría fuertemente armado por si se hacía necesario defenderse de aquellos animales recién descubiertos por Mendoza. Junto a él, podrían desembarcar media docena de hombres, no más. Averiguarían a qué se enfrentaban y regresarían con más información.

Solo así, Magallanes accedió. Al final, se decidió que, junto al bote de la *Trinidad*, iría uno de la *Victoria*. Ellos habían avistado los rebaños de ocas y podrían guiar al resto. El capitán general comenzaba a impacientarse y creía que el invierno se les estaba echando encima demasiado deprisa. Si así sucedía, la deriva hacia el sur se tornaría cada vez más complicada. No descartaba que pronto se encontraran hielos, algo que causaba más pavor en las tripulaciones que un dragón gigante de siete cabezas expulsando llamaradas de fuego a través de sus siete fauces abiertas.

En el bote de la *Victoria*, Mendoza se embarcó junto a un par de pajes para que se hicieran cargo de los remos, Vasquito Gallego entre ellos. Adujo que necesitaba a los marineros a bordo para realizar unas cuantas tareas de mantenimiento en el barco. Puesto que la única misión de aquel segundo bote era la de mostrarle el camino al otro, Magallanes no puso objeciones. Mendoza se dijo que, al menos, estiraría las piernas. Privilegios de un capitán.

El bote de la *Trinidad* sí iba mucho mejor surtido. Además del alguacil Espinosa, subieron a bordo seis marineros de lo más granado. Ginés de Mafra y Domingo de Urrutia se hallaban entre ellos. Además, en el último momento, y para disgusto general, Antonio Pigafetta rogó que se le autorizara a bajar a tierra pues sentía un gran interés por aquellas ocas que los de la *Victoria* afirmaban haber descubierto. Espinosa, con una mirada que rayó en la indisciplina, hizo saber a Magallanes que él se responsabilizaba de todos los hombres, excepto del tarado de Pigafetta. Allí se iba a trabajar, no a mirar los pájaros.

Magallanes, con un golpe de mano, autorizó la presencia de Pigafetta en el bote y no se habló más del tema. Remaron en absoluto silencio hacia aquellas costas luminosas y frías. En el cielo, de un azul inmenso, acababa de aparecer el nubarrón perfecto: un vicentino afectado que no dudaría en admirar los peces que nadaban a su lado mientras lo intentaban ahogar.

—Aquí es —anunció el capitán Mendoza cuando sus dos pajes guiaron el bote hacia el punto que él les había indicado previamente. Vasquito, a pesar del aire frío que los envolvía, había roto a sudar. Le dolían las manos y, aunque ni él ni su compañero se atrevieron a protestar en la escasa media hora que duró el trayecto desde las naos hasta la playa, el capitán les explicó que lo estaban

haciendo bien y que quizás pronto fueran ascendidos a grumetes. Si no fuera porque les faltaba el resuello y cada palada que daban parecía ser la última, lo habrían celebrado dando gritos de alegría. ¡Grumetes!

El alguacil Espinosa puso pie en tierra y, junto a él, lo hizo el resto de ocupantes del bote de la *Trinidad*. A menos de veinte pasos del lugar donde habían desembarcado, un rebaño inmenso de infinidad de ocas blanquinegras graznaba ajeno a aquel puñado de recién llegados.

—Tienen buenos picos —dijo Urrutia mientras, junto a otro marinero, tiraba del bote para asegurarlo tierra adentro. Mafra y dos más habían acudido a auxiliar a los pobres pajes de la *Victoria*, quienes, por mucho que tiraban de su bote, no conseguían afianzarlo sobre la playa.

—Habrá que acercarse con cuidado —repuso Espinosa, cargando su escopeta.

—¡Dios santo! ¡Dios santo! —exclamó Pigafetta, que dio un traspié al descender del bote y casi se da de bruces contra las piedras de la playa. Traía un bolso de cuero para lo que él llamaba recoger muestras y que los demás miraban con recelo. Llevaba tiempo haciéndolo, desde Tenerife, y esperaban que, antes de cargar en la especiería, el capitán general le mandara tirar por la borda toda aquella porquería que ocupaba un espacio precioso en la bodega de la *Trinidad* —. ¡Espléndidos! ¡Que animales más espléndidos!

—No se acerque a ellos, Pigafetta —advirtió Espinosa ya con el arma preparada—. Todavía no sabemos si son agresivos.

—¿Pero cómo van a ser agresivos…? —preguntó, sinceramente aturdido, Pigafetta—. Unos animales tan bellos no pueden hacer daño a nadie. Mírelos, alguacil, mírelos…

El capitán Mendoza, que prácticamente estaba allí para pasar el rato, no pudo evitar inmiscuirse.

—Déjelo ir, Espinosa, y quizás nos quitemos un problema de encima…

Espinosa y Mendoza mantendrían grandes e insalvables diferencias que derivarían en grandes e insalvables consecuencias, y todo eso sucedería en poco más de un mes. Sin embargo, ahora, en aquella playa remota, no pudieron estar más de acuerdo el uno con el otro.

Como siempre en lo relativo a Pigafetta, terminó por imponerse la cordura: el capitán general en persona velaba por los intereses de este idiota, de forma que más les valía a todos mantenerlo con vida.

—He dicho que usted se espera aquí hasta que yo lo diga —cortó, taxativo,

Espinosa.

De mala gana, Pigafetta obedeció. O más o menos, pues, aunque no se dirigió hacia el punto donde descansaba el gran rebaño de ocas, sí que comenzó a caminar en sentido contrario. Al borde de la playa, de cuando en cuando se agachaba y recogía diminutos objetos depositados allí por la marea. Ante cada uno de ellos se extasiaba tan exageradamente que cualquiera habría dicho que se trataba de un gesto impostado. Los marineros sabían que no era así.

—Venga, a lo nuestro —llamó la atención del resto Espinosa. Aquella tierra, pelada y casi sin vegetación, se aparecía grandiosa ante ellos. Los expedicionarios no solían asombrarse ante casi nada, pues habían visto mucho y más que verían. Además, ver, observar y admirarse ante lo nuevo y desconocido no caía dentro de sus prioridades. Viajaban a por especias, a cargar las bodegas y a regresar con un buen botín que les dejara un estupendo beneficio. El sol en las alturas y los mares soberanos constituían la pura rutina. Y, sin embargo, aquella tierra los sobrecogió. Lo hizo por lo que de extraño albergaba y no tuvo que ver con los espacios abiertos, ni la inmensidad de aquel cielo asombrosamente azul, ni siquiera por la rotunda presencia de descomunales acantilados cortados a cuchillo. No, lo que verdaderamente les impresionó fueron los sonidos que escucharon. Porque en aquellas tierras, a diferencia de otras en las que habían recalado, la bahía de Guanabara y el mar dulce de Solís sin ir más lejos, el ruido los rodeaba desde todos los puntos cardinales. Un ruido melodioso, armónico si cabe. Y ante esto, los hombres sintieron el recogimiento propio que se experimenta en el interior de una espléndida catedral.

Había miles, decenas de miles de animales bramando desde todas las direcciones posibles. Aquel lugar era un vergel de vida bullente, un lugar tomado por el movimiento, la placidez y los sonidos, el ruido, la música que infinitas gargantas creaban a cada instante.

Ninguno de los hombres permaneció ajeno a tanta exuberancia.

—Qué bichos más raros —dijo Mafra girándose sobre sus talones para tener una visión lo más certera posible de lo que le rodeaba.

—¿Qué son esos cerdos sin patas que hay ahí? —preguntó Vasquito Gallego.

El alguacil retomó la iniciativa.

—Vosotros dos —les dijo a los pajes—. Os quiero detrás de los marineros.

A Espinosa no se le escapaba que Vasquito era el hijo de Vasco Gallego, el piloto de la *Victoria*. Solo le faltaba tener que regresar a las naos y explicarle a su padre que al crío se lo había comido un animal parecido a una vaca. ¿A una

vaca?, respondería, iracundo, el piloto Gallego. ¿Y tú qué cojones hacías allí con la escopeta, alguacil de pacotilla?

—Sí, señor —respondió Vasquito.

—Bien —continuó Espinosa—. El resto, conmigo.

El grupo de expedicionarios se aproximó al lugar donde se encontraban las ocas. Lo hicieron despacio, con tiento, pues no tenían ni la más remota idea de si aquellos bichos eran agresivos o pacíficos, carnívoros o frugales. Los llamaban ocas, pero no se les escapaba que, aunque tenían un vago parecido con ellas, estos animales pertenecían a otra especie.

A seis o siete pasos del rebaño, Espinosa se detuvo y, con él, el grupo de hombres que le seguía.

—Vamos, alguacil, avance usted, que no parecen peligrosos —animó, desde atrás, Mafra.

Lo cierto era que no. Los pájaros, que ni en el mejor de los casos les llegaban a la cintura, ignoraban su presencia. Uno o dos ejemplares se volvieron hacia ellos, aunque mostrando más indiferencia que interés.

Espinosa, con todo, no quería meter la pata. La orden del capitán general había sido que bajaran a tierra, se informaran acerca de los rebaños de ocas y regresaran para contarlo. Eso suponía averiguar si a los animales se les podía dar caza sin correr peligros innecesarios y si la carne que proveían resultaba provechosa. De momento, no habían averiguado ni lo uno ni lo otro.

—Métale un tiro a uno, alguacil —se sumó a las sugerencias Urrutia.

Sobre el papel, ninguno de los marineros se hallaba a las órdenes del alguacil. Espinosa tenía encomendada la misión de velar por el orden entre los expedicionarios y respondía directamente ante Magallanes. Mientras nadie alterara la tranquilidad ni se saltara las normas, el papel de Espinosa quedaba bastante constreñido. Y si algo sabían hacer bien aquellos marineros era caminar por el filo de una navaja: no se insubordinaban jamás, pero tampoco guardaban el respeto que la mayoría de oficiales consideraba que en función de su rango merecía. Además, estando en tierra y lejos de la mirada de ojos insidiosos, la bravuconería de los marineros subía un poco de temperatura. En fin, todo el mundo tiene derecho a divertirse un rato, ¿no?

—Si quiere, entrégueme la escopeta y ya le mato yo uno, alguacil —dijo, medio en broma medio en serio, Mafra.

El capitán Mendoza observaba en silencio, como si la cosa no fuera con él. El aire era limpio y habían caminado durante un buen rato. Objetivo cumplido:

en lo que a él respectaba, podían regresar a las naos en cuanto quisieran.

—Basta —gruñó Espinosa dando un par de tímidos pasos hacia el frente.

—Ya lo tiene, alguacil —expresó Urrutia—. Apunte a la cabeza.

—Apuesto a que se la vuela al primer disparo —dijo Mafra.

—¿Cuánto va?

—Cien maravedíes.

—Hecho.

Las apuestas continuaban prohibidas a bordo, al igual que cualquier juego de azar, pero los marineros sabían que ni Espinosa ni Mendoza le irían con el cuento a Magallanes. Al final, la oficialidad necesitaba siempre de la marinería, de ahí que en muchas ocasiones se prefiriera hacer la vista gorda.

El sueldo mensual tanto de Mafra como de Urrutia era de mil doscientos maravedíes, de manera que cien no parecía una suma despreciable. Todo a un disparo.

—Cuento con usted —dijo Mafra al lado de Espinosa. Las miles de ocas, muy juntas las unas de las otras, graznaban tranquilamente. Desde luego, aquel grupo de hombres no las inquietaba en lo más mínimo.

—Idos a la mierda los dos —sentenció Espinosa, a quien no le hizo ni la menor gracia verse envuelto en una apuesta. Se tenía por un buen tirador, pero no quería quedar en evidencia ante nadie. Del arma que llevaba en las manos salía una bala cuando se apretaba el disparador, aunque hasta ahí: acertarle a lo que estuvieras apuntando o no tenía más que ver con la suerte que con la pericia.

—¡Ánimo, alguacil! —alentó Mafra.

—¡Ánimo! —gritó, desde atrás, Vasquito, al que la emoción del momento le había podido y se le escapó la exclamación.

Espinosa se giró hacia Mafra y Mafra lo miró con una gran sonrisa en los labios. Vamos, hombre, tenga usted un poco de espaldas y permítanos esta pequeña diversión… Que la vida a bordo es un continuo penar para los que no comen en plato de loza fina.

Espinosa apoyó la escopeta en el hombro, se tomó unos segundos para apuntar y presionó el disparador. La bala apenas tuvo que cubrir un par de pasos de distancia y le voló limpiamente la cabeza a una de las ocas más cercanas a ellos.

—¡Hostia puta! —se lamentó Urrutia.

—Me debes cien —canturreó Mafra mientras comenzaba a bailar en el sitio. Los hombres sonrieron, incluso el capitán Mendoza, de quien, en principio,

debería esperarse algo más de sobriedad.

—Que sí, joder —zanjó la cuestión Urrutia, al que no le había hecho ni la menor gracia perder la apuesta. Ningún expedicionario llevaba dinero encima y los salarios se les liquidaban en la contratación de Sevilla una vez que hubieran regresado a casa. Todavía quedaba mucho para eso, pero los hombres llevaban las cuentas de quién debía qué y a quién. Se trataba de su gran pasatiempo a bordo.

—No son peligrosos —comentó Mendoza echando el cuerpo hacia delante e inspeccionando el animal que acababa de abatir Espinosa. El resto del rebaño, a pesar del estruendo del disparo, ni se había inmutado. Unas cuantas ocas dieron un respingo, pero no pasaron de ahí.

—No, no lo son —confirmó el alguacil.

—Putos pájaros bobos —rezongó Urrutia, todavía enfadado.

—¿Qué querías, idiota? —le preguntó, entonces, Espinosa—. ¿Que diera un salto y se lanzara sobre mí?

—No, señor, claro que no. Pero ya sabe… Son cien maravedíes.

—La culpa es tuya, por apostar.

—Podía usted haber fallado el tiro, alguacil…

—Que te den, Urrutia.

—Sí, señor.

—Venga, desplumad al pájaro. Veamos qué tal es su carne.

Los dos pajes dieron un paso al frente pues no necesitaban más explicaciones para comprender que aquella tarea les estaba encomendada. Se acercaron al rebaño, agarraron por las patas al pájaro abatido por el alguacil Espinosa y lo arrastraron unos cuantos pasos antes de proceder a cumplir la orden.

Mientras tanto, los demás hombres se rascaron el pecho y se miraron los unos a los otros. No se hallaban demasiado habituados a encontrase en tierra y sin nada que hacer y la situación diríase que hasta les incomodaba. Algunos marineros pidieron permiso a Espinosa para abatir a alguna oca más, pero este repuso que, antes de continuar con la tarea, averiguarían si la carne de estos bichos merecía la pena. El estampido del disparo de la escopeta no los había enfurecido, pero allí los rodeaban miles y miles de animales de muchísimas especies diferentes y no quería correr el riesgo de atraer la atención de alguna fiera menos amigable.

De pronto, escucharon unos gritos en la lejanía.

—¡Socorro! ¡Socorrooo!

Se habían olvidado de él por completo.

—Mierda, Pigafetta —dijo Espinosa mientras procedía a cargar, de nuevo, su arma—. ¡Vamos! ¡Corred!

Mendoza, Mafra, Urrutia y el resto de marineros hicieron lo que el alguacil les ordenaba y retornaron sobre sus pasos hasta el lugar de donde procedían los gritos de auxilio.

—¿Lo veis? —preguntó Urrutia deteniéndose en una pequeña loma desde la que se tenía acceso a una gran playa pedregosa.

—¡Socorrooo!

Mendoza fue el primero en advertirlo.

—¡Ahí abajo! —exclamó.

Pigafetta corría por la playa seguido de una bestia indescriptible. Del tamaño de un buey, tenía un cuerpo rechoncho y fofo y sus patas eran tan cortas que apenas podía utilizarlas para apoyarse en ellas. En su lugar, lo hacía sobre su enorme barriga y así, mediante un convulso movimiento ondulante en el que se agitaba hasta su último resquicio de grasa, el animal conseguía avanzar por la playa. Avanzar y perseguir a un Pigafetta del todo aterrorizado pues, aunque el avance de la bestia pudiera parecer, como parecía, el más torpe entre los torpes, lo cierto era que le iba ganando terreno al vicentino. Abría unas fauces descomunales llenas de dientes increíblemente grandes y rugía como un monstruo del averno.

—Se lo va a comer —resumió Urrutia.

—Pues bueno —resumió aún más Mafra.

El grupo de hombres observaba desde su loma. Frente a ellos se extendía una amplia planicie en la que cientos de aquellos animales holgazaneaban tumbados al sol. En un principio, nadie habría dicho que se trataba de bichos agresivos, aunque a saber qué perrería les habría hecho el imbécil de Pigafetta. Quizás intentó acariciar a una cría y a su madre no le había hecho ni la menor gracia.

—Habrá que ir —dijo Mendoza.

—Cuando usted lo ordene, capitán —repuso Mafra.

En ese momento, se acercó Espinosa con el arma ya cargada.

—Hostias, Pigafetta —dijo uniéndose al grupo. Llegaba sin resuello.

—¿Cómo lo ve, alguacil? —preguntó Urrutia.

—Me cago en mi calavera —respondió Espinosa. Y comenzó a descender la loma en dirección a la playa.

—Adelante —ordenó Mendoza situándose tras el alguacil.

Tardaron cinco largos minutos en alcanzar la posición en la que Pigafetta trataba, desesperadamente, de zafarse de la gran fiera iracunda que le perseguía. Si el animal hubiera sido solo un poquito más rápido, lo habría atrapado sin dudar y el esfuerzo de los hombres que llegaban a rescatarlo habría resultado en vano.

—¡Ayúdenmeeeee! —gritó, al borde de la histeria, Pigafetta. Corría ya exhausto, con el rostro descompuesto, aunque sin soltar su bolso de recoger muestras.

—¿Cómo lo hacemos? —preguntó Mafra.

Se hallaban a unos veinticinco pasos de distancia de la bestia que corría por la playa. Espinosa sabía que, desde aquella distancia, se hacía muy complicado acertarle un tiro al bicho. Además, en el caso de que lo consiguiera, el animal era lo suficientemente grueso como para que la bala solo lo hiriese.

Entre Pigafetta y el monstruo solo había dos pasos de distancia. Rugía sin cesar y en aquellas fauces pudieron contar un buen montón de dientes afiladísimos.

—Cien maravedíes a que se lo quito de encima —le dijo, entonces, Urrutia a Mafra. Estaba decidido a recuperar su dinero.

El jerezano se sonrió. Doble o nada. Por él, perfecto.

—Hecho.

—No seas gilipollas —intervino el capitán Mendoza, que había relajado por completo las formalidades.

Espinosa estuvo a punto de intervenir, pero terminó conteniéndose. A él también le interesaba saber en qué acababa aquello.

Urrutia no tenía tiempo que perder. En cuatro saltos, se situó a la altura del animal, el cual lo ignoró con solemnidad. Urrutia lo llamó de un grito y, a continuación, se cruzó en el cortísimo espacio que restaba entre él y Pigafetta. El bicho, desconcertado, agachó la cabeza, bufó largamente y se detuvo arrastrando su gigantesca tripa sobre las piedrecillas. Continuaba bufando, ahora por lo bajo.

Fue en ese instante cuando a Urrutia casi le pierde su carácter petulante y fanfarrón. Era de Lequeitio, que es como ser de Jerez de la Frontera aunque con el culo más prieto. Pigafetta continuaba corriendo por la playa y ya se encontraba a más de cien pasos de ellos, plenamente a salvo. Urrutia, ante la mirada atónita de los presentes, estiró el brazo derecho y, con la punta de los dedos de la mano, tocó el hocico húmedo de la fiera.

Puede que porque estuviera agotada o, como afirmaría insistentemente

Urrutia durante meses, porque la había conseguido domar gracias a su impresionante demostración de poderío, pero el caso fue que la bestia se dejó caer de lado con una mansedumbre que asombró a los presentes. Casi aplauden.

16

Llegada al puerto de San Julián

31 de marzo de 1520

EMBARCARON tres centenares de ocas y, sin que ningún hombre más pusiera pie en tierra, continuaron con el viaje. Al final, como habían comprobado, resultó que aquellos animales no suponían desafío alguno para ellos y los marineros en tierra los fueron matando uno detrás de otro hasta que el alguacil Espinosa juzgó que con aquello tendrían suficiente. Ni siquiera se disparó un solo tiro más, vista la total mansedumbre de los bichos: los mataron a garrotazos en menos de media hora. Mafra, Urrutia y los otros cayeron sin aliento tras la matanza e intentaron negociar algún tipo de compensación adicional con el capitán Mendoza. Se suponía, en opinión de ellos, que aquel trabajo no entraba dentro de sus funciones y el aprovisionamiento de los buques merecía un suplemento en sus sueldos. Mendoza, que estaba acostumbrado a tratar con este tipo de peticiones, les explicó que lo que realmente se suponía era que ellos estaban al servicio de la oficialidad para lo que esta dispusiera, siempre que dichas disposiciones no contravinieran el sentido común y las órdenes reales. Dar de comer a los expedicionarios, desde luego, no caía dentro de estas excepciones, de manera que acababan de realizar su trabajo. Tan simple como eso. Ni siquiera les darían las gracias. A los botes con los pájaros.

El botín se repartió más o menos equitativamente entre las naves. Vasquito Gallego participó en todas las idas y venidas y aprovechaba el momento en que se izaban las ocas a bordo de tal o cual nao para ofrecer unas cuantas instrucciones rápidas acerca de su despelleje. Solían asentir mientras subían la carga, pero más que nada para que se callara de una santa vez. ¿Desde cuándo un paje decidía cómo se debían hacer las cosas? Los fueron desplumando y desollando al estilo español, es decir, probando, un poco a la buena de Dios, las

diferentes posibilidades hasta que dieron con la adecuada. No recordaron que esa era exactamente la que Vasquito les había recomendado.

De nuevo, las naos continuaron su derrota siempre hacia el sur. Cada vez hacía más y más frío, y las temperaturas terminaron por caer en picado. Nadie había previsto que el paso del suroeste se hallara tan al sur y nadie había previsto, tampoco, el viento gélido y helador. Podría argüirse en favor de quienes no lo hicieron que nadie había navegado, jamás, en estas aguas. Descubrían vastos territorios cada día mientras derivaban lentamente a una o dos leguas de la costa: lo suficientemente lejos como para que las rocas sumergidas no les jugaran una mala pasada y lo suficientemente cerca como para que a los vigías siempre apostados en las cofas no se les pasara ni un solo entrante en las costas. De hecho, Magallanes ordenó que, durante las noches, no se navegara. Temía que aquellos vientos, que soplaban indomables, los lanzaran contra los acantilados o las playas de piedras, aunque temía, sobre todo, que en plena oscuridad se les pasara por alto el hueco a través del cual se alcanzaba el otro mar. Sabía, lo sabía cada día con mayor certeza, que se hallaba ahí delante, frente a ellos, aguardándolos desde hacía siglos. Serían los primeros en descubrirlo y atravesarlo. Ponía al Altísimo por testigo de que así sería.

El frío polar barría las cubiertas cada día y hacía que el descontento de los hombres aumentara. La oficialidad tomó buena nota de ello pero se cuidó muy mucho de irle con el cuento al capitán general. Este se comportaba como un pequeño reyezuelo y sus fieles y adeptos de la *Trinidad* terminaron por convertirse en su corte. Nunca le llevaban la contraria ni le hacían partícipe de las opiniones de la oficialidad de otras naves. Sencillamente, callaban y otorgaban, y de esta forma, con Magallanes pasando las horas encerrado en su camarote, la vida de los expedicionarios fue transcurriendo.

Hubo jornadas en las que no avanzaron ni media legua. Cuando el viento soplaba del sur, y lo hacía prácticamente cada día, las naos se detenían. Todas ellas llevaban velas cuadras, magníficas para las naves mercantes que navegan con viento a favor pero casi inútiles cuando el impulso les llegaba desde cualquier otra dirección. En la derrota africana, volaron sobre las aguas gracias a aquellos vientos constantes del norte. La propia carga de sus panzas hacía que las naos fueran aún más rápido una vez que adquirían velocidad. Ahora, en el sur de las tierras americanas, ocurría exactamente lo contrario: el viento soplaba intenso desde proa y aquello las clavaba hasta tal punto que parecía que habían largado anclas.

Las tripulaciones se desesperaban. El capitán Mendoza utilizó los momentos de calma para intercambiar mensajes con los oficiales del resto de naos disidentes. Resultó un tanto sencillo, pues la propia actitud de Magallanes y su insistencia en que nadie superara a la *Trinidad* durante la navegación ayudaron a que se gestara la rebelión.

Nunca se trató de nada premeditado. El capitán Mendoza jamás se juzgó a sí mismo como un rebelde o un insurrecto. Ni siquiera se le pasó por la cabeza una posibilidad semejante. Tenía la suficiente claridad de mente para comprender que quien defendía allí los intereses legítimos de la expedición y del rey eran él y los que, como él, se oponían a la desquiciada estrategia de Magallanes, a estas alturas apodado el Déspota.

Así las cosas, pasaron muchas horas intercambiando pareceres durante los siguientes cuarenta días. Sobre todo, les preocupaba que Magallanes no examinara con ellos sus intenciones. Esta actitud los humillaba, más si cabe teniendo en cuenta que había sido el propio rey Carlos el que había dispuesto que el capitán general consultara con su oficialidad las decisiones más relevantes concernientes a la expedición. ¿Existía algo más relevante que el propio rumbo? En esos días, un buen número de oficiales opinaba que el paso del suroeste no existía. Que se trataba de un delirio de Magallanes, el cual nunca aportó una sola prueba de su existencia. La mayoría de ellos había pensado que si no se lo topaban en el mar dulce de Solís o, si se quiere, un poco más al sur, el capitán general reconocería que se había equivocado e intentaría otra ruta. Y no es que dispusieran de muchas, pero atravesar el Atlántico y superar el cabo de Buena Esperanza muy al sur para ocultarse de las flotas portuguesas tampoco les parecía nada descabellado. Los mares, ellos lo comprobaban cada día, son inmensos y pareciera que carecen de final. Con un poco de suerte, no se toparían al enemigo y alcanzarían la especiería a través de una ruta que tenía muchos inconvenientes y una gran bondad: que era real.

Mendoza, Quesada, Elcano, incluso el sempiternamente oculto Cartagena, llegaron a una conclusión natural: que Magallanes incumplía las órdenes e instrucciones recibidas y que, por lo tanto, el deber de ellos pasaba por derrocar su mando si no se atenía a razones. Y conociendo a Magallanes, no se atendría.

Rebelión, pues.

A favor de Mendoza jugaba el hecho de que el capitán general lo consideraba un oficial recto y cabal. De hecho, Mendoza pensaba de idéntica forma sobre sí mismo y por ello se había erigido en cabecilla de los insurrectos. Dos caballeros

temerosos de Dios y leales al rey. El fondo del mar está cubierto de las calaveras de infinidad de ellos.

Ni siquiera el mismísimo Cartagena, que había sido el único oficial cuyo destino lo marcara un acto violento, creía que fuera a resultar necesario el uso de las armas. En la *Trinidad* no contaban con muchos adeptos, y resultaría una temeridad tantearlos, pero sabían que el piloto Esteban Gómez no comulgaba con Magallanes. Llegada la hora de la verdad, podrían contar con él, seguro. Si Magallanes observaba que al menos un oficial de alto rango de la *Trinidad* lo cuestionaba ante el resto de la oficialidad y la marinería entera, se vería obligado a inclinar la cabeza. Con que cambiara de actitud y la capitanía general pasara a ser compartida en lugar de unipersonal, los insurrectos se daban por satisfechos. Las aguas volverían a su cauce y no habría mayores consecuencias para nadie.

Si Magallanes, aun y todo, se enrocaba en su posición, lo arrestarían y el capitán Cartagena asumiría su mando en tanto en cuanto era persona adjunta en la dirección de la empresa por deseo expreso del mismísimo rey. Los capitanes actuarían como asesores suyos y, en lo sucesivo, se les consultarían los movimientos maestros de la expedición. El primero de ellos, decidir si continuaban o no buscando el maldito paso del suroeste.

Solo necesitaban encontrar el momento propicio para llevar adelante sus proyectos. Como Quesada había insistido en numerosas ocasiones, bastaba con convencer a media docena de oficiales más. Si lo lograban, la marinería se atendría a los hechos consumados y no plantearía problemas. Ellos necesitaban un mando, fuera cual fuese. Responderían a él si lo juzgaban legítimo y no había ni un solo grumete en las cinco dotaciones que no creyera que un caballero de la dignidad y prestancia de Cartagena no reunía lo necesario para así ser considerado.

Mientras ese día llegaba, el frío. Los hombres iban en mangas de camisa y solo unos pocos contaban con una chaqueta de abrigo. Por lo general, con la manta que usaban para cubrirse cuando, caída la noche, se tumbaban a dormir sobre la cubierta, les bastaba. Nunca se habían tenido por frioleros; menos aún, por quejicosos. Aquellos hombres eran duros, duros de verdad. Se habían curtido en cien mares distintos y ninguno de ellos levantaría la voz para lamentarse sin motivo. Incluso los pajes de siete u ocho años de edad podían soportar trabajos y circunstancias que a cualquier hombre, en Sevilla, en Madrid o en Bilbao, le habrían parecido intolerables. Sin embargo, el frío proveniente del sur les

atravesaba los poros de la piel y se hundía en sus huesos para quedarse en ellos durante días y semanas.

Se decidió que las cocinas se mantuvieran encendidas durante toda la jornada y los contramaestres permitieron que los hombres que no se hallaban de guardia pudieran acercarse a ellas para calentarse. Hubo auténticas aglomeraciones y las disputas consecuentes. Pronto, los contramaestres dispusieron turnos para acercarse a las cocinas. Mientras tanto, el resto se sentaba en un rincón de la cubierta, se cubría con su manta y se sumía en una duermevela que solo servía para encresparlos aún más.

Por si esto no fuera suficiente, una fenomenal tormenta con vientos del sur, pero también del oeste, los alejó de la costa y durante varios días las naos se perdieron de vista las unas de las otras. Cada capitán tuvo que arreglárselas con su propia oficialidad y su marinería para salir indemnes de aquella. El viento, racheado, golpeaba las cubiertas y grandes olas estuvieron a punto de barrer a varios hombres de ellas. Muchos sobresalientes, que jamás se habían visto en una semejante, pidieron permiso para refugiarse en las bodegas, pero los maestres se negaron en redondo. ¿No pretendían vivir aventuras inimaginables? Pues aquí tenían una que a nada se parecía. Si salían vivos de ella, podrían contarlo con todo lujo de detalles a su regreso a Europa. Además, qué diantres: ni siquiera en una situación de auténtica emergencia como esta se les obligaba a trabajar. Con amarrarse con un cabo a una borda y aguardar tenían suficiente. Todos y cada uno de los miembros de las tripulaciones, aquellos que se dejaban literalmente la piel en la lucha contra los vientos huracanados, habrían dado una mano por merecer el mismo trato. No obstante, ahí estaban, arremangados y con el agua helada calándoles las ropas. Que tomaran nota aquel hatajo de rostros asustados: existían hombres y existían hombres. Y ni en mil años unos y otros serían iguales.

Por fin, las tormentas amainaron y las naos lograron reunirse. Necesitaron casi una semana entera para lograr esto último. A la *Santiago*, la última en aparecer, por poco no la dan por perdida. Pero no, un buen día surgió en el horizonte, para júbilo de todos.

El 31 de marzo de 1520 avistaron una pequeña bocana en tierra y se envió a la *Victoria* a investigar. Horas más tarde, la *Victoria* regresó y se acercó a la *Trinidad*. El capitán Mendoza repitió las mismas palabras que llevaba pronunciando durante casi dos meses:

—Se trata de un profundo golfo, pero hemos topado con su final —dijo—.

Lo siento, señor, aquí no es.

Extrañamente, la respuesta que aquel día dio Magallanes difirió por completo a la que había venido ofreciendo en ocasiones anteriores:

—De acuerdo, capitán Mendoza. Muchas gracias por su esfuerzo. Atención a todos. Invernaremos en este puerto hasta que el tiempo mejore.

Llamaron a aquel paraje puerto de San Julián. Se encontraban a poco más de sesenta leguas del paso del suroeste que con tanto ahínco habían estado buscando durante meses, pero eso, claro, ellos no lo sabían.

Tendrían lugar sucesos atroces en aquel puerto.

17

La rebelión

1 de abril de 1520

MAGALLANES era cojo, pero no manco. A pesar de que pasó gran parte de los últimos meses encerrado en su camarote, realizando cálculos, trazando planes, reflexionando acerca de si para la tenacidad existe más límite que el que la pura resistencia humana proporciona, nunca le fueron ajenas las discordias que tanto en su nao como en las restantes habían germinado contra él. Muchos se preguntaron por qué ahora, cuando el clima era frío pero nada les impedía continuar navegando hacia el sur, el capitán general había detenido el viaje de una forma tan radical. Desde el primer momento, se advirtió de que no se trataba de una recalada más para hacer aprovisionamiento de agua y de víveres. No, se detenían para invernar, con todas las consecuencias que suponía eso.

Muchos se preguntaron por qué, aunque pocos, o ninguno, adivinaron la respuesta, a pesar de que la tenían frente a sus narices. Magallanes sabía que se tramaba algo contra él. Desconocía los límites de la confabulación aunque los averiguaría. Y si para ello debía paralizar la expedición durante meses, lo haría sin dudar. Ordenó que las naos anclaran en el puerto de San Julián y se dispuso que las tripulaciones descendieran a tierra. Había que explorar las inmediaciones en búsqueda de indios hostiles y, a continuación, construir refugios para pasar el invierno.

La oficialidad se sintió muy desconcertada por la decisión de Magallanes. Se trataba de lo que Magallanes pretendía: tomarles ventaja y asumir él mismo la iniciativa. Ningún oficial, de nuevo, fue consciente de la maniobra del capitán general. Consideraron que la determinación de invernar cuando apenas había dado comienzo el otoño no era sino un delirio más de Magallanes. De hecho, la recalada en el puerto de San Julián, si sirvió para algo en un principio, fue para que los insurrectos se afianzaran más en sus posiciones. El capitán general se ha

vuelto completamente loco y necesitamos dar un paso firme en aras de solucionar la situación en la que nos hemos visto envueltos.

Magallanes sabía cosas pero no sabía todas las cosas. El alguacil Gonzalo Gómez de Espinosa había tejido una red de espías en las cinco naos que le informaba puntualmente de lo que sucedía en cada una. La red, sin embargo, no fue efectiva por completo y algunos oficiales contrarios a Magallanes no fueron detectados a tiempo. El piloto Esteban Gómez, sin ir más lejos. Gómez pasaba mucho tiempo junto a Magallanes en el camarote de este. En tanto en cuanto que piloto de la nave capitana, fue el hombre en el que Magallanes más confió durante la derrota hacia el sur de América. Tanto fue así que los cálculos de Magallanes se convirtieron en los cálculos de Gómez y viceversa. Cuando trabajaban mano con mano, hablaban en portugués entre ellos.

Y, no obstante, Gómez sería uno de los traidores a la causa. Aunque no todavía, pues, de alguna forma, el piloto de la *Trinidad* resultó ser el hombre tapado.

Con todo, los espías de Espinosa sí fueron conscientes de que, sobre todo desde que partieran del mar dulce de Solís, la cosa había ido a más y el ambiente se había enrarecido bastante. Se sabía, por ejemplo, que el capitán Cartagena campaba a sus anchas por la *Concepción*. Ni siquiera se guardaban las formas que, en las semanas posteriores a su prendimiento, se mantuvieron de forma tácita. Qué va: si se quería, ahora podía verse a Cartagena en la toldilla de la *Concepción* y vestido con sus mejores ropajes. Había dejado de ser, en la práctica, un prisionero.

Tan obvio como esto, era que los capitanes Quesada y Mendoza participaban de los planes de insurrección. Y, con ellos, todos sus cercanos y adeptos: Elcano, puede que Coca, Carvallo, Vasco Gallego y amplios sectores de la marinería. En una rebelión, cuenta la fuerza bruta. Cuenta que, en el instante del alzamiento, quien se rebela pueda imponerse por la fuerza a aquel cuyo derrocamiento se pretende. Urdir los planes puede llevar meses, pero la ejecución es cuestión de minutos. Magallanes no ignoraba este extremo y de ahí su interés en detener la marcha de la expedición. Si se preparaba un alzamiento contra él, y a Espinosa no le cabía la menor duda de que se preparaba, necesitaba buscar el mejor modo de combatirlo, de oponerse, de derrotarlo.

El puerto de San Julián constituía la carta maestra de Magallanes.

Aquel primero de abril de 1520, las tripulaciones fueron descendiendo a tierra y buscando lugares en los que levantar los refugios que había indicado el

capitán general. El paraje era inmenso en todas direcciones, llano y desolado. Las playas se formaban de arena y apenas se distinguían unas cuantas colinas en la lejanía. El viento, incesante del sur, barría aquel lugar haciendo que los expedicionarios tiritaran a cada momento. Ni siquiera hallaron árboles tras los que refugiarse.

Tras unas cuantas horas desembarcados, la situación se había tornado tan desoladora que Magallanes decidió que se regresara a las naos. Se permitiría bajar a tierra para reponer agua, buscar alimentos frescos y explorar las inmediaciones, pero la invernada tendría lugar a bordo de las naos, al menos hasta nueva orden. Las tripulaciones, dentro de lo que cabe, aplaudieron aquella decisión. No es que en las cubiertas de las naos fueran a permanecer a salvo del frío y el viento helador, pero allí disponían de mayores posibilidades para calentarse. Sin suponer nada del otro mundo, sobre cada cubierta estaba la cocina, ya sempiternamente encendida, a la que podían acercarse para intentar entrar en calor.

Eso sí, antes de regresar a bordo y ya que la mayor parte de los expedicionarios se encontraba en tierra firme, escucharían misa y darían gracias a Dios por haberlos llevado sanos y salvos hasta ese confín del universo.

Magallanes echaba, así, su primer pulso a la oficialidad disidente. No sería el último.

La misa se improvisó sobre una de las playas y asistieron a ella unos ciento cincuenta hombres. Habida cuenta de que cada nao precisaba a bordo una dotación mínima de guardia, podría afirmarse que todos los expedicionarios que podían estar en tierra, lo estaban. Sin embargo, ninguno de los capitanes apareció. Quesada, el capitán de la *Concepción*, envió a Juan Sebastián Elcano, su segundo de a bordo. Mendoza, capitán de la *Victoria*, delegó en el piloto Vasco Gallego. Y, por fin, Juan Serrano encomendó la tarea de representar a la *Santiago* en el maestre Genovés.

A modo de excusas, las más variopintas: Mendoza explicó al mensajero de Magallanes que se hallaba agotado hasta extremos insospechados y que necesitaba descansar de inmediato, so riesgo de sucumbir; Serrano adujo que la *Santiago* tenía graves problemas con su aparejo y que se afanaban para solucionarlos de forma inmediata; y Quesada arguyó que las fiebres le habían subido y que, en consecuencia, se encontraba encamado.

Magallanes apretó los dientes al escuchar las explicaciones que sus mensajeros le relacionaban, aunque no dijo nada. No hacía falta, y los oficiales

en tierra, Elcano, Gallego y Genovés entre ellos, sabían que una instrucción de este tipo proveniente del capitán general no se ignora aunque tengas el alma más cerca del otro mundo que de este. Si Magallanes ordena escuchar misa en tierra, se escucha misa en tierra pese a quien pese. Cualquier excusa, cualquiera, está de más. Lo estuvo y todos así lo entendieron.

La rebelión había dado comienzo.

Dado que hasta el propio cura temblaba de frío, más a causa de los vientos helados que de la temperatura en sí misma, la misa se abrevió y en media hora se dio por concluida. Magallanes ordenó que se recogiera agua fresca y tanta leña como fuera posible para alimentar las cocinas de las naos, y que las tripulaciones al completo regresaran a bordo. Para tranquilidad general, hizo saber que en los días siguientes se organizaría la invernada. Debían averiguar si en el enorme puerto de San Julián existía algún lugar más resguardado de las rachas de viento y, en caso de encontrarlo, trasladarse hasta allí. Después, se organizarían turnos para procurarse el suministro de alimentos y se repararían a fondo los daños que las naves pudieran haber sufrido desde el ya largo viaje desde Sevilla. Habían atravesado la mitad del mundo y se habían internado en tierras ignotas: bien merecían detenerse y solucionar los problemas que tuvieran antes de continuar viaje.

A algunos marineros les pareció razonable remozar las naos, casi todas un tanto dañadas por la travesía. Otros, por el contrario, comprendieron que los problemas que Magallanes deseaba solucionar no tenían tanto que ver con los barcos como con la parte díscola de sus tripulaciones. Más de uno se echó a temblar. Fueron los que conocían la incapacidad de Magallanes para transigir con la discrepancia. Si habían creído que hasta ahora se había conducido con mano dura, que se prepararan para lo que estaba por llegar.

Con los capitanes atrincherados en sus naos, Magallanes volvió a reunir a los mensajeros. Les ordenó que regresaran a los botes y, barco por barco, fueran convocando a los capitanes a una comida en la *Trinidad*. Aprovecharían la ocasión para celebrar un consejo y el capitán general, con gusto, escucharía lo que los capitanes tenían que aportar acerca de su decisión de detenerse e invernar.

Fue una inteligente jugada que obligó a los demás a mover ficha.

—Es como cuando un alfil queda encerrado entre la torre y el caballo, ¿verdad, capitán? —preguntó el Sordo tras escuchar la noticia que les traía el mensajero. Se había aficionado tanto al ajedrez que no podía evitar asociar cada

momento a una circunstancia del juego. Y no iba muy desencaminado, pues lo que allí se estaba librando era una partida a escala real y con consecuencias reales. Magallanes había movido ficha y esperaba una reacción.

—Más o menos, Sordo —respondió el capitán Cartagena. Se hallaba sobre la toldilla de la *Concepción* junto al capitán Quesada, el capitán Mendoza y Elcano.

—¿Con quiénes contamos? —preguntó, con cara de preocupación, Quesada. Comprendían que había llegado la hora de la verdad. Lo que habían maquinado durante días y semanas debería ser puesto en práctica pues ya no existía la posibilidad de dar marcha atrás. Habían insultado a Magallanes ignorando su instrucción de bajar a tierra y escuchar misa todos juntos.

—Con la *Concepción*, la *Victoria* y puede que la *San Antonio* —respondió Elcano, siempre escueto y directo.

—¿En la *San Antonio*, Coca nos es favorable?

—Creo que sí.

—Necesitamos saber, no creer, Elcano.

El de Guetaria giró lentamente su mirada hacia el rostro del capitán Quesada. La mantuvo allí durante unos instantes y, después, sin añadir una sola palabra, la retiró.

—Pienso que Coca acabará apoyándonos —expresó Mendoza, más práctico que Quesada—. Al menos, si somos capaces de demostrar que vamos completamente en serio y que disponemos de hombres suficientes para obligar a Magallanes a que delegue el poder.

—¿De la *Santiago* nos olvidamos? —preguntó Cartagena.

—De momento, y por prudencia, creo que sí. El capitán Serrano está al tanto de nuestras intenciones y tampoco ha acudido a la misa. Pero tengo mis dudas de que, llegado el momento de decidirse, se decante por nosotros. En cualquier caso, la tripulación de la *Santiago* es muy reducida. Podemos permitirnos prescindir de ella, al menos por ahora.

—¿Y qué hacemos con la invitación a comer que nos ha hecho llegar el capitán general? —preguntó Mendoza.

—Es una trampa —respondió Elcano.

—Pienso igual —se sumó Cartagena—. Si todos ustedes se reúnen a bordo de la *Trinidad*, podrían prenderlos sin dificultad. Mírenme a mí. Soy la prueba viviente de lo que Magallanes es capaz. Si suben a la *Trinidad*, bajarán de ella cargados de cadenas y grilletes.

—Pero quién asumirá el mando de las naos… —reflexionó en voz alta

Mendoza.

—Los fieles a Magallanes —repuso Cartagena—. O, al menos, los que no se hayan mostrado contrarios a él. Elcano tiene razón. No deben acudir a esa comida. Es una trampa.

—Aguardemos acontecimientos —dijo Elcano.

—Pero nos toca mover ficha —intervino el Sordo. El hecho de encontrarse siempre rodeado de oficiales le hacía sentirse uno de ellos. Y se entrometía hasta cuando no debía.

—¿No recuerdas la maniobra del peón distraído? —le preguntó Cartagena.

—¿Ese que mueves cuando no quieres revelar tu jugada? —devolvió la pregunta el Sordo.

—Exacto.

—Debilita nuestro flanco, ya lo sabe.

—A veces, hay que perder para ganar.

* * *

A Magallanes, hacía tiempo que no le cabía duda de que se estaba preparando un alzamiento contra su mando. Sin embargo, si le quedaba alguna, lo sucedido aquella mañana la disipó. Bien, ¿querían echarle un pulso? Pues adelante, que lo hicieran. Él no pensaba quedarse de brazos cruzados.

Tras su invitación para almorzar a bordo de la *Trinidad*, nadie se presentó. Los capitanes alegaron esto y lo otro. Mendoza, al menos, tuvo la decencia de no poner excusas. No asistió y punto. Magallanes le agradeció la gallardía y el juego limpio. También en las sublevaciones un hombre aprecia que le vengan de frente, aunque sea para decapitarlo.

Por no comer solo, Magallanes mandó llamar a su primo, Álvaro de Mesquita, un sobresaliente que, en compañía de su hijo, viajaba en la *Trinidad*. Mesquita era un perfecto inútil y no existía más razón para tenerlo a bordo que el hecho de que el capitán general así lo había autorizado. Pese a que Mesquita afirmaba siempre lo contrario, no se le conocía oficio alguno y se limitaba a pasar las jornadas deambulando por las cubiertas y entorpeciendo las labores de la marinería. Al menos, su hijo ejercía como criado de Magallanes, siempre bajo la supervisión de Enrique de Malaca. A Mesquita padre esto siempre le había molestado un tanto: ¿por qué su muchacho debía acatar las órdenes de un

esclavo medio negro? No obstante, Magallanes decidía y él nunca logró reunir los arrestos suficientes para plantearle, cara a cara, el asunto.

Aquella mañana, Malaca había asado en la cocina dos de las ocas capturadas días atrás. Su carne no era especialmente sabrosa, pero al menos se trataba de carne fresca. Constituía el banquete con el que Magallanes pretendía agasajar a sus capitanes. A pesar de lo que Juan Sebastián Elcano hubiera supuesto, aquella comida no constituía una trampa. No, Magallanes no habría realizado, de partida, un movimiento semejante. Se había sentido dolido por la ausencia de los capitanes en la misa y conocía de sobra los planes en marcha para destituirlo de la capitanía general, pero de momento no había sucedido nada en torno a lo que no se pudiera alcanzar un armisticio. Si podía conseguir una reconciliación, Magallanes conseguiría una reconciliación. Y no porque su carácter fuera el de ofrecer siempre una mano tendida. No. Podría decirse que al contrario. Sin embargo, las naves no se gobiernan solas y si quería que la expedición llegara a la especiería, y lo quería con toda su alma, necesitaba a aquellos hombres. Fuera como fuese, debía alcanzar un arreglo. Precario si se quiere, aunque arreglo. Eso siempre era preferible al desastre que supondría una sublevación general.

Así las cosas, Magallanes almorzó en compañía de su primo Mesquita. El parecer de su primo no significaba nada para el capitán general. Eso no fue obstáculo para que Magallanes hablara abiertamente con él acerca de lo que estaba sucediendo en esos mismos momentos. Si algo bueno tenía Mesquita, quizás lo único bueno que había en él, era que sería fiel hasta el final a Magallanes. Se trataban desde niños, se habían criado prácticamente juntos, se conocían tan bien el uno al otro que a veces bastaba con una mirada. Los habían educado para que se convirtieran en grandes hombres, pero algo falló con Mesquita. Puede que aún tuviera una oportunidad.

—Hay una rebelión en marcha —dijo Magallanes en tono tranquilo. Dentro del camarote solo se encontraban ellos dos y Enrique de Malaca. El ambiente era de confianza absoluta.

—¿Estás seguro, primo? —preguntó Mesquita con la boca llena de carne de oca asada. Se trataba de una pregunta estúpida, pues Magallanes jamás elucubraba, pero algo tenía que replicar y no se le había ocurrido nada mejor.

Enrique de Malaca, silencioso tras Magallanes, observó a Álvaro de Mesquita. Solo vio a un hombre torpe e incapacitado para los asuntos auténticamente relevantes de la vida. Un idiota, por decirlo en términos llanos. Y ahí lo tenía, dando cuenta de una comida que no se había ganado con su esfuerzo

y compartiendo reflexiones con todo un capitán general. Malaca lo odió por ello y lo añadió a su lista mental de individuos a los que ajusticiaría si algún día, por extraña circunstancia, se diese la oportunidad.

—Hay una rebelión en marcha —repitió Magallanes—. Y voy a atajarla de cuajo.

—¿Pero…, pero cómo hemos podido llegar a este punto? Es un éxito que nos hallemos en este lugar. Se mire desde el punto desde el que se mire, lo es. Somos los primeros en llegar a estas tierras y ese mérito te corresponde enteramente a ti. ¿Que el paso del suroeste está algo más lejos de lo que pensábamos? De acuerdo, lo está. Pero, al menos, nosotros hemos llegado hasta aquí para comprobarlo. Gracias a ti. A ti y a nadie más.

—¿Y cómo me agradecen mi éxito? Urdiendo una rebelión. Más vino, Enrique.

Malaca, silencioso, llenó los vasos de los dos hombres.

—¿Sabes quiénes pueden estar implicados? —preguntó Mesquita. No se había molestado en apartar su cuerpo para facilitar el trabajo de Malaca y este tomó buena cuenta. Sí, si algún día se convertía en un hombre libre, mataría a Mesquita de los primeros. Admiraba a los hombres como Magallanes. Los mataría igualmente si tuviera oportunidad, pero admitía que en ellos habitaba un pundonor y un genio dignos de loa. Mesquita carecía tanto de lo uno como de lo otro. Solo era un memo con suerte. Moriría de los primeros en su ajuste de cuentas imaginario.

—Cartagena, desde luego. Y Quesada. Uno y otro han sido los que han elaborado un plan contra mí. Lo cual, lo reconozco, ha resultado toda una sorpresa, pues siempre creí que Quesada me sería fiel. No por otro motivo trasladé a Cartagena a la *Concepción*.

—Supongo que Cartagena es un hombre persuasivo.

—Puede. El caso es que, lo sea o no lo sea, Quesada comparte sus planes.

—Préndelos y asunto resuelto.

—No es tan sencillo, Álvaro, no es tan sencillo…

Mesquita arqueó las cejas a modo de única respuesta y continuó comiendo. El asado de oca, dijeran lo que dijeran, a él le parecía una exquisitez. Tenía los labios, la barbilla y los dedos pringados de una deliciosa grasa que se relamería hasta que no quedara ni rastro de ella.

—Según me ha informado Espinosa —continuó Magallanes—, en la intriga participan más hombres. Mendoza entre ellos.

—¿El capitán de la *Victoria*?

Dios santo, sí, Malaca mataría en primer lugar al cretino de Mesquita. ¿De verdad acababa de preguntarle al capitán general si Mendoza capitaneaba la *Victoria*?

—El mismo —respondió Magallanes—. Según le cuentan a Espinosa, de un tiempo a esta parte Mendoza ha cambiado por completo. Al principio de la expedición, nada en su actitud mostraba animadversión hacia el mando. Sin embargo, con el paso de los meses, ha ido mudando de sentir. Espinosa opina que él es el auténtico cabecilla de la rebelión.

—¿En serio? ¿Por encima del propio Cartagena?

—Es lo que parece. Quizás Cartagena, que no tiene un pelo de tonto, lo haya dejado hacer, visto lo visto. Mendoza es un hombre inteligente. Sabe lo que hace y no actuará impulsivamente. Eso puede haber convencido a Cartagena para permitirle tomar el mando de la rebelión, asumir la iniciativa: si las cosas salen bien para ellos, no les costará relegarlo a un segundo término; si la rebelión es sofocada, podrán echarle toda la culpa a Mendoza e intentar salir indemnes.

—No vamos a permitir que suceda algo así.

Mesquita hablaba como si realmente estuviera en su mano actuar de una u otra forma. A Magallanes, pese a ser consciente de ello, le reconfortaba que alguien confiara a ciegas en él y le diera la razón sin titubear. No andaba sobrado de apoyos y sabía que la partida se hallaba en marcha. Aunque Magallanes no supiera jugar al ajedrez, diríase que comprendía la importancia que un triste peón puede tener en los momentos más delicados.

—No, no vamos a permitirlo.

—¿Y qué hay del resto, primo?

—Espinosa tiene dudas.

—¿Dudas? ¿Respecto a quién?

—A Coca, por ejemplo.

—Coca siempre ha sido un firme partidario de tu mando, primo.

—Lo sé. Pero aquí ya nada es lo que parece y conviene estar preparado. No podemos permitir que nos sorprendan, Álvaro. Ningún flanco ha de quedar desatendido.

—Pero Coca…

—Si Espinosa dice que no está seguro de él, yo no estoy seguro de él.

En ese instante, a Magallanes se le ocurrió una idea. Él no pertenecía al tipo de hombre que improvisa sobre la marcha. No, al menos, en condiciones

normales. Se tomaba su tiempo para reflexionar y, cuando alcanzaba una decisión, la llevaba adelante pesara a quien pesase. De hecho, esta forma de conducirse había constituido el germen de los actuales descontentos.

No obstante, no se hallaban inmersos en una situación de normalidad, sino que hacían frente a una rebelión en marcha. Había que tomar decisiones rápidas y efectivas. Arriesgadas en muchos casos, pero decisivas para el objetivo final: conservar el mando.

—Voy a destituir al capitán Coca —anunció.

—Buena idea, primo —repuso Mesquita sin dejar de comer. Con la mirada, indicó a Malaca que volviera a llenarle el vaso de vino—. La *San Antonio* debe estar en unas manos de confianza.

Por una vez, Mesquita había pronunciado unas palabras razonables. La *San Antonio* era la nao más grande de la expedición y en su enorme bodega se transportaban los bienes más preciados de la misma. Si la perdían, perdían grandes posibilidades de culminar con éxito la empresa.

Magallanes miraba fijamente a su primo. Él apenas había probado bocado y se limitaba beber, a pequeños sorbos, de su vaso. Su mente no se detenía.

—¿Y en quién tienes pensado para sustituir a Coca? —preguntó, entonces, Mesquita.

—En ti —respondió escuetamente Magallanes.

Durante unos segundos, Mesquita se quedó paralizado. Dejó de masticar y mantuvo un trozo de muslo de oca a la altura de su rostro. La grasa se le deslizaba mentón abajo y manchó su camisa.

—¿En…, en mí? —preguntó titubeante.

—En ti —confirmó Magallanes.

—Pero yo no sé nada sobre mandar un barco…

—Coca tampoco. Él es contable. Y eso no ha supuesto problema alguno. El gobierno efectivo de la nao lo llevan adelante el maestre, el contramaestre y el piloto. La labor del capitán consiste en cuidar de que ese orden no se pervierta. No tendrás que hacer nada salvo tener los ojos bien abiertos. Y si observas algo raro, se lo cuentas a Espinosa.

—No sé… —balbuceó Mesquita. Hasta Magallanes se dio cuenta de que el tipo no estaba a la altura de las circunstancias. Pero contaba con lo que contaba y debía apañárselas. Si Coca no parecía fiable, debía destituirlo para ahorrarse problemas. Así, al tiempo, mandaría un mensaje claro al resto de amotinados: la

resistencia a su sublevación se encontraba en marcha y al capitán general no le temblaría el pulso.

—Lo harás bien —sentenció Magallanes—. Está decidido.

—Bueno, pues entonces…

—Actuemos rápido. Vamos, prepárate.

—¿Ahora mismo?

—Te trasladas a la *San Antonio*. Eres su nuevo capitán. No me defraudes.

Mesquita se estiró en su taburete. Puso la cara más digna que pudo y, sin ser plenamente consciente de la responsabilidad que se depositaba en él, repuso:

—No lo haré, primo.

La destitución de Antonio de Coca estuvo lista diez minutos después. Magallanes apartó los platos y la escribió de su puño y letra sobre un papel que acabó manchado de restos de comida. Mandó llamar al alguacil Espinosa, quien se presentó de inmediato. Él era su auténtico hombre de confianza. Su hombre para todo. Espinosa sabía mandar y no dudaría en utilizar la fuerza en caso de que fuera necesario. Se alegraba de tenerlo a su lado.

Cuando le contó sus planes, Espinosa no pudo reprimir un breve comentario:

—¿Mesquita?

—Lo sé, pero ahora mismo es nuestra mejor opción. Tenemos que actuar. Debemos dejar claro que no nos mantendremos de brazos cruzados.

Espinosa no le daba demasiadas vueltas a los asuntos. Era leal a Magallanes y, en lo que a él respectaba, sus decisiones constituían órdenes. Adelante, pues.

—¿Cuándo lo haremos? —preguntó.

—Ahora mismo. Toma un bote y lleva a Mesquita a la *San Antonio*. Hazte acompañar de cuatro marineros armados. Elígelos de entre los de más confianza. Y que lleven escopetas cargadas. Quiero que se empiecen a ver armas. No las uséis salvo que peligre vuestra vida, pero llevadlas.

* * *

La *Concepción* levó el ancla, izó una vela y, muy lentamente, se dirigió hacia la entrada del puerto. Ponían en marcha el movimiento del peón distraído que había anunciado el capitán Cartagena. La estrategia no servía para nada efectivo, pero contribuía a sembrar la impaciencia y el desconcierto en el otro contendiente. Se trataba de un movimiento ineficaz, sin consecuencias, aunque válido si servía

para que la otra parte mostrara sus propósitos. Magallanes podía ordenar a la *Santiago* que fuera tras la *Concepción*. Si estaba, como parecía, tratando de huir, podía cortarle el paso y hasta lombardearla. Frente a la ligerísima y rápida *Santiago*, la *Concepción* no tenía nada que hacer. Por ello, no se pensaba ir tan lejos. No abandonarían el puerto natural. Simplemente, estaban moviendo un triste peón.

Nada enfurece más a un buen jugador de ajedrez que perder el tiempo en una jugada estúpida pero necesaria: estúpida porque hace perder el tiempo a ambas partes y necesaria porque si alguien no hace lo que debe, ese alguien acaba pagándolo caro.

Magallanes supo, desde el principio, que la *Concepción* no estaba desertando. Y actuó, a regañadientes, como se esperaba de él: envió a la *Santiago*.

Diego García de Trigueros recibió las órdenes de su contramaestre. El maestre había mandado largar velas, así que tanto Trigueros como los ocho marineros restantes de la *Santiago* se encaramaron a las vergas y aguardaron la indicación del contramaestre. En cualquier otra situación, la mitad de los marineros habría esperado sobre la cubierta y cuatro o cinco grumetes habrían ocupado su lugar en las vergas, pero el contramaestre no quería errores en esta maniobra y mandó subir a lo mejor que tenía a bordo. Cuando gritó que largaran las velas, estas cayeron casi al unísono. El viento las hinchó de inmediato.

La actividad en cubierta se tornó frenética y la *Santiago* pronto tomó velocidad. Juan Serrano, capitán y piloto al mismo tiempo, trazó un rumbo que pretendía envolver a la *Concepción*. El puerto de San Julián tenía más de tres leguas de profundidad y una y media en su punto más ancho, de manera que las diminutas naos parecían moscas perdidas en aquella inmensidad.

—¡Trigueros! —gritó Serrano con la mano derecha en el pinzote. Llevaba a la *Santiago* hacia estribor y había comenzado a describir una gran curva no para acercarse a la *Concepción*, sino para alcanzarla manteniendo una prudencial distancia entre ambas—. ¡A la cofa!

El onubense hizo lo que se le ordenaba y saltó desde la verga en la que se hallaba hasta la cofa del palo mayor. En realidad, situar allí a un marinero carecía de sentido: la visibilidad era perfecta y desde el pinzote se podía seguir el rastro de la *Concepción* sin dificultad alguna. No obstante, los marinos como Serrano no habrían iniciado la persecución de una nave amiga o enemiga sin apostar antes a un hombre en tareas de vigilancia. Decían que se trataba de que

desde el pinzote no siempre se veía bien, y hasta podían tener algo de razón pues el castillo de proa obstaculizaba el campo de visión. Pero la verdad, la verdad desnuda era que cuatro ojos ven más que dos y perseguir un barco sin un tío en la cofa es como ir sin calzoncillos: se puede, aunque no acaba uno de sentirse cómodo del todo.

—¡Casi no se mueven! —gritó Trigueros asomando medio cuerpo de la cofa.

La *Concepción* se estaba deteniendo. Se situó muy cerca de la embocadura del puerto natural y, con la proa orientada hacia una costa y la popa hacia la otra, aguardó. Se trataba de una posición algo amenazante, pues las lombardas de la nave apuntaban a cualquiera que se aproximase a ella, pero Trigueros no observó los movimientos que los lombarderos realizan al cargar. En la cubierta de la *Concepción* reinaba la calma.

El capitán Serrano, por si acaso, colocó a la *Santiago* fuera de la línea de fuego de la *Concepción* y continuó describiendo una curva en torno a ella. Y él sí que ordenó que se cargaran sus lombardas. A bordo de la *Santiago* solo había dos artilleros, pero de los buenos. En las naves ligeras, la dotación era escasa y no siempre demasiado selecta. Los lombarderos, con todo, se solían escoger con esmero, pues no parecía extraño que fueran estas las primeras naves en abrir fuego si era necesario. Bastaba con ver a quién había destacado Magallanes en cuanto percibió la primera evolución extraña.

Cuando veinte minutos más tarde la *Santiago* se dispuso a la altura de la *Concepción*, lo hizo enfilando con su lado de babor la popa de esta. Solo restaba que alguien diera la orden para que la *Santiago* abriera fuego ante una totalmente indefensa *Concepción*. Serrano respiró tranquilo. Esa orden no sería necesaria pues el capitán Quesada les estaba mostrando sumisamente el culo.

Unos y otros, con todo, dejaron que trascurriera perezosamente el tiempo. En la *Concepción*, pensaban que este jugaba a su favor y, por ello, pusieron en marcha el simulacro de deserción. No habían sacrificado nada y Magallanes se había visto obligado a mostrar parte de su jugada. Existe una diferencia entre saber a ciencia cierta que tu contendiente va a actuar de una forma concreta y observarlo actuar de tal forma. Hacía tiempo que los acontecimientos se habían precipitado y la maniobra de la *Santiago* finalmente confirmaba este extremo.

Y a bordo de la *Concepción* todavía no sabían que el capitán Coca acababa de ser relevado del mando.

* * *

La *Concepción* terminó por regresar al redil. Al rato, la *Santiago* la siguió y las cinco naos se situaron al fondo del puerto natural, protegidas de los vientos heladores en una zona de poco fondo. Un bote de la *Trinidad* había estado explorando, durante toda la tarde, las inmediaciones. Buscaba el lugar más adecuado para anclar definitivamente las naos. Tras un minucioso rastreo, una hora antes del anochecer regresó con buenas noticias pues, aunque los fondos eran arenosos, no advirtió la presencia de las temidas rocas que podrían agujerear los cascos. Se decidieron por un pequeño recodo en el que un cabo creaba una especie de refugio dentro de la gran bahía y botaron las anclas. Permanecerían así durante meses y solo se moverían para embarrancar voluntariamente las naves en tierra y calafatearlas de arriba abajo.

Lánguidamente, la noche cayó sobre el puerto de San Julián. Desde la cubierta de una nao se podían escuchar las conversaciones que estaban teniendo lugar sobre las cubiertas de las restantes. Magallanes había ordenado que se agruparan tanto como pudiesen, pues aquella parecía la mejor defensa ante un posible ataque de indios hostiles. Por supuesto, a esas alturas, nadie creyó en las explicaciones dadas y, la verdad, ni siquiera al propio Magallanes le importó demasiado.

Lo que sí parecía claro era que, tras la maniobra de la *Santiago*, si los insurrectos pretendían que la partida se mantuviera viva, debían mover ficha. Y la movieron en cuanto anocheció por completo.

En la *Concepción*, la noticia de que Coca había sido relevado por Mesquita sentó como un tiro y precipitó los acontecimientos. El plan trazado por Mendoza, Cartagena y Quesada constaba de un único punto: tomar la *San Antonio* para, así, inclinar definitivamente la balanza a favor de los insurrectos. Con la *San Antonio* en sus manos, al capitán general Magallanes solo le quedaría su propia nave y la diminuta *Santiago*. Si no se rendía de inmediato, lo dejarían madurar hasta que sus oficiales, visto lo visto, lo abandonaran y se pasaran al bando ganador.

Se decidió que Mendoza se mantendría en la *Victoria* por si era necesario ejercer la fuerza desde allí. Creían que el asalto de la *San Antonio* se llevaría a cabo con limpieza, pero convenía ser precavidos y no descuidar ningún ángulo del motín. Si el abordaje de la *San Antonio* salía mal, la *Victoria* debía ayudar a la *Concepción* a cubrir a los hombres que habían participado en él. Así las cosas,

Cartagena y Quesada se pusieron al mando. Treinta hombres armados, provenientes tanto de la *Concepción* como de la *Victoria*, se preparaban para subir a bordo de la *San Antonio*. Fuerza bruta y muchas armas.

Juan Rodríguez el Sordo participó en el abordaje. A sus veintidós años, esta era la primera rebelión en la que participaba y esperaba que fuera la última. Desde el momento en el que le dieron la escopeta ya cargada y le ordenaron que aguardara en cubierta, al Sordo lo prendió el miedo más grande que jamás había sentido. Puede que solo tuviera veintidós años, pero llevaba quince de ellos embarcado y había pasado por mucho más de lo que cualquiera creería. En una ocasión, un huracán los tuvo sobre la cresta de una ola gigantesca durante siete horas. Se dejaron la piel en cubierta y, cuando las aguas se calmaron e hicieron recuento, se encontraron con que les faltaban dos hombres. El huracán se los había llevado de cubierta en la peor de las muertes que un ser humano puede experimentar. Arrastrado hacia el fondo del mar, cuando has descendido más allá de la parte sumergida de las olas, una placidez grandiosa lo rodea todo. Sigues vivo, seguirás estando vivo durante al menos dos minutos más, pero sabes, lo sabes con una certeza absoluta, que vas a morir. Tu momento ha llegado y solo puedes dejarte caer hacia un fondo del mar cada vez más y más oscuro y tenebroso.

El pánico que aquella noche sufrió el Sordo superó con creces al que sintió a bordo de aquel barco azotado por las olas y los vientos. Como el resto de hombres preparados para el abordaje, aguardaba en silencio mientras sentía cómo la camisa se le pegaba a la espalda por efecto del sudor nervioso.

Cartagena dirigía la operación. No los arengó, ni habló con ellos más de lo necesario. Les explicó que se disponían a tomar la *San Antonio* y que si alguno se mostraba reticente al respecto, debía decirlo en ese momento. Hacerlo no lo eximiría de participar en el abordaje, pero Cartagena quería tenerlo en cuenta por si no tenían éxito: él era un caballero y asumiría toda la responsabilidad en el motín, liberando a los hombres bajo sus órdenes de cualquier carga. Cartagena era plenamente consciente de que Magallanes no tragaría con algo así. La marinería, no tanto.

El Sordo se había mordido el labio inferior hasta hacerse sangre. Por fin, llegó la orden de embarcar. Alguien había situado dos botes en el lado de babor de la *Concepción*. La *San Antonio* se encontraba anclada a estribor, de manera que podrían subir a bordo de los botes a los rebeldes sin que nadie se diera cuenta.

—Silencio absoluto —pidió Cartagena en un susurro. Los marineros comenzaron a descender por los cabos y a ocupar su lugar en los botes. Quesada aguardaba ya en uno de ellos mientras que Cartagena, quien permaneció en cubierta hasta que el último de sus hombres hubo descendido, embarcó en el otro.

El cielo se hallaba encapotado y no había luna. Dado que se encontraban al abrigo de la tierra cercana, apenas corría brisa y la mar no se movía. Los dos botes avanzaron en silencio abriéndose paso en la oscuridad. Hubo quien se puso a rezar, pero lo que más tarde recordarían los presentes fue el chapoteo lento de los remos en el agua.

Juan Sebastián Elcano viajaba en el segundo bote, junto a Cartagena.

* * *

Martín de Goitisolo no podía conciliar el sueño y se hallaba en pie sobre la cubierta de la *San Antonio*. La mayor parte de la tripulación dormía junto a las bordas, pues estas resguardaban a los hombres del viento. Sin embargo, hacia popa solía quedar un lugar despejado por si a la oficialidad le daba por estirar las piernas. Goitisolo había caminado hasta allí y se entretuvo escuchando los ronquidos de los hombres. La cocina se había apagado, aunque aún conservaba algo de calor y el calafate puso sus manos sobre el hierro. Después, escuchó ruidos a sus espaldas. Se dio media vuelta y observó una sombra moviéndose deprisa entre los cuerpos de los marineros dormidos. Le pareció raro y, sin pensárselo dos veces, acudió a interesarse. Quizás alguien se encontrara enfermo.

El Sordo, que había trepado hasta la cubierta agarrándose a las grietas del casco, se afanaba en lanzar cabos por la borda.

—¿Qué haces? —le preguntó Goitisolo acercándose a él. A pesar de la oscuridad que se cernía sobre la *San Antonio*, pudo reconocer al Sordo. Lo conocía, claro, y sabía que él no pertenecía a la dotación de la *San Antonio*. ¿Por qué estaba allí y por qué lanzaba cabos por la borda? Una vez anochecido, todos los cabos tenían que encontrarse recogidos. Un marinero como el Sordo debería saberlo.

—Lárgate, tío —contestó el Sordo sin detenerse.

—Pero… —continuó un tanto confuso Goitisolo. Durante las últimas horas, el hecho de que una rebelión se hallaba en marcha había sido la comidilla de las tripulaciones. No se hablaba de otra cosa. No obstante, siempre existen hombres que permanecen ajenos a lo que está sucediendo. Hombres a salvo de todo en el interior de su propio mundo. Hombres que, como Goitisolo, acostumbran a refugiarse en la cotidianeidad porque ese lugar es siempre amable y seguro—. No puedes lanzar cabos por la borda a estas horas. Es de noche y por la noche…

El Sordo se incorporó y se giró hacia él. Le puso una mano en el hombro, algo que incomodó a Goitisolo, y le dijo:

—Ve a proa y quédate allí. En serio, hazme caso. Lo que va a suceder aquí no es asunto tuyo.

Durante un par de segundos, ambos hombres se sostuvieron la mirada en la oscuridad. Por fin, Goitisolo asintió, dio media vuelta e hizo lo que el Sordo le había indicado: tanto el camarote del capitán Mesquita como la oficialidad de la *San Antonio* se ubicaban a popa; el lugar más seguro durante la próxima media hora sería, por lo tanto, la proa de la nave.

Treinta hombres comenzaron a ascender por los cabos que el Sordo les había lanzado. Tuvieron que idear, sobre la marcha, un sistema para izar las escopetas pues no podían trepar asiéndolas al mismo tiempo. Elcano les ordenó dejarlas en los botes y se ocupó de soplar suavemente las mechas para que no se apagaran. Acto seguido, cuando casi todos los hombres habían alcanzado la cubierta, indicó a uno de ellos que se situara en mitad del cabo. Se llamaba García y había nacido en Huelva. García enroscó su pierna derecha en el cabo y practicó en este un pequeño nudo a la altura del pie para utilizarlo de apoyo. Se trataba de una maniobra que repetían a diario en el aparejo de las naos, sencilla e infalible.

Elcano fue pasándole las escopetas y García hacía lo propio con los hombres que los aguardaban sobre la cubierta de la *San Antonio*. No les llevó ni dos minutos armar a la tropa de rebeldes. Por fin, Elcano ascendió por el cabo, saltó la borda y pisó la cubierta de una nave que, si las cosas salían como pensaban, les pertenecería más pronto que tarde.

* * *

En el interior del camarote del capitán, Mesquita había reunido a sus oficiales. Solo hacía unas pocas horas desde su nombramiento y necesitaba conocer, de

primera mano, el funcionamiento de la *San Antonio*. Por poco no solicita que le hicieran un resumen rápido, con palabras sencillas, como quien le explica en qué consiste la capitanía de una nao exploradora y mercante a un niño de cuatro años. Afortunadamente, Mesquita tuvo los reflejos suficientes para, al menos, mantener el tipo ante la oficialidad. No en vano, no se había dedicado a otra ocupación en su vida entera: fingir que era lo que no era y que sabía hacer lo que no sabía. Se trata de un arte, de manera que no convendría condenar tan pronto a un tipo como Mesquita. A fin de cuentas, ahí estaba: muchísimas leguas más allá de la última frontera conocida y a punto de enfrentarse a un motín en toda regla. Diera o no la talla, Mesquita ocuparía, para siempre, un lugar destacable en la historia de esta expedición.

En el camarote, se sentaban a la mesa el destituido Coca, el maestre Elorriaga, los dos pilotos con los que contaba la *San Antonio*, un cura llamado Pedro Sánchez Reina y el propio capitán Mesquita. Además, se daban cita un buen número de criados, los cuales se habían ocupado de que el vino corriera en abundancia. A bordo de los barcos se bebía de continuo y en firme, pero las raciones de las tripulaciones se encontraban medidas y, a pesar de que las cantidades eran más que generosas, rara vez se caía del lado de la ebriedad. Los oficiales, cuando el capitán así lo disponía, no se sujetaban al habitual racionamiento. Mesquita, que quiso agradar desde el primer momento, decidió vaciar el tonel del mejor vino que guardaban en la bodega. A fin de cuentas, pertenecía al maldito Cartagena.

Fue precisamente Cartagena el primero en acceder al concurrido camarote. Salvo Goitisolo y un grumete despistado, nadie se había dado cuenta de que a la *San Antonio* habían llegado treinta hombres armados. O puede que sí, y que se hicieran los dormidos. Bien mirado, ¿qué más le daba a un marinero si el mando lo ostentaba Magallanes o cualquier otro? Lo importante en mitad de una rebelión es salir bien parado. Y a los que duermen en paz, se los suele dejar tranquilos.

—Buenas noches, señores —dijo Cartagena tras cruzar la puerta del camarote. Se había hecho a un lado para que, tras él, accedieran al interior del mismo tantos hombres armados como cupieran. Quesada también entró mientras que Elcano permaneció en el exterior, vigilando la cubierta.

La cara de sorpresa con la que los recibieron Mesquita, Coca y los demás dejó muy a las claras que el asalto había sido llevado adelante con éxito. Se les

habían echado encima sin que se dieran cuenta de lo que sucedía. Perfecto. A ver qué tal a continuación.

—¿Qué es esto? —preguntó Mesquita poniéndose en pie. Tenía un vaso de vino en la mano y Cartagena supo que había bebido bastante más de la cuenta. El resto de ocupantes del camarote lo imitó y se puso en pie.

—Vengo a reclamar lo que es mío —respondió Cartagena.

—Pero… —titubeó Mesquita antes de que le fallara la voz.

—Soy Juan de Cartagena, capitán legítimo de la nao *San Antonio* y veedor del rey. A partir de este momento, asumo la capitanía de esta nave.

—Eso es imposible. El capitán soy yo.

—¿Por orden de quién?

—Por orden del capitán general Magallanes.

No fue nada propio de un caballero, pero Cartagena no pudo evitar que una sonrisa un tanto indecorosa aflorara a su rostro.

—¿Usted? ¿En serio?

Mesquita estaba como una cuba. Sin embargo, aquello lo recordaría para siempre.

Durante un rato, nadie añadió nada y en el camarote solo se escucharon las respiraciones agitadas de los hombres que permanecían en su interior. La mayor parte de la oficialidad estaba a verlas venir, una forma muy española de afrontar la incertidumbre. De quien no diera un paso al frente podría decirse que no había defendido del todo la legitimidad del capitán general. No obstante, como todas las acusaciones de pasividad, la imputación caía dentro del terreno de lo etéreo. Sí, quise responder pero pronto comprendí que ellos eran demasiados; sí, estuve a punto de respaldar al capitán Mesquita justo cuando los acontecimientos se precipitaron; sí, el miserable Cartagena hizo que los traidores nos apuntaran con los cañones de sus escopetas, etcétera.

Así las cosas, un hombre reaccionó y exigió que, de inmediato, se depusieran las armas. Fue el maestre Elorriaga, aquel al que el futuro le llevaba reservando, desde mucho tiempo atrás, una certera puñalada.

—¡Basta! —gritó Elorriaga. Cartagena se giró en su dirección y experimentó cierta admiración por él. Caramba, ¿acaso pensaban rendirse sin tan siquiera efectuar el mínimo paripé? Por el amor de Dios, se suponía que allí todos eran hombres de honor, caballeros muchos de ellos. ¿Dónde quedaba la honra? La misma que él venía a reclamar era la que a Mesquita le estaban arrebatando. ¿Y lo aceptaba sin pelear?

—Hágase atrás —ordenó el capitán Quesada, interviniendo por primera vez.

—Esto es una sedición —continuó Elorriaga, quien no poseía el don de la oportunidad, ni tampoco el de la elocuencia. Pues claro que se trataba de una sedición. ¿Habían llegado treinta hombres armados desde la *Concepción* y la *Victoria* para preguntar qué tal las vistas desde la *San Antonio*?

—Por segunda vez se lo digo —volvió a intervenir Quesada—: Dé un paso atrás ahora mismo.

—No puedo consentirlo —siguió a lo suyo Elorriaga. Poco a poco, había comenzado a caminar en dirección a Cartagena, aunque no parecía mostrar agresividad, sino sorpresa—. Existe un procedimiento para hacer llegar las quejas al capitán general y ese procedimiento…

—No me joda, Elorriaga, que usted es de Sevilla —dijo Cartagena.

—De dónde sea cada cual carece de importancia.

—¿Va a apoyar a un puto portugués de los cojones?

—Defiendo las órdenes que se nos han dado. Y estas pasan por…

No pronunció ni una sola palabra más, pues, entonces, el capitán Quesada sacó un largo cuchillo y se lo clavó a Elorriaga en mitad del pecho. Sin contemplaciones ni titubeos. Directo al esternón.

Existen muy pocas posibilidades de atravesar, con un puñal, el esternón de un hombre sin al menos rozarle el corazón. El caso de Elorriaga fue uno de ellos y, gracias a este inusual golpe de fortuna, no murió en el acto. Aún aguantaría vivo durante algún tiempo, pero la puñalada recibida, lo comprendieron todos los testigos de inmediato, había resultado mortal. El pundonor de Elorriaga lo había enviado a la tumba.

Una vez que corre la sangre, una vez que alguien apuñala a alguien, ya solo puede haber vencedores y vencidos. De esta forma, o Magallanes los derrotaba o los rebeldes derrotaban a Magallanes. A juzgar por lo que sucedió durante los instantes posteriores al apuñalamiento de Elorriaga, tanto Cartagena como Quesada creyeron firmemente que la victoria caería de su lado.

Ni uno solo de los hombres presentes en aquel camarote mostró la menor objeción al apuñalamiento de Elorriaga. Mientras este se desangraba en el suelo, uno de los pilotos se agachó y trató de detener la hemorragia poniendo la mano en la herida. Mientras lo hacía, levantó la mirada hacia Cartagena para hacerle comprender que aquello solo suponía el proporcionado auxilio que cualquier oficial merece, no un alineamiento con las tesis que Elorriaga había defendido.

Cartagena asintió y hasta permitió que lo tumbaran sobre la mesa para vendarle la herida.

La sangre brotaba a borbotones del pecho del maestre de la *San Antonio*. Uno de los criados alargó un trapo sucio y con esto le taponaron el agujero. Alguien susurró que buena pinta no tenía y Cartagena fue al grano.

—Mesquita, está usted relevado del mando de la *San Antonio*. ¿Comprende lo que le estoy diciendo?

Mesquita asintió.

Con la *San Antonio* en poder de los insurrectos, la rebelión había culminado con éxito. Ya solo faltaba que Magallanes reconociera su derrota. Más tarde, trazarían un plan para la expedición. Quizás regresaran a España. O puede que atravesaran el Atlántico hasta alcanzar el cabo de Buena Esperanza. Ya lo decidirían en otro momento.

* * *

Cartagena y Quesada decidieron tomarse los acontecimientos con prudencia. Ninguno tenía experiencia en motines, pero el instinto les decía que hasta que no obtuvieran la rendición explícita del oponente, más les valía moverse con tiento. Que habían vencido era un hecho. Que Magallanes lo comprendiera y lo admitiera, estaba por ver.

Tras los incidentes en el camarote del capitán depuesto, los hombres, insurrectos y rendidos, salieron a la cubierta y respiraron el aire puro de la noche. En el resto de las naos reinaba la calma y apenas se avistaban luces prendidas. Cuando navegaban, la *Trinidad* acostumbraba a llevar un farol encendido en popa para que el resto la pudiera seguir sin dificultades. Ahora, con las anclas echadas, el farol aparecía apagado.

—Alguien debería ir hasta la *Trinidad* y parlamentar con Magallanes —reflexionó en voz alta Quesada. La marinería que había permanecido dormida hasta entonces despertaba poco a poco. Con ojos somnolientos, vieron a los hombres armados a bordo de la nao y preguntaron directamente qué sucedía. Los rebeldes no se anduvieron por las ramas y les comunicaron que Cartagena había recuperado la capitanía de la *San Antonio*. A la mayoría de los marineros, grumetes y pajes no les pareció ni bien ni mal. En lo que a ellos respectaba, hasta

salían ganando. Recordaban a Cartagena como un buen capitán que siempre los había tratado con justicia. Un auténtico señor, diablos.

—Nadie subirá a la *Trinidad* —repuso Cartagena—. Es demasiado peligroso.

—¿Y cómo lo hacemos? —preguntó Quesada—. Lo que está claro es que debemos hablar con Magallanes.

Cartagena se tomó unos segundos para pensárselo. A continuación, expuso:

—Usaremos uno de los botes para enviar una delegación a la *Trinidad*. Uno de nosotros irá al frente y le pedirá a Magallanes que acuda a la *San Antonio* con la intención de reunirnos en consejo general.

—¿Y quién va? —preguntó Quesada—. Yo no puedo. Tengo las manos manchadas de sangre. Magallanes no parlamentará conmigo.

—Cierto… Que vaya Elcano.

—A Magallanes no le gusta Elcano.

—A Magallanes no le gusta nadie excepto Magallanes. Pero respeta a Elcano, estoy seguro. Es de ese tipo de hombres en los que tiende a confiar. Sabrá que, al menos en esto, no le mentimos.

Cuando le comunicaron la decisión a Elcano, este se limitó a asentir. Ni siquiera preguntó si podía él elegir a los marineros que le acompañarían. No, se dirigió hacia la borda de la *San Antonio*, observó los dos botes en los que los amotinados habían llegado y eligió el que más le gustaba.

—Seis hombres —pidió.

Cartagena buscó al Sordo y le ordenó que él y cinco más se subieran al bote en compañía del maestre Elcano. Irían desarmados como señal de buena voluntad.

—¿A la *Trinidad* desarmados? —protestó el Sordo.

—Joder, ni siquiera sois buenos tiradores —zanjó el asunto Cartagena.

El Sordo asintió y cumplió la orden de inmediato. Descendieron por los cabos y subieron a bordo del bote en el que Elcano ya los aguardaba. Un marinero se había provisto de una antorcha, más para anunciar su presencia a los de la *Trinidad* que con la intención de alumbrarse en la noche. Las noticias habrían corrido y no querían que los tomaran por una nueva avanzadilla que se disponía a asaltar la nave capitana. Mejor ir bien iluminados y con las manos donde las pudieran ver todos.

El recorrido entre una nao y otra apenas les llevó diez minutos. Desde la *Santiago*, la *Victoria* y la *Concepción*, las tripulaciones observaban en silencio.

Las bordas no habían estado tan abarrotadas desde que partieran del puerto de Sevilla diciendo adiós con las manos.

—Quietos —dijo alguien desde la *Trinidad*.

—Hostia puta, Urrutia —repuso, en el bote, el Sordo, quien había reconocido la voz de su compañero.

—Os estamos apuntando a la cabeza —añadió otra voz desde la nao—, así que pocas tonterías.

—¿Mafra? —preguntó el Sordo. Los del bote habían dejado de remar y Elcano juzgó que convenía dejar hablar a los marineros. Aquello contribuía a distender la situación, algo que, a todas luces, les convenía a ellos antes que a nadie—. Me cago en la puta, Mafra, que soy el Sordo. Como me dispares, la tenemos gorda.

—Venga, joder, quietos ahí —intervino de nuevo Urrutia. Se le notaba visiblemente nervioso. Los marineros no estaban acostumbrados a verse en circunstancias semejantes. Casi siempre, en caso de altercado, disputa o rebelión, el hecho de defender a uno u otro bando dependía más del lugar en el que les había tocado servir que de cualquier otro motivo.

El Sordo arrebató la antorcha al hombre que la portaba y se puso en pie. El bote se hallaba pegado al casco de la *Trinidad* y podían, desde abajo, observar las siluetas de al menos una veintena de hombres. En la oscuridad, se distinguían las mechas encendidas de las escopetas[25].

—¡Soy el Sordo! —gritó—. Vengo junto al maestre Elcano y estamos desarmados. Dejad de apuntarnos, me cago en mi vida, que esas escopetas las carga el demonio y vosotros no tenéis ni puta idea de disparar. ¡Vamos, hostias, que solo queremos hablar con el capitán general!

A bordo de la *Trinidad*, nadie replicó. Las mechas titilantes en la oscuridad continuaban visibles, lo cual significaba que la petición del Sordo había caído en saco roto.

De pronto, una inconfundible voz tomó la palabra.

—He oído que la *San Antonio* ha sido robada por un grupo de sediciosos. Y que el capitán Mesquita ya no se halla al mando.

Elcano, de inmediato, se puso en pie y tomó la palabra. Para que el bote no se desestabilizara y todos sus ocupantes terminaran en las frías aguas, el Sordo procedió a sentarse. Antes, le entregó la antorcha a Elcano.

—Buenas noches, capitán general —dijo.

—Buenas noches, maestre Elcano —repuso, desde la borda, Magallanes—. ¿Me confirma lo que acabo de decir?

—La *San Antonio* está ahora al mando del capitán Cartagena, señor.

—El capitán Cartagena debería encontrarse preso. Yo mismo, en persona, lo arresté.

—Pues parece que ya no lo está, señor. Y le convoca a usted a un consejo general a bordo de la *San Antonio*. Esta misma noche, señor.

—Yo no me reúno con sediciosos.

—Esto no es una sedición, señor. Le aseguro que nadie pretende mal alguno contra su persona.

—Entonces, depongan su actitud y entréguense de inmediato.

—Creo que eso no va a suceder, señor. Pero la situación puede ser reconducida si se siguen las instrucciones reales.

—¿Las instrucciones reales? ¿Acaso insinúa que no las he cumplido hasta ahora?

—Este no es el lugar ni el momento para discutirlo, señor. Sea tan amable de acudir al consejo general al que le estoy convocando. Podrá debatir todas sus objeciones con el resto de capitanes. Estoy seguro de que, entre todos, hallaremos una salida satisfactoria a esta situación.

Magallanes realizó una pausa antes de continuar.

—¿Ha corrido la sangre en la *San Antonio*?

Jamás supieron cómo una información semejante había llegado tan rápido a oídos del capitán general. Lo que sí dejaba a las claras era que los informantes de Espinosa trabajaban raudo y bien.

—Me temo que sí, señor.

—¿Mesquita?

—No, señor. Elorriaga.

—¿Está muerto?

—No lo sé con certeza. Pero la herida es muy fea, no se lo oculto.

—¿Quién ha sido?

—No lo sé, señor. Yo no me hallaba presente.

De nuevo, Magallanes hizo una pausa. Debía de estar rumiando sus opciones.

—De acuerdo, maestre Elcano —dijo por fin—. Regrese a la *San Antonio* y diga a Cartagena que tendrá mi respuesta antes de una hora.

—Sí, señor —repuso Elcano. Sostenía la antorcha con la mano derecha y

miraba hacia la cubierta de la nao—. Muchas gracias, señor.

Durante el tiempo que el bote maniobró para dar media vuelta y volver a la *San Antonio*, las mechas encendidas continuaron brillando en la oscuridad de la noche.

* * *

Elcano regresó a la *San Antonio*, donde aguardaban ansiosos. ¿Qué ha dicho? ¿Se pliega a nuestras peticiones? ¿Ha quedado bien claro que no pretendemos ejecutarlo? No habrás metido la pata con tu dichoso laconismo, ¿verdad, Elcano?

Tanto Cartagena como Quesada se quedaron satisfechos cuando Elcano ofreció las necesarias explicaciones. Todo apuntaba a que Magallanes no les causaría dificultades. Si ellos se encontraran dentro de su pellejo, aceptarían la salida honrosa que le estaban ofreciendo. ¿Qué otra cosa podía hacer, dada la situación?

Por desgracia para los sublevados, Magallanes no era de la misma creencia. A su entender, le restaban unas cuantas bazas y pensaba utilizarlas todas. Les había dicho a los insurrectos que necesitaba una hora para pensarse su oferta. Le sobraron cincuenta y nueve minutos. Ni atado de pies y manos acudiría a un consejo general a bordo de la *San Antonio*. Menos aún, aceptaría las condiciones impuestas por los sediciosos. Él era el capitán general de la expedición y lo continuaría siendo mientras respirara.

Desde un principio, Magallanes descartó utilizar a la *Santiago*. Sobre el papel, la *Santiago* no se había sublevado y permanecía fiel a la nave capitana. Sin embargo, no merecía la pena correr riesgos con un barco que, por otro lado, apenas les sería de utilidad en una bahía cerrada. Ahora mismo, la partida se jugaba en las dos grandes naos de la expedición: la *Trinidad* y la *San Antonio*. Aunque quedaba pendiente la *Victoria*, un flanco que Magallanes sabía que no debía descuidar. Según los informantes del alguacil Espinosa, a bordo de la *Victoria* continuaba el capitán Mendoza, auténtico impulsor de la sedición. Mendoza, como astuto cabecilla, se había mantenido en la retaguardia mientras el resto hacía el trabajo sucio. En la *San Antonio* había corrido la sangre e, independientemente de quién hubiera esgrimido el arma, todos y cada uno de los asaltantes podían considerarse implicados en la agresión. Mendoza, por el contrario, se hallaba a salvo. Si las cosas se torcían, él podía defenderse alegando

que ni siquiera se encontraba a bordo de la *San Antonio* cuando tuvieron lugar los deplorables sucesos. ¿Yo? Que me registren.

Magallanes utilizó la larga hora de espera para trazar un minucioso plan. Durante cuarenta minutos, permaneció encerrado en su camarote junto al alguacil Espinosa. En presencia solo de Enrique de Malaca, decidieron cuáles serían los siguientes pasos a seguir y el orden en el que los darían. Mientras Malaca servía vino en varias ocasiones, llegaron a la conclusión de que el éxito no dependía tanto de las acciones que se disponían a realizar, como de la simultaneidad de las mismas. Si alguien se adelantaba o se retrasaba, el plan tramado saltaría por los aires y los rebeldes se habrían salido con la suya.

Ya sobre la cubierta de la *Trinidad*, Magallanes y Espinosa organizaron tres botes que, al mismo tiempo, partirían en dos direcciones distintas. En el primero de ellos, viajaría el contramaestre Francisco Albo junto a dos grumetes. Este constituía el único punto del plan que podría hacer sospechar a los amotinados. ¿Qué hacía todo un contramaestre en un bote en cuyos remos se encontraban dos tristes grumetillos? Albo habría embarcado a dos recios marineros para tal labor, qué menos. No obstante, Magallanes y Espinosa confiaban en que a los rebeldes se les pasara por alto este detalle. Albo tenía la misión de ir hasta la *San Antonio* e informar de que el capitán general estaba de acuerdo en reunirse con los insurrectos, pero que se mostraba partidario de hacerlo a bordo de la *Trinidad* en lugar de en la *San Antonio*. Tan sencillo como eso. La respuesta, fuera cual fuera, daba igual. En el plan de Magallanes y Espinosa, Albo únicamente servía para distraerlos del auténtico golpe de mano que se preparaba.

Y este tendría lugar en la *Victoria*. Hacia allí se dirigirían los dos botes restantes con el grueso de los marineros disponibles.

Con una coordinación perfecta, las tripulaciones de los tres botes se completaron. En el primero, viajaba el ya mencionado contramaestre Albo junto a dos grumetes. En el segundo, el alguacil Espinosa recorrería el breve trayecto hasta la *Victoria* acompañado de seis marineros armados, Urrutia y Mafra entre ellos. Por fin, el tercer bote estaría compuesto por una dotación de quince hombres escopeta en mano. Su cometido se hallaba supeditado al de Espinosa y simplemente debía seguirlo en la oscuridad.

El plan se puso en marcha y los tres botes partieron. Magallanes permaneció a bordo de la *Trinidad* y comenzó a dar las órdenes necesarias para cumplir con su parte.

Francisco Albo alcanzó la *San Antonio* antes de que Espinosa hiciera lo

propio con la *Victoria*. Tanto Cartagena como Quesada parecieron satisfechos ante el rango de quien se les acercaba en el bote: un contramaestre era exactamente lo que aguardaban; ni un oficial de primerísima fila, ni un desgarramantas cualquiera. Si se fijaron en que a los remos se sentaban dos grumetes, ni lo mencionaron.

La conversación se mantuvo en términos cordiales, como si allí nada fuera personal. Que dice el capitán general que con mucho gusto accederá a convocar un consejo de capitanes, pero que ahora le viene fatal venir hasta la *San Antonio* y que a ver si podían ustedes hacerle el favor de subirse a un bote y remar hasta la *Trinidad*. ¿Nos ha visto cara de tontos, contramaestre? No la tomen conmigo, que solo soy el mensajero, aunque lo que planea Magallanes no deja de tener su sentido, pues la *Trinidad* es la nave capitana, al menos hasta donde sabemos. Sí, sí, todo lo capitana que quiera, pero por los cojones vamos a ir nosotros hasta allí corriendo el riesgo de caer en una emboscada. Entonces, ¿qué le digo? Dígale que por nosotros podíamos dejarlo correr. La verdad es que al capitán general tampoco le entusiasma la idea de encabezar un consejo a estas horas. Sí, son las tantas, contramaestre. Bueno, pues nosotros ya nos vamos yendo. Con Dios, contramaestre. En paz queden todos ustedes, capitanes y el resto de la compañía.

Si no fuera porque unos se hallaban sobre la borda de la *San Antonio* y los otros en el bote, se habrían abrazado fraternalmente a modo de despedida. Los grumetes, a una indicación de Albo, comenzaron a remar lentamente e iniciaron el camino de regreso a la *Trinidad*.

Mientras tanto, Espinosa había llegado a la *Victoria*. Entre su bote con seis hombres armados y el que le seguía, con quince más, había una distancia considerable. Pretendían que los de la *Victoria* advirtieran la presencia del primer bote, pero no del segundo. Debido a la oscuridad reinante, no resultó complicado.

Vasquito Gallego, como el resto de los tripulantes de la *Victoria*, se había despertado hacía un rato y vagaba por la cubierta a la espera de acontecimientos. Llevaba al hombro el papagayo que embarcara en la bahía de Guanabara, el cual, a saber cómo, no solo había sobrevivido a las duras condiciones de a bordo, sino que parecía encantado con la dieta a base de migajas de bizcocho duro a la que lo sometía Vasquito. Cabe aclarar que la única razón por la que al crío le habían permitido conservar al dichoso pájaro era porque se trataba del hijo de su padre. Un piloto es un piloto, y nadie tiene ganas de ponerse a malas con el único hombre imprescindible en una dotación.

—¿Quién va? —preguntó aquel marinero de Tudela al que llamaban Navarro.

Vasquito observó el bote en las sombras. Se escuchaba el sonido de los remos chapoteando en el agua, algunos susurros apresuradamente intercambiados entre los hombres de a bordo y el chasquido gutural con el que su papagayo advertía de que tenía el estómago vacío.

En el bote, nadie respondió a la pregunta y continuaron acercándose hasta tocar el casco de la *Victoria*.

—Lanzadnos un cabo —exigió alguien desde abajo.

—¿Quién va? —repitió la pregunta Navarro.

—El alguacil mayor Gonzalo Gómez de Espinosa. Como no me tires un cabo ahora mismo, te arranco la polla y se la echo de comer a los peces.

El papagayo de Vasquito volvió a emitir aquel sonido gutural tan característico. El muchacho estaba convencido de que su preciado bicho había aprendido el lenguaje de las personas y aquello no venía sino a demostrarlo: ya que había pitanza en juego, el animal la requería para él. A bordo, uno ha de estar siempre a lo que sale, por muy papagayo que se sea.

—¿Y qué se le ofrece a estas horas? —insistió Navarro. Espinosa miró hacia arriba y no distinguió mechas encendidas. No habían cargado las armas, lo cual era una buena señal. Creían que su posición era de tal superioridad que ni se habían tomado la molestia de ir a por las escopetas. El tono que se permitía Navarro respaldaba esta suposición.

—Traigo un mensaje para el capitán Mendoza —respondió Espinosa tras tragar saliva. Sabía que debía mostrarse conciliador. Al menos, de momento.

—¿De parte de quién?

—De parte del capitán general Magallanes.

—¿Y qué pone en ese mensaje?

—¿Podemos subir a bordo?

—¿Qué pone en el mensaje?

—Al capitán general Magallanes le gustaría charlar amigablemente con el capitán Mendoza. Cree que se ha producido una serie de malentendidos que estaría encantado de aclarar.

—¿Malentendidos?

—Por parte de unos y de otros. El capitán general Magallanes se muestra dispuesto a aceptar su parte de culpa si eso contribuye a reducir la tensión.

A bordo de la *Victoria* nadie replicó nada. El papagayo de Vasquito Gallego

chasqueó la lengua y emitió un sonido que, a los que prestaron atención, les pareció identificar con una palabra: trampa.

—Ssshhh… —musitó Vasquito, quien no deseaba meterse en líos. Sujetó la cabeza del papagayo con una mano y este aprovechó para lanzarle un picotazo. El muchacho se dolió en silencio.

—De acuerdo, suban —expresó, por fin, alguien a bordo de la *Victoria*. Se trataba del capitán Mendoza, que hasta entonces se había mantenido, expectante, en un segundo plano.

Espinosa trepó por el cabo que le ofrecían y los seis hombres que viajaban junto a él hicieron lo propio. Ya sobre la cubierta de la *Victoria*, el alguacil trató de aparentar afabilidad. Había no menos de veinte personas rodeando a los recién llegados. Urrutia reconoció la mayoría de las caras y Mafra hasta saludó a algunos amigos. ¿Qué clase de jerezano bien nacido sería si no saludara como Dios manda a los conocidos? Estamos en medio de una rebelión y todo eso, pero un compadre es un compadre.

—Buenas noches, capitán —saludó Espinosa.

—Buenas noches, alguacil —correspondió Mendoza.

—Disculpe por esto —dijo Espinosa señalando con un golpe de cabeza a su escolta armada—. No creo que sean necesarios, pero comprenderá usted que las cosas se han puesto un tanto tensas…

—Sí, diría que sí.

—Creo que lo que traigo para usted contribuirá a relajar el ambiente.

—Nada me complacería más.

—Se trata de una carta del capitán general. Si me lo permite, la voy a sacar del bolsillo interior de mi chaqueta.

—Por supuesto, adelante.

Espinosa hizo exactamente lo que acababa de anunciar: metió la mano bajo la chaqueta, extrajo un papel enrollado y se lo tendió al capitán Mendoza.

—Con los mejores saludos del capitán general Magallanes.

El papel, que sin duda contenía un mensaje, venía anudado y convenientemente lacrado. En el camarote, Mendoza guardaba un puñalito que se usaba para cortar la cinta y desprender el lacre. Allí, en mitad de la cubierta y con casi treinta hombres rodeándole, decidió que no merecía la pena acudir a por él. De este modo, arrancó de cualquier forma el lazo y el lacre y procedió a desenrollar el papel a la vista de todos. La expectación era tal que hasta el papagayo de Vasquito había enmudecido.

Mendoza comenzó a leer moviendo la cabeza de un lado a otro. Cuatro faroles encendidos iluminaban tenuemente la escena y le daban a la cubierta de la *Victoria* un aspecto un tanto lúgubre que casaba a la perfección con los sucesos que se hallaban a punto de acontecer.

En la misiva, no ponía nada que el alguacil Espinosa no hubiera anunciado un rato antes. Magallanes se mostraba dispuesto a entrevistarse con Mendoza en el modo y forma que este considerara adecuado. Se ponía, de la manera más sumisa, a su entera disposición. Mendoza, sonriente, creyó entonces que habían ganado y que el capitán general Magallanes dejaría de ostentar dicho rango antes del amanecer.

Lo creyó, sí, y no creyó muchas cosas más, pues, en ese instante, el alguacil Espinosa extrajo del interior de su chaqueta un largo cuchillo y, en un movimiento rápido y preciso, se lo clavó en el cuello al capitán Mendoza. Hasta la empuñadura. Mendoza tuvo tiempo de levantar la mirada del papel y de abrir mucho los ojos. Acto seguido, se desplomó, muerto, sobre el tablamen de la *Victoria*.

Todos, hombres de uno y otro bando, se quedaron paralizados. Urrutia, Mafra y los cuatro marineros restantes que provenían de la *Trinidad* no habían sido informados de los detalles de la misión. Se les había comunicado que se trasladarían hasta la *Victoria* con la intención de hacer llegar un rotundo mensaje al capitán Mendoza. Ninguno pensó que la rotundidad adquiriría semejante firmeza. Desde luego, el alguacil Espinosa lanzó un mensaje claro hasta al más débil de entendederas.

En ese momento, los quince hombres que llegaban en el tercer bote subieron a bordo. Lo cierto fue que habrían resultado innecesarios pues, tras los hechos que acababan de tener lugar, nadie parecía dispuesto a continuar ofreciendo oposición alguna. Espinosa se dirigió con la mirada al piloto Vasco Gallego y este se limitó a asentir. En lo que a él respectaba, los asuntos estaban en orden. Mendoza encabezaba una sedición en toda regla y había recibido el castigo que merecía. Punto y final.

—Que nadie toque el cadáver —ordenó Espinosa. Magallanes le había pedido que hiciera todo lo posible por conservarlo. Tenía planes para él—. Considero que la *Victoria* vuelve a estar bajo el mando del capitán general Magallanes. Cualquier hombre que, por cualquier medio, se oponga a esto que digo, recibirá el mismo trato que el capitán Mendoza.

Tanto el maestre como el contramaestre de la nao asintieron. Lo que habían

contemplado los había dejado helados. Ellos habían visto mucho en la vida, pues no existe hombre de mar que no se halla enfrentado a lo inimaginable. Pero el asesinato a sangre fría de todo un capitán de nao superaba, con creces, lo soñado. El recuerdo de aquel acontecimiento los acompañaría por siempre jamás, hasta el último día de sus existencias.

—Gracias, señores —concluyó Espinosa—. Confío en que esto acabe bien para todos.

Dicho lo cual, se dirigió a la borda y regresó al bote junto a sus seis hombres. Urrutia y Mafra, quienes todavía no habían salido de su asombro, lo siguieron sin pronunciar palabra. A bordo de la *Victoria* quedó un retén de diez hombres armados provenientes todos ellos del segundo bote. Los otros cinco acompañaron a Espinosa, en el viaje de regreso a la *Trinidad*.

* * *

En la *Trinidad*, no se había perdido el tiempo. Bajo la supervisión personal de Magallanes, se había dispuesto todo para el momento en el que Albo y Espinosa regresaran. Lo hicieron, Albo primero y Espinosa después, casi al unísono. Los acontecimientos se habían desarrollado tal y como Magallanes había previsto. Ahora tocaba abordar la parte final del plan: evitar la fuga de la *San Antonio*.

Tanto Magallanes como Espinosa estaban seguros de que la noticia de la muerte de Mendoza saltaría rápido desde la *Victoria* hasta la *San Antonio*. Durante la conversación que ambos habían mantenido un rato atrás en el camarote de la *Trinidad*, alcanzaron la certeza de que, precipitados los hechos, a Cartagena y a Quesada no les quedaba otra salida que la huida a España. Considerarían que la rebelión se había truncado y sus vidas allí corrían un más que serio peligro. Así que pondrían un océano de por medio.

La *Trinidad* trataría de impedirlo. Para ello, se ordenaría, de inmediato y sin ocultarse, que se encendieran luces sobre la cubierta y se largaran velas. Hasta el instante de darse la orden, la marinería se había movido prácticamente a tientas. Tenían hombres encaramados a las vergas, listos para largar, aunque a la expectativa. Tenían, también, al piloto Esteban Gómez en el pinzote para llevar adelante la dificultosa maniobra que pretendían desarrollar. Y tenían, por fin, a los tres lombarderos de a bordo disponiendo la pólvora y las balas. Allí se preparaba una fiesta de esas que no se olvidan jamás.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó Magallanes a Espinosa en cuanto este subió a cubierta.

—Como lo habíamos planeado —respondió el alguacil.

—¿Y la tripulación?

—Se ha rendido sin contratiempos.

—¿La *Victoria* es nuestra?

—Enteramente, señor.

El capitán general llamó al maestre de la *Trinidad*.

—¿Señor?

—Continuamos adelante.

El maestre saludó con el mentón, se encaminó hacia el lugar donde aguardaba el contramaestre y transmitió la orden. Este sí profirió un grito que pudo escucharse hasta en el rincón más recóndito del puerto de San Julián.

—¡Atención! —vociferó el contramaestre de la *Trinidad*—. ¡Prended las luces! ¡Largad las velas! ¡Cada hombre a su puesto!

* * *

Como Magallanes había previsto, los terribles sucesos acaecidos en la *Victoria* pronto se supieron a bordo de la *San Antonio*. El alguacil Espinosa había asesinado de una cuchillada al capitán Mendoza y la *Victoria* se había rendido. De pronto, Cartagena, Quesada y Elcano comprendieron que la rebelión había fracasado. Sin la *Victoria* de su parte y con Mendoza muerto, a los insurrectos apenas les quedaban la *Concepción* y la *San Antonio*. Y la oficialidad de la *Concepción*, ellos mismos, se encontraba a bordo de la *San Antonio*.

Vieron cómo se encendían luces en la cubierta de la *Trinidad*. Y cómo decenas de hombres comenzaban a trabajar en mitad de la noche.

—Maldita sea —resumió el sentir general Cartagena.

—Tenemos que salir de aquí —dijo, nervioso, Quesada. Si los atrapaban, los juzgarían por sedición. Y a él, además, por el intento de asesinato de Elorriaga. O escapaban de inmediato, o era hombre muerto.

—¿Y adónde vamos? —preguntó Elcano—. ¿A Buena Esperanza?

—¿Atravesar el océano para doblar el cabo y continuar viaje? —repuso Cartagena—. No, esto se ha terminado. La expedición concluye ahora mismo. Asumo toda la responsabilidad en mi calidad de persona adjunta y veedor del

rey. En lo que a todos ustedes respecta, soy el nuevo capitán general de la expedición. Y ordeno que larguemos velas y abandonemos este lugar. Regresamos a España.

Elcano observó los movimientos a bordo de la *Trinidad*. Casi habían terminado de desplegar el velamen. Y no estaba seguro, pues desde su posición no lograba atisbar con claridad, pero daba la sensación de que habían izado el ancla.

—Primero hay que regresar a la *Concepción* —expresó.

La *Concepción* era su nave. Y la de Quesada. Abandonarla a su destino era algo que, sencillamente, no le cabía en la cabeza.

Cartagena, por suerte o por desgracia, no era un hombre de mar y aquellas disquisiciones le traían al pairo. Además, ¿acaso no se hallaban a bordo de la *San Antonio*? ¿Y la *San Antonio* no había sido, desde el principio, la nao que él capitaneaba? Pues se encontraban en el lugar adecuado. Aquella marinería respondería a sus órdenes sin dudar. ¿Probaban?

—No hay tiempo para regresar a la *Concepción*. Olvídelo, Elcano.

—El capitán general tiene razón —arguyó Quesada, ofreciendo, por primera vez, aquel trato a Cartagena. A Quesada, todo lo que no fuera salir raudos del puerto de San Julián le parecía la peor de las ideas. Todavía tenía salpicaduras de la sangre de Elorriaga en sus solapas. Bueno, di que el maestre de la *San Antonio* continuaba con vida. Decían que de esta no salía, aunque le había tocado una de esas muertes agónicas y dolorosas que se postergan y se postergan. A lo mejor conseguían salvarlo y salvar, así, a Quesada. Lo pensó durante un momento, seriamente. De inmediato, desdeñó la idea. Magallanes no tendría clemencia con él—. ¡Hay que largar velas de inmediato!

—Pero ¿estamos seguros de que Mendoza ha sido asesinado? —preguntó, siempre cauto, Elcano.

—¡Hostias, maestre! —bramó Quesada. Escupía pizquitas de saliva al hablar y goterones de sudor le resbalaban sienes abajo—. ¡Claro que lo han matado! ¡Ha sido Espinosa! ¡Las noticias son ciertas! ¡Escapemos ya!

—¿Qué hace la *Trinidad*? —preguntó, entonces, Cartagena.

Cartagena demostró, una vez más, su completa incompetencia a bordo de un barco. Elcano leía perfectamente la situación. Quesada, un marino al borde de un ataque de nervios y que, además, había nacido tierra adentro, leía perfectamente la situación. Sin embargo, a Cartagena había que explicársela.

—Se nos anticipan —dijo Quesada.

—¿Cómo que se nos…? —comenzó a preguntar un cada vez más confuso Cartagena.

—Van a cerrarnos el paso —sentenció Elcano.

Entonces Cartagena cayó en la cuenta. Mientras ellos discutían qué hacer, Magallanes había adivinado cuál sería su decisión final. Y actuaba en consecuencia. Se disponían a taponar con la *Trinidad* la bocana del puerto de San Julián. Podrían haberlos dejado ir, pero ¿sería esto propio de alguien del carácter de Magallanes? No, las rebeliones se ganan o se sofocan. Por mucho que Cartagena hubiera equiparado esta situación a una partida de ajedrez, aquí no existían las tablas. Y Magallanes pretendía dar el jaque mate definitivo.

¿Con qué contaban? Veamos. El maestre de la *San Antonio* era el apuñalado Elorriaga, al que había que descartar por razones obvias. Asumiría sus tareas Elcano, que ostentaba el mismo rango. Cartagena así lo dispuso y, aunque el de Guetaria objetó que él desconocía los entresijos de la *San Antonio,* el veedor real no se anduvo por las ramas: Elcano, comience a transmitir órdenes al contramaestre y consiga que este barco navegue de inmediato; o le aseguro que alguien, Magallanes o yo mismo, le colgará por los huevos del palo mayor.

Contaban también con Antonio de Coca, aquel contable que había sido capitán de la *San Antonio* hasta que Magallanes lo destituyera por Mesquita. Le preguntaron de qué parte estaba y el tipo les aseguró que de la suya, por supuesto. Le habría respondido lo mismo al diablo si este le hubiera formulado idéntica pregunta. En fin, no les ocasionaría dificultades.

Y contaban con la tripulación de la *San Antonio,* la cual no se mostraba reacia a seguir las órdenes de la nueva oficialidad sobrevenida. Resulta un tanto complicado de explicar y de comprender, pero las tripulaciones de un barco suelen funcionar como un ente propio y compacto. En casos como el actual, donde las decisiones a tomar implican consecuencias capitales, es rara la situación en la que una dotación se divide entre partidarios y detractores. No, lo normal es que todos acaben de un lado o de otro. Y esa elección, ese deslizamiento hacia babor o a estribor, puede depender de un hecho nimio y hasta insignificante. Así sucedió a bordo de la *San Antonio,* donde la presencia del Sordo logró que la balanza se inclinara del lado de los amotinados.

—Yo me vuelvo a Sevilla, tíos —dijo en tono ufano y distendido—. Al loco de Magallanes que lo siga su puta madre. Hala, los que queráis diñarla junto a él, subíos a un bote y remad hacia el infierno. Nosotros nos vamos a casa y lo más seguro es que, de camino, hagamos una paradita en Guanabara.

En mitad de aquella noche heladora y azotados por vientos polares, la sola mención del paraíso brasileño les recordó que existía un mundo mejor. Un mundo donde las mujeres viven completamente desnudas y te sonríen con cariño aunque seas más feo que pegar a un padre y te falten siete dientes.

Quince minutos más tarde, la *San Antonio* izaba el ancla y largaba velas. Elcano, que había asumido la tarea de manejar el pinzote, no fuera el piloto de la *San Antonio* a jugársela, comprendió que la *Trinidad* les llevaba suficiente ventaja como para causarles problemas.

Una *Trinidad* que no se había molestado en disimular y que, con luces encendidas en su cubierta, se había alejado en dirección a la bocana del puerto natural. Elcano calculó que les llevaban una legua de distancia, como mínimo. San Julián era lo suficientemente grande como para que una nao pudiera esquivar a otra y en esto constituía, esencialmente, la estrategia de Elcano: en que la suerte los acompañara.

De pronto, la *Trinidad* apagó todas sus luces y la gran bahía se sumió en la oscuridad. No podían distinguirlos, aunque sabían que los aguardaban allá delante.

—Apaguemos nosotros también nuestras luces —dijo Elcano. Su tono siempre se movía en torno a la orden y la sugerencia. Cuando se lo escuchaba hablar, se hacía muy difícil no estar de acuerdo con él.

—Sí —repuso, de la forma más escueta, Quesada, que se hallaba a su lado junto al pinzote. La gran vara de madera, más alta que un hombre, se inclinaba ligerísimamente hacia estribor y, con ella, la *San Antonio*.

—Ordénelo —añadió Elcano al observar que Quesada permanecía quieto a su lado. El pánico lo paralizaba por momentos pues no se le escapaba que, de ser capturados, él se llevaría la peor parte.

—Desde luego… —musitó.

Así pues, la *San Antonio* se quedó a oscuras. Que ellos supieran, en las aguas del puerto de San Julián, dos naves con pólvora suficiente para saltar por los aires cada una de ellas daban comienzo, al tiempo, dos juegos distintos: mientras una pretendía evitar a toda costa a la otra, esta segunda no tenía un propósito distinto que detener a la primera. Solo una podía salir triunfante.

En la *San Antonio* se ordenó que nadie hablara. Lo normal durante una navegación era no hacerlo, pero convenía que los hombres lo tuvieran presente. Ahí delante se hallaba la *Trinidad,* oculta en la oscuridad, y debían esquivarla fuera como fuera.

Durante algo más de veinte minutos, la nao tripulada por Elcano se movió sigilosa sobre las aguas oscuras. Se escuchaba el chapoteo del oleaje contra el casco, el crujido de los cabos y las velas hinchándose al viento. Nada más. Elcano creyó distinguir los límites de la bocana frente a él y hacia allí enfiló la proa. Iba un poco ladeado hacia estribor, pues confiaba que la *Trinidad* se hubiera colocado en el centro de la embocadura, y cruzó los dedos para no toparse con bajíos o bancos de arena indistinguibles a simple vista en la noche.

Transcurrieron diez minutos más. La embocadura se hallaba muy cerca y Elcano ya podía distinguir lo que era mar, lo que era tierra y lo que era cielo. Pasarían.

De pronto, dos fogonazos silenciosos brillaron en mitad de la noche. Elcano supo de inmediato de qué se trataba.

—¡Fuego! —gritó—. ¡Nos disparan!

Entonces, llegó hasta ellos el sonido de los lombardazos. Bom, bom. Dos, al unísono.

—¡A cubierto! —gritó el Sordo desde un lugar indeterminado de la toldilla.

Por fin, las balas los alcanzaron. Una impactó en el castillo de proa y partió en dos la borda y otra atravesó la vela mayor causándole un agujero del tamaño de un tonel.

Elcano oyó cómo Quesada ordenaba a los lombarderos de la *San Antonio* que cargaran la artillería de babor. Dado que llevaban un rato cayendo hacia estribor, se trataba de la decisión adecuada si lo que pretendían era alcanzar a la *Trinidad* y golpearla por proa o popa antes de ganar el mar abierto. La *Trinidad* se ubicaba cruzada en la bocana, pues solo así podía haber disparado a una nave que se aproximaba a ella, pero todavía tenían tiempo para una andanada más.

A muchos marineros de la *San Antonio* comenzaron a temblarles las piernas y, como consecuencia de ello, a asolarles las dudas. La posibilidad de regresar sanos y salvos a España realizando una paradita previa en Guanabara ya no les parecía, de pronto, tan factible. Ellos no estaban acostumbrados a recibir fuego de artillería. Sí, las naos llevaban lombardas y lombarderos a bordo, pero se suponía que estaban allí para hacer frente a piratas y ladrones que pretendieran robarles la carga. No para batallar entre ellos mismos.

Dos nuevos fogonazos silenciosos resplandecieron en la noche. La *Trinidad* volvía a dispararles. Y continuaría haciéndolo hasta hundirlos, si hacía falta. Mucho antes de que primero el sonido de los disparos y después las propias balas los alcanzaran, la *San Antonio* se había rendido.

La rebelión fracasó.

18

El castigo

7 de abril de 1520

EL ALGUACIL Espinosa detuvo, en total, a cuarenta y cuatro tripulantes. No se anduvo por las ramas: si albergaba dudas al respecto de alguien, prefería detenerlo en lugar de dejarlo libre. Tiempo habría de recular en caso de haberse pasado de la raya. Lo que sí tenía claro el alguacil era que la rebelión no debía dejar rescoldos. Magallanes pensaba de igual modo y le había dado libertad para que obrara a su libre entendimiento. Y no es que el alguacil fuera un hombre injusto, qué va. Pero él, un tío de Burgos al que los asuntos de la mar le traían sin cuidado, permanecía en la expedición con el único objetivo de mantener el orden. Lo mantendría, tras haberse quebrado y después recuperado, costase lo que costase.

Con un número tan alto de arrestados, a Espinosa le surgió un inesperado problema: qué hacer con ellos, dónde encerrarlos, cómo mantenerlos confinados hasta que se celebrara el juicio. Ninguna de las cinco naos disponía de espacio suficiente para acoger a cuarenta y cuatro prisioneros. Ni siquiera repartiéndolos entre dos o tres de ellas. No, aquello podría suponer un contratiempo adicional que a Espinosa no se le escapaba: dado que la sedición estaba castigada con la muerte, a muchos hombres no les importaría nada jugárselo todo a la desesperada e intentar hacerse con un barco para huir del puerto de San Julián. ¿Adónde? Quizás regresaran a España y contaran una versión falsa o distorsionada de los acontecimientos. La verdad tardaría tiempo en arribar y, para entonces, los desertores podrían haberse esfumado. O quizás pondrían proa al norte, costeando América hasta Panamá o Santo Domingo. Allí había ciudades españolas en las que nadie hacia demasiadas preguntas a los recién llegados. Empezarían nuevas vidas desde cero y ni en cincuenta años la justicia daría con ellos.

Por suerte, la solución se hallaba ante sus ojos: tierra firme. Espinosa lo consultó previamente con Magallanes, pues una decisión semejante no podía ser tomada a la ligera, pero el capitán general estuvo de acuerdo. La mejor cárcel con la que podían contar era la inmensa extensión de terreno que rodeaba el golfo de San Julián. Aquella tierra pelada sin apenas vegetación, sin animales y permanentemente azotada por los heladores vientos constituía la prisión perfecta. Una vez desembarcados los prisioneros, ¿adónde podrían ir? No había rastros de población humana en muchas leguas a la redonda. Cada miembro de las tripulaciones era consciente de que, durante el viaje hasta estos parajes, no advirtieron señales de nada vivo en la costa. De alguna forma, aquel lugar constituía un desierto del que no se podría salir caminando. Si los desembarcaban sin comida y ropas de abrigo, los prisioneros se limitarían a permanecer en las playas a la espera de que, desde las naos, se tomara una decisión respecto a ellos. A fin de cuentas, existía una esperanza en el presumible hecho de que Magallanes se vería obligado, en último término, a perdonar la vida de bastantes hombres. De lo contrario, la expedición se vería abocada a fracasar pues sin hombres no hay gobierno de las naves, y sin naves no se puede alcanzar la especiería.

Así que, dócilmente, los detenidos por Espinosa bajaron a tierra y permanecieron, como este les ordenó, en una playa pedregosa frente al lugar donde se anclaban las cinco naos. Corría cerca un arroyo de agua dulce, con lo que, al menos, no pasarían sed. En cuanto a la comida, allí no había bayas que recoger, ni frutos silvestres, moluscos, hierba, musgo, líquenes. Solo piedras en todas direcciones. Espinosa les aseguró que se les abastecería de víveres si se observaba que su comportamiento era el adecuado, aunque no se esmeró demasiado en cumplir su promesa y los mantuvo en ayunas durante tres días seguidos. Al cuarto, mandó desembarcar unos cuantos bizcochos duros y con gusanos que los prisioneros royeron lentamente para que les duraran más. Los ablandaban con saliva hasta conseguir una pasta a duras penas tragable. Se comieron también los gusanos. Algunos les aplastaban la cabeza antes de hacerlo y otros no. Total, qué más daba.

Unos pocos hombres se mostraron disconformes con su prendimiento, Juan López Carvallo y Vasco Gallego, pilotos de la *Concepción* y de la *Victoria* respectivamente, entre ellos. Alegaban que no habían tomado parte en el alzamiento y que, por lo tanto, su arresto resultaba injusto. Espinosa los escuchó

pero no aceptó sus alegaciones: se trataba de oficiales cercanos a los capitanes Quesada y Mendoza, así que detenidos junto al resto quedaron.

Entonces, los pilotos solicitaron que, cuanto menos, se permitiera que sus hijos estuvieran a su lado, en tierra. Espinosa les preguntó por qué querían hacerlos pasar por aquel calvario. En las naos, la vida no era lo que se dice cómoda, aunque podrían protegerse contra el frío y los vientos, y tendrían aseguradas sus raciones de comida y vino. Los pilotos insistieron: deseaban a sus hijos al lado de ellos para que fueran testigos de la injusticia que se estaba cometiendo y pudieran dar noticia de la misma a las autoridades competentes si es que finalmente los pilotos resultaban ejecutados. Espinosa puso los ojos en blanco y asintió. De acuerdo, permitiría que los hijos de los dos pilotos descendieran a tierra, pero allí todo el mundo era consciente de que las ejecuciones, si es que terminaban por decretarse, no llegarían tan lejos. Parecía claro que la participación de Carvallo y Gallego en la sedición, en caso de haber tenido lugar, habría sido mínima. No se le corta la cabeza a todo un piloto por una menudencia semejante.

Vasquito Gallego y Juanillo López Carvallo fueron llevados a tierra en un bote que los recogió en la *Victoria* y en la *Concepción*. Juanillo llevaba casi tres meses y medio embarcado y, durante ese tiempo, había aprendido los rudimentos de un castellano bastante elemental. Se trataba de un muchacho despierto que prestaba atención a todo lo que sucedía a bordo. En la *Concepción*, pronto lo trataron como a uno más y comenzó a desempeñar las tareas propias de un paje para que fuera haciéndose con el oficio de su padre.

—¿No barrer aquí? —le preguntó a Vasquito una vez en tierra firme.

—No, aquí no tenemos que barrer. ¿Ves? Salimos ganando.

—Pero por qué aquí.

—Se lio una buena y ahora estamos confinados. Tranquilo, no creo que esto dure mucho.

—¿Una buena?

—De las gordas, chaval.

Vasquito se daba cuenta de que Juanillo no era capaz de comprender qué era una sedición. A él mismo tuvo que explicárselo con detalle su padre, pues no acababa de tenerlo claro. Así las cosas, ¿quién tenía la razón de su parte? El que gana, le había respondido el piloto.

Otra cuestión sobre la que Juanillo albergaba enormes dudas estaba relacionada con el cadáver del capitán Mendoza, al que habían desembarcado

junto al resto de amotinados. Espinosa les advirtió de que nada de enterrarlo, de forma que, a medida que fueron sucediéndose las jornadas y el cuerpo comenzó a oler, lo apartaron doscientos pasos del lugar donde los confinados hacían vida. Hubo que echar a suertes quiénes acarrearían el cadáver, pues, cuando se solicitó, nadie se ofreció voluntario. Al final, les tocó al Sordo y a un marinero de la *San Antonio* que se cagó en los muertos de toda la insurrección. A él lo habían detenido por aceptar la rendición de su nao y los hechos que sobrevinieron a continuación. ¿Y qué se suponía que debía haber hecho? ¿Poner el pecho como hizo el inconsciente de Elorriaga? Caray, él no se había amotinado. Simplemente, se trataba de un marinero con mala fortuna.

—Calla y cógelo por los sobacos —le dijo el Sordo.

—Hostia puta, huele fatal.

—Siempre había oído que los de la *San Antonio* erais todos una panda de maricas, pero nunca pensé que fuera verdad.

—No me toques los cojones, Sordo.

—¿Te gustaría? ¿Te gustaría que te los tocara un poquito? ¿Te daría gusto, mariconcete?

—Sordo, no me busques.

—Venga, ¿quieres cogerlo tú por las piernas?

—Me da igual. Acabemos con esto de una santa vez.

El Sordo sonrió mientras levantaba el cadáver de Mendoza por los pies. Lo alejaron un buen trecho y regresaron al lugar de la playa donde los confinados habían comenzado a levantar un muro con piedras. La idea era que los protegiera contra el viento. De esta forma, la temperatura continuaba siendo fría, pero al menos se disipaba un tanto la sensación de hallarse paralizados.

Por fin, el 7 de abril se celebró el juicio. Se informó a los detenidos de que el procedimiento sería sumarísimo, es decir, que de un tirón se practicarían las diligencias contra los cuarenta y cuatro acusados, se dictarían las sentencias y, en caso de ser estas de culpabilidad, se ejecutarían antes del anochecer.

Como allí no existía un juez ni nada que vagamente se le pareciese, Magallanes eligió a Álvaro de Mesquita, quien aseguraba que, pese a que se había visto inmerso en los acontecimientos que se dirimían, actuaría con la debida ecuanimidad. Nadie le creyó, claro. Mesquita, además de un inútil de los pies a la cabeza, era primo de Magallanes y un hombre de su absoluta confianza. Que hubiera sido partícipe de los sucesos poco importaba a los enjuiciados: ¿acaso existía un solo expedicionario que, de una u otra manera, no había

tomado parte en ellos? Con todo, Magallanes podía haber tenido la decencia de elegir a un oficial de la *Santiago*, de todas las naos, la más ajena, en un sentido u otro, a la insurrección. El capitán Serrano, pese a ser portugués, habría sido un buen enjuiciador que los prisioneros habrían aceptado de buena gana. Sin duda, comparado con Mesquita.

Por supuesto, entre los principales encausados se encontraban Cartagena, Quesada, Elcano y las oficialidades al completo de la *San Antonio* y la *Concepción*. Magallanes ordenó que todos los tripulantes libres de servicio descendieran a tierra para ser testigos del juicio. En total, desembarcaron casi un centenar de hombres. Muchos de ellos, adeptos incondicionales a Magallanes, portaban armas cargadas.

El juicio en sí duró apenas veinte minutos. No es que fuese que aquellos marineros supieran gran cosa sobre los asuntos relativos a la ley, pero a la inmensa mayoría le pareció una pantomima que bien se podrían haber ahorrado. Mesquita dijo, a voz en grito, que se les acusaba del grave delito de sedición y preguntó si alguno de los encausados quería tomar la palabra para defenderse. Juanillo Carvallo, que observaba muy atento las idas y venidas de los hombres, se admiró cuando su padre alzó la voz y comenzó a hablar. No entendió muy bien qué decía, pero Vasquito, a su lado, le explicó en voz baja que aseguraba que él, al igual que otros hombres allí presentes, estaba siendo acusado injustamente. Mientras su padre hablaba, Juanillo miró al hombre del que se afirmaba que era el jefe de todos. Tenía el rostro muy serio y a Juanillo le dio por pensar que quizás aquel hombre no hubiera sonreído jamás. Desde luego, lo parecía enteramente. ¿Qué puede sucederle a alguien para renunciar voluntariamente a la risa? A Juanillo le gustaba la gente que reía y sonreía. En la *Concepción*, los tripulantes solían estar de buen humor la mayor parte del tiempo. Afirmaban que no merecía la pena andar lamentándose sobre esto y lo otro, pues, al final, Dios dispondría. Cuando Juanillo preguntó acerca de quién era ese tal Dios, su padre dijo que tendrían que bautizarlo en cuanto tuvieran oportunidad. Al parecer, no era buena idea andar por ahí sin estar bautizado. Por suerte para él, su padre se había dado cuenta a tiempo.

Álvaro de Mesquita terminó de escuchar las alegaciones y dictó sentencia: condenaba a los cuarenta y cuatro reos a pena de muerte, la cual se ejecutaría ese mismo día. La pena se aplicaría en orden jerárquico y de mayor a menor. El primero sería, por lo tanto, el capitán Quesada. Andando, que había mucho trabajo por delante.

A falta de tocones de madera, se levantó un pequeño túmulo de piedra ante el que el reo debía arrodillarse y en el que, con o sin ayuda, se encontraba obligado a apoyar la cabeza. Después, el verdugo, que en principio sería el propio Espinosa, procedería a cortarle el cuello con un hacha.

Quesada, todo hay que decirlo, se mantuvo razonablemente digno mientras lo empujaban al patíbulo. Diez hombres de Espinosa se encargaban de realizar este trabajo aunque, la verdad, habrían estado de sobra pues nadie rechistaba ni llevaba la contraria. Cuando a Quesada le dijeron que se arrodillara y pusiera la cabeza sobre el túmulo de piedra, lo hizo sin más. ¿Qué otra posibilidad le quedaba? Tenía clarísimo que nadie pensaba mover un dedo, no fuera que las posibilidades que les restaban de salir airosos de aquella se evaporaran en el aire. Tampoco podía echarse a correr, porque aquella sería una muerte tan segura como la del patíbulo, aunque más lenta y más dolorosa. Aquí, al menos, le aguardaba rapidez y cierto decoro. Pasaría a la historia como un sedicioso, pero no como un cobarde. Parecía poco, pero Quesada no se hallaba en condiciones de realizar grandes exigencias al futuro.

Elcano observó la situación y contó mentalmente: tras Quesada, Cartagena y puede que algún oficial de la *San Antonio*, en la lista iba él. Puso su rostro de todos los días, ese que tanto sacaba de quicio al resto de expedicionarios por lo poco que expresaba, y se mantuvo a la espera. Siendo honesto consigo mismo, creyó que tenía tantas posibilidades de que lo ejecutaran como de salir vivo de aquella. Vistas las circunstancias y la situación de Quesada, ya de rodillas y con el cuello preparado, se daba con un canto en los dientes.

—A ver cómo hacemos esto… —comenzó a hablar en voz alta Espinosa. Pretendía que los ciento cincuenta hombres sobre la playa le escucharan claramente. Las hachas que transportaban en las naos se utilizaban como herramientas de trabajo y no tenían gran tamaño. Sin embargo, Espinosa acababa de apoyar en el suelo una desmesuradamente grande. Muchos se preguntaron de dónde la habría sacado. Y con qué intención alguien habría embarcado un hacha semejante. Incluso en el caso de que hubiera que talar un árbol para reponer un mástil, las hachas pequeñas de uso diario bastarían. Pero aquello…, aquello no tenía nombre. Los muchachos que había sobre la playa, Vasquito y Juanillo incluidos, abrieron mucho los ojos de puro asombro—. ¿Qué tal si alguien se gana el indulto? La oficialidad queda excluida de esta oportunidad, por supuesto. Y también los marineros que empuñaron armas. Pero está abierta para el resto.

Veamos… Al que levante esta hacha y la deje caer sobre el cuello del capitán Quesada, le será concedido el indulto y podrá embarcar libremente.

El silencio que hasta entonces había reinado en la playa se quebró por un murmullo de más de cien gargantas haciendo cábalas al mismo tiempo. ¡Un indulto a cambio de que el alguacil no se manchara las manos!

—Hijo de puta —dijo Cartagena.

—Cállese, señor —repuso, en voz baja, Elcano.

—Esto resulta macabro. Un espectáculo macabro.

—Quieren dar una lección a las tripulaciones, eso es todo.

—Te juro que si…

—Déjelo, señor.

Las miradas de Cartagena, Elcano y Espinosa se cruzaron. Espinosa les sonrió. ¿Ven? Solo nos estamos asegurando de que, en el futuro, no tengan lugar más alzamientos. Un poco de horror ahora nos librará de cualquier tentación futura. Vamos, vamos, que aquí somos todos adultos…

—Lo haré yo —dijo, de pronto, un hombre.

Se abrió un hueco en torno a él y el tipo dio un tímido paso hacia el frente.

Quesada, que continuaba de rodillas pero que había levantado la cabeza, miró en la dirección de la que provenía la voz y reconoció al que había sido, hasta ese mismo instante, su fiel criado.

—¿Alonso? —preguntó—. ¿Pero cómo cojones…?

—No me lo tenga en cuenta, señor… —comenzó a excusarse el criado. Se trataba de un hombre pequeñito y de constitución frágil, de esos que siempre terminan de criados porque caben en cualquier sitio.

—¿Que no te lo tenga en cuenta? Hostia puta, Alonso, que yo te he tratado siempre como a un hijo.

—Tanto como eso, señor…

—Serás sinvergüenza…

—Mire, ¿a usted qué más le da?

—¿Cómo que qué más me da? ¡Que me vas a cortar la cabeza, Alonso!

—Se la van a cortar igualmente. Y el alguacil dice que quien lo haga recibirá el indulto. Piense que yo ahora me quedo sin trabajo. ¿Quién me compensa a mí durante el resto del viaje? ¿De qué comeré yo, señor?

—¿Qué cojones tiene que ver lo uno con lo otro? Tú lo que pretendes es salvar el pellejo, cabrón hijo de puta.

—Si lo quiere ver en esos términos, pues sí, qué quiere que le diga…

Los expedicionarios sobre la playa seguían con interés la conversación. El viento soplaba frío, pero, al menos, tenían algo con lo que entretenerse.

—Se acabó la cháchara —intervino Espinosa. Y dirigiéndose al criado, añadió—: Tú, ¿lo vas a hacer o no?

—Sí, señor.

—Pues toma el hacha.

El criado hizo lo que Espinosa le indicaba. Apenas podía con ella.

—¿De verdad que vas a ser capaz? —preguntó el alguacil.

¿A cambio del indulto? Como si le ponían delante a media docena de oficiales. La inminencia de la muerte ajena resulta trágica, pero la inminencia de la muerte propia resulta determinante. Es un momento en el que cada cual cuida de sí mismo. No hay más.

—Sí, señor, descuide —aseguró el criado.

—Agachadle la cabeza —ordenó Espinosa a sus hombres. Varios marineros obligaron a Quesada a poner el cuello sobre el túmulo de piedra. El capitán gruñía por lo bajo y maldecía a su criado, al alguacil y, en general, a todo ser vivo en una legua a la redonda—. Levanta con fuerza el hacha, apunta bien y descarga un golpe con todas tus energías. Tienes que decapitarlo de un solo toque, ¿entendido?

—Entendido, señor.

Si no fuera porque la situación no daba para tanto, los hombres se habrían cruzado unas cuantas apuestas entre sí. La ocasión la pintaban calva: ¿Conseguiría el esmirriado criado del capitán Quesada decapitarlo de un solo hachazo o tendría que esmerarse un poco más?

—¡Silencio! —ordenó Espinosa. Los hombres enmudecieron de inmediato.

—Puto traidor… —gruñó Quesada dirigiéndose al que hasta hace nada había sido su criado.

—Mantenga la compostura, se lo ruego —le dijo, entonces, Espinosa.

—Vete al infierno, maricón —repuso Quesada con la claridad de mente de quien ya no tiene nada que perder.

—Hala, dale —dijo Espinosa.

El criado se acercó al patíbulo y levantó la gran hacha sobre su cabeza. No solo parecía muy pesada: era muy pesada. Le tembló un poco el pulso mientras la asía en alto y, a continuación, tal y como el alguacil le había indicado, apuntó al cuello del capitán Quesada y la dejó caer con todas sus fuerzas.

Los que hubieran apostado a que aquel hombrecillo diminuto no era capaz de

arrancarle la cabeza a un hombre habrían perdido. El filo del hacha impactó sobre la parte posterior del cuello de Quesada y, con una limpieza propia de quien lleva toda la vida en el oficio, separó la cabeza del tronco. Quesada murió, como no podía ser de otra manera, en el acto. Hasta se le quedó congelado en el rostro un rictus de contrariedad, como si el ajusticiamiento, pese a los larguísimos preparativos, le hubiera pillado por sorpresa.

—Muy bien —asintió Espinosa. El cuerpo del capitán había resbalado hacia un lado y yacía sobre las piedras de la playa—. Ahora, córtale los brazos y las piernas.

—¿Có…, cómo? —vaciló el criado.

—Lo que has oído.

—Pero eso no estaba en el trato…

—Se me había olvidado comentártelo, ya me perdonarás. El capitán general es de la opinión de que los cuerpos de los reos ejecutados deben ser descuartizados. Para que caigan sin atisbo de honor.

—Pero si ya está muerto…

—Conserva el honor de una ejecución ordinaria. Quitémosle eso también.

De nuevo, los murmullos se elevaron entre los expedicionarios. Espinosa dejó que maduraran y se extendieran. Ese y no otro era el objetivo de lo que estaban haciendo. El horror resulta el mejor cicatrizante. Escuece bastante cuando lo arrojas sobre la herida, pero logra que esta sane rápido y bien.

—Me dará el indulto, ¿verdad? —preguntó el criado.

—Por supuesto —contestó Espinosa—. Lo he prometido.

—¿No tendrán por ahí un hacha más pequeña? Quizás me las apañe mejor con ella…

—Claro. Traedle un hacha de mano. ¡Venga, joder, que aquí hay mucha gente a la que ejecutar!

La debían de tener muy cerca, pues alguien se la alargó al criado en cuestión de segundos. Este la sopesó entre las manos y se dirigió al cadáver de Quesada. Lo recolocó antes de comenzar a trinchar y, tras ello, se pasó la manga por la nariz para secarse los mocos.

Decidió empezar por los brazos. Al parecer, consideró que serían más fáciles de seccionar y que esto le permitiría ir adquiriendo práctica. Quesada tenía unos buenos muslos. Ya vería cómo se las apañaba con ellos.

Cuando el criado comenzó a desmembrar al capitán, Vasquito Gallego y Juanillo Carvallo mantuvieron la mirada fija en la escena. Elcano, el resto de la

oficialidad y la marinería hicieron lo propio. Nadie quería mostrar señales de flaqueza, sobre todo porque se daban cuenta de que el ensañamiento ordenado por Espinosa podía resultar esperanzador para el resto. Si hubiera que ajusticiar a los cuarenta y tres reos pendientes, ya podían apresurarse. No, el desmembramiento del capitán Quesada, algo que solo podía haber urdido una mente como la de Magallanes, perseguía que aprendiesen una lección. Fingían, pues, que la estaban aprendiendo.

Fue Juanillo Carvallo el único que no acabó de comprender qué sucedía allí. Se trataba de un muchacho de ocho años que había vivido toda su existencia en la bahía de Guanabara y que no conocía más costumbres que las de la que, hasta la llegada de los españoles, había sido su gente. Y, en fin, ellos no decapitaban y desmembraban a nadie, pero tampoco se mostraban parcos a la hora de aplicar castigos a aquellos que no acataran u obedecieran las normas. Lo que sí le sorprendió fue que el expedicionario encargado de aplicar el escarmiento no pareciera un temible guerrero. ¿Por qué estos hombres elegían al que aparentaba ser el más insignificante de entre todos ellos? Quizás su padre podría explicárselo más tarde. O no, porque cuando le hacía preguntas a este respecto, él prefería darle largas diciéndole que para todo habría tiempo. De momento, debía barrer la cubierta, aprender a realizar nudos y a enrollar cabos. Cuando lo lograba, su padre le daba un vaso de vino, que Juanillo acostumbraba a beber de un trago. Al principio, se mareó bastante, pero cuando vio que allí todos daban cuenta de su ración sin que se les moviera una pestaña, decidió que él no sería menos. Con el paso de las semanas y los meses, había logrado habituarse y ya pimplaba como el que más. Su padre se mostraba orgullosísimo de él.

Después de que al condenado le cortaran la cabeza y los dos brazos, Juanillo advirtió que dos marineros se destacaban del grupo y daban el relevo al hombre que había realizado todo el trabajo hasta entonces. Se lo veía exhausto y grandes goterones de sudor resbalaban por su rostro. También le temblaban las piernas y parecía que había comenzado a lloriquear. Juanillo se dijo que aquella actitud no sería del gusto de su padre, quien siempre afirmaba que allí no se lloraba jamás.

Los dos marineros que habían surgido del grupo tomaron sendas hachas y cercenaron con ellas las piernas del condenado. Una vez desmembrado por completo, Juanillo vio cómo los tipos, con las ropas manchadas de sangre, lanzaban lejos de sí los brazos y las piernas, cada pedazo en una dirección distinta.

A continuación, trajeron el cuerpo del otro muerto, aquel que llevaba varios

días oliendo mal, y también lo descuartizaron. En esta ocasión, algunos hombres de los que observaban no pudieron aguantarse más y vomitaron. El silencio era total y solo se oía el sonido de las hachas partiendo huesos y carne podrida.

Juanillo no vomitó ni apartó la mirada en ningún momento. Bueno, sí, lo hizo una sola vez, pero fue para observar a su amigo Vasquito. Tenía el semblante cruzado por una mueca de algo para lo que Juanillo carecía de explicación. Se parecía al pavor, aunque mucho más profundo y afilado.

Más tarde, el alguacil Espinosa habló en voz alta a los hombres presentes en la playa. Juanillo no entendió bien qué decía. Sin embargo, cuando terminó de hablar, todos los hombres se dirigieron a los botes y embarcaron en las naos. Al parecer, ya no tendrían que pasar más tiempo en la playa. Mejor.

19

Arribada al puerto de Santa Cruz

3 de mayo de 1520

TRAS la ejecución de Quesada y el desmembramiento público tanto de su cadáver como del de Mendoza, los condenados restantes subieron a bordo de las naos. Entre ellos, se extendió el convencimiento tácito de que habían sido perdonados por Magallanes: regresaban a sus tareas habituales y la oficialidad, aunque degradada durante un par de semanas, llevó a cabo sus cometidos con puntualidad y esmero. Por momentos, daba la sensación de que allí no había sucedido nada y, de hecho, era en lo que todos, tanto de uno como de otro bando, se hallaban interesados: en hacer borrón y cuenta nueva, y seguir adelante con la expedición. Magallanes jamás habría podido continuar sin los más de cuarenta condenados a muerte, de manera que, simplemente, no los ejecutó y permitió que siguieran con lo suyo. Si yo no te recuerdo que tienes pendiente el cumplimiento de una sentencia a muerte y tú no haces nada por recordármelo, los días, los meses y los años pueden sucederse como si tal cosa. El tiempo ya se encargará de que todo caiga en el olvido. Sigamos.

Siguieron. O, para ser exactos, lo hicieron todos excepto el capitán Cartagena. Para él no existió indulto de ningún tipo y Magallanes se lo llevó preso a la *Trinidad*. Esta vez, se aseguraría de que no escapaba. Sin miramiento alguno ni respeto por su rango, se lo trasladó a la bodega cargado de grilletes y cadenas. Durante mucho tiempo, ni siquiera vio la luz del sol. El capitán general sabía que a Cartagena no podía decapitarlo sin más ni más. Ni siquiera Magallanes se atrevía a tanto con el veedor del rey. Lo castigaría, desde luego que lo haría, pues no le cabía duda alguna de que Cartagena había formado parte relevante de la rebelión. Sin embargo, necesitaba pensar una pena a la altura de las circunstancias. Algo se le ocurriría.

Por cierto, tras los desmembramientos, tuvo lugar un pequeño suceso que desencadenó consecuencias para Cartagena. Un cura de nombre Sánchez Reina, quien estuviera presente durante el apuñalamiento de Elorriaga en el camarote de la *San Antonio*, puede que horrorizado por los salvajes desmembramientos del 7 de abril, le aseguró a Magallanes que eso le costaría arder en el infierno durante el resto de la eternidad. Se trató de una flaqueza propia de un curilla que nunca debería haber estado allí. Vio demasiado, demasiado: apuñalamientos traicioneros, rebeliones, alzamientos entre hermanos, luchas, peleas, violencias, felonías, muertes y crueldades infinitas. Al final, perdió los nervios y la tomó con el capitán general. Le salió del alma, con esa voz quebrada de los que ya no soportan ni una más: arderás en el fuego eterno, hijo de Satán. Magallanes se sintió iluminado y se dijo que aquella afrenta le venía como anillo al dedo. Mandó prender al cura y ordenó que lo encerraran en la *Trinidad*. Nadie osó replicarle. Mucho menos aún, explicarle que, dado que no iban sobrados de curas, quizás podrían hacer la vista gorda. No obstante, Magallanes fue tajante y encerró a Reina en el mismo lugar donde mantendría preso a Cartagena. A Reina no lo engrilletaron, por supuesto, y pudo moverse con relativa libertad por la *Trinidad*. Eso sí, debía permanecer tanto tiempo como fuera posible junto a Cartagena. De esta forma, Magallanes logró que el veedor del rey dispusiera siempre de buena compañía. No lo pensaba liberar de las cadenas ni durante media hora al día, de forma que alguien con quien conversar lo ayudaría a no enloquecer. Una vez más, la aguzadísima intuición de Magallanes engrasó los destinos de más de uno.

Al día siguiente de la ejecución del capitán Quesada, Magallanes dio una orden de dimensiones ciclópeas: debían sacar las cinco naos del agua para calafatearlas por completo. Los expedicionarios, en un primer momento, se hicieron cruces: ¿se había vuelto loco el capitán general? Sin embargo, algo más tarde le vieron la gracia al asunto. Ya que les aguardaban por delante largos meses de invernada, ¿qué mejor que ocuparlos en una tarea productiva? En San Julián, a diferencia de en Guanabara, no había nada que hacer. Literalmente nada. Así que si tenían que calafatear, calafatearían.

La primera nave que se sacó del agua fue la *Santiago*. Comenzaron por ella dado que era la de menor tamaño y, por lo tanto, la más apropiada a la hora de realizar una prueba inicial. Para lograrlo, vaciaron la bodega por completo y llevaron los toneles y enseres a tierra. Desmontaron las velas, los cabos y todas aquellas partes de la nao que no permanecían fijas a la estructura. La dejaron,

como suele decirse, en el esqueleto. El propio Magallanes descendió a la bodega y observó varias pequeñas vías de agua. A pesar de que el calafate de la *Santiago* sabía de sobra que aquel problema era tan común como los catarros en invierno, el capitán general lo utilizó para apuntalar su decisión. Al parecer, la *Santiago* poco menos que se hundía y había que repararla de arriba abajo. Ni el calafate ni nadie de la dotación de la nao dijo esta boca es mía y se limitaron a asentir. La carenarían hasta dejarla impecable.

Mientras aguardaban la marea necesaria para llevar a la *Santiago* a dique seco, se vaciaron también las bodegas del resto de naos y, una vez todas las cargas en tierra, se procedió a ordenarlas y a realizar inventario. La actividad, en cuestión de unos pocos días, se tornó frenética en el puerto de San Julián. Magallanes, que apenas dormía tres o cuatro horas cada noche, se ocupaba de revisar hasta el más nimio extremo de las operaciones. Los hombres nunca lo habían visto en una actitud tan directa y sencilla. Adquirió la costumbre, cuando se encontraba en tierra, de dirigirse sin intermediarios a los marineros. Estos, nada acostumbrados a que el capitán general les hablara, a veces ni le respondían. Sí, escuchaban su voz a su lado, pero daban por sentado que Magallanes estaba dirigiéndose a otra persona. Entonces, este, sin andarse por las ramas, ponía la mano en el hombro del susodicho y le espetaba si estaba sordo o se había vuelto idiota de repente. A alguno, del susto, casi le da un vuelco el corazón.

Por fin, llegó el día de sacar del agua a la *Santiago*. Algunos maestres y contramaestres se reunieron para estudiar las mareas y su alcance, y, a pesar de que no habían contado con demasiado tiempo para obtener conclusiones fidedignas, decidieron que la tarde del 13 de abril sería idónea. Más de ochenta marineros se ocuparon de llevar adelante la maniobra y la práctica totalidad de la oficialidad se reunió para observar y, en lo posible, aprender. Con cabos y desde tierra, la *Santiago*, ligera como una hoja al haber sido vaciada por completo, fue empujada por la marea hasta que alguien aseguró que habían alcanzado la pleamar. Entonces, se puso en marcha un complejo sistema de arrastre y sujeción que debía empujar a la *Santiago* veinte pasos tierra adentro manteniendo su posición vertical. La quilla no podía sufrir daños y, para ello, se ideó un sistema de rodillos sobre el que se deslizó la nao mientras más de cincuenta hombres tiraban de ella. En los lados de labor y de estribor, más hombres, armados de palos que hacían las veces de puntales, aseguraban la embarcación para que no se cayera de lado.

El procedimiento les llevó una escasa media hora y los marineros lo dieron todo. Cuando, por fin, la *Santiago* estuvo en el dique seco y completamente apuntalada, los hombres prorrumpieron en gritos de alegría. Incluso Magallanes sintió que las cosas comenzaban a mejorar y ordenó que se repartiera una ración extraordinaria de vino a todos los que habían participado en la operación. Se dieron vivas al capitán general, vivas que les salían del alma, que pretendían olvidar, dejar atrás la pesadumbre, continuar.

La *Santiago* comenzó a carenarse aquella misma tarde y participaron los cinco calafates de las cinco naos, de manera que el trabajo se llevó a cabo con rapidez y diligencia. En menos de dos jornadas de trabajo, la *Santiago* estaba lista para volver al agua. Dejaron, por si acaso, que transcurriera algo más de tiempo para que el pez se secara por completo y procedieron a botarla realizando la maniobra inversa a la de días antes.

Las tripulaciones se quedaron mirándola embelesadas. Dios santo, lucía maravillosa al tenue sol otoñal de San Julián. Los de la *Santiago*, ya sin ayuda del resto, ocuparon la siguiente semana en reparar y recolocar las velas, embarcar el lastre y enlucir hasta el más pequeño rincón. El primero de mayo la probaron en el interior del puerto natural y, de vuelta en el campamento, el capitán Serrano aseguró que mejor no podía navegar.

Para entonces, la *Victoria* se hallaba en el dique seco y las labores de calafateado de la misma ya se habían puesto en marcha. Magallanes, tras conversar con Serrano, tuvo una idea. Una intuición, cabe decir. Mandó llamar, de nuevo, a Serrano, el cual se presentó raudo ante él.

—Quiero que vaya con la *Santiago* hacia el sur —dijo.

El capitán Serrano no pudo ocultar que se sentía confuso. ¿Acaso no estaban invernando? ¿La causa de una invernada no tenía que ver con el hecho de que resultaba imposible continuar avanzando hacia el sur? ¿No se toparían con hielos? ¿No resultaría peligroso?

—Solo pretendo que eche un vistazo, Serrano. Adelántese unas cuantas leguas… Dos o tres días de navegación, no más. Después, regrese a San Julián e infórmeme de qué ha observado.

Serrano seguía estando desconcertado. En realidad, tanto él como el resto de capitanes pensaban que la invernada no tenía demasiado sentido. Hacía frío, sí, pero no se habían topado con nada que les impidiera seguir su derrota hacia el sur. Nadie diría, ni siquiera osaría mentarlo, que la decisión de invernar había sido la causante de la rebelión. No, aquello venía de mucho atrás. No obstante, la

terquedad de Magallanes y su insistencia en tomar decisiones cruciales sin consultarlas con nadie habían ayudado a que los insurrectos alcanzaran la determinación final. ¿A qué venía, ahora, ordenar que se hiciera, precisamente, aquello que contradecía lo decidido un mes atrás?

Serrano se dijo que la imprevisibilidad de Magallanes no tenía remedio y respondió que de acuerdo, que faltaba más, que la *Santiago* haría lo que se requería de ella.

El 3 de mayo, con el alba, se hicieron a la mar. Atravesaron la bocana del puerto de San Julián con un tiempo oscuro y ventoso. La *Santiago* navegaba con la carga justa en las bodegas, de forma que se había tornado muy marinera y avanzaba veloz sobre las olas. La probaron avanzando a todo trapo hacia el este y, más tarde, viraron hacia el sur. La instrucción de Magallanes no podía ser otra: búsquenme el paso del suroeste, pues estoy seguro de que debe de estar a la vuelta de la esquina.

Y lo estaba. La perspicacia de Magallanes sobrepasaba, muchas veces, lo humano, tanto que no pocos habrían señalado que se había convertido en clarividencia. Nadie en el mundo creía, a estas alturas, en la existencia del paso del suroeste. Nadie excepto Magallanes y los que, gracias a su fe y a su confianza en sí mismo, había contagiado. El capitán Serrano entre ellos.

Cuando volvieron a tener tierra a la vista, la *Santiago* viró hacia el suroeste y retomó la tarea de, como llevaban haciendo desde hacía más de mil leguas[26], costear el sur de América hasta encontrar un paso al mar nuevo. Por ahora, no lo habían logrado, pero ¿y si a la *Santiago* le acompañaba la fortuna hasta ese momento tan esquiva?

—Ahí delante hay un gran entrante —señaló Diego García de Trigueros, el marinero onubense de la *Santiago*.

—Adelante —repuso Serrano, quien, en el pinzote, llevó adelante la maniobra de acercamiento.

Se encontraron frente a una bocana de casi media legua de ancho que, pese al viento que soplaba variable, no les supuso ningún reto y la atravesaron sin dificultad. Una vez superada, un gran canal amplio y tranquilo se abría en dirección noroeste, lo cual los llenó de esperanza. Magallanes pensaba, y así se lo había relatado una y mil veces a sus capitanes, que por fuerza el paso del suroeste debía, en un momento o en otro, de enfilar hacia el norte. No existía una razón lógica para que así fuera, y bien podría haberlo hecho hacia el sur y cruzar

igualmente desde un océano al otro, pero las suposiciones de Magallanes, a fuerza de repetirlas y repetírselas él mismo, habían adquirido la solidez de las certidumbres.

El 3 de mayo era el día de la Santa Cruz, de manera que así nombraron a aquel puerto[27].

La *Santiago* avanzó lentamente por el gran canal. En la expedición, apenas se contaban bajas: los ajusticiados, Elorriaga, quien a pesar de que aún respirara ya contaba como fiambre, y poco más. La dotación de la *Santiago* se hallaba intacta: treinta y cuatro hombres, de los cuales solo nueve eran marineros. Al capitán Serrano nunca le hizo demasiada gracia este aspecto, aunque en ningún momento levantó la voz para quejarse. En fin, se las habían apañado bien hasta ahora y lo seguirían haciendo en adelante. Embarcaban a cuatro sobresalientes que siempre estaban dispuestos a colaborar en lo que se les solicitara. Serrano, que solía escuchar los lamentos al respecto de los capitanes y los maestres de las otras naos, se sentía afortunado. Tenían, por ejemplo, a un guipuzcoano de Villafranca al que había que pedirle que se bajara de la cofa, pues el tipo había tomado la costumbre de encaramarse a ella y otear el horizonte. No cuando el capitán lo ordenaba pues así él lo consideraba, no, sino en cualquier instante, tanto del día como de la noche. El guipuzcoano, del que siempre se creyó que no andaba bien de la cabeza, sentía un impulso que lo obligaba a vigilar en todo momento. Durante la travesía del Atlántico, estuvo subido a la cofa durante semanas enteras y no descendía de ella ni siquiera para hacer sus necesidades. Aseguraba que el horizonte parecía menos curvo de lo que se esperaba de él y, a continuación, se sacaba la polla y meaba sobre cualquiera que en ese momento se encontrara sobre la cubierta. Más de uno amenazó con subirse al palo y ajustarle las cuentas al guipuzcoano de los cojones, pero, al final, el capitán Serrano aplacaba los ánimos disponiendo una ración extraordinaria de vino. No era mal hombre, el guipuzcoano, pero su obsesión con la falta de curvatura del horizonte terminó por trastornarlo del todo. Por lo demás, su comportamiento era el habitual en los guipuzcoanos: ni alegran ni entristecen y se limitan a estar ahí, como pasmados por el deslumbramiento de la misma vida.

Ahora, en el interior del puerto de Santa Cruz, Serrano necesitaba a un hombre en la cofa. No obstante, a pesar de que el guipuzcoano dio un paso al frente con los ojos brillantes, el capitán se decidió por uno de sus marineros. Necesitaba, allí arriba, a alguien que supiera ver bien, distinguir lo que era

importante de lo que no lo era, intuir, adivinar, percibir lo que los accidentes geográficos ocultaban.

Subió Trigueros, hombre de carácter tranquilo y sosegado, muy apto para pasarse las horas encaramado en la cofa. Se crea o no, el servicio en la cofa, sobre todo en los barcos pequeños de tripulaciones escasas, terminaba por desquiciar a muchos hombres. Tenías que pasarte horas y horas, a veces una jornada completa, subido a ella y avizorando en los cuatro puntos cardinales. En la cofa apenas se disponía de espacio para moverse y a un hombre terminaban por dormírsele las piernas. Comenzaba, entonces, un extraño ritual de frotamientos y masajes que, visto desde abajo, no ofrecía la mejor versión de un marinero. Pero es que no quedaba más remedio: se trataba de eso o de comenzar a sufrir calambres, y espasmos, y hasta convulsiones. No era infrecuente bajar, entre cuatro o cinco, a un hombre delirante y medio desmayado tras diez horas escudriñando los horizontes desde la cofa. Porque esa es otra: nunca podían dejar de mirar, pues ninguna misión distinta se les encomendaba. De esta forma, los vigías abrían y cerraban los ojos, los entornaban, los guiñaban, se hacían sombra con una mano extendida aunque no luciera el sol, o ponían ambas en los lados, como las orejeras que se les colocan a los burros, para así concentrarse más en el acto de avistar.

Porque de ver o no ver lo auténticamente relevante, de advertir o ignorar el instante preciso, podía depender el éxito o el fracaso de una expedición como esta.

Trigueros tuvo ante sí una grandiosa extensión de agua y tierra. Muy a lo lejos, se levantaban colinas, pero el terreno, en general, se aparecía llano en cualquier dirección en la que mirara. Apenas distinguía vegetación, aunque sí pájaros atravesando los aires y también posados tranquilamente sobre las aguas. Una paz inmensa lo envolvió, pues por primera vez desde hacía mucho tiempo, nada, absolutamente nada, obstaculizaba el libre flujo de los pensamientos. Trigueros agachó la cabeza para observar, durante un instante, a los tripulantes que se hallaban sobre la cubierta. Muchos de ellos, casi todos, habían dejado de hacer lo que se traían entre manos para admirar las salvajes y serenas tierras que los rodeaban. Sin, en apariencia, presencia de seres humanos en muchísimas leguas a la redonda, se sentían como los primeros en contemplar aquella maravilla plácida y apacible.

Muy pronto, se encontraron con que el canal principal se dividía en dos canales secundarios. Decidieron continuar por el que consideraron el principal,

siempre en dirección norte, pero pronto Trigueros advirtió que se agotaba a un par de leguas de distancia y que más les valdría dar media vuelta mientras todavía se hallaban en disposición de hacerlo. En aquel tipo de entorno llano, las costas, arenosas y poco profundas, podían suponer una trampa mortal incluso para naves de escaso calado como la *Santiago*.

El capitán Serrano, sin embargo, estaba decidido a continuar. La posibilidad de ser él el autor del hallazgo del paso del suroeste lo impulsaba algo por delante de lo que habría resultado razonable. Siempre fue un buen hombre de mar, un oficial cabal, un marino pendiente de su barco y de su tripulación, pero ¿y si el paso estaba ahí, frente a ellos? Decidió, como Trigueros había indicado, retroceder en el primero de los canales secundarios e internarse por el segundo.

Tras tres leguas de lentísimo avance en dirección oeste, el canal perdió drásticamente anchura y descubrieron marismas tanto en la costa norte como en la sur. Trigueros aseguró que no tenía mala pinta, que podrían seguir durante un rato más, pero Serrano ordenó que se detuvieran y que echaran el ancla. Necesitaba pensar y realizar algunas comprobaciones. La orientación de la ruta no parecía inadecuada, aunque no le gustaba el color del mar. Mandó al guipuzcoano loco que lanzara al agua un cazo atado a una cuerda y que la bebiera. Sabrosísima, dijo el guipuzcoano con una amplia sonrisa en los labios. Como no se fiaban demasiado de él, un marinero le arrebató el cazo y bebió el agua que había sobrado.

—¿Salada? —preguntó, a gritos y todavía desde la cofa, Trigueros.

—Dulce —respondió, con voz pausada, el marinero.

El capitán Serrano frunció el ceño. Una vez más, y ya iban demasiadas, se habían internado por un río. ¿Es que la tierra del sur de América no se acabaría jamás? Dios santo, ¿hasta dónde pensabas llevarlos?

—¿Qué hacemos, capitán? —preguntó el marinero, todavía con el cazo en la mano.

Serrano se lo pensó un poco antes de responder. Miró en torno a él y observó la inmensidad que los rodeaba. Sabía, como sabían todos pues lo habían medido una y mil veces, que se hallaban en latitudes muy al sur. Ningún hombre, que ellos supieran, había respirado tan al sur del mundo. El cabo de Buena Esperanza, el punto más austral en el que hasta que ellos mismos lo superaran con creces un hombre había medido la latitud, quedaba tremendamente al norte de su actual ubicación. Si seguían adelante, pronto se toparían con el polo. Desconocían dónde se ubicaba, pero no podía estar demasiado lejos. ¿Y si la

tierra se extendía hasta él, lo superaba y continuaba por el otro lado del globo? ¿Y si el paso al otro mar simplemente no existía?

—Exploraremos las inmediaciones —respondió el capitán Serrano.

—¿Quiere decir que vamos a bajar a tierra?

—Sí. Quiero ver que hay por aquí.

—¡Trigueros! ¡Pregunta el capitán que qué hay por ahí!

—¡El puto universo entero, tío! —respondió Trigueros desde la cofa—. ¡El puto universo!

—¿Ves el horizonte? —intervino en la conversación el guipuzcoano loco.

—Sí, lo veo —contestó Trigueros—. Se extiende en todas direcciones, vasto y desolado.

—¿Lo notas menos curvado de lo que debería?

Trigueros se tomó un momento para pensar su respuesta. Oteó hacia el norte, después hacia el oeste y, por fin, en dirección sur.

—Sí, cojones, tienes toda la puta razón. Esto se curva menos de lo que debería.

—El mundo es más grande de lo que creíamos —concluyó el guipuzcoano loco.

Nadie le hizo demasiado caso, porque para eso estaba loco.

20

Un encuentro inesperado

17 de mayo de 1520

EN EL puerto de San Julián, seguían adelante con la labor de calafateado de las naves. Ello mantenía a los hombres entretenidos de sol a sol, e incluso más allá: Magallanes se dio cuenta de que, en las noches de luna, se podía continuar trabajando sin dificultad en la parte exterior de los cascos. Encendían unas teas y, mientras unos hombres se ocupaban de sostenerlas en alto, otros trabajaban con el pez. Al principio, algunos protestaron. No obstante, con el paso de los días, la mayoría aceptó de buen grado la labor: no se trataba de un trabajo deslomante y les permitía mantenerse ocupados durante aquellas largas jornadas. La marinería siempre terminaba por aceptar, en un modo no exento de cierto sentido trágico de la existencia, el trabajo diario: nadie pensaba que estaba allí para pasar el rato o dejarse llevar sin más ni más; no, su misión consistía en doblar el espinazo, de manera que si esto se conseguía de una forma tolerable ya podían darse por satisfechos.

Así las cosas, Magallanes decidió que sería de idiotas permanecer allí durante varios meses de invernada sin tomar, antes, las debidas precauciones. No daba la sensación de que hubiera indios en las inmediaciones, pero ¿y si los había? En cualquier caso, el capitán general no deseaba ser sorprendido por un ataque hostil. Ahora mismo, mientras ellos carenaban día y noche las naos, mientras las tenían indefensas e indefensa toda su carga desembarcada, un asalto indígena podría estar gestándose. De ser verdad, sucumbirían rápido, pues ni el recurso de regresar deprisa a las naves y alejarse de la costa permanecía a su alcance.

Magallanes organizó, entonces, una patrulla que exploraría las inmediaciones. Por suerte para él, a los marineros de alma más indómita les aburrían las labores en tierra. Por desgracia, entre ellos no se contaban los

mejores hombres de armas. Consiguió, con todo, formar un grupo que consideró digno y situó a Juan Sebastián Elcano al frente de él. El de Guetaria no dio saltos de alegría, pero, dado que su perdón, como el de los demás condenados a muerte, no había sido clarificado del todo, prefirió no poner objeciones y asentir. Además, al igual que el resto de la oficialidad, había sido degradado. Que el capitán general en persona lo eligiera para comandar un grupo de exploradores denotaba cierta simpatía hacia él. Y dado que el resto de la oficialidad se veía abocado a las tareas de carenado de los barcos, hasta podría decirse que contaba con la complicidad de Magallanes. Lo había condenado a muerte, pues no le quedaba otro remedio. A fin de cuentas, Elcano formaba parte de la rebelión y las rebeliones fallidas, en la mar, no se pagan de otra forma. Sin embargo, Elcano no pertenecía a esa clase de oficiales sempiternamente discrepantes. Estuvo en contra de Magallanes, pero, ahora que Magallanes, gracias a su audaz golpe de mano, había reafirmado su mando, Elcano mostraría su lado más pragmático y se sometería sin dobleces. Era lo que Magallanes precisaba, pues si bien comprendía que muchos actuarían como Elcano, no se le escapaba que otros no lo harían.

Y qué razón tenía, pues en ese mismo instante ya se hallaba instigándose una nueva inquina contra la capitanía general de la expedición. Llegaría desde un ángulo que Magallanes jamás habría imaginado. Es más, hasta que los hechos no se hubieron consumado, Magallanes no se cayó del guindo y ató cabos.

El grupo de Elcano estaba constituido por seis hombres: el jerezano Ginés de Mafra, el lequeitiano Domingo de Urrutia y el sevillano Juan Rodríguez el Sordo, los tres marineros; un tal Duarte Barbosa y un tal Diego Sánchez Barrasa, ambos sobresalientes de la *Trinidad*; y el propio Elcano como hombre al mando. Barbosa, cuñado de Magallanes que no permanecía en la expedición con mayor mérito que ese, no había hecho nada para ganarse el pan desde que partieran de Sevilla. No en un sentido más o menos hiperbólico, sino crudo y literal. Allí, hasta el insufrible de Pigafetta desarrollaba una labor: tomar nota de lo acontecido para que a su llegada no les faltara un relato fiel. Tesón absurdo a juicio de muchísimos, pero evidente, no cabía duda. En cambio, Barbosa iba mano sobre mano, mirando al aire día sí y día también. Magallanes debió de pensar que había llegado la hora de que el hermano de su esposa estirara las piernas y lo incluyó en la partida de exploradores. Tenía mala baba y se pasaba el día tocando las narices a todo el mundo, así que daría un respiro a los expedicionarios enviando al malcriado de Barbosa con los exploradores. Por

Barbosa padre, Magallanes sentía no ya respeto, sino auténtica veneración; a Barbosa hijo no lo había usado de comida para los tiburones porque su apellido lo salvaba.

En cuanto a Sánchez Barrasa, aquella aventura sería la última para él. Pobre Barrasa. Pretendía ganar fama que le permitiera, a su vuelta a España, hacer fortuna, y terminó siendo el blanco cuya tumba más al sur del mundo se ubicaba. Honor extraño, aunque honor se mire como se mire.

Elcano, Mafra, Urrutia, el Sordo, Barbosa y Barrasa se armaron con varios cuchillos, una escopeta y un saco de pólvora y munición cada uno de ellos, y se pusieron en camino. Cruzaron el puerto natural en un bote y, tras arrastrarlo arena arriba en una playa desierta para asegurarse de que la marea no se lo llevaba, comenzaron a caminar en dirección sur.

Deambularon en diferentes direcciones durante días y días. Los resultados, si de encontrar indios se trataba, fueron infructuosos. Poco a poco, la partida de exploradores fue desanimándose. No guardaban excesivas esperanzas, desde luego, y, de hecho, preferían, en el fondo, no toparse con nadie: por experiencia sabían que los indios de la bahía de Guanabara suponían una excepción a la regla y que, por norma general, cabían más posibilidades de que una nación fuese enemiga antes que pacífica.

No obstante, vagar sin rumbo fijo por aquel desierto azotado por vientos helados no les agradaba en absoluto. Se levantaban con el alba y encendían una hoguera para calentarse un poco. Para ello, arrancaban unos cuantos arbustos sin apenas hojas que ardían bastante mal. Los seis hombres con las palmas de las manos extendidas se miraban los unos a los otros en silencio hasta que las llamas, en cuestión de diez minutos o poco más, se extinguían. Entonces, Elcano ordenaba ponerse en marcha. Se incorporaba, tomaba su escopeta y, con un rescoldo, encendía la mecha soplando suavemente sobre ella. El resto de exploradores le imitaba y Elcano, sin mediar más palabra, se ponía a caminar.

Si encontraban un arroyo, se paraban y bebían agua. A ratos, sin detenerse, roían despacio un trozo de carne seca o un poco de bizcocho nauseabundo. Les habían dado parte de las raciones cocinadas en Sevilla diez meses atrás y no había forma de quitarles el sabor a madera agusanada. Urrutia fue el primero en solicitar permiso para cazar. Elcano repuso que adelante, aunque tendrían mucha suerte si en aquel yermo encontraban algún bicho viviente. Lo cierto fue que no muchas horas después de recibido el permiso, un animal parecido a una liebre pero más grande y con las patas interminablemente largas cruzó a la carrera a

veinte pasos frente a ellos. Los exploradores se detuvieron de inmediato y Urrutia, nervioso, se puso la escopeta en el hombro tras soplar con suavidad en la mecha para avivarla.

—No —dijo Elcano.

—Sí —repuso Urrutia mientras, con un ojo guiñado, apuntaba a la liebre gigantesca.

Los seis hombres se habían detenido, expectantes.

—Vas a gastar una bala en balde —insistió Elcano. Por si acaso, no se movía del sitio. Desconocían si la liebre los había descubierto o no, pero, en caso de que Urrutia considerara que la tenía a tiro y decidiera disparar, no querían ser ellos quienes contribuyesen a que errara el blanco.

—Vamos, capitán… —dijo Urrutia mordiéndose el labio inferior.

Habían comenzado a otorgar rango de capitán a Elcano. Primero, para tomarle el pelo un poco y divertirse a su costa. Elcano formaba parte de la oficialidad inmutable a la que solo alteraban los asuntos verdaderamente relevantes. Y el rango en absoluto estaba entre ellos. Pero es que, segundo, desconocían qué trato merecía en ese instante Elcano. Él mismo lo ignoraba, pues había sido degradado como parte de su castigo y nadie creía que los rangos fueran a ser restituidos mientras estuvieran en San Julián. ¿Qué sentido tendría, si no era para navegar? Así que no era maestre, aunque tampoco un marinero del montón. El Sordo y Mafra decidieron no andarse por las ramas y lo ascendieron, por su cuenta, a capitán. Comenzaron a llamarlo así y solo Barbosa protestó. Alegaba que aquello no podía ser, pero el Sordo y Mafra lo ignoraron y continuaron con lo suyo. En un par de días, hasta el propio Barbosa se dirigía a Elcano como capitán.

No era un mal tipo, Barbosa. El problema lo tenía consigo mismo: hijo de su padre y con la mitad del cuerpo portugués y la otra mitad español, nunca supo demasiado bien por dónde le soplaba el viento. Terminó, como solución intermedia, agriándosele el carácter y estando siempre a la primera que salta. Pero los hombres le reconocían un buen fondo. Había que encontrarlo con paciencia, eso sí.

—Me cago en mi estampa… —gruñó Urrutia bajando la escopeta sin haber realizado el disparo.

—Bien hecho —dijo Elcano.

La liebre, o lo que aquel bicho fuera, apuró su carrera y terminó ocultándose entre unos arbustos. Los seis hombres permanecieron expectantes por si aparecía

de nuevo, pero del animal no se volvieron a tener noticias.

—A lo mejor hay una madriguera —sugirió Mafra.

—Iré a echar un vistazo —contestó el Sordo.

—Para mí uno de los muslos —advirtió Urrutia.

—¿Qué dices? —preguntó el Sordo mientras comenzaba a andar en dirección a los arbustos.

—Ya me has oído —replicó Urrutia en tono firme—. Si la cazamos, yo me he ganado uno de los muslos.

—Pero si no has hecho nada, tío.

—A puntito he estado de abatirla.

—¿Cómo? ¿Sin tan siquiera disparar?

—Ya me has oído.

El Sordo no dijo esta boca es mía y se sonrió para sí mientras daba la espalda al resto y se dirigía hacia los arbustos.

—Aquí no hay ninguna madriguera. Creo que se nos ha escapado sin que nos demos cuenta…

Los hombres se disponían a ponerse de nuevo en marcha cuando el Sordo llamó, de nuevo, su atención.

—¿Qué es esto? —preguntó, mitad para sí, mitad para los demás.

—¿Qué hay, Sordo? —le inquirió Elcano, que ya se había colocado la escopeta bajo el brazo.

—Yo diría que…

Como el sevillano no acababa de arrancar en sus explicaciones, Elcano, seguido de los otros, comenzó a recorrer el corto trecho que los separaba.

—¿Has encontrado algo?

—Mire esto, capitán.

El Sordo, situado un par de pasos tras los arbustos, señaló, con el dedo, algo en el suelo. Elcano se acercó e inclinó la cabeza para observar lo que el marinero le indicaba.

—¿Es lo que yo creo que es, capitán?

—¿Qué sucede? —preguntó, entonces, Barbosa—. Ya hemos perdido demasiado tiempo aquí.

—Cállate, no empieces —le espetó, sin miramientos, Mafra, mientras lo adelantaba.

—A mí me mantienes el respeto, ¿entendido? —comenzó a refunfuñar Barbosa, quien pensaba sinceramente que su condición de sobresaliente lo

situaba varios escalones por encima de la marinería. Ni qué decir tiene que la marinería no opinaba lo mismo. Mafra, y para el caso, Urrutia y el Sordo, solo reconocía la autoridad de los oficiales y, muchas veces, no de todos. El respeto, a bordo de una nao mercante, había que ganárselo cada día. Ahí tenía Barbosa a Elcano. Que se fijara en él y que comprendiera con qué poco el de Guetaria reunía el afecto de los hombres bajo su mando. Unos hombres que no solo no aceptaban que hubiera sido degradado, sino que lo habían ascendido, sin pensárselo dos veces, a capitán.

—¿Habéis encontrado la liebre o qué pasa? —inquirió Mafra cuando estuvo a la altura del Sordo y Elcano.

—Míralo tú mismo —respondió el Sordo indicando un lugar en la tierra arenosa.

Mafra se acercó y se agachó para situarse junto a Elcano, quien observaba con mucha atención lo que tenía ante sus ojos.

—Hostias… —dijo Mafra. Allá, nítidamente delimitadas en la tierra blanda, aparecían dibujadas tres huellas dejadas atrás por un ser humano. A juzgar por lo bien trazados que se hallaban los perfiles de las mismas, el hombre que las dejó impresas no hacía demasiado tiempo que había pasado por el lugar. Caminaba calzado, pero se distinguían a la perfección el talón, el puente y los dedos. Tres huellas normales salvo por un hecho: su tamaño era tal que solo podrían haber sido dejadas en la arena por un ser descomunal.

El resto de hombres fue llegando y todos se acuclillaron para observar de cerca las huellas.

—Su puta madre… —bufó Urrutia.

—No puede ser —sentenció Barbosa, siempre seguro de sí mismo.

—¿Qué es lo que no puede ser? —le preguntó Mafra. Elcano continuaba con la nariz metida en las huellas recién encontradas.

—Digo que no pueden pertenecer a una persona —respondió Barbosa.

—Eso ya te lo digo yo. El que ha pisado aquí es un monstruo y más nos valdría comprobar las escopetas por si vuelve.

—Aquí no hay monstruos —sentenció el Sordo.

—¿Tú eso cómo lo sabes? —preguntó, girándose hacia él, Mafra—. ¿Vienes mucho por estos parajes?

—No, no vengo mucho, pero no parece que aquí haya monstruos.

—¿No parece? ¿Esa es tu única explicación?

—Si hubiera monstruos en las inmediaciones, ya deberíamos de habernos

topado con ellos.

—O no.

—¿Cómo que no?

—¿Has visto la liebre de hace un momento? La puta liebre gigantesca. La hemos visto los seis, ¿verdad que sí? ¿Y acaso alguno de nosotros tenía noticia de un animal semejante? ¿No? ¡Y ahí estaba! Delante de nuestras narices.

—Visto así…

—No se puede ver de otra manera. Antes no sabíamos que existieran las liebres gigantescas y ahora sabemos que sí. Antes no sabíamos que existieran los monstruos y ahora sabemos que sí. Fin de la discusión.

Aprovechando que se hizo un breve silencio, Barrasa, que no había hablado hasta ahora, tomó la palabra para cuestionar directamente:

—¿Usted qué piensa, capitán?

Elcano no se giró hacia el sobresaliente, pero se rascó la nuca cuando escuchó la pregunta.

—Aquí hay algo, sin duda —respondió al rato. Elcano silabeaba despacio cada palabra—. Estas tres huellas pertenecen a un hombre que ha caminado por este lugar no hace demasiado tiempo. Y he visto huellas grandes pertenecientes a hombres grandes en mi vida, pero ninguna de este tamaño.

—Así que hay un monstruo ahí delante —concluyó Mafra levantando, nervioso, la mirada y escrutando el horizonte. Mientras lo hacía, alzó la escopeta a la altura del rostro y sopló con suavidad la mecha para mantenerla viva—. A mí, ese hijoputa no me va a pillar con la guardia baja. Le pienso meter un tiro en las tripas que se va a enterar.

—¿Y si tiene caparazón? —preguntó, entonces, Urrutia. El miedo se contagiaba de hombre a hombre y quien más quien menos se puso a escudriñar las inmediaciones—. O escamas, como los peces. ¿Qué cojones hacemos con nuestras putas balas de mierda si el cabronazo tiene escamas? ¿Eh?

—Calma —pidió Elcano.

—No nos pida usted calma, capitán.

—Y deja de llamarme así. No soy capitán y lo sabes.

—Sí, capitán.

—De momento, solo son tres huellas.

—¿Por qué no envía al Sordo y a Mafra a que las sigan?

El Sordo escuchaba sin interrumpir, pero hasta ahí, claro.

—¿Por qué no enviamos a tu puta madre, Urrutia?

—Porque está un poco lejos de aquí, no como vosotros dos.

—Tócame los huevos, Urrutia.

—Lo mejor será que vayamos todos.

—Yo no pienso ir a ninguna parte.

—Capitán, diga usted algo.

Elcano se incorporó y apartó la mirada de las gigantescas huellas. Después, comprobó que su escopeta tuviera la mecha encendida y, con un golpe de mentón, indicó a sus hombres que hicieran lo propio.

—Somos seis y estamos armados —dijo—. Vamos a seguir las huellas y a ver con qué nos encontramos.

—Con un monstruo —replicó Mafra.

—Eso no lo sabemos. De momento, digamos que es un gigante.

Durante el resto de la jornada, continuaron su avance por el desierto yermo al sur de San Julián. Hasta en cuatro ocasiones creyeron descubrir algo moviéndose entre los arbustos y matojos, pero en todas se trató de algún animalillo extraño aunque poco amenazante. Incluso creyeron avistar, de nuevo, una liebre enorme. Esta vez, sin embargo, nadie sugirió que intentaran cazarla para la cena. ¿Y si el disparo atraía al monstruo? ¿Y si este se abalanzaba sobre ellos y los sorprendía con la escopeta descargada? Necesitaban diez minutos para volver a cargar. En ocasiones, hasta quince. Ninguno, ni siquiera Barbosa y Barrasa, por mucho que a los sobresalientes les gustara afirmar lo contrario, era un buen tirador. Magallanes debía haber incluido a un par de lombarderos en la partida. No solían ser del gusto de nadie y nadie los contaba entre sus mejores compadres, pero al menos conocían al dedillo el arte de las armas de fuego, la pólvora y las balas. Además, si finalmente el monstruo hacía acto de presencia, se los podían entregar a modo de ofrenda y nadie consideraría que algo verdaderamente irreparable se estaba perdiendo. Tarde para pensar en eso, en cualquier caso.

Cuando cayó la noche, Elcano ordenó que se detuviera el avance y que se buscara un buen lugar para pernoctar. La oscuridad duraba diecisiete largas y frías horas que deberían pasar sin encender una hoguera. Con el monstruo rondándoles, ninguno hizo, tan siquiera, amago.

Cenaron en completo silencio los bizcochos que traían con ellos. Disponían de un poco de vino que habían racionado convenientemente para que les durara el mayor tiempo posible, pero los pellejos volaron aquella noche de mano en mano. Necesitaban darse ánimos.

A la mañana siguiente, descubrieron más huellas. Elcano mandó a los

hombres que se repartieran por el terreno y que las contaran. Sumaron un total de quince. El Sordo, con sus veintidós años de edad, era el hombre más joven de entre los exploradores. Puede que, por ello, fuese también el menos prudente a la hora de hablar. Comenzaba a aborrecer los periodos en los que no se hallaba embarcado. Se trataba de un sentimiento muy extendido en marineros mayores: consideraban a la nao en alta mar un lugar seguro lejos de todo lo imprevisible que podía sucederles en tierra firme. El Sordo, a su corta edad, ya estaba harto de vivir con el corazón en un puño.

—Sigámoslas —dijo Elcano, refiriéndose a las huellas.

—¿Có…, cómo dice? —balbució el Sordo, que no daba crédito.

—Que las vamos a seguir. Andando, en marcha.

—¿Y si nos ataca? No sabemos si hay un monstruo, o dos, o un rebaño entero de ellos…

—No nos va a atacar. Ha dispuesto de toda la noche para ello y no lo ha hecho. Se ha limitado a acercarse y observarnos. Creo que él tiene tanta curiosidad en nosotros como nosotros en él.

—Yo no tengo ninguna curiosidad, capitán.

—Vamos.

Caminaron durante varias horas siempre en dirección sur. A ratos, les llegaba el olor de la mar, lo cual despertaba en ellos un sentimiento de sosiego y también de añoranza. Anhelaban volver a embarcar y olvidarse para siempre de aquel áspero paraje habitado por seres monstruosos. ¿Qué hacían allí? ¿Qué sentido tenía la invernada ordenada por Magallanes? El mar, ahí mismo, parecía perfectamente navegable. ¿A santo de qué, entonces, no navegarlo? Ellos eran marinos, no caminantes y, mucho menos, cazadores de bestias quiméricas.

Pasaban tanto tiempo ensimismados en sus pensamientos que pronto cada hombre comenzó a imaginar las más horribles consecuencias para su aventura. ¿Y si el gigante no era sino una personificación de Satanás? ¿Y si vivía bajo tierra y los sorprendía surgiendo a la superficie justo cuando ellos pasaran sobre él? ¿Y si el ser se alimentaba de desesperanza y la que los exploradores exhalaban atraía su fino olfato?

Aquel día descubrieron nuevas huellas, aunque no fue el último en el que lo hicieron. Al día siguiente avistaron más y también en las jornadas posteriores. Pronto fue tan normal advertir las huellas del monstruo en la tierra arenosa que comenzaron a no darles importancia.

Fue el 17 de mayo cuando el Sordo reflexionó en voz alta.

—Lo cierto es que parece que el monstruo no tiene demasiado interés en nosotros —dijo—. Llevamos días siguiéndole la pista y él no se muestra, pese a que conoce de sobra nuestra existencia. ¿Qué tal si lo dejamos en paz y regresamos a casa?

Los hombres estuvieron, inmediatamente, de acuerdo con él. Todos salvo Elcano, que no olvidaba las órdenes de Magallanes: su misión era explorar las inmediaciones de San Julián y asegurarse de que ningún peligro los acechaba. Y aunque él mismo estaba cada vez más convencido de que el gigante tras cuyas huellas caminaban no suponía un riesgo, algo le impedía dar media vuelta y fingir que nada ocurría.

—No —repuso Elcano.

A los hombres les sacaba de quicio su laconismo. ¿No? ¿Y ya está? ¿Sin más explicaciones? ¿Todos a seguir caminando como si la reflexión del Sordo no sirviera de nada? No es que pretendieran debatirlo, pues, aunque un tanto difuso, Elcano continuaba disponiendo de rango: el propio Magallanes lo había situado al frente de la partida de exploradores. Simplemente, les habría gustado que la negativa hubiera llegado aderezada de algún modo. Mirad, muchachos, si yo os entiendo y hasta puedo llegar a compartir lo que decís, pero creo que sería mejor que continuáramos durante un par de días más; ya sabéis, para asegurarnos de que el hijoputa que anda por ahí no supone un riesgo para los nuestros.

¡Y lo habrían comprendido! Pues no, Elcano no les daría ese gusto. A ellos, a los que la vida no solo no les sonreía, sino que les estaba regalando una mueca macabra.

Barbosa farfulló que aquello no podía ser de ninguna manera y, acto seguido, continuó caminando en el mismo sentido que los demás. Dejó la última de sus diatribas a medio formular: ¡Quiero que conste que pienso que resulta una estupidez continuar por la senda cuyo…! Y se calló como un muerto.

Un rato después, se toparon con el monstruo.

Al principio, creyeron que habían tenido mucha suerte ya que, debido al terreno llano, desolado y sin árboles, lo avistaron a una distancia suficiente como para prepararse ante cualquier ataque. Más tarde, comprendieron que el monstruo no pensaba atacarlos.

—¡Hostia puta, capitán! —exclamó Urrutia. Fue el primero en verlo. Se hallaba a unos cincuenta pasos frente a ellos. Tenía un tamaño inmenso y se vestía enteramente con pieles de a saber qué animal.

—¡Quietos! —ordenó, al verlo, Elcano.

—¡Metedle un tiro! —rugió Barbosa aprestándose a empuñar la escopeta—. ¡Me cago en la puta, se lo meto yo!

—¡Que nadie dispare de momento! —exigió Elcano—. Mantened las armas preparadas, eso es todo. Pero que nadie abra fuego.

—Está demasiado lejos, en cualquier caso —advirtió el Sordo.

—¿Qué hacemos, capitán? —preguntó Mafra.

Esperar. ¿Qué otra cosa podían hacer? Llevaban días tras el rastro de aquel ser. Bien, pues ahí lo tenían, frente a ellos. Aguardarían acontecimientos y permitirían que fuera él quien diera el primer paso.

—Parece que va a echarse sobre sus cuatro patas y correr en nuestra dirección —fantaseó Barrasa.

—Se trata de un hombre —dijo Elcano—. Igual que nosotros.

—¿Eso…, eso es igual que nosotros? —preguntó, sin dejar de gruñir, Barbosa.

—Es un hombre y está tranquilo —repuso el de Guetaria—. No demos un paso en falso y veamos cómo reacciona.

El monstruo, que ya no parecía tan monstruo, los observaba desde la distancia. Permanecía erguido en mitad del llano, con su vestimenta de pieles, algo junto al costado que se asemejaba a una bolsa o un zurrón y un arco más bien pequeño en la mano derecha. Si llevaba flechas, no podían verlas desde la posición que ocupaban.

—Da la sensación de que no es hostil —reflexionó Mafra.

—No se lo parezcamos nosotros —indicó Elcano, quien retomó el paso y comenzó a caminar en dirección al monstruo.

—Vamos —dijo el Sordo—. Cubramos al capitán.

—Yo no voy —aseguró Barbosa.

—Como no nos sigas pegado a nuestros culos —le dijo, sin molestarse en volverse, Urrutia—, te juro por Dios todopoderoso que yo mismo te disparo a las pelotas.

—Vale… —aceptó el sobresaliente—. Pero que conste que…

—¡Consta todo, hostias! —cortó el Sordo—. Lleva constándonos desde hace la tira de días. Cierra el pico de una puta vez.

Nadie añadió nada y todos se apresuraron a seguir el paso de Elcano. A medida que se fueron acercando, comprendieron que este tenía razón y que solo se hallaban ante un hombre. De un tamaño excepcional, sin duda, pero un hombre a fin de cuentas. No estuvieron seguros de si respirar de alivio o hacerse

cruces. Ellos no habían visto demasiados monstruos en su vida y no sabían muy bien qué esperar. Sin embargo, conocían bastante bien a los hombres. De ahí la incertidumbre.

—Barrasa, Urrutia —dijo Elcano cuando se encontraban a una docena de pasos de distancia del hombre—, quedaos aquí y cubridnos con las escopetas. Ni se os ocurra abrir fuego a no ser que él ataque primero, ¿entendido?

—Entendido, capitán —repuso Urrutia deteniéndose, comprobando la mecha y soplándola suavemente.

—Mafra, Barbosa, Sordo. Conmigo. No lo asustéis.

Cuando lo tuvieron a seis pasos de distancia, comprobaron que realmente se trataba de un gigante[28]. Levantaron la mirada hacia él y observaron su rostro sucio. Los marineros no eran excesivamente partidarios de la higiene personal, pero hasta a unos desastrados como ellos les dio por pensar que el gigante llevaría al menos una década sin acercarse al agua.

—Hola —saludó Elcano situándose un paso por delante del resto—. Hola, amigo.

El gigante lo miró y entornó los ojos, como si no viera bien.

—No parece muy listo… —musitó el Sordo.

—Vigila su arco —repuso Mafra.

—Hola —repitió Elcano—. Somos españoles y venimos en son de paz.

De improviso, y sin que nadie lo esperara, el gigante dio dos pasos hacia atrás, emitió lo que ellos tomaron por un gruñido y se agachó para agarrar un puñado de tierra con la mano izquierda y lanzarlo sobre su cabeza.

—¡Tranquilo! —dijo Elcano extendiendo la palma de una mano hacia delante—. Tranquilo, no queremos hacerte daño…

A los exploradores habían comenzado a temblarles las piernas. De verdad, de forma literal: Barbosa, por ejemplo, tenía la izquierda asolada por un tembleque que casi le descoyunta la rodilla. Se le escapó un poco de orina de puro terror.

—Quietos todos —dijo Elcano volviéndose hacia ellos—. Que nadie dispare, por el amor de Dios, que nadie dispare…

No habrían podido o, al menos, no habrían sido capaces de acertarle un tiro. Por suerte para ellos, el gigante solo estaba realizando una demostración de fuerza. Elcano comprendió que se sentía en inferioridad y trataba de parecer más peligroso de lo que realmente era.

Rezongaba, el gigante rezongaba. Tomaba grandes bocanadas de aire y las expulsaba en forma de vapor helado.

—Eh, amigo —llamó Elcano en tono amistoso—. Calma, ¿de acuerdo? No queremos hacerte daño. Solo queremos hablar contigo. Mira, voy a dejar mi escopeta en el suelo. ¿Ves? La dejo despacio…

—No se confíe, capitán —le dijo el Sordo. Él, al igual que el resto, doblaba muchísimo el cuello para mirar al rostro al gigante.

—No va a pasar nada —sentenció Elcano.

Puede que no lo hiciera a propósito, pero fue entonces cuando el gigante se agachó, tomó de nuevo unos cuantos terrones de tierra, polvo y arena y los lanzó sobre su cabeza mientras aullaba.

—Mierda, capitán —dijo, desde atrás, Barrasa.

—No dejes de cubrirnos —expresó Elcano—, pero no abras fuego, ¿entendido?

—Vamos a morir.

—No vamos a morir.

—Vamos a morir en este puto descampado de mierda. Me cago en mis muertos, quién me mandaría a mí enrolarme en esta expedición…

—Ni se te ocurra echarte a llorar.

—Urrutia, haz que se calle.

El aludido se pegó a Barrasa y fijó su mirada en la del gigante. Cuando este la inclinaba hacia Elcano, Urrutia le metió el codo en el esternón a Barrasa. Un golpe seco, muy marinero, de esos que se lanzan sin mover un músculo más de los necesarios.

—Joder… —gimió, casi sin aire, Barrasa.

—Calladito —dijo, arisco, Urrutia.

Elcano lo intentó de nuevo con el gigante. Antes, dio un paso más hacia él y se situó dentro del radio de acción de sus enormes brazos. Si lanzaba uno de ellos al aire, bien podría arrancarle la cabeza de cuajo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó en tono afable. Sabía que daba igual qué le dijera, pues nuestro idioma era desconocido para el gigante—. Yo soy Elcano. Elcano. Vengo del otro lado del mar y tengo algo para ti.

El Sordo se acercó y experimentó la emoción intensa de los que ponen en auténtico riesgo sus vidas. Tenía un disparo en la escopeta y la mecha se hallaba encendida. No obstante, desconocía si con ella lograría atravesar la piel del

gigante. Lo que sí comprendía sin atisbo de duda era que el monstruo podía despedazarlo en menos de lo que tardaba en persignarse.

—No parece interesado en hablar con nosotros —reflexionó Mafra.

—Nos tiene miedo —dijo Elcano.

—¿Miedo? —preguntó, incrédulo, el marinero. El gigante los superaba en más de media braza de altura. Sus piernas, interminables, comenzaban donde a ellos el pecho y estaban rematadas por aquellos descomunales pies cuyas huellas llevaban días siguiendo. Los brazos, fuertes como rocas, podrían desmembrarlos sin miramientos. ¿Y el ser les tenía miedo a ellos? ¿Seis tipos más bien bajitos que apenas sabían disparar?

Elcano se acercó todavía más hasta que, por fin, no hubo sino un paso de distancia entre el gigante y él. El rostro apenas le llegaba a su estómago y la manaza izquierda del hombre caía muy cerca. Elcano la tomó entre las suyas y palpó una piel áspera y endurecida tras toda una existencia a la intemperie. A continuación, la levantó sin que el gigante opusiera resistencia y la posó en lo alto de su cabeza.

—¿Ves? —dijo—. Somos amigos. No vamos a hacerte daño.

El gigante, curioso, se echó hacia delante para observar más de cerca a Elcano. Parecía corto de vista. Quizás lo que el Señor daba por un lado, lo quitaba por otro.

En ese instante, al gigante le habría bastado con apretar los dedos para aplastarle el cráneo a Elcano. Sin embargo, optó por todo lo contrario: dócil como un cachorrillo recién nacido, se acuclilló, dejó el arco en el suelo y comenzó a revolverle el pelo a Elcano.

—Sordo, el vino —pidió.

El marinero le alargó su pellejo, el cual, a pesar del generoso manoseo al que lo habían sometido en las jornadas anteriores, todavía contenía unos cuantos tragos. Elcano lo tomó, lo abrió y bebió un poco de vino. Después, se lo entregó al gigante.

Al principio, el gigante no comprendió. Mentirían si dijeran que no les recordó a los típicos grumetes un poco cortos de entendederas que jamás conseguían ascender a marineros. Se quedaban allá, de eternos auxiliares a bordo de un barco, haciendo esto y lo otro mientras la tripulación iba tomándoles cariño con los años. Morían de viejos y en sus funerales hasta el capitán pronunciaba unas sentidas palabras.

El gigante, imitando a Elcano, se llevó el pellejo a los labios y sorbió el

líquido. Creyeron que, dado que bebía vino por primera vez, no le gustaría. No sucedió así y el gigante apuró el contenido del odre en un solo sorbo. Cuando no quedó ni una gota más, devolvió el pellejo a Elcano y, solo entonces, les sonrió.

Tenía una sonrisa que les pareció un tanto extravagante. Sutil y huidiza, asomaba a sus labios y se marchaba para, al rato, de nuevo aparecer. Definitivamente, el gigante sentía lo que podría llamarse azoramiento: pese a su descomunal presencia física, el hombre mostraba una viva timidez. Elcano, por si acaso y antes de que la magia se rompiese, le devolvió una amplia sonrisa. El Sordo, a su lado, hizo lo propio, y también Mafra, y Barrasa, y los demás. Pronto, el ambiente se había relajado ya notablemente y hasta Barbosa había dejado de temblar. Nadie pensaba desmembrar y devorar a nadie. Un alivio.

—No creo que tenga nombre —aventuró Urrutia.

—¿Cómo que no? —se extrañó Mafra—. Todo el mundo tiene nombre.

—Los animales no lo tienen.

—Pues yo tenía un gato en Jerez al que le llamábamos Tontorrón.

—Qué puto nombre de los cojones.

—Bien bonito que es. Ay, qué habrá sido de aquel gato…

—En cualquier caso, el nombre se lo pusiste tú.

—Se lo ponemos al gigante y asunto resuelto.

—Yo diría que tiene cara de portugués.

—No sé, no estoy seguro. ¿Tú qué opinas, Sordo?

—Tiene una cara de portugués que tira de espaldas. Mira qué feo es el hijoputa.

—Y no ha tomado un baño en su puta vida.

—Tampoco es que nosotros…

—Portugués no es un buen nombre. Seguro que más de uno no se lo toma a bien cuando lo llevemos de regreso a San Julián. Empezando por el capitán general, sin ir más lejos…

—Hostias, sí, no me acordaba… Mejor pensamos otra cosa.

—¿Qué tal Guillermo? Guillermo le viene como que ni pintado.

—A mí, Guillermo me parece bien.

—Es un nombre largo de cojones.

—Como el cabrón.

—Pues Guillermo.

21

El final de la *Santiago*

22 de mayo de 1520

A PESAR de que la orden de Magallanes fue que echaran un vistazo y regresaran cuanto antes para informar, la *Santiago* permaneció en el puerto de Santa Cruz durante casi tres semanas más. Es que existían muchos canales y recovecos que explorar, diría más tarde y a modo de explicación el capitán Serrano. Nadie se lo puso en duda, pues la *Santiago* participaba en la expedición precisamente para eso, para que se internara por donde las demás naos no lo lograban y no dejara un solo rincón sin explorar. La verdad, mucho más prosaica, fue que ocuparon aquellos días en no hacer gran cosa: descendían a tierra, caminaban durante una legua o dos y, al ver que no descubrían nada digno de mención ni se topaban con alguien al que preguntar, regresaban de nuevo a la *Santiago*, preparaban la cena y se echaban, tan tranquilos, a dormir.

Cazaron y pescaron bastante, eso es cierto, y ahumaron gran parte de lo capturado. Para ello, construyeron en tierra un ahumadero y lo mantuvieron en funcionamiento durante una semana entera. Dada la orografía del terreno, si hubiera algún ser pensante en diez leguas a la redonda, habría descubierto su columna de humo. De hecho, algunos tripulantes se cruzaron apuestas en torno a si desde el puerto de San Julián la estarían divisando. En unos días, cuando regresaran con la bodega atestada de víveres, lo averiguarían y cada cual cobraría o pagaría lo suyo.

El día 22 de mayo ya habían desmontado el ahumadero y navegaban lentamente por el canal principal. De pronto, comenzó a levantarse un viento repentino y el capitán Serrano ordenó llevar la *Santiago* hacia las aguas más profundas. Se hallaban a algo más de dos leguas de la embocadura del puerto y Serrano dudó entre salir a mar abierto e internarse en él o aguantar dentro del

puerto natural. Por fin, se decidió por lo segundo pues el viento arreciaba por momentos y, en cuestión de minutos, se convirtió en un temporal.

La marinería conocía perfectamente qué debía hacer, lo cual no era sencillo. Capear un temporal dentro de una bahía sin estar amarrado a ninguna parte constituía una maniobra en extremo compleja. Las cosas se complicaron más aún cuando el timón dejó de responder.

—¡Se ha partido! —gritó un marinero mientras el viento sacudía con violencia a la *Santiago*.

—¡No! —respondió el capitán Serrano. No lo sabía a ciencia cierta, pero no podía admitir, de primeras, que así fuera—. ¡Algo impide que se mueva! ¡Bajad a la bodega y solucionadlo ya!

Tres marineros obedecieron de inmediato, aunque no tuvieron tiempo de realizar comprobación alguna. En ese instante, el viento sacudió a la *Santiago* y, sin control como estaba, hizo que virara en dirección a la costa sur del estuario.

—¡Las velas! —aulló Serrano.

Los viejos marineros siempre aseguran que el timón es lo de menos, que cuando lo has roto o algo te impide utilizarlo, siempre te quedan las velas para gobernar la nave. En teoría, así es. Con pericia y algo de buena suerte, una tripulación puede navegar aferrada a los cabos que sostienen el velamen. En la práctica, todo resulta más confuso. Mentiría quien dijera que las velas no gobiernan un barco: lo hacen, y en cada momento de una travesía. Pero de ahí a considerar que solo con su auxilio puedes lograr el control de una nave de las dimensiones de la *Santiago* en mitad de un fuerte temporal, va un trecho largo.

La marinería de la nao se apresuró a cumplir con la indicación de su capitán, pero ya era demasiado tarde. Un golpe de viento especialmente fuerte rifó la vela mayor y, a partir de ahí, los acontecimientos se sucedieron muy rápido y hacia el desastre.

—¡Dios mío! —exclamó el despensero. Si alguien había doblado el espinazo en los últimos días, ese era él. Se metía en el ahumadero antes de la primera luz del alba y no salía hasta bastantes horas después de que el sol se ocultara. Había tragado tanto humo que algunos hombres creyeron que lo podrían echar a la bodega junto al resto del cargamento y nadie notaría la diferencia—. ¡La vela está rasgada!

De parte a parte. Y, ahora sí, la *Santiago* se encontraba sin control y prácticamente a la deriva. Los vientos la empujaban más y más hacia la costa sur

del puerto, allá donde, lo conocían porque la habían navegado dos o tres veces, solo había bancales de arena sumergidos.

—Virgen santa, ayúdame —rogó, en un murmullo, el capitán Serrano. Tenía la mirada fija en la costa, en una costa que se aproximaba y se aproximaba hacia ellos.

—¡Vamos a encallar! —gritó alguien en mitad del vendaval.

Con fuerza inusitada, la *Santiago* estaba siendo arrastrada hacia su destino final. Serrano vio pasar la vida ante sus ojos, como dicen que sucede con los que van a palmarla, y le pareció que se hallaba incompleta, que no bastaba, que la juzgaba insuficiente. No podía morir aquel día, pues necesitaba tiempo para completar lo inconcluso. Quizás la Virgen, a la que acababa de invocar, lo oyera y se apiadara de él. Lo que sí sucedió fue que le fue concedido un año más de vida. No es mucho, pero menos es nada. No moriría con su barco.

Ninguno de los tripulantes de la *Santiago*, salvo por el pequeño accidente sufrido en el mar dulce de Solís, había embarrancado jamás. Sin embargo, a ninguno de ellos le sonó extraño el ruido que hizo la quilla al tocar, deslizarse y encallar en el banco de arena sumergido. Es un sonido que no has oído, que ruegas por no oír nunca, pero que, cuando así sucede, reconoces de inmediato. La arena mojada se restriega contra el vientre de la nave, como un cerdo lo hace con sus lomos en la pocilga.

—¡Agarraos! —tuvo tiempo de gritar Serrano al tiempo que la *Santiago* comenzaba a ladearse peligrosamente hacia el lado de babor.

—¡Vía de agua! —gritó uno de los marineros que habían descendido a la bodega para comprobar el estado del timón.

—¿De qué tamaño? —gritó el carpintero, presto a realizar su trabajo.

—¡Es…, es enorme!

En contra de la creencia unánime, los embarrancamientos en bancos arenosos suelen ser peores que el simple topetazo contra un bajío. Cuando una nave encalla en la arena sumergida, sobre todo si se halla suelta y fangosa, esta puede avanzar un buen trecho antes de detenerse por completo. Entonces, suele ser ya demasiado tarde, pues apenas queda agua para sostener a flote el casco y el barco se ladea irremediablemente. Cuando lo hace, las cuadernas del lado sobre el que se tumba se parten y, al hacerlo, desencadenan una serie de acontecimientos que nada ni nadie puede detener. En menos de cinco minutos, la bodega se inunda por completo, lo que consigue que la nao caiga más hacia el

fondo y se entierre en la arena blanda. Queda allí atrapada y, por lo general, para siempre. No hay solución.

Exactamente eso le sucedió a la *Santiago*. Tras embarrancar y abrirse la descomunal vía de agua, la nao comenzó a ladearse más y más por el lado de babor. Escuchaban el sonido de las cuadernas partiéndose bajo el agua. Es el sonido del diablo, la voz misma de Satán. Te habla a través de explosiones cuyo significado todos a bordo pueden traducir: sois míos para siempre.

Habría que verlo. Trigueros, que volvía a estar en la cofa del palo mayor pues el capitán consideraba que para qué cambiar conociéndose él, como se conocía, al dedillo las inmediaciones del puerto de Santa Cruz, tuvo reflejos suficientes para sujetarse con fuerza al propio mástil. Si no lo hubiera hecho, habría salido despedido hacia delante con una fuerza tal que muy probablemente habría superado el castillo de proa y habría caído sobre la arena de la costa cercana. De un accidente así nadie se salva, de modo que Trigueros rezó un avemaría rápido a modo de agradecimiento.

Cuando la *Santiago* se detuvo, o más o menos se detuvo, Trigueros se encontraba abrazado a un palo que estaba lejísimos de hallarse vertical. Ya no podía deslizarse por los cabos para descender y la propia vela no le inspiraba demasiada confianza, pues descubría grandes desgarrones de parte a parte. El viento continuaba soplando con violencia y Trigueros se dijo que era demasiado peligroso aguardar a que amainase sobre aquella insegura cofa. Con infinito cuidado, se asomó al vacío y vio cómo la tripulación comenzaba a abandonar la nao. Entre cuatro marineros y el guipuzcoano loco habían logrado lanzar el bote al agua. Trigueros los veía gritarse instrucciones los unos a los otros, distinguía sus bocas moviéndose, sus labios articulando frases y palabras. Sin embargo, el viento se las llevaba en otra dirección y, en lo que a él respectaba, bien podrían estar fingiendo con la intención de tomarle el pelo.

Sí, parecía que la *Santiago* se había detenido irreversiblemente. Trigueros supo que la bodega se había inundado por completo y que ya no entraba más agua en ella. O, por explicarlo con más exactitud, se había establecido un equilibrio entre la superficie del mar y la inundación. No habría calafate ni carpintero que solucionara aquello. Tocaba salvar la vida, algo que, por cierto, la dotación entera de la *Santiago* se aprestaba a realizar.

La cofa ya no estaba sobre la cubierta, sino sobre el mar. Trigueros sabía que no podía saltar, pues la profundidad era suficiente para ahogarse. Quizás tocara con los pies en la arena del fondo, pero ¿cómo retornaría a la superficie para

continuar respirando? La opción más segura era deslizarse por la vela rota, alcanzar la cubierta y que, en adelante, Dios dispusiera. Si hubiese contado con un cuchillo o un hacha, quizás hubiera cortado un cabo con el que sujetarse al palo mayor. Ni siquiera estaba seguro de que aquella fuera una buena idea, pues podía quedarse colgado a medio camino, pero cualquier cosa tenía mejor pinta que un salto al vacío en una nave recién naufragada en medio de unos vientos a los que poco les faltaba para ser huracanados.

Trigueros salió de la cofa y se agarró con ambas manos a la vela. Había largado aquella vela miles de veces. La conocía al tacto, palmo a palmo. Sabía que se trataba de una buena vela, que la habían cosido a conciencia, que no les habría fallado en su viaje de ida y vuelta a la especiería. Pero los temporales no suelen ser de la misma opinión y no respetan lo que para la marinería es sagrado. Quizás todavía estuvieran a tiempo de salvarla, cuando menos en parte, pero, para que eso sucediese, debía salvarse primero él.

Poco a poco, Trigueros fue descendiendo por la vela. Hubo un momento en el que se situó boca abajo, y, aunque no experimentó miedo, sí tuvo que detenerse unos segundos para recuperar el aliento. El aliento y, también, la consciencia de saberse vivo. Giró la cabeza y vio a los suyos intentando subirse al bote. Si lo hacían, significaba que habían comprobado que cubría lo suficiente como para no poder salir caminando de allí. Trigueros respiró hondo y continuó descendiendo por la vela.

Abajo, sobre la cubierta puesta casi en posición vertical, el capitán Serrano se desgañitaba para organizar la evacuación del barco. Cualquier capitán conoce el orden en el que hay que evacuar, por mucho que haya relegado esa información al último rincón de su mente. Los había, y los hay, más o menos supersticiosos, pero no existe capitán que disfrute repasando qué hacer y qué pasos hay que dar en caso de cataclismo. No, lo sabes y que Dios te dé fuerzas en caso de que llegue el momento. Mientras tanto, al cajón de los recuerdos postergados.

Dos marineros a los remos del bote y el resto de la marinería para el final. El resto, en el caso de la *Santiago*, sumaba siete hombres. Trigueros incluido, si es que lograba descender de la cofa. El capitán Serrano lo había observado deslizándose como podía por la vela mayor y, mentalmente, le deseó suerte. Necesitaba a todos sus hombres y Trigueros era uno de los mejores. Ojalá se salvara. Pero no podía hacer nada por él, así que se centró en embarcar a los

sobresalientes, a los grumetes, a los pajes, al despensero y a su criado, un negro llamado Juan Negro.

—¡Demasiados hombres! —le gritó un marinero a un palmo de distancia de su rostro. Serrano tuvo la impresión de que no le había escuchado, de que sus palabras se las había llevado el vendaval, aunque, no obstante, le había comprendido: leyó en los labios del marinero una conclusión a la que él ya había llegado por sus propios medios. Demasiada gente en el bote, pero ¿qué podía hacer? La costa se hallaba a poquísima distancia. Llegarían sanos y salvos.

Casi lo logran, qué cierto fue. Pero cuando, tras partir y bogar durante cinco minutos ya prácticamente la quilla del bote había tocado arena, señal que aguardaban los marineros a los remos para soltarlos, saltar por la borda del bote y empujarlo a mano hacia la orilla, un golpe de viento los sacudió con tanta violencia que varios tripulantes cayeron al agua, el guipuzcoano loco, varios grumetes y Juan Negro entre ellos. Los dos marineros se dejaron la garganta indicándoles su única posibilidad:

—¡Agarraos a los remos!

Puede que suene un tanto singular para unos hombres que tenían pensado cruzar el globo terráqueo, aprovisionarse de especias y regresar de vuelta a casa, pero allí no sabía nadar ni el capitán general. Bueno, ninguno esperaba caerse al agua, así que, ¿para qué aprender? Si alguien lo intentaba, le decían que daba mal fario. Ya tenían a la Virgen santa vigilándolos de cerca. No había por qué probar extravagancias.

Como pudieron, los hombres a los que el golpe de viento había arrojado al agua se agarraron a los remos que, desde el bote, les tendían los marineros. El guipuzcoano loco, llevado por su afán de ir siempre a contracorriente, ignoró los remos y se asió a la borda del bote, desde donde, tirando hacia arriba, los que no habían caído al agua le ayudaron a salir de ella.

—Está más fría de lo que creíamos —aseguró el guipuzcoano loco, obsesionado, como siempre, con las mediciones erróneas.

Poco a poco, fueron sacando a todos los que habían caído. ¿Dónde está Juan Negro?, preguntó alguien tras realizar un breve recuento en mitad del viento. Hijoputas, lo dejasteis para el final por negro, se quejaría más tarde el capitán Serrano. Le juramos por nuestras madres que no fue así, se defenderían los marineros. Y razón tendrían, pues ellos rescataron hombres a medida que se les ponían al alcance. Sencillamente, lo de Negro fue un golpe de mala suerte. Le tenía que tocar a alguien y le tocó a él, aunque por desventurado y no por negro.

Trigueros continuaba descendiendo por la vela mayor. Definitivamente, la fuerza de la gravedad lo había vencido y se agarraba a una vela que colgaba cada vez de manera más precaria. Al onubense le dio por pensar en los nudos necesarios para asir la vela. Él llevaba el día entero en la cofa, de forma que no había realizado ninguno de los que en ese mismo instante le sostenían, pero creyó que sus compañeros no habrían sido negligentes. No contaba, sin embargo, con que el fuerte viento, si bien no podía deshacerlos, sí era capaz de tensar tanto un cabo que este, al final, acabara partiéndose en dos. Y eso fue precisamente lo que sucedió. Una vez más, cada acción conlleva multitud de imparables reacciones, y Trigueros percibió que se disponía a precipitarse al vacío un suspiro antes de que realmente sucediese.

Por fortuna para él, para entonces ya había cubierto gran parte del trayecto hasta la cubierta. Por desgracia, continuaba, dada la posición tumbada de la *Santiago*, sin tener cubierta bajos sus pies. Cuando los cabos que sujetaban la vela se partieron, esta fue violentamente desplazada de su posición original y Trigueros quedó a merced de los vientos. Se asía con tanta fuerza a la tela que habían comenzado a dolerle las puntas de los dedos. Miró hacia abajo y vio al capitán Serrano ayudando a sujetar el bote, el cual regresaba a la *Santiago* después de haber dejado en tierra, sanos y salvos, a todos los hombres evacuados en el primer viaje. Excepto al pobre Negro, quien ahora dormía el sueño eterno en el fondo del mar. Intentarían recuperar su cuerpo cuando el vendaval se calmase y le darían cristiana sepultura.

Para este segundo viaje, Serrano eligió al resto de grumetes que la *Santiago* embarcaba y al par de lombarderos que acababa de quedarse sin empleo. Tratarían, más adelante, de bajar a tierra las lombardas junto a todo aquello que pudieran rescatar del naufragio, pero ¿de qué sirve un lombardero en una tierra desprovista de enemigos? Podrían, con el tiempo, sacar los barriles de pólvora de la bodega anegada, secar esta al sol durante meses, realizar nuevos viajes para hacerse con un buen surtido de balas. Y luego ¿qué? ¿Montarían guardia durante el resto de sus días en aquel confín del mundo? ¿Resistirían para proteger aquella nueva tierra conquistada para el rey Carlos? ¿Y si el enemigo no llegaba en décadas? ¿Y si envejecían junto a sus somnolientas lombardas mientras la vista se les perdía en aquellos horizontes eternamente inmaculados?

Trigueros quedó suspendido en el aire cuando el trozo de vela al que permanecía asido se detuvo. A sus pies había agua, con profundidad suficiente para ahogarse si saltaba. Fue entonces cuando le vino a la cabeza que, desde el

momento en el que la *Santiago* había naufragado, él dejaba de cobrar. O los de la contratación de Sevilla dejaban de adeudarle sueldos, por decirlo de otra forma. Allá estaba, pues, a miles y miles de leguas de casa, colgando de un hilo y sin perspectivas de sacar un triste maravedí de aquella aventura. Un plan genial, Trigueros, un plan genial.

—¿Qué haces ahí? —gritó, de pronto, el capitán Serrano. A saber por qué, el viento había rolado en su dirección y ahora las palabras le llegaban nítidas a sus oídos. Para un tío de Huelva, aquello era más de lo humanamente soportable y se cagó en los muertos de toda la población mundial. ¿Que qué hacía ahí, suspendido de un jirón del velamen? Tomar un poco el fresco, no te jode—. ¡Vamos, date prisa! ¡Tenemos que terminar de evacuar el barco!

—Me parece que estoy atascado, capitán —acertó a decir Trigueros. Con todo, no le salió el tono irritado que bullía en el interior de su cabeza. Ventajas de haber nacido en Huelva.

—Aguanta un poco, y en el siguiente viaje te echamos una mano.

Serrano se refería al bote, que ya estaba de camino a la costa con un nuevo cargamento de náufragos presto a ser desembarcado.

—No sé si voy a poder, capitán.

El viento arreciaba de nuevo y Trigueros se balanceaba más y más en la vela rota. Al menos, había logrado colar un pie en lo que creyó que sería una rasgadura, de forma que ahora se sujetaba con mayor firmeza.

Serrano observó el desastre. La *Santiago* jamás volvería a navegar y se olvidaría allí por los siglos de los siglos. En cuanto a ellos, sus tripulantes, les aguardaba una ardua tarea por delante. Si querían salir de aquella, no les quedaba más remedio que intentar llegar caminando al puerto de San Julián. ¿A qué distancia se encontraban de él? A muchísima, no le cupo duda. A demasiada.

—Deja de quejarte, Trigueros —dijo. El bote ya regresaba tras haber dejado en tierra la nueva remesa de naufragados. Restaba un viaje más—. Enseguida te sacamos de ahí.

—Sí, capitán.

El viento los azotaba, pero más lo hacía la desesperanza. Se habían roto.

22

El ataque de los gigantes

31 de mayo de 1520

DURANTE dos semanas, deambularon por el llano acompañados del gigante. Elcano mantuvo, en los dos primeros días, la tentación de regresar al puerto de San Julián e informar del hallazgo. Después, comprendió que aquello no resultaría una buena idea. Pronto llegaría el invierno y no sabía cuán crudo podría ser en el paraje en el que se hallaban. ¿Y si los indios, ahora que conocían su existencia, aguardaban a que la nieve los rodeara para atacar el campamento español? No sobrevivirían a la invernada sin víveres ni pertrechos. Tenían, por lo tanto, que asegurarse de que ningún peligro los acechaba. Eso pasaba, desde luego, por revisar cada palmo de las cercanías en San Julián.

Pero no llevaría a Guillermo hasta allí. Desde el principio, el gigante había mostrado un carácter dócil. A pesar de que iba armado de un rudimentario arco y de que disponía de unas cuantas flechas de punta de piedra, comprendieron que no pretendía utilizarlas contra ellos y que si los había estado siguiendo durante las jornadas precedentes era más bien para asegurarse de que los exploradores no suponían un riesgo para él que con la intención de causarles daño alguno. Por decirlo de otra forma, Guillermo experimentaba por ellos una mezcla de miedo, admiración y sobrecogimiento que a Elcano terminó por enternecer: tan grande y poderoso, y asustado ante la presencia de unos cuantos enanos venidos de allende los mares. No, no lo llevaría a San Julián. No, al menos, de momento. El gigante, a buen seguro, se asustaría ante la multitud de hombres y quién sabe cómo reaccionaria. Resolvió continuar la exploración en el modo en el que se encontraban.

Como habían sospechado desde el principio, Guillermo no era muy listo. Sabía hacer fuego por frotamiento y poco más. Se asombró cuando le mostraron un cuchillo de metal y casi se cae de espaldas el día en el que el Sordo hizo

bailar su escopeta. Descubrieron un animal mitad mula, mitad camello[29] y el Sordo, que avanzaba en vanguardia del grupo, se dijo que estaba harto de roer bizcochos podridos y que necesitaba darle una alegría a sus tripas. Se llevó la culata de la escopeta al hombro y apuntó concienzudamente. El animal pastaba los cuatro hierbajos resecos que crecían en aquella tierra agrietada y salvaje, y no lo vio venir. Pam, un tiro seco y el banquete celestial al alcance de la mano: se prepararon tal cena que meses más tarde, cuando los expedicionarios cruzaron el océano Pacífico en medio de un hambre canina, la rememorarían con el gozo y el pesar de lo vivido tan alegre como remotamente.

Tras varias jornadas intentando comunicarse con el gigante, los exploradores se dieron por vencidos y decidieron que sus idiomas eran incompatibles. Qué mala suerte, porque tenían muchas preguntas que formular a Guillermo. Por ejemplo, ¿de dónde carajo sales tú? O, ¿hay más cabrones gigantes parecidos a ti en alguna parte de este desierto helado? Y quizás, ¿sois de costumbres caníbales como algunos indios que viven algo más al norte? Lo típico que se suele preguntar a los aborígenes de una nueva tierra. Por si acaso.

En fin, tendrían que ingeniárselas de otro modo para hallar las respuestas que tanto ansiaban. Guillermo no dio muestras de querer huir y parecía cómodo en compañía de los seis españoles. Sobre todo, desde que el Sordo matara al bicho mitad mula, mitad camello y todos, sin excepción, se dieran una panzada de las de ponerse enfermo de las tripas. Por señas, el gigante les indicó que la piel con la que se cubría las desnudeces estaba hecha de un animal similar. A juzgar por lo vieja y raída que se encontraba, los hombres dedujeron que los tipos como Guillermo también podían cazar animales grandes como el abatido por el Sordo, pero de ciento en viento.

Cuando entre Urrutia, Barrasa y Mafra comenzaron a despiezar el animal, el gigante se sentó a su lado y señaló con el dedo las entrañas del bicho. Mafra tenía las manos manchadas de sangre hasta el codo y no comprendió, en un principio, qué pretendía. Le interrogó al respecto, pero Guillermo no salía de su jerga ininteligible.

—Como no te expliques mejor —terminó sentenciando Mafra—, se nos va a hacer de noche aquí.

Guillermo, acuclillado junto a él, estiraba su vigoroso brazo y señalaba el costillar del animal.

—¿Qué pasa? —insistió Mafra—. ¿Quieres algo?

—¿Has encontrado la bala? —intervino el Sordo.

—No, no he encontrado la puta bala —contestó, de malas maneras, Mafra.

—Eh, tío, que yo solo te he hecho una pregunta. No vamos sobrados de munición…

—Pero ¿es que no ves que estoy hasta arriba? ¿Qué tal si te remangas, metes las manos en el animal y la buscas tú mismo?

—Ah, no, yo lo he cazado. Ahora os toca pringar a vosotros.

—Pensaba que aquí compartíamos las tareas.

—Cuando vosotros cacéis, cada uno, un animal del tamaño de este, me lo vuelves a contar.

Elcano solía permitir que las discusiones entre los hombres siguieran su curso. Durante días y días no hacían nada sino deambular de un lado a otro en aquel inmenso yermo asolado por vientos heladores. Un poco de animación, aunque fuera en forma de bronca, no les venía mal para levantar los ánimos. Nunca se encenagaban demasiado y las divergencias terminaban por sofocarse sin más. Sin embargo, aquel día, Elcano decidió cortar por lo sano. Cuidaba mucho de que la relación con Guillermo fuera buena y Mafra y el Sordo, con su discusión, amenazaban con echar por tierra su trabajo. El gigante les había pedido algo y ellos lo ignoraban para enfrascarse en una de sus absurdas rencillas.

—Basta ya —dijo.

Los hombres enmudecieron de inmediato. Elcano, entonces, se acercó al gigante y se acuclilló junto a él. Delante tenían el animal a medio despiezar. Aun en aquella postura, el gigante le sacaba más de una cabeza de altura a Elcano. Los músculos de sus piernas, plegados y comprimidos por la posición de estas, se aparecían macizos y potentes. Si echaba a correr, podría cubrir decenas de leguas sin apenas cansarse.

—¿Qué quieres, Guillermo? —preguntó Elcano.

El gigante señaló, una vez más, las entrañas del animal.

—¿Quieres algo de ahí? Vamos a ver…

Elcano introdujo la mano en el costillar y comenzó a apartar pedazos de carne.

—Se va a poner usted perdido —intervino Mafra—. Déjeme a mí, haga el favor…

El marinero continuó despiezando el animal bajo la mirada expectante de Elcano y Guillermo. Cuando atacó la parte más profunda del costillar, el gigante

volvió a levantar el dedo.

—Es ahí —dijo Elcano.

—¿Quieres esto? ¿Esto otro? ¿No? ¿Quizás esto?

Mafra señalaba las diferentes partes del animal abierto en canal. Entonces, tocó, con la punta de su cuchillo, el corazón del bicho. A Guillermo se le iluminaron los ojos y agitó el dedo con el que señalaba.

—Quiere el corazón, capitán —dijo el marinero.

—Dáselo —repuso Elcano.

De un corte rápido, Mafra seccionó limpiamente las venas que unían el corazón al resto del cuerpo y lo extrajo. Todavía estaba muy caliente y comenzó a humear en el frío intenso de la planicie. El marinero se lo tendió a Guillermo, quien lo tomó con una leve sonrisa en los labios.

Acto seguido, el gigante se puso en pie y se retiró cinco o seis pasos del grupo. Alzó el corazón del animal con ambas manos, pronunció unas palabras que a los hombres les parecieron una oración, quizás una bendición, y, sin más preámbulos, procedió a devorar, cruda, la víscera.

Nadie movió un dedo mientras el gigante engullía, en completo silencio, el corazón del animal cazado por el Sordo. De alguna forma, aquella imagen, sin duda bárbara para cualquier otro espectador, los reconcilió con el lugar. Guillermo no podía estar solo. Habría, en consecuencia, más indios como él no demasiado lejos de allí. Saber que, por muy atrasados que estuvieran, por muy primitivas que fueran sus costumbres, habían aprendido a agradecer los dones de la tierra a un dios, los llenaba, a ellos mismos, de gratitud.

Resultó una ceremonia sencilla y breve en la que el gigante, en cuatro o cinco bocados, dio cuenta del corazón del animal. Un hilillo de sangre le resbalaba por las comisuras de los labios cuando, tras finalizar, regresó junto a los demás y volvió a acuclillarse.

El Sordo y Barbosa recogieron la leña que pudieron y encendieron una hoguera en la que, a duras penas, cocinaron los grandes trozos de carne. No quedó demasiado sabrosa, pues se tostó demasiado por fuera y en el interior se mantuvo cruda, pero los hombres se la comieron a grandes bocados. Aquel asado les recordaba a casa, a un lugar civilizado muy lejos de allí.

No pudieron acabárselo entero por mucho que Guillermo, él solo, se embuchara casi una cuarta parte del animal. Todavía restaba, al menos, una hora de luz y Elcano decidió que aquel día permitiría que los hombres descansaran. Se lo habían ganado.

Ya no les quedaba vino y Urrutia, Barrasa y Barbosa se dispersaron por la zona para buscar un arroyo o un pozo en el que recoger agua. Creían firmemente en que beber agua era inhumano y atraía la mala suerte, pero no les quedaba otro remedio si no querían morir de sed. Cada vez que un hombre tragaba un sorbo de agua, maldecía como si le hubieran pisado un pie descalzo.

A la mañana siguiente, era 31 de mayo y Elcano se preguntó si no deberían regresar ya al puerto de San Julián. Llevaban mucho tiempo fuera y puede que les estuvieran echando de menos. Sabía que la expedición no partiría en breve y, por descontado, sin ellos a bordo. Magallanes sería muchas cosas, pero no un hombre que abandona, sin motivo, a los suyos. Sin embargo, el hecho de que Guillermo se mostrara cada vez más afable y tranquilo junto a ellos le hizo desistir. A fin de cuentas, no tenían prisa por regresar, pues en San Julián, en el mejor de los casos, no les aguardaba nada que no fueran largas jornadas de trabajo duro. Echaban de menos el vino pero, por lo demás, ninguno de los seis expedicionarios afirmaría que fuera a estar mejor en compañía del resto.

Así que, al menos durante una jornada más, continuaron deambulando por el llano. No se arrepentirían, ya que aquel día conocieron a la familia de Guillermo.

Ocurrió cerca del mediodía y el propio Guillermo fue el primero en sorprenderse. No contaba con aquello, no, no contaba. Resultó que, tras varias horas caminando con rumbo suroeste, los exploradores se toparon con cuatro figuras que los aguardaban tras una de las escasas lomas que se levantaban en aquel paraje. Los cuatro indios, tres varones y una mujer, los observaban fijamente en la distancia. Se hallarían a unos cincuenta pasos y a los españoles no les cupo duda de que ya los habían descubierto un rato antes. Se limitaban a aguardar su llegada. Quizás estuvieran, sin saberlo, internándose en un territorio que pertenecía a los indios… Quién sabe.

El caso fue que los esperaban en pie. Todos, la mujer incluida, sostenían un arco en la mano diestra. No mostraban hostilidad, aunque tampoco mansedumbre.

—¿Son gigantes? —preguntó Urrutia. Habían detenido la marcha para trazar un plan antes de actuar.

—Yo diría que sí —respondió el Sordo.

—Sin duda, lo son —zanjó el asunto Barbosa. Tenía fama de distinguir bien a lo lejos, de manera que el resto dio por hecho que estaba en lo cierto.

Entonces, se dieron cuenta de que Guillermo retrocedía.

—Eh… —dijo Barbosa yéndose hacia él y sujetándolo por un brazo.

Guillermo, si hubiera querido, podría haberse zafado con facilidad de Barbosa. Y mucho más, pero no quería, o no se veía, en aquellas circunstancias, capaz—. Quieto. Tú no vas a ninguna parte.

—Tranquilo —intervino Elcano.

—¿Quiere que lo retenga o no? —preguntó Barbosa con ese tonillo que no llega a la insolencia, pero que se le aproxima. A los marineros, les irritaba bastante.

—Sí —respondió Elcano.

—Pues ya está.

El gigante gruñó por lo bajo y aceptó, a regañadientes, avanzar y recobrar la posición.

—¿Qué sucede, Guillermo? —le preguntó Elcano.

El gigante volvió a gruñir. Muchos días después, Pigafetta desentrañaría aquellos sonidos y declararía, ufano, que Guillermo disponía de un lenguaje propio que, cuanto menos, era tan rico y diverso como el castellano. Muchos no le dieron crédito, aunque el vicentino dejó por escrito un breve glosario con equivalencias entre una y otra lengua.

—No le agrada la presencia de esos cuatro de ahí —se aventuró el Sordo.

—¿No? —continuó preguntando Elcano a Guillermo. Utilizaba un dejo suave—. ¿Conoces a esa gente?

Guillermo agachó la cabeza y miró a Elcano. Por un momento, dio la impresión de que comprendía las palabras de este.

—Los mira de reojo, capitán —dijo Mafra.

Elcano reflexionó en silencio durante unos instantes. Observó a Guillermo, a continuación a los cuatro indios que aguardaban frente a ellos y, una vez más, a Guillermo.

—Sí que los conoce —dijo para sí.

De pronto, uno de los cuatro indios se agachó, tomó una piedra del suelo y se la lanzó a los expedicionarios. La vieron venir y tuvieron tiempo de apartarse para que no les impactara. Pero se había tratado de un acto de hostilidad.

—¿Qué quiere que hagamos, capitán? —preguntó Barbosa acercándose la escopeta a los labios y soplando levemente la mecha para avivarla.

Si los indios no hubieran dado muestra alguna de agresividad, Elcano habría ordenado que dieran media vuelta y continuaran deambulando por otro lado. Pero su trabajo consistía en asegurarse de que no existían, en las cercanías,

indios que pudieran suponer un peligro para los de San Julián. Y los cuatro que se encontraban frente a ellos acababan de demostrar que lo suponían.

—Andando —ordenó asiendo con fuerza su escopeta y poniéndose en camino rumbo a los indios.

—Joder —repuso el Sordo imitándole.

La pequeña comitiva comenzó a caminar. Guillermo avanzaba en última posición, muy a disgusto. Por la razón que fuera, no quería ir al encuentro de los otros indios. Barbosa, de cuando en cuando, se ponía tras él y lo empujaba con menos miramientos de los que Elcano hubiera deseado.

Cuando estuvieron frente a frente con los cuatro indios, comprobaron que eran gigantes como Guillermo. Se cubrían el cuerpo con pieles cosidas toscamente y portaban grandes petates en los que, imaginaron, guardarían sus posesiones. Les pareció que aquellos indios eran nómadas y que acarreaban, de un lado para otro, todo lo que poseían en este mundo. No se equivocaban demasiado.

Los cuatro gigantes no tardaron en dar más muestras de hostilidad. Formaban una familia: el más viejo de los varones y la mujer serían los progenitores y los otros dos varones, los vástagos.

Una segunda piedra, esta vez lanzada por la mujer, voló en dirección a los españoles. Mafra se apartó para que no le diera.

—Ha andado cerca, capitán —dijo.

—Dejad de avanzar —repuso Elcano.

—No nos quieren —expresó el Sordo.

—¿Pero qué les hemos hecho nosotros? —se preguntó Barrasa.

—¿Y si disparamos? —se inmiscuyó Barbosa.

—Ni se te ocurra —le espetó Urrutia.

—Solo son cuatro —explicó Barbosa—. Y nosotros tenemos seis escopetas.

—Seis balas para cuatro gigantes —dijo el Sordo—. No es una buena cuenta.

—Nadie va a disparar a nadie —intervino Elcano—. Quiero que todo el mundo mantenga la calma, ¿entendido? Nada de idioteces.

De improviso, y contra todo pronóstico, Guillermo los adelantó y se acercó a los cuatro indios. Elcano y el Sordo, que habían tenido oportunidad de contemplar su semblante antes de que les diera la espalda, descubrieron que al gigante estaban a punto de saltársele las lágrimas.

No debió de enternecer a los otros, pues los cuatro, sin excepción, se agacharon para recoger piedras y, a continuación, arrojárselas. Dos de ellas

impactaron en su torso y otra más en mitad de la frente. La cuarta apenas le rozó un brazo y terminó perdiéndose en unos arbustos resecos.

—Pero qué cojones… —comenzó a decir Barbosa.

—No es a nosotros a quienes aborrecen —reflexionó el Sordo—. Es al desdichado de Guillermo.

Quien, por cierto, hacía caso omiso de las pedradas y se acercaba más y más a aquella gente.

A partir de ahí, no se anduvieron por las ramas. Recogieron más piedras, se las tiraron a un Guillermo que ya había roto a llorar y, después, con el gigante a su altura, comenzaron a golpearlo con un palo y hasta con los puños y los pies. Los indios eran tan altos como Guillermo, alguno de los varones jóvenes puede que hasta más, pero, con todo, no les dio la sensación de que fuera ese el motivo por el cual renunciaba a defenderse y aceptaba el castigo.

De pronto, un trueno rompió en la quietud del yermo. Los indios, de inmediato, dejaron de vapulear a Guillermo y se encogieron de hombros. Los españoles distinguieron claramente un gesto de pasmo y horror en su rostro.

Elcano había disparado su escopeta al cielo. Se la pasó al Sordo para que recargara y este, mientras tanto, le entregó su arma cargada.

—No dude en abrirles un agujero en la cabeza, capitán —le susurró.

Guillermo les caía bien y no aceptaban de buen grado que lo apalearan. De acuerdo en que no los habían atacado sino que habían sido ellos los que se aproximaron a la familia; aun así, no existían motivos para justificar aquel comportamiento. Les pareció vil, miserable, indigno. Los expedicionarios españoles no eran todo lo trigo limpio que les gustaba afirmar y buena prueba de ello eran los tristes sucesos de un mes atrás, pero de ahí a aporrear a un tipo que, como Guillermo, no les había hecho nada… Eso sí que no. Bien por el capitán que se disponía a poner los puntos sobre las íes.

—Basta ya —comenzó a decir Elcano. Se acercó a los gigantes y levantó mucho la cabeza para mirarlos, alternativamente, a los ojos. Guillermo se había arrodillado en el suelo y se sentaba sobre sus talones. Tenía la mirada clavada en la tierra seca y Elcano puso, sin dejar de mirar al resto, una mano en su hombro. Después, empuñó con fuerza la escopeta—. No vamos a permitir que golpeéis a nuestro amigo. Desconozco qué tenéis en contra de él y no me importa. Lo que quiero que sepáis es que, en adelante, ni yo ni mis hombres permaneceremos de brazos cruzados si volvéis a agredirle. ¿Está claro?

Nadie dijo nada durante un par de minutos. Los gigantes exhalaban vapor

por sus bocas y hasta el más retrasado de los expedicionarios podía escuchar un ligero e inquietante ronquido proveniente de lo más hondo de sus gargantas.

—No creo que hayan entendido una palabra, capitán —aseveró Urrutia.

—Métales un tiro, por el amor de Dios —se impacientó Barbosa.

—Cierra el pico, imbécil —farfulló el Sordo.

—¿Qué hacemos ahora, capitán? —preguntó Mafra.

Los indios miraban a Elcano y Elcano miraba a los indios. Estos no sabían de qué era capaz, en realidad, una escopeta, pero con el estruendo parecían haber tenido bastante. El varón de mayor edad señaló en dirección a Guillermo y después se señaló a sí mismo. Habló durante unos segundos en una jerga incomprensible. Cuando terminó, Guillermo volvía a sollozar.

—Tú también podías poner algo de tu parte —le dijo Barbosa—. Que mira que eres grande y…

—¿No me has oído antes? —le volvió a interpelar el Sordo.

—¿Qué creéis que nos está queriendo decir? —preguntó Elcano.

—No sé… —respondió Urrutia. Los demás apretaron, circunspectos, los labios para sumarse.

Ahora la mujer gigante tomó la palabra. No habló durante mucho tiempo, aunque dio unos pasos hacia delante, sorteó a Elcano, se situó junto a Guillermo y le asestó un par de cachetes en la cabeza. La ligereza con la que lo hizo fue tal que los seis expedicionarios comprendieron al unísono.

—Mierda… —gruñó Elcano—. Es su madre…

—Y el viejo, su padre —añadió el Sordo—. Y los dos capullos más jóvenes seguro que son sus hermanos.

—Pues vaya… —dijo Mafra.

—Ya lo entiendo todo —rubricó Urrutia, quien, como los demás, había recibido, de niño, mil cachetazos hasta que decidió caminar hasta el puerto y enrolarse en un barco. Capitanes hijos de perra los había por todas partes, pero ninguno te sacudía con la saña de una madre endemoniada—. A Guillermo lo echaron de casa y no quieren ni verlo.

—Pobre Guillermo… —se lamentó Barrasa—. ¿No podríamos hacer algo por él?

Elcano se rascó la nuca mientras pensaba. Aquella situación le fastidiaba tanto como a los demás. No obstante, ¿era Guillermo problema de ellos? No, y menos aún su familia. Las rencillas que pudieran tener no les incumbían.

—Nos vamos —anunció.

El estupor general se extendió entre los exploradores. ¿Cómo decía el capitán? ¿Que se marchaban y dejaban solo a Guillermo?

—No podemos largarnos de esta forma… —terció el Sordo.

—Ya te digo que podemos —repuso Elcano—. Lo que aquí sucede no es asunto nuestro. Y no creo que esté comprometida la seguridad del campamento de San Julián, así que nos vamos. Nada nos retiene en este lugar.

—Pero mire cómo se queda Guillermo —insistió el Sordo, quien señalaba al gigante, más lloroso y cariacontecido que nunca—. Vamos, capitán, que no se diga que somos unos salvajes…

En ese momento, Guillermo se volvió hacia ellos y les dijo algo que no comprendieron. El tono de ruego, no obstante, dejaba a las claras que pretendía que lo llevaran con él.

—Vente, Guillermo, claro que sí —dijo el Sordo.

La madre del gigante volvió a soltarle una cachetada en mitad de una retahíla de aspavientos e imprecaciones.

—Señora, ya es suficiente —se volvió el Sordo hacia ella.

—No te metas, Sordo —le dijo Elcano.

—Un poco de razón sí que tiene el Sordo —intercedió, en favor del marinero, Mafra—. Mire usted qué panda de desgraciados son estos…

—Nosotros nos vamos —zanjó Elcano.

La madre gigante continuaba encasquetándole manotazos a su chaval. Hasta para los marineros españoles, abofeteados como el que más en sus tiempos, aquello les pareció excesivo.

—Se acabó —sentenció el Sordo, harto de observar cómo el bueno de Guillermo encajaba sin rechistar.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Barbosa.

El Sordo, en lugar de contestar, empuñó con fuerza su escopeta:

—Si no desiste, señora —dijo—, le juro por Dios que le meto un plomazo en las tripas.

—Déjalo, Sordo —ordenó Elcano.

—Ya es tarde, capitán.

—Nos vas a meter en problemas.

—Pues empezad a cubrirme por si acaso.

La mujer gigante volvió un rostro iracundo hacia el marinero español y resopló. Se la veía muy enojada.

—No se acerque, se lo advierto —dijo el Sordo—. ¡Y tú, Guillermo! ¡En pie!

¡Te vienes con nosotros!

Guillermo no entendería el castellano, pero reaccionó rápido a la orden del marinero.

La gigantesca mujer alargó un poderoso brazo hacia el Sordo y este pensó que si se dejaba atrapar por él, estaba perdido. Retrocedió un paso. Después, otro. Los que la giganta, poco a poco, le ganaba.

—¡Quieta ahí, me cago en todo! —exclamó el Sordo. Tenía ya el dedo índice en el disparador de la escopeta.

Fue entonces cuando las cosas se complicaron aún más. Del otro lado de la loma cercana, surgió, como de la nada, un numeroso grupo de gigantes. Se detuvieron a una prudencial distancia y Urrutia contó en voz alta:

—Ocho, nueve, doce, quince, dieciséis… Son dieciséis.

—Joder… —dijo Elcano.

El Sordo levantó el arma y observó lo que se les venía encima. Los recién llegados vestían pieles y se hallaban sucios y haraposos. La mayoría portaba arcos en sus manos y todos, hasta los más jóvenes, se echaban a las espaldas petates con apariencia de pesados.

—A ver, a ver —intervino Mafra—. Intentemos comprender qué diantres sucede aquí.

—Que acabamos de perder la ventaja que teníamos —aseguró el Sordo.

—Sí, ya, eso seguro —replicó Mafra—. Pero ¿de dónde sale esta gente?

—Viven aquí, ¿no lo ves? Este yermo es su casa.

—¿Y por qué no los hemos visto hasta ahora?

—Son nómadas, tío. Míralos, cargan de un lado a otro con sus pertenencias.

—Será el único modo que tienen de conseguir alimentos en este desierto.

—Es posible… Vale, tenemos a un grupo grande, a una familia pequeña y a Guillermo.

—Guillermo es parte de la familia.

—De una familia que no quiere ni verlo.

—Exacto. ¿Porque ha hecho algo que los ha perjudicado?

—Para que una madre te repudie de esta forma, algo por el estilo.

—Mi madre se desprendió de mí cuando yo tenía una semana. Me dejó en casa de una tía, que fue la que me crio.

—No lo sabía, Mafra.

—Como te lo cuento.

—Lo siento mucho, tío.

—No pasa nada. Mi tía era una mujer con un corazón que no le cabía en el pecho. Tenía ocho hijos y dijo que donde comen ocho, comen nueve.

—Eso es verdad.

—Por si acaso, yo, en cuanto pude, me quité de en medio. Ya sabes que…

Elcano, escopeta en mano, interrumpió a los dos marineros.

—¿Qué tal si dejamos eso para luego y nos centramos en lo que hay?

—Sí, capitán —aceptó Mafra.

—A la orden, capitán —se sumó el Sordo. Y dirigiéndose a los gigantes, continuó—: Estoy un poco harto de todo esto, ¿sabéis?

Los dieciséis gigantes recién llegados observaron con interés al Sordo. Diríase que aquel hombrecillo minúsculo y bravucón les provocaba hilaridad. Uno de ellos, un joven que no tendría más años que los veintidós del Sordo, trató de echarle mano y este le apoyó el cañón de la escopeta en el vientre.

—Anda, tócame los cojones y verás cómo acabas —desafió. Los gigantes no comprendían lo que significaban sus palabras, aunque el tono farrucón del sevillano lo interpretaron a las mil maravillas.

El resto de expedicionarios también tenía las escopetas preparadas para abrir fuego. Los gigantes comenzaron a cercarlos sin prisa. El frío continuaba siendo intenso, pero los españoles empezaron a sudar.

—¿Qué tenéis en contra de Guillermo? —continuó, ya a voz en grito, el Sordo—. ¿Eh? ¿Qué pasa aquí?

Como si le hubiera entendido, el gigante que, según sus conjeturas, era el padre de Guillermo, se destacó de entre el resto y se acercó al Sordo. Puso su mano en el cañón de la escopeta, lo apartó a un lado y señaló a su chaval.

—Sí, eso ya lo hemos comprendido. Guillermo es tu hijo.

El gigante, sin dejar de mirar al Sordo, señaló a los recién llegados y negó con la cabeza.

—Parece que su gente no quiere saber nada de Guillermo —dedujo Urrutia —. ¿Qué opina usted, capitán?

—Eso es seguro —repuso Elcano, quien ya comprendía que la inmediata retirada que había pretendido no sería posible.

El padre de Guillermo volvió a gesticular frente al Sordo. Señalaba alternativamente a su hijo y a los recién llegados. Después, se encogía de hombros como si aquel asunto no fuera del todo con él. El Sordo no perdía detalle.

—No es su familia quien repudia a Guillermo —dijo el marinero sevillano

—. Son los demás.

—¿Su propio pueblo le da de lado? —preguntó Mafra.

—Qué hijos de puta —intervino Barbosa.

—¿Y por qué? —razonó la única conclusión posible Urrutia.

—Porque es distinto —concluyó Elcano.

Los seis españoles miraron a Guillermo y después se miraron entre sí. Mantenían las escopetas en ristre. Y menos mal, porque, entonces, uno de los gigantes recién llegados, uno sin demasiada paciencia, cambió de estrategia y se fue contra los expedicionarios. Contra el Sordo, concretamente: de un fenomenal sopapo, le arrancó la escopeta, la bolsa y un diente, y lo envió, por el aire, a cuatro o cinco pasos lejos de él.

—¡Cuidado! —advirtió, sin que ya fuera necesario, Mafra.

—Cabronazos —dijo Urrutia, quien no se lo pensó demasiado y apretó el disparador de su escopeta.

—¡No! —acertó a exclamar Elcano cuando ya no había remedio.

Un fogonazo dio paso a un estruendo y ambos lograron que los gigantes retrocedieran. Todos menos el impaciente que había recibido el disparo en mitad del pecho. Urrutia bajó el arma y acertó a distinguir cómo a través de un agujero bajo el esternón, el tipo comenzaba a sangrar a borbotones.

—Vamos, vamos —apremió Elcano a sus hombres—. Ahora sí que tenemos que marcharnos de aquí.

—Déjeme que termine el trabajo, capitán —dijo Barbosa avanzando hacia los empavorecidos gigantes.

—¡He dicho que no! —exclamó Elcano mientras le sujetaba por un brazo—. ¡Nos largamos!

Los seis expedicionarios comenzaron a retroceder despacio y sin dar la espalda a los gigantes. Estos reaccionaban poco a poco, se aproximaban al lugar donde había sido abatido su compañero y comprobaban que estaba muerto.

Con los españoles, casi como si fuera uno más de ellos, retrocedió Guillermo. Durante media hora, caminaron en formación y sin desatender ninguno de los cuatro puntos cardinales. Alguien sugirió ponerse a correr, pero Elcano desechó la posibilidad: los gigantes serían mucho más rápidos que ellos y los atraparían sin dificultades. Era mejor avanzar con las armas prestas para evitar emboscadas. Los gigantes ya sabían cuánto daño podían causarles con ellas. Se lo pensarían bastante antes de regresar.

23

El tránsito

6 de junio de 1520

DURANTE una larguísima semana, no hicieron otra cosa que no fuera rescatar útiles de la *Santiago*. Demasiado pronto se habían dado cuenta de que la mar no la dejaría en paz y que el castigo infligido no sería considerado suficiente. De este modo, las mareas golpeaban una y otra vez a la desdichada nao española, la vapuleaban con furia y la hacían crujir con cada ola.

—A este paso, no durará ni un mes —dijo Genovés, el maestre de la *Santiago*.

La tripulación, una vez a salvo en tierra firme, aguardó durante un día y una noche a que el vendaval amainara. Le costó lo suyo, y ellos lo sufrieron a la intemperie y sin protección alguna, pero terminó por marcharse a otra parte. Habían sufrido lo indecible, no ya en la milagrosa evacuación de la nave, sino en aquella interminable espera sin modo de protegerse. El puerto de Santa Cruz no era un territorio hostil, no exactamente… Podrían haberse quedado a vivir allí durante muchos años y habrían sobrevivido. Con los restos de la *Santiago*, habrían logrado construir algo parecido a una casa. Y, como bien habían comprobado desde el primer día en el que llegaron a este paraje, alimento no les faltaría. Saldrían cada mañana a cazar y regresarían hacia el mediodía con presas suficientes para alimentar a la dotación. Hasta habían inaugurado un pequeño cementerio, que es lo que cualquier lugar precisa para poder ser denominado hogar: que al menos uno de los nuestros duerma aquí el merecido descanso eterno. Así que sí, con Negro cubierto por cuatro palmos de tierra arenosa, se podía decir que estaban en un buen lugar donde existir.

Sin embargo, ¿qué clase de lugar era este? ¿Qué confín de lo conocido los acogería durante quién sabe cuánto tiempo? Puede que el resto de la expedición pasara por allí una vez finalizada la invernada, pero puede que no. A fin de

cuentas, se hallaban en el interior de un puerto natural. ¿Y si no se detenían a investigar? ¿Y si las naos, como habían hecho en muchas ocasiones, navegaban alejadas de la costa para evitar los bajíos y los arenales sumergidos? Habida cuenta de lo que le había sucedido a la *Santiago*, se trataría de una idea más que apropiada. Ni aunque caminaran hasta el extremo más exterior de la bocana de la bahía y lograran encender allí un fuego, los verían. ¿Y después qué? La desazón que conlleva una espera infinita. El castigo supremo que cualquier marinero puede recibir: convertirse en un náufrago por años y décadas, un superviviente perpetuo, un olvidado. El puerto de Santa Cruz no era hostil, aunque tampoco amigable. No se trataba de un mal lugar para resistir, pero tampoco les ofrecería jamás otra posibilidad que no fuera esa: permanecer para siempre.

No, por el amor de Dios, no. Todavía estaban a tiempo de salir bien librados de esta. Debían regresar con el resto de expedicionarios que aguardaba en el puerto de San Julián.

Pero antes se sentían obligados a rescatar todo lo que pudieran de la *Santiago*. El capitán Serrano había sido taxativo al respecto y ninguno de los hombres le llevó la contraria: ¿qué clase de marinos serían si se presentaban sanos y salvos en San Julián y contaban que no solo habían encallado para siempre la *Santiago*, sino que, a continuación, la habían abandonado a su suerte sin intentar salvar lo que se pudiera de ella? Un marinero se debe a su barco también tras el naufragio. Por una simple cuestión de respeto y hasta de apego hacia él. Rescatarían lo que estuviera a su alcance de la *Santiago* y lo pondrían a salvo. Les llevaría, quizás, dos semanas.

Con lo que no contaban fue con las mareas y las corrientes de agua. A cada momento, a la *Santiago* la sacudían desde todos los flancos y antes de que el vendaval amainase por completo ya se habían desprendido de ella partes importantes del casco y un trozo grande del castillo de popa. Se lo llevó la mar y pudieron avistarlo muy cerca de la orilla norte de la bahía.

El primer día que amaneció tranquilo, se pusieron manos a la obra. No habían probado alimento en muchísimo tiempo, de forma que lo primero que el capitán ordenó desembarcar fueron los víveres y un tonel de vino. Tentado estuvo Serrano de, por precaución, racionar la comida y la bebida desde aquel primer instante. Pese a ello, se dijo que, tras lo sufrido, no podría dar una orden semejante. Además, necesitaban recuperar fuerzas para enfrentarse a lo que les aguardaba. Comieron, pues, hasta hartarse y se bebieron, de una sentada, las

raciones de tres días. Con el vino y la comida en el estómago, comenzaron a ver las cosas de otro modo.

Bien, había que rescatar los cabos y las velas de la *Santiago*. Muchas cosas se reemplazaban sobre la marcha en una nave, pero no así los cabos. ¿Quién les decía que las naciones indias con las que fueran topándose en lo sucesivo fabricaran sogas? La gente de mar no se andaba con tonterías al respecto, pues quien más quien menos se había adentrado en territorios poco frecuentados en los que los naturales desconocían el esparto. Y sin esparto no hay cuerdas, y sin cuerdas los aparejos de las naos no se pueden sujetar ni manejar. Así que rescatarían tantos cabos como pudieran y los llevarían a San Julián. Y otro tanto con las velas: aunque se hallaran rasgadas y a simple vista inservibles, se les podían dar múltiples usos.

A ello se dedicaron en cuerpo y alma. Utilizaban el bote para alcanzar la *Santiago*, dos o tres hombres subían a ella, o a lo que quedaba de ella, y comenzaban a arrojar a los de abajo todo lo que iban encontrando a su paso. La *Santiago*, mientras tanto, se mecía en las olas. Estas la habían tumbado por completo, y ya la cofa del palo mayor tocaba la superficie del agua. De hecho, como se había caído hacia el lado de la costa, varios grumetes comenzaron a acceder a la nave a través de él. Cuando el bote realizaba, vacío, uno de los viajes de ida, ellos aprovechaban para subirse a él y alcanzar el palo mayor. Después, de un salto, se encaramaban al mismo y lo remontaban hasta alcanzar la cubierta, ahora ya en posición completamente vertical. Lograron, de esta rudimentaria manera, rescatar infinidad de pequeños útiles y herramientas.

A ratos, la *Santiago* crujía. Aquellos lamentos los acompañaron durante la larga semana que destinaron al vaciado de la nao. Dormían allí mismo, en la playa cercana, y, como la mayor parte de la tripulación no podía conciliar el sueño, se quedaban con los ojos abiertos observando las constelaciones celestes y escuchando los quejidos de la *Santiago*. Les daba por pensar, en aquellas larguísimas noches a la intemperie, que la nao no conocía el modo de morirse del todo y continuaría allí lamentándose de su suerte durante años. Mientras tanto, ellos la escuchaban porque querían y porque no les quedaba otro remedio, por ambos motivos, y alguno, incluso, llegó a derramar lágrimas silenciosas en mitad de la noche.

Se ha escrito mucho en torno a lo que supone naufragar, pero nadie de entre quienes lo han hecho ha naufragado de verdad. En consecuencia, cualquier hipótesis o descripción están referidas al aislamiento y a la pérdida. Y no. El

naufragio es, antes que nada, desesperanza. O eso que adviene tras la angustia y la rabia: un conocimiento preciso de que estás abandonado incluso por Dios y que el futuro, tu futuro, depende, en consecuencia, enteramente de ti. Ser consciente de esto es naufragar: perder cualquier esperanza de ahuyentar la condición de naufragado.

El capitán Serrano resultó crucial en un momento semejante.

—Vamos a salir de aquí —prometió. Y mandó que se soltaran tablas de la cubierta de la *Santiago* para construir una balsa con la cual atravesar la bahía. Debían ir hacia el norte luchando contra el viento y también contra el abatimiento. Lo lograrían o morirían en el intento. Lo que no harían sería permanecer de brazos cruzados. Mientras un náufrago no se desprende de su condición de marino, no es náufrago por completo. A eso se aferrarían con todas sus fuerzas.

—¿Cómo, capitán? —preguntó el calafate.

—Caminando.

El 6 de junio habían conseguido construir una balsa en la que cruzar hacia la ribera opuesta. Una ribera que se encontraba a una legua de distancia. Por suerte para ellos, las aguas del puerto de Santa Cruz parecían serenas. Tras la muerte de Negro, la dotación de la *Santiago* ascendía a treinta y tres tripulantes. El capitán Serrano se prometió a sí mismo que no perdería a ni uno más.

Botaron la balsa al agua entre diez hombres. Trigueros y varios más caminaron en la arena fangosa hasta donde les cubría por la cintura. A continuación, se subieron a la balsa impulsándose con los brazos y probaron su flotabilidad.

—Aguanta bien —informó Trigueros.

—¿No se hunde un poco por estribor? —preguntó, algo preocupado, el capitán Serrano.

La balsa tenía la forma de un cuadrado más o menos perfecto. Constaba de varias capas superpuestas de tablas que le daban consistencia y que, esperaban, soportaran bien el peso de la veintena larga de hombres que, además de víveres y enseres, pensaban transportar en ella. En el cuadrado de tablas no había nada parecido a una proa ni a una popa; en consecuencia, no existían babor ni estribor. Sin embargo, Trigueros comprendió de inmediato la pregunta del capitán: la proa, en ese preciso instante, la constituía el lado del cuadrado que miraba en la dirección hacia la que pretendían ir; por lo tanto, estribor se hallaba en la parte derecha de la balsa.

—Quizás un poco —respondió Trigueros acercándose al lugar indicado—. Pero creo que si equilibramos bien la carga, podremos lograrlo.

Es decir, cruzar todos al mismo tiempo y con tantos abastos como pudieran embarcar. Sabían que las velas, la mayor parte de los cabos que habían rescatado y los toneles de los que disponían, deberían aguardar en tierra. Una vez que alcanzaran el puerto de San Julián, una de las naos que allí invernaban regresaría a la posición y embarcaría lo rescatado. Pero la travesía hacia la salvación la emprenderían juntos.

Llegó la hora de la verdad y los tripulantes embarcaron. Solo tenían dos remos para el bote, de forma que la balsa sería arrastrada mediante un cabo. En el bote se ubicaron el capitán Serrano y la mayor parte de los marineros. Serrano los necesitaba para remar. Además, dado que se trataba de los hombres más corpulentos, sería mejor que realizaran la larga travesía en una embarcación concebida como tal. En la balsa, mientras tanto, estibaron la carga de la forma más equilibrada posible y repartieron entre ella a los grumetes, los pajes, los sobresalientes, el despensero y el contramaestre.

—Cabemos mucho mejor de lo que creía —dijo, entonces, el guipuzcoano loco, quien, a juzgar por la sonrisa que exhibía, no parecía albergar duda alguna de que lo iban a lograr.

Por loco, sería. El resto, cuerdos a más no poder, estaba muerto de miedo. Se cuidaban mucho de no exteriorizarlo, pero la idea de que la balsa volcara hallándose en mitad de la bahía los aterrorizaba. Si eso sucedía, morirían. Más de uno sintió la tentación de preguntar por qué no aguardaban en aquel paraje a que los rescataran. No obstante, ninguno quiso, a estas alturas de la aventura, ser tildado de cobarde y prefirió callar. Además, a veces un hombre se topa con una encrucijada en la que, paradójicamente, los caminos no son varios, sino uno solo: sigues por él o sigues por él. Ya está, no cabe otra posibilidad y, sobre todo, no importa.

—¿Cómo lo ve, capitán? —preguntó Trigueros desde uno de los remos del bote.

—Lo vamos a lograr —respondió Serrano desde su lugar en la popa del mismo. Se había situado allí para dar las instrucciones que fueran necesarias al contramaestre, el hombre de mayor rango en la balsa. Además, quería observar de primera mano el comportamiento de la misma una vez que se alejaran de la costa.

—Pues vamos, ¿no?

Serrano se tomó un instante para responder. Observó los enseres rescatados de la *Santiago* que dejaban cuidadosamente apilados en la costa y a la *Santiago* misma. Últimamente, ya no crujía tanto. Lo achacaban a que se había comenzado a hundir en el limo, aunque no estaban seguros del todo.

—Adelante —ordenó Serrano.

—Dadle duro, tíos —dijo Trigueros hundiendo su remo en el agua y doblando la espalda hacia atrás.

* * *

Seis días después del encuentro con el resto de gigantes, el grupo de Elcano continuaba deambulando sin rumbo fijo por el yermo desierto. Tras asegurarse de que nadie los seguía, se relajaron un tanto y dejaron de huir. Hubo jornadas en las que apenas avanzaban media legua. Llegaron a la conclusión de que el clan con el que habían tenido el tropiezo era el único en mucha distancia a la redonda. Por eso no los encontraron antes y por eso no encontraban a nadie ahora. Simplemente, no había más.

A Elcano le reconcomía la cuestión de Guillermo. Aquel gigante que, con el paso de las semanas, había terminado por convertirse en uno de ellos y que marchaba en condición de igual junto al resto de exploradores, fue expulsado de entre los suyos por un motivo que no eran capaces de adivinar. Elcano intuía, y así lo había afirmado, que la razón tenía que ver con el hecho de que Guillermo era distinto al resto. O, por decirlo de otro modo, lo repudiaban por no ser como los demás. ¿Qué significaba exactamente eso? Y más importante aún: Lo que lo diferenciaba del resto ¿pondría en peligro a los expedicionarios de San Julián si finalmente Elcano optaba por llevárselo con ellos? Mientras lo averiguaban, decidieron que continuarían lejos del campamento español.

Con el paso del tiempo, Guillermo fue asumiendo que nunca podría regresar con sus gentes. Los expedicionarios debatían, en las noches eternas que se alargaban durante diecisiete horas, en torno a si el gigante abatido por Urrutia se emparentaba o no con Guillermo. Al principio, la mayoría de ellos apuntaba a que no, pero, con el paso de las jornadas, cambiaron de punto de vista y dieron por hecho que, en el clan de los gigantes, todos, por fuerza, debían de mantener lazos familiares con todos. De qué tipo, lo desconocían, pues, por mucho que lo intentaran, la comunicación con Guillermo no trascendía de tres o cuatro gestos

para indicar que se ponían en marcha, se detenían, o habían encontrado un pozo con agua.

El gigante, por su parte, los seguía con docilidad y no daba muestras de reconocer el terreno. Tampoco se inquietaba ni hacía ascos a tareas como recoger leña o salir en una partida de caza. De carácter amistoso, cándido y bonachón, acabó cayéndole bien hasta a Barbosa, de quien no se tenía noticia de que hubiera intimado con alguien en diez meses de expedición.

Y en esas andaban, cuando a Urrutia le picó un alacrán. Sucedió a eso del mediodía del 6 de junio, momento en el que lequeitiano se separó del grupo para inspeccionar una zona en la que la vegetación crecía más fluida. Habían aprendido a observar el entorno, a detenerse en los detalles: si de pronto los arbustos prosperaban un poco más prietos de lo normal, convenía pararse e investigar pues no existía mejor señal de que se encontraban frente a un charco de agua.

Urrutia apartó unas ramas con el pie y se agachó para hacer lo propio con el brazo. Entonces, notó el picotazo en la muñeca de la mano derecha.

—¡Ay! —gritó.

—¿Qué sucede? —preguntó Elcano corriendo hacia él.

—Algo me ha picado.

—Deja que lo vea…

Ninguno de los españoles sabía demasiado sobre picaduras. Ninguno sabía demasiado sobre cualquier asunto que no tuviera relación directa con la mar. En un barco te podían picar las chinches o te podía morder una rata, pero poco más. Si había que cuidarse de alguien, tendría dos patas. No obstante, Elcano había viajado lo suficiente como para haber visto antes una herida como la que Urrutia lucía en la muñeca.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Mafra acercándose.

—¿Duele? —se interesó el Sordo.

—Duele muchísimo —informó Urrutia con el rostro crispado.

—Si te mueres, ¿me puedo quedar con tu manta? —preguntó Mafra.

—No me voy a morir —respondió Urrutia apretando mucho las palabras—. No me voy a morir, ¿verdad, capitán?

Elcano sostenía la mano derecha de Urrutia y observaba la herida. Sin pensárselo demasiado, decidió poner en práctica algo que una vez había visto hacer: acercó los labios a la hendedura y comenzó a sorber.

—¿Qué hace? —preguntó el Sordo, con los ojos desorbitados.

—Intenta extraer el veneno, idiota —le explicó Barbosa.

—No hace falta insultar —se hizo el ofendido el Sordo.

—Si es que siempre tenemos que explicarlo todo —insistió Barbosa. Ninguno de los exploradores perdía detalle de la maniobra que llevaba adelante Elcano: chupar, apartarse y escupir; chupar, apartarse y escupir, etcétera. Dirigiéndose a Urrutia, añadió—: Bueno, pues ya has vivido.

—Solo tengo cuarenta años, hijoputa —repuso el de Lequeitio.

—Eres uno de los más viejos de la expedición.

—¿Quieres chuparme tú otra cosa?

—Venga, concéntrate en expulsar el veneno. No lo va a hacer todo el capitán…

Barrasa, que se había entretenido hurgando en el arbusto donde Urrutia había recibido el picotazo, exclamó:

—¡Lo tengo!

Los hombres se aproximaron a él y vieron cómo, ayudado de un palo, acorralaba a un alacrán del tamaño de un dedo extendido.

—Vaya, sí que es grande… —dijo Mafra.

—Matadlo —pidió el Sordo—. No vaya a ser que nos pique a los demás. Con una pérdida ya hemos tenido bastante.

—¡Que aún no me he muerto! —chilló Urrutia mientras Elcano continuaba succionándole el veneno.

—No creo que te vayas a librar —dijo Mafra—. No se ofenda, capitán.

Elcano levantó la cabeza y observó a sus hombres. Si pensó algo al respecto de ellos, se lo guardó para sí.

—He hecho lo que he podido —expresó volviendo la mirada a Urrutia—. Ni siquiera sé si esto es de ayuda. Pero una vez observé hacerlo y no se me ocurría otra cosa.

—Muchas gracias, capitán —agradeció, sincero, el marinero—. La intención es lo que cuenta.

—Entonces, si la palmas —insistió Mafra—, ¿me puedo quedar con tu manta?

Dos horas más tarde, a Urrutia le había subido la fiebre, tenía náuseas y era presa de unos temblores que a los hombres dejaron estupefactos.

El avance de los exploradores se había parado por completo. Cuando el marinero empezó a mostrar los primeros síntomas de debilidad, Elcano buscó un lugar protegido en el que detenerse. Por desgracia para ellos, se encontraban en

una parte particularmente llana del desierto en la que los vientos arreciaban desde todas direcciones. Al menos, nadie podría atacarlos por sorpresa.

Acomodaron a Urrutia tan bien como fueron capaces y Elcano envió a Barrasa y a Mafra a que recogieran tanta leña como pudieran para encender una hoguera. Urrutia no paraba de repetir una y otra vez que se moría de frío. El Sordo comenzó a decir que de frío puede que no, pero que a lo mejor de otra cosa sí, pero Elcano cortó la cháchara de inmediato y el marinero sevillano supo que esta vez había ido demasiado lejos: el tiempo para la broma ya no era este; Urrutia se les moría, ahora de verdad.

—Ánimo, tío —dijo Barbosa cubriéndole con varias mantas, una sobre la otra.

—¿Qué hacemos, capitán? —preguntó el Sordo. Se habían retirado unos pasos para conversar sin que Urrutia los escuchara.

—Poco podemos hacer —respondió Elcano—. Aguardar, tan solo. Creía que le había extraído todo el veneno, pero ya veo que no.

—¿Y si lo llevamos a San Julián?

—Estamos muy lejos, Sordo. Y Urrutia ya no puede caminar. Además, ¿qué ganaríamos llevándolo con los demás? No disponemos de remedio para las picaduras de alacrán.

—Pero permanecer aquí de brazos cruzados…

—De momento, es el mejor plan. Cuidaremos de Urrutia lo mejor que podamos y veremos cómo avanza.

Avanzó mal y muy deprisa. Los temblores de Urrutia fueron a más y cuatro horas después de la picadura ya se habían hecho a la idea de que de esa no salía.

—Pobre Urrutia —dijo Mafra, quien se arrepentía de haberle tomado el pelo un rato atrás.

—Qué puta mierda —añadió el Sordo incapaz de aceptar la situación—. Da por culo que, después de lo que hemos pasado, sea la picadura de un bicho la que acabe con uno de nosotros…

Elcano no decía nada. Como el resto, se había sentado en el suelo de tierra, muy cerca de Urrutia, y trataba de que el viento no apagara la hoguera. Observaban cómo los temblores no solo no remitían en el marinero, sino que, sobre ellos, aparecía un lagrimeo constante que atribuyeron al dolor.

Entonces, Guillermo surgió tras ellos, se acercó a Urrutia y se inclinó junto a él. Hacía un buen rato que había desaparecido, aunque ninguno de los expedicionarios, turbados por el estado de Urrutia, se diera cuenta. El gigante

dobló su inmensa espalda y acercó una oreja a la boca del marinero para escuchar su respiración. Mantenía el semblante serio, extrañamente despejado. Dijo algo en su lengua y después posó su mano en el pecho de Urrutia. Se volvió hacia los expedicionarios que lo observaban y asintió una sola vez.

Guillermo se puso a trabajar. En primer lugar, extrajo de su zurrón unas hierbas que, supusieron, había recogido un poco antes y comenzó a masticarlas concienzuda y parsimoniosamente. De cuando en cuando, se vaciaba la boca, extendía las hierbas masticadas sobre la palma de su mano y las observaba. Como, al parecer, no se hallaban de su gusto, se las volvía a introducir en la boca y continuaba masticando. Por fin, obtuvo un emplasto que no dudó en apretar contra la herida que había dejado la picadura del alacrán.

—¿Qué hace, capitán? —inquirió Mafra. Como todos, no perdía detalle de las evoluciones del indio.

—Creo que intenta curarlo —respondió Elcano.

—¿Le vamos a dejar que manosee a Urrutia?

—¿Qué podría pasar? ¿Que se nos muriera?

Por primera vez en el tiempo que llevaban juntos, percibieron un rastro de sarcasmo en las palabras de Elcano. Quizás fuera su forma de enfrentarse al desastre que se avecinaba: bromear cuando al resto, chanceros de la mañana a la noche, se le habían quitado las ganas. Bueno, era el capitán y puede que levantar el ánimo estuviera entre sus funciones.

Si en las semanas anteriores Guillermo no había dado muestras de ser muy listo, ahora se comportaba de una manera distinta. No había cambiado, no era eso… Sencillamente, daba la sensación de que sabía lo que se traía entre manos. Sus movimientos eran firmes y decididos, no vacilaba ni cambiaba de opinión.

Tras colocar el emplasto, volvió a escuchar la respiración de Urrutia y este le devolvió la mirada. Los expedicionarios lo tomaron como un buen síntoma.

—Ya parece que mejora —sentenció el Sordo.

—No seas gilipollas —repuso Barbosa.

—¿Qué pasa? ¿No es obvio?

—Pues claro que no. Nadie se cura tan pronto.

—A lo mejor, Guillermo tiene poderes ocultos.

Los tuviera o no, no podían sanar con tanta facilidad y en eso estuvieron todos de acuerdo. La sanación instantánea era un don que solo Jesucristo atesoraba y la sola idea de que un hombre normal y corriente lo poseyera les parecía sacrílega. Ojalá que Guillermo se diera prisa, pues Urrutia se hallaba

tapado con las mantas de todos y la noche heladora se acercaba. Sí, que se diera prisa, aunque no toda: pretendían desentrañar cómo lo hacía, no fuera a pasárseles algo por alto.

Se les pasó casi todo. O, al menos, todo de ahí en adelante. Porque Guillermo inició una serie de rituales que a los españoles les parecieron oscuros e indescifrables.

—Sácame de esta y te lleno de oro —dijo Urrutia, entre sudores y lágrimas, tomando a Guillermo de lo que habría sido una solapa si su andrajoso ropaje dispusiera de algo que vagamente se le pareciera.

—Pero qué dice ese insensato… —comenzó a referir Barbosa antes de que Elcano le mandara callar sin ahorrarse las malas maneras.

De acuerdo, el marinero se acababa de marcar un farol en toda regla. Él no poseía oro ni lo poseería en su vida. Las cosas como son. Pero ¿quién no habría dicho algo semejante encontrándose en su lugar? No era momento para entrar en matices. Además, a buen seguro, Guillermo desconocía qué era el oro.

O bien, emprendería su labor por insignificante que fuera la recompensa.

Algo similar les pareció leer a los expedicionarios en la cara del gigante cuando devolvió la mirada a Urrutia. Eh, muchacho, tranquilo, pues yo esto lo hago porque sé hacerlo, porque es mi deber, porque soy así desde el día en el que nací. No me preguntes por qué los míos me temen por ello.

El gigante posó una mano en el pecho de Urrutia y comenzó a recitar una letanía que a los hombres les sonó muy semejante a aquella que le habían escuchado pronunciar el día en el que se comió el corazón del animal mitad mula, mitad camello.

—Hostia puta, está rezando —farfulló el Sordo.

—¿No iremos todos al infierno por participar en un rito de Satán? —preguntó Barbosa.

—Esto no es un rito de Satán —le contestó Mafra.

—¿Tú cómo lo sabes? —volvió a indagar Barbosa. Si siempre realizaba sus preguntas con más ánimo de importunar que de cualquier otra cosa, esta vez lo hacía plenamente convencido. Lo de Guillermo no lo juzgaba demasiado cristiano.

—Que no es un rito de Satán —terció el Sordo—. Deja que salve a Urrutia, ¿de acuerdo?

—¿Y si haciéndolo nos condenamos los demás?

—Cierra el pico, Barbosa.

Elcano tomó parte en la conversación con la sequedad propia en él.

—Ciérralo.

Barbosa, aunque poco conforme, se calló.

Guillermo continuaba con lo suyo. Había cerrado los ojos y parecía a muchas leguas de distancia de allí, abstraído, puede que ligeramente enajenado. Tras poner su mano en el pecho de Urrutia, este se calmó un tanto y los temblores se aplacaron. En adelante, Guillermo no volvió a tocarlo, aunque revolvió mil veces el aire en torno al marinero. Su plegaria fue creciendo hasta tornarse una canción bastante tenebrosa. Comenzaron a comprender por qué las gentes de su clan lo alejaban de ellos a pedradas: Guillermo, cuando dejaba de ser Guillermo y se convertía en lo que fuera que fuese, daba mucho miedo.

Rogaba a los seres del otro mundo que acudieran en ayuda de Urrutia. Eso era el gigante Guillermo: un procurador de favores entre los que estamos aquí y los que no lo están.

Poco a poco, la noche fue cayendo sobre el grupo. Mafra se encargaba de que al fuego no le faltara leña y, en ocasiones, caminó durante casi una hora para buscarla. El yermo no regalaba nada y las oraciones de Guillermo no parecían afectarle en lo más mínimo. Maldito lugar, aquel que no permite que los que lo habiten sean un poco felices.

Urrutia parecía haberse sumido en un sueño templado. Elcano veía cómo su pecho subía y bajaba a ritmo regular y lo consideró una buena señal. Al menos, respiraba. Los sudores, por su parte, habían desaparecido y el marinero se deslizaba por una especie de duermevela arropado bajo las mantas de todos. De cuando en cuando, tiritaba, o palpitaba, no estaban seguros.

La luz que proporcionaban las llamas de la hoguera iluminaba a Guillermo, quien no parecía experimentar cansancio. A Elcano, su sombra le recordó, salvando las distancias, al cura de su pueblo. Hacía muchos años que no lo veía, pero en su mente resonaban aquellas misas como si hubieran sido ayer: el sacerdote, inusualmente alto también aunque no, claro está, un gigante, tenía la costumbre de olvidarse de que los fieles se hallaban a sus espaldas. En ocasiones, tuvo quietos a sus parroquianos durante horas y horas mientras él se sumergía en un mundo poderoso y hermético. Despertaba como si lo hiciera de un sueño profundo: confundido y con cara de sorpresa. Los bendecía rápidamente y los enviaba de regreso a sus quehaceres.

Guillermo se fue y regresó bastantes veces. Cada vez que lo hacía, Urrutia se calmaba un poco más. O sanaba, si se hubieran atrevido a verlo de esta manera.

Sin embargo, ninguno lo hizo. Se hallaban petrificados, embelesados y horrorizados al mismo tiempo: el ritual puesto en práctica por Guillermo tenía mucho de aterrador, aunque también de beatífico. Las palabras que brotaban de su boca, el ritmo comedido con el que lo hacían, atrapaban las mentes de los hombres. Elcano sintió cómo su alma se desprendía de su cuerpo, no para siempre ni de forma definitiva, pero sí levemente. Una especie, por decirlo de alguna manera, de estiramiento, como cuando alguien levanta una alfombra para mirar qué hay debajo. Debajo estaba él, desnudo de lo innecesario, como lo estarían, supuso, los demás.

También Urrutia y el veneno que lo emponzoñaba.

* * *

Los treinta y tres hombres que cruzaban, de ribera a ribera, la bahía de Santa Cruz, se hallaban a mitad de camino: habían recorrido media legua y les quedaba otra media por recorrer. Al principio, los marineros que remaban en el bote lo habían hecho con energía. En la última semana, habían comido en abundancia y no les faltaron raciones de vino. ¿Qué podían hacer con los toneles que habían rescatado de la bodega de la *Santiago*? ¿Dejar que se perdieran? No, se los bebieron y, como todo el mundo sabe, nada vigoriza más que el vino en abundancia. Así que comenzaron a remar como si no hubiera un mañana. Tras ellos, arrastraban la balsa gracias al cabo que la unía, cual cordón umbilical, al bote.

En la balsa, veintitrés tripulantes y todos los abastos que fueron capaces de cargar. En el bote, diez hombres, el capitán Serrano incluido.

—¡Cuidado! —gritó alguien cuando apenas habían cubierto un pequeño trecho del recorrido.

Los marineros que se hallaban a los remos los levantaron fuera del agua y aguardaron. Remaban dándole la espalda al sentido de la navegación, de manera que tenían una visión más o menos clara de lo que sucedía en la balsa. Algo marchaba mal.

—¿Qué sucede? —devolvió el grito Trigueros.

—Calma —pidió el capitán Serrano desde su lugar en la popa del bote. Tanto en la balsa como en el bote, los tripulantes viajaban apiñados. Si el desdichado Juan Negro no la hubiera palmado durante el embarrancamiento de la *Santiago*,

a lo mejor tendría que seguirlos flotando sobre un tablón, pues en las embarcaciones no cabía ni un alfiler. Siempre se quejaba de que lo trataban con desgana por ser negro, pero los hombres sacudían las manos en el aire, como el que ahuyenta la posibilidad de que su interlocutor tenga razón. Entre los de la *Santiago*, se apreciaba a Negro. Prueba de ello fue que se tomaron muchas molestias para recuperar su cuerpo y enterrarlo como Dios manda. Los treinta y tres supervivientes, sin excepción alguna, dijeron una oración por su alma y todos ellos lo hicieron de corazón. Ojalá hubieras estado vivo para verlo con tus propios ojos, Negro. Siempre creíste que te guardábamos inquina, y resultó que no.

—¡Esto se mueve demasiado! —gritó alguien en la balsa.

Era cierto. El problema, todos lo comprendían, residía en que la balsa carecía de quilla. Y cualquier embarcación sin quilla se sacude peligrosamente a la primera de cambio. Allá no había olas, pues la mar estaba como un plato. El día lucía espléndido y solo una levísima brisa soplaba desde el sur. Sin embargo, el propio avance de las dos embarcaciones conseguía que la balsa se hundiera un poco por su proa. Les había llegado algo de agua a las tablas superiores y eso hizo que a muchos el corazón comenzara a latirles apresuradamente.

—Hay que ir más despacio —dijo el capitán Serrano.

—Nos llevará el día entero cruzar al otro lado —protestó Trigueros desde uno de los remos.

—¿Y qué otra opción tenemos? —preguntó el capitán—. No hay prisa. Avancemos lentamente, ¿entendido?

—Entendido, capitán.

Los treinta y tres hombres guardaron silencio mientras los dos marineros comenzaban a remar muy despacio. Aquellos expedicionarios tuvieron tiempo de girar los rostros hacia el cielo y comprender qué solos se encontraban en mitad de aquel paraje inmenso. Tiempo atrás, creyeron que Dios los había abandonado, que su condición de náufragos en el confín del universo tenía mucho que ver con ello. Ahora, a algunos les había dado por divagar en sentido contrario. ¿Y si habían arribado, precisamente, a las habitaciones privadas del Señor? Tanta grandeza en tantas direcciones no podía estar creada en vano. Algún fin tendría y, puesto que no habían visto hombres o mujeres desde que alcanzaran esta costa, ¿qué más posibilidades cabían? Pasaron mucho tiempo debatiendo al respecto, algo muy propio de marineros: darle vueltas y más vueltas a la misma cuestión hasta que a esta se le deshilachan las costuras. Desde

luego, un lugar tan cargado de serenidad magnífica como Santa Cruz debía de pertenecerle al mismísimo Dios nuestro Señor. Allá se retiraba a meditar cuando los asuntos de los hombres le hastiaban. Y no consentía que se le molestara. ¿Qué hizo con la *Santiago*? Ahí tenían la prueba. La castigó por turbar su descanso y lo hizo con la fiereza de la que las propias Sagradas Escrituras advierten: a Él le está dada la capacidad del furor y la cólera.

Vieron nubes en el cielo azul intenso, nubes algodonosas que en cualquier otra latitud habrían considerado inocuas. Creyeron distinguir formas extrañas en ellas, amonestaciones, un aviso: no turbéis ni por un instante más la calma y el silencio.

De esta forma, tratando incluso de que las palas de los remos entraran con limpieza en el agua para que no chapotearan, avanzaron hasta la mitad exacta de la bahía. Allí se detuvieron para que los marineros que remaban fueran relevados.

—Vamos bien, vamos bien —dijo, casi en un susurro, el capitán Serrano.

A medida que avanzaban, se habían ido sintiendo cada vez más pequeños. Serrano temía que, para cuando alcanzaran la ribera opuesta, se hubieran convertido en hombres diminutos, cercanos a la inexistencia. Mientras estuvieron a bordo de la nao y durante los largos días que pasaron en tierra tras el naufragio, nunca les dio por mirar en torno a ellos. Simplemente, estaban demasiado ocupados con lo suyo. Ahora, Dios les proveía de tiempo infinito, para, de este modo, transformarlos a través de los ojos en seres insignificantes.

A medida que avanzaban, una luz colosal los impregnó.

El guipuzcoano loco, situado en el lado de babor de la balsa, miró hacia el cielo y dijo:

—Es más intensa de lo que creíamos.

Por una vez, el resto lo escuchó. Y tenía razón. La luz de Santa Cruz los había ignorado hasta entonces. Sin embargo, ahora que se marchaban, parecía pretender que en ellos germinara un legado, una presencia: vosotros, que a vuestra partida continuaréis con el viaje a través del mundo, sabed que cada rincón es Mío, en cada instante estoy Yo, las palabras que en adelante nombréis lo serán porque a Mí me pertenecen antes.

Trigueros, una vez libre del remo, se había situado en la popa del bote, junto al capitán Serrano. Ambos parecían cegados por la luz asombrosa y ambos, para protegerse de ella, se llevaban una mano al rostro y hacían sombra sobre los ojos. No les servía de mucho.

—¿Y si no llegamos al otro lado, capitán? —preguntó Trigueros.

—¿Por qué no lo íbamos a hacer? —devolvió la pregunta Serrano.

—La luz podría terminar por engullirnos.

—No seas agorero, Trigueros.

—No lo he sido en mi vida, capitán. Pero esto me da muy mala espina.

—A mí también.

—Siempre pensé que moriría de viejo, capitán.

—Tú siempre has sido un optimista, Trigueros.

—No, se lo digo en serio. Tenía un pálpito al respecto. La diñaría de abuelo. Y mírenos ahora…

—Seguimos remando.

—No le digo que no.

—Pero no acabas de verlo claro.

—No, capitán. Nada claro.

—Yo tampoco, si quieres que te sea franco…

—Esta luz nos devorará. Y si no lo hace ella, lo hará el silencio. ¿Se da cuenta usted de que no se oye nada?

—Bueno…

—Se lo digo yo, capitán. Escuche… ¿Qué oye? Nada. Ni el triste graznido de un pato.

—¿Había patos por aquí?

—No lo sé, no estoy seguro. Yo diría que sí… Aunque me siento confuso…

—¿Vamos hacia la ribera adecuada, Trigueros?

El de Huelva giró la cabeza y observó más allá de la proa del bote. Después, observó a los marineros que se amontonaban en él. Todos parecían exhaustos y, al tiempo, resignados, mansos.

—Sí —aseguró antes de dudar—: Creo…

—¿Dónde está la *Santiago*?

—Yo diría que hacia allí… Pero no puedo verla. Hay demasiada luz.

Trigueros cerró los ojos. El capitán Serrano hizo lo propio; el resto de la tripulación, también. Seguían siéndolo, continuaban actuando como de si un solo cuerpo se tratara: el capitán pensaba y los demás obedecían las órdenes. Es tan sencillo navegar en un barco a vela… Es tan propicio, tan placentero…

De pronto, alguien gritó en la balsa:

—¡Hombre al agua!

Serrano abrió los ojos y se pasó una mano por la frente. Goteaba un sudor

denso que le empapó la manga.

—¿Dónde? —preguntó mientras rogaba a la luz para que se disipase. Si este es tu Reino, oh, Señor, permítenos partir y a nadie le diremos que, por casualidad, lo hallamos. Si esta es tu Casa, Altísimo, nos llevaremos el secreto a la tumba. Hemos estado donde nadie ha estado antes y no solo no divulgaremos la buena nueva por todos los rincones del mundo, sino que, en cuanto pisemos la orilla opuesta, seremos olvido. Prometido, Señor nuestro Dios. Danos Tu permiso para partir.

—¡Hombre al agua! —repitió alguien.

Se llamaba Pedro, era grumete y, como la mayoría de los supervivientes de la *Santiago,* había nacido en Huelva. No tendría más de nueve años y se reían de él porque aún no había echado cuerpo de hombre y se le contaban las costillas. Un crío esquelético al que el despensero tenía bajo su guarda y al que estaba enseñando a escribir. El grumete terminaría siendo marinero y no venía mal que un marinero fuera capaz de anotar en una hoja de papel. Los capitanes y los pilotos se los rifaban.

—¡Ayudadle! —aulló, horrorizado, el despensero. Serrano miró hacia el lugar donde el muchacho daba manotazos al agua. Se había separado de la balsa y, aunque trataba desquiciadamente de regresar a ella, la imperceptible corriente lo alejaba hacia la embocadura de Santa Cruz.

—¡Quietos! ¡Quietos! —ordenó el capitán Serrano, consciente de que la balsa no soportaría, por mucho tiempo, los movimientos de sus tripulantes. Si habían conseguido llegar hasta la mitad de la bahía, había sido, precisamente, porque todo el mundo se había comportado como se esperaba de él, guardando el orden y manteniendo la compostura. Eran demasiados en aquella frágil expedición. Pero eran únicos y el capitán se había prometido a sí mismo que no perdería a un solo hombre más. Por ello, volvió a pedir a los tripulantes de la balsa que no se movieran. Después, se dirigió a Trigueros en voz baja—: ¿Crees que puedes llegar hasta él con un cabo?

—Creo que puedo intentarlo.

—La luz no lo impedirá, Trigueros. Saca al chaval del agua.

En el bote sí intercambiaron posiciones. Aunque también había demasiados tripulantes a bordo, la quilla otorgaba al bote una estabilidad de la que la balsa no dispondría jamás.

—Vamos a ver… —masculló Trigueros situándose en el lado de estribor del bote. Dos marineros se habían arrodillado para, así, dejarle algo más de espacio.

Trigueros sostenía un cabo enrollado en su mano izquierda. Pertenecía, como casi todos los recuperados, al aparejo de la *Santiago* y se hallaba en razonable buen estado. Si conseguía llegar con él hasta el muchacho, el cabo resistiría de sobra. A fin de cuentas, el grumete era poco más que huesos y pellejo.

—¡Se hunde! —exclamó, desesperado, el despensero.

No se equivocaba, pues el muchacho, que desde luego no tenía ni la menor idea de nadar, se estaba agotando y ya se sumergía por completo durante largos ratos. Terminaba por surgir de nuevo, enloquecido y descompuesto, con los ojos a punto de salírsele de las órbitas, y los que lo miraban sin articular palabra ni mover un solo músculo sabían que no aguantaría mucho más. Los pulmones habían comenzado a llenársele de agua y pronto se quedaría sin fuerzas.

—¡Chaval! —gritó Trigueros, quien se comportaba con una tranquilidad pasmosa. Lo cierto era que el sosiego y la pachorra formaban parte de su carácter natural, pero cualquiera habría dicho que, dadas las circunstancias, se lo estaba tomando con demasiada calma. Trigueros, por su parte, comprendía que solo tendría una oportunidad. Para salvar al grumete, para conservar la integridad de la dotación, para, en suma, salir de aquella furiosa luz, de aquel exasperante abotargamiento mental—. ¡Chaval! ¡Vamos, agarra mi cabo!

Entonces, Trigueros lanzó el rollo de cuerda al aire. Este silbó mientras se desenrollaba y alcanzó el lugar donde el grumete luchaba por su vida. La cuerda golpeó el agua y vieron cómo la mano derecha del crío se extendía en su dirección. Le faltaba medio palmo para asirla y, por un instante, los expectantes observadores creyeron que no lo conseguiría. Algo, más tarde juzgaron que el buen Dios, le ayudó e hizo que el cabo se desplazara, flotando sobre la superficie del agua, hasta el lugar donde el muchacho se hallaba a punto de rendirse. Lo atrapó con la punta de dos dedos, a continuación con la mano entera y, después, con la otra. Así, con el cabo bien sujeto, se hundió hacia el fondo de la bahía.

Trigueros comenzó a tirar con fuerza. Uno de los marineros arrodillados junto a él se puso a enrollar el cabo que sacaba del agua.

—Lo traes —dijo el capitán. No se trataba de una pregunta, sino de una afirmación taxativa. El grumete continuaba sujetándose con fuerza a la cuerda, pero venía por debajo del agua, como cuando se pesca un pez con una caña: hasta que no lo tienes debajo, no puedes sacarlo fuera.

—Se sigue agarrando como un demonio —explicó Trigueros, quien notaba el peso del grumete—. Sigue vivo.

Cuando lo tuvieron a la altura del bote, dos marineros sacaron medio cuerpo

de él, sumergieron sus brazos en el agua y engancharon al muchacho por la camisa. Se hallaba tres palmos por debajo de la superficie y pudieron ver cómo burbujas de aire habían comenzado a brotar de entre sus labios: se le estaban vaciando los pulmones.

—Lo tenemos —dijeron.

Cuando lo rescataron, el chaval estaba medio desmayado. Lo subieron a bordo, lo tumbaron de lado en el fondo del bote y el crío comenzó a toser y a escupir el agua que se había tragado.

El despensero dio gracias al cielo después de que desde el bote le hicieran una señal para comunicarle que lo habían logrado, que el chaval saldría de esta y que habría días y meses y años por delante para que continuara aprendiendo a escribir.

La luz no cedió y se quedaron allí, durante un rato, en completo silencio. No existían hombres más solitarios en el mundo entero. Más tarde, continuaron remando hasta alcanzar la ribera norte de la bahía. Lo habían logrado, aunque a costa de empequeñecerse por completo.

24

La batalla de la Patagonia

13 de junio de 1520

URRUTIA tardó dos días en comenzar a sentirse mejor y una semana en hallarse recuperado por completo. Durante ese tiempo, Guillermo cuidó de él y lo hizo a pesar de que no hubo noche en la que no nevara lenta y silenciosamente sobre ellos. Ningún hombre poseía manta con la que cubrirse, pues se las habían prestado todas a Urrutia, de manera que se limitaban a sentarse junto a una pequeña hoguera y a aguardar a que las horas transcurriesen. Observaban los copos de nieve a la luz de las llamas: les mostraban el envés del mundo conocido, ese lugar inhóspito en el que Guillermo se movía como pez en el agua. No hubo, entre los exploradores, quien no añorara los días a bordo de las naos. Por mucho que la vida fuera dura allí, era vida comprensible a la que aferrarse, y no aquello por lo que se hallaban pasando.

Al menos, Urrutia se curó. Algo era algo.

El 12 de junio experimentó una mejoría tal que comunicó a Elcano que al día siguiente podría seguir la marcha de los demás. Elcano le contestó que no tenían prisa, que ya se habían acostumbrado a pasar las noches bajo las tristes nevadas silenciosas. Urrutia replicó que, gracias a los cuidados de Guillermo, se sentía restablecido por completo. Devolvió las mantas a sus originales propietarios y les dio las gracias pues, a su juicio, le habían salvado la vida. No era cierto, ya que quien se la había salvado era Guillermo, pero qué menos que un gesto de cortesía con aquellos tipos que no habían dudado en cubrirse de escarcha para que él estuviera más cómodo. Les debía una y de las grandes. Ojalá pudiera pagársela algún día.

A la mañana siguiente, siendo ya el 13 de junio y con el invierno en ciernes, comenzaron a caminar en búsqueda de quién sabe qué. Algunos exploradores habían olvidado cuál era su objetivo y Elcano tuvo que recordárselo: buscamos

indios hostiles en las cercanías de San Julián y mientras no estemos seguros de que Guillermo no supone un peligro para nosotros, no lo llevaremos al campamento.

—Hay mucho que agradecerle, capitán —recordó Urrutia.

—Lo sé —replicó Elcano. Y se echó a andar.

Por el día, la temperatura subía lo suficiente como para que la nieve desapareciera. En su lugar, caía una lluvia que ni era lluvia ni era nada y que solo contribuía a confundirlos aún más: no la veían frente a sus ojos aunque tras varias horas de caminata caían en la cuenta de que se hallaban empapados. Ni le prestaban atención al asunto, de tan hastiados que iban.

En las primeras horas de la tarde, vieron aparecer veinte gigantes en el horizonte.

—Lo que nos faltaba —sentenció Mafra.

—Escopetas preparadas —ordenó Elcano.

—¿Son los mismos que vimos hará un par de semanas? —preguntó el Sordo.

—Ni idea, tío —le respondió Barbosa mientras encendía la mecha de su arma y le pasaba la lumbre al resto—. Pero te juro que como se acerquen la vamos a tener.

De calmosos a frenéticos en menos de lo que se tarda en rezar un padrenuestro. Los seis exploradores sabían que disponían de tiempo hasta que el clan de los gigantes se encontrara a tiro, pero quien se apresura no se atora. Eso, que ni era verdad ni era nada, se solían espetar los marineros a bordo cuando uno de ellos se dormía en los laureles y los demás tenían que arrear con su faena.

—¿Por qué no nos dejarán en paz? —reflexionó en voz alta Urrutia. Durante el tiempo en el que había estado convaleciente, alguien descargó su escopeta no fuera a dispararse por accidente y ahora, con ella entre las piernas, el marinero volvía a cargarla—. ¿Acaso les hemos hecho algo?

—A quien no dejan en paz es a Guillermo —apuntó el Sordo.

—Pues a Guillermo no me lo toca ni Dios. Y si hay que liarse a tiros, pues se lía uno, me cago en la puta.

De improviso, el clan de los gigantes hizo algo que les sorprendió: se separó en dos grupos y cada uno de ellos comenzó a avanzar en direcciones distintas.

—No me jodas… —señaló Elcano al verlo.

—Nos envuelven, capitán —dijo el Sordo.

—Esta vez sí que vamos a tener que defendernos.

Lo que se desplegaba frente a ellos constituía una auténtica maniobra

ofensiva, lo cual mostraba a las claras que las intenciones de los gigantes no podían ser buenas.

Guillermo, por su parte, se había sentado en el suelo y, absolutamente abatido, enterraba la cabeza entre las manos.

—Tranquilo —le dijo Urrutia—. No te vamos a dejar solo. Además, como que me llamo Domingo que tú te vienes con nosotros.

—No le prometas al muchacho cosas que no sabes si vas a poder cumplir —le espetó Mafra. Además de asegurarse de que las escopetas se hallaban listas y las mechas encendidas, los hombres situaban en el suelo la munición, la bolsa en la que guardaban la pólvora y las herramientas que utilizarían para la recarga. Cuanto más a mano estuviera todo, más deprisa realizarían la maniobra.

—No pienso dejarlo aquí —sentenció Urrutia—. Hablaré con Magallanes, si es preciso. Pero Guillermo se viene con nosotros. Aquí no tiene futuro.

—Eso es verdad.

—Además, sabe curar.

—Bueno, a lo mejor te habrías curado igualmente. Puede que el veneno no fuera mortal.

—Yo le vi las barbas a San Pedro, tío. Sé que estuve a punto de diñarla. Si no es por Guillermo, no la cuento. Este se viene conmigo a Lequeitio.

—¿Y qué vas a hacer con un gigante en Lequeitio?

—Algo le encontraremos. Si no consigo que lo admitan en una tripulación, me haré bodeguero. Guillermo puede ser mi cocinero.

—¿Cocinero? ¿En serio?

—Curar, cocinar… Viene a ser lo mismo. Déjalo de mi cuenta. Lo tengo todo pensado.

No bien hubo pronunciado estas palabras, Urrutia se echó la culata de la escopeta al hombro, guiñó un ojo y apuntó al grupo de gigantes que avanzaba a la izquierda de su posición.

—¡Yo cubro el lado de babor! —exclamó.

—Sordo, tú con él —indicó Elcano—. Barrasa, súmate. Barbosa, Mafra, vosotros dos conmigo. Nos toca el lado de estribor.

—¡Os vamos a llenar las tripas de plomo, hijoputas! —gritó, enfervorecido, Barbosa. Por fin había llegado su hora. Por fin el capitán le permitía hacer frente al enemigo. No habría tregua.

Los seis expedicionarios vieron cómo los atacantes se detenían a cuarenta pasos de distancia y preparaban sus arcos.

—Todavía están demasiado lejos para nuestras escopetas —se lamentó Mafra.

—No los perdáis de vista —advirtió Elcano—. Voy a realizar un disparo de advertencia.

—¿Al aire, capitán? —preguntó el Sordo.

—No.

Elcano, entonces, se colocó la escopeta a la espalda y comenzó a correr en dirección a los gigantes de su lado. Si quería que su bala dañase, tenía que acercarse, como poco, a veinticinco pasos de los atacantes.

—¡Voy con usted! —gritó Mafra uniéndose al oficial.

—¡Cabrones, venid! —exclamó el Sordo desde el otro lado para atraer la atención de la parte del clan que se aproximaba por allí. Pretendía que no prestaran atención a sus congéneres, que el ataque, que ya parecía obvio que se produciría, fuese todo lo deshilachado que se pudiera—. ¡Vamos!

El Sordo caminó seis o siete pasos hacia el frente y se golpeó el pecho con un puño cerrado. La contestación fue inmediata: tres flechas surcaron el aire en dirección a él.

—¡Retrocede, idiota! —le gritó Urrutia, quien ya veía que una de las flechas le daba de lleno.

—¡Me cago en la puta! —chilló el Sordo mientras daba un brinco que le libró de la primera de ellas—. ¡Hostias!

Flac, flac, las dos restantes se clavaron ni a dos palmos de sus pies. Tuvo tiempo el marinero, antes de hacer lo que Urrutia le había indicado: echar un vistazo rápido a los proyectiles y comprender que, pese a lo rudimentario de su elaboración, los gigantes del yermo se arreglaban estupendamente con ellos.

—Estos cabrones saben lo que se hacen —les dijo a Urrutia y a Barrasa. Y girándose hacia el resto, añadió—: ¡Mafra! ¡Ojo, porque los muy maricones apuntan de maravilla!

Mafra lo oyó, pero no respondió nada porque solo tenía ojos para Elcano, quien ya había alcanzado una posición de tiro y se detenía. A sus espaldas, el marinero jerezano lo vio asir la escopeta, acercarse la mecha a los labios para soplarla y, por fin, ponerse la culata en el hombro para apuntar.

—Vamos, vamos, uno en mitad de la frente —masculló, para sí, Mafra—, uno en mitad de la frente…

En mitad de la frente no, aunque casi. Elcano apretó el disparador a escasos veinte pasos de distancia de los gigantes. Se estaba exponiendo demasiado, pero

contaba con que, tras el fogonazo, los gigantes sintieran cierto desconcierto que él aprovecharía para dar la vuelta y escapar corriendo.

La bala de Elcano silbó en el aire, absorbió parte de la humedad que lo impregnaba y fue a partirle una vena del cuello a un gigante de mediana edad y espantoso como un quejido. Hecho que no gustó al resto de gigantes, aunque sin consecuencias reales: ya avanzaban con las peores intenciones, de manera que causarles una baja no los encolerizaría. No más aún. Eso sí, los puso a gruñir como si las gargantas también matasen.

—¡No los escuchéis! —gritó Elcano, quien ya regresaba junto a sus hombres.

Una cosa es decirlo y otra que suceda. No querían escucharlos, por supuesto que no. Sin embargo, el lamento bastardo de aquellos animales llegaba claro a sus oídos. Y cualquiera de ellos, por mucho que llevara vivido a las espaldas, se estremecía escuchándolo: al tiempo que se dolían por el amigo abatido, prometían justicia y auguraban venganza. Preparaos, minúsculos hombres blancos, porque os vamos a partir el espinazo.

Cuando Elcano alcanzó la posición, Barbosa le pidió permiso para atacar él también.

—Espera un momento —le dijo—. Tenemos que…

Una flecha clavándose en la tierra a un paso escaso de él le interrumpió.

—¡Cubríos! —gritó.

Fácil era decirlo. En mitad del llano, no había nada tras lo que parapetarse. Tampoco para los gigantes, pero estos, hasta que estuvieran dentro del radio de alcance de las escopetas, no tenían por qué preocuparse.

—¡Usad las mantas! —indicó Elcano tomando la suya y envolviéndose en ella.

—¿Las mantas? —preguntó el Sordo mientras lo hacía.

Peor escudo contra los proyectiles no podía haber, pero algo es mejor que nada. Si una flecha llegaba desde arriba o con fuerza suficiente, la manta no serviría de gran ayuda.

Elcano levantó la mirada hacia el cielo y vio cómo unas nubes densas y oscuras lo atravesaban desde el sur hacia el norte. Aquella inquina entre gigantes los había atrapado en la mitad pero no se flageló por ello. Guillermo había salvado a Urrutia y qué menos que ponerse de su lado cuando venían dobladas. Además, el embate actual le demostraba que habían hecho lo correcto al no regresar demasiado pronto a San Julián: en el yermo vivían hostiles y la misión

de Elcano era la de evitar que los expedicionarios que continuaban calafateando las naos sufrieran un ataque malintencionado. Aunque deberían haberse proveído de alguna protección mejor que unas simples mantas.

Urrutia, el Sordo y Barrasa comenzaron a disparar a los atacantes. Ya los tenían a menos de veinte pasos de distancia, lo cual los convertía en abatibles. La cadencia adecuada, se lo habían escuchado hasta la saciedad a los lombarderos, era aquella que más o menos lograba mantener el fuego continuo. Es decir, primero disparaba uno y cuando este se agachaba para recargar, otro le tomaba el relevo. Así, en un ciclo constante durante el cual jamás se hallarían desguarnecidos. Todo eso en teoría, claro. A la hora de la verdad, los tres hombres se pusieron en pie y abrieron fuego casi al unísono. Urrutia no consiguió que su bala impactara en nadie, el Sordo le acertó a un gigante en un hombro y Barrasa clavó el proyectil a cuatro pasos de distancia de la línea de ataque enemiga. Mal balance.

Por suerte, el fulgor y el estruendo de los disparos hizo que los gigantes refrenaran su avance, al menos durante un par de minutos. Los marinos no se pararon a mirar y, cayendo de rodillas sobre la tierra, se aprestaron a recargar tan rápido como eran capaces. Que no era mucho, aunque pareciera que lo hacían como si a nada distinto se hubieran dedicado en cada minuto de su existencia previa.

Flac, flac, más flechas llegaron desde el lado que cubrían Barbosa, Mafra y Elcano. Flac, flac, flac, escucharon los exploradores a ni medio paso de sus pies. Comenzaban a acercarse más de lo debido y Elcano supo que, o hacían algo ya, o sucumbían ahí mismo.

Por de pronto, recargó. Puso la escopeta entre las piernas, se agachó y recogió tres balas del suelo. Una se la guardó en el bolsillo y las otras dos se las metió en la boca. Se lo había visto hacer a los lombarderos: chupar un trozo de proyectil hasta que la lengua se les ponía negra. Afirmaban que fortalecía el ánimo, aunque quién sabe. Nunca los lombarderos rigieron demasiado.

Acto seguido, tomó la bolsa de la pólvora, la abrió, vertió un poco en el cañón de la escopeta y, con la ayuda de los dientes, la cerró y la arrojó al suelo. Después, atacó la pólvora con la baqueta: dos golpes secos para prensarla ni mucho ni poco. Elcano levantó la mirada y observó a los gigantes de su lado yéndose a por ellos. Tronaban desde lo más hondo de sus gargantas. El de Guetaria ya había escuchado antes gritos de guerra, pero se dijo que jamás tan estremecedores como aquellos. Sudaba la gota gorda, como un soldado en el

frente de batalla. Si por fin conseguían ir y regresar de la especiería, ya tendría asuntos para relatar.

Tras sacar la baqueta, acercó los labios a la boca del cañón, los pegó a ella como para darle un beso y escupió dentro. Recordó que los lombarderos siempre explicaban que como a la más dulce de las muchachas. A un buen hombre siempre le reluce el hierro de la boca del cañón pues lo ha lamido una y mil veces. Nada causa más satisfacción que comparar tu brillo con el brillo de tu compañero y comprobar que el tuyo luce más.

La bala estaba en el fondo del ánima. Elcano la oyó deslizarse limpiamente. Bien, pensó. Después, a modo de taco, usó un poco de hierba seca. Los lombarderos afirmaban que como el esparto nada, pero el esparto se les había acabado así que improvisaron. O más o menos, pues la hierba llevaba un par de semanas recogida y la tenían ya más que resecada.

De nuevo, con la baqueta, prensó el taco y tuvo el disparo listo. Se giró brevemente, observó a sus hombres y los sorprendió haciéndolo mejor de lo que habría creído: los cinco cargaban, o disparaban, o avanzaban un paso, o se agachaban para trincar plomo. Fuera lo que fuera, ninguno se retrasaba, todos daban la talla, nadie podría decir de ellos que no estaban echando el resto. El rey se sentiría orgulloso de los suyos en la batalla de aquel paraje aún sin nombre. Faltaba todavía un mes para que Pigafetta y Magallanes llamaran Patagonia a ese llano ausente y desolado.

Fue en ese momento cuando Elcano se puso a correr en dirección a los atacantes. Pensó, si es que llegó a pensar algo, que un avance inesperado los desconcertaría lo suficiente como para retrasarlos y, así, ofrecer un poco más de tiempo a sus hombres. El tiempo lo era todo en aquella batalla: si conseguían el suficiente para recargar una vez más y la suerte los acompañaba para lograr unos disparos certeros, el daño en la indiada hostil podría resultar definitivo. Así que avanzó, Elcano avanzó él solo. Un ejército de un único hombre, un ataque de una sola escopeta. Los gigantes tampoco eran tantos, aunque sí monstruosos. Todavía llevaban las gargantas llenas de aullidos escalofriantes.

A diez pasos de distancia, Elcano se detuvo, levantó la escopeta, apoyó la culata en el hombro, apuntó y disparó. Pam, el tiro salió limpio y sin apenas golpear en la parte interna del cañón. La bala no perdió impulso y se fue directita hacia el frente. Un disparo perfecto, de esos que surgen una entre diez veces.

Venía un gigante especialmente feo hacia él. Tronaba el hijoputa como si llevara las llagas del infierno en su garganta. Elcano lo vio y comprendió que ese

tarado tampoco era muy listo, pero que si lo agarraba con aquellas manazas demoníacas, podía decir adiós a todo. Afortunadamente, jamás lo conseguiría, pues la bala le entró en el cráneo a través de la ceja derecha y le hizo picadillo el cerebro. Aún pudo el gigante dar dos pasos más antes de tambalearse, abrir los brazos como si fuera, en último término, a echarse a volar, y caer como un saco de gatos muertos. Sus congéneres lo vieron ya fiambre, recogieron su rabia y continuaron hacia delante. Elcano asió la escopeta con la culata hacia el frente y se dispuso a usarla como cachiporra.

El Sordo, Urrutia y Barrasa, en el otro flanco, comenzaban a sufrir un ataque con flechas. Los gigantes de su lado, quizás tras observar el ataque desquiciado de Elcano, prefirieron retener su avance y mandarles una andanada de flechas a los cabrones blancos. Para ir ablandándolos, supusieron. El caso fue que las mantas, como habían previsto, no servían de nada en un ataque organizado y preciso. Los gigantes no eran grandes tiradores, pero estaban ahí mismo, sus arcos tensaban bien las cuerdas y tampoco hacía falta saber mucho más: empezaron a flecharlos a conciencia.

—¡A tu derecha, Sordo! —advirtió Urrutia.

El Sordo miró en la dirección señalada y observó cómo una giganta de hombros anchos y caderas poderosas se le acercaba puede que para darle un abrazo, pero crujiente. El Sordo, que tenía la escopeta recién recargada, pensó que a lo mejor esa tía era hermana de Guillermo, o puede que una prima, o a saber. Uno de sus pechos saltaba libre fuera del vestido de pieles, una teta descomunal que al Sordo le causó pavor. Un órgano semejante no pertenecía a este mundo. Calmado por tan repentina certeza, se llevó la culata de la escopeta al hombro y le zumbó un tiro que le salió bajo y se le incrustó, a la giganta, en un muslo. Tuvo, con todo, suerte, pues la giganta flaqueó, crispó el ceño y se derrumbó cuan larga era. No la había matado, aunque guerra, por el momento, no les daría.

Urrutia había realizado su segundo disparo y recargaba para el tercero. Fue cuando vio a Elcano a punto de vérselas en cuerpo a cuerpo con los gigantes y se fue con él. Corría con la escopeta en la mano, todavía a medio cargar: la pólvora y la bala se hallaban dentro, aunque no el taco de hierba. Lo tenía en la mano, junto a la larga baqueta, y no los soltó hasta que, a medio camino, Mafra se le sumó.

—¡Carga, gilipollas! —le dijo. Mafra tenía el rostro prieto. Cada uno de sus músculos y tendones se había tensado, incluso aunque no hiciera falta: por si

acaso.

—Sí —repuso Urrutia, quien se frenó en seco, metió el taco de hierba en la boca del cañón y lo empujó con la baqueta.

—Uno, dos… —contó en voz baja los golpes de presión. Mafra corría a su lado a la búsqueda de Elcano.

—¡Dispara! —le gritó.

Urrutia alzó la mirada sin levantar el rostro y comprendió que lo de Urrutia no era una sugerencia, sino un apremio: tenía a un gigante loco a medio paso de distancia y el hijoputa le lanzaba un brazo hacia el frente para trincarlo.

El lequeitiano soltó la baqueta porque ya no la necesitaba. No habría más cargas y a Dios se encomendaba en esta última. Levantó el arma, se la apoyó, apuntó y apretó el disparador. Se le había ido la mano con la pólvora y el fenomenal fogonazo le quemó la barba y parte del lado derecho de la cara. Le quedaría una cicatriz para lo que le restaba de vida. Como siempre fue agradecido hasta en la desgracia, afirmaría que le otorgaba carácter. Lo cual, encima, fue cierto.

El disparo de Urrutia brotó no muy fino desde su escopeta y casi le da a Mafra en lugar de al que se abalanzaba sobre Mafra. Y aunque Dios aprieta, no ahoga, así que el gigante la palmó allí mismo, que era lo que tenía que pasar.

Mafra aprovechó para levantar su escopeta y lanzársela a un gigante que le removía el aire al capitán. Elcano rezaba para marcarse el ritmo y no enloquecer, e imitó a su hombre lanzando el arma hacia el frente. Escuchó un sonido como de cazuela de barro rota y supo que algo se llevaba por delante.

Si uno de los españoles se destacó en aquella batalla rápida y sucia, fue Barbosa. Por fin, su ardor trastornado servía para algo. Los hombres como Barbosa no gustaban a bordo de una nave, pues no comprendían que allí uno no puede ir respirando como le dé la gana, pero en tierra y en mitad de una batalla desatada, se reveló como una baza que a los españoles les vino de perlas. Cargó más que nadie, disparó más que nadie, se fue hacia el frente donde nadie habría ido. Estuvo entre los gigantes, rodeado de ellos, comprendió que su tamaño los volvía lentos e hizo que se enredaran entre sí hasta casi tambalearlos. Luego, tuvo la ocurrencia de golpearlos en las rodillas, sin apenas esforzarse, y los habría tumbado a todos si un soberbio manotazo no le arranca las muelas y casi la cabeza. Quedó quieto y medio sin sentido en mitad del suelo mientras los gigantes que restaban vivos lo pisaban para continuar avanzando.

Quienes ya no parecían tantos. El fuego constante de los españoles daba sus

frutos y, junto a los muertos, contaban con la desbandada: mientras un puñado de gigantes lanzaba su furibundo ataque final, otros retrocedían, se refugiaban en la distancia y, desde allí, comenzaban a disparar sus arcos.

No existe batalla de la que se regrese indemne y los españoles, a pesar de ser superiores sus armas y hasta, si se quiere, el impulso para seguir vivos, entregaron su tributo. Uno se quedaría allí para siempre. Por esas extrañezas que tiene la batalla, porque en ella lo que transcurre, transcurre en sentido contrapuesto, desproporcionado e inútil, una flecha fue a clavarse sobre la manta del que más recio y silencioso había estado peleando: Barrasa, el hombre pacífico que siempre obedecía al capitán, del que los elogios que llegaron fueron sinceros y no dichos por decir. Recibió una mala flecha en la parte baja del hombro. Le atravesó la manta y el Sordo, que fue el primero en advertirlo, le gritó que tranquilo, que aguantara porque de esa salía. Barrasa, sin embargo, supo que el hombro ya no era tan hombro allá donde tenía la punta de piedra clavada y que, aunque por los pelos, la maldita le había horadado un trocito del corazón.

El Sordo y Barrasa se sostuvieron la mirada durante un instante. Mafra gritó:

—¡Se van!

Y fue cierto que, tras la última embestida, los gigantes de vanguardia, sin tomar en cuenta que los españoles ya no tenían más disparos en las escopetas, pues debían de creer que las recargaban con la mente y los deseos, retrocedieron junto al resto de congéneres, quienes detuvieron el flecheo para no herir a los suyos. Ya no lo reanudarían jamás.

—¡Se van! —repitió Elcano, exhausto.

Barrasa continuaba en pie. Es más, tuvo fuerzas para dar unos pasos hacia el Sordo. No habían dejado de mirarse y, debido a ello, el Sordo comprendió que Barrasa se sentía muerto.

Cuando por fin se desplomó, también lo hizo sin teatralidades. Primero se clavó de rodillas y después trató de arrancarse la flecha. Por fin, cerró los ojos y se murió.

Durante unos minutos, nadie dijo nada. Los gigantes se marchaban, Guillermo iba de un lado a otro poniéndoles, a los expedicionarios, la mano derecha sobre las cabezas en lo que juzgaron que era una bendición y las nubes continuaban gordas y amenazantes en lo alto del cielo.

Aquella noche también nevó. Para entonces, a Diego Sánchez Barrasa ya lo tenían bajo tierra y como Dios manda.

25

Fantasmas y portugueses

22 de junio de 1520

EN CUANTO se hallaron en la ribera norte de la bahía de Santa Cruz, el capitán Serrano mandó que la dotación, en forma de columna, se pusiera en marcha. No lograron avanzar ni un cuarto de legua antes de que se dieran cuenta de que así no lograrían nada. Conseguían arrastrar los pertrechos salvados de la *Santiago* durante cien o ciento cincuenta pasos y caían rendidos, sin fuerzas, con el ánimo por los suelos. Las energías con las que dieron inicio a la travesía en la que cruzaron la bahía se quedaron, para siempre, en ella. Aquella luz tan intensa, aquella presencia divina que los iluminó en su difícil derrota, los había, al tiempo, agotado. Se encontraban extenuados.

—Deberíamos pensar un plan distinto —aventuró el calafate. Tras una experiencia como aquella que acababan de sufrir, los rangos y las distancias se habían relajado un tanto. Continuaban siendo una dotación, aunque no exactamente. Sin barco disponible, en tierra firme, con la moral deshecha y sin tan siquiera saber si saldrían con vida de semejante aventura, el capitán seguía siendo el capitán y la marinería, la marinería, aunque menos. De algún modo, sin tablamen bajo los pies, los hombres no se sentían obligados a guardar tanto las habituales distancias.

Habían caminado hacia el norte por tierras llanas y áridas. Un desierto sin árboles y con escasa vegetación se abría frente a ellos. El paisaje era grandioso en todas direcciones y, por eso mismo, desolador: se desmoralizaban por completo al recordar que ni siquiera estaban seguros de cuál era el camino que deberían seguir para llegar al puerto de San Julián y reencontrarse, así, con el resto de la expedición española.

—Yo digo que no me muevo de aquí —expuso, entonces, un marinero.

Al capitán Serrano no le sorprendió la actitud de su hombre. En condiciones normales, es decir, sobre la cubierta de un barco, nadie habría osado hablar de semejante manera. La expresión del marinero, si no constituía una rebelión en toda regla, cerca estaba. Como bien habían tenido ocasión de comprobar no mucho tiempo atrás, las rebeliones se pagaban con el más duro de los castigos. Sin embargo, ¿se trataba aquello de una rebelión? Serrano continuaba siendo y actuando como un capitán, pero lo cierto era que ya no existía barco alguno que comandar. Por lo tanto, ni él era tan capitán como le habría gustado, ni el marinero tan marinero. Así que reduciría la posible rebelión a un simple acto de indisciplina.

Los treinta y tres hombres se detuvieron en mitad de la extraordinaria llanura. Serrano se hizo sombra con la mano sobre los ojos y observó el horizonte. Allí no había más que tierra y más tierra en cualquier dirección en la que mirara. Se daba cuenta de que San Julián se encontraba hacia el norte, puede que hacia el noreste, y el simple seguimiento de la posición del sol en el cielo conseguiría que no se extraviaran demasiado de la ruta precisa. Sin embargo, si persistía en la obcecación de avanzar con todo el grupo, pronto comenzarían a perder hombres, bien porque las indisciplinas se propagasen, bien porque algunos, los más débiles, se quedaran atrás completamente exhaustos.

Mejor, tal y como había sugerido el calafate, planear algo distinto.

—Trigueros —dijo el capitán Serrano en voz alta para asegurarse de que todos lo oían.

—Diga, capitán —replicó el aludido.

—Vamos a seguir tú y yo.

—¿Los dos solos?

—Sí. Iremos hasta San Julián y alertaremos al capitán general. Enviarán una expedición de rescate a por el resto. Mientras tanto, los demás se quedarán en las inmediaciones.

—Es una buena idea, capitán. Yendo los dos solos, viajaremos más rápido.

—¿Alguien tiene algo que objetar?

Algún hombre murmuró unas palabras ininteligibles y el capitán consideró que la callada general bastaba para considerar que no se presentaban objeciones.

Partieron al día siguiente, casi con el alba. Serrano había elegido a Trigueros porque era un marino de trato fácil e indiscutible fortaleza. Tras meses de expedición, la salud de algunos expedicionarios comenzaba a resentirse. Serrano

precisaba de un hombre con brío que no desfalleciera en mitad de la caminata que les esperaba.

El capitán acarreaba, a sus espaldas, un petate con víveres y vino. Calcularon que tendrían suficiente para diez días. Trigueros, por su parte, portaba una escopeta, suficiente munición para veinticinco cargas y la orden de estar siempre atento. Se irían intercambiando petate y arma a medida que avanzaran, pero les pareció importante que, en todo momento, uno de los dos pudiera defenderse de un posible ataque enemigo. Que hasta ahora ni siquiera hubieran avistado un alma en aquella tierra no significaba que debieran bajar la guardia.

No se cruzaron una palabra hasta que el grupo de hombres dejado atrás fue solo un puntito en el horizonte. Caminaban con paso alegre entre plantas agrestes a las que les habían brotado flores de color amarillo.

—Cuida de que no se te apague la mecha —dijo Serrano.

Trigueros levantó la pesada escopeta hasta la altura de los labios y sopló suavemente sobre el trocito de cuerda. La brasa oculta en su interior se avivó y brilló por un instante.

—No sé yo si es necesaria tanta precaución… —expresó el marinero.

—¿Y si hay animales peligrosos?

—¿Aquí? Joder, ya tendríamos que habernos topado con ellos, ¿no, capitán?

—Nunca se sabe.

Caminaron durante una semana sin que ninguna de esas fieras peligrosas hiciera acto de presencia. Había comenzado el invierno y la jornada se vio reducida a siete escasas horas de luz diurna. La temperatura, fría durante el día, caía brutalmente una vez que anochecía. Aunque el capitán Serrano no hubiera mostrado reparos a encender una hoguera con la que calentarse una vez que se ponía el sol, en aquella llanura desolada no crecía nada que pudiera servirles de leña. En consecuencia, se pasaban el día helados y la noche, aún más. Disponían de una manta cada uno, pero las colocaban una sobre la otra y dormían con los cuerpos pegados para darse calor. Hubo noches en las que no consiguieron conciliar el sueño de puro frío.

Fue en una de esas noches en vela cuando Trigueros los vio por primera vez. Se había levantado con la intención de orinar y, tras hacerlo y mientras se estaba remetiendo la camisa en los pantalones, levantó la mirada y observó sombras moviéndose en la oscuridad. Se quedó paralizado, sin mover un solo músculo. Era noche cerrada, pero la luna iluminaba lo suficiente como para distinguir

perfiles en la lejanía: allá, a unos cincuenta o sesenta pasos del lugar donde ellos dormían, varias personas se movían en las tinieblas. Personas, o lo que fueran.

—Me cago en todo lo que… —farfulló para sí Trigueros antes de dar media vuelta y regresar junto a Serrano. Este dormía, o intentaba dormir hasta que el marinero lo sacudió con fuerza—. Capitán. ¡Capitán! ¿Está dormido?

—Lo pretendía… —contestó este dándose media vuelta y cubriéndose hasta la barbilla con las mantas—. ¿Qué sucede?

—He visto algo, capitán.

Esto pareció interesar más a Serrano, que se incorporó un poco.

—¿Qué has visto? —preguntó.

Trigueros tragó saliva antes de contestar.

—Fantasmas.

Los dos hombres creían fervientemente en la existencia de fantasmas, de espectros, de almas penitentes. ¿Acaso alguien no? Sin embargo, Serrano fue algo más prudente que su hombre a la hora de designar a lo que había descubierto en la noche.

—¿Cómo que fantasmas? —volvió a preguntar—. ¿Estás seguro?

—Completamente, capitán. Se movían en la noche como barridos por el viento.

—¿Está la mecha del arma encendida?

A Trigueros, aquella pregunta le pareció completamente innecesaria.

—¿El arma? ¿Qué cojones cree que vamos a hacer contra un ejército de fantasmas? ¿Dispararles en mitad del pecho?

—¿Cuántas figuras has visto?

—No sabría decirle con exactitud… Puede que ocho o nueve, no sé… Se movían de estribor a babor, casi como por ensalmo…

—Ocho o nueve no son un ejército.

—Suficientes para arrastrarnos con ellos.

—¿Por qué iban a hacer una cosa así? Si los dejamos en paz…

—¿Y si ellos no nos dejan en paz a nosotros?

—Echemos un vistazo, Trigueros.

—¿Echar un vistazo? Ni hablar, yo no me muevo de aquí, capitán.

—No seas gilipollas. Si hay fantasmas ahí delante, es mejor que los tengamos vigilados. ¿Qué prefieres? ¿Que nos sorprendan ellos a nosotros? No, hay que ir. Tomemos la iniciativa.

—Yo quiero marcharme de aquí, capitán.

—¿Adónde, imbécil?

Los dos hombres susurraban en mitad de la noche. No querían que los fantasmas los descubrieran pero, poco a poco, habían ido subiendo el volumen de su voz. Gritaban bajito, que es esa manera de discutir airadamente cuando no se quiere llamar mucho la atención.

—A cualquier sitio. Ya no deberíamos estar demasiado lejos del puerto de San Julián —repuso Trigueros antes de hacer una pausa, pensarse lo que iba decir a continuación y añadir—: Ay, madre… ¿Y si ya no queda nada de San Julián? ¿Y si los fantasmas lo han hecho sucumbir?

—¿A doscientos hombres? No lo creo…

—Pues yo sí. Joder, ahora sí que estamos en problemas.

—No adelantemos acontecimientos. Ni siquiera sabemos si lo que has visto eran fantasmas.

—¿Y de qué otra cosa podía tratarse? Usted bien sabe que nuestra gente no anda por ahí de noche. Y, que nosotros sepamos, este territorio está completamente despoblado.

Serrano se quedó pensando. Debía tomar una decisión. Tanto si su hombre estaba en lo cierto como si no, quedarse de brazos cruzados no solucionaba nada.

—Levantamos el campamento.

—¿En plena noche?

—Vamos a echar un vistazo más de cerca. Quiero ver con mis propios ojos a esos fantasmas. ¿En qué dirección estaban?

—Hacia…, hacia allí.

Trigueros había levantado el brazo y señalaba un lugar en mitad de la noche.

—De acuerdo, recojámoslo todo. Tú llevarás el petate. Yo me encargo del arma.

—Y dale con el arma. Capitán…

—Qué.

—Contra los fantasmas, poco puede un arma de fuego.

—Lo sé, pero no pienso renunciar a la única ventaja que tenemos. Si se abalanzan sobre nosotros, puedo disparar igualmente. Quizás el fogonazo y el ruido los espante.

—Bien pensado, capitán.

—Andando, Trigueros.

Los dos hombres se pusieron en marcha. Llevaban el miedo metido en el cuerpo, un miedo noble y pegado a la piel: el de los que, a pesar de todo, saben

que no les queda más remedio que continuar hacia el frente. Nadie les podría haber realizado reproche alguno. ¿O acaso vosotros habéis salido, en plena noche, a cazar fantasmas? ¿Muchísimas leguas más allá del último punto conocido del sur del sur de América?

* * *

Tras la batalla contra los gigantes, Elcano tomó la decisión de no moverse del sitio durante tres días. A los hombres les pareció que se trataba de una audacia innecesaria, que precisamente lo que debían hacer era poner tierra de por medio no fueran los endemoniados gigantes a regresar. Sin embargo, Elcano se halló en lo cierto y el lugar más seguro fue aquel que todo el mundo daba por el más inseguro. Ahí, la tropa tuvo una especie de revelación: Elcano, siempre callado y ensimismado, era más listo de lo que aparentaba.

Por ello, cuando el de Guetaria propuso que, en adelante, viajarían de noche y se ocultarían durante el día, lo tomaron como una genialidad propia de iluminados. Ninguno sugirió retornar a San Julián, como habría resultado bastante sensato, y se dijeron que el acto de patrullar el yermo en búsqueda de hostiles constituía, más que una misión, un destino. De hecho, Elcano, que comprendió la caída hacia dentro que estaban experimentando sus hombres, adquirió la resolución de hablarles, antes de ponerse en marcha y con el alba, del hogar: esto lo hacemos para que los de casa estén seguros; una semana más y regresaremos a casa; en casa deben de estar ya calafateando la última de las naos.

A veces, los marineros le respondían con una sonrisa bobalicona en los labios. No daba la sensación de que estuvieran entendiendo de qué les hablaba, pero no querían parecer descorteses. Otras veces, por el contrario, ni eso: cuando Elcano se refería a los suyos, ellos continuaban caminando hacia el frente.

Viajar de noche no ofrecía muchas más dificultades que hacerlo de día. A pesar de que la temperatura descendía mucho y de que, de cuando en cuando, nevaba en mitad de un silencio tan poderoso que podía tornárseles sólido y palpable, la visibilidad parecía razonable. El yermo no recibía con grandes dificultades a aquellos que quisieran transitarlo. Supusieron que, ya que eran los únicos que se tomaban la molestia de permanecer durante tanto tiempo en él, qué menos que ponérselo fácil.

Podían estar durante más de un día sin dirigirse la palabra y no sentían incomodidad alguna al respecto. Se tenía, cada uno de ellos, a sí mismo. Como compañía, resultaba suficiente y hasta grata si se sabían entablar buenas migas con la parte de uno que siempre permanece sumergida. La obra viva del buque que constituían sus identidades, por decirlo de algún modo.

Eso sí, si vencidos esos lapsos de tiempo, les daba por romper a hablar, las palabras acudían a ellos como en un torrente desmadrado por las lluvias tempestuosas. Guillermo, que, pese a las dificultades iniciales, ya chapurreaba el castellano, participaba, como uno más, en las conversaciones.

—Deberíamos preparar caldo —aseguró Urrutia. La comida se había vuelto uno de los asuntos predilectos a la hora de dialogar. Tenían tanta hambre y era tan grande la añoranza que sentían de una mesa bien servida que se pasaban las horas y las caminatas pensando y hablando en torno a ellas.

—De gallina —repuso Mafra.

—¿Qué es gallina? —preguntó Guillermo. Tras observar cómo los españoles daban la cara por él en la batalla de unas jornadas atrás, el gigante comprendió que ya no le quedaba más gente que aquella y que, si bien ni su tamaño ni el color de su piel le parecían muy normales, tendría que hacer de tripas corazón y aceptarlos en su diferencia. Al menos, si pretendía que no lo dejaran solo. Y lo pretendía.

—Aquí no hay gallinas —contestó Urrutia.

—Pero dile algo al muchacho —intervino el Sordo—, que, de otra forma, no va a aprender nada.

—¿Y cómo le explicó yo a este qué es una gallina si no ha visto una en su vida?

—Dile que es un animal pequeñito y que corre mucho.

—Las gallinas no corren mucho.

—Pero hacen un caldo estupendo.

—Sí…

Caminaban en fila de a uno y se turnaban para abrirla. Habían descubierto que esta forma de marchar era mucho más descansada que cualquier otra, pues solo uno de ellos se veía obligado a mirar por dónde iba; el resto simplemente pisaba donde lo hacía el hombre que avanzaba delante de él.

De pronto, escucharon un disparo en mitad de la noche. Se echaron cuerpo a tierra, Guillermo el primero. Aprendía a una velocidad de vértigo.

* * *

Al capitán Serrano se le resbaló el dedo en el disparador. Trigueros y él se habían topado con una pequeña depresión en el terreno rodeada de minúsculas lomas. Como el marinero afirmaba que era allí donde había descubierto a los fantasmas, el capitán decidió que se apostarían tras una de ellas y aguardarían. Eso hacían cuando, del puro susto que le causó la aparición de las figuras, a Serrano le temblaron los dedos y el del disparador de la escopeta apretó un poco más de la cuenta.

—¿Pero qué hace? —susurró Trigueros con una de sus mejillas pegada a la tierra del suelo—. ¿Quiere que nos maten?

¿Podían las almas penitentes matar a un hombre de carne y hueso? A Serrano y a Trigueros no les cabía duda alguna de que sí. Un fantasma, por muy incorpóreo que sea, es capaz de agarrar a cualquier ser vivo y arrastrarlo con él al envés oscuro de la existencia.

—Ha sido sin querer —se excusó, como pudo, Serrano. Tras el fogonazo y el estruendo que él mismo había provocado, se lanzó al suelo y pegó, al igual que su hombre, la mejilla. Se miraban el uno al otro con los rostros paralizados por el pánico. De esta, no los sacaba nadie—. Me ha dado un escalofrío al oírlos hablar.

—¿Han hablado? —preguntó Trigueros.

—Susurros lóbregos.

—Mierda, hemos interrumpido su conversación.

—¿Eso es malo?

—Lo peor, capitán. A los muertos les enfurece que los vivos interfieran en sus asuntos.

—Pero si no hemos interferido…

—Les ha disparado.

—Joder, un tiro al aire… No creo que sea para tanto.

—A mí no me diga nada, capitán. Si yo estoy de su lado…

—¿Qué va a sucedernos ahora, Trigueros?

—No lo sé…

—¿Nos marchamos de aquí?

—Ni mueva un dedo.

—Vale.

* * *

Elcano y sus hombres no tuvieron duda de que se había tratado de un escopetazo y se tumbaron cuan largos eran. Guillermo, que no acababa de comprender qué sucedía, permaneció en pie hasta que Urrutia lo vio y le hizo señales en la oscuridad.

—¡Agáchate, por el amor de Dios, agáchate!

Guillermo, listísimo para algunas cuestiones y tonto de remate para otras, permaneció allí, en pie, sin decidirse. Tuvo Urrutia, tras bufar varias veces, que ponerse en pie y, casi a golpes, conseguir que el gigante se pegara al suelo.

—¿Peligro? —preguntó Guillermo.

—Un peligro de cojones, alma de cántaro —le contestó el Sordo, quien se acercaba a los demás arrastrándose como una serpiente—. Por estribor, capitán.

Elcano miró en la dirección que le indicaba el Sordo y entrecerró los ojos.

—No veo nada —dijo.

—Peligro —aseguró Guillermo.

—Sí, peligro… —concedió el Sordo—. ¿Qué hacemos, capitán?

—¿Se ha tratado de una escopeta, Sordo? —preguntó Elcano.

—Sí.

—¿Urrutia?

—Diría que sí.

—¿Barbosa? ¿Mafra?

—Sí, señor.

—No hay duda, capitán.

Elcano se arrastró durante dos pasos, levantó la cabeza una sola vez y, acto seguido, retrocedió sin separar un palmo la cabeza del suelo. Ahí delante había alguien con una escopeta y puede que ya le hubiera dado tiempo a recargar.

—¿Y si son los nuestros? —preguntó Mafra.

Hablaban en susurros, con los semblantes adheridos a la tierra. No nevaba, pero sentían un frío tan intenso que pronto comenzaron a dolerles los dedos de las manos.

—¿Cómo van a ser de los nuestros? —devolvió la pregunta Elcano. Reflexionaba en voz alta—. Saben que estamos aquí. Magallanes sabe que estamos aquí, joder.

—¿Y si se han olvidado? —aventuró Barbosa.

—¿Cómo cojones se van a olvidar de nosotros? —preguntó Mafra.

—Puede haber sucedido cualquier cosa —apuntó el Sordo—. ¿Y si ha habido otro motín?

—No ha habido otro motín —zanjó Elcano—. Es imposible.

—Entonces, no son de los nuestros —dijo Urrutia.

—Tampoco son los gigantes —terció Mafra.

—¿No me digas? —giró la cabeza hacia él Urrutia. El lequeitiano comenzó a arrastrarse por la tierra en dirección al jerezano. Cuando tuvieron los rostros uno a un palmo del otro, Urrutia continuó—: ¿A ti qué pollas te pasa?

—¿A mí? —respondió Mafra separando un dedo la mejilla del suelo—. A mí nada, tío. ¿Te pasa algo a ti?

Elcano, que los veía venir, medió:

—Dejadlo para otro momento, ¿de acuerdo?

Mafra le enseñó los dientes prietos a Urrutia.

—Sí, capitán —dijo.

—A la orden —repuso el otro.

—Estupendo —continuó Elcano. Su tono tranquilo y pausado solía sacar de quicio a los hombres las más de las veces. Sin embargo, en situaciones como la presente poseía cualidades balsámicas y apaciguaba voluntades. A los hombres bajo su mando les daba la sensación de que el de Guetaria lo tenía todo bajo control. Lo cual, teniendo en cuenta que se hallaban tendidos en el suelo para evitar que el enemigo les disparara, suponía un grado—. Deben de ser portugueses.

—¿Portugueses? —se extrañó Barbosa—. ¿Tan al sur?

—Estamos en la demarcación española —expresó el Sordo—. Aquí no puede haber portugueses. Esta tierra nos pertenece por derecho.

—Ahí el Sordo tiene toda la razón —apuntó Mafra.

—Sordo —indicó Elcano.

—Diga, capitán.

—Levántate y avisa de que no pueden dispararnos porque esta demarcación nos pertenece.

—Los cojones, capitán.

—Estamos de acuerdo. ¿Alguien más quiere decir alguna idiotez antes de que nos vuelen la tapa de los sesos?

* * *

Trigueros y Serrano se encontraban tendidos en el suelo a unos veinte o veintidós pasos de distancia. Al igual que el grupo de exploradores, tenían la mejilla pegada a la tierra y aguardaban acontecimientos mientras debatían en susurros.

—¿No decía que el estruendo los espantaría? —preguntó Trigueros.

—Eso pensaba —respondió el capitán mientras procedía a recargar.

—¿Qué hace?

—¿No lo ves? Preparar otro tiro.

—¿Acaso no tenemos suficientes problemas?

—Tranquilo, esta vez no se me disparará por accidente.

Trigueros no replicó nada y se puso a reptar en dirección a los fantasmas. Tan agazapado como podía, observó durante unos minutos: seguían allí y, a juzgar por los movimientos de las sombras en la noche, el disparo realizado por el capitán los había alterado bastante.

—Estamos jodidos —le espetó a Serrano tras regresar junto a él. Este continuaba cargando el arma y se debatía con la baqueta y el taco de hierba.

—No veo nada… —dijo.

—¿Me escucha, capitán?

Serrano se detuvo y fijó la mirada en el marinero. Por un instante, los ojos de los dos hombres brillaron en la noche. Ambos se sentían asustados, ambos habían visto cómo en un momento sus posibilidades de llegar a San Julián menguaban abrumadoramente. Pero continuaban brillándoles los ojos.

—Te escucho —respondió Serrano mientras regresaba a su tarea con mano temblorosa.

—Digo que estamos bien jodidos.

—Habrá que verlo.

—¿Qué piensa hacer?

—No han avanzado hacia nosotros.

—¿Cómo dice?

—Digo que no han avanzado hacia nosotros. Y si no lo han hecho es por algo. La pólvora no gusta a los fantasmas, muchacho, eso es un hecho.

—¿Y qué piensa hacer? ¿Abrirse paso a plomazos?

El capitán Serrano terminó de baquetear la escopeta y se tumbó boca arriba en la tierra. Trigueros le imitó.

—¿Se te ocurre alguna idea mejor? —preguntó el primero acercándose la mecha a la boca y soplándola con suavidad para avivar la brasa.

—¿Rezar? —caviló el segundo.

—Podemos rezar mientras disparamos.

—No me parece muy cristiano.

—Vale, yo voy a disparar porque no creo que exista otro modo de hacer frente a los fantasmas.

—Yo le sigo, capitán.

—Bien pensado. A la de tres. Una, dos y…

En un impulso casi simultáneo, ambos marinos se pusieron en pie. Serrano observó cómo varias sombras tenebrosas se movían frente a él. Sin dudarlo, apoyó la culata de la escopeta en el hombro y apuntó.

* * *

El Sordo había asomado la cabeza para observar y vio el fogonazo justo frente a él. Se apretó tanto contra el suelo que varios pedazos de tierra helada se le clavaron en el pómulo.

—Me cago en mi puta vida —dijo para sí. Y, sin aguardar instrucciones de Elcano, apretó los labios, se puso en pie y, tras empuñar su escopeta, abrió fuego —. ¡A tomar por culo, hijoputas!

—¡Sordo! —gritó Mafra. Pero, para entonces, el sevillano ya había echado cuerpo a tierra y se arrastraba hasta la posición donde le aguardaba el resto.

—A tocar los cojones a su país —espetó a modo de explicación.

—Tú eres gilipollas —le dijo Urrutia—. ¿Estamos a lo que ordene el capitán o no estamos?

—Vete a la mierda, mamón. Ellos han disparado primero.

—En eso tiene razón el Sordo —intervino Mafra.

—Hay que pasar a la acción —juzgó Barbosa, poco amigo de hallarse tendido en el suelo sin hacer nada.

—No vamos a batallar —zanjó Elcano.

—¿Y qué pretende, capitán? —preguntó, indignado, el Sordo—. ¿Darle ventaja a los portugueses?

—Desconocemos si se trata de portugueses.

—Nadie más dispara escopetas por aquí.

—A lo mejor son ingleses.

Elcano vio cómo a sus hombres les brillaban los dientes en la noche. Sonreían.

—Vale, no son ingleses. Pero puede que tampoco sean portugueses.

—Da igual lo que sean. Nos atacan y hemos de defendernos.

Elcano no podía pretender que permanecieran allá de forma indefinida. Tal y como afirmaba el Sordo, se veían obligados a moverse.

Pero no iniciaría una confrontación contra un adversario del que lo desconocía todo.

Mafra pareció haberle leído el pensamiento cuando dijo:

—Voy a recabar más información.

Elcano, arrastrándose, se acercó hasta él antes de hablar.

—No te muevas —le ordenó.

—Pero, capitán, necesitamos saber algo más del que está ahí delante.

—Sabemos que tiene escopetas y que sabe usarlas.

—Deje que vaya.

—Es demasiado peligroso.

—Soy de Jerez de la Frontera.

—¿Y a los de Jerez las balas no os atraviesan?

—No nos dan. Somos tipos con suerte.

Elcano se lo pensó un instante. Mafra tenía razón en algo: desconocer a qué se enfrentaban lo sacaba de quicio.

—De acuerdo —accedió—, pero ándate con mil cuidados.

—Voy con él —intervino Urrutia, quien, como el resto, había seguido la conversación en silencio—. Dos mejor que uno.

—Tú no eres de Jerez, so memo.

Urrutia, que no perdía oportunidad de marcarse una fanfarronada, alzó las cejas. Quizás a los de Lequeitio tampoco les daban las balas.

—Vamos —indicó Mafra.

Los dos marineros de la *Trinidad* se pusieron de rodillas y escrutaron la oscuridad. Después, comprobaron las mechas, asieron con energía sus escopetas, se pusieron en pie y comenzaron a caminar en dirección hacia el lugar desde el que habían provenido los disparos. Por si acaso, y pese a que eran inmunes a los plomazos, se separaron un tanto el uno del otro para, así, intentar pasar desapercibidos.

No lo lograron, pues Trigueros, acuclillado quince pasos frente a ellos, los advirtió moviéndose en la negrura.

—Joder, joder, joder —susurró. El corazón le latía tan deprisa que le dio la impresión de que, en una de estas, se le iba a salir por la boca. Apretó los dientes, por si acaso—. No ha conseguido ahuyentarlos, capitán.

—Insistamos —replicó Serrano. Se había agazapado y hurgaba con rapidez en sus bolsillos en búsqueda de munición y pólvora.

—¿Va a volver a disparar?

—¿Se te ocurre otro plan?

A Trigueros no se le ocurría. Dispararían, pues. El capitán Serrano se agachó al lado del marinero y comenzó a trajinar con la baqueta.

—¡Ahí están! —exclamó Mafra.

—¡Baja la voz! —indicó Urrutia—. Te van a oír.

—¡Putos portugueses! ¡Se van a enterar!

—¿Qué vas a hacer?

—Devolvámosles el fuego, tío.

Urrutia escudriñó el frente y observó un par de sombras agazapadas en la noche.

—Venga, de acuerdo —accedió.

Los dos marineros levantaron las escopetas y apoyaron las culatas en los hombros. El sonido de sus respiraciones, agitadas e intensas, llegó hasta los oídos de Trigueros.

—¿Qué es eso? —preguntó, confundido.

—¿Cómo dices? —devolvió la pregunta Serrano, concentrado en la recarga del arma.

—Suena como si respiraran…

—No digas tonterías. Los fantasmas están muertos. No respiran.

—Entonces…

Un disparo resonó en mitad de la noche y Trigueros sintió cómo una bala se hundía en la tierra a ni un palmo de distancia de su pie.

—¡Cojones! —gritó—. ¡Nos disparan!

—¿Quién va? —preguntó, a menos de quince pasos de distancia, Mafra.

—¡Portugueses de mierda! —se apresuró a espetar Urrutia.

—Creo que les he dado. Voy a cargar. Apunta bien y abre fuego.

Urrutia asintió, pero Mafra ya no podía verlo porque se había dejado caer en el suelo para iniciar la recarga de la escopeta. El de Lequeitio dio un paso hacia el frente con el cañón apuntando a la oscuridad. Acababa de soplar, en un gesto que ya tenía mucho de nervioso, la mecha para asegurarse de que la brasa se

hallaba encendida. Si apretaba el disparador y la pólvora no se inflamaba, se verían ante serios problemas.

Para ese momento, el capitán Serrano ya había terminado de cargar y procedía a incorporarse.

—¿Dónde están? —preguntó a Trigueros.

—Ahí, ahí… —respondió este agarrando a Serrano por un brazo y señalándole con el dedo una sombra que se les echaba encima.

—Puto fantasma —gruñó Serrano apoyando la culata en el hombro y aprestándose para el disparo—. Ahora te vas a enterar.

Urrutia tuvo la suerte de escuchar la frase completa y comprendió que su oponente no hablaba en portugués, sino en castellano.

—¡Eh! —gritó—. ¡Somos españoles!

—No puede tratarse de fantasmas españoles —chistó Trigueros—. Aquí no ha habido españoles antes.

—¿Y eso que tiene que ver? —le preguntó, sin girarse y con la vista fija en la noche, Serrano.

—Joder, capitán, tiene todo que ver. Si nosotros somos los primeros españoles en llegar a estas tierras, ¿cómo se supone que podríamos encontrarnos aquí a fantasmas de compatriotas?

—Se tratará de una expedición anterior. Yo qué sé. Lo que sí tengo claro es que algo se mueve ahí delante.

—¿Capitán Serrano? —preguntó, entonces, Urrutia, quien creía haber reconocido la voz.

—¿Lo ve? —concluyó Trigueros en un gemido—. Hasta saben su nombre.

A Serrano, que el fantasma lo reconociera personalmente terminó por desconcertarle. No es que no creyera que un fantasma de ultratumba no fuera capaz de eso… De eso y de mucho más. Sin embargo, aquella voz no había sonado a proveniente del limbo, o del averno, o de donde carajo habitaran las almas en pena.

—¿Sí? —preguntó con voz queda. Por si acaso, continuaba con la escopeta preparada para hacer fuego.

—¿Qué hace? —protestó, descompuesto, Trigueros—. ¡No los atraiga!

—¿Oiga? —respondió Urrutia, que también apuntaba hacia el frente y que, por primera vez, advirtió la brasa encendida de su adversario—. ¿Es usted el capitán Serrano?

—¿Quién lo pregunta? —interrogó el aludido.

—Domingo de Urrutia. Marinero de la *Trinidad*.

—¿De la nao *Trinidad*?

—¿De qué *Trinidad* si no?

—Soy el capitán Serrano, de la *Santiago*.

—Perdóneme usted el tono, capitán. Es que estamos un poco tensos.

—¿Cuántos sois?

—Cinco. Seis, contando al gigante.

—¿Tenéis a un gigante con vosotros?

—Sí, pero no se preocupe usted, porque es amigo. No les hará daño.

—¿Quién está al mando?

—El capitán Elcano.

—¿Han ascendido a Elcano a capitán?

—Oh, bueno, no… Son cosas nuestras, descuide. ¿Y qué hace usted por aquí a estas horas?

—Lo mismo se me ocurre preguntarte, marinero.

—Nos envió Magallanes a patrullar, ¿sabe usted? Ya ni recordamos cómo es una comida caliente.

—Pues no quieras escuchar nuestra historia.

—¿Se encuentran en dificultades? ¿Podemos ayudarles en algo?

—De momento, creo que podrías bajar la escopeta. Veo desde aquí que me estás apuntando con una.

—Desde luego que lo hago, señor. Al igual que usted. ¿Qué tal si baja usted la suya antes?

—¿Qué tal si lo hacemos los dos al mismo tiempo?

—Creo que no, capitán. Aquí estamos para defender San Julián, ¿sabe? Y no hemos pasado tantas calamidades para que ahora nos la cuelen los portugueses.

—No somos portugueses. Joder, tú mismo has reconocido mi voz.

—Sí, pero mejor no fiarse. Los portugueses te la meten doblada en cuanto te descuidas.

—Aquí no hay portugueses, muchacho. Baja ya la puta escopeta.

—Bájela usted antes.

—De acuerdo, la bajo. ¿Ves la brasa?

—La veo, señor.

—Observa cómo toca tierra.

El capitán Serrano, muy despacio, se agachó para colocar el arma en el suelo. Trigueros, a su lado, no acababa de tenerlas todas consigo. Conocía de sobra a

Urrutia, pero ¿y si no se trataba de Urrutia, sino del fantasma de Urrutia? Lo lógico sería que un fantasma hablara con la misma voz que su personificación anterior, ¿no?

—Perfecto, capitán —expresó Urrutia—. Ahora voy a llamar a mi gente.

—Antes, deja la escopeta en el suelo —dijo Serrano.

—¿No se fía usted?

—Ni de mi sombra, chaval.

Urrutia sonrió para sí, aunque no se agachó para hacer lo que el capitán le pedía. En su lugar, se llevó dos dedos a la boca y dio un silbido.

—¿Qué haces, insensato? —le preguntó Mafra, todavía recargando a su lado.

—No hay peligro —respondió Urrutia—. ¡Salga, Elcano! ¡Son de los nuestros!

En la posición de retaguardia, Barbosa, Elcano y el Sordo se pusieron en pie y comenzaron a avanzar hacia el frente. Trigueros no pudo evitar que un escalofrío le recorriera el espinazo. A estas alturas, quería convencerse de que se trataba de españoles y no de fantasmas, pero, con todo, el estremecimiento que provocaba verlos moverse sigilosamente en la noche no menguaba. Con menos motivo, cuando una figura de proporciones titánicas se desplegó junto a ellos y se sacudió con lentitud.

—Por todos los santos… —acertó a farfullar.

—¡Llevamos a un amigo con nosotros! —advirtió el Sordo.

—¿Quién eres tú? —preguntó Trigueros—. ¿Quién va con vosotros?

—Soy Juan Rodríguez —respondió el Sordo marcando su acento sevillano —. El Sordo.

—¿El de la *Concepción*?

—El mismo, tío. A mi lado camina Guillermo, ¿comprendido? No quiero que os alteréis cuando se os acerque.

—Pues que no se acerque.

—Se va a acercar.

¿Sucedía que, pese a todo, sí se toparían con seres del inframundo? Trigueros tiritaba y ya no podría decir si lo hacía a causa del frío o del pavor. Ambos los tenía tan pegados a los huesos que se confundían entre sí.

La imponente presencia de Guillermo fue desplegándose más y más hasta que a Trigueros y a Serrano casi se les desencaja la mandíbula. El gigante exhalaba nubes de vapor frente a sí, tan grandes y poderosas que incluso en plena noche se avistaban.

—Soy Elcano —dijo una figura aproximándose.

—Ho…, hola —titubeó Trigueros todavía con la mirada fija en el gigante.

—Tranquilos, es amigo nuestro. Se llama Guillermo.

El gigante se acercó y, si hubiera estado de día, los expedicionarios habrían podido advertir que en su rostro afloraba un gesto de pudor.

—Este es Guillermo —explicó Elcano—. Esta región está habitada por gigantes y al de aquí no lo quiere nadie. Al parecer, tiene cualidades curativas, aunque no sé yo si…

—Las tiene —intervino, para zanjar la cuestión, Urrutia.

—De acuerdo, las tiene —concedió Elcano, siempre dispuesto a tomar el camino más rápido hacia la extinción de cualquier controversia.

—¿Y qué…, qué piensa hacer con él? —preguntó Trigueros.

—Oh, nos lo vamos a llevar a San Julián. Creo que Magallanes querrá embarcarlo con nosotros. Como muestra de la naturaleza del territorio, supongo…

—Amigos —habló, por primera vez, Guillermo. Alzaba su poderosa mano diestra en dirección a Trigueros y el capitán Serrano.

—Sí, son amigos, Guillermo —confirmó Elcano—. No te preocupes.

—No preocupar —aceptó el gigante con voz ronca.

Durante unos instantes, nadie añadió nada. Hasta que el Sordo puso palabras a lo que todos estaban pensando.

—Bueno, ¿y qué ha sido de la *Santiago*? —inquirió.

—La hemos perdido —contestó el capitán Serrano. Era la primera vez que se veía en la obligación de comunicar la pérdida. Y habría unas cuantas más. Dolía más de lo que había supuesto.

—¿Cómo que la han perdido? —volvió a preguntar el Sordo.

—Pues eso, que la hemos perdido. La tripulación nos aguarda, en tierra firme, unas cuantas leguas más al sur. Rescatamos tantos pertrechos como nos fue posible, pero la nave está encallada y a merced de las olas.

—Joder, Magallanes va a montar en cólera cuando se entere…

Serrano no dijo nada, aunque lo vieron masticar aire entre las sombras.

—Elcano, necesitamos que alguien nos guíe hasta el puerto de San Julián —expresó Serrano.

—Por supuesto… Mañana, a primera hora, partiremos rumbo al campamento.

—¿Se acabó el patrullar sin rumbo fijo? —preguntó, sin creer lo que acababa

de escuchar, Mafra.

—Sí —concedió Elcano. La suerte de la *Santiago* debía ser comunicada cuanto antes, de manera que no se demorarían. Con la primera luz del alba, regresarían a casa.

Trigueros no las tenía todas consigo.

—¿Seguro que el gigante es amistoso?

La respuesta se la ofreció el propio Guillermo, que se agachó hasta acercar su rostro a un palmo del de Trigueros.

—Amigo —rugió. Una nube de vapor envolvió al marinero.

26

Un escarmiento ejemplar

11 de agosto de 1520

CONTRA todo pronóstico, Magallanes se tomó bastante bien el asunto de la *Santiago*. No dio saltos de alegría, entiéndase, pero tampoco lo pagó con el capitán Serrano ni, menos aún, con el marinero Trigueros. Son cosas que pasan, juraron los presentes que dijo. Y es que Magallanes, esto comenzaban a entenderlo, se mostraba tan intolerante con las cuestiones ajenas al devenir de la expedición como comprensivo con las que le eran propias. Que un grupo de oficiales tramara la subversión del orden natural de los acontecimientos lo enfurecía; una nao encallada durante una misión de exploración encomendada por él mismo entraba dentro de lo comprensible. Son cosas que pasan. Es normal que a un capitán se le hunda el barco si lo lleva hasta el límite. Eso es lo que exigía de los hombres bajo su mando: que siempre dieran un poco más de lo exigido, que no se derrumbaran nunca, que estuvieran dispuestos a entregarlo todo y en todo momento. Bien por el capitán Serrano y bien por la dotación de la *Santiago*. Hicieron lo correcto y la suerte quiso darles la espalda. Amén Jesús, no pelearían contra algo semejante.

El capitán general dispuso lo necesario para que la tripulación extraviada fuera rescatada cuanto antes. Advertido de que la ruta por tierra no era todo lo segura que les habría gustado y que al menos un grupo de indios hostiles deambulaba por ahí fuera, Magallanes decidió enviar a la *Victoria*. Las naos ya se hallaban completamente calafateadas y listas para partir en cualquier momento y, aunque la invernada continuaba, no transcurrían dos semanas sin que una nao abandonara el puerto de San Julián, se internara una o dos leguas en alta mar y regresara al abrigo de la bahía. Con estos movimientos, Magallanes pretendía que las tripulaciones no se le apolillaran, que cada hombre recordara

que continuaba perteneciendo a una expedición transoceánica, por mucho que el paso al otro océano todavía no lo hubieran descubierto.

Lo que sí descubrían las marinerías era que nada obstaculizaba la navegación. De hecho, los viajes de ida y regreso que la *Victoria* realizó, en tareas de auxilio, al puerto de Santa Cruz, se llevaron a cabo sin tropiezos ni incidentes. Con la boca pequeña, oficialidad y tripulaciones intercambiaron noticias acerca de lo que se extendía más al sur. Nada problemático, adujeron los de la *Victoria*, quienes se habían encontrado con un mar perfectamente navegable. Un frío de mil pares de cojones, advirtieron los que habían ido, pero sin pedazos de hielo flotante a la vista.

Los hombres sentían un reverencial miedo por el hielo a la deriva. De los doscientos y pico que pasaban los días y las noches en el árido San Julián, quizás ni tres o cuatro habrían contemplado, con sus propios ojos, un trozo de hielo flotante. Tanto era así, que hasta carecían de un nombre específico para ellos y los denominaban como les parecía: pedazos, fragmentos y hasta cachos de agua helada. No obstante, a nadie se le ocultaba que aquellos pedruscos a la deriva podían abrir, en el casco de cualquier buque, una vía de agua de una braza de ancho. En tal situación, el hundimiento sería irreversible y cuestión de minutos.

Estaba, pues, bien que Magallanes no quisiera ir hacia el sur, al menos a medida que las jornadas se volvían, con el paso del tiempo, cada vez más y más invernales.

Tampoco hubo ningún problema con Guillermo. Elcano, Urrutia y Mafra lo condujeron a bordo de la *Trinidad* y ofrecieron las explicaciones precisas. Contaron cómo se habían hecho amigos del gigante y en qué manera lo maltrataban sus gentes. ¿Temibles?, preguntaron rápidamente los de la *Trinidad*. Sí, respondió Elcano con su acostumbrada parquedad. Y poco más, ya que apareció Pigafetta y se entusiasmó con la presencia de Guillermo. A Elcano, en el futuro se le preguntaría repetidamente si fue en aquel mismo instante cuando se bautizó a la gente de Guillermo como patagones. El de Guetaria respondía con la verdad: que no lo recordaba. Pero como sus interlocutores no aceptaban las vaguedades, Elcano decidió que terminaría antes dándoles lo que pretendían y, en adelante, siempre afirmó que Pigafetta llevaba esa palabra en los labios cuando se les acercó aquel día sobre la cubierta de la *Trinidad*. ¿Así que usted estaba presente cuando se nombró a los patagones de la Patagonia? Pues sí, dijo, aunque calló que no lo recordaba con precisión. Con lo que habían pasado, y a

muchos solo les interesaba un absurdo nombre sacado de un libro. ¿Quién en su sano juicio lee novelas de aventuras?

Guillermo, por lo tanto, pasó a ser parte de la dotación de la *Trinidad* y Urrutia se encargó de proveerlo con unos cuantos pertrechos: necesitaba ropas cristianas, una escudilla y su propia navaja. Cuando le objetaron que quizás no fuera una buena idea armar al gigante, les enseñó la palma de su mano abierta. No añadió nada más: aquella mano, más grande que dos de las de ellos, bien podría haberles quebrado los huesos simplemente presionándolos entre sus dedos. En consecuencia, que llevara o no una navaja se convertía en un hecho irrelevante.

Pigafetta, por su parte, se convirtió en la sombra de Guillermo. Para el vicentino, siempre curioso ante cualquier novedad, la presencia de un auténtico gigante a bordo constituía el evento más notable desde que partieran de Sevilla. Magallanes, al principio, observó con escepticismo esta extraña amistad. Después, en vista de que simplemente pasaban las horas sobre la cubierta de la *Trinidad* sin molestar a nadie, dejó hacer. Una vez reparadas las naos, y debido a las informaciones que advertían de la presencia de hostiles en las inmediaciones, ordenó que las tripulaciones se embarcaran y que permanecieran sobre las cubiertas salvo para reponer agua o aprovisionarse de leña. Así las cosas, la presencia de Pigafetta se tornaba un tanto delicada. El vicentino, fiel a su estilo, aturullaba las mentes de los marineros a través de las más peregrinas ocurrencias; tanto, que los hombres no tardaron en perder los nervios y la necesaria cortesía sobre cubierta. Que Pigafetta hubiera hallado un entretenimiento nuevo y que, por lo tanto, dejara a todo el mundo en paz, constituyó, sin duda, un punto muy a favor a la hora de aceptar a Guillermo en la *Trinidad*. De aquellos días, Pigafetta extrajo numerosas anotaciones, entre ellas el primer glosario escrito entre un idioma europeo y otro sudamericano. Los pelmas son de difícil trato para quienes los sufren a diario, pero una bendición en los anales de la historia, pues son ellos quienes redactan sus entrañas.

El invierno fue avanzando sin excesivos contratiempos hasta que el 11 de agosto, un año y un día después de que las naos partieran desde Sevilla, Magallanes decidió hacer pública la sentencia contra Juan de Cartagena por sedición y amotinamiento. Hacía más de cuatro meses desde que Mendoza y Quesada pasaran a mejor vida y la mayor parte de los expedicionarios se había olvidado de que el capitán general mantenía un prisionero. Dos, en realidad, pues al cura Reina, aquel que había gritado a Magallanes que sus actos

conllevarían, para él, la larga quema en las hogueras infernales, también permanecía cautivo en la bodega de la *Trinidad*. Al menos, a este segundo no lo enceparon, engrilletaron y encadenaron hasta las cejas. Creyó, el cura tonto, que lo hacían por deferencia a su posición, hasta que, poco a poco, entendió que se trataba de ahorrarse un criado: Reina, cuya suerte se hallaba íntimamente ligada a la de Cartagena, se ocupó tanto de darle de comer y beber al caballero como de limpiar su bacinilla. Tarde comprendió el cura que se había metido en un embrollo del que Magallanes se beneficiaba enormemente mientras que a él lo condenaba para siempre. Cuando rogó que lo recibiera y que aceptara su retractación, el capitán general se llamó andana.

Para la lectura de la sentencia final, Magallanes, amigo siempre de la pompa cuando le convenía, ordenó que las tripulaciones descendieran a tierra y se alinearan debidamente. ¿Cartagena? ¿Qué Cartagena? ¿Pero sigue vivo Cartagena?, se preguntaban unos a otros. De forma ordenada y hasta perezosa, los hombres se fueron echando a los botes que los llevaron hasta la costa. Allí, pudieron observar que no se había levantado patíbulo alguno, con lo cual se confirmaron las suposiciones de quienes juzgaban que al veedor del rey no se lo podía ejecutar.

Y no se hizo, pues Magallanes podría tener arrebatos, pero no acostumbraba a dejarse llevar por la cólera. En ningún momento barajó la opción de decapitar a Cartagena. ¿Acaso merecía una muerte rápida y digna después de lo que había urdido contra él?

A Cartagena, lo bajaron a tierra no sin antes quitarle el cepo y los grilletes, y asearlo un poco. Desde que la sublevación fracasara, no había visto la luz del sol y su aspecto, orgulloso antes, se aparecía bastante desmejorado. La humillación a la que lo había sometido Magallanes fue demasiado para él y se dobló tan pronto como admitió que de esta no saldría con vida. Los que lo apoyaran en un pasado, Elcano y su fiel Sordo entre ellos, habían desaparecido por completo. Un silencio sepulcral se cernió sobre él: quedó claro que quien quisiera vivir, debía alejarse de Cartagena. Eso hicieron todos, incluidos los que todavía se la guardaban al capitán general.

Con los hombres alineados en una playa junto a la marisma y azotados por un viento helador, Magallanes solicitó a Álvaro de Mesquita que leyera la sentencia que él mismo había redactado de su puño y letra. Mesquita, que de don nadie había a pasado a convertirse en uno de los hombres más relevantes de la

expedición y todo en solo cuatro meses, carraspeó, se aclaró la garganta varias veces y leyó:

—Por los delitos de sedición, rebelión y desobediencia, condenamos a Juan de Cartagena y a Pedro Sánchez Reina a la pena de destierro perpetuo. Esta pena se ejecutará de forma inmediata.

Cartagena, en pie muy cerca de Mesquita, no dijo nada. Todavía entrecerraba los ojos debido a la luz, para él intensa tras el encierro. Reina sí que comenzó a farfullar algo por lo bajo. Mesquita pensó que deseaba presentar alegaciones, pero, tras acercarse y escucharle, comprendió que rezaba y que mejor dejarlo estar. Rezar no le vendría nada mal, dada la que le había caído encima.

Quien no perdió la oportunidad de significarse fue Magallanes. El capitán general se puso en pie, se alisó la chaqueta con ambas manos y se giró para sermonear a sus hombres. Agradecieron, sin duda, que se tratara de un hombre que no se andaba por las ramas y que fuese directamente al meollo de la cuestión.

—Quiero que todos los aquí presentes —dijo— comprendan que esta decisión es una de las más difíciles que he tomado en mi vida. Sin embargo, es también una de las más importantes y necesarias, pues recibirá castigo quien de forma tan grave se ha opuesto a la voluntad del rey. A partir de hoy, comenzamos una nueva etapa en nuestra expedición. Quiero que todos comprendan que tienen en mí a un jefe honesto y entregado, pero también severo e inclemente con los que desafían el orden establecido. He trabajado cada hora y cada día desde que partimos de Sevilla para que la expedición llegue a su destino. Ante Dios arrodillado aseguro que cumpliré con mi propósito, hoy con más ganas e ímpetu, si cabe, que hace un año. El paso del suroeste está muy cerca. Lo encontraremos, lo atravesaremos y, antes de lo que pensamos, alcanzaremos la especiería. ¡Viva el rey Carlos!

Los hombres formados respondieron con unos vivas tan desvaídos que algunos oficiales, al darse cuenta, gritaron ellos mismos y consiguieron que la respuesta no quedara deslucida.

—Proceda, alguacil Espinosa —ordenó, entonces, Magallanes.

El alguacil se ayudó de cuatro marineros armados de escopetas, todos ellos pertenecientes a la dotación de la *Trinidad*, para tomar a Cartagena y a Reina de los brazos y obligarlos a subir a uno de los botes. Cartagena tropezó varias veces y hasta cayó redondo en una de ellas. Cuando a un hombre se lo encepaba durante un período suficientemente largo de tiempo, se le olvidaba caminar. Una

vez liberado, las piernas y los pies se convertían en apéndices un tanto inútiles pues parecían haberse conferido vida propia.

—Vamos, no cause más problemas —dijo Espinosa.

Fue lo último que los expedicionarios escucharon, pues allí nadie abrió más la boca. Cartagena aceptó, ni de buen ni de mal grado, que lo arrojaran dentro del bote y Reina se apresuró él mismo a saltar al interior. Los habían proveído de ropa de abrigo y, aunque muchos creyeron que se trataba de un gesto piadoso, nada más lejos de la realidad: tanto los gruesos ropajes como los víveres que cargaba uno de los marineros, se entregarían, en su destierro, a los condenados para que estos durasen más. Magallanes quería que se acordaran de él durante tanto tiempo como pudieran. Después, la palmarían sin paz ni descanso. Eso, por haberle traicionado.

Dicho y hecho, dos marineros se pusieron a los remos mientras los otros dos encañonaban a los reos. No parecían demasiado dispuestos a ofrecer resistencia, aunque quién sabe. Con todo, tenían orden de no matarlos. En el peor de los casos y si las cosas se ponían muy peliagudas, Magallanes había autorizado a herirlos. Pero que puedan aguantar con vida durante una semana, añadió. Necesitaba que aquello sirviera de escarmiento para todos los expedicionarios. Necesitaba que nadie le volviera a mostrar resistencia alguna.

El lugar al que los llevaron fue llamado isla Justicia, y ni un término ni el otro se ajustaban demasiado a la realidad. Se trataba de una isla, pues al lugar lo rodeaba agua por cualquiera de sus partes, pero no pasaba de ser un banco de arena repleto de cormoranes[30] gritones. En cuanto a la justicia que se estaba aplicando, quizás lo fuera, pero más parecía que se trataba de una venganza que de otro asunto.

Un arreglo de cuentas, un escarmiento, una pena de la que nadie podía ni debía sustraerse. Qué bueno que Magallanes tuviera ahí a Cartagena para afianzar su valía. De regreso a España, se vería obligado a dar muchas explicaciones, aunque, ¿a quién le importa quién ha muerto si la expedición se ha culminado con un rotundo éxito? Ese era el plan: triunfar de una forma tan nítida e invariable que a nadie le quedaran ganas de presentar objeciones. Todo a una carta y paz de momento entre los expedicionarios. Merecía la pena, diablos. ¿O acaso, permitirían que saliera indemne si fracasaba? ¿Un portugués?

La isla Justicia se encontraba muy cerca del lugar donde las naos permanecían ancladas. Tanto, que podía divisarse desde las mismas cubiertas.

Espinosa fue el primero en poner pie en la arena blanda. Ayudó, sujetando la proa del bote, a que los marineros lo encallaran.

—Ah, pues esto está muy bien —dijo como el que realmente lo piensa.

Cartagena fue obligado a saltar a la orilla. Reina lo hizo a continuación. Ambos mostraban la actitud que ya no cambiarían jamás: el caballero, ausente y dócil; el cura, incapaz de aceptar que aquello le sucedía a él.

—Aquí les dejamos víveres para una semana —dijo uno de los marineros.

—Y agua —completó otro.

Cartagena los miró como quien ve llover. En el bancal, los vientos helados los azotaban con inusitada crueldad. Espinosa lo comprendió, se sonrió para sí y no añadió nada al respecto.

—Bueno, pues aquí van a estar estupendamente —dijo un rato después, incapaz de marcharse sin dedicarles una pulla irónica.

Los condenados, que ya comprendían que las súplicas no servirían de nada, no se molestaron en responder. Reina rezaba en voz baja y aquello era lo único que se oía en aquel lugar desamparado.

Los marineros y el alguacil regresaron al bote, lo empujaron aguas adentro y saltaron a él para marcharse remando. Cuando alcanzaron la *Trinidad*, los marineros aguardaron a que Espinosa subiera a bordo encaramándose a un cabo. Después, permanecieron allí durante un rato y sin dirigirse la palabra. Si alguien preguntaba, podían argüir que se encontraban descargando las escopetas. En realidad, se trataba de asco.

Ese mismo 11 de agosto, todavía en pleno invierno, Magallanes decidió que se suspendía la invernada. Las aguas eran navegables y nada los retenía allí. Debió de pensar que no resultaría bueno para la moral ver cómo los dos condenados expiraban a la vista de los demás. No es lo mismo cortarle la cabeza a un traidor que observar cómo se muere lentamente de hambre, sed y frío. Así que andando, rumbo al sur. Ese paso del suroeste tiene el nombre del capitán general y hay que encontrarlo ya.

27

El cabo de las Once Mil Vírgenes

21 de octubre de 1520

MÁS de dos meses tardarían en encarar, por fin, la búsqueda final del paso del suroeste. Lo cierto fue que el tiempo no ayudó y que las múltiples tormentas, encadenadas una detrás de la otra, obligaron a Magallanes a ordenar que las naos buscaran refugio en los entrantes y los puertos naturales al sur de San Julián. De esta forma, arribaron a Santa Cruz y pudieron contemplar el pecio de la *Santiago*, ya apenas un puñado de maderos a merced de las olas. Los marinos no lloran porque, si lo hicieran, allí se habrían derramado mares. Qué desolación. Con todo, se permitió que se observaran largamente los restos del naufragio. De algún modo, esta era la única manera que tenían de rendir homenaje a una nave caída.

Magallanes, que en adelante contaba con cuatro naos y cinco tripulaciones, repartió, como pudo, a marinerías y oficialidad. Con Quesada ajusticiado, envió a Juan Serrano a hacerse cargo de la capitanía de la *Concepción*. Serrano respiró hondo, pues aquello significaba que continuaba gozando del favor de Magallanes. En ningún momento este había dicho o hecho algo que ofreciera indicios de que pensaba lo contrario, pero un capitán que ha perdido un barco es un capitán que ha perdido un barco. A nadie le gusta estar dentro de esa piel y hasta que no confirmas que la sangre no llegará finalmente al río, no duermes tranquilo.

Al igual que la *Concepción*, la *Victoria* necesitaba un capitán nuevo y durante semanas se cruzaron apuestas al respecto. Nadie, absolutamente nadie, ganó el juego, pues el capitán general se decidió por Duarte Barbosa, quizás como premio a los días de patrullaje en el desierto de los patagones. No gustó, de ninguna manera gustó que un sobresaliente sin experiencia marinera se hiciera con una capitanía más que deseada por muchos oficiales. Con Barbosa y

Mesquita, ya eran dos sobresalientes los que habían sido ascendidos a puestos para los que carecían de capacitación. Nadie presentó alegaciones, no obstante.

También realizó otro cambio del que se arrepentiría siempre: envió al piloto Esteban Gómez a la *San Antonio*. A juicio de Magallanes, la oficialidad de la *San Antonio* se había quedado coja tras la condena de Cartagena y el apuñalamiento de Elorriaga. Necesitaba reforzarla de algún modo, sobre todo y teniendo en cuenta que esta nao era la más grande de la expedición y no se gobernaba con buenas palabras sino con oficiales sensatos e inteligentes. ¿Y qué mejor para ello que Gómez, un hombre que siempre se había significado por su responsabilidad y su buen hacer? A la *San Antonio*, sin dudar. Mesquita, el inútil de su primo Mesquita, continuaría ostentando el rango de capitán, desde luego, pero a ella se incorporó Gómez con orden de no hacerle demasiado caso y capacidad para confinarlo en su camarote si se ponía pesado. Magallanes apoyaría siempre a Gómez. Ay.

El 21 de octubre, llegaron a un gran cabo arenoso que, por ser ese el día de santa Úrsula, denominaron de las Once Mil Vírgenes. Desde el mar, el cabo se abría a un enorme golfo que sembró la esperanza en los hombres. Se hallaban tan al sur que temían que, de un momento a otro y pese a que no dudaban de la redondez del mundo, una catarata abisal rompiera bajo las quillas y los engullera para siempre.

En la bodega de la *San Antonio*, Martín de Goitisolo se afanaba en realizar reparaciones de mantenimiento. Él, junto al resto de calafates, se había dejado la piel cuando, en el puerto de San Julián, apuntalaron las naos en dique seco. Y, sin conducirse con negligencia cuando trabajó en el resto, puso, como por otro lado hicieron todos los calafates, especial interés cuando le tocó el turno a la suya. Tenía a la *San Antonio* tan preparada para hacerse a la mar que hasta se ruborizaba de la emoción. Qué barco, qué barco, repetía. No fue para menos, pues la *San Antonio* flotó a las mil maravillas cuando la devolvieron al agua. Goitisolo, en compañía de otros tres calafates, se hallaba en la bodega en el instante en el que la botaron. La habían lastrado con lo justo para que no volcara y nada más. Completamente desnuda, la *San Antonio* flotó limpiamente y, pese a que se dejaron los ojos buscándolas, no encontraron una triste hendidura en el casco. Durante dos o tres días, Goitisolo durmió como un bendito. Soñaba que la *San Antonio* permanecía siempre inmaculada, que nadie la violentaba, que ningún mar le provocaba dolor. Su gozo en un pozo, pues en cuanto la tripulación, con el bodeguero al frente, comenzó a llenar las tripas de la nao de

barriles resbaladizos, llegaron las contrariedades. En forma de accidentes, a juicio de ellos; por inútiles, en opinión de Goitisolo.

Cuando los golpeteos de los barriles en el casco fueron a más y a un par de marineros especialmente torpes se les escapó un tonel que, tras estrellarse en una cuaderna, abrió una grieta del grosor de un dedo en el casco, el de Baquio dijo basta y se mudó a la bodega. A fin de cuentas, allí apenas sentía el frío y podía vivir lejos del parloteo insano de sus compañeros. Mejor se estaba solo, acompañando a la nave desde su vientre, velándola con afecto, atendiéndola cuando la mar o los hombres amenazaban con herirla.

Pasaba tanto tiempo abajo que fue el último expedicionario en advertir que habían descubierto un esperanzador territorio.

—Qué llano es todo —acertó a decir cuando ascendió con la intención de obrar por la borda.

—Hace días que no vemos una loma —le respondió el grumete llamado Juan de Irún, aquel que un año atrás sustituyera a Juan de Cartagena en el chinchorro cuando este se hartó de realizar el saludo vespertino al capitán general.

—¿Cuánto dirías que tiene de ancho esta embocadura?

—Dicen que unas cinco leguas. Y están bastante seguros de que no se trata de un golfo, sino de la entrada al paso.

Las naves se habían detenido y permanecían a la expectativa. La *San Antonio*, por cuestiones de tamaño y tonelaje, se situaba la última, con la popa casi en aguas abiertas. Como Goitisolo había señalado, el paraje se aparecía tan increíblemente llano en toda dirección que lo más lógico era pensar que allí las aguas apenas tendrían profundidad. Si no querían perder a la *San Antonio*, más les valía mantenerla lejos de los bajíos.

—¿Y ahora qué hacemos? —peguntó el calafate.

—Magallanes ha dado la orden de aguardar sus indicaciones —respondió el grumete.

—Yo creo que nos vamos a internar.

—Es lo más probable.

Pues no, no se internaron. Goitisolo e Irún permanecieron allá durante un buen rato. La mar, pese al viento, se encontraba en relativa calma y desde la *Trinidad* lanzaron un bote que recorrió el resto de naos repartiendo las instrucciones del capitán general: continuarían un poco más hacia el sur y explorarían a fondo la zona.

Sabían que habían llegado, que el paso se ubicaba cerca. Pero comprendieron

que el allanamiento del terreno no auguraba nada bueno. Convenía tener en la mano todas las posibilidades antes de decidirse por una. Estaban obligados a no errar.

* * *

Lo estaban porque el descontento había comenzado, de nuevo, a germinar. Esta vez, fue Esteban Gómez, quien ya arrastraba desacuerdos con Magallanes desde muchos meses atrás, quien juzgó que el capitán general burlaba las órdenes del rey. Fue él quien, frente al cabo de las Once Mil Vírgenes, aprovechó el bote que llegó hasta la *San Antonio* para acercarse a la *Trinidad* y plantearle una disyuntiva a Magallanes. Según las disposiciones que todos conocían, el rey Carlos les obligaba a regresar a España en cuanto descubrieran algo digno de mención. Bien, si descubrían el paso del suroeste, ¿su importancia sería suficiente como para dar media vuelta y regresar a casa? Teniendo en cuenta que llevaban más de catorce meses de viaje, sí en opinión de Esteban Gómez y de los hombres a los que él representaba.

—¿Cómo que representa a un grupo de hombres? —tronó Magallanes, para el que aquello sonaba a nuevo.

En un sentido estricto, Gómez no representaba a nadie. Tras los sucesos de la bahía de San Julián y el modo en el que el capitán general había ahogado el anterior intento de rebelión, allí nadie daba un paso al frente. Gómez tampoco. Lo cual no quería decir que muchos no desearan dar media vuelta y retornar a casa una vez que tuvieran algo que ofrecer al rey. Bien, se encontraban próximos a lograrlo pues ahí olía mucho a paso del suroeste. Esteban Gómez lo único que pretendía era hacerle llegar a Magallanes la idea de que, desde el máximo respeto a la capitanía general, una parte significativa de la oficialidad consideraría que el reto de la expedición se hallaba colmado con un único descubrimiento. La ruta hasta la especiería bien podría quedar para una mejor ocasión.

—Quiero los nombres de los oficiales y marineros que están detrás de usted —añadió Magallanes.

—Le ruego que mantenga la calma, capitán general —repuso, con su voz más pausada, Esteban Gómez. Tras ascender, desde el bote, a la cubierta de la *Trinidad*, Magallanes lo recibió de inmediato en su camarote—. No está usted

ante un nuevo intento de sedición. En absoluto, se lo aseguro. Únicamente, estoy tratando de hacerle llegar el sentir de algunas personas que compartimos una inquietud.

—¿Qué inquietud?

—Que quizás la expedición se agote aquí mismo. Existe desánimo entre las tripulaciones. Llevamos más de un año de travesía y ya hemos perdido una nave y a varios hombres. Dar media vuelta tras hallar el paso del suroeste supondría, en estas circunstancias, culminar la gesta con una rutilante victoria.

Magallanes respiró hondo dos veces antes de replicar.

—La expedición no solo no se ha agotado, sino que apenas ha dado comienzo —expresó.

—Sí, señor. Únicamente quiero trasladarle que…

—Qué.

Ahora fue Gómez quien hizo una pausa.

—Que considere todas las opciones, señor.

—Solo existe una opción, piloto. La de alcanzar la especiería cuanto antes.

—¿No será peligroso seguir hacia el sur?

—¿Por qué iba a serlo?

—Continuamos en invierno. Y fue usted el que nos advirtió de que estos mares no son seguros en esta época del año.

—He cambiado de opinión.

—Pero…, pero ¿algo así es posible?

—¿No ve que sí? ¿No se da cuenta de que todo el terreno que avistamos es prácticamente arena? El continente se extingue.

—Desde luego, no lo pongo en duda, señor. Soy el primero en desear que, esta vez sí, descubramos el paso del suroeste. Tras Colón y Balboa, su nombre resonará en la historia del mundo, señor. Por eso mismo le digo que, en cuanto hallemos el camino hasta el otro mar, debemos dar media vuelta y acudir a informar. Tiempo habrá para organizar otra expedición que se interne más allá.

—Nosotros somos esa expedición. Esta es esa expedición.

—Lo único que le digo es que existen reticencias en las tripulaciones.

—¿Se me está usted sublevando, piloto?

—Jamás, señor. Aquí, hasta el último grumete le es leal. Ahora y por siempre.

—Entonces, regrese a su barco, piloto. Mis órdenes no pueden estar más claras. Vamos a explorar las inmediaciones. Vamos a continuar un poco más

hacia el sur. Y si, como creemos, el verdadero paso se inicia en este lugar, usted y los demás continuarán por él hasta toparnos con la gloria. ¿Me entiende?

—Perfectamente, señor.

—¿Me causará usted perjuicios, piloto?

—Nunca, señor. Tiene mi palabra.

—Las palabras no sirven cuando mandan las acciones.

—Tiene usted ante sí a un hombre que trazará, día y noche, el rumbo hacia el otro mar, señor.

—Adelante, pues. Cuento con su valía, piloto.

—Hágalo. No le defraudaré.

No lo hizo. Bueno, más o menos.

28

El filo de un continente

28 de noviembre de 1520

NO ENCONTRARON más vías de agua que se abrieran en dirección oeste y pronto las naos se reunieron, de nuevo, frente al cabo de las Once Mil Vírgenes. Cuando por fin penetraron en la bahía, era 1 de noviembre y, por ello, la llamaron de Todos los Santos[31]. El tiempo había sido desapacible y, durante bastantes días, sopló con fuerza desde el sur. Magallanes no quería arriesgarse en aquellos terrenos arenosos y poco profundos, y gastó muchas jornadas adelantando botes que exploraran las aguas y tomaran mediciones con la sonda. Por suerte, terminaron por convenir que, mientras no se aproximaran a las costas, las naos dispondrían de agua suficiente para avanzar sin peligros.

Pronto fueron conscientes de que al fondo de la inmensa bahía se abría un canal. Tenía dos tercios de legua de ancho y parecía hondo, así que la *Victoria* de Duarte Barbosa se adelantó un poco con la intención de explorar. Regresaron en cuestión de horas con buenas noticias que, después de acercarse a la *Trinidad*, transmitieron al capitán general: tras la angostura, se goza de fondo suficiente y no hemos descubierto su final.

Magallanes se frotó las manos y pensó que había llegado la hora. Por fin todos sus esfuerzos obtenían recompensa.

En las tripulaciones, mientras tanto, el ambiente era de calma tensa. Sentían, además de un frío enorme del que apenas lograban librarse acercándose al calor de las cocinas sempiternamente prendidas, el recogimiento desolado que aquellas tierras áridas y sin final inspiraban. Si había un buen Dios en alguna parte, y nadie tenía motivos para dudar de que así sucediera, se había olvidado del fin del mundo. Quizás, previendo que nunca lo fuera a visitar nadie, mucho menos a habitarlo, creyó que con cuatro trazos bastos sería suficiente. Mar aquí, tierra ahí y nada más: el resto del paisaje debería imaginárselo uno, si es que

cometía la torpeza de aventurarse por estos derroteros. Se tomaron como un descuido del Señor que las tormentas y los vientos ni siquiera arreciaran con un rumbo fijo, sino que lo hacían hoy desde un punto y mañana desde cualquier otro. El sindiós de los paisajes perdidos.

El piloto Carvallo, a bordo de la *Concepción*, fue de los que experimentaron el apretón del horizonte. Pese a lo que cualquiera podía creer, aquella extensión fabulosa colmaba de desasosiego a los expedicionarios.

—¿Cómo lo ves? —le preguntó Elcano acercándose a él. Ambos observaban desde la cubierta principal, donde Carvallo permanecía siempre para hallarse cerca del pinzote.

—No sabría qué decir —contestó, en un tono que no era habitual en él, Carvallo. La *Concepción* se encontraba a una legua de distancia de la costa norte de la bahía de Todos los Santos, muy cerca de las otras tres naos y, como el resto, sin el ancla largada. Habían reconocido la zona y en dirección a las playas solo existían bancales sumergidos que, para ellos, suponían una trampa mortal —. Pero más nos vale movernos con tiento.

—Los de la *Victoria* afirman que hay paso para continuar —dijo el Sordo aproximándose e interviniendo en la conversación. A bordo y con la nao detenida, apenas había algo que hacer. Las marinerías se pasaban los días prácticamente mano sobre mano, a la espera de que el capitán general tomara una decisión que siempre se retrasaba más de lo que a ellas les habría gustado. Una cosa era la natural prudencia en territorios que no aparecían en ninguna carta de navegación y otra, muy distinta, aquella parsimonia con la que Magallanes se tomaba el avance. Incluso los oficiales más precavidos, como el propio Elcano, juzgaban innecesaria tanta cautela.

—No me gusta —dijo, con la mirada perdida en la lejanía.

—Demasiada arena por todas partes —reflexionó Carvallo. Los pilotos odiaban las costas y sabían que el peligro siempre se encontraba donde nadie puede mirar: bajo el agua. Con el desastre de la *Santiago* todavía muy presente en sus memorias, nadie podría decir que la idea de navegar entre lenguas de tierra arenosa le parecía buena. Además, los vientos, racheados y libres ante la inexistencia de lomas, cerros o montañas, los sacudían por una banda y por otra, una vez, dos, tres veces, hasta que, en ocasiones y aunque fuera durante unos minutos, el gobierno de las naos se perdía. Si en un momento así la quilla topaba con un banco sumergido, ya podían despedirse.

Llegó, entonces, el mandato que nunca habrían esperado. Un chinchorro se

acercó a la *Concepción* y los dos marineros que se encontraban a los remos comunicaron a Elcano que Magallanes ordenaba que fueran la *Concepción* y la *San Antonio* las naves que se adelantaran en tareas de indagación. ¿La *Concepción* y la *San Antonio*? Eso no tenía sentido. O, si lo tenía, contradecía todo lo que habían venido realizando desde hacía más de un año. En ausencia de la *Santiago*, era la *Victoria* la nao encargada de ir por delante y explorar, máxime cuando se trataba de aguas poco profundas. ¿A santo de qué enviar a la *Concepción* y, sobre todo, a la pesada *San Antonio*?

Elcano, Carvallo y los demás de la *Concepción* desconocían la conversación que había tenido lugar entre el capitán general y el piloto Esteban Gómez. Si hubieran sabido de ella, a buen seguro habrían considerado igual de ilógico destacar a la *San Antonio*, aunque concederían que los motivos no se les escapaban: que vayan por delante los que más ganas tienen de darse la vuelta.

Así las cosas, Elcano se encogió de hombros y procedió a dar instrucciones al contramaestre para que pusiera a trabajar a la marinería. En menos de diez minutos, la *Concepción* comenzaba a avanzar muy lentamente en dirección oeste. Se internaban, antes que nadie, en el que podía ser el ansiado paso del suroeste.

—¡Sordo! —llamó Elcano.

—¡A la orden, maestre! —repuso, casi de inmediato, el sevillano.

—A la borda de babor con la sonda. ¡Quiero mediciones continuas!

—¡Sí, señor!

—No te despistes, Sordo. Esto es importante.

El marinero se asomó por la borda y sintió cómo una ráfaga de viento helado le partía la cara.

—Se aproxima una tormenta —dijo.

—Tú a lo tuyo, Sordo.

Elcano dejó a Carvallo en el pinzote y ascendió las escaleras que llevaban a la toldilla. Allí ganaba un poco de altura y, en consecuencia, de perspectiva sobre el horizonte. Aunque el sol no lucía, se puso la mano sobre las cejas para protegerse del viento. Trató de distinguir el canal del que habían hablado los de la *Victoria*, pero, desde aquella distancia, no apreció nada. Tan solo mar en todas direcciones, una mar rizada que no ofrecía dificultades para la navegación aunque a nadie le gustara nada.

—¡Veinte brazas! —gritó el Sordo, con la sonda en la mano.

—Gracias, Sordo —expresó Elcano. Y añadió volviéndose en otra dirección

—: Contramaestre, no tenemos prisa.

—A la orden, maestre.

Elcano se giró para observar el avance de la *San Antonio*. La tenían a popa y los seguía con gran parsimonia. Sabía, porque las cuestiones relacionadas con las oficialidades siempre se extendían rápido entre los que las integraban, que Esteban Gómez había sido trasladado desde la *Trinidad* a la *San Antonio*. Nadie se lo tomó como un ascenso, porque no lo era, aunque sí como una muestra de confianza por parte de Magallanes. Una especie de reconocimiento implícito y un agravio para el capitán Mesquita, sutil pero evidente. El capitán general no se fiaba, a estas alturas de la expedición, ni de su propio primo.

Hasta el atardecer, no hubo contacto alguno entre las dos naos, las cuales se limitaron a navegar en dirección al canal que la *Victoria* situaba al oeste de su posición. La tormenta no acababa de romper y pronto Elcano creyó que sería más seguro pasar la noche allí con el ancla largada y varios hombres realizando guardias continuas.

Por si acaso, un rato antes del crepúsculo decidió echar un bote al agua y remar en dirección a la *San Antonio* con la intención de buscar el parecer del capitán Mesquita.

—¿Cuál es nuestra opción? —preguntó al capitán Serrano mientras dos marineros resbalaban cabos abajo para hacerse cargo de los remos del bote.

—Pasar la noche aquí mismo y reanudar el viaje por la mañana —indicó el capitán reasentado—. ¿Está de acuerdo?

—Completamente.

Elcano siguió el camino de sus hombres y se deslizó por un cabo colgante hasta alcanzar el bote. En quince minutos y con el sol a punto de esconderse, se encontraban junto al lado de babor de la *San Antonio*. En la conversación se hallaba presente el capitán Mesquita, aunque sus palabras no tuvieron peso y los presentes las ignoraron. Si hubiera sido un tipo más listo, se habría dado cuenta de que le daban de lado sin contemplaciones. Como no lo era, creyó que lo normal pasaba por el intercambio de pareceres entre la oficialidad más marinera.

—Dice el capitán Serrano que, a su juicio, es mejor que larguemos anclas en este lugar —expresó, desde el bote, Elcano. Se había puesto en pie para dialogar con la cubierta de la nao.

—Comuníquele al capitán Serrano que aprecio mucho su cortesía —repuso Mesquita con una sonrisa un tanto bobalicona plantada en mitad del rostro.

—Estamos de acuerdo —añadió Esteban Gómez yendo al grano de lo que se

le pedía.

—Es todo, piloto —replicó Elcano procediendo a sentarse en la popa del bote para que los hombres a los remos reanudaran su tarea—. Buenas noches.

—Maestre —interrumpió la marcha Gómez.

Elcano alzó la mirada hacia la cubierta.

—¿Las cosas van bien en la *Concepción*? —preguntó, tras aguantarle un instante la mirada, Gómez. Habría, al menos, una veintena de pares de ojos observando a Elcano en silencio. Quizás quince hombres en cubierta y cinco más encaramados en el aparejo. Uno en la verga del trinquete, a quien Gómez había pedido que subiera allí para ayudarle con el rumbo. Se trataba de una orden extraña proviniendo de un piloto. Muy extraña.

—Perfectamente, piloto —respondió Elcano con el tono neutro tan propio en él. Podría comunicarles que tenían una vía de agua irreparable en la bodega y lo haría sin emplear otro distinto. Al de Guetaria no le gustaba que sus emociones traslucieran. Menos aún, ante personas que no había elegido él y que no le acababan de gustar.

—Bien, maestre —repuso Gómez. Las miradas de la oficialidad y la marinería de la *San Antonio* continuaban fijas en él—. Buen viaje de regreso.

Elcano no añadió nada y se mantuvo en silencio y con el semblante circunspecto durante el trayecto de vuelta a la *Concepción*.

Por la noche, rompió la tormenta y la parte de la tripulación que no se hallaba de guardia y que se había echado a dormir sobre la cubierta se arrebujó bajo las mantas en búsqueda de algo de protección. Como siempre que los temporales los sorprendían con las bodegas a rebosar, estos se capeaban, como buenamente se podía, en la misma cubierta. Los hombres se apretaban contra las bordas y se cubrían la cabeza con lo que tenían a mano. En ocasiones como la presente, en la que el frío era intenso y cabía la posibilidad de que el agua de lluvia se congelara sobre los cuerpos de los expedicionarios, se extendía un gran trozo de lienzo sobre la cubierta y cada hombre tenía derecho a permanecer bajo él mientras no estuviera de guardia. No les protegía completamente contra el aguacero, pero convertía la situación en mucho más llevadera. Al menos, bajo él los marineros dejaban de tiritar y hasta podían conciliar el sueño.

A la mañana siguiente, arreció. La lluvia caía en mitad de grandes vientos que azotaban, desde todas partes pero principalmente desde el sur, a las naos. La *Concepción* crujió varias veces cuando el cabo que sujetaba el ancla comenzó a tensarse hasta más allá de lo razonable. A los marineros, aquella situación no les

gustaba nada. A la oficialidad, menos todavía. Si estuvieran en mar abierto, habrían ordenado que se pusiera proa hacia aguas más profundas. Es más fácil sortear la ira de un temporal si no tienes un ojo en la costa en la que puedes varar y ambos oídos en los lamentos de las maderas que te mantienen a flote.

—¡Hay que hacer algo! —exclamó Carvallo acercándose a Elcano. Vestía un rudimentario capote fabricado de tela gruesa untada en pez.

Elcano se giró para observar a la *San Antonio*. Juanillo Carvallo, el hijo medio indio del piloto de la *Concepción*, miró a Elcano. Tras casi un año a bordo, había aprendido prácticamente todos los rudimentos del oficio de marinero y la tripulación lo aceptaba como uno más. No le regalaban nada, eso sí: Juanillo, que ya contaba nueve años, tras dejar su hogar de Guanabara y comprender que esta nueva vida en la mar le gustaba mucho más que la precedente, se dejó la piel día tras día en las tareas más ingratas. Si alguien se sentía indispuesto y vomitaba en un rincón, Juanillo lo limpiaba; si el hombre que debía hacer turno en la bomba que sacaba el agua de la sentina enfermaba, Juanillo le sustituía; si hacía falta un voluntario para echar una mano al barbero mientras curaba la herida de un marinero, Juanillo daba un paso al frente. El piloto Carvallo contemplaba estas situaciones sin ocultar una sincera satisfacción. Su deseo había sido que el chaval se le curtiera desde abajo y desde abajo se le estaba curtiendo. Como debía ser.

Juanillo, por su parte, vivía con embobamiento todo lo relacionado con la expedición. Tardó, por cierto, varios meses en comprender de qué iba el viaje. Al principio, pensaba que estos tíos de piel macilenta navegaban en enormes embarcaciones de madera por el simple hecho de navegar. No se le ocurrió pensar que venían de algún lugar y que se dirigían a otro. ¿Quién lo habría dicho? Por ello, le causó gran sorpresa oír hablar de la especiería y de la necesidad imperiosa, a juicio de los marineros a los que escuchaba, de hallarla cuanto antes para no fenecer en el intento. Hasta entonces, Juanillo desconocía que, tras el día a día cotidiano, subyaciera un plan. ¡La especiería! Tuvo, en su rudimentario castellano, que preguntarle a su padre. Carvallo le explicó que en cuestión de unos meses llegarían a un lugar maravilloso en el que intercambiarían el contenido de las bodegas de las naos por preciadísimas especias que llevarían de vuelta a España. Juanillo asintió, aunque necesitó que le aclararan qué es una especia y para qué sirve y, sobre todo, dónde está España y cuál es el olor de sus gentes. Carvallo, que tenía mucha paciencia con su hijo, le aclaró que las especias son algo casi mejor que el oro y que los españoles

huelen a tierra seca, a mala baba y a cosas en las que era mejor no entrar. También le habló de Portugal, en torno a lo que aseguró que se parecía mucho a España aunque en lugar de hablar, canturreaban.

—Avanzaremos algo más para ver si encontramos el canal —razonó Elcano. Tanto él como Carvallo hablaban casi a gritos pues no existía otro modo de hacerse escuchar en mitad de la tormenta.

—¡Es peligroso! —repuso Carvallo.

—¡No más que quedarnos quietos!

Elcano tenía razón y Carvallo lo sabía. Izaron, pues, el ancla y aguardaron hasta que la *San Antonio* los imitó. El viento soplaba por babor y eso les obligaba a realizar complejas maniobras con el aparejo. Sin embargo, poco a poco fueron avanzando, siempre en dirección oeste, hacia donde la *Victoria* descubriera el canal.

A mediodía, el temporal amainó un poco y Elcano mandó al Sordo a la cofa para que escudriñara el horizonte.

—Hace un frío endemoniado —protestó el sevillano con los brazos recogidos en el interior de su capote recubierto de pez. Llevaba más de doce horas lloviendo y a los hombres aquello había dejado de hacerles gracia. Las tormentas tienen que caer porque así hizo Dios al mundo. Eso, lo aceptaban. Pero también el hecho de que hasta la adversidad debe tener un límite para que resulte tolerable. Apriétanos, Señor, pero no nos ahogues.

—Deja de quejarte, que tampoco es para tanto —repuso Elcano, quien sabía que aún restaba margen para que los ahogara. Lo que desconocía, desde luego, era que el margen fuera a ser tan ancho y profundo como al final resultó. El sufrimiento no había hecho más que comenzar.

—Lo que mande, maestre —dijo, resignándose, el Sordo. Acto seguido, comenzó a trepar por el mástil.

Por primera vez en lo que llevaban de expedición, notaron la punzada de la gran soledad. El capitán Serrano, que estuvo muy solo y muy alejado de todo cuando la *Santiago* embarrancó, sabía de qué se trataba: de un sentimiento increíblemente cercano a la piel que contesta cuando le hablas, que chista cuando no lo haces, que comprende que está tan vivo y presente como crees estarlo tú. La soledad, por primera vez, dolió más que el frío, más que el miedo a morir.

—Papá —dijo Juanillo Carvallo.

—Qué —replicó el piloto mientras veía cómo el chaval se aproximaba

mientras él aferraba con fuerza el pinzote.

—¿Ves algo, Sordo? —preguntó, a gritos, Elcano.

—Debería estar frente a nosotros —reflexionó, junto a Elcano, Serrano.

—¿Esto es España, papá? —dijo Juanillo.

—No lo sé —respondió Carvallo.

—No se despiste, piloto —advirtió Serrano.

—¿Esto es España, capitán?

—Por supuesto, piloto.

—Sí lo es, Juanillo. Lo asegura el capitán.

—¡Sordo!

—¡Diga, señor!

—¿Ves el canal?

—Creo que no… ¡Espere!

—¿El canal es España, papá?

—Ya has oído al capitán. Por supuesto que lo es. Hasta donde se ve en el horizonte, es España.

—¿Y más allá?

—Más allá también. A España la llevamos con nosotros en la proa de la nao, Juanillo.

—¡Maestre!

—¡Sordo!

—¡Lo veo!

—¡Descríbelo!

—Es ancho de cojones, maestre. Podemos avanzar por él sin dificultades.

—¡Haz una señal a los de la *San Antonio*! ¡Que nos sigan!

El Sordo se giró hacia popa y agitó los brazos en el aire. La *San Antonio* navegaba muy pegada a la *Concepción*, tanto que no se distinguía dónde acababa la una y dónde comenzaba la otra. Una cortina de lluvia, empero, se clavaba entre ambas y amenazaba con separarlas.

* * *

El calafate Goitisolo, tumbado en la bodega de la gran *San Antonio*, escuchó un chasquido que le asustó. Más de doce horas atrás, tras desatarse la tormenta, había descendido a las tripas de la nao y ya no salió más al exterior. Arriba, en

cubierta, el mando efectivo del barco lo había asumido el piloto Gómez, algo que a Goitisolo, como a tantos y tantos tripulantes, agradó. Por fin se hacía cargo del gobierno alguien con sólidos conocimientos de navegación. A nadie le parecía correcto hablar mal de los muertos, pero ni Cartagena ni Elorriaga resultaron oficiales competentes. Sí, conocían el modo de mandar, vaya que si lo conocían… Cartagena, sin ir más lejos, no había hecho otra cosa en su vida. Mandaba con soltura y determinación. Que era lo que cualquier tripulación necesita, dicho sea, incluso, por los propios marineros. A mí indíqueme qué he de hacer y lo haré sin rechistar, afirmaban los que ya estaban de vuelta de todo. Pero que las órdenes tengan sentido, resulten sensatas, apunten en alguna dirección. Cartagena nunca supo ni cómo leer una carta. De trazar un rumbo, ni hablemos. Y ahora tenían a Gómez, un marino de los pies a la cabeza. Desde luego, con el cambio ganaban todos, por mucho que tuvieran que aguantar al pánfilo de Mesquita.

Los chasquidos a bordo de una nao no necesariamente significaban algo malo y los calafates lo sabían. No hay madero que no esté vivo, que no chasquee y cruja cuando se lo somete a fuertes tensiones. Con todo, conocer que esto es así no evitaba que los calafates se desquiciaran cuando, como ahora, en mitad de una tormenta, las traviesas y tablones que conformaban la nave estallaban en latigazos largos y agudos.

Goitisolo, que desde que partieran de Sevilla había perdido bastante peso, consiguió colarse entre dos filas de toneles mal alineados y accedió al lugar donde la roda se levantaba desde la quilla hacia la proa de la nao. Estaba construida con dos piezas de roble ensambladas entre sí. Tenía un ligerísimo desviamiento hacia estribor, algo sin importancia que el piloto, o quien se hallara en su lugar asiendo el pinzote, compensaría a la hora de dirigir la nao. Goitisolo apoyó la espalda en la roda, descansó la mirada en la calma amniótica de la bodega y escuchó.

Lo hizo, lo hizo como solo un calafate sabe escuchar. Se les afinaba increíblemente el oído, de tanto ir tras el sonido del agua atravesando la grieta. Sin embargo, allá, con la espalda en la roda, Goitisolo sintió que la *San Antonio* se había vuelto elástica y dúctil, como si toda ella estuviera construida de brea caliente y esponjosa. De pronto, un fenomenal estallido lo sobresaltó. Trató de averiguar de dónde procedía y se mantuvo a la espera con los labios ligeramente entreabiertos. ¡Blasp!, golpeó el aire de la bodega un nuevo chasquido. Goitisolo

murmuró algo y notó cómo una serie de crujidos muy bajos se desparramaban, en dirección a él, a través de las tablas del casco.

Fue entonces cuando creyó ver los sonidos. Supuso una sorpresa también para él, pues el ruido lo penetra a uno a través de las orejas, no de los ojos. Pero ¿cómo dar la espalda a lo que tenían enfrente? En primer lugar, llegaron dos crujidos lentos del tablamen. El calafate conocía su origen: cuando la nave avanzaba con viento de lado, las tablas del contrario eran presionadas con inmensa fuerza contra la gran masa de agua marina. Las tablas, mal que bien, resistían, pero comenzaban a doblarse hacia el interior de la bodega quejándose quejumbrosamente al hacerlo.

Ahora, los lamentos cobraban forma ante los ojos expectantes de Goitisolo. Por suerte para él, parecían más juguetones que temibles, como si se tratara de animales pequeñitos que recorren la parte del mundo ajena a las miradas en búsqueda de algo con lo que alimentarse.

—Nunca imaginé que fuerais así —susurró Goitisolo.

—¿Cómo? —preguntó uno de los quejidos del tablamen.

—Tranquilos y llenos de pelo —contestó el calafate.

Permaneció en la bodega durante un rato más. Fuera, se las estaban viendo con una tormenta que arreciaba por momentos. ¿Quién querría permanecer en ella?

* * *

El Sordo continuaba en la cofa de la *Concepción*. Tras avistar la embocadura del canal, intentó que Elcano le permitiera bajar, pero no tuvo suerte. El maestre lo quería arriba para que los guiara en la maniobra. La lluvia golpeándolos desde cualquier dirección hacía que perdieran visibilidad. Si pretendían atravesar el canal, y lo pretendían con todas sus fuerzas pues comprendían que en aquel paraje exacto se comprimía un largo año de deriva, debían hacerlo con un vigía guiándoles en la cofa.

—Es extenso —expresó el piloto Carvallo.

—Dos tercios de legua de costa a costa —afirmó Elcano pasándose la mano por las cejas. Los de la *Concepción*, pese a las precauciones tomadas, se encontraban completamente empapados. Ahora tocaba mantenerse en

movimiento para evitar que el agua se les congelara encima—. Embocaremos sin dificultades.

—No te fíes —corrigió Carvallo—. Puede que no tengamos fondo.

—Lo buscaremos.

A medida que la *Concepción* se acercaba al canal, fueron apreciando con mayor claridad que este se extendía tierra adentro. No cantaron victoria, pues no sería la primera vez que un canal al que daban por definitivo los llevaba un buen rato hacia el oeste para después extinguirse sin más.

—¡Se amplía hacia el interior! —gritó el Sordo desde la cofa.

—¿Ves el final? —preguntó Elcano.

—¡La lluvia me lo impide! —contestó el marinero.

—¿Qué hacemos? —preguntó Elcano dirigiéndose a Carvallo.

—Embocar muy despacio y echar la sonda para ver cómo vamos.

—De acuerdo. Mantente firme.

Carvallo asintió mientras asía el pinzote con ambas manos. Elcano, sacudido por el viento y la lluvia, se dirigió hacia la borda de babor y tomó la sonda. Realizaría él mismo el trabajo para asegurarse de que nada fallaba.

—¡Contramaestre! —gritó.

—¡A la orden, maestre!

—Vamos a embocar. Atentos todos a la maniobra. Gobierna el piloto.

—Oído.

—¡Sordo! —levantó, entonces, la mirada hacia la cofa Carvallo—. Te escucho, ¿entendido?

—Perfectamente, señor.

Se trataba de avanzar muy despacio por el canal mientras Elcano en la sonda y el Sordo en tareas de vigía marcaban la ruta al piloto. La *Concepción* navegaba con la bodega llena casi por completo y Carvallo debía adelantar con suficiente tiempo cualquier maniobra para no encallar irremisiblemente.

—Adelante… —susurró, para sí, Carvallo. La *Concepción* había alcanzado la abertura del canal y comenzaba a adentrarse en ella.

—¡Diez brazas! —gritó Elcano—. ¡A estribor, piloto!

—¿Qué hay a estribor, Sordo? —aulló, de inmediato, Carvallo.

—La orilla muy a lo lejos —contestó este—. ¡No veo nada más!

—¿Son aguas más profundas?

—¡No lo sé! ¡No puedo distinguir su color! Solo hay lluvia en todas las malditas direcciones.

—De acuerdo, a estribor.

Carvallo tiró del pinzote y la *Concepción* cabeceó muy violentamente. Una violenta ráfaga de viento barrió la cubierta y los hombres tuvieron que agarrarse a lo que había a mano para no ser arrastrados. Elcano, inclinado sobre la borda y con parte del cuerpo fuera, sintió cómo un abanico de agua casi sólida le azotaba el rostro.

—¡Doce brazas! —exclamó—. ¡Ganamos profundidad!

—Bien… —dijo, en voz baja, Carvallo.

Durante media hora, navegaron casi en silencio. El Sordo entornaba mucho los ojos con la intención de distinguir algo, pero la tormenta no dio tregua. Por suerte para todos, las lecturas de Elcano parecían positivas: de doce brazas pasaron a quince y, de ahí, a dieciocho. Después, la profundidad se mantuvo constante a lo largo de legua y pico. Poco a poco, pareció que el temporal amainaba y que dejaba de llover. Comenzaron a distinguir las costas del canal cada vez con mayor nitidez.

—Sordo —requirió Carvallo.

—Sigo con los ojos en el agua, piloto —respondió el aludido.

—Pues cántame algo.

—Hemos cubierto algo más de una legua. Puede que legua y media.

—¿Vamos bien?

—Diría que sí.

—¡Quince brazas! —gritó Elcano.

—¡Es poco, piloto! —expresó el Sordo desde la cofa. Se desgañitaba por ver lo que necesitaban, como si distinguir lo que a uno le viniese bien dependiese más del interés que se pusiera en ello que del entorno. Creían que a la realidad se la podía, de algún modo, doblegar—. ¡Necesitamos más profundidad!

El capitán Serrano se acercó, entonces, a Carvallo. Había estado estudiando la situación desde la toldilla y ahora buscaba confirmación en su piloto.

—Creo que el canal puede tener unas cuatro o cinco leguas de profundidad —dijo—. Y da la sensación, por cómo se comportan las corrientes, de que tiene salida por el otro lado.

—Las corrientes se comportan distinto en mitad de un temporal.

—No necesariamente, piloto. El viento levanta olas, pero dudo mucho que afecten a las corrientes. Tengo la sensación de que el oleaje es superficial.

—¿Está seguro?

—No, claro que no. Pero la *Concepción* no ha sido arrastrada en ningún

momento. Nos lleva por la ruta trazada.

—Me gustaría tener algo más de fondo. Quince brazas son pocas, sobre todo para la *San Antonio*.

—Busquemos aguas más hondas. Hasta las veinte.

—A la orden, capitán. ¡Elcano! ¡Busca las veinte brazas!

—¡Entendido!

* * *

En la cubierta principal de la *San Antonio*, el piloto Esteban Gómez notó que la lluvia menguaba de intensidad y que ya era posible observar, sin dificultades, la popa de la *Concepción*. Durante más de una hora, había sentido que la perdía de vista. No obstante, no hizo nada por apresurarse y prefirió mantener el ritmo. Si un golpe de viento los lanzaba contra las costas, podrían verse en un buen aprieto: una vez en el oleaje de las zonas poco profundas, la *San Antonio* se volvía más y más torpe hasta casi tornarse inmanejable.

¿Había sido un error enviar a la *San Antonio* por delante? ¿O se trataba de una elección consciente? ¿Acaso a Magallanes no le importaba si embarrancaban en un banco de arena sumergido? En estos asuntos, y en otros parecidos, iba pensando el piloto Gómez mientras sostenía con fuerza el pinzote. Tenía los dedos entumecidos por el frío y notaba cómo, a pesar de cubrirse con un capote embreado, las ropas empapadas se le pegaban al cuerpo. Llevaba demasiadas horas sin dormir y, aunque un marinero andaluz apellidado Roldán le preguntó si quería que le diera un relevo para descansar o tomar un bocado y beber un vaso de vino, prefirió continuar en su puesto. Por lo menos, en el pinzote, la desazón que le embargaba desde que conversara con Magallanes, si bien no desaparecía, al menos se apaciguaba. El capitán general los había enviado a explorar con intenciones no demasiado claras, sin duda. Si la quilla tocaba la arena, ¿lo lamentaría?

El capitán Mesquita, tras haber desaparecido en su camarote en cuanto comenzó a llover con energía, volvió a aparecer en cubierta. Portaba un capote inmaculado y, lo comprobaron los hombres no sin aversión, seco. Al primo del capitán general no le agradaba mojarse, parecía.

—¿Ya estamos llegando? —preguntó tras acercarse a Esteban Gómez.

—¿Adónde, capitán? —le devolvió la pregunta el piloto.

—Al otro mar, claro —contestó Mesquita como si la pregunta estuviera de más. Navegaban, a través del paso del suroeste, desde el océano Atlántico hacia el mar del Sur. Al menos, a Mesquita no le cabía la menor duda.

—Ya veremos —expresó Gómez.

—Pero, pero… Seguimos avanzando en dirección oeste, ¿no?

—Sí, y de hecho parece que, a pesar de que el temporal nos ha hecho ir muy despacio para evitar los bajíos, nos aproximamos a un lugar cierto.

—Bueno, así lo ha señalado el capitán general. Y si él lo dice, nosotros no tenemos por qué vacilar.

—No es que vacile, capitán… Sencillamente, no sabemos qué hay más allá. Esta tierra no aparece en las cartas de navegación.

—Yo diría que sí vacila, piloto.

—Le ruego que me disculpe, en ese caso.

—¿No tiene usted fe?

—Toda la que un marino sujeto a un pinzote puede albergar. Creo más en mis hombres que en las certezas sin demostrar.

Álvaro de Mesquita frunció los labios en un gesto que dejó a la vista sus pensamientos. Vaya, vaya, piloto Gómez; de manera que esta es la forma en la que usted le agradece al capitán general las buenas decisiones que este ha tomado en relación con usted. ¿Sabe por qué él no se fía? Porque no parece muy de fiar cuando anda, como ahora, formulando cuestiones incómodas y, si se quiere, hasta conspiratorias.

Al menos, Mesquita no se trataba de un tipo que guardara rencor. Introdujo sus manos debajo del capote y se rascó la barriga.

—Joder, qué frío hace —dijo—. Qué ganas tengo de llegar al otro lado y remontar hacia el norte. ¿Usted no, piloto?

—Desde luego que sí, capitán.

Pero no, Gómez no tenía interés alguno en navegar rumbo a la especiería, por mucho que esto significara que arribaran a aguas más cálidas. Lo que apremiaba al piloto eran unas intensas ganas de regresar a casa. Cuanto antes.

* * *

La *Concepción* había logrado hallar profundidad de veinticinco brazas y por ella avanzaba confiada. Se trataba de una especie de canal dentro del canal. No lo

descubrían por primera vez. En todas las bahías se forman corrientes y las corrientes siempre desplazan los fondos arenosos. De esta forma, lo normal pasaba por toparse con zonas de amplio calado y otras más superficiales. El truco consistía en avanzar por las primeras huyendo de las segundas. Sobre el papel, algo sencillo. Para quien gobernaba el pinzote, harto complicado pues debía adivinar la dirección de esas vías submarinas. Si erraba una vez, puede que no tuviera tiempo de intentarlo de nuevo.

Elcano se volvió hacia popa para observar a la *San Antonio*. Se había situado tras la *Concepción* y seguía su estela para así asegurarse de que no tocaban fondo. El piloto Gómez era un marino listo y concienzudo que no embarrancaría su barco. Con todo, Elcano se dijo que se alegraba de estar en la *Concepción* y no en la pesada y torpe *San Antonio*.

Poco a poco, en mitad de una calma que a muchos les parecía más que tensa, las dos naos fueron internándose en el canal. Aprovechando que la lluvia había casi cesado, el capitán Serrano comenzó a trazar una carta destinada a futuras navegaciones. Para ello, había extendido un pliego de papel sobre la mesa del camarote y salía, de continuo, para distinguir el relieve y los pliegues del paisaje. Después, regresaba al camarote y anotaba, y dibujaba, y corregía lo anotado y lo dibujado. Trazar cartas mientras el barco permanecía en marcha no solía ser lo adecuado. Los capitanes y los pilotos, que siempre se fiaban más de la memoria que de sus ojos y su pulso, preferían aguardar al final de una jornada antes de dibujar lo atravesado. Sin embargo, Serrano era consciente de la excepcionalidad del instante y de que nadie había visto antes lo que ellos veían ahora. Por lo tanto, creyó su deber anotar de antemano no fuera a ser que el futuro los enfilara sin contemplaciones. Una carta torpemente dibujada se puede corregir. Una jamás escrita no existe, simplemente. Francisco de Hoces, cinco años después, agradecería que Serrano se hubiera tomado tanta molestia, pues gracias a su carta intentó seguir los pasos de la *Concepción* e internarse en el estrecho. Otro temporal, comunes en esa tierra, lo impediría empujándolo algo más al sur. Descubriría, así, el paso final tras el final del continente. Sería llamado el mar de Hoces, aunque un corsario inglés, Francis Drake, que como buen inglés llegó medio siglo tarde a todas partes, le robó el honor y la denominación. Pero esa es otra historia.

—¡Veo lo último! —anunció el Sordo desde la cofa.

—¡Descríbelo! —pidió Elcano.

—Parece el mar abierto.

Tampoco convenía cantar victoria tan deprisa. Elcano, fiel a su carácter, no lo hizo. Las alegrías siempre han de llegar en último lugar y si no queda más remedio.

—Veintisiete brazas —dijo.

El piloto Carvallo, en el pinzote, sonrió. Que ganaran profundidad constituía una buena señal que confirmaba lo expresado por el Sordo. Si el brazo de agua se extinguiera frente a ellos, la profundidad iría, poco a poco, descendiendo. Y no lo hacía, sino que aumentaba. De momento, las cosas salían bien.

La tarde declinaba y, durante más de media hora, el sol salió frente a ellos y los inundó de una luz extraña y salvaje. Se sentían solos y hasta extraviados, tanto que necesitaban realizar grandes esfuerzos para recordarse a este lado de la consciencia. Aunque suene insólito, a ratos creyeron ser un barco fantasma que se ha perdido sin que su tripulación lo sepa. ¿Estaban muertos y todavía nadie se lo había explicado? Estaban ferozmente solos, que viene a ser lo mismo, aunque no lo es.

—Veintiocho brazas —leyó la sonda Elcano. Su tono de voz había descendido y casi hablaba para sí.

Enrolló la sonda, la dejó sobre la cubierta y se encaminó al castillo de proa de la *Concepción*. Quería observar cómo eran las tierras que les aguardaban. Miró a babor y a estribor y distinguió grandes extensiones de paisaje desolado. Sin pueblos, sin puertos, sin habitantes. Ni siquiera pudo advertir una simple embarcación pesquera. Allí no vivía nadie y no era para menos: el lugar, triste hasta el desgarro, invitaba a recogerse en la pequeñez propia. Eso sintieron: que tanta inmensidad carecía de escala humana y que dos naos diminutas atravesándola no podían considerarse sino un desafío a lo establecido.

—¡Se termina el canal! —gritó el Sordo.

Elcano distinguió, frente a él, el punto donde la tierra se abría hacia lo que parecía mar o, cuanto menos, un ensanchamiento descomunal[32].

Juanillo Carvallo se acercó hasta donde se encontraba el maestre y se detuvo a su lado. Los chavales no tenían permiso para subir al castillo de proa, pero Juanillo sabía que Elcano era amigo de su padre y que, en consecuencia, no sería reprendido por ello.

—Se acaba el mundo —expresó—. Dice mi padre.

Elcano hizo como que no lo veía y continúo escrutando el horizonte. Allá, al fondo, sobre el sol de poniente, parecía extenderse más y más tierra.

—Se acaba el mundo —repitió Juanillo.

—No, no se acaba —terminó por responder Elcano. Los Carvallo siempre insistían hasta que conseguían lo que pretendían. Al de Guetaria le exasperaba tal comportamiento. Él también pertenecía al tipo de hombre que inquiere hasta extraerle la respuesta a lo circundante, pero con calma: sin preguntas inoportunas.

—Ahí delante, dice mi padre.

—¡Echa al crío si te molesta! —gritó, desde el pinzote, Carvallo. Elcano se volvió para mirarlo y sonreía.

—¿Le has dicho que el mundo acaba aquí? —preguntó Elcano.

—¿Y no se acaba?

—Parece que no. Hay mar para seguir.

—Hacia lo desconocido. Luego el mundo, tal y como lo conocemos, se termina en este lugar.

El capitán Serrano, que continuaba absorto en el dibujo de la carta del paraje, escuchó la conversación y se inmiscuyó en ella.

—No estamos en un lugar desconocido —expuso—. Tenemos una carta.

—¿La que está usted dibujando ahora mismo? —le preguntó Carvallo.

—¿No le sirve, piloto?

—Me iría mejor la de alguien que hubiera estado aquí antes. Aunque me temo que esa no existe, ¿verdad?

—Una carta es una carta. Y su existencia resulta la demostración de que el mundo no se ha acabado. ¡Juanillo! ¡No hagas caso al idiota de tu padre! ¡El mundo sigue!

Elcano miró al muchacho y alzó las cejas antes de volver a contemplar la puesta de sol. Comenzaba a atardecer en el extremo sur del universo.

—¿Se trata del otro mar? —preguntó, desde abajo, el piloto.

—¿Qué ves, Sordo? —gritó Elcano.

—¡Agua en todas direcciones! —respondió el marinero desde la cofa—. Pero parece que hay tierra a los lados y a unas cinco o seis leguas de distancia.

—Baja ya, Sordo.

—¡Gracias, maestre!

El Sordo dio un salto, superó el balaustrillo de la cofa y se deslizó por los obenques hasta alcanzar la cubierta. Sin dirigir la palabra a nadie, buscó al despensero y solicitó su ración de vino. Llevaba horas sin probar un trago y se sentía desfallecido.

—Creo que ha llegado el momento de dar media vuelta y regresar a informar —opinó Elcano dirigiéndose al capitán.

—De acuerdo —aceptó Serrano—, pero no antes de mañana al amanecer.

—¡Contramaestre! ¡Arríe velas!

* * *

Goitisolo, en la bodega de la *San Antonio*, notó que la nao se detenía y escuchó cómo el piloto Gómez ordenaba que se largara el ancla. De hecho, no escuchó el grito, sino que lo vio aproximándose hacia él por el interior del casco del barco. Tenía el aspecto y el tamaño de un conejo, pero en lugar de cuatro patas, el bicho se movía sobre seis, y su color, negro intenso, le parecía un tanto antinatural. No le preocupó, de cualquier manera, pues ya había descubierto un buen número de sonidos transmutados en bichos y ninguno de ellos se mostró agresivo. Alguno se acercó sin vergüenza y hasta le lamió la barba, pero daño, lo que se dice daño, no le hizo.

Con todo, experimentaba una profunda angustia en el fondo de su pecho. Pensó que se debería al calor que hacía allá abajo. Resuelto a acabar con el problema, se separó de la roda y comenzó a reptar entre los barriles. Unos cuantos chasquidos del maderamen se precipitaron hacia él en forma de minúsculos roedores peludos que chistaban alegremente mientras los ojos se les encendían en la oscuridad como si de breves luciérnagas se tratase.

—Tranquilos, tranquilos, amigos —balbuceó mientras el sudor le resbalaba a chorros por el rostro y el cuello.

Quizás porque habían cerrado la escotilla de carga para evitar que el agua de la lluvia penetrase en la bodega, el ambiente estaba muy cargado. Goitisolo decidió solucionarlo deshaciéndose de su ropa. Primero se quitó la camisa, después los pantalones y, por fin, todo lo demás. Llevaba puestos unos calcetines que no se había mudado desde Guanabara y decidió que tampoco las actuales visiones suponían motivo suficiente para hacerlo. Que estuviera a punto de enloquecer no quitaba para que uno no deseara tener los pies protegidos.

Desnudo, o casi, se situó junto a la escotilla de carga y vio cómo un hombre pasaba junto a ella y sus pisadas resonaban en la cubierta. Los vio como algo similar a lagartos del tamaño de un brazo, parecidos a los que había en las islas Canarias, tontos aunque imponentes. Goitisolo los miró y dejó que lo rodearan.

—Chiquitos… —farfulló—. ¿Adónde vais?

Se marchaban al lugar por donde desaparecía el tipo que, en la cubierta, los había engendrado.

—¡Pernoctamos aquí! —gritó alguien, puede que el capitán Mesquita.

Una serpiente de aspecto temible siseó cerca de Goitisolo y de sus siseos nacieron un puñado de serpientitas a cada cual más juguetona. Cuando el calafate separó las piernas para dejarlas pasar, estas le devolvieron la mirada y volvieron a sisear. Una nueva camada de bichillos nerviosos brotó de la nada y siguió la senda marcada por sus madres y su gran y orgullosa abuela.

—¡Arriad la mayor! —ordenó, arriba, el contramaestre. Tenía la voz grave y profunda.

Goitisolo se volvió de espaldas al escuchar un denso gorgoteo. En un rincón de la bodega, junto a los barriles llenos de vino, un felino con cuerpo de león y cabeza de lobo enfiló al de Baquio y aulló con suavidad propia de encajes celestiales. Bueno, otra bestia amigable, se dijo el calafate antes de extender una mano hacia el frente para acariciarle el hocico. Se daba cuenta de que se lo estaba imaginando, de que allá, en la tripa de la *San Antonio* y muy al sur de cualquier lugar donde podrían haber cohabitado una loba y un león macho, no existían los vástagos fantasmales del averno. Y, al tiempo, creía firmemente en ellos pues la presencia de ese y de los demás animales le otorgaba un sentido a un viaje de más de un año en el que se veía atrapado. Nos encargaron que descubriéramos algo maravilloso. Aquí lo tenían, frente a él, expulsando vaharadas de aire caliente y húmedo por las fauces entreabiertas.

—Minino, minino —le dijo Goitisolo, todavía con la mano extendida hacia el frente.

El gran animal imaginario se le acercó a paso tranquilo y, tras olisquear sus dedos sucios, levantó la cabeza y fijó su par de magníficos ojos en él.

—¿Te gustaría volver conmigo a Vizcaya? ¿Sí? Llueve mucho, aunque tenemos bosques espesos en los que podrías refugiarte. Vivirás muy bien allí, verás cómo sí. Puedes cazar lo que quieras, siempre y cuando no ataques a las vacas ni al ganado. No queremos perjudicar a nadie, ¿entiendes?

Pequeñas gotas de agua proveniente de la cubierta se filtraban a través de las tablas y caían sobre el cuerpo desnudo de Goitisolo.

—Debería reparar esas grietas. No son gran cosa, pero, si las dejas tranquilas, tienden a agrandarse…

De pronto, el golpeteo de las gotas de lluvia se convirtió en insectos

redondos y negros del tamaño del botón de una chaqueta de abrigo. Cada gota, cada estallido sobre el suelo de la bodega, se transformó en una cucaracha empapada en aguardiente destilado. Un manjar, pensó Goitisolo, quien creyó que no había nada de malo en darse un banquete antes de subir a cubierta. ¿Y si aquella noche no quedaba nada para cenar? En la bahía de San Julián habían llenado las bodegas de toda clase de manjares, pero el capitán general vivía para el racionamiento. Por si acaso, decía como si no tuviera más palabras en su vocabulario.

Por si acaso. Si algo tiene de bueno enloquecer, es que los demás permiten que te comas cualquier cosa que se te pase por la cabeza.

* * *

Cuando la noche hubo caído, divisaron fuego en la ribera del sur. En la *Concepción*, el capitán Serrano se reunió en su camarote con Elcano y el piloto Carvallo.

—Creíamos que estas tierras estaban despobladas, pero no —dijo.

Ni Carvallo ni Elcano tenían mucho que alegar. Sí, había gentes al sur. Pero se encontraban muy lejos de la orilla y las flechas de los posibles hostiles no podrían alcanzarlos de ningún modo.

—¿Qué problema hay? —replicó, al rato, Elcano.

—¿Cómo que qué problema hay? —preguntó, les pareció que retóricamente, el capitán.

—Indios —expresó Carvallo—. Los dejamos en paz y se acabó.

—Tengo al Sordo contando hogueras —dijo el capitán. Su preocupación, eso parecía, iba en aumento a medida que hablaban. Sirvió un poco de vino de su tonel particular, quizás para templar los ánimos—. No quiero que nada quede al azar. No, hallándonos en este punto. La expedición debe seguir adelante a través de este estrecho. Nunca habíamos penetrado tanto en tierra. Ni siquiera en el mar dulce de Solís.

—Con el debido respeto, capitán —repuso Elcano—, yo dejaría que el Sordo se fuera a dormir. Necesitamos a todos los hombres descansados.

—No sin antes saber a qué nos enfrentamos.

—No nos enfrentamos a nada.

—De momento. ¿Y si los hostiles son caníbales?

—Ni siquiera sabemos si son hostiles.

—Imagine que sí. Podrían alimentarse de carne humana.

—Ya nos las hemos visto antes con caníbales. Y lo cierto es que no suelen resultar peligrosos si se les deja en paz. Con no poner un pie en tierra, solucionado.

—Pueden llegar hasta nosotros en balsas.

—Si son parecidos a Guillermo, están a siglos de aprender a navegar.

—Puede que no lo sean. Puede que sean más listos.

—O puede que estemos preocupándonos antes de tiempo.

—Solo quiero que estemos prevenidos para que nada se tuerza.

—De acuerdo, ¿qué propone?

—Ir a echar un vistazo.

—¿Bajar a tierra? ¿Se ha vuelto loco, capitán?

—No, no me he vuelto loco. Pero quiero asegurarme de que no cometemos errores. Vamos a meter a la expedición por canales muy estrechos, que es lo que hemos atravesado y que parece que es lo que nos aguarda por delante. En ocasiones, estaremos muy cerca de la orilla. No quiero que suframos un ataque y que Magallanes nos recrimine que no habíamos avisado antes.

—Hay más de una legua hasta la costa. ¿Quiere que la cubramos en un bote?

—¿Por qué no? Yo he remado mayor distancia en más ocasiones.

—De acuerdo… Iré yo.

—Le acompaño, Elcano.

—No, capitán, usted debe permanecer a bordo. ¿Vienes conmigo, piloto?

Carvallo, que había permanecido callado en la última parte de la conversación, se sintió pillado a contrapié. Tenía ganas de acabarse su vino y marcharse a dormir.

—¿Ir a la tierra de los fuegos[33]?

—Se ha quedado una noche estupenda. Y yo no tengo sueño.

—Pues yo sí…

—Seremos los hombres que más al sur han pisado tierra.

Lo cierto fue que aquella afirmación, que era completamente cierta, hizo que Carvallo, tras reflexionarla unos instantes, cambiara de opinión.

—Diablos, de acuerdo —dijo—. Quiero ser el capullo más al sur del mundo.

Elcano le sonrió.

—Tendrás ese honor —expresó.

Al bote saltaron cuatro hombres armados de escopetas. Además de Elcano y Carvallo, se mandó llamar a dos marineros que se incorporaron a los remos: Francisco Ruiz, de diecinueve años y nacido en Moguer, y el Sordo. Ruiz se tomó como una deferencia que le permitieran formar parte de la partida; el Sordo no tanto y bajó a regañadientes al bote. Le dijo a Ruiz que era un idiota por pensar en deferencias cuando la vida se ponía en riesgo. Ruiz le repuso que perfecto, pero que él, al igual que el piloto Carvallo, quería regresar a casa siendo uno de los hombres que habían pisado el confín sur del mundo. Se llevaría de calle a las muchachas de Moguer. Y en Moguer, las chavalas son de quitarte el hipo, Sordo, soltó con un aplomo que al sevillano casi le hace retractarse de sus palabras.

—Tenemos algo más de una hora hasta la orilla —informó Carvallo una vez que los cuatro hombres se hubieron acomodado en el bote: Ruiz y el Sordo en los remos, Elcano en la proa y Carvallo en la popa.

—Nos darán algún relevo, ¿verdad? —dijo el Sordo.

—No empieces a quejarte —respondió Carvallo.

—Os daremos un relevo —intervino Elcano para zanjar la cuestión. No deseaba comenzar a discutir antes de haber partido.

Nadie replicó y los dos marineros andaluces se pusieron a remar en dirección a la tierra donde se divisaban los fuegos. Unos fuegos, a juzgar por el modo en el que se observaban desde tanta distancia, de considerable tamaño. Carvallo y Elcano sabían que la noche engañaba, que en ella las distancias y las percepciones no son lo que parecen. Sin embargo, habían examinado la orilla con luz diurna y cierta experiencia en la contemplación de lo circundante sí tenían: las fogatas que se encontraban ante ellos superaban, con creces, el tamaño de un hombre.

—¿Crees que serán gigantes? —preguntó Carvallo.

Ruiz y el Sordo remaban en silencio. Conocían el modo de dar a las paladas el ritmo preciso para avanzar sin agotarse. Que Elcano hubiera anunciado que fueran a darles un relevo, no quería decir que efectivamente fueran a hacerlo. De hecho, no lo hicieron, aunque el de Guetaria prometió que en el viaje de vuelta echarían una mano.

—No lo sé —respondió Elcano, sin extenderse más. Carvallo no insistió: de la parquedad de palabras, a Elcano no podía sacársele si él no lo pretendía.

—Yo sí creo que son gigantes —intervino, entonces, el Sordo.

Carvallo lo miró a los ojos. Los dos marineros remaban dando la espalda al

sentido de la marcha, de manera que tenían a Carvallo en frente y a Elcano detrás. A pesar de que la noche parecía oscura, cierta visibilidad sí tenían. Al menos, se veían los unos a los otros en la corta distancia.

—Puede —accedió Carvallo—. Lo que no sabemos es si son hostiles o pacíficos. Habrá que andarse con cuidado.

—Yo no salto a tierra sin cargar la escopeta.

—Tranquilo, Sordo. Todo va a ir bien.

—Los cojones, piloto. Usted sabe de esto lo mismo que yo, no me venga con cuentos.

—Calma, Sordo —intervino Elcano, quien consideraba que era su deber atajar cualquier indisciplina por ridícula que esta fuera. He aquí lo que determina el éxito o el fracaso de una empresa: la capacidad del que la manda y encabeza para leer adecuadamente el ímpetu y los anhelos de sus gentes. Se trata de un arte, de un arte que no se aprende, sino que surge desde lo más hondo del entendimiento. De Elcano se había dicho que carecía de auténticas dotes de mando. Nada más lejos de la realidad: mandaba de la forma exacta en la que sus hombres siempre obedecían. ¿Existe una mejor manera de gobernar?

—Solo digo que, mire usted…

—No arriesgaremos demasiado, Sordo.

—Mejor no arriesgamos nada.

—Hay indios en tierra. Nuestro trabajo es averiguar si nos van a causar problemas.

—Seremos los hombres más al sur del mundo —tomó la palabra, por primera vez, Ruiz.

—Esos que están junto a las hogueras también son hombres, idiota —repuso el Sordo.

—Yo ya me entiendo.

—Espera.

El Sordo había dejado de remar y Ruiz lo imitó de inmediato.

—El bote —dijo.

—¿Qué le pasa al bote? —preguntó Carvallo.

—Se mueve. Se mueve en dirección a la orilla.

—Pues claro que se mueve. ¿Qué esperabas? De eso va el remar, joder.

—No, piloto, quiero decir que… El bote avanza solo, ¿entiende?

—Nos deslizamos por las aguas. ¿Qué tiene eso de extraño? Venga, Sordo, seguid remando. Casi estamos…

—No es necesario, piloto. Algo nos impulsa hacia la orilla.

Elcano se inclinó sobre la borda e introdujo una mano en el agua para comprobar si lo que decía el Sordo se correspondía con la realidad.

—Parece que hemos topado con una corriente que nos arrastra hacia tierra.

—Si hubiera una corriente, oiríamos las olas. Y yo no escucho nada.

—No tiene por qué ser así, Sordo.

Sin embargo, Elcano sabía que el marinero no andaba desencaminado. Tratando de no sonar alarmado, indicó:

—Carguemos las escopetas.

Los marineros soltaron los remos y los dejaron colgando de los estrobos. Las palas se hundieron en el agua y ninguno de los cuatro hombres pudo evitar mirarlas de reojo: en la penumbra de la noche, vieron cómo el lento aunque constante avance del bote creaba ondas en torno a ellas.

Comenzaron a cargar sin que nadie dijera nada. En silencio y a oscuras es como mejor se carga. Un hombre puede, así, concentrarse en la práctica, en el acto, en sus manos. Portaban, cada uno, lo necesario para no depender de los demás: media docena de balas guardadas en los bolsillos, una bolsita con pólvora, tacos de hierba reseca y baquetas sujetas a los cañones. Para no perderlas. Ellos eran marinos, no escopeteros.

Elcano prendió un trozo de yesca y, tras encender su mecha, se la pasó al resto. Para entonces, ya habían comprendido que aquella tierra, aquella costa, tiraba de ellos con una fuerza constante y poderosa. Pensaron que serían cosas del sur y no le dieron mayor importancia. Una expedición como aquella, lo era de exploración, aunque también de descubrimiento. Tendrían noticias de las maravillas ocultas del mundo y deberían arreglárselas, para bien y para mal. Tratar de no importunarlas demasiado, de vadearlas si era preciso. Un buen descubrimiento es aquel del que se regresa para contarlo. Ellos regresarían, por Dios que sí. De los cuatro que se hallaban en el bote con las escopetas cargadas, la mitad volvería a España. Dos de cuatro. No estaba mal.

—¿Cómo lo hacemos? —preguntó el Sordo cuando la quilla del bote se disponía a rozar la arena.

—Tú y yo saltamos los primeros —respondió Elcano.

—¿Por qué así?

—Porque lo digo yo.

Tampoco solucionaba gran cosa quedarse para el segundo salto. Al final, salvo que la playa tuviera dientes y fauces y fuera a abrirse bajo los pies de los

primeros en saltar dando tiempo a los de detrás para darse media vuelta y salvar la vida, no perdían demasiado yendo antes o después.

Elcano se puso en pie, levantó la escopeta para que no se mojara y, dando un brinco hacia el frente, cayó sobre la orilla. El agua le llegaba a las rodillas y bajó la mirada para observar: no, apenas había olas, pero aún podía sentir cómo el territorio tiraba de ellos hacia el interior. El bote, embarrancado ya en la arena, crujía mientras la proa se clavaba más y más en la playa.

—Venga, Sordo, vamos —animó.

El Sordo dio un salto y se situó junto a él. Poco a poco, avanzaron hacia tierra seca y ganaron la playa. Por experiencia, sabían que los indios hostiles, los auténticamente malvados, atacaban en cuanto se desembarcaba. Lo cual era de agradecer, pues si te van a presentar batalla, mejor directa y cuanto antes. Un indio bravo se va a por el enemigo sin pensárselo dos veces, sin reflexionar, como es debido, a pecho descubierto. Si así sucedía, ellos tenían una oportunidad con las escopetas. Abrían fuego, abatían a uno o dos y, con un poco de suerte, el resto huía en desbandada asustado por el estruendo y los fogonazos.

Cuando Elcano y el Sordo caminaron por la playa, no se oía ni el canto de un ave nocturna. Nada en absoluto. Allá en la distancia, puede que a un cuarto de legua, las hogueras permanecían encendidas. Afinaron el oído. En un terreno llano y sin árboles como aquel, los sonidos deberían extenderse por doquier.

—Qué extraña es la tierra del fuego… —dijo Carvallo. Ruiz y él habían seguido los pasos de Elcano y el Sordo, y ya los cuatro expedicionarios se apostaban en la playa.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Ruiz, al que el miedo comenzaba a roerle las tripas como una cosquilla imposible de rascar.

—Acerquémonos a las hogueras —dijo Elcano.

Las contaron antes de dar un solo paso. Frente a ellos, creyeron que todas a una distancia similar, se encendían veinte fogatas separadas por trayectos que, calcularon, irían de los doscientos pasos a la media legua. Si algo definía a aquel país, era la vastedad.

—Yo no voy —espetó el Sordo—. Nadie puede obligarme.

—Es cierto —aceptó Elcano—. Nadie puede obligarte. Te quedas aquí y cuidas del bote mientras nosotros nos aproximamos a ver.

Elcano, Carvallo y Ruiz comenzaron a caminar en dirección al fondo de la playa. El Sordo permaneció unos instantes junto al bote y, tras jurar en voz baja, se puso a correr para alcanzarlos.

—¡Joder, ya voy! —exclamó.

Tras la playa, encontraron un terreno bajo y pedregoso en el que crecía la hierba reseca que ya habían advertido al sur de la bahía de San Julián. Parecía que el frío y los vientos no permitían que allí prosperase algo más frondoso.

Durante media hora, caminaron con la mirada fija en las hogueras. Se extendían frente a ellos y pronto a sus lados, como si los fuegos pretendieran acorralarlos. Se trataba de una sensación un tanto peregrina: no les daban alcance, por mucho que se empeñaran en avanzar y avanzar, no les daban alcance. Si acaso, eran ellas, las fogatas, las que los estaban cercando.

Solo se trataba de fuegos, con todo. No convenía, por lo tanto, inquietarse. Los expedicionarios se habían acostumbrado a vérselas con cualquier contingencia y sabían que resultaba absurdo preocuparse demasiado por lo que carecía de control. A los indios que habían encendido los fuegos sí había que temerlos.

Sin embargo, no había rastro de ellos. Puede que estuvieran desplazando las hogueras a lo largo y ancho de la gran llanura, pero, en ese caso, ¿cómo lo lograban?

—Esas dos de babor —dijo el Sordo—, antes no estaban ahí.

—Lo mismo con las tres que se encuentran a estribor —replicó Ruiz.

—Las hogueras no se mueven —repuso Elcano—. Se trata de un espejismo.

—Que creamos nosotros al caminar —terminó Carvallo.

Elcano y su constante tono vago despistaban a los marineros. No así la voz de Carvallo, que se le quebró un poco al pronunciar su frase.

—Ni usted mismo se está creyendo lo que dice —soltó el Sordo.

—Por supuesto que sí —se defendió Carvallo.

—He caminado muchas veces en la noche —continuó el Sordo—, y nunca había tenido la sensación de que el horizonte me acorralara.

—Mirad —intervino Ruiz.

Los cuatro expedicionarios dejaron de caminar e hicieron lo que el de Moguer les pedía. En mitad de la noche, levantaba una mano temblorosa, la dejaba suspendida frente a sí y observaba cómo esta se impulsaba muy lentamente hacia delante.

—Deja de hacer el imbécil —le ordenó Elcano.

—Le juro que no lo hago queriendo, maestre —dijo Ruiz. Y añadió—: Algo tira de nosotros hacia el interior.

—Hacia las hogueras —aclaró el Sordo—. Aquí pasa algo muy raro. Yo me

doy media vuelta y me vuelvo a la *Concepción*.

—Quieto, Sordo —terció Elcano—. Seguro que todo tiene una explicación.

—Es decir, que usted también lo nota, ¿no es así?

Lo era. Elcano notaba, llevaba notándolo desde hacía un rato, cómo una fuerza invisible tiraba de ellos hacia las hogueras. Le sonaba absurdo sentirse acorralado por un territorio, pero la descripción del Sordo le parecía la más certera de todas.

Los problemas fueron en aumento cuando Elcano percibió que aquel lugar no solo tiraba de sus cuerpos, sino que lo hacía también de sus mentes. Lo comprendió cuando quiso ordenar que detuvieran el avance pero algo dentro de sus pensamientos le obligó a desistir. Casi les pide que fueran más deprisa. A lo que, no dudó de que así sería, ellos responderían aceptándolo y apretando el paso.

Pero ¿hacia dónde? ¿Y por qué? Le alcanzaba para entender que los indios hostiles los quisieran capturar. Incluso para devorarlos, como no era imposible bastante más al norte. Pero el canibalismo se hallaba dotado de una lógica. Si se quería, tenía explicación. Algo de lo que carecía, desde luego, lo que ahora les estaba aconteciendo.

Un territorio no te cerca en vano.

—Hay hogueras que empiezan a venirnos por detrás —dijo el Sordo tras volverse, nerviosamente, varias veces.

—No puede ser —repuso Elcano.

Y no podía ser. Parecía como si allí las distancias y los puntos de referencia dispusieran de su propio ritmo interno. Como si se comportaran de forma inteligente y reflexiva. Como si cazaran en mitad de la noche y ellos fueran las presas.

—¿Por qué no nos atacan de una vez? —preguntó Carvallo. Como los demás expedicionarios, sentía que el corazón se le había apresurado. El miedo comenzaba a devastarlos, aunque no paraban de caminar.

—Me conformaría con que se mostraran —expresó el Sordo.

Debía de haber indios. O algún tipo de ser humano. Sin embargo, no habían descubierto el menor rastro de nadie. Ni siquiera una simple voz, un murmullo, rumores de movimientos en la penumbra. Nada. Si no fuera por las fogatas y por aquella misteriosa fuerza que tiraba de ellos hacia el interior del país, habrían dado por descontado que allá no vivía nadie.

—Esto no me gusta nada —dijo, entonces, Elcano.

—A nosotros tampoco —concedió el Sordo.

Aunque no hubo una orden en tal sentido, los cuatro expedicionarios realizaron, al unísono, un esfuerzo heroico para detenerse. Los cuatro hombres, los cuatro más al sur del sur del mundo, anhelaron con todas sus fuerzas no ir más lejos. Lo tenían todo en contra, incluidas sus propias determinaciones.

Elcano redujo su paso a un ligero trote y levantó la cabeza para observar los fuegos.

—Creo que retroceden —sentenció.

—Cómo cojones van a… —comenzó a decir Carvallo. Pero luego levantó la mirada hacia la oscuridad y comprendió que sí, que Elcano se hallaba en lo cierto—. Es verdad…

—Se van —resumió el Sordo.

—Puede que se hayan asustado —sugirió Ruiz.

—¿Los fuegos o quienes los encienden? —preguntó el Sordo.

—¿Todos? —devolvió la pregunta, encogiéndose de hombros, Ruiz.

Elcano, entonces, decidió probar algo. Separó la escopeta del cuerpo y, apuntando hacia el cielo, apretó el disparador. Un gran fogonazo iluminó brevemente la noche. Aguardaron, como era costumbre, la llegada del estruendo.

—¿Qué hace, maestre? —preguntó, sorprendido, el Sordo—. ¿Por qué dispara?

—Quiero saber cómo reaccionan —respondió Elcano. Y, raro en él, se explayó—: Para tener claro si son o no hostiles.

—¿Los fuegos o quienes los encienden? —preguntó el Sordo.

—Por ahora, los fuegos.

En ese momento, se escuchó el restallar de un plomazo.

—Calma, se trata de mi disparo —aclaró Elcano.

Los expedicionarios se cruzaron las miradas en la oscuridad. Aquello no tenía sentido. Ninguno de ellos era un gran escopetero, pero sabían de sobra cómo funcionaba una escopeta. Cargas, abres fuego y el arma te devuelve un resplandor y el inmediato estruendo. Es sota, caballo, rey.

Salvo en el sur del mundo, parecía ser.

—Voy a probar yo —dijo, de pronto, Carvallo.

Acto seguido, levantó su escopeta, la separó del cuerpo y apuntó hacia el cielo antes de presionar el disparador. De nuevo, observaron el increíble fogonazo en mitad de la noche. Iluminaron media tierra del fuego durante un efímero instante. Y esta vez, tenían la mirada fija en el horizonte. Allá, aún más

al sur de su posición, la luz descubrió el esqueleto del continente: una llanura desierta y helada que conducía hacia una siniestra cordillera montañosa. Las hogueras, desnudadas por la luz de su pólvora, mostraron una soledad perpetua.

—No hay nadie —expresó el Sordo.

—Es imposible —le replicó Carvallo.

—Se comen nuestro sonido —reflexionó Elcano.

—Yo quiero regresar a la *Concepción* —dijo Ruiz, a quien le habían comenzado a temblequear las piernas.

Las fogatas se reunieron frente a ellos, como una manada inteligente se repliega y agrupa para que sus integrantes se sientan protegidos ante un ataque enemigo. Fue entonces cuando Elcano lo comprendió: en aquel país, los indios eran ellos, y no al revés. A ese motivo se debía que no descubrieran a nadie. ¿Cómo hacerlo, si nadie había?

—Creo que nos podemos marchar ya —opinó—. El territorio es seguro y las naos podrán avanzar por los canales sin temor. No hay gente en este lugar.

—¿Y las hogueras? —le preguntó Carvallo.

—No debemos preocuparnos por ellas —respondió el de Guetaria—. Aunque parezcan amenazantes.

—A mí no me gustan ni pizca —intervino Ruiz, cada vez más atemorizado.

—Nos temen más ellas a nosotros que nosotros a ellas. Por eso retroceden ante nuestra presencia. Mirad, se están agrupando más aún.

Frente a ellos, se formó una gran bola de fuego que titiló en la noche. Los cuatro expedicionarios la observaron. Aunque no se daban cuenta, se hallaban detenidos y con los pies fijos en la tierra. El gran sur del continente, su filo majestuoso, les permitía regresar hacia el norte, retornar al ecuador, emprender la ruta anhelada.

—Vamos —dijo Elcano dando media vuelta e iniciando el camino de regreso al bote.

—Ya nada tira de nosotros hacia el interior —reflexionó el Sordo.

—Nos dejan pasar —sentenció Elcano.

—¿Quién? —preguntó Carvallo.

—El infierno —respondió Ruiz.

—No, no se trata del infierno —apuntilló Elcano—. Ni de nada que carezca de explicación. Somos nosotros mismos, nuestro reflejo en el envés del mundo. Debemos creer que realmente nos habita una determinación única.

—Ahora, yo solo creo en Dios todopoderoso —arguyó el Sordo.

Los marinos caminaron en silencio. Por primera vez desde que partieran de Sevilla, avanzaban en dirección norte. La gran bola de fuego surgida del aunamiento de las hogueras suponía el vértice del mundo en torno al cual debían rotar. Una especie de faro para navegantes extremos: el lugar que se comprime para rendir pleitesía.

En la playita, empujaron el bote hasta el agua y, tras saltar al interior, Ruiz y el Sordo se pusieron a los remos y comenzaron a bogar en dirección a la *Concepción*. Nadie pronunció una sola palabra durante la hora que les llevó alcanzar la nao. Esta vez, ni siquiera Ruiz y el Sordo protestaron para que los dos oficiales les dieran un relevo. Llegarían antes si remaban ellos mismos. Al final, un piloto y un maestre no están acostumbrados al trabajo duro y flaquean a la primera de cambio. No, mejor se ocupaban los marineros. Cualquier cosa con tal de estar a bordo cuanto antes.

En la cubierta de la *Concepción*, el capitán Serrano los aguardaba expectante. Se había echado a dormir, pero, sin poder pegar ojo mientras los suyos se hallaban explorando la región, volvió a levantarse y se acodó en la borda de la toldilla. Desde allí, tenía un ángulo perfecto de las hogueras. Después, cuando Elcano y Carvallo le relataran su insólita aventura, él juraría que, desde su punto de vista, las fogatas no se habían movido del sitio. Y, por supuesto, no había visto la gran bola de fuego final. Acabaron por decidir que el extraño país le daba a cada uno lo que merecía o lo que estaba preparado para ver. A fin de cuentas, y tal y como Elcano afirmaba, las hogueras no suponían sino el más íntimo anhelo que los había impulsado hasta allá.

Bien, pues el de Serrano no parecía ser tan intenso como el de los que habían descendido a tierra. No se les ocurría otra explicación. Tampoco la buscaron.

* * *

A la mañana siguiente, la *Concepción* y la *San Antonio* regresaron por el canal hasta el lugar donde la *Trinidad* y la *Victoria* las aguardaban. Tras realizar la travesía, las encontraron más o menos en el mismo sitio donde las habían dejado. La bahía de Todos los Santos presentaba un aspecto solemne bajo una luz peregrinamente intensa para lo que juzgaron apropiado en unas latitudes tan meridionales.

A bordo de la *Trinidad*, Magallanes aguardaba. El capitán Serrano ordenó que dispararan una salva de lombardazos para anticipar que se aproximaban con buenas noticias. Así era. El canal que conducía hasta la bahía interna señala un punto de no retorno, una inmersión en el continente como nunca habían practicado. Dicho de otro modo: el paso del suroeste era, definitivamente, este.

Magallanes recibió al capitán Serrano, quien, al igual que lo hizo el capitán Mesquita, de la *San Antonio*, se aproximó a la nao capitana en un chinchorro y con el piloto a bordo. Ambos capitanes consideraban que en estos, en los pilotos, recaía, más que nunca, la responsabilidad de informar, pues eran ellos los dueños de la mano experta, del juicio preciso, de la intuición más sensata y menos traicionera.

Carvallo, de la *Concepción*, y Gómez, de la *San Antonio*, explicaron a Magallanes, con todo lujo de detalles, que sin duda aquella ruta los conduciría al otro mar. Se habían internado lo suficiente para que este extremo les quedara bien claro. Y esta vez no se llamaban a engaño: habían observado, por un lado, que el terreno no solo no se estrechaba sino que cada vez se tornaba más transitable; por otro, y como era su mayor temor, el agua en ningún momento se les volvió dulce. Jamás habían dejado de navegar por un mar.

Magallanes se frotó las manos y se dijo que por fin lo había logrado. Habló, en presencia tanto de los capitanes y los pilotos como de la propia oficialidad de la *Trinidad*, en un delirante singular que a nadie agradó. A Esteban Gómez, menos que a nadie. Es decir, que ellos iban por delante, se exponían a peligros ciertos y, cuando regresaban para informar, ¿era el capitán general quien se apropiaba del mérito? Lo que para Magallanes no suponía ningún conflicto, a sus hombres los sacaba de sus casillas. Tragaron saliva, qué remedio, aunque a regañadientes. Gómez frunció el ceño más de lo necesario, pero Magallanes, un tanto deslumbrado por las excelentes noticias, no reparó en ello. Menos mal, porque habría supuesto la perdición del piloto.

Sin más demora, las cuatro naos avanzaron hacia el final de la bahía de Todos los Santos y enfilaron, de una en una y con la *Concepción* marcando la ruta, a través del canal. Carvallo había advertido a los pilotos de la *Trinidad* y de la *Victoria* de que no se sorprendieran si el continente tiraba de ellos en dirección sur, es decir, por babor. Se trataba de una fuerza propia del país que convenía corregir con el timón. De inmediato, los pilotos alegaron que aquello no era posible. Carvallo les repuso que se dejaran de tonterías y que le hicieran caso, pues él mismo en persona había descendido a tierra para investigar la naturaleza

de la misteriosa fuerza: se trataba, creían, de una querencia insólita en un continente que impedía el retorno al seguro norte. Nada grave, en cualquier caso. Como había explicado, bastaba con un golpe de pinzote para corregir el desvío.

Una vez que las cuatro naos se reunieron en la bahía interna, Magallanes examinó las condiciones y, aunando la información relacionada por Serrano y Mesquita y su propia observación, decidió que continuarían sin detenerse. Había escuchado la historia de las fogatas en la costa sur y, por una vez en su vida, aceptó, dócil, la recomendación de sus subordinados. Más nos vale, le habían manifestado, y él se dijo que no era momento de andarse con orgullos innecesarios. Lo importante pasaba por alcanzar el otro mar.

Dos días más tarde, y tras atravesar un nuevo canal, este más ancho y seguro que el primero, y navegar muy parsimoniosamente durante casi treinta leguas[34], accedieron a una tercera bahía en la que el agua continuaba siendo salada por completo. Animado por tal circunstancia, Magallanes ordenó que continuaran, hasta que la ruta se bifurcó de tal forma que un camino les parecía adecuado y el otro, también. Qué dilema.

El capitán general lo solventó, de nuevo, separando a la expedición. Las vistas habían ido mutando y los yermos arenosos estaban dando paso a grandes macizos montañosos cubiertos de una nieve blanca y serena. A los expedicionarios, poco acostumbrados a esos paisajes, el espectáculo les pareció sobrecogedor. Protestaron, una vez más, por el inmenso frío que sentían y el capitán general, consciente de lo delicado del momento, accedió a doblarles la ración de vino mientras duraran los fríos. Se arrepentirían, no mucho más tarde, de haber dado cuenta tan alegremente de sus suministros.

El plan no ofrecía dificultades: la *San Antonio* y la *Concepción* explorarían en una dirección mientras que la *Trinidad* y la *Victoria* lo harían en otra. Se daban una semana de plazo. Transcurrida esta, retornarían al lugar de encuentro e informarían. Muy mal se les tendrían que dar las cosas para que alguien no hallara el paso al otro lado del mundo. Estaba ahí mismo, muy cerca de ellos, al alcance de la mano.

De nuevo, la *San Antonio* y la *Concepción* se vieron solas y surcando un entorno cada vez más extraordinario. Había decenas, puede que hasta centenares de islas y pequeños canales que daban a nuevas islas y aún más profundas angosturas. Más les valía andarse con cuidado pues en aquel laberinto parecía fácil perderse. El capitán Serrano volvió a dibujar cartas de navegación, cada vez

más confusas e intrincadas, y fue denominando a los accidentes geográficos como buenamente supo. Por ejemplo, tras malgastar la *Concepción* una jornada entera en la exploración de una enorme bahía de trece leguas de profundidad y comprender que carecía de paso al nuevo mar, la llamó bahía Inútil[35].

Por fin, y a la vista del paisaje laberíntico que se extendía ante ellas, la *San Antonio* decidió asumir un rumbo distinto al de la *Concepción*. Sonaba, dadas las circunstancias, sensato y nadie en la *Concepción* sospechó de que se tratara de algo distinto a lo propuesto: dividirse para explorar más rutas posibles hacia el otro extremo del paso. Aunque sí, se trataba de algo distinto. O casi.

El calafate Goitisolo llevaba días sin salir de la bodega. Desnudo y más loco que cuerdo, permanecía allí y a nadie le parecía demasiado raro. Descendieron varios hombres, no muchos, y lo vieron campando por sus dominios, con sus cosas colgando libres y el semblante atravesado por una mirada desquiciada. Vaya, Goitisolo había perdido el juicio. No se lo reprocharon, pues allí, quien más o quien menos estaba a punto de hacerlo. El viaje y la soledad comenzaban a hacer mella en las mentes de los expedicionarios y se buscaban diferentes culpables. Por supuesto, a Magallanes le reservaban una gran responsabilidad. ¿Por qué habían perdido tanto tiempo invernando absurdamente? Si no se hubieran detenido, a buen seguro ya habrían llegado a la especiería y se encontrarían realizando el camino de vuelta.

Fue el piloto Esteban Gómez quien no se mordió la lengua al respecto. Como de lo que iban sobrados era de tiempo, Gómez sembró, paciente pero meticulosamente, un germen, una idea, un fundamento, en las mentes ya de por sí calenturientas de los hombres: que si continuaban morirían todos. Y, bueno, no es que a Gómez la intuición le fallara demasiado, pero tampoco convenía ponerse en lo peor, ¿no? Al menos, antes de tiempo. Eso mismo creyeron otros y, poco a poco, la dotación de la *San Antonio* fue dividiéndose entre los partidarios de Gómez y los del capitán general Magallanes. Sin que, y he aquí el mérito que no podría restársele a Gómez, el propio Magallanes supiera de ello. Tuvo lugar una rebelión, porque la tuvo, pero nadie la planeó, nadie urdió estrategias, ningún oficial o marinero pidió al resto que se posicionara al respecto. Si existe un modo perfecto de alzarse, helo aquí: nadie pretende nada hasta que, en un instante, todos lo pretenden todo.

Goitisolo continuaba viendo sonidos. Hubo momentos en los que la bodega entera de la *San Antonio* parecía el arca de Noé, con mil bichos raros ocultos en

su interior. Goitisolo contempló aquel maravilloso espectáculo y se tocó los huevos en un sentido nada metafórico. De pronto, un buen día, el techo de la bodega se llenó de murciélagos. Miles, centenares de miles, pensó el de Baquio. Algo digno de ver… Los bichos, mitad rata, mitad pájaro, lo miraban, si cabe, más estupefactos. De algún modo, parecían preguntarse qué hacía allí un ser semejante a aquel. Goitisolo se formuló la misma pregunta, qué hago yo aquí, y siguió el rastro de la colonia de murciélagos, un rastro que le llevó hasta el otro lado del techo de la bodega: la cubierta principal de la nao *San Antonio*.

Cuando asomó la cabeza a través de la escotilla de carga, una intensa luz casi lo ciega. Llevaba demasiado tiempo encerrado en la penumbra, comprendió. De esta forma, decidió tomarse las cosas con calma y, exhibiendo medio cuerpo por encima de la escotilla, permaneció allá, sin avanzar, pero también sin retroceder. Tenía una buena distracción en la que entretenerse.

En la cubierta principal de la *San Antonio* se había montado una tremenda discusión. Al menos, juzgó Goitisolo, habría una veintena de hombres en un lado y otra veintena en el otro. El resto, hasta completar la tripulación, se había encaramado al aparejo, el calafate creyó que para no perderse ni un detalle.

Transcurrido un rato desde que comenzó a observar, Goitisolo se hizo una composición de lugar. En resumen, unos eran partidarios de Magallanes y otros no. Al parecer, existían más matices, como por ejemplo aquellos que trataban de otorgar su razón a ambas partes, pero poco a poco fueron extinguiéndose. Cuando las disputas se enconan, a los moderados se los comen los tiburones. Parecía claro que, salvo que se estuviera con unos u otros, la única opción razonable era la de trepar al aparejo y aguardar a ver qué pasaba.

Mientras tanto, la discusión se fue caldeando hasta el punto de que algunos hombres llegaron a las manos. Y no los marineros de última fila, los más marrulleros, esos que, cuando la nao atracaba en un puerto lejano, siempre tenían que ser reembarcados antes de tiempo para evitar que causaran más problemas. No, al contrario: la pelea se puso tensa, muy tensa, entre la oficialidad de la nao. Los que en las decisiones se jugaban hasta la vida. Todos se acordaban de Mendoza, de Quesada, de Cartagena. ¿Dónde estaban estos tipos? Criando malvas. Así que más les valía, a los que pretendían lo que pretendían, andarse con mucho tiento.

Cuando comenzó la pelea, en la cubierta principal de la nao no cabía un alma. Así, los puños volaron y no siempre acertaron en quienes debían. Se trató de una riña un tanto confusa, con empujones por doquier, y topetazos, y

bastantes juramentos. Alguien gritó que ya tenía suficiente y que lo adecuado pasaba por regresar a casa cuanto antes. Varias voces le vitorearon y alguna más se posicionó en contra. De cuando en cuando, alguien vociferaba el nombre de Magallanes, pero Goitisolo no supo nunca si lo hacía para alinearse con él o con la intención de cagarse en sus muertos.

Al final, al capitán Mesquita alguien le partió la cara. Dígase en beneficio de quien fuera que a Álvaro de Mesquita le tenía ganas hasta el tonelero. Sin embargo, no fue este, sino un oficial muy bien situado quien le abrió el pómulo derecho y lo puso a sangrar como a un cerdo recién degollado.

—¡Hijos de puta! —aulló Mesquita llevándose una mano al rostro y comprobando el desaguisado.

Por muy merecido que lo tuviera Mesquita, se trataba del capitán, algo que a bordo de una nao obligaba, incluso al más descastado, a mostrar el debido respeto. Se hizo un breve silencio y se separó espacio en torno a él. Poco, pues una cubierta atestada como la de la *San Antonio* no daba para más.

—¿Quién me ha pegado? —aulló.

Una cosa era mostrar respeto y otra denunciar al que no tuvo miramientos.

—Quiero que salga el que ha osado golpear al capitán.

Durante unos segundos, los presentes en la cubierta lo miraron. Después, alguien, desde atrás y protegido por la aglomeración, bramó:

—¡Ordene que el barco regrese a España!

A Mesquita casi se le salen los ojos de las cuencas. La herida abierta y sangrante le daba un aspecto carcelario que a más de uno atemorizó. Sabían que solo se trataba de un memo, pero existen actitudes y posturas que imponen. Mesquita, vestido con un capote que costaba el sueldo de un mes de trabajo de cualquiera, se erguía, digno, dentro de su pellejo. Magallanes y él ya no se verían las caras jamás, pero, de haberlo hecho, el capitán general se podría haber sentido orgulloso de su primo: dio lo que pudo, que no fue mucho, aunque sí suficiente.

Jerónimo Guerra, escribiente y notario de la *San Antonio* desde que zarparan de Sevilla, se encontraba dos filas de tripulantes detrás de Mesquita. Hombre tranquilo y poco partidario de los tumultos, decidió participar en este porque sentía que a los rebeldes les asistía la razón. El rey había ordenado que se regresara a casa en cuanto realizaran un descubrimiento digno de mención. Bien, pues ante él estaban: el paso del suroeste.

Por supuesto, a sus reproches contra Magallanes no los dominaba un

temperamento irreflexivo y se tomó tiempo para averiguar si la improvisada rebelión llegaba a buen puerto. En principio instigada por el piloto Esteban Gómez, varios oficiales, entre ellos un bilbaíno llamado Olabarrieta, barbero, y un sevillano de nombre Oviedo, tonelero, asumieron las riendas de la rebelión y la llevaron hasta las últimas consecuencias. De hecho, se trató de algo relativamente rápido y, si se quiere, hasta espontáneo. Días más tarde, cuando repasaran los acontecimientos con cierta perspectiva, convendrían en que nadie tenía intención de alzarse aquel día. Sin embargo, sucedió.

Se cree que Oviedo fue el que le dio el segundo golpe al capitán Mesquita. Un golpe sucio, por la espalda, y efectivo. Quizás usó el mango de un hacha o algo por el estilo. El caso fue que a Mesquita le abrieron una nueva brecha, esta vez en plena coronilla, y volvió a sangrar con profusión.

Mientras caía al suelo, Guerra pidió a los tumultuarios que se apartaran a un lado, que un capitán se estaba desmayando y merecía que le hicieran sitio para caer convenientemente. Y por Dios que lo hizo, pues allí, sobre la cubierta de una nao española adentrada en el linde de lo desconocido, Mesquita perdió el sentido como paso previo a la pérdida de la propia capitanía, que la asumiría el mencionado Jerónimo Guerra. Apenas conocía el nombre de los palos, mucho menos el de las velas, pero sí sabía que un rey había dicho algo y no lo contrario. Consideraron que se trataba de la persona más adecuada para que, una vez retornados en Sevilla, ofreciera las explicaciones de su puño y letra. Si no se le objetaba nada, perfecto. Si las cosas se torcían… Bueno, era un escribiente y nadie sufriría demasiado a causa de su caída en desgracia.

—¡Volvamos a España! —gritó un marinero desde atrás.

—¡Sí, hagámoslo! —se sumó otro.

—¡Poned proa al este! —vociferó un tercero.

Al cabo de un rato, nadie defendía ya la opción contraria. O, si alguien lo hacía, se calló. Hasta Goitisolo, el observador desnudo que permanecía atento en la escotilla de carga, comprendió que tanto él como sus animales imaginarios terminarían en casa. Bueno, si las corrientes, los vientos y los portugueses les eran favorables, podría estar en Baquio dentro de seis meses. Se rascó el vello del pecho y observó la cabeza de Mesquita. Tras derrumbarse, había caído a tres palmos de donde él se encontraba y un grumete, obedeciendo sin duda una orden dada por la nueva autoridad a bordo, lo auxiliaba para que no se desangrase. A Goitisolo le pareció una fenomenal idea, pues creía que ningún hombre merecía morir inútilmente.

Fue Esteban Gómez el que respondió a las jactancias. Levantó los brazos y, agitando las palmas de las manos en el aire, mandó callar a los insurrectos.

—¡Calma! —pidió con tono sereno—. ¡Por favor! ¡Calma todo el mundo!

—¡Ya está bien! —gritó un enfebrecido de última hora—. ¡Hay que regresar!

—¡Silencio! —exigió alguien.

—Calma —repitió Gómez—. Desde este momento, el capitán Mesquita se encuentra arrestado.

—¿Quién nos manda ahora? —preguntó un marinero vociferante.

—¡Jerónimo Guerra! —exclamó el piloto—. ¡Ese será el capitán que nos lleve de regreso a España!

Habría sido de esperar algún tipo de oposición. En suma, la marinería siempre recelaba de los oficiales poco marineros. ¿Un escribiente? Ni siquiera estaban demasiado seguros de cuál era su tarea a bordo. Escribía, claro, pero no acababan de comprender a santo de qué llevar con ellos a un tipo capaz de levantar mil actas de otros tantos acaecimientos. Las cosas suceden, eso es todo, pensaban los marineros. No debe de ser bueno pasarse el día anotándolas.

—¿Guerra? —preguntó alguien perdido en la aglomeración. Esteban Gómez pensó que se trataba de uno de los últimos partidarios de Mesquita. Uno que quiso un mejor relevo para el hombre hasta ahora al mando. Que no se quejara demasiado: si ponían a un paje de nueve años en la capitanía de la *San Antonio*, no podría hacerlo mucho peor que el patán que Oviedo acababa de deponer de un firme golpetazo.

—Guerra —confirmó Gómez. Su voz, esta vez, sonaba a desafío. Tenían un nuevo capitán y quien estuviera en desacuerdo con la decisión que diera un paso al frente y lo expresara.

Nadie añadió nada más. Guerra, pues Guerra. Necesitaban un capitán, eso era todo. Alguien que asumiera la responsabilidad de tomar las últimas decisiones. El resto de asuntos competía a la oficialidad. Gómez y los demás sabrían cómo enfilar a la *San Antonio* rumbo a España. Porque el alzamiento tenía como objetivo el regreso a casa, ¿verdad?

Si hubo dudas al respecto, Esteban Gómez las disipó de inmediato.

—Conducid a Mesquita al camarote del capitán —ordenó. Olabarrieta y Oviedo lo agarraron por los brazos y comenzaron a arrastrarlo por la cubierta—. ¡Con cuidado, inútiles! ¡Sigue siendo un caballero!

Lo pusieron en duda, aunque nadie despegó los labios. La *San Antonio* continuaba con la proa apuntando hacia el oeste. Gómez, tras guardar silencio

mientras el barbero y el tonelero se llevaban, ahora con más mimo, a un Mesquita que, medio desmayado, gemía y se lamentaba, tomó la palabra y se dirigió a la cincuentena larga de hombres que componían la dotación de la *San Antonio*. Así habló, más o menos, y los presentes lo recordarían hasta su día definitivo:

—Amigos todos, nuestro rey nos encomendó una misión sagrada: enfilar nuestras naos hacia lo desconocido y descubrir, descubrir tanto como podamos para gloria de los que nos han de suceder. Pues yo digo ahora que ese día es el día de hoy. Digo que aquí, en este lugar inmenso y desolado, a la sombra de esos picos nevados y sin olvidar el desierto y las grandes soledades que hemos padecido, ha llegado el momento de las decisiones importantes. Sabemos algo que nadie más sabe. Sabemos que en este sitio se encuentra el ansiado paso del suroeste. Hay agua salada en todas direcciones, no cabe duda. Si continuamos navegando hacia el poniente, hallaremos el otro mar. Pero ¿existe capacidad para continuar ruta por ese mar desconocido? Tras más de un año de travesía y la pérdida de la *Santiago*, yo afirmo que no. Que nuestro deber es, como se nos ha encomendado, regresar para dar cuenta de lo realizado, que no es poco ni merece desprecio. Por todo esto, propongo solemnemente que nuestro nuevo capitán, el capitán Jerónimo Guerra, ordene que se ponga proa hacia el este y, rehaciendo la ruta que nos ha traído hasta aquí, retornemos, ahora y sin demora, al hogar.

Cuando Esteban Gómez finalizó su discurso, un silencio nervioso se extendió por la cubierta de la *San Antonio*. Cualquiera decía nada.

Gómez, por su parte, mantuvo la mirada clavada en los hombres. De uno en uno, en los más de cincuenta, incluso en los que se hallaban encaramados al aparejo. Parecía interrogarles acerca de sus intenciones. ¿Aceptáis lo que yo digo o no lo hacéis? Vamos, no podemos pasarnos el día aquí. Hablad de una santa vez.

Fue el más inesperado de todos, sin embargo, el que tomó la palabra. El piloto Gómez lo había dejado para el final en su rastreo de miradas. A fin de cuentas, no se trataba sino de un calafate loco y desnudo. Goitisolo agradeció un poco de silencio, por Dios que lo hizo. Se sentía un tanto exhausto de bichos. En fin, los sonidos no amainaban jamás en un navío y él los tenía a todos transmutados en animales divinos. La bodega de la *San Antonio* había sido un feliz refugio durante muchos días, pero llegaba el momento de brotar al exterior, de salir, de mostrarse en su grandeza de hombre entregado a la estanqueidad de

la nave. Si existe algo que resuma bien qué eran y a qué se dedicaban, ese era Goitisolo. El hombre en las grietas.

No pronunció palabras, pues al silencio se lo trataría con la música debida. De este modo, Goitisolo saltó de la escotilla de carga a la cubierta y, desnudo por completo, se abrió paso entre los hombres. O los hombres le abrieron paso, por expresarlo con exactitud y contundencia. Con lo difícil que parecía, logró crear un espacio de holgura en torno a su cuerpo.

El viento helado lo sacudió y Goitisolo experimentó un estremecimiento. Acto seguido, dio una palmada. ¡Plas!, dio una palmada y, tras una pausa en la que nadie apartó los ojos ni se movió de su sitio, otra. ¡Plas! Una tercera, ¡plas!, cada vez más apresurada, y más, y más, hasta que terminó por aplaudir. Sobre la cofa de la *San Antonio,* una bandada de pájaros salvajes alzó el vuelo. Algunos de los marineros elevaron la cabeza para observarlos. Recordarían que les parecieron exuberantes, que su plumaje brillaba a la intensa y pesada luz que los inundaba, que graznaron con gran delicadeza y sabiduría. Excepcionales animales.

Oviedo fue el primero en sumarse a Goitisolo. Y, a continuación, el barbero Olabarrieta le secundó. Habían dejado a Mesquita durmiendo en el catre del capitán y no por, como él creería siempre, deferencia a su persona. No, si por Esteban Gómez hubiera sido, lo habrían arrojado por la borda y un asunto menos en el que pensar. Pero urdían un plan que, de regreso en Sevilla, los hiciera pasar por gente cabal que había tomado el mando porque el mando se negaba a seguir las instrucciones del rey. Porque no les había quedado otro remedio, en suma. Con el capitán depuesto como comida para los peces habría resultado más complicado hacerles creer que el cuento era verdad.

Pronto, la totalidad de la dotación aplaudía al piloto Gómez. Goitisolo, en mitad de aquella multitud reunida, sonreía con dientes de demente. Miraba alternativamente a unos y a otros y realizaba breves altos para rascarse los sobacos. No hizo mucho más en los largos meses que les llevó regresar a Sevilla.

El capitán Guerra, cuando los aplausos se apagaron, ordenó que se largaran velas y se pusiera proa hacia el este. El 6 de mayo del año siguiente se encontraban en casa. Explicaron que fueron al lugar de encuentro en el paso del suroeste y que allí no hallaron a nadie. Los creyeron.

* * *

Mientras tanto, la *Concepción* buscaba a la *Trinidad* y a la *Victoria*. Había seguido el rumbo contrario al emprendido por la *San Antonio*, esto es, todo hacia el oeste, internándose más y más en el paso. Los parajes que los rodeaban fueron volviéndose, definitivamente, agrestes y salvajes. Descomunales picos se elevaban a ambos lados de un canal que, poco a poco, viraba hacia el noroeste. Divisaron bosques frondosísimos y una niebla húmeda en la que no dudaron en internarse. No los abandonaría en días de lenta navegación, de exploraciones fallidas, de internadas en el dédalo de islas inacabables. Si no fuera porque se hallaban a la búsqueda de algo aún más grande, se habrían extasiado ante aquel horizonte indómito.

Tras varios días de navegación en solitario, la *Concepción* alcanzó a las otras dos naos. De inmediato, Magallanes ordenó que un bote se llegara hasta la primera y recabara noticias. Para empezar, ¿dónde se encontraba la *San Antonio*? Cuando le explicaron que hacía días que no sabían de ella, Magallanes se lo tomó bastante bien. De alguna forma, los presentes pensaron que algo se temía el capitán general. Si era así, se lo guardó para él y no compartió con nadie sus pensamientos. Juzgaría que ya no le quedaban fieles en la expedición. Mandó, eso sí, no descansar ni durante una hora. O encontraban el otro lado, o morían en el intento.

Accedieron a un impresionante canal que no parecía tener fin y, debido a la gran cantidad de pescado que descubrieron, lo llamaron el río de las Sardinas[36]. Magallanes aseguró que al final del río se encontraba el océano que buscaban. No le creyeron, pues los marineros creían solo en lo que veían, pero el agua, que probaban a cada rato, continuaba siempre salada.

Por precaución, se ordenó que las tres naos avanzaran en fila de a uno y por el centro del gran canal. Aquí no había bancos de arena sumergidos, sino algo aún peor: rocas con aristas puntiagudas que rasgarían los cascos de madera como si de papel se tratase. Se pasaban los días desplegando tantas precauciones como les era posible. Por ello, la travesía tenía lugar con extremada lentitud. De paso, le daban tiempo a la *San Antonio* para alcanzarlos. Por si no habían desertado, pensaron. Por si no se encontraban ya rumbo a España. Por si aquellos malparidos no los habían abandonado aprovechando un instante de incertidumbre. Se hablaría siempre de ellos con la boca pequeña, pero tanto Elcano como Serrano, Carvallo y gran parte de las oficialidades consideraron que se había tratado de una indignidad. A Magallanes todos lo tenían enfilado,

pero nadie lo dejaría mientras se comportara como un auténtico capitán general. Y allá, en el grandioso paso del suroeste, tras casi un mes entero de ardua navegación, debieron reconocer que el portugués actuaba como se esperaba de él: con tesón, audacia y la correcta cabezonería de quien renuncia a dar un paso atrás porque solo los cobardes retroceden.

Hasta el final del río de las Sardinas, hasta el mismísimo final perdido en la niebla gruesa, llegaron. Se supieron tantas veces los hombres más alejados del mundo que ya apenas le daban importancia. Sin embargo, lo eran, diablos, lo eran, y se lo recordaban los unos a los otros para no olvidarse.

El día 26 de noviembre, Magallanes ordenó que las tres naos echaran el ancla. Cuando la niebla se abría un poco, comprobaban que continuaban rodeados de colosales montañas nevadas, de arrecifes y fiordos, de aguas claras y viento helado. El río de las Sardinas, fecundo y brillante, los acogía de una forma que no tardaron en considerar amistosa. Deseaban alcanzar su término cuanto antes; de lo contrario, les habría parecido una buena idea explorarlo con detenimiento.

Contra todo pronóstico, Magallanes llamó a la oficialidad de la *Victoria* y de la *Concepción* para debatir qué hacer. ¿Magallanes preguntando y buscando el consejo de los demás? Carvallo se santiguó cuando se lo dijeron. ¿El capitán general enloquecía por momentos? Pensaron que no, o quisieron creer que no, y allá se fueron, a la *Trinidad*. El consejo de capitanes estuvo formado por Serrano, Carvallo y Elcano de la *Concepción*, Duarte Barbosa y Vasco Gallego de la *Victoria*, y Magallanes, Espinosa y Francisco Albo de la *Trinidad*. Se encontraron presentes, además, Pigafetta, el sigiloso Enrique de Malaca y media docena de marineros de confianza, todos pertenecientes a la dotación de la capitana.

Pigafetta no podía ocultar su excitación y los oficiales más avispados lo utilizaron para leer en él lo que Magallanes tenía en mente. Sin duda, ambos hombres habían intercambiado pensamientos e ideas con anterioridad al consejo. Magallanes ocultaba perfectamente aquello que no quería transmitir, pero no así el vicentino.

—Estamos a punto, estamos a punto… —decía, sonriente y sin poder dejar de tocar a los marinos. No toques a esta gente, sobre todo a los vizcaínos, le habían advertido antes de embarcarse en Sevilla. A la gente de mar le sienta mal que la sobeteen.

—Señores —comenzó a explicar Magallanes no sin cierta solemnidad. Tenía

mala cara, como si llevara dos semanas sin pegar ojo—, esta mañana hemos podido comprobar que el sentido de la corriente cae hacia el oeste. Creemos que, categóricamente, estamos ante la señal que buscábamos.

Magallanes carraspeó y los hombres lo miraron. Se encontraban en el interior de su camarote, reunidos en torno a la mesa y, puesto que no había asientos para todos, con los oficiales de menor rango en pie. Albo y Elcano aprovecharon para saludarse. Llevaban casi tres meses sin verse las caras. Los hombres de pocas palabras se reconocen entre sí y se adjudican una categoría especial: la de los que son capaces de hacerse compañía durante horas manteniendo los labios sellados.

—Les he mandado llamar —continuó Magallanes—, porque ha llegado la hora de cubrir el último tramo del paso. Ahí delante, aguardándonos, se encuentra el otro mar.

—¿Estamos seguros de ello, capitán general? —preguntó, entonces, Duarte Barbosa.

—Estamos seguros —contestó Magallanes, con una firmeza que, no hay que negárselo, admiraba la oficialidad entera.

—Pues adelante.

—Si alguien quiere decir algo, si algún oficial desea realizar cualquier tipo de aportación, este es el momento, señores.

Magallanes contempló a los reunidos en su camarote. Uno a uno, les sostuvo la mirada mientras, en pie, apoyaba las manos abiertas en el borde de la mesa. Malaca se inclinó sobre su brazo izquierdo y le sirvió una copa de vino. Magallanes la tomó, se la llevó a la boca y añadió:

—Perfecto. La especiería está a la vuelta de la esquina. Lo hemos conseguido.

* * *

No tanto, aunque sí mucho. Aquel mismo día, el consejo decidió enviar por delante a un bote con seis hombres dentro. Explorarían en dirección al oeste y regresarían para informar. Ginés de Mafra y Domingo de Urrutia, marineros en la *Trinidad*, participaron en la pequeña expedición de reconocimiento. Espinosa, el alguacil mayor, fue el único oficial destacado en el bote. Prefirieron que los

oficiales marineros permanecieran sobre las naos disponiéndolo todo para la derrota final hasta la especiería.

El viaje del bote no tuvo especial relevancia. Fueron, vieron y regresaron. Así de sencillo. Se habría esperado mayor magnificencia en los seis expedicionarios que hallaron la salida al otro mar, pero no parecían tener el cuerpo para bailes.

Pasaron, en total, poco más de treinta horas fuera. Se turnaban en los remos y avanzaban hacia la desembocadura del río, o del canal, o del estrecho. Cada vez que lo mencionaban, que se referían al accidente que los conducía, lo llamaban de una forma distinta. Los españoles, siempre obsesionados por nombrar lo circundante, parecían obnubilados ante un esplendor que, sin duda, los superaba. Las gentes de mar son sencillas y nunca saben demasiado bien cómo tolerar la exuberancia.

Mafra se encontraba en la proa del bote cuando creyó ver el final. Se irguió, avisó al alguacil Espinosa y entornó los ojos para atisbar entre la niebla gruesa. Desde hacía tiempo, comprendían que la corriente los arrastraba, que la marea, por decirlo de alguna manera, bajaba y, con ella, el bote sobre el que se deslizaban. No podrían tener mejor pálpito.

—Ahí está —dijo el marinero jerezano. Así de simple, así de sencillo. Dos palabras para el hombre que primero vio el mar del otro lado. El hijoputa de Magallanes estaba en lo cierto, por todos los santos, lo estaba. Existía el paso del suroeste, ellos lo encontraron y ellos lo atravesaron. Debería alguien ponerle el nombre del capitán general, pues, a pesar de que no lo tragaban, le reconocían el mérito. Joder, lo hacían, como hace cualquier hombre de mar, cualquier marino al que los anhelos de descubrimientos y grandezas le atraviesen el corazón. Cualquier tipo medianamente decente.

—Es aquí —se sumó Espinosa. Se le había caído la mandíbula. A Espinosa, ni más ni menos. A uno de los pocos oficiales a los que jamás le temblaba el pulso. Allá estaba, como un niño ante un juguete nuevo. Extasiado, atónito, boquiabierto.

—¿Qué hacemos ahora, alguacil? —preguntó Urrutia.

—Dar media vuelta e informar —respondió, rápido, el aludido.

¿Qué otra cosa podían hacer? Su misión terminaba allí, pero calcularon que no les daba tiempo a regresar sin que la noche los sorprendiera antes. Pernoctarían a medio camino.

Remaron con cuidado hasta la ribera sur del río de las Sardinas. Buscaron

una cala tranquila y poco accidentada en la que el bote no corriera peligro de zozobrar. Cuando la encontraron, Mafra se echó al agua y sintió cómo un lecho de piedras sumergidas se le clavaba en las plantas de los pies. El agua estaba helada y olía a pescado vivo. Tras ellos, un enorme risco de roca dura se erguía imponente. Más allá, montañas que nadie había visto antes. Eran los primeros, siempre los primeros.

Buscaron leña y encendieron una hoguera para calentarse. Habían llevado unos pocos víveres con ellos y se entretuvieron royendo bizcochos enmohecidos y bebiéndose sus raciones de vino reconstituyente. Apenas cruzaron palabra alguna una vez que el sol se ocultó tras las montañas. Si experimentaron frío, más tarde no lo recordarían. Les quedó la sensación de que algo más grande que ellos, que la existencia misma, pendía sobre el minúsculo campamento. Dios, que había descrito con cuatro trazos la primera parte del estrecho, resolvió majestuosamente la segunda.

Con la primera luz del alba, regresaron al bote y remaron hasta el lugar donde las naos los esperaban. Informaron directamente a Magallanes. Sí, señor, tenía usted razón. Sí, señor, lo ha logrado, capitán general.

Nos rendimos ante su genio.

Las tres naos se pusieron en marcha. Navegaban extremadamente despacio, sin desplegar las velas y dejándose arrastrar por la suave corriente. Urrutia se ubicó en la proa de la *Trinidad* y fue cantando la ruta al piloto. Vaya por babor, pues parece que hay más fondo. Cuidado con esas rocas. Etcétera.

El 28 de noviembre, alcanzaron un cabo al que llamaron Deseado. El nombre lo dice todo. La niebla volvía a ser espesa y apenas tuvieron visibilidad en uno de los instantes más mágicos de sus existencias. Sin embargo, los marineros no necesitaban ver hacia el frente, sino hacia abajo. Las aguas, si uno sabe leerlas, proporcionan la información necesaria.

De pronto, el río de las Sardinas dejó de ser río. Había agua por todas partes y, tras dejar el cabo Deseado atrás, la tierra desapareció. Magallanes mandó que se largaran las velas de la *Trinidad* y los capitanes de la *Concepción* y de la *Victoria* hicieron lo propio. Soplaba una agradable brisa del sureste que infló el velamen y tiró de las naos. ¡Lo habían logrado!

Los hombres aguardaron expectantes durante media hora larga. Debían asegurarse de que no se trataba de una bahía interna más. Y, sobre todo, sabían que no mostrarían alborozo antes de que Magallanes lo hiciera.

Elcano observaba el horizonte desde la toldilla de la *Concepción*. Llevaba un

buen rato escrutando la niebla y apenas le cabían dudas: se encontraban en el otro mar. El Sordo, encaramado en los obenques, no se aguantó más y gritó a los cuatro vientos:

—¡Me cago en mi puta vida, maestre! ¡Lo conseguimos!

Como si le hubieran escuchado en la *Trinidad*, Magallanes, en un inusitado gesto en él, comenzó a estrechar las manos de la oficialidad e, incluso, a repartir algún que otro abrazo. Pigafetta, que no pudo reprimir por más tiempo su alegría, dio un viva al capitán general. La tripulación de la nao lo secundó de inmediato.

Rompieron a reír, y a saltar, y a felicitarse los unos a los otros. Hasta el más escéptico se vio obligado a rendirse ante el temperamento de Magallanes. ¿Cómo había sabido, sin verlo antes ni disponer de ningún relato previo, que el paso del suroeste existía de verdad? ¿Acaso creer fervientemente en algo consigue que ese algo, finalmente, se materialice? ¿Los estaba premiando el Señor?

Fuera como fuese, las tres naos con sus ciento cincuenta hombres a bordo se internaron en un mar inacabable. No sabrían, hasta meses después, en qué manera.

La *Victoria* lanzó dos lombardazos en señal de respeto y reconocimiento a Magallanes. La *Concepción*, de inmediato, la imitó. Todos los hombres sonreían. Se sentían exultantes, jubilosos, prendidos de un gozo y una dicha que ni siquiera reconocían.

Sería la última vez que la experimentaran, pues, en adelante, la desgracia y el infortunio se cebarían en ellos.

Pigafetta llamó la atención de Magallanes. El mar que se extendía frente a las proas, el que ya comenzaban a remontar en dirección norte, parecía tranquilo y pacífico. El capitán general resolvió, puede que sin pensárselo mucho, llamarlo de esta forma.

Se dispusieron a cruzar el océano Pacífico. La aventura continuaba.

29

La travesía del Pacífico

16 de marzo de 1521

EL PRINCIPAL problema al que se enfrentaban era que desconocían la dimensión real del océano Pacífico. Vasco Núñez de Balboa lo había descubierto tan solo siete años atrás, pero en Panamá. Se hacían una idea bastante clara de cuán lejos se hallaba aquella tierra. Por otro lado, Magallanes tenía la certeza de que la especiería se encontraba cercana al ecuador. Lo cual daba como resultado la ruta que los llevaría hasta su objetivo. Debían navegar hacia el norte y hacia el oeste. No habría pérdida.

De hecho, no la hubo. Estaban tan seguros de que no les quedaba nada, que ni siquiera se molestaron en detenerse y aprovisionarse de agua fresca y alimentos. Qué va, con lo que tenían, hasta el final. Y no fue debido a que carecieran de oportunidades. En cuanto abandonaron el paso del suroeste, las naos supervivientes enfilaron hacia el norte y navegaron próximas a unas costas que no siempre avistaban, pero que sabían que se ubicaban en su lado de estribor. No les habría costado demasiado esfuerzo costear durante dos o tres días y hacerse con lo que necesitaban. Solo que no lo necesitaban. Lo necesitarían, que es distinto. Y, para cuando cayesen en la cuenta de que habían cometido un error monumental, haría meses que habrían perdido la oportunidad de solventarlo.

Los primeros días de singladura en dirección norte fueron felices. Para todos, excepto para Guillermo, el gigante patagón que continuaba embarcado en la *Trinidad*. Durante el tiempo que duró la travesía del paso del suroeste, casi un mes, Guillermo se comportó como uno más. Ninguno reparó en que se trataba de navegaciones muy poco convencionales. Las naos se movían a velocidad pasmosamente lenta, las tripulaciones trabajaban poco o nada y las jornadas se sucedían en calma chicha. Fue a partir del cabo Deseado cuando las naos fueron

naos, en el sentido literal del término. Las velas se hincharon y las dotaciones comenzaron a laborar como se esperaba de ellas. A Guillermo, la cara se le debió de quedar a cuadros, pues se había hecho a la idea de que los barcos servían para algo que, al final, no fue. ¿De esto se trataba? ¿De surcar los mares a velocidades inhumanas? Pues sí.

Comenzó a ponerse pálido y a vomitar el desayuno. No le dieron mucha importancia, ya que a mucha gente que nunca había pisado la cubierta de un barco le sucedía. Ya se habituaría.

No solo no se habituó, sino que emprendió el camino contrario: cada día, Guillermo mostraba peor aspecto. Le salieron ojeras bajo los ojos y perdió bastante peso. Se le notaban las costillas, al pobre indio. Magallanes se apiadó de él y ordenó a Enrique de Malaca que le diera un vaso de vino de cuando en cuando. Tres, como mínimo, al día. Si el vino no lo retornaba a la vida, nada lo haría. A Malaca, aquella orden le supo a cuerno quemado. Era un esclavo, no se le escapaba, y tenía que obedecer a Magallanes aunque este le pidiera que saltara por la borda, pero ¿auxiliar a un indio primitivo? Eso era lo último.

Lo fuera o no, Malaca cumplió diligentemente y comenzó a darle vino del bueno, del que sacaba del tonel del capitán general, a Guillermo. No llevaba ni tres días haciéndolo cuando comprendió que el indio se extinguía por momentos. No lo había tratado gran cosa hasta entonces, pero el brillo que tenía en los ojos, el que le es propio a cualquier hombre, se le apagaba cada día más. Miserable diablo… No protestaba, ni se lamentaba. Se tumbó en un rincón de la cubierta principal, cerca de la proa, y se mantuvo allí hasta que le llegó su hora.

No le hicieron demasiado caso, es la verdad. La navegación, siempre a toda vela y con viento constante del sur, requería cada esfuerzo de los marineros. Si a eso se le sumaba que sentían que se acercaban a su destino y que, en consecuencia, la gloria y la fama se encontraban muy cerca, el desapego hacia Guillermo se acrecentó solo.

Únicamente Urrutia se echó a su lado y trató de cuidarlo. Desde que aquel alacrán le picara en San Julián, consideraba que le debía la vida. No consiguió salvársela, pero sí que mitigó el aislamiento de los días finales. Porque morir en la mar, morir en un barco pequeño y atestado de tripulantes, resulta, por paradójico que parezca, lo más solitario que existe. Los hombres no quieren saber nada con el que ya ha sido desahuciado. Se despiden de él, de buenas formas y con el debido respeto hacia el que ha sido un compañero durante años o décadas, pero no se lo asiste en la derrota final. No, pues ¿quién no les dice que

quien tira de los moribundos hacia el lado oscuro de la existencia no los pueda arrastrar a ellos siquiera por error? La gente es supersticiosa y la gente de mar, el doble que cualquiera.

Con todo, Urrutia no quería que la conciencia le remordiera más adelante. Se tumbó, pues, junto a Guillermo y le sujetó la cabeza mientras el gigante deliraba en su idioma natal. Cuando Malaca llegaba con el vino, Urrutia se lo quitaba de la mano e insistía en dárselo él. Para que lo bebiera poco a poco, decía. Malaca, que razonaba que así tenía una labor menos, le dejaba hacer sin rechistar.

Guillermo aguantó poco más de una semana a partir del cabo Deseado. Al final, ya no le quedaban fuerzas en su formidable corpachón. Urrutia derramó unas pocas lágrimas por él y lo tiraron por la borda sin demasiada ceremonia. Qué lástima… Tenía grandes planes para una vez que estuvieran de vuelta en casa. Se lo pensaba llevar a Lequeitio y allí buscaría el modo de que ambos se enrolaran en un barco pesquero. O quizás no, quizás se quedaran en Sevilla y buscaran empleo en otra nave expedicionaria. Tenían práctica en los confines del mundo, mucha más que cualquiera. El propio Guillermo era oriundo de uno de ellos.

No pudo ser. La tarde en la que lo arrojaron al mar fue en la que Magallanes tomó la decisión de virar hacia el noroeste, alejarse de la costa e internarse más y más en la profundidad del inmenso océano Pacífico[37].

* * *

Tras la pérdida de la *Santiago*, a Diego García de Trigueros lo destinaron a la *Victoria*, donde trabó buena amistad con Vasquito Gallego. El padre del chaval, el piloto Gallego, vio con buenos ojos aquella amistad. No todos los marineros eran de su agrado, pues en aquellas tripulaciones a la especiería terminó por recalar lo mejor de cada casa, pero el onubense le cayó bien desde el primer momento en el que lo trató. Y es que Trigueros tenía ese carácter bonachón y cachazudo que sembraba la serenidad en aquellos con los que trababa relación.

Los vientos y las corrientes empujaron a las naos a gran velocidad. El nuevo mar parecía tranquilo, sin borrascas ni tormentas que lo asolasen, siempre extenso, infinito y desierto en cualquier dirección. En tales condiciones, las labores de la marinería se simplificaban enormemente. Una vez que las velas recogían el viento, el piloto marcaba el rumbo y todos quedaban a la expectativa

de unas instrucciones que llegaban muy de cuando en cuando. Que si recoged esos cabos de ahí, que si revisad que el ancla esté bien amarrada, que si cerrad de una santa vez la escotilla de carga, no vaya alguien a partirse la crisma. La singladura se hacía sencilla y silenciosa, con los hombres distribuidos en turnos de doce horas, sin detenerse nunca, día y noche proa a la especiería.

La *Victoria*, pese al calafateado en seco que se le practicó en San Julián, volvía a hacer aguas. Lo normal, no vaya a pensarse algo distinto. De hecho, las tres naos se encontraban en idéntica situación y tan prevista estaba la circunstancia que contaban con bombas instaladas para extraer el agua que se iba depositando en las sentinas. Desde los primeros días de travesía por el Pacífico hasta la arribada, mucho tiempo más tarde, a Sevilla, a la *Victoria* habría que sacarle el agua día tras día, sin descanso, en un trabajo tan monótono e ingrato como agotador. La bomba se situaba en el lado de estribor de la cubierta principal, muy cerca del palo mayor. Por costumbre, y sobre todo cuando la nao estaba con todo el trapo largado, de la bomba se encargaban los grumetes y los pajes, más estos últimos que los anteriores. A fin de cuentas, evacuar agua no albergaba mayor misterio y hasta un completo idiota podría hacerse cargo de la tarea si tenía suficientes brazos para ello. Solo en caso de necesidad extrema, los marineros se dignaban a empeñarse en esta labor. Algo que, por cierto, también disgustaba a la oficialidad: preferían tener a un marinero desocupado y expectante ante lo que pudiera venir, que ocupado en tareas ignominiosas.

Así las cosas, Vasquito, junto al otro paje de la *Victoria*, un muchacho baracaldés llamado Zabaleta, se partía la espalda durante larguísimas jornadas en la bomba de achique. Los dos críos, curtidos como diez hombres de tierra adentro, mataban el tiempo jugando a los dados. Para lograrlo sin dejar de trabajar, seguían un sistema que les obligaba a confiar en el otro. Si no lo hacían, si uno dejaba de creer que el otro no le mentiría, el juego terminaba. Tan simple como que el que se hallaba libre era el único que, en definitiva, jugaba. Tiraba los dados, cantaba el resultado y los recogía sin que su contrincante tuviera oportunidad de verlos. Ocho, gano, decía, por ejemplo, Vasquito. Me debes cinco maravedíes. Al rato, era Zabaleta quien, en su turno de descanso y mientras Vasquito accionaba la bomba, lanzaba los dados y dirigía las apuestas. Te gano con un triste cinco, me cago en tu madre, exclamaba. Y Vasquito, sin ver, daba por bueno que así sucedía. Entre la marinería, las trampas y las marrullerías se encontraban al orden del día, pero ni Vasquito ni Zabaleta se engañaron nunca.

Trigueros, cuando le tocaba descanso, solía llegarse hasta el lugar donde los dos muchachos achicaban y se sentaba cerca. Comían bizcocho reseco, todos los días sin excepción, aunque confiaban en que fuera por poco tiempo y la especiería se localizara ya muy cerca. No se hablaba de otro asunto en las cubiertas. Del hambre y del inmensurable deseo de llegar al destino prometido.

—¿Qué dice el capitán? —preguntó Vasquito. Esta vez, le tocaba a él empujar la bomba de achique.

—¿Cómo voy a saberlo yo? —respondía Trigueros mientras mordisqueaba su bizcocho. En los primeros días de travesía tras dejar atrás el cabo Deseado, apartaban los gusanos y los tiraban por la borda. A medida que el viaje se alargaba, comenzaron a comérselos. Puede parecer repugnante, pero no tenían mal sabor del todo.

—Bueno, tú eres marinero, ¿no? —terció Zabaleta.

—¿Y qué? Los marineros no hablamos directamente con el capitán.

—A veces sí.

—Casi siempre no.

Trigueros descubrió los dados que Zabaleta guardaba en su mano derecha.

—¿Saben que apostáis? —preguntó.

—Oh, no pasamos de cinco maravedíes —respondió el muchacho encogiéndose de hombros. Y se atrevió a añadir—: ¿Quieres jugar?

Trigueros abrió una franca sonrisa en sus labios. Como a la mayoría de los expedicionarios, le faltaban varios dientes y el aire se le escapaba entre ellos al hablar. Con el tiempo, no hablarían, sino silbarían cada vez que intentaran articular palabra. Por suerte, ninguno llegó a viejo.

—Si el padre de Vasquito se entera de que apuesto contra vosotros, me corta los cojones —dijo Trigueros.

—Solo son cinco maravedíes —repuso Vasquito mientras empujaba la bomba y el agua estancada de la sentina ascendía y se desparramaba por la borda —. Ni siquiera ponemos el dinero. Llevamos la cuenta, es todo.

Llevar la cuenta era el modo habitual en el que jugaban a bordo, lo cual suponía un entretenimiento adicional además del juego en sí mismo. Cada hombre llevaba, en su memoria y sin ayuda de anotaciones escritas, la cuenta de lo que adeudaba a los demás y la de lo que los demás le adeudaban a él. Muchos eran analfabetos, pero todos sabían contar dinero. No se habrían embarcado con los sueldos a liquidar tras su regreso a casa si no lo supieran.

—Me vendrían de perlas, pero no —dijo Trigueros refiriéndose a los cinco

maravedíes del envite propuesto por Vasquito. Los tripulantes procedentes de la *Santiago* habían debatido mucho al respecto, y hasta levantaron una cuestión ante el capitán general de la expedición, y, por fin, el lance quedó aclarado: dado que la nao en la que zarparon se había hundido, sus sueldos dejarían de percibirse desde ese día maldito. O dicho de otra manera: en adelante, navegaban de balde.

—¿Dónde está la especiería, Trigueros? —preguntó, entonces, Vasquito.

—Pues no muy lejos de aquí. Todo hacia el oeste.

—¿En aguas cálidas?

—Las más cálidas del mundo. O eso dicen. La verdad es que ninguno de los que vamos ha estado allí antes. Pero Magallanes conoce bien la ruta, pues anduvo cerca en el pasado.

—Ojalá lleguemos pronto. Estoy harto de servir en esta dichosa bomba.

—No es el peor trabajo a bordo.

—Te cambio, Trigueros.

El onubense volvió a sonreír. Tenía migas de bizcocho en la barba y comenzó a recolectarlas pacientemente con dos dedos para dar cuenta, también, de ellas.

—Vosotros no sabéis encaramaros a las vergas —soltó, no sin ánimo de provocar, a los dos chicos.

—¡Eh! —tragó, de inmediato, el anzuelo, Zabaleta.

—¡Sí que sabemos! —protestó Vasquito.

La discusión no fue más allá porque Domingo, un grumete que en ocasiones ayudaba a Vasquito y a Zabaleta en las tareas de achicado, se acercó. Tenía un pésimo aspecto y se dejó caer sobre las tablas de la cubierta.

—Traes mala cara —le dijo, siempre amable, Trigueros.

—Se me está cayendo el pelo —explicó Domingo—. Y apenas tengo fuerzas.

—Eso es porque estamos trabajando muy duro desde hace varias semanas.

—¿Y lo del pelo también? No sé, creo que me siento muy mal…

—La verdad es que estás muy pálido. Anda, descansa un rato. ¿Cuándo tienes que reincorporarte?

—¿Reincorporarme? No, no, ahora debería estar trabajando. El contramaestre ha visto cómo se me doblaban las piernas y me ha dicho que me siente un rato. Debería volver cuanto antes…

—No te preocupes, varios marineros están de brazos cruzados. Te suplirán

sin dificultades.

Vasquito había dejado de accionar la bomba y Trigueros alzó las cejas para recordarle que no podía detenerse o la *Victoria* comenzaría a hundirse.

Domingo se echó hacia atrás y se tumbó, cuan largo era, sobre la cubierta. Trigueros y los dos pajes lo miraron sin decir palabra. Tenía razón en lo del pelo. Distinguieron varias calvas en su cabeza, del tamaño de una moneda cada una de ellas. Trigueros se acercó, le pasó la mano por la cabellera y se llevó un buen mechón.

—Joder… —dijo.

Y eso era todo. Levantaban la mirada hacia el horizonte y la dejaban un buen rato allí. Nadie protestaba, pues ¿contra qué podrían hacerlo? No consideraban que las desgracias de cada cual fueran culpa de alguien distinto. Si Domingo había enfermado, se trataba sencillamente de un golpe de mala fortuna. Cruzaban los dedos para que se recuperara cuanto antes. Y si no lo lograba, como sería el caso, lo llevarían con tristeza, como corresponde, pero también con la entereza propia de los que le han visto el envés estriado a la vida.

Tampoco se lamentaban demasiado. Si acaso, el que se hallaba sufriendo, pero poco más. ¿Qué arreglarían haciéndolo? Eso no significaba que aceptaran sin rechistar los infortunios, sino que, más bien, economizaban fuerzas. Quejarse en vano desgasta innecesariamente.

Zabaleta se guardó los dados en un bolsillo y Vasquito Gallego continuó accionando la bomba de achique hasta que llegó la hora del relevo. Intercambiaron posiciones y Vasquito miró por la borda. El océano se alargaba hacia el poniente. La superficie del agua, límpida y azulada, comenzó a verse surcada por una miríada de peces que saltaban sobre la superficie. Saltaban y volaban, como gritó, desde la cofa, el marinero destacado en labores de vigía. ¡Peces voladores por estribor!, exclamó. Y muchos corrieron a ser testigos del espectáculo. Otros no. Otros se quedaron donde estaban, incluso sin hacer nada. Miraban las velas y el viento, y eso les bastaba. ¿Peces voladores? Hemos visto tantas cosas que ya se nos han llenado las retinas. No tenemos espacio para más, por mucha maravilla que se nos presente delante.

Así, lo grandioso y lo minúsculo se daban la mano. Un banco de peces volaba por encima del agua y acompañaba a la *Victoria* en su viaje prodigioso. Al tiempo, un grumete al que el pelo se le caía a mechones se encogía para morir. ¿De qué? De enfermedades, por supuesto. De lo que barre las cubiertas de

las naves en tránsito y obliga a los capitanes a abreviar: saben que, si no se dan prisa, no les quedará tripulación para alcanzar su destino.

—¿Dónde queda la especiería? —volvió a preguntar Vasquito todavía admirando el abismo dorado.

—Al oeste —respondió, una vez más, Trigueros.

—¿Cuánto al oeste? —insistió Vasquito.

—Dicen que la encontraremos a una semana de viaje. Dos, a lo sumo.

—Domingo no la verá.

—No.

El grumete, aún más acurrucado si cabe, comenzó a sangrar por los dientes. A ratos tosía, aunque nada que los perturbara en exceso. Moría con la docilidad con la que lo hacen los tipos que han nacido para cruzar un océano. No se rebelan, porque han vivido más que cualquiera. Ni les preocupa su herencia. ¿Acaso poseen algo más que su propio pellejo? Pervive un cierto honor en las muertes acaecidas en alta mar. Una dignidad que a nadie escapa, ni siquiera al capitán de la nave: podría no haberte mirado a la cara jamás, pues no eras nadie y nada merecías; y a tu muerte ahí lo tendrás, tieso y serio porque el último adiós a un marinero se da siempre en pie.

Arrojaron su cuerpo por la borda aquella misma noche.

* * *

Eran hombres solos y solitarios. Casi ninguno de ellos estaba casado. Menos aún, tenía familia. No, el mar te lo exige todo. Te enrolas de niño y ya no das marcha atrás. Te conviertes en un marino, o un marinero, como quiera cada uno. Y navegas hacia los lugares en los que no ha estado nadie y porque no ha estado nadie. ¿Quién ha descubierto un lugar semejante, por pequeño e insignificante que sea? Pues piénsese en el océano Pacífico, en su inmensidad desamparada, en el núcleo de la soledad permanente.

Eran hombres solitarios que, sin embargo, nunca permanecían solos, pues se tenían los unos a los otros. No en un sentido figurado, sino literal. Siempre, a bordo de una nao atestada, había un hombre más cerca de lo que en tierra sería considerado razonable. Se rozaban constantemente y se habían acostumbrado a ello. De hecho, muchos, tras una travesía de meses o años, bajaban a tierra y, una vez en el muelle, no hallaban el camino hacia ninguna parte. Los pies se les

pegaban a las maderas del embarcadero y no sabían cómo continuar. Tomemos un vaso de vino en la taberna más cercana. Sí, pero ¿cómo se llega?

En cambio, sobre la cubierta de la nao, la soledad absoluta, la más increíble ausencia que jamás haya podido experimentar un hombre, se volvía del revés, se convertía en alboroto, sentido y contacto. Hasta al capitán se lo rozaba más de lo que habría sido sensato. Pero el capitán no protestaba, ni separaba los labios para recriminar nada a los suyos. Un hombre haciendo lo que se espera de él en una nao mercante es un hombre que roza y siente a los que están a su lado, y no en sentido literal, que también, sino figurado.

A bordo, la soledad podía ser espantada una vez que se había sentido con una presencia tan abrumadora que nadie que no haya marchado tan lejos puede imaginar. Sobre las cubiertas de la *Trinidad*, de la *Concepción* y de la *Victoria*, ciento cincuenta hombres sabían perfectamente que nadie se hallaba más solo que ellos, pues soledad era lo que se extendía en incontables leguas a la redonda.

Sin embargo, constituían una pequeña multitud.

* * *

Pigafetta había adquirido la costumbre de sentarse en el castillo de proa de la *Trinidad* y atisbar, desde allí, el tramo de inmenso mar que en las horas siguientes cubrirían. Aseguraba que quería ser el primero en ver, pero a los hombres aquello no les convencía demasiado. ¿Ver qué? ¿La especiería? ¿Qué ganaba viéndola antes que nadie? ¿Recibiría quinientos maravedíes extraordinarios por descubrir las islas deseadas? ¿Él? ¿Él, que no había movido un dedo para que las naos navegaran hasta allí? La hipótesis de los quinientos maravedíes hizo fortuna entre la dotación de la *Trinidad* y muy pronto saltó a la *Victoria* y a la *Concepción*. Podían pasarse días, incluso una semana entera, sin contacto directo entre las unas y las otras, sin acercarse y sin parlamentar pues las instrucciones de Magallanes eran claras y sencillas: todo hacia el noroeste y con la *Trinidad* estableciendo el rumbo. Si tenían que decirse algo, aprovechaban la última hora de la tarde. A diferencia de como sucediera en el Atlántico, en el Pacífico no se gritaban salves vespertinas de saludo al capitán general. Este adujo que así se haría por no perder tiempo, y puede que parte de razón tuviera, aunque no toda: los vientos soplaban tan favorables y el clima les acompañaba tanto que habían decidido navegar también de noche y a la luz de la luna; sin

embargo, a nadie se le ocultaba que Magallanes, tras perder dos naos, había rebajado un tanto su fiereza.

El 24 de enero, habían cubierto más de mil setecientas leguas[38] desde que abandonaran el paso del suroeste. Esa jornada, tras el mediodía, Pigafetta vio recompensados sus esfuerzos y fue el primer expedicionario en avistar tierra. Dio el grito que normalmente les está reservado a los vigías, lo dio a pleno pulmón y en un castellano sin acento que no contribuyó a que las antipatías hacia él menguaran.

—Menudo idiota —aseveró Ginés de Mafra. Como todos los marineros de la *Trinidad*, hablaba entre dientes para que sus palabras no llegaran a ningún oficial. No le habrían reprochado nada, pues Pigafetta tampoco era demasiado querido entre la oficialidad, pero por si acaso.

—Un idiota de los pies a la cabeza —le secundó, a su lado, Domingo de Urrutia. Los dos amigos faenaban en la vela del trinquete, de modo que se hallaban a muy escasa distancia del vicentino. Lo vieron saltar sobre las tablas del castillo de proa y apretaron los labios. Tras casi año y medio de travesía, el cretino de Pigafetta no había aprendido que a bordo no se salta aunque las cien mil pulgas de la bodega hayan decidido devorarte por los pies.

Pero sí, tierra a la vista. Ahí la tenían, la especiería. A todos los hombres les entró un cosquilleo en las entrañas.

Francisco Albo, contramaestre de la *Trinidad*, mandó que se recogieran las velas. De inmediato, la marinería obedeció la orden. Para entonces, Magallanes ya había salido de su camarote y sorteaba los cuatro escalones que separaban la cubierta principal del castillo de proa.

—¿Qué tenemos, amigo mío? —preguntó con voz grave.

—Nuestro destino, querido capitán general —respondió, raudo y sonriente, Pigafetta—. Permítame que sea el primero en darle la enhorabuena. Los tiempos que han de venir serán los…

—Alto —cortó Magallanes sin miramientos.

Pigafetta se quedó con la palabra en la boca y una sonrisa a medio evolucionar en el semblante. No pareció, con todo, excesivamente perturbado por los modales de Magallanes. A fin de cuentas, viajaba sin trabajar y cobrando. Si, de cuando en cuando, se hacía necesario soportar esto o lo otro, merecía la pena.

Frente a la proa de la *Trinidad* se extendía una isla de, calcularon, una legua de ancho. Carecía de montañas o elevaciones y, tras la zona de playas, de un luminoso color blanco, se extendía una gran mata de árboles. Desde la distancia, no distinguieron personas.

—Agrupemos a las naos —ordenó.

Agrupar las naos era una instrucción un tanto eufemística que significaba que se enviaran señales a la *Victoria* y a la *Concepción* para que, tras acercarse estas a la *Trinidad*, lanzaran botes al agua y sus capitanes remaran. Magallanes tenía algo que decirles.

La *Victoria* y la *Concepción* detuvieron su marcha y se deslizaron suavemente sobre la superficie de un mar plácido. Fue entonces cuando los vieron por primera vez. Elcano se encontraba en la proa de la *Concepción* y miraba en dirección a la *Trinidad*. Bajó la vista y descubrió innumerables arrecifes sumergidos a escasa profundidad.

—¡Cuidado al avanzar! —gritó para advertir al piloto Carvallo—. ¡Escollos por todas partes!

—Mierda —farfulló el capitán Serrano al oírlo. Y, levantando la voz, añadió —: ¿Lo ha oído, piloto?

—¡Palabra por palabra! —repuso Carvallo. Asía el pinzote con fuerza y pidió al Sordo que se fuera a una de las bandas para que observara y le guiase.

—¡Parece que por estribor vamos bien! —gritó este.

—Hay que ir hacia la *Trinidad*, piloto —dijo Elcano—. Nos están haciendo señales.

Muy despacio y dejándose llevar por el impulso, la *Concepción* cubrió, en las aguas transparentes y con los arrecifes visibles bajo ellas, la distancia que los separaba de la nao capitana. La *Victoria*, gobernada por Vasco Gallego en el pinzote, hacía otro tanto. Se había corrido la voz de que varios tripulantes de esta nao se encontraban mal de salud. Algunos, de hecho, ni siquiera podían caminar y permanecían tumbados en un rincón de la cubierta. El propio piloto Gallego tenía un aspecto lamentable. Se le habían hinchado las encías y hablaba con dificultad. Sin embargo, continuaba guiando el barco. Un piloto del rey es un piloto del rey.

Tras echar sendos botes al agua, los capitanes Serrano y Barbosa remaron, como se les había ordenado, hasta la *Trinidad*. Cada uno de ellos llevaba consigo a su maestre y a su piloto.

A bordo de la *Trinidad*, Magallanes convocó un consejo informal sobre el

propio castillo de proa. En rigor, cualquier reunión debía realizarse en el camarote, pues solo así se garantizaba que las opiniones dadas por los oficiales permanecieran en secreto y lejos de los oídos de los hombres. Con todo, aquel día no pensaban tomar decisiones relevantes y, además, hacía bastante calor. Magallanes mandó que Enrique de Malaca les ofreciera unos vasos de vino y todos aguardaron pacientemente a estar servidos. Después, hablaron.

—¿Qué opinan, señores? —preguntó, directo, el capitán general.

Los oficiales no quitaban ojo de la isla. Elcano llevaba media hora sin apartar la mirada de la costa. Fue el primero en opinar.

—Que no hay nadie en este lugar —dijo.

—Eso mismo pienso yo —secundó, de inmediato, Magallanes.

—Mal asunto —dijo Carvallo.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó Magallanes. Había vuelto la cabeza hacia el piloto Gallego, al que una gota de sangre le resbalaba por la comisura de los labios.

Vasco Gallego se llevó los dedos a la boca y, acto seguido, los separó para averiguar a qué se refería el capitán general. Vio la sangre y sintió un ligero mareo.

—Perfectamente, señor —respondió antes de dar un largo trago a su vaso de vino—. Continúe, por favor.

—Bien —aceptó Magallanes—. Es obvio que necesitamos un pequeño descanso. Las tripulaciones se encuentran exhaustas, como a nadie se le oculta. Según mis cálculos, ya deberíamos haber llegado a la especiería. No obstante, dudo mucho de que esa isla que está ahí delante sea parte de nuestro destino.

Magallanes consultaba las opiniones de sus oficiales de este modo tan poco flexible: realizaba una afirmación taxativa y aguardaba el posicionamiento a favor o en contra de los demás. Poco sutil, pero firme y efectivo.

En esta ocasión, no hubo voces discrepantes. Elcano, que apenas tomaba la palabra salvo que se tratara de asuntos relacionados con la travesía, volvió a ser el primero en apuntillar al capitán general.

—Creo que está en lo cierto —dijo—. La isla parece deshabitada, luego no es la especiería.

—Con todo —intervino el capitán Barbosa—, deberíamos buscar la manera de desembarcar.

Magallanes miró de uno en uno a los oficiales y, por fin, asintió.

—De acuerdo. Serrano, costee con la *Concepción* y encuéntreme el lugar

adecuado para echar pie a tierra. Le doy dos horas.

Serrano, Elcano y Carvallo apuraron de un trago sus vasos, agradecieron, más protocolariamente que de otro modo, el honor y saltaron a su bote.

Puesto que estaban en la víspera de la festividad de San Pablo, así bautizaron a la isla[39]. No fue un nombre que cuajara. A los propios españoles terminó por olvidárseles.

* * *

No tardaron ni veinte minutos en comenzar a cumplir la orden. Sabían que no se trataba de una extravagancia más de Magallanes: si los había apremiado para que realizaran un raudo reconocimiento era porque a la jornada no le quedaban demasiadas horas de luz y resultaría una temeridad permanecer tan cerca de una isla sin saber a ciencia cierta qué podían esperar de ella.

Lo supieron rápido, pues a la *Concepción* no le costó demasiado rodearla por completo. Las sospechas que todos albergaban se confirmaron. Si aquel lugar se encontraba habitado, los indios habrían corrido a ocultarse en la espesura del bosque que, al parecer, cubría el territorio por completo. Para desgracia de los expedicionarios, comprobaron que los arrecifes no solo no se espaciaban, sino que, al otro lado de la isla, se volvían más y más tupidos y hasta asomaban sus crestas por encima de la superficie del mar. Tenían grandes problemas, con las tripulaciones enfermando cada día y la escasez de agua y alimentos haciéndose patente y hasta imperiosa, pero no pondrían en peligro sus barcos intentando una recalada a todas luces demencial.

—¿Y si echamos unos botes al agua y lo intentamos? —preguntó el Sordo.

—Correremos el mismo peligro —respondió Elcano—. Los arrecifes nos cierran el paso en cualquier dirección.

—Joder, no me diga que no podemos reponer agua…

—No.

Si hubieran ido sobrados de fuerzas, quizás habrían intentado algo distinto. A lo mejor merecía la pena arriesgarse con un único bote. Quién sabe. Por desgracia, las fuerzas flaqueaban, tanto que precisamente ese era el motivo de que estuvieran dispuestos a arriesgar más de lo debido.

Aquella misma tarde, a bordo de la *Victoria*, moría Gonzalo Hernández, herrero andaluz de la nao. Como varios en la expedición, en los últimos días

mostró los síntomas de la enfermedad[40] que los asolaba. Además de las encías sangrantes, a Hernández los brazos y las piernas se le colmaron de manchas purpúreas y fue perdiendo poco a poco la capacidad de mantenerse en pie. Apenas se podía mover cuando la muerte le sorprendió. Ni siquiera le dio tiempo a llamar a alguno de la tripulación. No podría haber hecho nada para curarlo, pero ¿a quién no le satisface una oración en sus momentos finales? Hernández se murió solo, pese a que estaba rodeado de hombres. Cuando se dieron cuenta de que había expirado, comenzaba a anochecer. Fue Vasquito Gallego el que le sacudió un hombro para preguntarle si quería un poco de vino. Hernández llevaba un buen rato tieso. Vasquito se quedó acuclillado junto a él y, tras un rato observándolo, le cerró los ojos. Hernández siempre se había portado bien con él. Cuando estuvieron en la bahía de San Julián, construyeron una herrería en tierra. El herrero le prometió que le forjaría un buen cuchillo en sus ratos libres. Por desgracia, Magallanes lo obligaba a trabajar día y noche, de manera que mucho tiempo no le sobró. No obstante, el tipo cumplió y le forjó un cuchillito muy bien equilibrado. No le digas a nadie que te lo he hecho yo, le pidió Hernández, conocedor de que la envidia era el peor de los pecados al que se abandonaban los marineros. Y se abandonaban a muchos.

Caía la noche cuando el capitán general, más desolado de lo que quiso aparentar, ordenó que la flota largara velas y abandonaran las inmediaciones de la isla de San Pablo. La especiería no debía de estar lejos. Puede que un poco más al noroeste. Calcularon que se ubicaban muy cerca del meridiano que atravesaba Cipango. Dios santo, ¿y si se pasaban de largo?

* * *

En febrero, se quedaron sin agua y comenzaron a beberse su orina. Si algo podía ir mal, iba mal. Los víveres que transportaban en las bodegas se encontraban podridos y tomados por los gusanos. Dedicaban largas horas a desgusanarlos, aunque no para deshacerse de los bichos, sino para comérselos aparte. Las ratas de la sentina se cotizaban como un suculento manjar y los hombres que todavía guardaban fuerzas para cazarlas amasaron una pequeña fortuna. Nadie entre las oficialidades se opuso. Ni siquiera el capitán general, que no podía dejar de observar con horror cómo las gentes bajo su mando trataban con roedores muertos.

El cuarto día de ese mes, divisaron una nueva isla. Esta vez, ninguno la tomó, antes de tiempo, por la especiería. Al igual que en San Pablo, lo que tenían frente a ellos parecía un islote aislado y deshabitado. Con todo, puede que hubiera agua dulce, y quizás cocos, de manera que no desdeñaron la posibilidad de desembarcar.

En la *Victoria*, habían muerto dos hombres más. De las tres tripulaciones, con diferencia era la que peor se hallaba. Barbosa aprovechó la recalada en las inmediaciones de aquel islote desconocido para enviar un mensaje a Magallanes: Mire usted, ahí delante tendremos lo que Dios haya decidido ponernos en nuestro camino, pero a mí se me mueren los hombres de dos en dos. ¿Qué hacemos?

Magallanes no dio respuesta a la nota de Barbosa. Simplemente, apretó su alma un poco más. Si estuviera en su mano, habría dado lo que fuera para que los hombres recuperaran la salud. Pero ya había repartido su propio vino y los víveres personales que transportaba la *Trinidad*. En los días sucesivos, comería gusanos y se bebería su propia orina, como uno más.

Varios hombres decidieron cocer cuerdas y sacos. Los ponían a remojo en agua de mar durante cinco o seis días y, después, los cocinaban en esa misma agua salada. No resultaba un guiso sabroso, tan siquiera alimenticio, pero no por ello renunciaban a él. Se saltaron muchas muelas en aquellas cenas de esparto hervido mezclado con polvo de bizcocho rancio.

En la *Concepción*, subieron a la cubierta un barril de carne seca en avanzado estado de putrefacción. Carvallo se preguntó en voz alta cómo demonios podían haber sido tan descuidados como para permitir algo semejante. Los marineros que tenían fuerzas contestaron algo por lo bajo, aunque ninguno se esmeró demasiado. ¿Qué ganaban con ello? Lamentarse no servía de nada. En su lugar, volcaron el tonel y esparcieron el nauseabundo contenido sobre las tablas. Los olores a bordo de una nao que llevaba año y medio de travesía no eran precisamente suaves, y los hombres se encontraban acostumbrados a casi todo. Sin embargo, el hedor que despedía la carne seca putrefacta superaba lo anteriormente experimentado y más de uno fue presa de arcadas y convulsiones. Hubo gente que se abalanzó sobre el vómito de sus compañeros.

El piloto Vasco Gallego se las arreglaba como podía para continuar en el pinzote, por mucho que los síntomas de su enfermedad fueran, cada día, a más. El cuerpo se le había plagado de manchas violáceas y las costillas podían contársele sin dificultad bajo la piel. Se pasaba las jornadas descamisado,

práctica que muchos expedicionarios habían adoptado debido al intenso calor, y nunca aceptó que se le relevara en el pinzote antes de la hora en la que finalizaba su turno. El propio Elcano le rogó que descansara, pues enfermo o muerto no les servía de nada; el piloto respondía que qué ejemplo le estaría dando a su hijo Vasquito si todo un piloto del rey se rendía ante una adversidad que, por otro lado, afectaba a cualquiera. Seguirían hasta morir o vencer, aseguró.

Vasquito, por su parte, se mantenía más o menos sano. Por supuesto, había adelgazado tanto como el resto de tripulantes. No obstante, los síntomas de la enfermedad no habían aparecido en él. Un buen día, subió a la cubierta con el papagayo que embarcara en la bahía de Guanabara. Lo había guardado en la bodega y suponía el último animal vivo que, salvo las ratas, llevaban a bordo. De un golpe de muñeca, Vasquito le partió el cuello al papagayo y lo coció para que su padre pudiera comer caliente por primera vez en quién sabe cuánto tiempo. El pájaro, una vez desplumado, no era nada del otro mundo, pero el caldo que obtuvieron de él llegó para que prácticamente toda la tripulación se diera una pequeña alegría.

Con las tres naos detenidas en las inmediaciones de la isla recién descubierta, Magallanes mandó que la *Concepción*, como había hecho en San Pablo, costeara para buscar un lugar en el que desembarcar. Media hora más tarde, la nao, con una sola vela largada, navegaba muy despacio en torno al islote. Descubrieron un paraje quizás más pequeño que San Pablo pero prácticamente idéntico: playas de arena dorada, frondosos bosques de cocoteros, ninguna elevación montañosa y una miríada de arrecifes sumergidos que impedía cualquier intento de acercamiento a tierra.

—Vamos a probar con un bote —dijo Elcano. Se encontraban al otro lado de la isla, fuera del ángulo de visión de la *Trinidad* y la *Victoria*. El paraje, del que advirtieron que tenía forma de casco de barco, no se extendía ni una legua de distancia. Un maldito atolón desértico, se dijeron. Y lanzaron el bote al agua.

Junto a Elcano, subieron a él dos marineros: el Sordo y García. Los dos preguntaron para qué se disponían a tomarse la molestia, a lo que Elcano ni siquiera respondió.

Remaron con suavidad en aquellas aguas de color turquesa y trataron de buscar un canal submarino que les permitiera alcanzar la costa. Se hallaban ya en una zona en la que apenas cubriría la altura de un hombre cuando Elcano, asomando medio cuerpo en la proa del bote, distinguió la maraña de corales que poblaba el fondo marino. Sospechaba que, a medida que se fueran acercando a la

playa, los corales brotarían hacia la superficie y les impedirían el paso. Sin embargo, no tuvieron tiempo de llegar tan lejos. Primero uno y después infinidad de ellos, Elcano contempló cómo bajo la quilla se desplegaban silenciosos tiburones más largos que la eslora del bote.

—Joder —dijo.

—¿Qué pasa? —preguntó el Sordo sin dejar de remar.

—Estas aguas están infestadas.

Se demoraron dos horas quietos, flotando en las aguas límpidas y aguardando a que los tiburones se marcharan. No lo hicieron y permanecieron dando vueltas en torno al bote durante el tiempo que ocuparon en averiguar que los arrecifes de coral cercaban y guardaban el islote.

No podían acceder a la playa, aunque quizás lograran que el viaje no hubiera sido en vano. Acercándose de nuevo a la *Concepción*, pidieron que les lanzaran un anzuelo de gran tamaño. Los tenían a cientos en la bodega de la nao, aunque apenas los habían utilizado hasta entonces. A los expedicionarios no les gustaba demasiado pescar y preferían roer un trozo de carne seca antes que comer peces. ¿Tenían ahora más posibilidades?

Ante la perspectiva de algo de comida, en la cubierta de la *Concepción* se montó un pequeño barullo. Varios marineros rebuscaron en la bodega y, además del anzuelo que les pedían, encontraron un arpón fabricado por el herrero durante la invernada en San Julián y una ballesta. De esta última solo conocían el funcionamiento teórico, pues ningún marinero suspiraba por usarlas. Si había que empuñar sí o sí un arma, preferían las escopetas. Tampoco eran excesivamente diestros con ellas, aunque el estruendo del disparo bastaba en muchas ocasiones.

Mientras un buen número de miradas los observaban desde la cubierta, Elcano, el Sordo y García se dispusieron a pescar un tiburón. Para ello, se separaron un poco del casco de la *Concepción* y, usando un pedazo de cuero reseco a modo de cebo, lanzaron el anzuelo sujeto al cabo más fino que encontraron.

Varios tiburones descomunales se aproximaron y tocaron el anzuelo con el hocico. Elcano sostenía el cabo con las dos manos y miraba hacia abajo. A su lado, García aguardaba armado del arpón y el Sordo hacía lo propio con la ballesta. Los dos marineros asistían, entre optimistas y espeluznados, a la pesca del gran tiburón. Elcano les había dicho que, en cuanto uno de los animales picara en el anzuelo, él tiraría de la presa hacia arriba y ellos deberían rematarla.

Si no actuaban los tres al mismo tiempo, difícilmente conseguirían sacarlo del agua.

Transcurrió un buen rato hasta que apareció un tiburón curioso. Los tres expedicionarios aguardaron de rodillas en el bote, sin moverse, sin hablar entre ellos, con la mirada fija en las decenas y decenas de poderosos animales que nadaban debajo. Elcano ayudó a atrapar el tiburón, pues, cuando este abrió las fauces para probar el sabor del trozo de cuero, tiró con energía hacia arriba y prendió el anzuelo en la monstruosa dentadura del animal. El tiburón, que se vio atrapado, comenzó a debatirse con inesperada fuerza, tanta que Elcano, con el cabo entre las manos, se vio impulsado hacia el agua.

—¡Sordo! —aulló. El tiburón se sacudía casi fuera del agua y levantaba espuma.

El Sordo se inclinó hacia delante y apuntó con la ballesta. Tenía la enorme aleta dorsal del escualo, rematada con una mancha de color negro, a seis palmos de su rostro. El animal enfiló con la mirada al marinero antes de que este apretara el disparador del arma. No sintió el menor remordimiento al hacerlo.

El proyectil salió disparado a una velocidad increíble y se clavó en el costado del tiburón.

—¡Le he dado! —exclamó el Sordo.

—¡Ayúdame! —le replicó Elcano, quien veía cómo el tiburón, pese a estar herido y haber comenzado a sangrar con profusión, continuaba debatiéndose.

El Sordo hizo lo que el maestre le pedía y, tras dejar la ballesta en el fondo del bote, agarró el cabo del anzuelo. Las cuatro manos que ahora lo asían se encontraban endurecidas por callos que llevaban ahí años y años. Al menos, no experimentaban dolor. Eso sí, el formidable animal continuaba tirando y tirando de ellos hacia el fondo del mar. Y eso sí que dolía. Apretaban los dientes como si en aquello les fuera la vida.

—¡García! —llamó Elcano. Los coletazos del tiburón los habían empapado de los pies a la cabeza. De momento, lo sostenían. Por suerte, el anzuelo parecía firmemente clavado en la boca de la fiera y los interminables tirones no habían logrado desgajar la carne. Pero esta situación no duraría siempre—. ¡Vamos, García! ¡Arponéalo!

El marinero de la *Concepción* se lo pensó un poco antes de lanzar el arpón. No temía fallar, pues a aquella distancia parecía imposible, aunque si no herir con profundidad al escualo y matarlo.

—¡García, por tu madre! —gritó el Sordo, quien tenía sus manos a medio

palmo de la superficie del agua. En la cubierta de la *Concepción*, continuaban expectantes y hasta los más enfermos se habían incorporado para seguir la acción.

García, de rodillas pero con la espalda recta, levantó el arpón y sacó la lengua, puede que para apuntar mejor. Aguardó, aguardó un poco más, escuchó los bufidos que lanzaban Elcano y el Sordo y, por fin, se decidió.

Fue un golpe audaz. García había extendido el brazo en toda su extensión y apoyó el peso del cuerpo a la hora de proyectarlo contra el tiburón. Cuando abrió los dedos y soltó el arpón, este todavía no se había clavado en la carne del escualo, pero poco le faltaba. Escuchó el sonido que realizó al penetrar delante de las branquias. El animal se debatió todavía más furibundo y, tras tres o cuatro coletazos, perdió impulso y se detuvo. Una gran mancha de sangre surgía de él y teñía el agua translúcida.

—Joder, joder… —dijo, exhausto, Elcano. Sin soltar el cabo del anzuelo, se dejó caer de espaldas en el fondo del bote.

—Hijoputa —rezongó el Sordo imitando al maestre. Respiraba con agitación —. ¿No podías darte más prisa o qué?

García no respondió nada. Continuaba asomado por la borda del bote y alargó un brazo para sujetar el arpón. Después, intentó alzar el tiburón muerto, pero pesaba demasiado. Comerían pescado durante varios días.

Un rato después, varios marineros de la *Concepción* lanzaron cabos para que ataran la pieza. A continuación, y con gran esfuerzo, la izaron a bordo. Cuando eso sucedió, el capitán Serrano ordenó que la abrieran en canal y que cada hombre bebiera un sorbo de sangre. El resto, lo repartirían con los tripulantes de las demás naos.

Una hora más tarde, habían regresado al otro lado de la isla. La llamaron de los Tiburones[41] y la dejaron atrás aquella misma jornada.

Continuaban desolados.

* * *

La salud del piloto Vasco Gallego fue deteriorándose paulatinamente y, a finales de febrero, tuvo que ceder su puesto en el pinzote. Se negó a hacerlo, pero cuando lo descubrieron de rodillas y aferrado a él, le dijeron que debía descansar. El propio capitán Barbosa se vio obligado a salir de su camarote y

encararse con su oficial. Hágame usted el favor de hacer todo lo que esté en su mano para recuperarse cuanto antes, le espetó, más desesperanzado que otra cosa.

Solo así Vasco Gallego accedió a tumbarse en un rincón de la cubierta principal de la *Victoria*. Los enfermos, que entonces ya superaban generosamente la docena, se apiñaban próximos a la proa, en un lugar poco transitado por la marinería en sus maniobras, si es que un lugar así existe a bordo de una nao.

Vasquito Gallego dedicó aquellos días a cuidar de su padre. El contramaestre, por indicación del capitán, le había relevado de sus labores cotidianas para que se dedicara a asistir al piloto y, si acaso, también al resto de los enfermos. Nadie se llamaba a engaño y Vasquito tampoco: los hombres que enfermaban terminaban muriendo. Podían tardar más o menos tiempo, pero desde que llevaban cruzando el vasto océano Pacífico, expedicionario que contraía la enfermedad, expedicionario que acababa palmándola.

Entre otras muchas cosas, no sabían qué hacer para ayudarlos. Si tuvieran alimentos, se los habrían dado. Más o menos lo mismo que con el agua dulce. Sin embargo, apenas les quedaba nada. En esta tesitura, los enfermos se tumbaban y ya no volvían a levantarse. Por suerte para ellos, un sopor extraño los tomaba y, sumergidos en él, recorrían los últimos pasos hasta la expiración.

Vasco Gallego falleció el último día del mes. Vasquito fue quien lo descubrió a primera hora de la mañana. Tenía los ojos cerrados y el rictus torcido. El niño llamó la atención de un marinero y este, acto seguido, la del contramaestre. Entre varios hombres, se aseguraron de que el piloto estuviera realmente muerto. Cuando terminaron de reconocerlo, todos le dieron el pésame a Vasquito, quien con inusitada entereza lo aceptó. Algo más tarde, el capitán Barbosa le explicaría que podía llorar tanto como quisiera, que nadie a bordo se lo reprocharía pues se le había ido un padre. Vasquito respondió que muchas gracias, pero que las lágrimas no le brotaban. Y era cierto: lloraba, lloraba a raudales, pero siempre por dentro. Intentó hacer lo que el capitán le había indicado, sacarse el dolor de las entrañas, volverlo del revés, entregárselo al aire, pero no pudo. Se le quedó muy dentro y sería para siempre.

No, no derramó ni una sola lágrima y los hombres de la *Victoria* lo observaron admirados. Se acababa de ganar, ya para siempre, un lugar entre ellos, de igual a igual, de marino a marino. Tenía nueve años.

Al caer la tarde, se celebró el funeral por el alma del piloto. Si las

circunstancias hubieran sido otras, puede que se le hubiera dispensado un trato más digno de su posición. Un piloto, a efectos prácticos, era el tercero de a bordo, tras el capitán y el maestre. Por desgracia, las circunstancias eran las que eran y se limitaron a rezar una oración. La *Victoria* avanzaba a buena velocidad, recorrían más de sesenta leguas cada jornada y el viento soplaba constante desde popa. Si finalmente existía algún destino al que arribar, algo que comenzaban a dudar, lo alcanzarían el día menos pensado.

En tal tesitura, amortajaron el cuerpo del piloto como buenamente pudieron. No se hacía en todos los casos, pero sí en este: el capitán ordenó que sacaran su mesa del camarote y la llevaran a la cubierta principal de la nao. Allí, Vasco Gallego fue depositado por cuatro marineros y se lo veló durante casi una hora. Tras la muestra de respeto y con la dotación al completo presente, el capitán Barbosa alabó el carácter indoblegable del piloto fallecido. Dijo que así eran todos, que así se les había forjado el carácter: buenos tíos que hacían su trabajo tan bien como eran capaces. No cualquiera podría afirmar algo igual.

Luego, los mismos cuatro marineros que lo depositaran sobre la mesa, lo levantaron y lo arrojaron por la borda. La *Victoria* rompía olas a velocidad vertiginosa.

* * *

Por fin, un poco de suerte.

El 6 de marzo, volvieron a avistar tierra. Y esta vez, montañosa. Desde que el vigía de la *Trinidad* la descubriese y diera el aviso, los bosques densos y elevados llamaron la atención de los expedicionarios. A ninguno se le escapaba que la frondosidad vegetal y el agua dulce solían venir de la mano. Además, a medida que se aproximaban a las costas, examinaban las aguas transparentes y no distinguían, al menos de momento, arrecifes de coral. Experimentaron un buen pálpito.

Que no les duró demasiado, pues apenas habían tenido ocasión de acercarse a las playas cuando, de pronto, decenas de piraguas ocupadas por nativos desnudos fueron lanzadas al agua. Todas, sin excepción, portaban un balancín en el lado de estribor. Al parecer, los nativos utilizaban los balancines para sortear el fuerte oleaje costero. O eso dedujeron.

Las tres naos habían recogido las velas y permanecían expectantes. En un sentido completo, pues los hombres que podían mantenerse en pie dejaron lo que estaban haciendo para apoyar las manos en las bordas y observar el espectáculo.

—¿Pero qué demonios…? —comenzó a preguntarse Urrutia desde la toldilla de la *Trinidad*.

Un capitán más avispado habría ordenado que organizaran la defensa de las naves. No en vano, se les acercaban, ¿cuántos?, ¿doscientos nativos? Como poco, pues Pigafetta llegó a contar más de treinta piraguas y en ninguna remaban menos de seis tipos. Un capitán más despierto habría ordenado la defensa, pero allí no estaban para más. Permanecieron boquiabiertos bajo el sol abrasador. Ninguno llevaba camisa, ni zapatos. Lucían barbas de náufragos, pelambreras sucias y raídas, los esqueletos casi al aire bajo una piel cuarteada por la sal y el calor.

Por fin, alguien tuvo lucidez suficiente como para levantar la escotilla de carga, descender a la bodega y buscar una escopeta. Los nativos parecían demasiados, pero al menos se los veía bien alimentados. ¿Enemigos? Bueno, no exactamente. No dirían que portaran armas. No, al menos, que pudieran distinguir desde las cubiertas. Los indios remaban en dirección a ellos, eso era todo.

—Capitán —dijo Elcano en la *Concepción*. Los acontecimientos habían sorprendido a las naos inusualmente cerca las unas de las otras. Por lo común, evitaban arrimarse demasiado para no entorpecerse en las maniobras.

—¿Quiénes son? —preguntó, a modo de respuesta, el capitán Serrano. Ambos oficiales se situaban en el lado de babor de la *Concepción* y, como los demás tripulantes, seguían las evoluciones de los singulares nativos.

—Indios —respondió Elcano. No era amigo de verbalizar lo obvio, pero el capitán Serrano parecía necesitarlo. No se lo reprochaba, pues la capacidad de raciocinio se le había lentificado a la mayoría.

Los indios, varones muchos aunque también distinguieron a algunas mujeres, tenían aspecto de malasios: pieles morenas, ojos rasgados y adornos florales tanto en la frente como en el cuello y en los brazos.

—¿Serán hostiles? —preguntó un cada vez más ensimismado Serrano.

—¿Capitán? —replicó Elcano.

Serrano se pasó una mano apergaminada por el rostro. Cuando la retiró, todavía tenía los ojos entornados. Sentía un cansancio infinito.

—Tiene razón —dijo. Y volviéndose hacia su segundo, completó—: Vaya a

por las armas.

Pronto, en las cubiertas de las tres naos hubo hombres armados de escopetas. La *Concepción*, que era la que más cerca se hallaba de la playa y a la que se dirigía gran parte de las piraguas, dispuso a dos marineros, Ruiz y el Sordo, en la proa. Además, Elcano empuñó un arma y se situó en la toldilla. Serrano completaba la guardia armada colocándose en la principal.

—¡Hola! —exclamó este último cuando los nativos se hallaron a corta distancia.

Nadie en las piraguas respondió. Los indios utilizaban remos cortos y los iban alternando de lado en lado de la embarcación.

—¿Van armados? —preguntó el Sordo en la proa.

—¡No lo parece! —respondió Elcano desde su lugar en la toldilla. Los expedicionarios observaban con estupor a los recién llegados. Se comportaban de una manera un tanto inhabitual. A lo que los españoles estaban acostumbrados cuando arribaban a una nueva tierra, era a que los habitantes de la misma los recibieran bien o mal. Casi nunca, por no decir nunca, existía un punto intermedio. Hostiles o amistosos. Sin embargo, los indios que ahora se les acercaban por cientos parecían… Necesitaron un buen rato para comprenderlo. Indiferentes, he ahí la palabra. No les prestaban demasiada atención y actuaban como si las naos estuvieran desiertas.

De hecho, nadie en su sano juicio habría trepado por los cabos que colgaban de las bordas sin que los de arriba les dieran permiso antes. Por muy indios que fueran y muy alejado de todo que estuviera su país, el sentido común es eso, común. No vayas allá donde no te llaman sin tener, antes, la menor idea de dónde te metes.

Los nativos de aquella tierra, sin embargo, lo hicieron. Ascendieron, ágiles como serpientes, a las cubiertas y, una vez allí, tan siquiera miraron a los cada vez más estupefactos expedicionarios.

—¿Han trepado a las otras dos naos? —preguntó Serrano.

—¡Sí, capitán! —respondió el Sordo con la mirada fija en un lugar que Serrano no podía distinguir—. ¡Son muchísimos!

—Que nadie se distraiga, ¿de acuerdo?

Como para hacerlo. La horda de nativos comenzó a pasearse por las cubiertas de la *Concepción* como si aquella fuera su casa. Observaban con los ojos muy abiertos, pero su mirada no se fijaba en las personas, sino en los objetos. Les parecía muy llamativo lo que los españoles portaban a bordo de su

nave y no dudaban en tomarlo, examinarlo detenidamente y, si lo juzgaban interesante, guardárselo para ellos.

No habían transcurrido ni diez minutos desde que pusieran los pies a bordo y la mayoría ya acumulaba un pequeño botín consistente en cabos, herramientas, escudillas, cubos y pequeñas piezas metálicas que encontraban aquí y allá.

Fue Elcano quien decidió que hasta ahí podían llegar. Esta vez, no consultó al capitán y tomó él la iniciativa.

—¡Atrás! —exclamó dando un empujón con el codo a un indio que llevaba en las manos un caldero de cobre que utilizaban para hervir agua, un cucharón de hierro y una vasija aceitera sin aceite dentro—. ¡Dame eso!

Elcano dejó la escopeta sobre las tablas de la cubierta y arrebató el tesoro al indio. Se trataba de un hombre de unos cuarenta años y delgado. Delgado al modo en que un hombre normal suele serlo, no como los famélicos expedicionarios se encontraban.

El nativo, lejos de enfadarse, se encogió de hombros y, sin prestar más atención a Elcano, continuó con su vagabundeo por la *Concepción*. Cuando el maestre depositó los utensilios en un rincón para recobrar su escopeta, dos indios más surgieron de los cabos que colgaban de la borda. Miraron a Elcano, se dijeron algo en su jerga y decidieron arramplar con los pertrechos recién recuperados.

Por primera y única vez en los tres años que duró la expedición, Elcano perdió los nervios. Consideraba exasperante la actitud que mantenían los indios. Virgen santa, les estaban ¡robando! Delante de ellos, en sus mismas narices, exentos de pudor. Subían a sus naves sin pedirles permiso y se llevaban sus cosas.

—¡Basta! —gritó Elcano mientras levantaba la escopeta, apuntaba hacia el cielo y apretaba el disparador.

El fogonazo y el estruendo siempre habían bastado para contener hasta al más pintado. Sin embargo, a estos ladrones no los detenía nada. Puede que uno o dos se agacharan un poco y hasta pronunciaran unas palabras sorprendidas, pero de ahí no pasó. Continuaron con lo suyo, deambulando libres por la nao y quedándose lo que les llamaba la atención, sin que las armas españolas los impresionaran.

Elcano, si cabe más atónito que antes, miró al lugar donde se situaba el capitán Serrano. Alzó las cejas para que este comprendiera su estupor.

En la *Victoria*, alguien disparó al aire. Un instante después, otro fogonazo

restalló en la *Trinidad*.

—¡Sordo! —llamó Elcano.

El Sordo forcejeaba con dos indios que trataban de llevarse una de las sierras que guardaban en la proa.

—¡He dicho que me la devuelvas! —insistió mientras asía la escopeta con una mano y, con la otra, tomaba del brazo a un nativo.

Entre Ruiz y él consiguieron recuperar la herramienta. Los indios pretendían quitársela, pero no se empeñaban demasiado: si los españoles insistían, la entregaban y buscaban algo más sustancioso que llevarse.

—¡Maestre! ¡Nos roban!

—¡Empezad a sacudirlos!

Lo hicieron y, sacando fuerzas de donde no había, comenzaron a pelear contra los asaltantes. O algo por el estilo, pues los indios no se defendían. Si acaso, retrocedían un tanto contrariados, y hasta ofendidos, por el hecho de que los recién llegados no se dejaran robar abiertamente. ¿Para eso venís los extranjeros? ¿Para no dejaros arrebatar todo?

Durante un momento, y en mitad de su ofuscación, Elcano percibió lo contradictorio de la situación: eran ellos, que no tenían ni un mendrugo que llevarse a la boca, los que estaban siendo robados miserablemente por una horda de indios sanos y bien alimentados.

Y aún no habían descubierto los toneles llenos de brillantes baratijas que guardaban en las bodegas.

Las peleas, tras la orden de Elcano, arreciaron aquí y allá. Por suerte, los indios no devolvían los golpes, sino que se limitaban a esquivarlos o a zafarse de ellos. Si hubieran pretendido hacerles daño, lo habrían logrado sin esfuerzo. Los españoles apenas conseguían tenerse en pie, por el amor de Dios… Golpeaban muchas veces al aire, en una lucha lenta, agotada y sin acierto. No supieron qué cerca habían estado del sucumbimiento hasta que, días más tarde, se detuvieron a pensarlo.

Por fin, la horda de nativos los venció. Ellos jamás lo reconocerían, aunque así sucedió. Les quitaron muchos objetos. Ninguno de un valor excepcional en sí mismo, pero sí útiles para su día a día. Tinajas con ungüentos, muelas de afilar, anzuelos, cuchillos, cadenas, sacos de esparto, velas, pesas de hierro, ganchos, cajas con tachuelas dentro, frascos vacíos, lozas, ollas, brea sólida, gubias, pipetas y hasta los compases y los astrolabios de los pilotos. Se lo llevaron todo, los muy ladinos. De la *Trinidad*, incluso el chinchorro. Entre cuatro indios, dos

de los cuales estaban gordos, lo lanzaron por la borda. Les debió de parecer que les vendría de perlas para salir de pesca. Magallanes, que vio cómo se lo hurtaban, ordenó que comenzaran a echar nativos por la borda y que si tenían que matar a alguno, que no dudaran en hacerlo.

No fue necesario, porque los indios comenzaron a replegarse cuando consideraron que ya habían conseguido lo que querían. En la *Victoria*, se encaramaron al aparejo y treparon hasta la cofa. Varios nativos la examinaron concienzudamente y discutieron entre ellos si merecía la pena arrancarla de cuajo para llevársela. Concluyeron que no y comenzaron a descender. La poca práctica hizo que uno de ellos, un tipo con el pelo canoso y cara de no haber roto un plato en su vida, se resbaló y cayó sobre la borda desde una altura considerable. Los suyos lo miraron sorprendidos y continuaron sustrayendo a destajo. El deslomado se levantó palpándose la osamenta y allá se marchó, muy digno pero con algunas costillas rotas.

Se fueron como habían venido: sin ocultar sus intenciones, ajenos a cualquier subterfugio. Dejaron a los expedicionarios un tanto pasmados, por lo que de inusual había tenido aquella situación. ¿Qué diantres ocurría? ¿Por qué?

Elcano en la *Concepción*, Magallanes en la *Trinidad* y Barbosa en la *Victoria* ordenaron que se listara todo lo hurtado por el ataque de los ladrones. Ocuparon lo que les restaba de día en lograrlo. Primero, porque ni siquiera recordaban del todo qué guardaban a bordo. Y segundo, debido a aquel agotamiento general en el que se veían sumidos.

Bienvenidos a la isla de los Ladrones[42], dijo un marinero de la *Victoria*. La denominación, por motivos obvios, cuajó.

* * *

A la mañana siguiente, 7 de marzo, las oficialidades mantuvieron una breve conversación a bordo de la *Trinidad*. Ni siquiera llegó a consejo, pues nadie tenía nada a lo que oponerse y, por una vez en lo que llevaban de expedición, el sentir de los presentes se aparecía coincidente.

Decidieron que, antes de nada, buscarían un lugar para bajar a tierra. Necesitaban agua, la necesitaban de forma imperiosa. También alimentos que no estuvieran podridos y algo de calma. Tenían, quizás esto fuera aún más

importante que lo anterior, los nervios deshechos. Y que les hubieran robado hasta las cucharas de madera no contribuía demasiado.

Costearon lentamente en dirección norte y, contra lo que era habitual en ellos, sin separar unas naos de otras. Si los volvían a atacar, que los sorprendieran juntos. Nada parecido tuvo lugar y consiguieron hallar una pequeña playa sin arrecifes en las inmediaciones ni chozas a la vista. Parecía desierta.

La *Concepción* se acercó a escasa distancia de la playa y permaneció allá con las velas recogidas. Durante una larga hora, observaron en silencio. El sol caía con justicia y los expedicionarios sintieron cómo los labios se les agrietaban y comenzaban a sangrarles.

Por fin, el capitán Serrano dio la orden de lanzar el bote al agua y desembarcar. En el primer viaje, que sería de reconocimiento, bajaron Carvallo, Elcano, García y Ruiz. Portaban escopetas y, aunque no se escuchaba nada distinto al canto tranquilo de los pájaros, encendieron las mechas y pusieron mucha atención en que no se les apagaran. Se encontraban hartos. Si su suerte estaba echada y debían morir en la isla de los Ladrones, lo harían, pero llevándose a unos cuantos por delante.

No fue necesario. Cuando Elcano saltó sobre las olas que rompían en la playa, sintió la suavidad de la arena bajo los pies. A diferencia de lo que habían creído, el paraje no se hallaba deshabitado y distinguieron a unos cuantos nativos en el linde de la playa y el impenetrable bosque.

—Parece tranquilo —señaló, con todo, Elcano. Todavía tenía el agua en los tobillos. Comenzó a caminar hacia el interior y sujetó con fuerza la escopeta. Lo observaban atentos desde las cubiertas de las tres naos.

—Vamos —dijo Carvallo saltando al agua y siguiendo a Elcano.

Los dos oficiales sujetaron la proa del bote y aguardaron a que los marineros pusieran pie en tierra. Después, los cuatro inmovilizaron la embarcación y comenzaron a caminar hacia el interior.

Los indios que observaban desde el fondo de la playa ni se inmutaron. Ni parecían agresivos, ni se los distinguía armados. Sencillamente, se limitaban a mirar con la curiosidad del que descubre una especie hasta ahora desconocida de monos. Tampoco se mostraban inquietantes, mucho menos agresivos. Por si acaso, los expedicionarios los dejaron en paz cuando pasaron cerca de ellos. Uno estiró un brazo para intentar asir la escopeta del Sordo, pero este le dedicó una

mirada que lo disuadió. Intercambiaron unas cuantas palabras entre ellos que mostraban más desconcierto que animadversión.

No muy lejos, encontraron un riachuelo de aguas claras. Los cuatro hombres se miraron entre sí y, tras arrodillarse, bebieron a conciencia. Elcano repetía que lo hicieran despacio, no fuera a darles un mal, pero ninguno le hizo caso. Tampoco él bebió con comedimiento, sino más bien sumergiendo la cabeza entera en el caudal y sorbiendo bajo el agua.

Tras unos minutos, la alegría que experimentaban no les cabía en el pecho. Carvallo trató de correr de regreso a la playa, aunque de tan débil que se encontraba, tropezó y cayó cuan largo era. Los indios, que continuaban por allí, lo contemplaron sin demasiado interés. Acto seguido, Carvallo se incorporó, caminó hasta la orilla y disparó al aire para darles la buena nueva: id desembarcando, que aquí hay lo que precisamos.

Salvaron la vida, dicho sea con total certeza. Dos horas y media después de que lo hicieran los cuatro de la *Concepción*, todos los expedicionarios, a excepción de los retenes de guardia, se restablecían en la playa. El panorama no podía ser más desolador: ciento y pico hombres deshechos, muchos de ellos al borde de la muerte, caminaban hasta el riachuelo y se hundían él. Saciaron la sed de manera tan apresurada que no fueron pocos los que se quedaron sin aliento y hubo que reanimarlos a golpes en la espalda.

Más tarde, exploraron las cercanías y encontraron cocos, manzanas, melones y chirimoyas. Se habían caído de los árboles y arbustos en los que crecían, y no llegarían para todos, pero se los llevaron y los repartieron. También dieron cuenta de frutos silvestres, de flores, de crujientes hojas frescas y de, en general, cualquier cosa que les pareciera comestible. Se tragaron los insectos a miles, en una recolecta en la que se entretuvieron durante el resto de la jornada. Aquellos bichos de aspecto repugnante les parecieron el manjar más delicioso que habían probado en sus tristes y lamentables existencias.

Un puñado de expedicionarios no consiguió desembarcar. Teniendo en cuenta que diez o doce hombres que tan siquiera podían caminar fueron empujados a los botes y conducidos a tierra firme, intúyase su estado: respiraban y poco más. Elcano y Carvallo, los únicos expedicionarios en pie sobre la playa, enviaron un bote con cocos y limones salvajes. En un momento en el que las tripulaciones se rindieron, los dos hombres decidieron que en ningún caso cederían. La travesía del Pacífico los había menguado como jamás habrían

sospechado. Y, sin embargo, continuaban. Continuaban porque cualquier otra opción se consideraba mortal.

Decenas y decenas de marinos tumbados en aquella playa de arenas milagrosas los observaron. Elcano y Carvallo, muy juntos el uno del otro, dirigían antes de que en verdad les tocara dirigir. Como un presagio, sí.

* * *

Al anochecer, regresaron a las naos. Magallanes, que había caído en un profundo agujero durante el día, se rehízo casi por completo. Se acercó a Elcano y a Carvallo, ambos en la orilla y organizando el transporte de frutos y agua dulce a los tres barcos, y farfulló algo por lo bajo. No le entendieron, aunque supusieron que, de algún modo, se estaba disculpando. No se lo tendrían en cuenta y el capitán general volvería a ser el mismo hasta el final. ¿Cómo? Fiero, ingobernable, atroz y capaz de dar la existencia misma por cada uno de los hombres bajo su mando. Conocía a cada expedicionario por su nombre de pila. Exigía que se le comunicara quién había fallecido y en qué circunstancias. Sabía que a un capitán se lo respetaba no por su brutalidad, sino por la entereza ante las dificultades.

Fue la primera noche tranquila en mucho tiempo. Los nativos no regresaron y, al alba del 8 de marzo, los expedicionarios comenzaron a sentirse un poco mejor. La comida y el agua les habían sentado bien. Ojalá contaran con carne fresca, pero a tanto no llegaban. Magallanes reunió a los capitanes en la *Trinidad* e informó de que se enviaría una partida a tierra para recuperar lo que les habían robado. De inmediato, su oficialidad más dispuesta dio un paso al frente. Espinosa, Serrano, Carvallo, Elcano, Barbosa y algunos más se ofrecieron para comandarla. El capitán general, quizás afectado por su comportamiento del día anterior, aseguró que le correspondía a él encabezar la columna de castigo. Se iría sin miramientos, a recuperar lo robado sin reparar en las consecuencias.

Al final, la fuerza de combate estuvo conformada por cuarenta y cinco hombres. Magallanes, por primera vez en más de año y medio, se calzó su coraza metálica completa. Portaba una espada con la empuñadura finamente labrada, dos dagas y una escopeta cargada. Tras él, una tropa extraída de entre las marinerías de las tres tripulaciones. No se solicitaron voluntarios, aunque nadie se negó a ir cuando se lo pidieron. De alguna manera poco explicable, el

robo de lo que les pertenecía los había humillado más de lo que creían que fueran capaces a esas alturas.

Se vieron obligados a realizar dos viajes para que todos los combatientes pudieran reunirse en la playa. No las tenían todas consigo: continuaban débiles y, aunque para disparar las escopetas no hacía falta demasiada fuerza, temían que los nativos, viéndose atacados, respondieran a la desesperada. Magallanes, he aquí un hecho incontestable, se transformó una vez que todos tuvieron los pies en la arena cálida. El capitán general pasaba por ser un marino excepcional, pero no lo era. Magallanes sabía pensar, urdir, especular. Y sabía situarse al frente de unos hombres que van a la batalla. Era el guerrero por excelencia. Lo demostraría en aquella playa.

No hubo arengas. En la isla de los Ladrones, batallaron los hombres de armas, el alguacil Espinosa y los ocho lombarderos que todavía se mantenían en pie. También estaban Elcano, por supuesto, y Carvallo, Mafra, el Sordo, Urrutia, Trigueros, Ruiz, García, Navarro y bastantes más. Conformaban una fuerza desigual, aunque compacta. El capitán general los había armado hasta los dientes. Cada uno llevaba una escopeta con cincha para colgársela a la espalda, cinco balas, pólvora y estopa, una ballesta con diez saetas y, esto a elegir, una lanza corta. Se sentían incómodos con tanta carga, pero Magallanes adujo, con buen criterio, que de alguna forma tenían que compensar su inferioridad numérica. Se moverían muy despacio, a cambio de lo cual resultarían invencibles.

Los lombarderos, por su parte, desembarcaron dos piezas de artillería de la *Trinidad*. En principio, el capitán general los animó a bajar dos lombardas. Un guerrero no podría haber pensado de otra manera. A lo grande, para destruir a nuestros enemigos. Los lombarderos, desde el principio, supieron que la idea de Magallanes no podía resultar más errada. Sin ponerlo en evidencia, sugirieron que con un par de falconetes, mucho más ágiles y manejables que las pesadas lombardas, se arreglarían mejor una vez en tierra. Con ellos, podían cargar, apuntar y disparar a una velocidad de vértigo. Sí, claro, no causaban tantos estragos entre las filas enemigas, pero una bala bien apuntada podía arrancarle la cabeza a tres hombres antes de perder efectividad. Magallanes, al que el ardor le consumía el pecho pero no era tonto, replicó que de acuerdo, que los que sabían de artillería eran ellos.

Por fin, se lanzó el ataque. Se hizo despacio porque no podía ser de otra manera. Los cuarenta y cinco expedicionarios, con Magallanes siempre a la

cabeza, portaban tantos pertrechos que cada paso dado en la arena se convertía en un suplicio. Los indios los vieron aproximarse mucho antes de que se encontraran a la distancia adecuada para entrar en acción. De hecho, dirían que hasta los aguardaron con aquella cara de pasmados que tanto los sacaba de quicio. Daban ganas de advertirles de que más les valía espabilarse, pues estaban a punto de recibir una lección.

Poco a poco, más y más nativos se reunieron a media distancia de los españoles. Expectantes y siempre observadores, caminaban desnudos y sin armas. ¿Qué le pasaba a esta gente?, se preguntaron por enésima vez. Su manera de conducirse siempre les resultaría inescrutable. En fin, les habían robado y ellos venían a recuperar lo que les pertenecía. Tampoco había que saber latín para comprender que la razón absoluta caía de su lado.

—Carvallo —llamó Magallanes una vez que la columna de castigo se hubo situado a veinte pasos de distancia de los nativos. Tenían chozas a sus espaldas y podían distinguir a mujeres y a niños tan desnudos y boquiabiertos como los varones—. Sea tan gentil de informar a estos indios de que queremos que nos devuelvan lo hurtado.

Los cuarenta y cinco combatientes hacían tintinear toda la cacharrería que llevaban encima.

—Como ordene, capitán general —repuso, de inmediato, el piloto de la *Concepción*. Tuvo un gesto de consideración hacia los indios, y compréndase esto como el deseo que albergaban de no pelear salvo que no les quedara otro remedio: lanzó su exigencia primero en castellano y después en portugués, no fuera a ser que estos indios ignoraran el primer idioma pero comprendieran el segundo. No hubo suerte, en cualquier caso—. Queremos que, de inmediato, nos sean retornadas todas nuestras posesiones.

Los nativos lo miraron como se mira a lo alto del cocotero: nos interesa, pero no lo suficiente como para pasarnos el día con esto.

Visto lo visto, Magallanes no se anduvo por las ramas. Ellos ya habían cumplido. Ahora, que los nativos se atuvieran a las consecuencias.

—Disparad la artillería —ordenó.

Los lombarderos trajinaron mientras los indios los observaban tranquilamente. No cabía duda de que no tenían ni la más remota idea de qué era un falconete ni para qué servía. Lo aprendieron de inmediato.

Los falconetes, a diferencia de las lombardas, podían ser rotados sobre un eje vertical que le otorgaba al artillero la capacidad de girarlo y apuntar con absoluta

precisión. A bordo, los utilizaban para disparos cortos y afinados. Por ejemplo, si una embarcación adversaria se situaba a dos brazas de tu casco y le querías enviar un recadito.

—Atención… —dijeron los lombarderos mientras inflamaban la pólvora de los falconetes. Apuntaron a las cabañas más cercanas.

Juzgarían días más tarde que los indios ni supieron de dónde provenía la destrucción que se cernió sobre ellos ni lo adivinarían jamás. Simplemente, el fuego de las armas españolas les resultaba indescifrable.

Los dos bombazos levantaron las techumbres de las chozas. Una de ellas se vino abajo casi de inmediato y aullidos de dolor y espanto brotaron de su interior. Los indios comenzaron a comprender las intenciones de los expedicionarios. Y, cuando lo hicieron, iniciaron un acercamiento más con la intención de exigirles explicaciones que de batallar. Los expedicionarios, por su parte, no se anduvieron con medias tintas.

—¡Atacad con todo! —exigió Magallanes lanzándose él, espada en mano, hacia el frente. Combatía el primero de la línea y eso, se quiera o no, suponía el acicate necesario que unos hombres que no eran guerreros precisaban.

Los españoles se desplegaron por la playa y comenzaron a atacar en una formación extendida. Los nativos no oponían excesiva resistencia y la mayoría aceptaba retrasarse cuando los expedicionarios empujaban. Solo de cuando en cuando algún indio se les encaraba. Entonces, y haciendo buena la orden dada por Magallanes, disparaban las ballestas y las escopetas. Cuando el primer nativo cayó muerto en la arena, lo pisotearon y prosiguieron con el avance.

Entraron en las casas y, con paciencia, fueron recuperando todo lo que les habían sustraído. La verdad era que no se habían molestado en ocultarlo, ni en llevárselo lejos o fuera del alcance de los españoles. Los nativos no parecían comprender los rudimentos del hurto cabal. Y no conseguían borrarse aquel rictus pasmado de sus rostros, como si no comprendieran que los españoles sencillamente pretendían recuperar lo que era suyo. Urrutia, que fue de los primeros en entrar en las casas de los indios, aventuró la posibilidad de que estos no comprendieran el significado de la propiedad. Solo de esta forma podrían aceptar como sensata su errática manera de conducirse.

Recuperaron hasta el chinchorro de la *Trinidad*, porque les pertenecía y no aceptaban dejarlo atrás. Varios ladrones se pusieron a discutir airadamente y hasta a tirar del chinchorro en dirección contraria. Se los veía enfadados por el

comportamiento de los españoles. Iracundos, incluso. Levantaban las manos sobre la cabeza, realizaban aspavientos y, creyeron, les mentaban la parentela.

El Sordo se hartó y disparó su escopeta. Uno de los indios que se hallaba frente a él se desplomó con una herida de bala en el pecho. Ni se lo creía. Después, el sevillano empuñó la ballesta y aulló desde el estómago:

—¿Quién es el siguiente? ¿Quién es el siguiente?

Ninguno, pues los indios se echaron hacia atrás y buscaron el refugio del bosque. Durante la media hora siguiente, los expedicionarios se dedicaron a apilar sus utensilios y herramientas en la orilla. Mafra se puso a los remos de uno de los botes y, tras cargarlos en él, comenzó a reembarcarlos. De momento, llevaría la carga a una de las naos y después ya verían cómo se la repartían.

Al rato, los nativos regresaron. Esta vez, traían las manos llenas de alimentos que les ofrecieron a los españoles. Magallanes, que continuaba con su coraza de cuerpo entero enfundada y que, a causa de ello, sudaba como un animal, se negó en redondo a que sus hombres aceptaran las ofrendas.

—Pueden estar envenenadas —aseguró, aunque ni siquiera él mismo se lo creía. No existe peor contendiente que el contendiente desconcertante. Por eso, lo único que, llegado aquel momento, deseaban, era partir de allí cuanto antes.

Se produjeron algunos conatos más de lucha en varios rincones de la playa. Aquí y allá se forcejeaba y hasta se disparaban las escopetas mientras que donde la oficialidad verificaba lo recuperado los mismos indios insistían una y otra vez en que les aceptaran unos frutos que, por otro lado, tenían un aspecto fabuloso.

A muchos españoles comenzó a dolerles la cabeza y Magallanes, que instaba a que nadie aceptara ningún regalo, ordenó que la tropa fuera regresando a las naos. Habían matado a los ladrones que perseveraban en su latrocinio. Un puñado y nada más, pero los suficientes como para que algo de rencor sí les guardaran. ¿A qué venían, pues, las ofrendas?

Por fin, los expedicionarios fueron reembarcados. Se lo llevaron todo y no dejaron nada en la playa. Magallanes, junto a Carvallo y Espinosa, se quedaron para el final. Elcano insistió en que el capitán general fuera evacuado antes, pero este reclamó quedarse: no sería él quien dejara a sus hombres tras de sí.

Aquella tarde largaron velas y se dispusieron a partir. Los indios, que parecían comprenderlo, lanzaron sus piraguas con balancín y, por cientos y cientos, se aprestaron a perseguir a las tres naos españolas. Gritaban Dios sabe qué mientras remaban como posesos. Desde las cubiertas, los observaron en silencio. Barbosa en la *Victoria* y Serrano en la *Concepción* ordenaron que

marineros armados se repartieran a lo largo de las bordas y que se mantuvieran atentos. Magallanes, ni eso: aseguró que ya había pasado el peligro y fue a desprenderse de su coraza y a beberse un vaso de agua. Ojalá les quedara vino.

Entonces, se produjo el contraataque de los nativos. Pigafetta, siempre partidario de los datos precisos, contó a un millar de ellos sobre las aguas. Los seguían tan de cerca como podían, aunque esto no les costaba demasiado esfuerzo: los indios remaban rápido en sus ágiles piraguas mientras que las naos maniobraban pesadamente hasta encontrar los vientos favorables y ganar velocidad.

No lo descubrieron hasta entonces, pero los nativos llevaban piedras en el fondo de las piraguas y comenzaron a lanzárselas a las naos. Los cascos de las embarcaciones ni se inmutaban cuando recibían las pedradas, lo cual no fue óbice para que los indios insistieran e insistieran. Daba la sensación de que realmente se creían capaces de enviar a pique las espléndidas embarcaciones españolas.

Mientras se marchaban, los expedicionarios escucharon el rítmico golpeteo de las piedras en las tablas. Alguno dijo que ya bastaba, que tenían que hacer algo. Le respondieron que lo dejara estar, que una vez a bordo de las cubiertas ya no tenían nada que temer. Los indios ni siquiera disponían de arcos y flechas. Era imposible que les causaran daño.

La insistencia de los ladrones, no obstante, resultó admirable. Los persiguieron durante tres horas y bastante mar adentro. Mientras lo hacían, gritaban exasperados y continuaban arrojándoles piedras. También les ofrecían frutos y se desquiciaban por el hecho de que los españoles los ignoraran. Francisco Albo, contramaestre de la *Trinidad* que no había participado en la recuperación de lo robado, se asomó a la borda y contempló una gran extensión de mar cubierta por doscientas o trescientas piraguas que seguían sus estelas. Se santiguó, se frotó el rostro con ambas manos y miró hacia el sol.

30

Cebú y Mactán

1 de mayo de 1521

UNA semana más tarde, llegaron a una isla desierta[43] en la que desembarcaron sin dilación. Todavía necesitaban descansar, y esto era algo que hasta el capitán general comprendía. Descendieron a los enfermos y los estuvieron atendiendo durante diez días. Recolectar frutos, comer y dormir; no hicieron mucho más.

Algo repuestos, se hicieron de nuevo a la mar y trataron de hallar el rumbo a la especiería. El plan de Magallanes pasaba por toparse con alguien que les indicara el camino. No se trataba de un plan nada sofisticado, aunque esperaban que sí efectivo. Sabían que se hallaban, literalmente, en el otro lado del mundo. Y tras comprobar que no se caían hacia arriba, pensaron que no tardarían en encontrar a alguien que les pudiera facilitar información. Dibujaban, eso sí, nuevas cartas de navegación para futuras expediciones. Las bodegas de las naos las devolverían a España repletas de especias, pero los camarotes llegarían colmados de mapas gracias a los cuales, en un futuro inmediato, podrían regresar. He aquí la auténtica victoria del viaje.

Aquellos mares se hallaban atestados de islas, lo cual les hacía sospechar que no se encontraban lejos. En la siguiente en la que desembarcaron[44], hallaron gente a la que Enrique de Malaca podía entender. El malasio no dio demasiadas explicaciones y las que dio fueron exclusivamente para Magallanes, su amo. Los expedicionarios comenzaron a mirarlo mal, si es que de algo así eran capaces. Malaca, a diferencia del resto, nunca se sintió uno más de la expedición. No formaba parte de las tripulaciones y su altivez y distanciamiento siempre lo situaron lejos de los hombres.

Con todo, la noticia se extendió por las cubiertas: el esclavo de Magallanes se entiende con los nativos de la isla. Se aproximaban.

Por desgracia, ninguno de los amables naturales con los que fueron topándose supo indicarles el rumbo a la especiería. Se encontraban algo por encima del ecuador, es decir, en el hemisferio norte. De esto, no les cabía duda alguna. Dado que las noticias que tenían acerca de la especiería la ubicaban sobre el propio ecuador o, en su caso, algo más al sur, sabían que, en la travesía del Pacífico, los vientos y las corrientes los habían desviado en dirección norte. Nunca fueron ajenos a esta circunstancia, pero tanto Magallanes como sus pilotos opinaron que avanzar hacia el oeste jamás resultaría una pérdida de tiempo.

El 7 de abril, arribaron a la isla de Cebú. Se ha dicho que lo que allá les sucedió resulta inenarrable, pero no lo es. Los aciagos sucesos de aquellos días, y hasta que en el primero de mayo abandonaran precipitadamente la isla, serán los que a continuación se refieran. Tenedlos siempre presentes en honor de los que en aquel destino quedaron atrás.

Cuando las tres naves expedicionarias alcanzaron la costa de Cebú, muy pronto se dieron cuenta de que allí vivían gentes mucho más adelantadas que los primitivos patagones y los ladrones que los habían apedreado hacía muy poco tiempo. Nada que ver, en cualquier caso, con los cebuanos, los cuales, si no civilizados, sí parecían dueños de una sofisticación que a los expedicionarios les dio por identificar con la prosperidad. No se equivocarían y el instinto, que iba afinándose con el paso del tiempo, les indicó que aquel lugar sería adecuado para obtener información acerca de la ruta a la especiería.

La estrategia española de seducción pasaba siempre por establecer, desde un primer momento, quiénes eran ellos. De este modo, Magallanes mandó embanderar los tres barcos y, tal cual, accedieron a la bahía de Cebú. Querían demostrarles que quienes se aproximaban no eran unos cualesquiera, sino los enviados del rey más poderoso del mundo. Que se los tratara en consecuencia.

Además de las banderas, las tres naos lanzaron salvas de artillería para demostrar su poderío. Confiaban en que los nativos supieran interpretar correctamente las señales y no les declararan, de inmediato, la guerra.

Una vez que se encontraron dentro de la bahía de Cebú, observaron que los naturales disponían de infinidad de embarcaciones amarradas en postes, embarcaderos y escolleras. La impresión que obtuvieron fue tan grata que Magallanes no dudó en enviar, de inmediato, un emisario a tierra.

—Espinosa —mandó el capitán general—, vaya con Enrique y cuatro marineros armados.

El alguacil, que ya se lo esperaba, había elegido a sus hombres: Mafra, Urrutia, Pancaldo y un tío llamado Colmenero que a última hora se sintió enfermo y solicitó el relevo. Espinosa se disponía a sustituirlo por otro miembro de la marinería cuando Antonio Pigafetta se le acercó.

—Iré yo, alguacil —le dijo, resuelto.

Espinosa comenzó a excusarse alegando que, en aquel primer viaje a tierra, prefería llevar consigo a hombres que supieran utilizar las armas.

—¿Cree que serán hostiles? —comenzó a rebatir el vicentino.

—No podemos descartar nada —aseguró Espinosa mientras fruncía el entrecejo. Se quedó sin ganas de discutir y aceptó que Pigafetta los acompañara. En el improbable caso de que Espinosa lograra imponer su criterio, a Pigafetta todavía le restaba la baza del capitán general. Acudiría a él, le pediría ser incluido en el bote, Magallanes aceptaría de inmediato y Espinosa tendría que aguantarse. Se aguantaba ya y ahorraban tiempo y quebraderos de cabeza.

Mientras la avanzadilla española descendía desde la *Trinidad* al bote, varias embarcaciones nativas comenzaron a acercárseles. Los expedicionarios portaban ballestas y escopetas, aunque Espinosa pidió a sus hombres que no las mostraran beligerantemente.

—Pancaldo, Pigafetta, a los remos —indicó—. Urrutia, Mafra, con la atención en los indios.

El propio Espinosa se situó en la proa del bote con una ballesta escondida bajo las tablas. Enrique de Malaca, por su parte, se había sentado en la popa y permanecía allí con la espalda recta, el gesto adusto y su habitual aspecto de no tener nada que ver con aquello.

Resultó todo más sencillo de lo que esperaban. Los nativos los recibieron con inmensa amabilidad y les enseñaron por dónde podían aproximarse a la playa sin peligro a embarrancar. Espinosa, Mafra y Urrutia no bajaban la guardia, no hasta asegurarse de que se trataba de indios pacíficos que no los estaban conduciendo a una trampa, y, aunque sonreían abiertamente, sus ojos miraban duro en todas direcciones.

Una vez en la playa, Pigafetta tomó la iniciativa. Espinosa sabía que este factor no jugaba contra ellos: mientras el vicentino desplegaba su repertorio de palabrería, asombramientos y gesticulaciones, ellos se veían más libres para actuar.

Pronto quedó claro que los nativos se hallaban habituados a la presencia de extranjeros. No solo no los rechazaron, sino que los invitaron a seguirlos hacia el

interior.

Espinosa, Mafra, Urrutia, Pancaldo, Pigafetta y Malaca caminaron por la playa. En torno a ellos, se habrían reunido no menos de un centenar de nativos, hombres, mujeres y niños. Espinosa respiró tranquilo al ver a los críos retozando muy cerca de ellos. Si tramaran una encerrona, no habrían permitido que críos de cuatro años juguetearan a su lado. No tendría sentido.

Tras diez minutos caminando, la playa dio paso a un terreno de selva desbrozada en la que se apilaban gran cantidad de viviendas construidas con madera y paja. Pigafetta, que no dejaba de manifestar su sorpresa y satisfacción, fue dándose cuenta de que, a medida que se alejaban de los arrabales del poblado, las edificaciones iban volviéndose más y más suntuosas. También las gentes que les salían a su paso daban la misma sensación: si bien la mayoría estaba completamente desnuda, los adornos preciosos comenzaron a aparecer en cuellos, brazos y orejas. Oro. Distinguieron el oro y se cruzaron rápidas miradas de complicidad. Definitivamente, acababan de llegar a un lugar en el que merecía la pena estar. Tocaban a fin las penurias.

Los indios que guiaban a los expedicionarios se detuvieron frente a una gran construcción en la que apreciaron varios niveles. Les indicaron que accedieran al interior y, tras asentir unos y otros, aceptaron la invitación. Llevaban las armas en las manos, por si acaso.

En aquella casa, que más bien parecía un palacio, encontraron decenas y decenas de nativos ataviados ricamente. Se repartían a lo largo y ancho de diversas salas consecutivas, cada una mayor que la anterior, la última de las cuales daba acceso a una amplísima estancia en cuyos laterales se alineaban filas de varones jóvenes armados con lanzas.

—¡La cámara real! —exclamó Pigafetta.

—¿Cómo dices? —preguntó Espinosa. Los expedicionarios avanzaban en un grupo compacto hacia el centro de la estancia. Sobre ellos, el techo se descubría para permitir la entrada de la luz solar.

—Mirad —respondió el vicentino.

Frente a ellos, y sentado en lo que parecía un trono de terciopelo escarlata, un hombre de aspecto rechoncho y bonachón los aguardaba.

—Estad preparados —indicó Espinosa a Urrutia, Mafra y Pancaldo. Los tres marineros se habían echado las ballestas a las espaldas y asían las escopetas. Tras la indicación del alguacil, las acercaron a la boca para soplar suavemente las mechas.

—¡Rey! —gritó, entonces, Pigafetta. Todos, expedicionarios y acompañantes, se quedaron clavados en el sitio. Los altos techos de la estancia devolvían un ligero eco. El calor era intenso y el aire se encontraba cargado de un olor dulzón y pegajoso.

Pigafetta se aproximó hacia el trono mientras los cinco expedicionarios restantes permanecían quietos. Espinosa seguía sin tenerlas todas consigo. Dependiendo de cómo reaccionaran los nativos, aquello podía acabar muy mal.

—¡Rey amigo! —insistió Pigafetta. Separaba los brazos del cuerpo, abría las manos, sonreía de oreja a oreja con una sonrisa que los expedicionarios sabían que era falsa pero los nativos no.

El rey, o lo que fuera, tenía el cuerpo rosado y redondo, los ojos hundidos y rasgados, la piel cetrina y profusamente tatuada y los lóbulos de las orejas atravesados por aros dorados. Por extraño que pareciera, los hombres situados en los laterales de la estancia, sin duda su guardia personal, permitían que Pigafetta se acercara todo lo que quisiera.

Desde atrás, Espinosa, Urrutia, Mafra y Pancaldo observaron cómo al sobresaliente de la *Trinidad* se le pegaba la camisa a la espalda por efecto del sudor. Aquello se trataba de una pantomima puesta en marcha por el embaucador Pigafetta; él, antes que nadie, conocía los riesgos de seguir adelante.

—Queridísimo amigo nuestro —continuó—. Es un grato, gratísimo placer, haber arribado a estas tierras maravillosas. ¡Nos colma de gracia sabernos entre tus gentes, amigo rey del Cebú! ¡Queremos entablar tratos contigo, tratos que serán muy beneficiosos para vosotros! ¡Ni siquiera puedes imaginar qué mercancías tan valiosas transportamos en nuestras bodegas!

El rey no parecía demasiado impresionado. O disimulaba muy bien, una de dos. Espinosa, Urrutia, Mafra y Pancaldo no le quitaban ojo de encima, pues su objetivo no era otro que comprenderlo cuanto antes. Deseaban saber de qué pie cojeaba, cuáles eran sus intenciones, qué podían esperar de él. Y cuanto antes lo supieran, mejor para todos.

De pronto, el reyezuelo dijo algo en voz alta y grave. Los expedicionarios no se asombraron gran cosa, aunque fingieron que sí. Eran comerciantes, los mejores comerciantes del mundo, y por fin tenían ocasión de demostrarlo.

Cuando el rey terminó de hablar, varios hombres situados a sus laterales caminaron hacia el frente y prendieron a Pigafetta. Y, en serio, nadie le tenía más ganas al vicentino que sus compañeros de penas. Sin embargo, no permitirían

que le causaran daño alguno. Pigafetta pertenecía a la expedición, lo cual no se ponía en duda.

Urrutia pudo ser testigo de cómo mutaba el rostro del rey. Tenía el semblante serio cuando agarraron al sobresaliente. Después, Espinosa dio un paso al frente, asió con fuerza la escopeta y la hizo tronar sobre las cabezas de los indios.

—Soltadlo, hijoputas —dijo.

Los nativos no entendieron las palabras, claro, aunque sí la capacidad de un arma hasta ese día desconocida para ellos. Mientras la bala de Espinosa partía por la mitad una de las paredes de la estancia, el reyezuelo abrió mucho los ojos sin dar crédito a lo que estos veían.

—Disparad —ordenó Espinosa a sus tres marineros—. Por encima de sus cabezas.

Urrutia, Mafra y Pancaldo no titubearon y, tras apoyar las culatas de las escopetas en los hombros, abrieron fuego casi al unísono. Como sabían que ocurriría, las detonaciones, incrementadas por el eco de la habitación, abrumaron a los indios, los cuales soltaron, de inmediato, a Pigafetta.

El rey, mirándolos de hito en hito, se volvió hacia ellos. Ahora mostraba una sonrisa llena de dientes blancos como perlas. Perfecto, porque ellos no sabían que, tras disparar, las escopetas se hallaban descargadas y eran tan inofensivas como un palo.

El rey habló largamente. Los expedicionarios escucharon en silencio mientras el tipo les daba toda clase de explicaciones. Al menos, su tono parecía amistoso.

—Dice que se llama Humabón —aseguró, cuando el rey enmudeció, Enrique de Malaca. Por primera vez, el esclavo de Magallanes separaba los labios.

—¿Pu… puedes entender lo que dice? —preguntó Espinosa.

—Sí, aunque no del todo —explicó Malaca—. Estamos ante el rajá de Cebú.

Espinosa, Urrutia, Mafra y Pancaldo se miraron con estupor.

—¿El… rajá? —puso Urrutia palabras al desconcierto general—. ¿Este gordo?

—Así parece —aseguró Malaca—. Y nuestras armas le han impresionado.

—Pues aprovechemos esa ventaja —sentenció Espinosa girándose hacia el rajá, quien continuaba sonriéndoles. Su actitud respecto a los recién llegados había cambiado por completo—. Dile que nuestro jefe va a bajar a tierra. Que se quiere reunir con él.

El esclavo se volvió hacia el rajá Humabón y comenzó a hablar en su lengua

nativa. El rajá lo miraba atentamente y, a ratos, arqueaba las cejas.

—No responde —dijo Urrutia una vez que Malaca hubo terminado de hablar —. ¿Le amenazo con la escopeta, alguacil?

—A lo mejor es un poco lento… —sugirió Mafra.

En ese momento, el rajá llamó a uno de sus hombres y ambos conversaron larga y tendidamente. Lo hacían a la oreja, mirando el rajá hacia el frente y su interlocutor en dirección a la pared del fondo. Acto seguido, el tipo se acercó a los expedicionarios y pronunció unas cuantas palabras que a estos les parecieron un tanto solemnes.

—Dice el rajá que con mucho gusto recibirá a nuestro rey —tradujo Malaca.

—No es nuestro rey —corrigió Espinosa.

—¿Quiere que le saque de su error? —preguntó el esclavo.

—Por favor. Rey solo tenemos uno y está en España. Negociamos en su nombre, eso es todo.

Malaca tradujo para el hombre del rajá Humabón y el hombre del rajá comunicó lo dicho. Asentía despacio y se acariciaba el mentón mientras le hablaban a la oreja. A los expedicionarios les pareció que tenía los dedos gordos como lombrices. También se fijaron en sus anillos de oro. Sobre todo en sus anillos de oro.

El hombre del rajá, al que tomaron por una especie de consejero o intermediario, les aseguró que al emisario del rey de los hombres flacos también lo recibirían con enorme placer. Así los llamaron: los orientales flacos.

—¿No estamos en el oeste? —preguntó, entonces, Pancaldo.

—Así es —respondió Urrutia—. Al oeste de América, creo.

—En ese caso, no podemos ser orientales.

—Hemos llegado por el oriente. De ahí la confusión.

—Pero…

—Déjalo.

—De acuerdo.

* * *

Magallanes recibió con júbilo las noticias que el grupo de Espinosa le trajo. De inmediato, se dispuso a desembarcar con gran fasto. Hemos de estar a la altura de los acontecimientos, aseguraba. Lo cual no parecía sencillo, pues, aunque se

habían recuperado bastante de la penuria extrema sufrida durante la travesía del Pacífico, todavía tenían a tres o cuatro hombres más cerca del otro mundo que de este. El resto, demacrado y con las ropas hechas jirones, se las apañaba como podía para ganar peso y ánimo.

Algunos oficiales, entre ellos Elcano, Albo, Carvallo y Duarte Barbosa, no acababan de apreciar la necesidad de detenerse en Cebú. El objetivo de enviar una avanzadilla a tierra era el de averiguar por dónde se iba a la especiería. Ningún otro, pues ninguna otra había sido la instrucción del rey Carlos. No os entretengáis en lo que no resulte estrictamente necesario, les había ordenado. ¿Lo era comerciar con estas gentes? ¿Acaso aquí crecían las especias? Parecía que no.

No obstante, nadie se quejó, pues Magallanes mandaba. Quizás pretendiera agasajarlos durante dos o tres días para, así y una vez confiados, sacarles la verdad en torno a estas tierras perdidas en el otro lado del mundo. Debían andarse con mucho cuidado en este dédalo inmenso de islas e islas. Aquí, una expedición de tres naves diminutas podría demorarse meses y meses deambulando sin encontrar el rumbo adecuado.

La comitiva que desembarcó estaba formada por cincuenta hombres. El propósito de Magallanes pasaba por ser fuertes en tierra y serlo, también, a bordo de las naos. No les daba la impresión de hallarse entre gentes hostiles, pero habían aprendido a no fiarse de nadie y a moverse con precaución.

Dada la importancia que Magallanes otorgaba a la entrevista con el rajá de Cebú, descendió lo más granado de las oficialidades y se fijó el mando de los barcos en los contramaestres, los cuales permanecerían a bordo al frente del número exacto de marineros necesario para la navegación. Si tenían que reembarcarse a la desesperada, que les aguardaran con las velas desplegadas y todo preparado para hacerse a la mar.

Descargaron, a modo de presentes, quinientos cascabeles, sesenta y cinco peines, tres piezas grandes de paño coloreado, cien cuchillos alemanes, una docena de tijeras y ciento cincuenta espejos pequeños y quince grandes. No se trataba ni de la décima parte de la mercancía que transportaban, pero los nativos no tenían por qué saberlo.

Se dispuso que Magallanes comandara la partida, tras el cual avanzarían veinticinco hombres armados que no tendrían más misión que la de vigilar. El resto se ocuparía de los traslados, el acarreo y los botes. Cada cual a lo suyo y todos con los ojos bien abiertos.

Esta vez, el encuentro no tuvo lugar en el palacio del rajá, sino a campo abierto. Magallanes envió por delante a Espinosa y Malaca para que se encargaran de fijar las condiciones de la entrevista. El alguacil prefería la playa o un descampado sin árboles en las inmediaciones. Cualquier sitio en el que no pudieran ser víctimas de una encerrona. Los nativos no opusieron resistencia, como habría sido de esperar, y aceptaron que el rey los aguardara en un claro extenso que, supusieron, los naturales utilizaban para solazarse. Los cocoteros más cercanos se hallaban a cincuenta pasos de distancia. No podían exigir más.

Cuando Magallanes llegó, el rajá Humabón los aguardaba sentado en su trono de terciopelo escarlata. Desde un principio, los españoles se habían dado cuenta de que aquella silla no estaba fabricada por los naturales, sino adquirida a comerciantes del norte, puede que de Cipango o Catay. Incluso puede que fuera portuguesa. Un marinero de la *Concepción* aseguró que podría averiguarlo con certeza si le dejaban investigar bajo el culo gordo del rajá. Algunos se rieron nerviosamente y otros miraron en dirección a la fila de guerreros armados que custodiaba al reyezuelo. Todos, en cualquier caso, le conminaron a que cerrara el pico. En torno a Humabón, doscientos varones armados guardaban sus espaldas.

—¿Cómo se llama? —preguntó Magallanes inclinándose sobre Enrique de Malaca. Consideraban un golpe de buena suerte haber descubierto que el malasio podía entenderse con los cebuanos. Magallanes se sentía especialmente excitado. Puede que tanta excitación le nublara un tanto el entendimiento. Quién sabe.

—Humabón —respondió Malaca.

—Bien, traduce… Respetado rajá Humabón. Mi nombre es Fernando de Magallanes, capitán general del viaje a la especiería ordenado por el rey Carlos de España y de la Cristiandad. Es para mí un honor inclinar mi cabeza ante el soberano de este país.

Magallanes enterró el mentón en el pecho y la cincuentena de expedicionarios que lo acompañaba hizo otro tanto. La humillación es el auténtico lenguaje universal, ese que siempre entienden los reyes de cualquier parte del mundo.

Malaca, mientras tanto, traducía. Esta vez, Humabón había decidido prescindir de su intermediario, lo cual agilizaba bastante la comunicación. Se limitaba a permanecer sentado mientras apoyaba el cuerpo en uno de sus brazos.

—Hemos venido hasta el maravilloso país del Cebú —prosiguió Magallanes — para establecer un vínculo indeleble entre el gran rajá Humabón y mi rey, el rey Carlos.

La verdad fuera dicha, no, no habían ido hasta allá para establecer un vínculo con ningún reyezuelo de tres al cuarto. ¿Qué se proponía Magallanes? ¿Acaso no podían preguntar por dónde se avanzaba hasta la especiería, dar las gracias por las molestias y salir con viento favorable? Parecía que no.

—El rey Carlos, y yo como su representante en esta fabulosa tierra, deseamos entablar vínculos duraderos con sus reinos amigos. Es por ello que, aquí y ahora, propongo una alianza entre Humabón y Carlos, el rey más poderoso del mundo.

A primera vista, no parecía un mal proyecto. No acababan de estar seguros de si se encontraban todavía en el hemisferio español del mundo o, por el contrario, habían ya abandonado su demarcación. El océano recién descubierto resultó ser bastante más ancho de lo que habían supuesto en un principio. Dado que lo era, el mundo entero se revelaba como mayor de lo esperado. La pregunta que se derivaba no podía ser otra: ¿Dónde estaban?

Expresado de otro modo: ¿Podían navegar con calma en aquellas aguas o se verían siempre obligados a tentarse la ropa? Si, como no resultaba descabellado pensar, se habían salido de la demarcación española y navegaban por la portuguesa, más les valía establecer alianzas duraderas y hacerlo cuanto antes. Los portugueses podían estar esperándolos a la vuelta de la siguiente isla.

Así visto, la estrategia de Magallanes fue dejando de parecerle descabellada a la mayoría de los hombres presentes. Necesitaban un puerto seguro en el que recalar tras la agotadora derrota del Pacífico. En Cebú descansarían y en Cebú se aprovisionarían las expediciones que fueran tras ellos. Un amigo, precisaban un amigo: Humabón.

Fue entonces cuando el rajá tomó la palabra, agradeció mucho la presencia de los expedicionarios en su humilde reino perdido y, acto seguido, les dijo que allí todo el mundo pagaba impuestos, así que, por favor, que fueran tan amables de apoquinar.

A los españoles casi les da un ataque de risa. Tuvieron que contenerse para no echar a perder la estrategia. Sonreírse, eso sí, se sonrieron durante no menos de diez minutos. Estiraban tanto los labios que se les abrían grietas por las que la sangre se les derramaba alegremente. Como en los funestos días de la travesía desde el paso del suroeste.

Entre la tropa española, Mafra, Trigueros, Urrutia y el Sordo, los cuatro armados de sendas escopetas cargadas, sonreían, si cabe, más que nadie. Tres andaluces y un vizcaíno a los que la risa no les estallaba porque apretaban

mucho los dientes. A Trigueros, la escopeta se le resbaló de entre las manos y se le cayó al suelo. Durante un instante, las sonrisas se les congelaron, pues se rifaba un balazo, pero esta vez la suerte estuvo de su parte y el disparador no se accionó. Continuaron a lo suyo, sin poder aguantarse, mientras los nativos comenzaban a mirarse con suspicacia.

Magallanes ni se tomó la molestia de hablar y pidió al piloto Carvallo, también presente junto al resto de pilotos, que explicara que el rey de España no pagaba tributo a nadie.

Carvallo se frotó el rostro con las manos para recuperar la honorabilidad y le pidió a Enrique de Malaca que le dijera al rajá que podían pedirles lo que quisieran, salvo tributar. Eso sí que no pensaban ofrecérselo.

A Humabón no le hizo gracia que los recién llegados le mandaran a tomar viento. Arrugó el ceño, se revolvió en su trono de terciopelo escarlata y llamó a su anterior intermediario y pareció consultarlo con él. Cuchicheaban tanto a la oreja que Magallanes terminó por impacientarse y mandó que mostraran sus regalos.

—¡Venga! ¡Sacadlos de una santa vez!

Pum, volcaron los toneles donde lo traían todo, excepto los espejos, y derramaron las mercancías. El rajá, de pronto ojiplático, dejó de hablar con su consejero, o lo que fuera, y se incorporó hacia delante con la mandíbula desencajada.

—Nosotros no pagamos impuestos, pero sí que agasajamos a nuestros amigos y aliados —explicó Carvallo, mucho más paciente que el capitán general —. He aquí una pequeña muestra de lo que traemos para el rajá. ¡Peines!, los mejores peines de Europa, para los hombres, las mujeres y las niñas. ¡Paños finos!, óiganme, los más finos de Castilla. ¡Cuchillos de la Alemania interior!, señores, cuchillos capaces de cortar un pelo de cojón en el aire. ¡Tijeras forjadas en la tierra de Andalucía!, unas tijeras que nos sobrevivirán a todos sin desafilarse en lo más mínimo. ¡Cascabeles!, por el amor de Dios, ¡cascabeles!, que harán las delicias de grandes y pequeños. Y… ¿qué veo por ahí?

Varios hombres acarreaban un gran saco dentro del cual traían los ciento cincuenta espejos pequeños desembarcados. Lo colocaron con cuidado frente al rajá Humabón y Carvallo se aproximó para extraer uno y entregárselo al rey con una inclinación de cabeza.

—¡Ciento cincuenta! —dijo levantando mucho la voz—. ¡Ni más ni menos! Nadie que sea alguien en esta isla se irá a la cama sin mirarse en su propio

espejo particular. Solo que… ¡Póngase en pie, rajá, póngase en pie, hágame el favor!

Enrique de Malaca no había terminado de traducir cuando ya Carvallo extendía una mano hacia el rey. Como si se tratase de una frágil damisela, pretendía ayudarle a descender del trono para acercarse hasta el regalo final. Y, de paso, comprobar la respuesta de su guardia de doscientos guerreros armados.

No se movió ni uno, encandilados como estaban.

—¡Quince! ¡Quince! ¡Ahí es nada! ¡Quince espejos grandes como tributo del rey de España al rey de Cebú! ¡Para demostrar que lo único que buscamos es trabar una amistad imperecedera!

El rajá Humabón no se pudo aguantar más e hizo un gesto para que unos cuantos de sus hombres atraparan el botín. Los espejos grandes, uno casi del tamaño de un brazo, despertaban no ya deseos más o menos contenibles, sino codicia pura y elemental.

—¡Quietos! —exclamó, de improviso, Carvallo.

Doscientos guerreros cebuanos armados dieron un paso hacia el frente. El rajá, junto al piloto, miraba, con un ojo, a los espejos y, con el otro, a un Carvallo siempre sonriente.

—Son un regalo del rey de España —añadió este—. Por supuesto que lo son. A cambio, solicitamos un pequeño servicio…

Malaca, que traducía como un poseso, preguntó a Carvallo si realmente quería decir algo así. Los doscientos guerreros del rajá no parecían tomarse demasiado bien que los españoles retuvieran la mercancía.

—Escucha, Humabón, lo que tenemos que pedirte.

Magallanes avanzó hacia el rajá mientras se alisaba la ropa con las manos. Tenían, todos, un aspecto bastante deplorable. La última vez que se habían bañado había sido en San Julián. Y aunque se insistía en que el baño anual era obligatorio, no todos los hombres cumplían con el precepto.

—El rey de España no entabla alianzas con infieles —dijo. Malaca tradujo de inmediato—. Por ello, creemos necesario solicitarte que te conviertas a la única fe verdadera.

El rajá Humabón intentó que su imagen se reflejara en uno de los espejos de mayor tamaño, pero el piloto Carvallo se interpuso en medio y lo impidió. Los guerreros cebuanos fruncieron el ceño. Los doscientos.

Algunos oficiales españoles, Elcano entre ellos, comenzaron a ponerse nerviosos. El de Guetaria comprendía la maniobra de Magallanes e,

independientemente de que estuviera o no de acuerdo con ella, en este momento la apoyaría sin reservas. Lo cual implicaba poner toda su atención en el pequeño ejército de nativos cebuanos. Creyó que sus escopetas podrían abatirlos si las cosas se torcían, aunque sin duda algunos expedicionarios caerían en la refriega. Un mal plan, se mirara como se mirase. Cruzó los dedos para que el capitán general supiera manejar la situación.

Por suerte para todos, Humabón era de carácter tranquilo y relajado. Eso, o anhelaba demasiado hacerse con los regalos del rey Carlos. Aceptó, de inmediato, convertirse al cristianismo. Y no solo él, sino también los varios miles de cebuanos sobre los que reinaba. Malaca tuvo dificultades para traducir el número, pues, al parecer, no existían correspondencias entre el idioma del rajá y el suyo propio. En fin, muchos.

Magallanes se frotó las manos y se volvió hacia sus hombres más cercanos. Esta actitud, infrecuente en él, dejó claro que se sentía más que satisfecho por el modo en el que evolucionaban los acontecimientos. Necesitaban un puerto franco en Cebú y se hallaban muy próximos a lograrlo. Bien.

—En unos días, te bautizas, Humabón —dijo Magallanes mientras, con un gesto, solicitaba a Carvallo que permitiera que el reyezuelo consiguiera su espejo.

De nuevo, Enrique de Malaca manifestó sus problemas a la hora de traducir. ¿Cómo le explicaba a Humabón el bautismo? Tú dile que es rápido e indoloro, expresó Magallanes.

El rajá, por su parte, también pretendía hacer partícipes a los españoles de un ritual propio. Por decirlo de alguna manera, un bautizo a la cebuana. Malaca, esta vez, tradujo con fluidez: en la isla, la costumbre a la hora de cerrar amistades imperecederas pasaba por pactar con sangre. Y entró en detalles: el rajá y el representante del rey español se cortarían el pecho y el uno bebería la sangre del otro. A Magallanes, aquella propuesta le pareció un tanto extravagante y ambigua, pero aceptó. Si conseguía convertir a Cebú en un puerto seguro español, el rey se lo agradecería apropiadamente.

Faltaría más, dijo Magallanes. Había oído hablar de la costumbre bárbara de sellar los pactos con sangre, pero nunca había sido partícipe de ningún ritual. El capitán general se situó a dos pasos de distancia del rajá Humabón y aguardó. Al rajá, en ese momento, se le iluminó la mirada, quién sabe debido a qué. Aquellas liturgias le entusiasmarían, supusieron sin llegar a alcanzar, jamás, una certeza al respecto.

Humabón chasqueó los dedos y dos mujeres bellísimas y semidesnudas hicieron su aparición. Los españoles, que llevaban meses sin ver una a tan corta distancia, se embobaron un tanto. Los capitanes, por ello, tuvieron que poner orden y pretendieron que regresara el estado de alerta general que tanto necesitaban.

Una de las mujeres, la que caminaba en primer lugar, portaba un cojín ricamente bordado con hilos de colores y, sobre él, reposaba un vaso dorado. Se lo ofreció al rajá y este, no sin cierto desdén, lo tomó y se lo tendió a Magallanes.

El capitán general recogió la ofrenda y la observó. Bien, un vaso. ¿Y ahora? La segunda de las mujeres traía consigo la respuesta. Esta también portaba un cojín y, sobre él, había una daga con el filo curvo y la empuñadura labrada. Humabón lo asió y esta vez no se lo entregó a Magallanes. Se limitó a sostenerle la mirada mientras los hombres de su séquito agachaban la cabeza respetuosamente. Elcano ordenó que los españoles hicieran otro tanto, no fuera a resultar agraviante que se mantuvieran altivos.

El rajá, entonces, se acercó el puñal al pecho y practicó una incisión en la piel de la que brotó un pequeño chorro de sangre. A continuación, pidió a Magallanes que acercara el vaso y lo llenara. Cuando el capitán general lo hizo, Humabón le indicó que debía beber.

Aquello les daba un poco de grima, pero habían superado demasiados inconvenientes como para poner ahora pegas a algo que se solventaría tan fácilmente. Magallanes se bebió la sangre del indio y hasta espiró tras hacerlo para mostrar aprecio.

Llegaba el turno de la correspondencia y así lo indicó Malaca, quien ya había sido informado al respecto. Magallanes debía quitarse la camisa, enseñar su torso desnudo y rajarse el pecho para que Humabón, ahora él con el vaso en la mano, lo llenara de sangre y se la bebiera.

Magallanes dudó un poco. Observaba al rajá, que le devolvía la mirada. Decidió, en un gesto rápido, lanzar el puñal al aire para que diera una vuelta completa sobre sí. Lo volvió a atrapar por la empuñadura antes de que los hombres más cercanos al rajá tuvieran tiempo de reaccionar. ¿Veis? Ahora mismo el rey podría estar muerto y, en cambio, no lo está. Recordadlo.

El ritual concluyó rápidamente. Magallanes se practicó una hendidura en la carne y de ella surgió un chorro de sangre espesa. Humabón, satisfecho, acercó el vaso, recogió tanta como pudo y se la bebió con una sonrisa en los labios.

Hermanos de sangre para siempre. Ni Magallanes ni sus hombres creyeron que aquel rito tuviera transcendencia real para los cebuanos. Pensaron que se trataba de un ardid para averiguar el temple de los expedicionarios. El tiempo les daría la razón. De momento, y porque tampoco disponían de más opciones, continuaron hacia delante.

En la expedición, únicamente les quedaba un cura vivo. Se llamaba Valderrama, era de Écija y venía en la *Trinidad* desde el principio. Nunca fue un hombre de los de remangarse y arrear con la tarea, pero la que le cayó en Cebú lo puso al día de inmediato. Las órdenes de Magallanes fueron sencillas: me catequiza usted al rajá y, cuando lo tenga arreglado, me regresa a la *Trinidad* para darme noticia de ello.

Al cura casi se le para el corazón. Comprendía que las circunstancias requerían el esfuerzo de todos, desde luego que lo comprendía. Sin embargo, ¿pensaban dejarlo en tierra mientras el resto se volvía a las naos? Protestó como pudo, aunque Magallanes ya no quiso escuchar. Si acaso, situó junto a él a un retén de hombres para que lo cuidara. Nunca se sentirían completamente a salvo, aunque no quedaba más remedio.

Regresaron a las naos y permanecieron a bordo durante una semana entera. Una vez más, y como sucediera en otras escalas de la travesía desde España, la seguridad de los expedicionarios se garantizaba manteniéndolos embarcados. La de los naturales, otro tanto. Se sabía de sobra que pesaba sobre los españoles una prohibición tajante de molestar a los indios en general y a las indias en particular. Con todo, un marinero embarcado más de un año y medio atrás era eso y no otra cosa, de manera que las oficialidades preferían tenerlos a bordo que deambulando por ahí.

Volvieron a intentar descansar, a recuperarse de lo sufrido en el Pacífico y apenas dedicaron esfuerzos a mantener y reparar las naos. Una vez por día, desde la *Concepción* lanzaban un bote al agua y un pequeño grupo compuesto por Elcano, Carvallo, Ruiz y el Sordo alcanzaba la playa y comprobaba que el padre Valderrama se hallara bien. Lo vieron ocupado en catequizar al rajá, quien siempre se mostraba afable y comprensivo con las exposiciones del cura ecijano. Elcano, tendente al escepticismo, juraba que aquello no les llevaría a nada, pues Malaca había seguido los pasos de su amo y se encontraba en la *Trinidad*. Valderrama hablaría por los codos y, de hecho, así sucedía, pero, por mucho interés que pusiera el rajá, este no entendía ni media palabra de lo explicado. ¿Y cómo le haces ver a un indio que Dios es uno solo, aunque tres personas

distintas? Humabón asentía mucho y pedía que le trajeran una bandeja de frutas y una jarra de vino. Tras cada visita, los de la *Concepción* fingían que el rajá no fingía que comprendía lo que se le trataba de inculcar. Todo comenzaba a sostenerse con hilos, aunque eso a ellos les daba igual mientras de una santa vez les contaran por dónde diablos se iba a la especiería.

El 13 de abril, el padre Valderrama reveló a Elcano que ni en diez años el rajá estaría listo para comprender ni una mínima parte de lo que suponía la cristiandad. También añadió que, no obstante y en lo que a él respectaba, la catequización había concluido con un éxito sin precedentes. El rajá, y no solo el rajá sino los cientos y miles de personas que le rodeaban, estaban listos para formar parte del rebaño del Señor. Gloria a Él en las alturas.

Magallanes recibió la noticia sin especial alborozo y ordenó a Valderrama que lo dispusiera todo para celebrar, al día siguiente, la misa bautismal.

Así las cosas, los hombres volvieron a echar pie a tierra el día 14 de abril. De nuevo, expedicionarios armados se dispusieron en torno a la playa para proteger a la oficialidad. Magallanes no pensaba que algo fuera a torcerse, nadie lo pensaba, pero convenía no dejar nada al azar.

El bautizo del rajá fue tan solemne que los expedicionarios más jóvenes, Vasquito Gallego y Juanillo Carvallo entre ellos, no dieron crédito a lo que veían. Vasquito, quien, tras la muerte de su padre, se había sentido todo lo triste y desamparado que alguien puede concebirse, buscaba la compañía de Juanillo una vez que desembarcaban en tierra.

—Cuando a mí me bautizaron, nadie miraba —se lamentó Juanillo. El chaval, tras más de un año a bordo, había aprendido el sistema de queja español: aun en la certeza de que para nada sirve, tú déjalo caer.

—¿Tampoco tu padre? —repuso Vasquito.

—Sí, mi padre sí miraba.

—Pues no te quejes. Mi padre está muerto.

Juanillo se encogió de hombros. Los dos muchachos se encontraban junto al resto de hombres que asistía al bautizo del rajá Humabón. El día anterior, Magallanes convocó a los capitanes Serrano y Barbosa para comunicarles que las dotaciones a bordo se reducirían al máximo y que el resto de hombres desembarcaría para asistir a la ceremonia. Al rajá, había que tratarlo tan bien que si, por un casual, los portugueses aparecían al día siguiente de haber partido ellos, no le quedaran ganas de buscarse unos nuevos aliados.

Lo llamaron Carlos. Es decir, lo llamó el padre Valderrama por indicación de

Magallanes y, a partir de ahí, el nombre se extendió entre los presentes. Carlos, como el rey de España y para que no se nos olvide. A Magallanes, en verdad, el nombre cristiano que se le diera al reyezuelo le importaba un carajo. Sin embargo, esperaron que Humabón se sintiera seducido por el honor. Lo cierto fue que nunca acabaron de conocer los sentimientos más íntimos del rajá…

Vasquito y Juanillo se hallaban cerca del padre Valderrama. Todavía no habían dado el estirón final y, por ello, los marineros les permitían pasar al frente. Allá, en pie sobre el mismo lugar donde se había concertado el pacto de sangre entre Magallanes y Humabón, la solemne misa bautismal se extendió por más de dos horas. Valderrama, que a juicio de los dos críos tenía cara de no haber pegado ojo en una semana, decía la misa en voz muy baja. Los presentes, tanto expedicionarios como nativos, escuchaban con respeto y devoción. Dudaron de que los de estos últimos fueran sinceros, pero nadie adujo nada al respecto.

Tras la ceremonia, se permitió que los españoles estiraran las piernas por las inmediaciones. Los capitanes y los maestres les habían explicado que esto no era Guanabara; de este modo, se prohibía tajantemente importunar a las mujeres. ¿Y si son ellas las que se ofrecen primero?, se apresuraron a preguntar muchos marineros. Se mantiene la prohibición, contestaron los oficiales. Magallanes no quería dar un paso en falso y truncar su preciada alianza. Necesitaban a Humabón para extender el predominio español en el Pacífico occidental.

La conclusión a la que Vasquito y Juanillo llegaron fue que los cebuanos nadaban en una abundancia fuera de toda discusión. Aunque nadie se lo había comunicado a los hombres, el rajá dispuso un banquete para celebrar su bautizo o lo que él hubiera entendido que había sucedido allí. Los manjares que se sirvieron, y con los que los dos muchachos se toparon tan de improviso que apenas tuvieron tiempo de avisar a los demás, los recordarían durante el resto de sus vidas. Legendarios, los definió Vasquito. Y, después, le explicó el significado de dicha palabra a Juanillo, quien siempre recibía las lecciones con júbilo.

Sobre una mesa que parecía no tener fin, se extendían mil platos deliciosos, a cada cual con un aspecto más seductor. Cuidaban de ellos un grupo de mujeres cebuanas, quienes les invitaron a servirse. Vasquito y Juanillo se miraron el uno al otro y, después, hacia atrás. Tras ellos, llegaba un grupo de marineros de la *Concepción* y los dos chavales, temerosos de meter la pata, los aguardaron. ¿Cómo?, preguntaron estos mientras recorrían el último tramo a la carrera. ¿Que podemos comer todo lo que queramos? ¿En honor de Humabón?

No tuvieron que decírselo dos veces. Los españoles se lanzaron sobre las viandas como si llevaran un siglo de hambre atrasada. Vasquito observó los platos cocinados y desechó, de salida, los caldos, las verduras, los frutos y las hortalizas. Tenían una pinta espléndida, pero allí había asados de carne jugosa y eso tenía prioridad absoluta. Loros braseados, serpientes de mar a la plancha, murciélagos cocidos con sus alas, ranas escabechadas y lo que casi logra que los ojos se les salieran de las cuencas: grandes cerdos asados de una pieza.

Poco a poco, al lugar del banquete fueron llegando más expedicionarios. Vasquito y Juanillo, que una vez que empezaron no vieron el momento de acabar, se acodaron junto a un cerdo al que la grasa le resbalaba lomo abajo e impidieron, a palmetazos cuando fue necesario, que el resto se les acercara. Aquel cerdo les pertenecía y, aunque no parecía que los dos críos fueran capaces de acabar con él, no habría resultado una buena idea apostar.

La abundancia era tal que, tras varias horas comiendo sin parar y cuando ya se sentían morir, todavía quedaban manjares en la mesa. Preguntaron a las nativas si se los podían llevar de regreso a las naos. Las mujeres debieron de pensar que los extranjeros estaban locos, aunque asintieron.

Si Humabón lo hubiera dejado allí, habría resultado maravilloso. Por desgracia, no lo hizo.

* * *

Al día siguiente, y ya con todos los expedicionarios embarcados, llegó a oídos de Magallanes la noticia de que las islas más cercanas a Cebú estaban gobernadas por nuevos reyezuelos, algunos de los cuales se encontraban en buenos tratos con Humabón y otros no tanto. Tras unos titubeos iniciales, decidieron dejarlos en paz y aprestarse para largar velas y partir hacia la ansiada especiería. El rajá, al saberlo, mandó llamar a los capitanes a su presencia. Estos lo consideraban poco más que un indio algo tonto y muy presuntuoso, pero, como no querían echar por tierra los planes que llevaban todo el mes de abril urdiendo, desembarcaron y, de inmediato, se postraron ante él.

—¿Qué es eso de que hay más rajás por ahí? —preguntó Magallanes en el mejor de sus tonos, que tampoco era como para que las naos comenzaran a disparar salvas.

Enrique de Malaca, siempre a su lado, tradujo. A Humabón le brotó una sonrisilla un tanto estúpida en los labios. Comenzaban a hartarse de aquel gordo.

—Dice el rey Carlos —manifestó Malaca utilizando el nombre cristiano del rajá— que convendría pacificar los territorios vecinos. Por si acaso, añade.

—¿Cómo que pacificar? —expresó, sin poder ocultar su estupefacción, Magallanes—. Hasta hace un rato no teníamos ni idea de que existían más reinos además del gobernado por Humabón.

—Existen, señor, y no demasiado lejos de aquí.

—Pregúntale que en dónde.

Magallanes se encontraba de mal humor y, con él, el resto de la oficialidad que le acompañaba.

—En Mactán, señor —informó, al poco, Malaca.

—¿Mactán? ¿Qué demonios es Mactán?

—Una isla muy cercana, señor. Al parecer, está dividida en dos partes y cada parte se encuentra gobernada por un jefe guerrero distinto.

—¿Y qué tiene todo eso que ver con nosotros, por el amor de Dios?

—Creo que…, creo que el rey Carlos pretende que nosotros le ayudemos con ellos.

—Deja de llamarlo así. Este idiota no es el rey Carlos.

—Yo pensaba que, tras el bautizo…

—Basta, Enrique. Vayamos al grano.

—El rajá desea que el rey de España garantice la seguridad del reino de Cebú.

—Dile que ya se la garantiza.

—Lo he hecho, señor, pero aduce que, cuando nos marchemos de aquí, él volverá a estar a expensas de sus vecinos. Y ahora que se ha convertido al cristianismo, puede que se lo hagan pagar caro.

—¿Pero estos cabrones están en guerra?

—No lo aclaran, señor. En paz, desde luego, no están.

—Joder… Bueno, dile que veremos qué podemos hacer.

—El rajá insiste en que aguarda una respuesta tajante por nuestra parte.

—Dile que haremos todo lo que esté en nuestras manos. Nadie ataca a un aliado del rey Carlos.

—¿De este o del nuestro?

—Del nuestro, hostias. No te líes, Enrique.

—Sí, señor.

En cuanto terminaron de traducir, Magallanes agachó la cabeza en señal de respeto y sumisión y se largó de allí con los hombres que le habían acompañado hasta el palacio. Ya ni se molestaban en ocultar su mal humor.

—¿Pero cómo cojones nos han liado de esta manera, me cago en la Virgen? ¡Cómo! ¡Puto Humabón, hijo de mala madre…! Ahora tendremos que perder más tiempo en averiguar qué hostias tienen en la cabeza los jefezuelos vecinos. ¡Lo que nos faltaba! ¡Joder! ¡Mierda!

* * *

En cuanto Magallanes puso pie en la *Trinidad*, envió a un emisario a la *Concepción* con la intención de comunicar a Elcano que tenía un asuntillo para él. Debía escoger a cuatro hombres de su entero gusto y remar hasta Mactán para averiguar si los jefes de allí se rendían o no ante Humabón. Que estuvieran fuertes, pues había un trecho largo.

Elcano escuchó en silencio al enviado de Magallanes y respondió que la orden sería cumplida de inmediato. Si le había sentado como un tiro, no lo dejó traslucir. Al emisario le dijo, eso sí, que, ya que regresaba a la *Trinidad*, le enviara a Mafra y a Urrutia. Y puesto que, en su camino, pasaría muy cerca de la *Victoria*, de ella quería a Trigueros. Con el Sordo de la *Concepción*, estos eran sus cuatro marineros elegidos.

El bote fue lanzado al agua y los cinco hombres subieron a él. Portaban escopetas, diez balas cada uno, pólvora y víveres para dos días. Esperaban, con todo, estar de vuelta mucho antes.

A los marineros, la pequeña excursión no les pareció una mala idea. La comida abundante y el agua fresca habían logrado que se recuperaran casi por completo y en las naos no tenían nada que hacer. Así, la posibilidad de darse una vuelta y averiguar si, como se rumoreaba, los nativos de estas tierras nadaban en oro, les provocaba un vívido cosquilleo en el estómago. Elcano no toleraría que intentaran hacerse con un poco, pero el viaje merecería igualmente la pena.

Mactán se encontraba muy cerca, más de lo que creían. Se hacía necesario remar durante algo menos de una hora y la isla aparecía ante ellos. En realidad, siempre la habían tenido a la vista, aunque nunca se preocuparon por averiguar cómo se llamaba o quién vivía allí.

Como Magallanes no les había permitido llevarse con ellos a Enrique de Malaca para que hiciera las veces de intérprete, tuvieron que improvisar sobre la marcha. Por suerte, los nativos con los que se fueron topando eran de lo más amigable y se desvivían por ofrecerles toda clase de explicaciones. Mactán era una isla formada por tierras bajas y rodeada de largas playas de arenas claras y aguas de color turquesa. Es decir, lo normal allí. Los indios, siempre pacíficos y de aspecto saludable, tenían la costumbre de detenerse y detenerlos para interesarse por sus circunstancias. De esta forma, cuando explicaban que buscaban al jefe del lugar, ellos ponían los brazos en jarras y escrutaban a los recién llegados.

El carácter paciente de Elcano, el temperamento cachazudo de Trigueros, la expresividad natural de Urrutia y la frescura de dos muchachos jóvenes como Mafra y el Sordo hicieron el resto. Ninguno dejaba de sonreír y de devolver la cordialidad con la que los nativos les obsequiaban.

—¿Cómo? —preguntó Urrutia apoyándose en su escopeta. Los cinco españoles las llevaban descargadas—. ¿El jefe se llama Zula? ¿Sí? ¿Lo pronuncio bien? ¡Genial!

—Zula —repitió el indio al que habían interrogado. Se trataba de un hombre de unos treinta años que viajaba a pie y acarreaba un gran fardo a la espalda. Les había explicado que cultivaba la tierra y que se dirigía a un mercado cercano con la intención de intercambiar sus productos por otros que necesitaba. El tipo no callaba, como parecía muy habitual entre los del país.

—Estupendo, Zula. Buscaremos a Zula, descuide —repuso Urrutia con la mejor de sus sonrisas en los labios.

—Lapu-Lapu —indicó, entonces, el campesino. Extendía un brazo y apuntaba en la dirección de la que provenía.

—¿Lapu-Lapu? ¿Qué es Lapu-Lapu?

—Lapu-Lapu —asentía una y otra vez el campesino. Se señaló a sí mismo para advertirles de que Lapu-Lapu no era un lugar, sino una persona.

—¡Entiendo! —exclamó Urrutia—. Quieres decirnos que por ahí están las tierras del jefe Lapu-Lapu. Fantástico, muchísimas gracias por informarnos. Ya nos habían dicho algo al respecto de que, en esta isla, el territorio estaba divido en dos.

—Lapu-Lapu.

—Deberíamos irnos ya —intervino el Sordo.

—No quiero ser descortés —expresó Urrutia, que continuaba sonriendo al

tipo.

—Lapu-Lapu —insistía el otro.

—De acuerdo, le haremos una visita.

Por fin, el campesino se dio por satisfecho y continuó con su camino. Parecía sentirse orgulloso del trabajo realizado: este hatajo de extranjeros tontos se perdería en el rellano de su casa; menos mal que estaba yo aquí para orientarlos.

—Pues usted dirá, maestre —dijo Urrutia—. ¿A quién saludamos primero? ¿A Zula o a Lapu-Lapu?

Elcano se lo pensó un instante y se decidió por el primero. Creía que se hallaba más cerca, de manera que su sentido práctico de la vida se impuso.

Alcanzaron los dominios de Zula poco rato después. Mactán no era una isla grande y caminando por los senderos de los nativos conseguían moverse con facilidad de un lado a otro.

Resultó que Zula era un jefe guerrero que gobernaba sobre unas cinco mil personas. Lo calcularon a ojo y puede que fueran el doble o la mitad. Había indios por todas partes, en cualquier caso, la inmensa mayoría de carácter amistoso.

En aquel poblado, las gentes se dedicaban a la pesca y los cultivos. Disponían de animales de cría, aunque no demasiados. ¿Se trataba de un pueblo guerrero que pudiera poner en peligro a Cebú? Sinceramente, creyeron que no. Puede que Zula dispusiera de unos cuantos guerreros, pero ni eran muchos, ni su capacidad se impondría jamás a los hombres de Humabón.

El propio Zula carecía del aspecto propio de los guerreros. Por lo que entendieron, él no era exactamente un rajá, sino un jefe. No acababan de comprender qué diferenciaba a uno del otro y tampoco les importaba demasiado. Pretendían que aceptara la nueva disposición de los acontecimientos: Humabón se había convertido en un protegido y aliado del rey de España y los españoles atracarían en la bahía de Cebú a lo largo de los años venideros; si Zula aceptaba dejarlos en paz a unos y a otros, ellos nunca desembarcarían en Mactán y Zula y los suyos podrían vivir en paz.

Costó bastante hacerse entender sin un intérprete. Zula, que era un hombre de edad indeterminada, piel muy pegada a los músculos y dentadura prominente, mostró, desde el principio, buena disposición hacia los españoles. Permitía que estos hablaran sin freno y abría mucho la boca como si eso bastara para comprender un idioma extraño. Elcano le explicó que necesitaban que se bautizase y, de paso, que lo hiciera toda su gente. Zula, de cuando en cuando,

asentía y sonreía al mismo tiempo, lo cual ofrecía a los españoles la justa medida de lo que allí sucedía: no se entendían ni lo más mínimo.

Al menos, dejaron claro que ellos, los recién llegados, se habían convertido en amigos del rajá Humabón. Zula, eso entrevieron, no tenía nada en contra de Humabón, de manera que lo sucedido le pareció estupendo. Elcano también creyó que Zula entendía la necesidad de vivir todos en paz y armonía. Como tampoco parecían una nación belicosa, dio por hecho que se trataba de la mejor opción para todos.

—Bueno, pues asunto resuelto —sentenció Trigueros mientras un grupo de mujeres hacía aparición con cestas llenas de frutos.

Elcano tenía el semblante serio.

—Venga ya, maestre… —dijo el Sordo tomando una especie de manzana verde que le ofrecía una muchacha de aspecto jovial—. Anímese, haga el favor, que nos está saliendo todo bordado. Estos tíos no son peligrosos…

—No, pero… —comenzó a decir Elcano. Después, se interrumpió, levantó la vista hacia el rostro de la muchacha que le ofrecía fruta y arqueó las cejas—. De acuerdo, asunto solucionado. Espero que tengamos la misma suerte con Lapu-Lapu y podamos estar de regreso antes de que caiga el sol.

Se comieron cinco manzanas cada uno mientras observaban el sol de Mactán. Olía a selva virgen y mares de coral eternamente transparentes.

Al marcharse, aseguraron que se dirigían hacia los dominios de Lapu-Lapu. Zula, que los acompañaba hasta el lindero de su territorio, frunció el ceño y comenzó a hablar muy deprisa en su idioma. Se lo veía alterado, puede que hasta enfadado. Les dijo que debían cuidarse de Lapu-Lapu pues él no lo consideraba de fiar. Dejaron atrás a Zula y los suyos con la pésima sensación de que tomaban la dirección de los problemas. A medio camino, se detuvieron y cargaron las escopetas. Por si acaso.

Lapu-Lapu era otro jefe guerrero que vivía a dos horas de viaje de la tierra de Zula. Los españoles juzgaron que, pese a que Mactán no se extendía demasiado hacia ningún punto cardinal, los dos pueblos, el de Zula y el de Lapu-Lapu, podían vivir en paz si se lo proponían. Aquel lugar era un vergel plagado de alimentos por doquier. Los peces casi saltaban del agua, las tierras eran fértiles y los densos bosques les proveían de frutos y animales salvajes.

Lapu-Lapu tenía otra manera de ver las cosas y lo comprendieron desde el primer momento. Se trataba de un tipo espigado y fuerte, con músculos muy marcados y aspecto lúgubre. En el tiempo que pasaron con él, ni sonrió ni

mostró las palmas de las manos. Por el contrario, a su tono y a la manera de comportarse los consideraron siempre desafiantes.

En los territorios de Lapu-Lapu sí había hombres armados que no parecían dedicarse a más propósito que las pendencias de la guerra. Mal asunto, pensaron los cinco españoles, pues quien vive de la batalla busca la batalla, y hasta la impulsa, ya que de ningún otro modo puede justificar su existencia. El guerrero guerrea.

De nuevo, la falta de un traductor dificultó notablemente la comunicación. No obstante, una vez más, los españoles lograron hacerse comprender y otro tanto Lapu-Lapu.

El jefe, de entrada, les dio de comer. Pensaron que se trataba de una costumbre propia del lugar. Te fueran a matar o no, lo primero que hacían era ofrecerte alimentos. Los españoles, que conocían como nadie el hambre, comieron aunque sin apetito. Después, Lapu-Lapu desenvainó un cuchillo de considerables dimensiones y simuló que se degollaba a sí mismo. A Trigueros y al Sordo se les atragantó el bocado y comenzaron a toser ruidosamente.

—Solo queremos paz y tranquilidad —dijo Mafra enseñándole las manos en alto al jefe—. ¿Lo ves? Calma y sosiego. ¿Qué hay de malo en eso?

Lapu-Lapu le contestó algo que no entendieron, pero los gestos con los que acompañaba la cháchara resultaban más que descriptivos. En resumen, les dijo que pensaba matarlos a todos en cuanto tuviera ocasión. A Humabón, a los expedicionarios españoles y a Zula, por quien sentía un ancestral odio que ni en mil años menguaría.

Elcano se llevó la escopeta a los labios para soplar la mecha. El resto le imitó. Lapu-Lapu los observó en silencio. Lo bueno de la ira era que convertía sus impulsos en algo primario, legible y muy poco sutil. Le entendían mientras que él no lograba comprender los matices de los españoles.

—¿De verdad que no conseguiremos llegar a un acuerdo? —insistió Trigueros.

—Podemos matarlos a todos —intervino el Sordo.

—No le digas eso —espetó Urrutia.

—No puede entenderme.

—Por si acaso. No lo hagas.

Lapu-Lapu les dejó marchar. Entendieron que era dueño de un código de conducta propio de guerreros que le obligaba a ser educado con sus enemigos y

les entregó presentes y más comida. Eso sí, les indicó que no volvieran a pisar su territorio o los mataría.

De regreso al lugar donde habían dejado el bote, los expedicionarios discutieron acerca de la conveniencia de contarle lo que había sucedido a Magallanes.

—Yo no le diría nada —aventuró Urrutia—. ¿Qué ganamos haciéndolo?

—Estoy contigo —replicó el Sordo—. Lo importante es que levemos anclas cuanto antes y sigamos viaje hacia el sur. Hay que llegar a la especiería.

—¿Y si estos tipos acaban matándose entre sí? —preguntó Trigueros.

—¿Eso qué nos importa a nosotros? —devolvió la pregunta Urrutia.

—Necesitamos un puerto seguro para que las naos atraquen tras la travesía del Pacífico. Magallanes ha tenido una buena idea.

—¿Pero qué naos? —terció el Sordo, exaltado—. Nadie va a llegar hasta aquí antes de cuatro o cinco años. Y, para entonces, quién sabe qué puede haber sucedido con estas gentes…

—Por ello, hay que ir previéndolo todo y establecer alianzas —repuso Trigueros.

—A la mierda las alianzas.

—La opinión que importa es la del capitán general, no la nuestra.

Caminaban hacia la playa mientras se repartían la comida que les había entregado Lapu-Lapu y daban cuenta de ella.

—Claro que vamos a contárselo a Magallanes —intervino por primera vez Elcano.

—Pero maestre… —comenzó a espetarle el Sordo.

—Hacemos lo que debemos. No lo olvides.

—No me fío un pelo de Magallanes. Estoy seguro de que ese loco nos meterá en problemas. Piensa más en sí mismo que en las tripulaciones.

—Tiene derecho a pensar lo que le dé la gana. Cuando tú seas capitán general de una flota, podrás hacer lo mismo.

—Yo no creo que llegue ni a contramaestre.

—Con tu disposición a saltarte las reglas, yo tampoco.

—Puede que me quede a vivir en una de estas islas. Las chavalas son espectaculares.

—Te meteremos un tiro, Sordo. Lo sabes.

—Si me atrapan, maestre, si me atrapan…

Cuando llegaron hasta el bote, descargaron las escopetas y las lanzaron al

fondo de la embarcación. Estaban un poco hartos de portarlas, esa era la verdad. A pesar de lo que el Sordo acababa de manifestar, se sentían un tanto perdidos en tierra firme. Y anhelaban el momento en el que Magallanes diera la orden de continuar la travesía.

* * *

Una vez en la *Trinidad*, el capitán general fue informado de lo que Elcano y su grupo habían averiguado. Torció el gesto y se pellizcó una oreja en una mueca que traslucía desconcierto. Había esperado que los dos jefezuelos de la isla de Mactán se mostraran cordiales y dispuestos a mantener una paz duradera. El hecho de que uno de ellos se hubiera revelado hostil podía acabar con su sueño de convertir a Cebú en un refugio seguro para las expediciones españolas.

Magallanes preguntó varias veces a Elcano cuál era la capacidad guerrera de Lapu-Lapu. A Elcano, este interés le hizo sospechar que las cosas podían torcerse. No obstante, no dijo nada y respondió a las preguntas. Lapu-Lapu era un jefe que no dirigiría a más de cien guerreros. Estos, hasta donde habían observado, carecían de armas de fuste, más allá de garrotes y machetes de filo de madera. No poseían espadas, de eso estaban seguros.

Fue un error, sin duda que lo fue. Los éxitos de aquel mes de abril lograron que Magallanes perdiera el sentido de la realidad, la perspectiva adecuada de quién era él y cuál su papel en la expedición española. Debería, como le insistió su oficialidad, haberse ceñido a las instrucciones del rey y haber continuado camino hacia la especiería.

Sin embargo, la ambición le pudo. Y le impulsó a tomar decisiones erradas.

—Creo que ese tal Lapu-Lapu necesita que alguien le explique quién manda aquí —sentenció Magallanes.

—¿No deberíamos continuar con nuestro viaje? —preguntó Elcano.

—No antes de asegurarnos la alianza de Humabón.

—Lapu-Lapu es un jefe guerrero, señor.

—En ese caso, como yo. Debemos enseñarle cuál es el nuevo orden en estas islas. Manda el rajá Humabón pero porque nosotros lo decimos.

—¿Y si nos ofrecen resistencia?

—Solo son unos cuantos indios desprovistos de armas modernas.

—Lapu-Lapu conseguirá reunir un buen contingente.

—Al que nuestras escopetas se enfrentarán como nunca nadie lo ha hecho.

—Pese a todo…

—¿Algún problema, maestre?

—Ninguno, señor. A lo que usted ordene.

La decisión estaba tomada. Magallanes ocupó tres días en preparar el desembarco en la isla de Mactán. Pretendía mostrar a los nativos cuál era su fuerza y qué les sucedería si no acataban sus deseos. Tan sencillo como eso. Si hacía falta, matarían a uno o dos guerreros, aunque no se trataba de su objetivo principal. Con que Lapu-Lapu recibiera el mensaje y lo comprendiera, se conformaban. Tampoco parecía tan complicado, ¿no?

En la mañana del 27 de abril, el capitán general Magallanes reunió a la tropa de desembarco en la *Victoria* y ordenó al capitán Duarte Barbosa que los acercara tanto como pudiera a las playas de Mactán. Con Magallanes al frente, sumaban cuarenta y nueve hombres. Elcano, Espinosa, Carvallo, Urrutia, Pancaldo, Ruiz, Mafra, Trigueros, el Sordo… Todos los hombres buenos formaban parte de la partida. Se los había armado como mejor podían, con ballestas y escopetas, y también con espadas y puñales, con todo aquello que pudiera establecer una ventaja decisiva. Magallanes, llegado el caso, quería golpear muy duro y durante muy poco tiempo, de manera que los guerreros de Lapu-Lapu creyeran que ante los españoles no había posibilidad alguna de vencer.

La marea estaba baja y la *Victoria* no pudo acercarse tanto como quisieron a la orilla. Magallanes, que se había vestido con su coraza de cuerpo entero, ordenó que se lanzaran los botes al agua y que los hombres se dispusieran sobre ellos. Con la intención de desembarcar los cuarenta y nueve al unísono, se trajeron las lanchas y los chinchorros de la *Trinidad* y de la *Concepción*. Aquella fuerza de combate que se lanzaba sobre la orilla era la más orgullosa de todo el Pacífico.

Durante diez o quince minutos, los botes se aproximaron a la playa. El sol brillaba inclemente sobre sus cabezas y obligaba a que los expedicionarios entornaran continuamente los ojos. En la orilla, no advirtieron señales de nativos.

—¿Seguro que es aquí? —llegó a preguntar Magallanes. Se había situado en la proa de uno de los botes y se hacía sombra con una mano sobre las cejas para escrutar más allá de la playa.

—Sin duda —contestó Elcano, quien avanzaba en otro bote. Tenían la orden

de no alejarse demasiado los unos de los otros.

—Esto no me gusta nada —farfulló, para sí, el capitán general.

La pendiente de la playa era muy suave y tardaron un buen rato en alcanzar el lugar donde podrían echar pie a tierra. Cuando lo hicieron, la sensación de que algo no marchaba como debía se había extendido entre los hombres. No había nadie a la vista, absolutamente nadie: ni hombres, ni mujeres, ni niños. Aquello no tenía sentido.

Tras encallar los botes, los expedicionarios se agruparon y Magallanes ordenó que se cargaran las escopetas y se encendieran las mechas.

—Quiero un avance limpio por la playa, ¿entendido? —dijo—. Si no ofrecen resistencia, en una hora estaremos de vuelta en la *Victoria*.

—¿Y si nos la ofrecen? —preguntó el piloto Carvallo.

—En ese caso, disparad las escopetas y buscad el apoyo del compañero más cercano para recargar. Cubríos los unos a los otros y no perdáis nunca la ventaja que nos dan las armas. Es a lo que venimos: a mostrarles que deben obedecernos. Garanticemos la seguridad de Humabón para garantizar, de esta forma, la de nuestras futuras expediciones. ¿Alguna pregunta más?

Si alguien quiso formularla, se quedó con las ganas. En ese momento, desde la parte trasera de la playa, una lluvia de flechas surcó el cielo en dirección a ellos.

—¡A cubierto! —ordenó Elcano. Los expedicionarios levantaron la mirada y apuraron el movimiento. Por mucho que Elcano lo ordenara, en una playa llana y extensa en todas direcciones no existía modo de ponerse a resguardo. Traían escudos con ellos pero los habían dejado a bordo porque pesaban demasiado y entorpecían la marcha. Con una escopeta, una ballesta, las espadas, los puñales y el saco con la munición bastante tenían.

Flac, flac, flac, los proyectiles comenzaron a caer junto a ellos y a clavarse en la arena blanquecina. Solo Urrutia tuvo que dar un salto para esquivar una flecha. Un grumete de la *Concepción* vio cómo otra se le clavaba a medio dedo de distancia de su pie izquierdo.

—¡Avanzad! —gritó Magallanes desenvainando su espada y situándose el primero.

—¿Dónde están? —gritó Trigueros avanzando por la playa con la escopeta en ristre. Portaba su ballesta en la espalda y ya había roto a sudar.

—Escondidos —contestó Mafra mientras se colocaba a su lado.

Los cuarenta y nueve expedicionarios tomaron la playa y caminaron hacia la

selva que se extendía tras ella. De nuevo, escucharon el silbido de las flechas en el aire y, de nuevo, Elcano les pidió que se cubrieran.

Prefirieron observar el vuelo de los proyectiles. Un grumete de la *Trinidad* llamado Noya alzaba mucho la cabeza mientras observaba. Tenía una escopeta cargada entre los brazos y el humo de la mecha consumiéndose ascendía muy despacio. La luz de Mactán, limpia y por momentos inflamable, inundó una mirada que se acababa allí: la flecha le impactó en pleno rostro y lo mató de inmediato. O no, casi de inmediato, pues el chaval tuvo tiempo para girarse en dirección a los suyos. Trigueros y Urrutia lo descubrieron a un instante de desplomarse. Parecía pedirles perdón por haberse dejado sorprender. Qué lástima, ¿verdad? Con lo que nos había costado llegar hasta aquí…

—¡Tenemos un herido! —aulló Urrutia corriendo hacia el grumete entre las flechas que continuaban cayendo.

—¡Avanzad! ¡Avanzad! —tronó Magallanes mientras se giraba y contemplaba cómo el grumete Noya clavaba las rodillas en la arena y, acto seguido, se desplomaba hacia atrás. Quedó en una posición expuesta, algo indigna. Pensaron que más tarde recuperarían el cadáver para velarlo y despedirlo como merecía—. ¡Hay que alcanzar las casas! ¡Los guerreros se ocultan allá!

¿Qué casas?, se preguntaron de inmediato. Pero el capitán general tenía razón. Tras el final de la playa y siguiendo el lindero de la selva, se aparecía un claro desbrozado en el que se levantaban unas diez o doce chozas de generoso tamaño.

Los expedicionarios comenzaron a correr hacia el interior. Buscaban la distancia a partir de la cual sus escopetas resultarían letales.

—¡Vamos! —ordenó Elcano. Avanzaba algo retrasado con respecto a Magallanes, pero, a diferencia de este, se giraba constantemente para interpelar a los suyos—. ¡Ya estamos! ¡Apenas queda nada!

Durante un lento minuto, en la playa solo se escuchó el resuello de los cuarenta y ocho expedicionarios que continuaban con vida. Fue entonces cuando los guerreros dieron la cara. Si los españoles habían pretendido sorprender a los nativos lanzando un ataque cerrado y sin hombres rezagados, los indios no se quedaron atrás. Fue Magallanes el primero en advertir la fenomenal fila enemiga: desde la espesura de la jungla y perfectamente alineados, cientos y cientos de guerreros hicieron aparición. Miles, escribiría más tarde Antonio Pigafetta, quien nunca desembarcó en la playa y siempre habló de oídas.

—¡Ya! ¡Ya! —se desgañitó el Sordo. Había logrado situarse tres pasos por detrás de Magallanes y formaba la vanguardia del avance español. Su grito no podía tener otro significado: los tenían a tiro.

Quince españoles se detuvieron junto al Sordo y, al tiempo que este lo hacía, se llevaron las culatas de las escopetas al hombro, apuntaron y abrieron fuego. El estruendo tomó la playa y pudieron ver cómo tres guerreros de Lapu-Lapu caían desplomados y cómo otros tantos recibían heridas que los obligaban a retrasarse.

Continuaban siendo más de mil.

—Virgen Santa —dijo el Sordo mientras se sentaba en la arena para proceder a recargar.

El alguacil Espinosa corría hacia el grupo del Sordo con la escopeta entre las manos. Se había situado al frente de un puñado de hombres, quince o veinte, que cubrían la playa lo más deprisa que podían.

—¡Tenemos que pensar algo! —exclamó.

El Sordo, atareado con la recarga, no levantó la mirada. Gritó al grupo de Espinosa que los superara, que compusiera la primera fila de ataque y descargara plomazos sobre los indios. Solo aquello podría detenerlos.

—¡Fuego! —ordenó entonces el alguacil.

—Bien —farfulló el Sordo poniéndose en pie y yéndose hacia delante. Vio a Magallanes caminar encorazado hacia la fila de nativos. Una flecha enemiga golpeó en su pecho, rebotó y terminó sobre la arena. Magallanes levantaba la espada para que todos la viesen desde atrás.

Hubo un primer encontronazo en el flanco de Urrutia y Mafra. Los dos marineros dispararon las escopetas y, sin tiempo para recargar, las intercambiaron por las ballestas y comenzaron a saetear a fondo a los adversarios. De cuando en cuando, abatían a uno y, entonces, los suyos lo retiraban hacia la espesura de la selva.

Cayó el segundo español en ese instante. Lo alcanzó un flechazo en pleno cuello y el pobre diablo estuvo un buen rato forcejeando con él. Alguien le pidió que no se lo quitara, que podría ser peor, pero nada es peor que saberte morir sin intentar algo aunque sea a la desesperada. Se derrumbó en la arena como un peso muerto.

—¡Capitán! —gritó Espinosa dirigiéndose a Magallanes. Dos bajas eran mucho más de lo que habrían esperado—. ¡Hay que retroceder!

Mientras pudieran. Los guerreros de Lapu-Lapu comenzaban a ganar la playa en lo que, sin duda, podría considerarse un intento de envolver a la

columna española. En el cuerpo a cuerpo que los nativos pretendían, los expedicionarios no tenían nada que hacer. ¿Mil y pico contra cuarenta y siete?

Magallanes, sin embargo, hizo caso omiso a Espinosa y continuó dando pasos hacia los indios. Alcanzó al primer contingente de ellos espada en mano y comenzó a tajar sin miramientos. El capitán general, pese a su habitual cojera, se movía con fluidez. La batalla es para quien la siente como un hogar. En cuatro tajos rápidos, Magallanes obligaba a los indios a replegarse.

Por supuesto, los indios, tras los primeros tanteos, decidieron tomar la iniciativa en la contienda. Habían comprendido que las armas de los expedicionarios eran poderosas, pero su inmensa superioridad numérica acabaría por eclipsarlas. De esta forma, Lapu-Lapu ordenó a sus guerreros que se desplegaran por la playa y que intentaran dispersar a la, hasta entonces, compacta columna española.

Les resultó más difícil de lo esperado, pues los expedicionarios eran antes marinos y, en consecuencia, estaban acostumbrados a trabajar codo con codo, aunque lo lograron. Un grupo de unos dieciséis o diecisiete hombres se vio obligado a caminar hacia el este para evitar que unos doscientos guerreros que venían por el centro cayeran sobre ellos y los aniquilaran. Otro tanto sucedió con una veintena más, esta vez por el oeste: corrían cercanos a la desbandada mientras más de trescientos cincuenta indios los dividían en grupúsculos aún más pequeños. Por fin, un pequeño retén de hombres confinado en mitad de la playa continuaba defendiendo su posición a escopetazos.

La lucha cuerpo a cuerpo no tardó en llegar. Los españoles desenvainaron espadas y puñales y los lanzaron hacia el frente. Sabían que la auténtica eficiencia de las armas blancas pasaba por usarlas al ataque. Si retrocedían, si daban un paso atrás, los brazos dejaban de rajar enemigos y se atoraban en una defensa casi infinita.

Mafra esgrimía una espada demasiado pesada para él. La impulsaba adelante y raro era el viaje en el que no segaba carne enemiga. Produjo mucha sangre, y hasta creyó haber matado a un guerrero mactanés. Los hombres de Lapu-Lapu lo rodearon y empezaron a lanzar al aire brutales macanazos. Un español que peleaba al lado de Mafra, un tío de unos veinticinco años que servía de sobresaliente en la *Concepción,* recibió un golpe en mitad de la frente que le partió el cráneo en dos. Miró a Mafra, Mafra le devolvió la mirada y ambos supieron que la suerte estaba echada. Es bueno saber que te vas, pensó el

jerezano, a quien la muerte por sorpresa siempre le había parecido una mala broma.

Y otro. Y otro más. Los españoles ya ni siquiera sabían el número exacto de bajas que sufrían. Las hordas de Lapu-Lapu los rodeaban y los apaleaban sin tregua. Debían retroceder y volver a los botes.

Magallanes no lo interpretó así, pues continuó internándose en la playa. A corta distancia, Espinosa lo seguía. El Sordo, escopeta en mano, hacía lo propio varios pasos por detrás. El resto, en desbandada hacia la orilla.

Corrían, corrían como si los llevara el diablo. Por desgracia para los expedicionarios, los nativos los cercaban más y más y establecían una línea de confinamiento. Lanzaron una red al mar y la llenaron de peces.

El avance desesperado de Magallanes tenía un objetivo: romper la fila de los mactaneses y penetrar hasta las casas. Si lo lograban, el desembarco podría progresar. Le habría bastado con girarse y observar en dirección contraria para comprender que no, pero Magallanes jamás miró hacia atrás. Al contrario, daba pasos lentos en la playa, hundía sus pies acorazados en la arena, gruñía y hasta gritaba a los indios que se extendían frente a él, y les mostraba la espada brillante: he aquí la que os va a enviar al infierno, hijos de puta, parecía decir.

Espinosa y el Sordo lo alcanzaron y le rogaron que no continuara. Un indio loco se lanzó a por el capitán general y el Sordo le sacudió un escopetazo a corta distancia que le abrió el pecho y le hizo saltar por los aires.

—¡Cúbrame, alguacil! —le gritó a Espinosa mientras se dejaba caer de rodillas en la arena y procedía a recargar. Movimientos lentos, medidos, pausados. La pólvora en la recámara, la bala en el cañón, dame fuerzas oh Señora para que de esta salga con vida llevándome por delante a los infieles que mi perdición pretenden.

Espinosa ya no tenía bala, así que se situó entre el Sordo y Magallanes con la espada desenvainada en una mano y una daga en la otra. Tajó a tres nativos que se le abalanzaron armados de garrotes; al último lo ensartó en las tripas con el puñal. Cuando sacaba la hoja, sintió el chorro de sangre caliente desparramándose por la arena cálida. A sus espaldas, decenas de españoles gritaban en pleno desconcierto. Podían dar la batalla por perdida. De que se retiraran a tiempo dependía que algunos lograran salvar el pellejo.

Para entonces, el Sordo ya había recargado y se puso en pie. Magallanes le lanzó una orden corta y concreta:

—Conmigo, chaval. Vamos a darle la vuelta a esto.

Los tres, Magallanes, Espinosa y el Sordo alcanzaron la posición donde se erigía la primera casa. Era de madera y paja, con grandes aberturas en los costados y el techo. A través de una de ellas, distinguieron un grupo de niños en su interior.

—Quémala —le dijo Magallanes al Sordo.

El marinero obedeció de inmediato. Todos portaban yesca para encender las mechas de las escopetas y podían prender un fuego en menos de lo que se tardaba en contar hasta tres.

Magallanes decidía sembrar el terror entre los nativos. En términos guerreros, se trataba de un todo o un nada. Dado que ya habían puesto unos cuantos muertos en la balanza, merecía la pena, a su juicio, arriesgar.

El Sordo incendió la choza mientras los guerreros mactaneses se desvivían para evacuar, por el otro lado de la construcción, al grupo de críos. Los españoles nunca quisieron matar porque sí, aunque ya era demasiado tarde para pensar en ello. Un guerrero desnudo que no tendría ni dieciséis años se acercó a Espinosa garrote en mano y este levantó la espada sobre su cabeza, la volteó y se la hundió en la base del cuello. La herida, de las más feas que se puedan recibir, no lo mató de inmediato, sino que lo sumió en una agonía que no duraría menos de media hora. Nada de lo que hicieran los suyos lo salvaría.

—¡Volvamos ya! —imploró Espinosa. Situado junto a Magallanes, le tiraba del brazo mientras observaban cómo el Sordo se encaminaba hacia una segunda casa. Arderían todas.

—No —replicó Magallanes.

—¡Es necesario! —zanjó el alguacil. Más de cien guerreros se aproximaban hacia ellos a la carrera. Al frente del grupo, un hombre rojo y brillante abría la marcha. Portaba un puñal en la mano derecha y distinguieron la ira en su rostro.

—Satanás —dedujo el Sordo.

—Ese cabrón es tan hombre como tú y como yo —le corrigió Magallanes.

—Mírelo, es rojo…

Las llamaradas de la casa ardiendo ascendían junto a los tres hombres.

—Está pintado de rojo, que es distinto.

—Lapu-Lapu…

A Espinosa, el corazón le latía con tanta intensidad que hasta comenzó a dolerle el esternón. La retirada de los españoles empezaba a ser efectiva y ya un bote se había alejado, con tropas, hacia la *Victoria*. Los que aún permanecían en la playa no lo sabían, pero el capitán Barbosa había dado la orden de cargar las

lombardas por si desde el mar podían cubrir, con fuego de artillería, la retirada española. Nunca llegaron a hacerlo, pues la disposición confusa de los combatientes a lo largo y ancho de la playa se lo impidió. Si disparaban, podrían matar a unos cuantos de los suyos.

Fue Elcano quien certificó que realmente se hallaban frente a Lapu-Lapu. El maestre de la *Concepción* estaba a unos treinta pasos de la orilla cubriendo la retirada de los hombres bajo su mando. Al fondo de la playa no quedaría más de una decena de combatientes. Aquí y allá, desperdigados en la arena, al menos siete españoles yacían inertes. Se llevó las manos al rostro e hizo bocina para que sus palabras llegaran hasta el lindero de la jungla.

—¡Sordo! ¡Saca de ahí al capitán general!

El Sordo escuchó la orden que provenía desde atrás y, tras un instante de indecisión, resolvió obedecerla.

—Se viene usted conmigo —le dijo a Magallanes tomándolo de un brazo.

—Haga caso al muchacho, señor —se sumó Espinosa.

—No voy… —comenzó a objetar Magallanes. Pero, entonces, Lapu-Lapu, el indio completamente teñido de rojo, azuzó a sus guerreros con una serie de aullidos salvajes. Tenía polvo y horror en su garganta.

Por fin, Magallanes retrocedió. Las llamas habían saltado a otra casa y amenazaban con incendiar la jungla entera. No obstante, estas los salvaron, pues los nativos se entretuvieron tratando de sofocarlas en lugar de ir tras los expedicionarios. No todos, no todos lo hicieron, aunque sí muchos. Bastó para otorgarles una oportunidad.

El retroceso hasta la orilla tuvo lugar sin contratiempos. Los nativos no se decidían a atacar de frente a una tropa que se marchaba. Con todo, se distinguían pequeñas escaramuzas en los aledaños de la batalla. Ya con el agua del mar en las rodillas, varios españoles luchaban a espadazos contra unos mactaneses que no acababan de dejarlos ir. Urrutia, Mafra y Trigueros batían las espadas en esos flancos, sin apenas consecuencias: los indios les habían tomado la medida a los filos y se retrasaban cuando los españoles los lanzaban hacia el frente. Herían de cuando en cuando, y tajaban hondo, pero no lo suficiente como para sembrar la orilla de cadáveres.

Cuando Magallanes llegó al agua, apenas quedaban once hombres en tierra firme. Elcano, presente entre los finales, recontó rápido para no dejarse a nadie. Siete bajas y treinta y dos combatientes en la *Victoria* o camino de ella. Le salían cuarenta y nueve, que era el número exacto de los que habían desembarcado.

—¡A los botes, señor! —le gritó a Magallanes.

Los últimos de Mactán cubrían la retirada con sus espadas y puñales. Una horda encabezada por Lapu-Lapu se les acercó despacio. Parecían buscar los puntos débiles de los españoles. Que, en creciente abatimiento, los eran todos. Lapu-Lapu aprovechó para aullar como un lobo hambriento.

—¡Oh, cállate de una puta vez! —espetó el Sordo. Sintió cómo alguien le asía por el brazo y lo empujaba hacia atrás obligándolo a entrar en el agua y acercarse a un bote. Magallanes tenía la coraza salpicada de sangre y una mirada que veían por primera vez.

—Retrocede, chaval —dijo—. Es una orden.

Dos marineros lanzaron sus escopetas descargadas al fondo de una embarcación y saltaron dentro. Siete en tierra: Urrutia, Mafra, el Sordo, Trigueros, el alguacil Espinosa, Elcano y Magallanes. Trigueros observó cómo otro bote vacío llegaba desde la *Victoria*. Ruiz y Navarro, los dos hombres que remaban en él, traían un aplomo que a cualquiera partiría el alma: sacaban a los suyos de la playa o la diñaban todos allá.

El Sordo y Espinosa trataron de empujar a Magallanes mar adentro. En un gesto por el que la historia lo recordaría, el capitán general se zafó de sus dos hombres.

—Yo subo el último —sentenció.

—Me quedo con usted —se unió, de inmediato, el Sordo.

—Tú saltas al bote, chaval —replicó Magallanes. Miró al marinero sevillano y se conmovió. Añadió, tan solo—: Te cubro.

Con el agua del mar en los muslos, el capitán general comenzó a regresar a la orilla de la playa. Alguien, quizás Elcano, gritó algo desde atrás, pero Ruiz y Navarro ya llegaban. Los seis últimos combatientes de Mactán saltaron al interior del bote y alguien, quizás Elcano, dio la voz de cargar las escopetas.

—¡Vamos, deprisa! ¡Hay que apoyar al capitán general!

Magallanes recibió con los brazos separados a la horda de Lapu-Lapu. El demonio rojo ladraba en la cabeza del grupo y fue de los primeros en acometer al hombre que cubría la retirada de su gente. Fue el propio Lapu-Lapu quien, en un gesto habilísimo, saltó en torno a Magallanes, esquivó el filo de su espada y lo golpeó con saña en una rodilla. Si no fuera por la coraza, se la habría partido en dos. Fue suficiente, sin embargo, para derribarlo.

Ante los ojos de los españoles encaramados al último bote, Magallanes cayó al agua. No cubriría más de un palmo, a lo sumo dos, pero bastó para que el

capitán general tuviera el rostro sumergido durante casi un minuto entero. Después, se volvió hacia arriba y respiró hondo. Los indios, para entonces, ya se le echaban encima.

—¡Fuego! ¡Fuego! —ordenó Elcano desde el bote. Y dirigiéndose a Ruiz y a Navarro, marineros en los remos, añadió—: ¡Ni se os ocurra regresar todavía!

Ocho o nueve guerreros saltaron sobre el cuerpo de Magallanes y comenzaron a apalearlo con sus garrotes. Las escopetas estuvieron listas y cinco balas surcaron el aire a la búsqueda del mactanés. Urrutia, en un pensamiento desesperado, prometió a la Virgen que, si le acertaba a Lapu-Lapu en pleno pecho, le rezaba diez rosarios de un tirón. Se ahorró la rezada, pues, aunque casi lo toca, el disparo le salió desviado y erró.

La resaca tiraba suavemente del bote mar adentro. Los expedicionarios, que se habían levantado para disparar, procedían a sentarse. Solo Elcano y el Sordo permanecieron en pie hasta el final. Trigueros tenía la cabeza entre las manos y sollozaba.

Al capitán general no lo dejaron levantarse más. Los guerreros llegaban desde todas partes y Lapu-Lapu, pudieron distinguirlo incluso desde la cubierta de la *Victoria*, asió, con rabia, su puñal. Tras blandirlo sobre la cabeza, aulló al aire limpio de Mactán.

Una, dos, tres cuchilladas rápidas en el cuello de Magallanes lo convirtieron en un fardo a merced de las olas. Cuando los guerreros se retiraron, una gran mancha de sangre se extendía por el agua.

Elcano observó la orilla. Ahora sí, ordenó a los dos marineros que comenzaran a remar. El plan había resultado un grandísimo fracaso.

Y Magallanes estaba muerto.

* * *

La noticia no tardó en extenderse por las cubiertas de las tres naos. Con Magallanes, todos, todos sin excepción alguna, habían tenido sus más y sus menos. El capitán general, debido a su actitud, jamás se lo puso fácil a nadie. No ya a los que aborrecía, sino también a aquellos que eran de su gusto. No obstante, no hubo hombre entre las tripulaciones que no se sintiera demoledoramente abatido al conocer la noticia. Se había muerto el capitán general, pero también el tío que, con su obstinación, los había llevado hasta allá.

Respetaban eso. Respetaron siempre el carácter indoblegable de un hombre cuya tozudez terminó por acabar con él.

Ni siquiera fueron capaces de recuperar su cadáver. Ni el suyo, ni el de los otros siete españoles que quedaron tendidos en las playas de Mactán.

Maldito Lapu-Lapu, maldita su isla y todos sus descendientes durante cien generaciones.

Aquella misma tarde del 27 de abril, tuvo lugar un consejo a bordo de la *Trinidad*. Los oficiales de las tres naos se reunieron y tomaron dos decisiones. La primera, obvia e inmediata: se ordenó a los contramaestres que apartaran los barcos de la costa hasta alcanzar una distancia segura. La segunda, ni tan obvia ni tan inmediata: debían elegir a un nuevo capitán general.

En aquel momento, solo dos hombres disponían del rango de capitán: Duarte Barbosa y Juan Serrano. Ninguno lo era desde origen, puesto que a ambos los había nombrado Magallanes, pero contaban con la aprobación de la mayoría de los oficiales. Si alguno discrepaba con ellos, no lo hacía por asuntos graves sino a causa de desavenencias triviales. Tras discutir durante dos horas, se optó por un mando compartido entre ambos capitanes, los cuales, en adelante, ostentarían rango de capitanes generales. A sus órdenes quedaban.

Aquel día no hubo tiempo para más. Se hallaban extenuados y con la moral deshecha. ¿Llegaba el momento de retornar a casa? La cuestión flotó en el ambiente durante todo el consejo, aunque nadie la formuló de forma explícita. Regresar ahora solo podría ser considerado como una derrota en toda regla. Así se sentían, derrotados y medio muertos, pero ¿acaso no habían aprendido de Magallanes que con tesón y audacia cualquier obstáculo se supera?

Si la ofuscación no se lo hubiera impedido, los oficiales se habrían dado cuenta de que, en aquel consejo improvisado, Enrique de Malaca no les sirvió vino. El malasio estuvo presente, pero no movió un dedo ni pronunció una sola palabra. Permaneció en un rincón del camarote y observó los rostros de los compungidos oficiales. Ninguno le prestó demasiada atención.

Malaca fue oscureciendo su semblante a medida que el consejo avanzaba. Como el resto de la tripulación de la *Trinidad*, había recibido convulsamente la noticia de que Magallanes estaba muerto. En su caso, más, si cabe: Malaca no era un tripulante al uso, sino que pertenecía al capitán general. Entre los españoles, la posesión de seres humanos estaba prohibida, pero no así entre los portugueses. Y Magallanes, aunque renegado y prácticamente un traidor a los que le habían visto nacer, conservó dicha tradición. Eso sí, con una salvaguarda

que a Malaca no se le olvidaba: Magallanes, su amo, le había prometido que, a su muerte, sería liberado.

Bien, ya estaba muerto. Malaca era libre.

¿Cómo se concretaba una libertad que el malasio consideraba irrenunciable? Era lo que aguardaba y lo que no terminó de definirse. Allá, en aquel camarote que tan bien conocía, los presentes debatían en torno a esto y lo otro, aunque no acerca de Malaca. Un Malaca que tuvo la precaución de permanecer frente a ellos, no fuera a pasárseles por alto su asuntillo. Resultó decepcionante que, al final, sus esfuerzos no sirvieran para nada. ¡Nadie tomó la palabra para abordar la cuestión referente al esclavo del finado! ¡Y lo tenían delante, por todos los santos!

Cuando el consejo hubo finalizado, gran parte de las oficialidades se retiró a sus barcos. A bordo de la *Trinidad*, con todo, quedaron Barbosa y Serrano, flamantes nuevos hombres fuertes de la expedición, junto a Elcano, Carvallo, Espinosa y dos o tres oficiales más. Debatían en torno a lo sucedido y alternaban la efervescencia con el más desolado abatimiento.

—Discúlpenme —dijo cuando, por fin, se decidió a tomar la palabra.

—Ahora no —repuso, de malas maneras, Barbosa.

—Señor, me gustaría…

—¿No me has oído? Te he dicho que ahora no es el momento. Tenemos asuntos importantes que resolver.

¿Acaso algo es más importante que la libertad de un hombre? Tanto Barbosa como Serrano habían sido incondicionales de Magallanes y Malaca les había servido vino en innumerables ocasiones. A ninguno de los dos se le escapaba, pues, el hecho de que allí existía algo pendiente de resolver.

—Quiero decir que… —continuó insistiendo Malaca.

Barbosa, agotado y algo descompuesto, reaccionó de la peor de las maneras. Sin poder reprimirse, le soltó un manotazo al esclavo y lo apartó de sí.

—¡Obedece, perro! —le espetó.

Malaca dio un paso atrás. Cabizbajo, pero también dolido. Esa no era la respuesta que aguardaba de unos hombres de honor. Él se sabía dueño de una promesa de libertad y la única condición a la que esta se hallaba sujeta acababa de cumplimentarse. Podría argüirse que, por su parte, habría resultado más adecuado conducirse de forma paciente, pero ¿quién espera a ser libre sabiéndose libre? ¿Aquellos hombres que tenía frente a sí renunciarían a un solo día de su libertad?

Cuando Barbosa regresó a la *Victoria* y Serrano a la *Concepción*, al mando de la *Trinidad* quedó el alguacil Espinosa. Por el momento, se trataba de una decisión provisional hasta que los capitanes generales decidieran qué hacer con el mando de la que, hasta entonces, había sido la nao capitana. Espinosa era un hombre implicado como pocos en la expedición y que, además, sabía cómo mantener el orden. No les daba la sensación de que así fuera a ocurrir, pero lo último que necesitaban era un motín o una revuelta. A los marineros debían sujetarlos muy en corto, pues no conocían otro modo de bandear las dificultades.

Enrique de Malaca, ya con la noche cerrada frente a las costas de Cebú, volvió a intentarlo con el alguacil. Este, puede que porque lo había tratado mucho más que Barbosa, lo escuchó. Observaban, desde la toldilla de la *Trinidad*, el inmenso cielo cebuano. Previendo un posible ataque por sorpresa de Humabón, las naos se agrupaban muy cerca las unas de las otras y en todas se redoblaron las guardias. No dudaban de que la derrota de los españoles en Mactán habría llegado a oídos del rajá. A estas horas, consideraban que cualquier acuerdo previo era papel mojado. Las reacciones de los nativos podían ser las más inesperadas. Quizás no todo estuviera perdido o quizás sí. Necesitarían unos cuantos días para averiguarlo.

—Señor, si dispone de algo de tiempo, me gustaría hablarle de algo importante —comenzó Malaca.

—Espero que no se trate de más problemas… —replicó, en tono suave, Espinosa—. ¿Podrías servirme algo de vino? Creo que al capitán general le quedaba algo en su barril particular…

—De eso mismo quería hablar.

—¿Del vino?

—De la servidumbre. Yo ya no soy un esclavo, señor.

—¿Cómo que…? Vamos, no digas tonterías, Enrique.

—No, señor. El capitán general, Dios lo tenga en su gloria, me prometió la libertad una vez que él falleciera. Y no me alegro de que algo así haya sucedido, pero el hecho innegable es que aquí estamos…

—¿Quieres decir que pretendes que te dejemos libre?

—Quiero decir que pretendo que me reconozcan como lo que soy: un hombre libre.

—No me hagas reír, Enrique… Mira, ahora no disponemos de tiempo para debatir este tema. He tenido un día horrible y estoy agotado. ¿Qué tal si lo hablamos mañana? O al día siguiente, en cuanto dispongamos de un rato, te lo

prometo, Enrique. Hay muchos asuntos que requieren antes mi atención. Además, ¿dónde vas a estar tú mejor que entre nosotros? ¿Sabes hacer algo que no sea servir? Ve a ver si queda algo de vino por algún lugar. Daría lo que fuera por echarme un trago al cuerpo…

Enrique de Malaca fue, pero no a buscar el vino. Se retiró al camarote, recogió unos cuantos objetos personales y algo de ropa, los introdujo en un petate y se sentó en el suelo a esperar. Estuvo allí durante tres horas largas. Después, salió a cubierta, saludó con un golpe de cabeza a uno de los vigías que hacían guardia y, con sigilo, lanzó el chinchorro al agua. Diez minutos más tarde, estaba remando hacia la costa.

* * *

A la mañana siguiente, el rajá Humabón recibió con expectación a Enrique de Malaca. Este había explicado a los hombres que lo habían encontrado que ya no pertenecía a la expedición española. Se trataba de un fugitivo y, a todos los efectos, debían considerarlo contrario a los españoles.

Humabón necesitó un buen rato para decidir qué hacía con el recién llegado. Más todavía: necesitó casi toda la mañana para, dados los acontecimientos recientes, urdir una nueva estrategia en relación a los españoles. Persuadido por sus consejeros más fieles, aceptó la presencia de Malaca entre los suyos y escuchó lo que tenía que explicarle.

Como buen traidor, Malaca no se reservó nada. Hacerlo habría supuesto menguar sus posibilidades de prosperar entre los cebuanos, algo que, sin duda, no estaba dispuesto a que ocurriera. Salvo que se le presentase alguna oportunidad mejor en los próximos años, su lugar se hallaba en Cebú. No parecía un mal sitio para aguardar. A sus veinticinco años, tenía mucha vida por delante.

El rajá disimulaba mal. Eso, o Malaca había desarrollado el sentido comercial tan propio de los españoles. Fuera como fuese, el malasio caló muy rápido a Humabón. El jefezuelo gordo solo era un codicioso que experimentaba placer innato cuando se refería a los regalos que los expedicionarios le habían presentado. Más pronto que tarde, Malaca escuchó la pregunta que se encontraba aguardando: ¿Hay más?

Lo había, por supuesto que lo había. Malaca apenas tuvo que exagerar. Las bodegas de las naos continuaban repletas de toda clase de chucherías, quincallas

y oropeles. El muchacho sabía, aunque esto se lo calló, que nada de ello valía gran cosa. Las tijeras, por ejemplo, dejaban de cortar tras un mes de uso. Los espejos, por su parte, tendían a oscurecerse con el paso del tiempo. Los españoles se encontraban al corriente, aunque nunca les importó demasiado. Pensaban que hasta mejor, pues así podrían regresar años más tarde y volver a colocar exactamente la misma mercancía defectuosa. Los indios no se enterarían ni en siglos.

—¿Y cómo puedo hacerme con el contenido de esas fabulosas bodegas? —preguntó, por fin, Humabón.

—Yo podría ayudarle, señor —le respondió Malaca, que utilizaba con el rajá el mismo tono respetuoso que había usado con su amo Magallanes.

—De acuerdo, hagámoslo. Ahora mismo.

—No tan deprisa, señor…

—¿Por qué no? Aprovechemos su momento de debilidad para atacarles.

—Rechazarán el ataque sin pestañear. No los minusvalore, señor, pues no se trata de gentes que desfallezcan.

—Pues Lapu-Lapu les ha hecho morder la arena de la playa…

—Eso me cuentan, señor, y puede que cometieran un error. No volverán a cometer otro. Mucho menos aún, a bordo de sus naves. Allí, son invulnerables.

—Entonces, ¿cómo lo hacemos?

—Deberíamos intentar que bajen a tierra.

—No querrán. Han alejado los barcos de la costa. Desconfían.

—Hagamos que vuelvan a confiar.

—¿Es eso posible?

—Desde luego que lo es.

—¿Cómo?

* * *

Durante cuatro días, no hubo ningún contacto entre los expedicionarios y el rajá Humabón. Ningún bote fue lanzado al agua y nadie pisó tierra firme. Sencillamente, aguardaban a que el tiempo transcurriese. Puede que, de este modo, a alguien se le ocurriera algo.

Echaron de menos a Malaca, desde luego que sí. O, por decirlo adecuadamente, echaron de menos el chinchorro del que se había servido para

desertar. Y ataron cabos. En fin, no les importó gran cosa, salvo por la embarcación, que hacía su servicio.

El 1 de mayo, a primera hora de la mañana, una canoa se acercó hasta la *Trinidad*. La enviaba Humabón, quien se preguntaba por qué los expedicionarios habían dejado de frecuentarlo. Había tenido noticia de lo sucedido en Mactán, y lo lamentaba muchísimo, pero los españoles debían comprender que el rajá no era culpable de tan infaustos sucesos.

Observaron con recelo a los enviados del rajá. Sin embargo, tras comprobar que viajaban desarmados, los invitaron a subir a la *Concepción*. El rajá continuaba siendo el rajá y no pretendían desairarlo.

Tras el inicial intercambio de parabienes, uno de los emisarios del rey de Cebú, el que parecía llevar la voz cantante, lanzó una invitación: el rajá Humabón invitaba a comer, aquel mismo día, a todo aquel que fuera alguien en la expedición. En cuestión de cuatro horas, los aguardaban en el palacio real, el cual, les explicaron, se había engalanado convenientemente para tan regia ocasión.

Sin mediar más palabras, entre otras cosas porque les costaba horrores comunicarse, los enviados de Humabón regresaron a su canoa y remaron hasta la playa. Durante un buen rato, los observaron en silencio. El carácter se les había tornado taciturno durante aquellos días tristes…

El capitán Serrano, sobre la cubierta principal de la *Concepción*, intercambió dos frases rápidas con Elcano.

—Esto huele mal —dijo el primero.

—Fatal —secundó el segundo en un alarde de concreción.

Los dos oficiales lo habrían dejado ahí. Ante un asunto que no te agrada ni lo más mínimo, ¿qué has de hacer? ¿Plegarte a discutirlo? Juan Serrano era el nuevo capitán general de la expedición a la especiería y él no tenía que compartir sus decisiones con nadie. Menos aún, si contaba con la aquiescencia del maestre Elcano y con ella, bien lo sabía, la de la dotación de la *Concepción*.

Sin embargo, la bicefalia en la capitanía general no la habían impuesto en vano. Serrano comprendía que, tenida en cuenta la relevancia de la invitación, Barbosa debía aportar su punto de vista. Comoquiera que fuese, se trataba, en la práctica, de un todo o nada: podían ignorar la invitación de Humabón y continuar con la travesía, con lo que los acuerdos entre el rajá de Cebú y el rey de España caerían para siempre en el olvido, o bien podían aceptarla y descender a tierra buscando agarrarse a un clavo ardiendo.

Desde la *Victoria* y la *Trinidad* habían seguido expectantes la maniobra de la canoa. Tras su marcha, permanecieron a la espera y, media hora más tarde, un bote partía desde la *Concepción* rumbo a la *Trinidad*. Duarte Barbosa realizó lo propio en la *Victoria* y se improvisó un consejo a bordo de la nao capitana.

Ya en el camarote, Serrano informó de la invitación recibida. A quien fuera alguien entre los españoles, se lo convidaba a viandas y bebidas en su honor. Quedaban tres horas y media para decidirse.

En el consejo estuvieron presentes los dos capitanes generales, Carvallo, Pigafetta, Elcano, así como el resto de pilotos, maestres y contramaestres. Como había señalado el emisario de Humabón, quien fuera alguien.

—Tanto Elcano como yo pensamos que, a estas alturas, no tiene sentido bajar a tierra —explicó Juan Serrano—. Nos pondríamos en peligro innecesariamente. Por otro lado, no creo que podamos recomponer la relación con el rajá. Hemos terminado aquí. Partamos cuanto antes.

Los oficiales miraban a Serrano. Los que, en razón de su rango, se habían sentado a la mesa, cruzaban los dedos sobre ella. Tiempo atrás, habrían bebido vino mientras deliberaban, pero no les quedaba. Tampoco estaba el tipo que acostumbraba a servirlo.

—¿Qué hay de Malaca? —preguntó, al hilo de esto, Carvallo.

—¿A qué viene ahora eso? —espetó Duarte Barbosa.

—Bueno, debemos tomar en consideración todos los aspectos de…

—Malaca ha desertado, eso es todo. No creo que debamos mezclarlo en esta discusión.

—No me fío del esclavo… Se enfadó mucho cuando se le negó la libertad.

—No se le negó. Simplemente, se aplazó la decisión hasta que dispusiéramos de más tiempo para reflexionar sobre ella. Pero él no tuvo paciencia y decidió marcharse. Nos ha robado un chinchorro. Si lo cogemos, vamos a cortarle los huevos.

Barbosa observó a los presentes. ¿Por qué perdían el tiempo hablando de Enrique de Malaca? Al infierno con él.

—Yo digo que —añadió— atendamos la invitación de Humabón. Si conseguimos restablecer los vínculos con él, salvaremos el plan de Magallanes. Hay que conseguir un puerto seguro para España. Es nuestro deber intentarlo, cuanto menos sea en honor del hombre que se dejó la vida para conseguirlo.

—Repito que nos arriesgamos demasiado si bajamos a tierra —insistió Serrano.

—Y yo repito que necesitamos un aliado al final del mar Pacífico —se defendió Barbosa—. Nadie entre nosotros pensaba que fuera a ser tan ancho. Las expediciones futuras llegarán exhaustas hasta aquí. Proporcionarles un lugar para descansar supondría nuestra jugada maestra. Piénsenlo todos, por Dios.

Lo hacían. Los hombres allá presentes asintieron sin vehemencia mientras rumiaban las palabras de uno y de otro. Serrano volvió a intervenir.

—No quiero perder a más hombres —dijo.

—No tenemos por qué perder a nadie más —rebatió Barbosa—. Propongo que aceptemos la invitación del rajá, pero a nuestro modo. Enviaremos a la oficialidad de la expedición, pero también a hombres capaces de repeler un ataque, si este se produce.

—Impedirán que entremos armados en el palacio de Humabón —intervino Elcano.

—Portemos armas blancas ocultas bajo las ropas. El rajá no nos atacará. ¿Qué ganaría intentándolo?

Volvió a hacerse el silencio mientras los presentes recapacitaban en torno a lo dicho. La mayoría se inclinaba por secundar a Barbosa, aunque, en último término, la decisión correspondía a los capitanes generales.

—Si alguien está en desacuerdo con asistir al banquete —expresó, con todo, Duarte Barbosa—, es libre de decirlo ahora. No se le obligará a bajar a tierra.

De nuevo, el silencio. Fue Elcano quien, para sorpresa de muchos, lo rompió.

—Me gustaría…, quedarme a bordo de la *Concepción* —farfulló.

Las miradas se volvieron hacia él y lo vieron sudoroso. Le había desaparecido la sangre del rostro.

—¿Se encuentra bien, maestre? —le preguntó Carvallo.

—Pues creo que no… —respondió Elcano—. Me parece que me ha subido la fiebre. Lo lamento mucho, yo…

—Vamos, vamos —cortó Barbosa—, nadie indispuesto o enfermo tiene por qué presentarse al banquete. Hasta ahí podíamos llegar. Usted se queda en la *Concepción*, faltaría más.

—El resto, a tierra —resumió Serrano, que ya había dado su brazo a torcer y se resignaba a comer bueno, abundante y con preciosas mujeres medio desnudas sonriéndole al servir.

—No se hable más —sentenció Barbosa.

El consejo se levantó no sin antes indicarle a Antonio Pigafetta que, esta vez, él no podía descender a tierra. El vicentino protestó lo que no estaba escrito, pero

los capitanes generales, Barbosa sobre todo, se cerraron en banda y negaron el permiso. Desconocían cuánto tiempo transcurriría hasta que pudieran volver a comer en condiciones. En consecuencia, el loco Pigafetta no les amargaría el banquete con su cháchara alocada y sus interminables disertaciones acerca de lo humano y lo divino.

Querían ver mujeres desnudas. Lo necesitaban.

* * *

Elcano se fue sintiendo cada vez peor. De regreso a la *Concepción*, vomitó varias veces y el capitán Serrano le pidió que se tumbara en su camarote. Descansa, Juan, le dijo, mientras terminaba de acicalarse para la comilona. Elcano ni siquiera tuvo fuerzas para responderle. Sentía que el estómago se le había dado la vuelta y no conseguía que volviese a su posición normal. En aquellos días, comían cualquier cosa, de manera que probablemente algo le había sentado mal. En una o dos jornadas, se habría recuperado y se reincorporaría al servicio en la *Concepción*. Como todo hombre orgulloso de su labor, llevaba con enfado las enfermedades que requerían retiro y descanso.

—Yo me quedo un rato con él —dijo Carvallo, mientras ayudaba a su amigo a acostarse.

—No es necesario —balbució Elcano mientras se recostaba en el catre del capitán.

—Sí que lo es —explicó Carvallo con voz plácida—. Me quedo más tranquilo. Además, te aseguro que bajaré más tarde. Ese banquete no me lo pierdo yo ni loco.

Elcano, al oír hablar de comida, experimentó una violenta arcada que crispó, por completo, su rostro. No quedaba nada en su estómago para vomitar pero, como suele ser normal en estas circunstancias, las convulsiones se produjeron igualmente.

—De acuerdo, me parece bien —dijo Serrano mientras se pasaba las manos por su chaqueta y se encaminaba hacia la puerta—. Nos vemos en el palacio.

Los botes de las naos transportaron, en total, a veintiocho hombres, la mitad de los cuales pertenecía a la dotación de la *Trinidad*. La partida la formaban oficiales y sobresalientes, pero también marineros y lombarderos con armas ocultas bajo la ropa. Estos últimos consideraban que les había tocado un premio

bien gordo: a cambio de no hacer absolutamente nada, podrían darse un atracón de los de rememorar. La comida, para el que la ha echado en falta durante meses y meses, suponía un estímulo de primer orden. Puede que mayor que el de las jóvenes desnudas.

Como los emisarios de Humabón aseguraron, el palacio del rajá se había engalanado sin escatimar en medios. Los españoles se dijeron que, en fin, ellos eran los legítimos representantes del rey Carlos en estas tierras, de manera que ese era exactamente el trato que merecían.

Antes de sentarse a la mesa, Humabón los saludó uno por uno y ordenó que se les sirviera vino en copas de oro con engastaciones de piedras preciosas. Los expedicionarios bebieron con avidez un vino denso, aromático y frutal que les pareció el mejor que habían probado en su vida. A partir de la segunda copa, comenzaron a hacer aquello que sabían que debían evitar: mirar directamente a los pechos desnudos de las muchachas que les servían. Incluso el padre Valderrama, presente en la partida, dirigió alguna que otra mirada perdida a aquellos pechos pequeños, sólidos y redondos. Comenzaron a sudar mientras una banda de músicos deslizaba voluptuosas interpretaciones de las melodías más queridas del rajá.

Tras el cuarto vaso de vino, un criado indicó que llegaba el momento de sentarse a la mesa. Los expedicionarios rieron abiertamente, algo achispados y bastante desconcertados por el inesperado bienestar, y se situaron a los lados de una gran mesa de escasa altura. Conocían el modo de sentarse a ella: con las piernas cruzadas, apoyaban las nalgas sobre los talones y mantenían la espalda recta como signo de aprecio y buena educación.

De nuevo, las mujeres semidesnudas hicieron acto de presencia y comenzaron a repartir las viandas. Había de todo: carnes asadas, estofados de marisco, pescados hervidos, frutos macerados… Por no hablar de los platos cuyo contenido ni siquiera pudieron identificar pero sobre los cuales se abalanzaron sin preguntas. Todavía traían hambre atrasada de la penosa deriva del Pacífico.

Humabón mantenía una actitud sumamente cordial. Había sido informado de que, tras la muerte de Magallanes, eran Juan Serrano y Duarte Barbosa los dos hombres que se encontraban al mando de la expedición. A ellos, por este motivo, las muchachas más jóvenes y encantadoras les sirvieron el mejor vino y los bocados más exquisitos. Barbosa pronto dejó de mantener las distancias y comenzó a reír con la boca llena. El rajá, a su lado, se reía aún con más énfasis. Las muchachas que se inclinaban sobre ellos y que, sin duda aposta, les rozaban

los brazos con los pechos desnudos, también reían, reían hasta que se les veían las amígdalas.

Fue en ese momento cuando Enrique de Malaca hizo su aparición.

* * *

Pese al calor reinante, Elcano se puso a tiritar y Carvallo tuvo que revolver el camarote en búsqueda de mantas. Cuando las halló, cubrió con ellas a un Elcano tan pálido que parecía a punto de expirar.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

—Me voy a morir. Por lo demás, bien…

—Creo que me quedaré contigo.

—No, no… Ve al banquete. Aquí no puedes hacer nada. Ya se me pasará…

—¿De verdad?

—Ve y come por los dos.

Carvallo alzó las cejas y dudó qué hacer. Le apenaba ver, en aquel estado, a su amigo. Sin embargo, se daba más pena él mismo cuando pensaba en que, en ese preciso instante, podría estar zampando a mandíbula batiente. Al final, pesó más la gula y, tras acallar su conciencia diciéndose que nada más estaba en su mano hacer por el bueno de Elcano, salió a la cubierta principal y mandó que le lanzaran el chinchorro al agua.

Desde el primer momento en el que se puso a remar, notó que algo marchaba mal. No sabía qué y, desde luego, nada de lo que se extendía ante él hacía preverlo. La playa se aparecía tranquila, no se distinguían hombres en las inmediaciones, tampoco niños jugando ni mujeres conversando… Quizás fuera esto último. En el tiempo que llevaban anclados frente a la bahía de Cebú, se habían acostumbrado a contemplar la vida normal en la isla. Gentes yendo y viniendo, deteniéndose a conversar, a comentar si la pesca había sido o no buena, si el hijo de tal había dado un buen estirón o si al de cual ya se le habían caído tres dientes.

Carvallo no advirtió vida normal ante él.

Continuó remando en el chinchorro hasta que, un rato después, la quilla tocó la arena. Se incorporó y saltó a la playa desierta.

* * *

De lo primero que se dieron cuenta, fue de que Enrique de Malaca se había deshecho de sus ropas cristianas y vestía al modo cebuano: pantalones anchos y ligeros, una gran faja en torno al abdomen y pecho descubierto. En lo segundo en lo que cayeron, fue que portaba un gran machete de filo de madera. Lo asía en su mano derecha y, aunque no enfilaba con él a nadie, su aspecto no podía resultar más amenazador.

A medida que los expedicionarios reparaban en su presencia, las risas fueron, progresivamente, extinguiéndose. El propio rajá mostraba, ahora, un rostro serio. Chasqueó los dedos de la mano izquierda y las mujeres de la servidumbre se retiraron de inmediato. La banda de músicos dejó de tocar. En la sala del palacio donde estaba teniendo lugar el banquete, se hizo un silencio que a más de uno alarmó. ¿Qué sucedía allí? ¿Por qué el esclavo de Magallanes aparecía tan malencarado? El padre Valderrama, quien catequizara al rajá para después bautizarlo, observó al recién llegado con la mandíbula descolgada y un trozo de carne asada a medio masticar en la boca.

—¿Qué es esto? —preguntó, poniéndose en pie, el capitán general Serrano.

Ni Malaca, ni Humabón, ni ninguno de los consejeros de este último respondieron. Solo semblantes rígidos.

Tres marineros y un lombardero de la *Trinidad* se incorporaron y, de entre las ropas, extrajeron los cuchillos que habían llevado. Se trataba de buenas armas, bien templadas y equilibradas, que en manos hábiles como las de los cuatro hombres podían hacer mucho daño.

—Calma —pidió el capitán general Barbosa alzándose también.

Durante un instante, españoles y cebuanos se miraron los unos a los otros. Humabón observaba a los cuatro expedicionarios armados de cuchillos. Calculó que al menos a uno de ellos le daría tiempo a saltar hasta él y degollarlo. Si, por supuesto, le daba motivos para ello. No se los daría.

El rajá volvió a chasquear los dedos y las mujeres con los pechos desnudos regresaron. Traían lo que parecía ser el postre: deliciosas bandejas atiborradas de confites y cremas frías. Serrano intercambió una mirada rápida con Barbosa. Ninguno de los expedicionarios se fiaba un pelo del gordo Humabón. Definitivamente, pensaron, bajar a tierra había sido un error.

Todavía no sabían hasta qué punto.

⁎ ⁎ ⁎

Carvallo comenzó a caminar en dirección al palacio. Durante el trayecto, las sospechas de que allí algo no iba bien fueron en aumento. Tardó unos quince minutos en cubrir la distancia entre la playa y el palacio y, en ese tiempo, no se cruzó con nadie. A aquella hora del día, con el sol en lo alto del firmamento, las ausencias carecían de explicación.

Salvo el cuchillito personal que todos los marineros llevaban siempre encima, el piloto de la *Concepción* no portaba ningún arma. Se arrepintió de ello y trató de solventarlo fabricándose una sobre la marcha. Extrajo el cuchillito, lo abrió y buscó un palo de una braza de longitud al que le sacó punta. Puede que no resultara excesivamente educado presentarse en un banquete real con una improvisada lanza en la mano, pero que lo tomaran como una extravagancia propia de extranjeros venidos de la otra parte del mundo. Que lo tomaran como les diera la gana, la verdad. La inquietud había prendido en él y no pensaba entrar en el palacio con las manos desnudas.

⁎ ⁎ ⁎

En un gesto que todos consideraron inesperado, el rajá mandó traer un presente para los españoles. Pronunció unas palabras que, por muy tranquilizadoras que les sonaron, no evitaron que los tres marineros y el lombardero depusieran sus armas. Malaca, cerca de la mesa, tampoco lo hacía. Al contrario: el machete que exhibía parecía cada vez más amenazador.

Dos muchachas colocaron un cofre cerrado a los pies de Serrano. Este lo miró mientras las mujeres se retiraban y aguardó a que Humabón dijera algo. El rajá, sin poder ocultar su nerviosismo, gruñó algo en jerga ininteligible y, acto seguido, separó mucho los brazos del cuerpo y mostró las palmas de las manos abiertas.

—Le invita a que lo abra —le dijo un sobresaliente de la *Concepción* al capitán general.

—¿Qué puede haber dentro? —se preguntó Juan Serrano.

Los veintiocho expedicionarios contemplaron el cofre cerrado.

—Solo hay una forma de saberlo —contestó Barbosa.

Serrano se agachó y, con la precaución que cualquiera adoptaría para abrir

una canasta llena de víboras venenosas, levantó la tapa del cofre.

—Oh… —se escuchó proveniente de varias bocas.

En el interior del cofre, una montañita de piedras preciosas se acostaba en un lecho de terciopelos colorados.

—Madre mía —dijo Serrano.

Entonces, Malaca alzó el machete.

* * *

Carvallo llegó al palacio y descubrió a cientos de hombres moviéndose en torno a él. Hombres armados de enormes macanas, de garrotes descomunales, de cuchillos afilados, de lanzas, arcos, flechas y hasta lo que le parecieron astas de toro.

El piloto se quedó paralizado. El palacio se levantaba a menos de diez pasos de distancia. De pronto, alguien gritó dentro y Carvallo comenzó a correr hacia el interior. No fueron tras él. De hecho, puede que tan siquiera lo vieran. Parecían demasiado ocupados aguardando a acceder, por otras entradas, al palacio.

Una vez en el salón donde tenía lugar el banquete, Carvallo contempló una visión desoladora. Enrique de Malaca, machete en mano, procedía a degollar al padre Valderrama. Había decenas y decenas de nativos cebuanos cayendo como perros carroñeros sobre los españoles. El piloto levantó su recién elaborada lancita, la meció un par de veces en el aire y se la lanzó a Malaca.

Consiguió clavársela en el hombro derecho, ello fue todo lo que alcanzó a ver. Los siguientes cinco minutos, esos en los que todavía permaneció dentro del palacio, resultaron muy confusos y nunca acertó a describirlos con fiabilidad. Tanto Pigafetta como Elcano le interrogarían al respecto, pero él solo pudo decir que había sangre y cadáveres por todas partes.

En la sala del banquete encontró a no menos de doscientas personas, quizás más. Por un lado, se encontraban los veintiocho expedicionarios que habían aceptado la invitación del rajá Humabón. Por otro, las huestes del rajá Humabón, que habían penetrado en la sala con la intención de asesinarlos a todos. Cuando Carvallo accedió a la misma, se dedicaban a ello con saña.

El piloto siempre pensó que los habían sorprendido. Él mismo descubrió, abandonado en el suelo, un cofre lleno de piedras preciosas. Quizás lo usaran a

modo de anzuelo… Nunca pudo saberlo con certeza. De lo que sí se dio cuenta, en el momento de entrar en la sala donde tenía lugar el banquete, fue de que diez o doce españoles ya se hallaban muertos para entonces. Les habían rajado el cuello de oreja a oreja en un ataque que, en modo alguno, podía considerar improvisado o espontáneo. No, allí habían urdido una trampa contra los españoles y los españoles habían caído en ella.

—¡Serrano! —bramó Carvallo mientras se lanzaba, con los puños desnudos, contra dos guerreros cebuanos que pretendían rajar al capitán general.

El calor se había tornado intensísimo entre las paredes del palacio y la sangre se derramaba por dondequiera que mirara. Carvallo la olió y hasta la escuchó cuando brotaba a borbotones de las venas abiertas de los expedicionarios. Los estaban diezmando concienzudamente. El piloto giró la cabeza y, durante un instante, advirtió una tenue lucha entre tres o cuatro españoles que, cuchillos en mano, se encaraban a cien cebuanos hijos de Satanás. Se llevaron a un par de ellos por delante y abrieron sus buenos tajos en carne enemiga, pero acabaron por sucumbir ante la superioridad de los atacantes. Carvallo vio cómo les cortaban el cuello, cómo la sangre les brotaba a chorros, cómo les sacaban los ojos y se los comían en un festín demoníaco.

—¡Vamos, Serrano! —volvió a gritar—. ¡Tenemos que salir de aquí!

Serrano se volvió hacia Carvallo y comenzó a correr tras él.

Los dos hombres abandonaron el palacio casi al unísono. Su objetivo no podía ser otro que el de huir. Durante tres o cuatro minutos, corrieron a través de la jungla. Solo entonces, Serrano se detuvo y echó la vista atrás.

—¿Qué hace? —le espetó Carvallo, deteniéndose también—. ¡Hay que seguir! ¡Hay que llegar a la playa!

—No puedo correr más, joder… —repuso Serrano con las manos apoyadas en las rodillas. Le faltaba el resuello.

—¡Venga, hostias!

—Salieron de entre las paredes… Se abalanzaron sobre nosotros antes de que nos diésemos cuenta… Ese maldito Malaca…

—¡Ya me lo contará más tarde! ¡Subamos a bordo! ¡Es nuestra única posibilidad!

Escucharon rumores en la selva. Los perseguían y se les acercaban.

Los dos oficiales de la *Concepción* volvieron a correr. Carvallo iba por delante y, a una distancia cada vez mayor, Serrano le seguía. Unos cinco minutos

después, la playa se abrió ante ellos. Allá estaban sus botes. Los nativos, quizás para no alertar a las dotaciones embarcadas, no los habían tocado.

Carvallo alcanzó el chinchorro en el que, un rato atrás, había llegado a la playa. Bastaría para transportar a dos hombres. Lo empujó hacia el agua justo en el momento en que decenas y decenas de nativos armados irrumpían sobre la arena. Serrano corría cada vez más despacio. Si no se daba prisa, lo atraparían.

El piloto observó a la *Victoria*. De las tres naos, era la única que tenía una posición de tiro.

—Que nos estén viendo, que nos estén viendo —susurró para sí mientras saltaba dentro del chinchorro y asía los remos. Serrano se encontraba todavía a cincuenta pasos de distancia. La horda de nativos corría muy cerca de él—. Mierda, no le va a dar tiempo…

Entonces, la *Victoria* realizó un único disparo. Carvallo pudo ver la bala surcando el aire sobre él. Apenas habían tenido tiempo de apuntar y se limitaban a realizar un tiro disuasorio. La bala se estrelló en la arena sin alcanzar a nadie. Al menos, los nativos sabrían a qué atenerse. Habría un segundo disparo, mucho más atinado, y un tercero, y un cuarto…

—¡Vamos! —animó Carvallo a Serrano poniéndose en pie sobre el chinchorro.

La mala suerte llevaba cebándose en ellos durante demasiado tiempo y no pensaba soltarlos tan fácilmente. Serrano, a veinte pasos de la orilla, dio un traspié y se desplomó, cuan largo era, sobre la arena.

—No… —susurró Carvallo.

—¡Ayuda! —gritó Serrano justo cuando los indios se le echaban encima.

—Joder…

Un nativo levantó la cabeza de Serrano y mostró su cuello desnudo. Carvallo podía verlo con total claridad. Acto seguido, el indio degolló al capitán general.

Carvallo comenzó a remar en dirección a las naos. Desde la *Victoria*, realizaron un segundo disparo que tampoco causó daños. Lo estaban cubriendo en su retirada, eso era todo.

Los veintiocho españoles que habían acudido al banquete ofrecido por Humabón estaban muertos. Y la expedición, también.

31

Llanto en Bohol

6 de mayo de 1521

LAS tres naos, bien que mal, navegaron seis leguas en dirección sur y se toparon con una isla que les pareció segura para refugiarse y recomponerse. La llamaron Bohol. Tras un breve costeo, situaron las naves al abrigo de una minúscula bahía y largaron las anclas. No podían más.

De los doscientos treinta y siete hombres que habían partido de Sevilla, apenas quedaban ciento once. Sin atreverse a poner pie en tierra, las tripulaciones permanecieron silenciosas mientras las oficialidades se reunían para tomar decisiones. En vista del desastre, lo mejor era dar media vuelta y poner proas a España, juzgaron muchos.

A bordo de la *Trinidad* se celebró un consejo que encabezó el alguacil Espinosa, lo más parecido a una autoridad que tenían allí. Por suerte para él, y para todos, los difuntos capitanes generales lo habían dejado al cargo de la flota mientras ellos acudían al banquete ofrecido por Humabón y morían emboscados.

Elcano, Carvallo, Espinosa y media docena más de oficiales se encerraron en el camarote que había sido de Magallanes y respiraron hondo. Estaban deshechos.

Un sevillano llamado Martín Méndez, que servía en la expedición en calidad de escribiente, exigió que, de inmediato, se regresara a España.

—¿Por qué? —preguntó, directo, Elcano. Los nueve marinos se sentaban, constreñidos los unos contra los otros, a la mesa en la que Magallanes apretara tanto los dientes cuando miraba a sus gentes. ¿Qué os pasa, cabrones? ¿Acaso pensáis que no sé qué es lo que hago?

—¿Cómo que por qué? —devolvió la pregunta Méndez. El escribiente asistía por primera vez a un consejo. Lo habían convocado porque, simplemente, no quedaban muchos más hombres disponibles. Quizás por inexperiencia, se

conducía con mayor franqueza de la esperada—. No seremos capaces de continuar el viaje. Las tripulaciones han sido diezmadas y apenas contamos con oficiales para dirigirlas.

—Eso no supone un problema irresoluble —adujo Elcano.

—Estamos hasta el cuello de problemas, maestre —continuó Méndez—. La mayor parte, irresolubles.

—Calmémonos por un momento… —intervino Espinosa—. Yo digo que lo más importante ahora es establecer el rumbo.

—Y elegir a un nuevo capitán general —añadió Carvallo.

—¿Cómo lo haremos? —preguntó Méndez—. Quiero decir… ¿Cuál es el modo de elegir a un capitán general?

—Por acuerdo de los presentes —respondió Elcano.

—Pero yo no soy nadie para tomar una decisión de tal envergadura —se amilanó el escribiente.

—Por desgracia, ahora sí lo es —expresó Carvallo—. Quedamos los que quedamos, y los hombres necesitan orden y un mando.

—Y un rumbo —completó Elcano.

—El rumbo solo puede ser uno —dijo Espinosa.

—Volvemos a casa… —musitó Méndez.

—Desde luego que no —dijo Carvallo—. La ruta es la que nos lleve a la especiería. Es nuestra misión, nuestro objetivo. Por muchas desdichas que hayamos sufrido, por mucho que los reveses nos hayan zarandeado, debemos alcanzar la especiería y establecer un derrotero distinto al africano.

—Estamos a punto de conseguirlo —indicó Elcano—. Es cierto que aún desconocemos por dónde se va, pero no podemos estar muy desencaminados. Nos queda un último esfuerzo.

—¿Alguien sabe en qué lugar del mundo estamos? —preguntó Méndez—. Con exactitud, quiero decir.

—Sobre el ecuador —respondió Espinosa—. ¿Es así, piloto?

—Sin la menor duda al respecto —expresó Carvallo—. No estamos perdidos, si es esa la cuestión…

—No divaguemos por más tiempo —intervino Elcano—. Nuestro deber para sobrevivir pasa por reorganizar las tripulaciones. Y, para ello, el primer paso es elegir a un nuevo capitán general.

—Propongo a Carvallo para el puesto —dijo Espinosa. Y se explicó—: No nos quedan demasiadas decisiones que tomar. Salvo el rumbo de nuestra

expedición, poco importa ya. Buscaremos la especiería sin detenernos demasiado en ningún puerto. No nos podemos fiar de los nativos, como es obvio… Salvo para conseguir agua y víveres, permaneceremos a bordo.

—Pero tenemos que decidir hacia dónde navegar —expuso Elcano—. Yo me sumo a la propuesta del alguacil. El piloto Carvallo supone nuestra mejor opción. ¿Qué dices, Juan? ¿Aceptas ser nuestro capitán general?

Carvallo miró a Elcano sin despegar los labios. No se negaba, pero no aceptaría si no contaba con el refrendo de la oficialidad al completo.

—¿Hay alguien que se oponga a que el piloto Carvallo sea nuestro nuevo capitán general? —preguntó Espinosa—. ¿Méndez?

—¿Para continuar hasta la especiería? —preguntó el aludido.

—Eso no se pone en cuestión.

—De acuerdo, hasta la especiería…

—¿Alguien en contra? ¿Nadie?

Sin ninguna voz discordante, eligieron a Carvallo como el capitán general que los guiaría hasta el destino establecido. Carvallo aceptó el encargo, pues nadie se habría explicado lo contrario, y propuso reconstruir las dotaciones. Con poco más de un centenar de hombres no se podía gobernar tres naos. Abandonarían una. Les dolió en el alma tomar una decisión semejante, pues todos sin excepción se sentían gentes de mar y lo último que un marino desea es deshacerse de su barco. Sin embargo, la realidad era terca y se imponía. La corta travesía desde Cebú hasta Bohol les había servido para comprender que continuar con tres naves constituía una locura.

Debatieron en torno a qué embarcación dejar atrás y, por fin, decidieron que esta sería la *Concepción*. De las tres, era la que en peor estado se encontraba, de manera que no había mucho más que pensar.

—Yo capitanearé la *Trinidad* —aseveró Carvallo, ejerciendo ya de capitán general—. Propongo que a la *Victoria* pasen Espinosa y Elcano. El primero como capitán y el segundo como maestre. ¿Me secundan?

—Todos, capitán general —respondió Elcano, adelantándose a cualquier protesta. Carecían de muchas más posibilidades y, si conseguían que la ruta estuviera clara y el orden en las cubiertas garantizado, podían darse por satisfechos. Con Carvallo y Espinosa, estos dos extremos se aseguraban.

Elcano, el único que podría haberse mostrado en discordia, asintió con la cabeza. A efectos prácticos, quedaba como tercer hombre al mando de la expedición. No aspiraba a más.

Dedicaron varios días a vaciar la *Concepción*. Trasportaron el contenido de sus bodegas hasta las otras dos naos, desmontaron los aparejos y recuperaron las velas y los cabos, y, en resumen, hicieron acopio de cualquier objeto o herramienta que creyeran de utilidad. En la *Trinidad* y en la *Victoria* pronto no quedó espacio ni para un dedal y Carvallo, haciendo uso de su recién estrenado cargo, ordenó que se dieran por concluidas las labores de vaciado de la *Concepción*.

Se fijó el 6 de mayo como la fecha elegida para despedirse de la nao. La totalidad de los hombres, a bordo ya de las dos naves supervivientes, observó la breve ceremonia de despedida que se había dispuesto. Carvallo decidió que fueran hombres de la propia *Concepción* los que se encargaran de destruirla y, en tanto en cuanto él era el piloto que la había traído desde España, asumió todo el protagonismo.

Junto a Elcano, el Sordo y Ruiz, los tres miembros originales de la dotación de la nao que dejaban atrás, Carvallo ascendió por última vez a la cubierta de la *Concepción*. Cien pares de ojos los observaban atentos.

La decisión de dársela al fuego no había sido debatida, pero porque entre ellos no era necesario. Mucho más sencillo habría sido hundirla. Sin embargo, su intención era que nadie pudiera recuperarla, que la *Concepción* no cayera nunca en unas manos que no fueran españolas. ¿Y si las huestes de Humabón los seguían en sus canoas, encontraban el pecio sumergido en aquellas aguas poco profundas y lo reflotaban? Consideraban poco probable que conocieran el modo de conseguirlo, pero no querían arriesgarse. ¿Y si en lugar de cebuanos se trataba de portugueses? Fracasarían o no en su intento de alcanzar la especiería, pero no le entregarían un barco al enemigo.

Una vez en la *Concepción*, el Sordo, Ruiz y Elcano descendieron a la bodega y, armados de hachas, astillaron varios maderos para iniciar el fuego. Después, apilaron restos, escombros y basura que, en el vaciado de la nao, quedaron atrás: toneles fracturados, telas rasgadas, cabos deshilachados… El Sordo se agachó, prendió una chispa y encendió una pequeña hoguera. Los tres hombres observaron, durante unos minutos, el fuego y, cuando comprendieron que ya no se apagaría, regresaron a la cubierta principal de la *Concepción*. Dolía en los ojos verla desaparejada.

El humo comenzó a ascender por la escotilla de carga, primero parsimoniosamente y después con más ímpetu. Los cuatro marinos sabían que

disponían, con todo, de cinco o diez minutos antes de que el barco comenzara a escorarse.

De vuelta a la cubierta, Elcano se acercó a Carvallo y le puso una mano sobre el hombro. Era la primera vez, en casi veinte meses de travesía, que se tocaban. Porque en la *Concepción* podían haber estado tan cerca los unos de los otros que hasta se distinguían por los alientos, pero, salvo a causa de accidente o perentoria necesidad, no se tocaban. De alguna forma, el contacto físico suponía la última frontera con la que contaban, la que separaba el mundo exterior de la intimidad propia.

—Vamos —dijo Elcano en voz baja.

—Sí —concedió Carvallo. El capitán general parecía hondamente emocionado.

—Solo es un barco —le susurró Elcano.

—Lo sé —expresó Carvallo. Tenía los ojos húmedos y se los frotó para secárselos.

Las llamas crepitaban bajo sus pies y la columna de humo que se elevaba a través de la escotilla pronto los ahogaría.

Caminaron por la cubierta hasta el lugar donde se descolgaba el cabo por el que habían ascendido. Después del concienzudo vaciado al que había sido sometida la *Concepción*, Ruiz, el único que quedaba, saltó la borda y descendió hasta el bote que aguardaba abajo. Tras la pérdida de varios botes en la emboscada de Cebú, era el único que poseían.

Fue entonces cuando escucharon los chillidos. Centenares, miles de ratas abandonaron la sentina, atravesaron la bodega y, a través de la escotilla, accedieron a la cubierta principal de la *Concepción*. El Sordo dio un respingo y gritó:

—¡Hasta las ratas están saltando al agua!

Elcano se volvió y las vio dando brincos en dirección al mar. Supuso que, tras huir del humo y las llamas, buscaban la seguridad en cualquier parte. Bohol no se hallaba demasiado lejos y, hasta donde él sabía, las ratas eran buenas nadadoras. La mayoría alcanzaría la costa.

Cuando el último de los roedores saltó al mar, Carvallo levantó la mirada y, por última vez, observó la cofa del palo mayor de la *Concepción*.

—Adiós —dijo—. Nos has servido bien.

El incendio en las tripas de la nao lanzó una feroz llamarada a través de la escotilla de carga. En la *Trinidad* y en la *Victoria*, silenciosas hasta entonces, se

levantaron rumores de preocupación. Lo único que les faltaba era perder en un estúpido accidente al flamante nuevo capitán general. Considerarían que la mala fortuna se cebaba con la expedición más allá de lo concebible y, para no darle el gusto, hundirían ellos mismos las dos naos restantes. Orgullo hasta el final.

No fue necesario, por suerte. Carvallo se aproximó a la borda y, recuperando la compostura, mandó a Elcano y al Sordo que descendieran por el cabo hasta el bote en que Ruiz los aguardaba. Cuando se disponía a hacerlo él, escucharon una fenomenal explosión en la proa de la nao. El aire calentado por el incendio hacía que algunas maderas restallasen como si de barriles de pólvora se trataran.

Aquellos hombres que llevaban años, décadas en muchos casos, sin derramar una lágrima, rompieron a llorar. En las cubiertas de la *Trinidad* y de la *Victoria* sollozaron por la pérdida de la *Concepción*, y también por sus pérdidas propias: el sentido de un viaje que hacía demasiado tiempo que habían comenzado, las expectativas, el ánimo. Sentían la presencia cercana del fracaso más absoluto, del naufragio y la ruina.

Más les valdría hacer lo que las ratas y saltar por la borda. Por desgracia, los expedicionarios no sabían nadar y no podrían acercarse a las playas de Bohol. Ni para encallar servían, a estas alturas. Parecían abocados a continuar, a perderse en el inmenso dédalo de islas que los rodeaba.

Poco a poco, y a medida que el bote con Carvallo, Elcano, el Sordo y Ruiz se alejaba de la *Concepción* y que esta ardía pasto de las llamas, los llantos cesaron. Se lamieron las lágrimas saladas sin atreverse a mirarse a los ojos.

32

Días de hambre y opulencia

29 de julio de 1521

JUAN López Carvallo había sido un magnífico piloto, pero se reveló como un nefasto capitán general. Terminaron por creer que la sangre se le había subido a la cabeza y ya no regía bien. El caso fue que Carvallo se encerró en el camarote que había sido de Magallanes y disfrutó de su recién estrenado cargo. La expedición ya no tenía el esplendor de antaño, aunque continuaba siendo la enviada por el mismísimo rey de España a descubrir una nueva ruta hacia la especiería. Y allí estaban, en los mares del otro confín del mundo, consiguiéndolo.

Más o menos, habría que añadir. Porque si bien era cierto que se encontraban muy cerca de su destino, no acababan de dar con él. La deriva sin rumbo que Carvallo inició no ayudó gran cosa a emprender la culminación del proyecto. De esta forma, durante dos largos y tristes meses, las dos naos expedicionarias sobrevivientes dieron tumbos como peonzas en un mar desconocido. Encontraban tantas islas, de tantos tamaños y repartidas en tantas direcciones que pronto comprendieron que, si no tomaban decisiones firmes y sensatas al respecto, podrían pasarse diez, veinte, cien años dando bandazos y sin hallar el rumbo preciso.

Estuvieron perdidos en el mar de Joló, fueron, vinieron, subieron y bajaron, y lo hicieron tantas veces que llegaron a pensar que sin tomar la posición y escrutar los cielos podrían haber navegado en dirección más recta. ¿En qué pensaba Carvallo?, se preguntaban los marinos. Aunque tampoco se devanaban los sesos, dígase, pues ir adonde el viento y las corrientes te lleven no requiere demasiados esfuerzos. Algo que, próximos a cumplirse los dos años de travesía, acabaron por considerar preferible.

A los pocos días de partir de Bohol, siempre en dirección sur, pues estaban en el hemisferio norte y no querían alejarse demasiado del ecuador, llegaron a una isla que llamaron Chipit[45] y en la que desembarcaron para abastecerse. Los abastos se convertirían en su principal dolor de cabeza. Se quedaban sin víveres en cuestión de días, les faltaba agua, tenían hambre a todas horas.

En Chipit, Carvallo estuvo lento de reflejos y los nativos les ocultaron las riquezas antes de que tuvieran tiempo de tocar tierra. O eso juzgaron ellos con posterioridad, pues allí las gentes parecían saludables y hasta espléndidas, pero, cuando trataron de intercambiar mercaderías a cambio de comida, los chipitenses les sonrieron mucho mientras negaban con la cabeza.

—Hay jengibre y canela —dijo Pigafetta, quien, aprovechando la relajación general, se las había apañado para que le permitieran descender a tierra. Además del capitán general Carvallo, Urrutia, Mafra, el Sordo, Trigueros y Elcano habían desembarcado con la intención de mercadear. Mafra y el Sordo llevaban, sobre sus espaldas, grandes macutos atestados de su habitual moneda de cambio: baratijas, pedrerías falsas y cascabeles. Cuando se los mostraron a los chipitenses, estos sonrieron ampliamente, se dieron media vuelta y continuaron con sus asuntos. Al menos, eran corteses.

—No podemos alimentarnos de jengibre y canela —replicó Carvallo.

—Aquí no vamos a conseguir nada —sentenció el Sordo.

—¿Y si nos damos una vuelta y vemos qué podemos obtener? —aventuró Urrutia. Se habían acostumbrado a convivir con un hambre suave que no los desgarraba por dentro, pero que siempre estaba ahí, como un parásito adquirido en un burdel.

—Nada de líos —advirtió Elcano—. Hemos tenido suficientes bajas.

—Pero… —intentó razonar Urrutia.

—Ya has oído al maestre —zanjó la cuestión Carvallo—. No vamos a robar nada aunque nos muramos de hambre. Veamos si nos permiten embarcar agua dulce.

Se lo permitieron y, es más, les permitieron hacer prácticamente lo que les dio la gana. No se trataba de gentes hostiles, sino desinteresadas. Los españoles no tenían nada que ofrecerles, eso era todo. Chipit, y en adelante esta sería tónica habitual, era una tierra rica y próspera, uno más de entre los sultanatos en los que estaba organizada la región del mar de Joló. Al parecer, los españoles no suponían el primer grupo de andrajosos muertos de hambre que recalaba en sus

costas. Con que no los mataran lenta y dolorosamente, podían darse por satisfechos.

El contingente español caminó por las calles de Chipit. De todos los lugares que habían visitado desde que partieran de España, este fue el que más apetecible les pareció. De hecho, a Carvallo le preocupó que comenzaran las deserciones y le pidió a Elcano que, de regreso a las naos, mantuviera los ojos bien abiertos.

—Aquí está todo lo que nosotros no tenemos —arguyó.

Y razón no le faltaba. Los chipitenses poseían ese aspecto sano y feliz propio de las gentes que jamás las han pasado moradas. En suma, todo lo contrario a lo que ellos traían sufrido desde tanto tiempo atrás. Una mujer de piel morena y ojos profundísimos les sonrió mientras les mostraba un sinfín de variedades de pescados frescos, vivos en ocasiones. Accedieron al mercado de Chipit y, de nuevo, la mandíbula se les desencajó por el deseo y la ausencia de correspondencia. Mafra y el Sordo continuaban acarreando las bagatelas que habitualmente utilizaban para los intercambios y que a estas gentes parecían no interesar.

—¿Pruebo con la mujer, capitán general? —solicitó permiso el Sordo mientras ponía su macuto en el suelo y se secaba el sudor de la frente con una manga deshilachada.

—Prueba —concedió Carvallo.

La negociación no fue larga, pues la mujer rechazó de pleno los cascabeles y las pedrerías que el Sordo le mostraba en la palma de la mano y ellos no insistieron. No se dieron cuenta de que la mujer rechazaba tanto lo que el Sordo le ofrecía como el hecho de que el marinero sostuviera las mercancías en una mano que arrastraba la mugre de meses y meses. Al Sordo, las uñas le crecían negras como garfios y, si hubiera sido algo más observador, se habría dado cuenta de que a la nativa se le había nublado la mirada al advertirlas. Amables como eran los chipitenses, no dijo nada, pero su gesto no engañaba a nadie. Excepto a los marinos españoles, poco dados a percibir algunas sutilezas del comportamiento humano.

—Nada, no hay manera —expresó el Sordo guardándose las chucherías y echándose, de nuevo, el macuto al hombro—. Larguémonos de aquí.

Continuaron vagando durante un rato por el mercado. Allí, la vida bullía y se preguntaron cómo era posible que en el otro extremo del mundo viviera gente normal y corriente. Por extraño que parezca, era algo que les preocupaba. Y no

solo a ellos: de regreso a Europa, les interrogarían una y otra vez al respecto: ¿Caminan como nosotros los naturales de aquellas tierras? ¿No se caen hacia el cielo por estar boca abajo en la esfera del mundo? ¿Tienen los ojos en lo alto del rostro? ¿Amamantan las mujeres a los bebés? ¿Existe una forma de gobierno reconocible? ¿Hay ancianos entre ellos? Etcétera. La curiosidad la llevaban bastante más saciada que el hambre, para su desgracia.

Expuestos en los mostradores del mercado, vivos o muertos, descubrieron una cantidad mareante de animales. Los chipitenses, al parecer, cazaban y se comían literalmente cualquier bicho que se ponía a su alcance: pavos reales, lagartos gigantes, loros multicolores, monos de suavísimo pelaje, pajarillos con el pico más grande que el cuerpo, ranas de ojos demenciales, majestuosas águilas de espléndido porte, búhos, palomas, cernícalos, serpientes verdes y serpientes coloradas, mariposas del tamaño de una rata y ratas con el aspecto de la hoja de un árbol. Además, por supuesto, de decenas y decenas de animales que ni siquiera acertaron a identificar.

—¿Se comerán todos? —preguntó Mafra.

—¿Tú eres tonto? —le replicó Urrutia—. ¡Pues claro que se comen! ¿Para qué te crees que los exponen? Esto es un mercado de abastos.

—Lástima que no nos acepten un trueque…

—Deberíamos buscar islas en las que vivan nativos más necesitados —señaló Trigueros—. O, al menos, más sencillos de impresionar…

—Creo que por aquí no vamos a encontrar mucho de eso —intervino Elcano, que, como el resto, observaba, curioso, en todas direcciones.

—Hemos arribado a uno de los lugares más opulentos del mundo —decretó Pigafetta, siempre ligeramente irritante—. Producen todo lo que necesitan y, de este modo, resulta complicado comerciar con ellos.

—No nos habíamos dado cuenta —repuso, mordaz, el Sordo. Por desgracia para ellos, Pigafetta pertenecía al tipo de persona que no capta la ironía.

—¡Me alegro, entonces, de ser útil! Me gustaría aprender algo de su lengua materna. Si pudiéramos quedarnos durante unos cuantos días y entablar contactos…

—No vamos a quedarnos aquí, Antonio —le explicó Carvallo.

—Pero es importante que yo pueda…

—Lo único importante ahora es continuar con nuestra expedición. Hemos bajado a tierra para conseguir comida. Y aprovechamos para echar un vistazo.

Tendremos que informar de lo que hemos encontrado una vez que estemos de regreso en casa. Pero nada de perder más tiempo.

Ojalá Carvallo se hubiera ceñido a sus propias palabras. Sin embargo, fue él mismo quien se olvidó de continuar viaje. No les quedaba con vida nadie que dispusiera de una referencia más o menos fiable acerca del lugar donde se ubicaba la especiería, aunque eso no significaba que no pudieran preguntar.

No preguntaron. Al menos, no en Chipit. Tampoco en las islas a las que arribaron en los días y semanas posteriores.

Desanimados por el nulo éxito de sus gestiones, regresaron a las naos y Carvallo ordenó que navegaran hacia el oeste. El mar de Joló no ofrecía dificultades para las embarcaciones españolas y no tuvieron que enfrentarse a tormentas o vendavales. Solo dos días después de haber partido, tocaron una islita llamada Cagayán[46]. Apenas contaba con un puñado de habitantes, los cuales no disponían de medios para abastecer a los expedicionarios. No obstante, les indicaron que, si continuaban navegando en dirección noroeste, encontrarían la isla de Poluán[47], donde, a buen seguro, aceptarían comerciar con ellos. A las oficialidades no les hizo gracia virar hacia el norte, pero pudo más el hambre y Carvallo, sin demasiada oposición, arrumbó hacia el nuevo destino.

Poluán resultó ser un puerto habitual al tránsito comerciante en Asia. Relativamente cerca de Cipango y de Catay, los lugareños estaban acostumbrados a tratar con marinerías de distintos puntos del mundo.

Aquí sí, y menos mal, los surtieron de abastos: cerdos, pollos, cabras y unos plátanos del tamaño de un brazo que, una vez a bordo de las naos, devoraron con avidez. Los poluaneños, amantes de los sonajeros, las campanillas y la fanfarria, se desvivieron por conseguir los cascabeles que los españoles les ofrecían. Vista la demanda, Carvallo ordenó que, de inmediato, multiplicaran por tres los precios. Como los poluaneños continuaban en sus trece, duplicaron el resultado y aún se quedaron con ganas de no haberles sableado más.

Mataron diez cerdos que asaron en las minúsculas cocinillas de a bordo. Trigueros, y con él varios marineros, pidió que se les permitiera bajar a tierra, pero Elcano se negó. Para estar todos más cómodos, insistió el marinero onubense. Elcano no se molestó en negar de nuevo y Trigueros acabó por conformarse.

Tras un par de días anclados frente al puerto natural de Poluán y después de recuperarse de las penurias, a Pigafetta se le autorizó a usar el bote para

acercarse a la orilla. Una vez más, el vicentino se había servido, para convencer, del arma que él consideraba infalible: insistir hasta que al otro le dieran ganas de arrojarse por la borda. De esta manera, Carvallo aceptó que bajara a tierra.

El grupo que desembarcó estuvo formado por, además de Pigafetta, Urrutia, el Sordo y, como oficial al mando, Elcano. Aunque los poluaneños tenían armas y las exhibían sin recato, los españoles creyeron, como así resultó ser, que no albergaban intenciones hostiles. Se trataba de un pueblo comerciante que vivía y dejaba vivir siempre y cuando los foráneos no llegaran con malas intenciones. Sospecharon que, en ese caso, sabrían cómo defender lo suyo.

La curiosidad insaciable de Pigafetta los llevó a aventurarse por callejuelas secundarias que Elcano, de inmediato, juzgó poco seguras. Urrutia y el Sordo portaban cuchillos bajo las ropas, pero, en caso de que alguien los atacara de forma decidida, las posibilidades de salir indemnes eran más bien pocas. Se santiguaron varias veces en la creencia de que eso, al menos, ayudaría.

En una de esas callejuelas, los cuatro expedicionarios se toparon con un espectáculo hasta entonces desconocido para ellos. Resultó que los poluaneños eran muy aficionados a las peleas de gallos, a los cuales criaban únicamente con esa finalidad. Un corro de nativos, varones todos ellos, se arremolinaba en torno a un rudimentario corral fabricado con cuatro palos. A buen seguro, lo improvisaban en cada pelea para abandonarlo a su fin. Pigafetta afiló mucho el oído y hasta intentó intercambiar unas cuantas palabras con los poluaneños, pero resultó que ninguna de las lenguas que el vicentino conocía, y afirmaba que sumaban más de veinte, servía en aquella tierra.

—Están apostando —dijo Urrutia tras observar durante un buen rato la actividad de los ruidosos nativos.

—Pero ¿con qué? —preguntó, un tanto retóricamente, Pigafetta. No distinguían ningún tipo de moneda ni se producían intercambios.

—A lo mejor, lo hacen como nosotros —sugirió el Sordo—. Anotando mentalmente lo que se va debiendo a los unos y a los otros.

—No tiene sentido —conjeturó Pigafetta—. Nosotros, es decir, vosotros, hacéis eso porque no os queda otro remedio, porque los sueldos no se cobran hasta el regreso y nadie lleva tanto dinero encima. ¿Qué necesidad tiene esta gente de llevar cuentas mentales si están en su casa?

—Puede que no dispongan de monedas —aventuró Urrutia.

—O que apuesten cantidades tan grandes que no resulte seguro llevarlo todo encima —imaginó el Sordo.

—Quizás se apuesten a las esposas.

—En ese caso, me gustaría jugar. Si gano…

Elcano, mudo hasta entonces, tomó, de inmediato, la palabra.

—Nada de participar —dijo con voz seca—. No nos busquemos problemas.

—Permita una apuestita, maestre… —rogó el Sordo.

Cada poluaneño varón con el que se habían cruzado portaba una larga cerbatana a su espalda. Las sujetaban con cordones de cuero y las acompañaban de saquitos colgados de la cintura donde guardaban los dardos. Los expedicionarios, siempre atentos al armamento de aquellos que eventualmente pudieran convertirse en sus adversarios, comprobaron que los poluaneños, afables de carácter, no se separaban de las cerbatanas. Ahora mismo, mientras apostaban Dios sabe qué en las peleas de gallos, continuaban portando las suyas a las espaldas. Con gestos involuntarios y bien aprendidos, se las apartaban cuando se inclinaban hacia el frente o querían espetarle algo al tipo que tenían a su lado.

Por experiencia, Elcano sabía que no convenía estar a malas con gente así.

—Nada de apuestas, Sordo —sentenció.

—Pero maestre…

—Ya me has oído.

En ese momento, en el grupo de poluaneños, comenzó a correr, de mano en mano, un pellejo del que todos, fuera cual fuese su edad, daban breves tragos. Los expedicionarios, de inmediato, dejaron de discutir entre ellos y aguzaron los sentidos.

Vino.

Llevaban meses sin probar una gota de vino y a esto achacaban que muchos de ellos se sintieran, todavía, débiles. Urrutia, Pigafetta, el Sordo y Elcano, los cuatro al unísono, fijaron la mirada en el pellejo y comenzaron a urdir el modo de conseguir uno para ellos.

Cuando uno de los gallos de pelea era herido de gravedad o su contrincante lo mataba, un muchacho de unos quince años traía otro nuevo y lo soltaba en el corral. No acabaron de tener claro si los gallos pertenecían a tal o cual hombre o si la propiedad resultaba irrelevante y lo crucial consistía en apostar. Comoquiera que fuese, una vez que el vino hizo su aparición, estas cuestiones dejaron de tener interés para los expedicionarios. Querían ese vino, por encima de todo.

El chaval que traía gallos sanos y se llevaba los maltrechos tenía cara de pocas luces y, por ello, Urrutia y el Sordo lo eligieron como objetivo de su

interrogatorio. Sabían que la discreción siempre constituía una buena idea y que no mostrar sus intenciones de partida suponía cierta garantía a la hora de culminar con éxito sus anhelos.

—Muchacho, muchacho… —llamó, sin levantar la voz, el Sordo. En la palma de la mano izquierda, exhibía un único cascabel—. Mira qué tengo para ti.

El joven, que se apartaba unos cuantos pasos del corral donde tenían lugar las apuestas, fijó la mirada en lo que el Sordo le mostraba y dio un par de pasos titubeantes hacia él.

—¿Te gustan los cascabeles? —preguntó, entonces, Urrutia. Al tiempo que lo hacía, abrió, de forma un tanto efectista, las manos frente al muchacho y le mostró sendos cascabeles plateados.

—Vamos, tómalo —invitó el Sordo. Pigafetta y Elcano observaban en silencio. De cuando en cuando, el maestre de la *Victoria* echaba un vistazo al grupo de poluaneños que continuaba ensimismado en la lucha de gallos—. Eso es. Para ti, cógelo.

El chaval tomó el cascabel que le ofrecía el Sordo y, acto seguido, intentó hacer lo mismo con los mostrados por Urrutia. Sin embargo, el lequeitiano fue más rápido y cerró sus gordos dedos sobre los cascabeles antes de que el chico pudiera atraparlos.

—Te los voy a dar —señaló—, pero antes nos tienes que responder a una preguntita…

—Nos gustaría saber —intervino el Sordo— de dónde sale el vino.

Los dos marineros alzaron la mirada en dirección al grupo de apostadores que se pasaban el pellejo y Urrutia se llevó el dedo pulgar a la boca. El muchacho, que sí era corto de entendederas, tardó un rato en caer en la cuenta, aunque, cuando lo hizo, abrió mucho los ojos y sonrió un tanto bobaliconamente. Le faltaba un diente en la fila superior y dos en la de abajo.

—Tari —dijo.

—¡Tari! —exclamó el Sordo—. ¡Lo has pillado! ¿De dónde sacáis el tari?

—Tari —repitió el poluaneño.

—Nos gustaría comprar un poco de tari. Unos cuantos toneles, en realidad. ¿Lo preparáis vosotros mismos o…?

—Tari —expresó, por tercera vez, el joven.

—Este tío es retrasado —dijo el Sordo.

—Un poco de paciencia… —rogó Urrutia, quien no pensaba rendirse fácilmente. Y volviendo su atención hacia el chico, continuó—: Te doy dos

cascabeles si me dices dónde puedo comprar vino de arroz. Un poco de tari…

—Oh… —comprendió, por fin, el muchacho mientras comenzaba a negar con la cabeza. Urrutia y el Sordo nublaron su rostro a la vez que el chaval completaba su explicación. Se trató de una sola palabra—: Borneo.

* * *

La expedición partió de Poluán al día siguiente y puso proas en dirección a Borneo. Se habían informado al respecto y Borneo era una gran isla situada a un par de días de travesía en dirección suroeste. Navegar en aquella dirección los alejaba aún más de donde suponían que debía hallarse la especiería, pero necesitaban comprar vino. Carvallo no se lo pensó dos veces y las tripulaciones no ofrecieron resistencia alguna. Por fin una derrota sensata. Llevaban tanto tiempo sin echarse un trago que algunos hombres comenzaban a enloquecer. Tanta agua los hacía enfermar. Debían proveerse de algún líquido más sustancioso.

La ruta hacia Borneo no tenía pérdida y se resumía en, yendo siempre hacia el suroeste, abandonar el mar de Joló y aproximarse a las costas del Asia continental[48].

Costearon durante cincuenta leguas, primero la *Trinidad* y a continuación la *Victoria*, y se encontraron con una gran bahía natural al fondo de la cual se divisaba lo que, sin duda, podían considerar una gran ciudad. Por precaución, lanzaron el bote al agua y se aproximaron hasta uno de los cabos que flanqueaban la bahía y preguntaron si aquello era Borneo. Les dijeron que sí, que frente a ellos se extendía la ciudad única de Brunéi. Podían considerarse bien recibidos. Si se lavaban y acicalaban un poco, quizás el rey los recibiría.

Desde el principio, comprendieron que aquella tierra no se asemejaba a ninguna anteriormente visitada; ni siquiera a Chipit. Los nativos, hasta los más humildes, realizaban ostentación de riquezas, joyas y alhajas. El oro lo mostraban sin pudor, como quien lleva cualquier nadería, y las telas de sus ropajes, breves, eso sí, parecían finas y delicadamente hiladas. Hasta algunos nativos que consideraron labriegos o campesinos lucían anillos en casi todos los dedos de las manos. Qué lugar, se dijeron, y una comitiva hecha y derecha se apresuró a desembarcar cuando estaban ya en la mañana del 9 de julio.

No llegaron ni a poner un pie en el bote, pues, cuando lo intentaron, observaron cómo un enorme prao con la proa y la popa doradas se les aproximaba con una multitud a bordo. Traían, incluso, una banda entera tocando alegres y sugerentes melodías que los dejó obnubilados. Jamás habían visto nada igual.

En la proa del prao, y de la más solemne de las maneras, un gran penacho de plumas azules, verdes y rojas remataba un palo erguido y desafiante. Lo tomaron por un pabellón real y no se equivocaban.

—Deprisa, deprisa —ordenó Carvallo en la cubierta de la *Trinidad*—. Llega el rey. Preparad el recibimiento.

En las naos faltaba de todo en general y ornatos en particular. A Carvallo le preguntaron varias veces a qué se referían sus palabras y, como no acabó de aclararlo, terminaron por extender, sobre el castillo de popa, el único tapiz que guardaban en las bodegas. Era lo que habrían hecho si el rey Carlos hubiera pedido subir a bordo.

Resultó que en el prao no llegaba el rey de Borneo, sino sus representantes. Al parecer, o eso entendieron, el rey de esta tierra, que recibía el título de sultán, no salía nunca del palacio porque hacerlo habría supuesto ponerse al nivel de sus súbditos. Tampoco hablaba directamente con nadie ni permitía que lo tocaran. A quien lo hacía, se le cortaba el cuello de inmediato.

Respiraron hondo y se alegraron de haber comenzado con buen pie. Dada la suerte que los acompañaba, se congratulaban por ello.

El prao remolcaba dos barcazas todavía más repletas de gentes. Venían, quién sabe, treinta o cuarenta personas y ninguno de los españoles supo a ciencia cierta qué papel o función desempeñaban. Salvo los músicos de la banda, claro, que no paraban de tocar ni siquiera para tomar aliento.

Al final, los representantes del sultán fueron ocho, a cada cual más viejo. Cuando los encaramaron, utilizando para ello una especie de columpios que sus propios adláteres accionaban desde abajo, a la cubierta de la *Trinidad*, a los marineros les pareció que aquellos buenos hombres iban a derrumbarse por momentos, a esparcirse en cenizas por el aire, a sucumbir en alma, cuerpo y esencia. Tenían, no obstante, más energía de la que les supusieron. Pronto comenzaron a explicarles cualquier aspecto de la vida borneana que se les pasara por la mente, incluso sin tener en cuenta que la ausencia de intérpretes convertía a aquella conversación en poco más que un brindis al sol.

En fin, con paciencia fueron comprendiendo lo ya señalado, que el sultán de

Brunéi era el más soberbio rey nacido de vientre materno y que aquellos ocho ancianos no traían vino con ellos. Tendrían que esperar.

—¿Y cuándo podremos conocerlo? —preguntó Carvallo. Los españoles se habían sentado a horcajadas sobre el tapiz que ellos mismos habían extendido en su propia nave y, entonces, en tan incómoda postura, se preguntaron por qué. Quizás se debió a que los ancianos adoptaron esa posición y les supo mal contrariarlos. Los días en los que los expedicionarios determinaban el sentido de los acontecimientos parecían haber quedado atrás.

Los ancianos no respondieron a la pregunta, y si lo hicieron, ellos no les entendieron. Sí les quedó claro el nombre del sultán: Siripada[49].

En su nombre movían cada pestaña y en su nombre, por supuesto, les trajeron un presente que sería el primero de muchos. Al chasqueo de los dedos de uno de los ancianos, alguien subió a bordo un cuenco cubierto por una tela amarilla en el centro y dorada en los bordes. Los viejos sonrieron nerviosos, como quien sabe que lo que prosigue resulta ligeramente pecaminoso, y levantaron las esquinas del paño para mirar debajo. Más sonrisas y los españoles observándose los unos a los otros como si ellos fueran allí los únicos que no entendían nada.

Al final, el anciano que había chasqueado los dedos ofreció el cuenco a Carvallo y le invitó a retirar la tela. Cuando lo hizo, los expedicionarios inclinaron el cuerpo hacia delante para mirar dentro. Lo que vieron los decepcionó hondamente. Allá solo había raíces resecas cortadas en fragmentos pequeños.

Los ancianos, no sin evidente condescendencia, mostraron a los españoles cuál era el uso adecuado para las raíces. Cada uno de ellos tomó un poco entre los dedos, se lo llevó a la boca y, tras masticarlo concienzudamente, se introdujo la pasta resultante entre el labio y la encía.

Los expedicionarios estaban acostumbrados a probar cualquier alimento o condimento que les fuera ofrecido a lo largo de sus viajes. Salvo algún que otro marinero con el juicio ido, todos pensaban que, frente a un buen pedazo de carne de ternera asada y un generoso vaso de vino español, ninguna delicia de allende los mares merecía la pena. Sin embargo, se lo metían todo en la boca y fingían que les entusiasmaba, pues no de otra forma se establecen vínculos imperecederos entre las naciones.

Aquellas raíces sabían a rayos, por mucho que los ancianos las disfrutaran como si de una exquisitez suprema se tratase.

En la cubierta del castillo de popa no había demasiado sitio y solo se encontraban presentes Carvallo, Espinosa, Elcano, Pigafetta y Urrutia. A bordo, jamás habían recibido a una comitiva con aspecto tan pacífico como aquella. Sin embargo, Urrutia tenía un cuchillo de considerables dimensiones oculto bajo la camisa. Por si acaso, había dicho Espinosa, siempre obsesionado con la seguridad de la expedición.

Pigafetta intentó, una vez más, comunicarse con los nativos. De nuevo, los resultados fueron, cuanto menos, inciertos. En silencio, le agradecían el esfuerzo: necesitaban y necesitarían hacerse comprender por los naturales de las tierras que hallasen en su camino, que esperaban que no fueran demasiadas hasta la ansiada especiería. No obstante, Pigafetta era Pigafetta y a todos, aquí ya sin excepción alguna, los sacaba de sus casillas con su actitud insistente y su lacerante timbre de voz.

Los ocho ancianos borneanos, a saber por qué, comenzaron a conversar con el vicentino. Ante la estupefacción de los españoles, le sonreían como si aquel tipo fuera lo más interesante con lo que se habían topado en sus ya largas existencias. En fin, esperaban sacarle partido a tanta simpatía…

—¿Pero qué quiere esta gente? —terminó por preguntar Carvallo.

—Oye, Pigafetta, diles que nos gustaría comprarles un poco de vino de arroz —intervino Urrutia—. Pregúntales si nos lo venderían. Asegúrales que podemos pagar.

—Esta gente no parece necesitar nada —reflexionó Carvallo—. Fijaos en el prao en el que han venido. Es de oro…

—No creo que sea de oro macizo… —dijo Espinosa—. ¿No se hundiría por el peso?

—Pues será de madera recubierta de oro —sentenció Carvallo—. ¿Te parece poco? En mi puta vida me he subido yo a un barco de oro.

—¿Cómo se llamaba el rey? —preguntó Urrutia.

—Siripada. Y no es un rey, sino un sultán —aclaró Elcano.

—O sea, que son moros —concluyó Espinosa.

—Lo son, sin duda —ratificó Elcano.

—Y ricos —completó Espinosa—. Estos tíos son ricos de cojones. Cuando vean las baratijas que tenemos para intercambiar, se van a morir de la risa. Estamos jodidos, advierto.

—No seas cenizo —rebatió Carvallo—. Todo el mundo, por muy próspero que sea, desea algo. Seguro que tenemos algo de lo que ellos carecen.

De improviso, los ocho ancianos se pusieron en pie, se sacudieron los ropajes como si los españoles los hubieran convidado a una comilona y estuvieran llenos de migas, y se dirigieron a la cubierta principal para bajar hasta su prao.

—¿Ya está? —se preguntó Urrutia—. ¿Se largan sin más ni más?

Pigafetta sonreía. Los expedicionarios sabían que le gustaba hacerse de rogar, así que se mantuvieron en silencio mientras observaban cómo los ancianos regresaban a los columpios y eran descendidos hasta el nivel del mar. La banda de músicos comenzó, de nuevo, a tocar. A los españoles, aquellas melodías les parecían atroces y rezaban en silencio para que las embarcaciones borneanas, el prao y las dos barcazas que le seguían, dieran media vuelta y regresara la paz.

—Nos han invitado —dijo, por fin, Pigafetta, quien no se aguantaba más.

—¿Qué quieres decir con que nos han invitado? —inquirió Elcano.

—Eso mismo —respondió el vicentino—. Mañana por la mañana, una comitiva nos aguardará en la orilla. El sultán ha expresado su deseo de conocernos y estamos obligados a presentarnos ante él.

—¿Y si nos negamos? —intervino Urrutia.

—¿Nos vamos a negar? —preguntó Pigafetta.

—Eso lo decidirá el capitán general —repuso Urrutia—, aunque estaría bien tener todas las posibilidades abiertas.

—No hablo con fluidez la lengua de los borneanos. Por eso, digo que nos han invitado. Aunque quizás nos estuvieran dando una orden…

—Yo no bajo. Todo esto me da muy mala espina.

—No seas idiota, Urrutia. Esta gente es totalmente pacífica.

Pigafetta no se equivocó.

* * *

Como los ancianos habían anunciado, a la mañana del día siguiente, una comitiva los aguardaba en tierra. Descendió un buen montón de expedicionarios, pues, tras discutirlo arduamente a bordo de la *Trinidad*, se decidió que, hasta conocer las verdaderas intenciones de los borneanos, se conducirían con cautela y en nutridos grupos.

A bordo de las naos, y como hombre al mando, se quedó el contramaestre Francisco Albo, quien, una vez más, no vio excesivo atractivo en el hecho de conocer gentes, costumbres y paisajes. A Albo le interesaba el barco que tenía bajo sus pies. Y los hombres que constituían su tripulación. Si ella la conformaban exóticos indios de curiosísimos y extravagantes usos, experimentaría un sincero interés al respecto. De lo contrario, prefería quedarse a trazar cartas y a anotar la posición del sol.

Al final, treinta y tres españoles descendieron a tierra. Con un único bote, se vieron obligados a realizar varios viajes, pero no les importó. Preferían esforzarse ahora y sentirse seguros siempre. Llevaban con ellos regalos para el sultán, su esposa y el ministro principal. Desconocían si el tal Siripada estaba casado o si gobernaba a través de ministros, pero no querían llegar al palacio y encontrarse con que no tenían regalos para todos. Las gentes del otro lado del mundo, esto bien lo conocían, se ofendían a la primera de cambio. Por ello, los expedicionarios se andaban siempre con sumo tiento, no fueran a malograr una alianza que les habría venido de perlas.

Para el sultán, llevaban una túnica de terciopelo verde y una silla de madera preciosamente labrada y con los remates en color morado. También tenían un gorro, un vaso de vidrio finísimo y un tintero de oro que hacía juego con tres cuadernillos de papel. Para la reina, en caso de que la hubiera, ofrecían diez brazas de paño de colores, un magnífico par de zapatos españoles y un delicado estuche lleno hasta el borde de alfileres. En cuanto al ministro principal, pretendían agasajarlo con varias brazas de paños de excelente calidad, más vasos, más cuadernillos de papel y más, en suma, de todo. En lo que a regalos para monarcas se refería, prácticamente habían vaciado las bodegas. Cruzaron los dedos para no encontrarse muchos más en su ruta.

Los borneanos, cuando vieron todo aquello que los expedicionarios exponían frente a sí, enviaron a un emisario a la ciudad. Al parecer, no contaban con aquello y se habían visto sorprendidos. Carvallo, Espinosa y Elcano intercambiaron miradas entre ellos mientras cruzaban las manos a la espalda y levantaban las barbillas tanto como creían posible sin parecer altivos. Ojalá hubieran tenido unas ropas más dignas con las que vestirse, pero casi dos años de travesía los habían dejado muy mermados de prácticamente todo.

Mientras aguardaban a que el emisario regresara, se interesaron por las características de la ciudad de Brunéi. Según les contaron los borneanos que permanecieron a su lado, la ciudad estaba construida, en parte, sobre el mar. Los

expedicionarios, con Elcano al frente, se hicieron repetir este extremo pues no acababan de creérselo. Sí, y lo comprobarían en cuestión de un par de horas, Brunéi se levantaba sobre juncos, palos y traviesas. Qué cosas, se dijeron los españoles, quienes juzgaban que se podía vivir en un barco que flotaba o en una casa firme con cimientos bien hundidos en la tierra, pero no en una solución a medio camino entre lo uno y lo otro.

Por Dios que sabían bregar con la sorpresa. A estos hombres, con lo que arrastraban a sus espaldas, era muy difícil sorprenderlos. No obstante, lo que vieron cuando el emisario enviado a la ciudad regresó, superó, con creces, cualquier cosa antes vista.

Allá, a lo lejos y a través de una senda cuidadosamente abierta en mitad de una jungla que no dudaban en desbrozar, una comitiva formada por cincuenta hombres y siete elefantes engualdrapados avanzaba tan despacio como firmemente. Los hombres, soldados, sirvientes y los encargados de cuidar de los siete monstruosos animales, vestían con una uniformidad que para ellos habrían querido las tripulaciones de las naos. Un tipo, al que tomaron por un oficial, guiaba la comitiva desde su vanguardia y levantaba, él sí, tanto la barbilla que parecía estar apuntándoles con ella.

Cuando los elefantes alcanzaron la posición en la que se hallaban, los hombres que los gobernaban los obligaron a detenerse. A menos de diez pasos de los estupefactos españoles, las increíbles bestias barritaron una y otra vez al cálido aire de Brunéi. Pensaron que no podrían haber contemplado una maravilla mayor.

De pronto, en una actitud que ya consideraban propia de los borneanos, varios hombres comenzaron a chasquear los dedos y allí se desató una actividad frenética. Los sirvientes exhibieron unas grandes bandejas de porcelana y, tras situar en ellas los regalos que traían los españoles, las colocaron sobre lo alto de sus cabezas para, así, portearlas hasta la ciudad. Vestían, los sirvientes, telas brillantes, muy probablemente sedas nobles, y se engalanaban con sortijas, medallones, pendientes y brazaletes. Los españoles jamás habían sido servidos por criados tan bien ataviados.

Acto seguido, los cuidadores de los elefantes obligaron a que estos doblaran sus patas. Los expedicionarios observaban con interés, aunque a cierta y prudencial distancia, hasta que descubrieron que, sobre los lomos de las prodigiosas bestias, se sujetaban, con cinchas y abrazaderas doradas, una especie de palanquines cubiertos en los que se podía transportar a cinco o seis personas.

Cuando los nativos les hicieron ver que así era y que era a ellos, a quienes pretendían acarrear en los citados palanquines casi se les sale el corazón por la boca.

—Yo ahí no me subo —sentenció, el primero, Urrutia.

—Yo tampoco —se negó, a su lado, el Sordo.

—Podemos ir caminando —sugirió, cerca, Trigueros—. La ciudad está ahí mismo. Será un paseo.

—Si te caes de arriba —aventuró Mafra, un poco retrasado respecto a los demás—, te partes la crisma.

—¿Estos bichos qué comerán? —preguntó Juanillo Carvallo, a quien su padre había permitido participar en la excursión.

—Hierba, lo más seguro —le contestó Vasquito, que dijo lo que dijo más por no tener la boca cerrada que debido a que conociera la respuesta.

—¿Qué hacemos, capitán general? —preguntó Espinosa. No veía nada clara la necesidad de encaramarse a aquellos monstruos.

—No nos queda otro remedio que hacer lo que nos piden —explicó Carvallo. Sus pensamientos iban por un lado y sus deseos por otro—. No debemos desairar al sultán. No, si queremos que nos considere sus amigos y nos permita mercadear con sus súbditos.

—Yo voy —decretó Pigafetta, dando un paso al frente y agarrándose al palanquín más cercano.

—Y los demás, también —indicó Elcano—. Venga, arriba todos. Sin rechistar.

No hubo más protestas. Al menos, una vez que Pigafetta hubo subido a los lomos del primer elefante y que, desde él, les saludara con la mano. Si les había llegado la hora de morir, morirían, pero Pigafetta, bajo ningún concepto, los dejaría en evidencia. Allá se fueron los treinta y dos expedicionarios restantes.

Media hora más tarde, la comitiva avanzaba por una senda embarrada camino de Brunéi. En primer lugar, los sirvientes con las bandejas de porcelana que portaban los regalos. Después, el séquito compuesto por los borneanos. Finalmente, los siete elefantes engualdrapados con los treinta y tres acongojados expedicionarios en sus lomos.

—Esto se mueve demasiado, maestre —espetó el Sordo.

—Cierra el pico —le contestó Elcano. Los dos hombres viajaban, junto a Urrutia, Espinosa, Juanillo y Vasquito, en el mismo palanquín. Como el Sordo había hecho notar, cada vez que el elefante daba un paso, el palanquín se

balanceaba hacia uno de los costados. A continuación, cuando la bestia adelantaba la otra pata, el balancín rehacía su posición para caer por el otro lado de su espectacular joroba.

El viaje duró algo más de dos horas y, una vez que le hubieron cogido el tranquillo al traqueteo, podría decirse que hasta disfrutaron del trayecto. Borneo era un lugar exuberante en todos los sentidos, la selva se extendía por doquier e infinidad de ríos y arroyos de agua dulce corrían en direcciones inimaginables. Pronto, y a medida que penetraban en el interior del país, perdieron el norte y se dijeron que, si los nativos los abandonaban allí, se las verían y se las desearían para encontrar, por su cuenta, el camino de regreso hasta las naos.

Por suerte, la afabilidad de los borneanos no parecía fingida. A su paso, mientras ellos trataban de que la debida dignidad no los abandonara antes de tiempo, surgían infinidad de gentes que se detenían para observarlos con curiosidad. Vaya, extranjeros venidos de a saber dónde. Vaya, qué mala cara traen. Vaya, no sabíamos que en Borneo admitíamos a los primeros pordioseros que las olas arrojaran en nuestras playas. Etcétera.

Los que más disfrutaban, sin duda, eran Juanillo, Vasquito y la media docena más de muchachos españoles que formaba parte de la partida. Entiéndase bien, ahora y siempre: participaban en calidad de hombres, no de críos. Se esperaba de ellos que respondieran, en cualquier instante, como uno más. Las tripulaciones tenían lo que tenían y, con eso, se apañaban sin duda o rubor. Incluso Juanillo, recogido por su padre en Guanabara algo más de año y medio atrás, se comportaba ya como un español de los pies a la cabeza. Hiciera lo que hiciese, empujaba en la dirección de los suyos.

Con todo, el viaje a lomos de elefantes resultó maravilloso y ni Juanillo ni Vasquito podían borrar una sempiterna sonrisa de sus rostros.

Cuando la comitiva alcanzó su destino, los sirvientes que portaban los regalos se detuvieron y, no sin la puntual ceremonia, los elefantes fueron obligados a arrodillarse para que los expedicionarios saltaran al suelo.

Frente a ellos, se levantaba el edificio más espléndido que habían visto en sus vidas. Se trataba de una gran construcción erigida, como parecía habitual en Borneo, mitad en tierra firme, mitad en el agua. En un primer momento, pensaron que las aguas que se extendían bajo la edificación pertenecían al mar, pero luego les informaron de que se trataba de un estanque dulce donde podían pescarse carpas del tamaño de un gato. Se les habría quedado la boca abierta si no la llevaran ya desde mucho tiempo atrás.

—Preparaos todos, porque aquí vive el rey —advirtió Espinosa mientras se alisaba, como buenamente podía, sus ropas—. Teníamos que habernos afeitado, maldita sea…

—Hace meses que no tenemos con qué, capitán —le dijo Urrutia.

—No protestes, marinero —intervino Carvallo.

—¡Pero si yo no he protestado! —se defendió el lequeitiano.

—No peleemos ahora —trató de zanjar la cuestión Elcano—. Vamos, nos piden que entremos.

Ya iban a deshacerse en reverencias cuando Pigafetta, tras conversar durante más de diez minutos con un tipo al que tomaron por un edecán, afirmó que no se hallaban en el interior del palacio del sultán, sino de uno de sus ministros. ¿Cómo?, se preguntaron todos con estupor. Si en el interior de aquel edificio, enorme en cualquier dirección, no observaban sino oropel, fastuosidad y relumbrón, ¿qué no podrían aguardar del palacio del mismísimo sultán?

Se hicieron cruces mientras lo pensaban y Elcano, asumiendo de forma tácita la iniciativa, intercambió opiniones con los oficiales al mando.

—Tenemos que decidir cuál va a ser nuestra estrategia —expuso.

—No podemos desairar al sultán —indicó Carvallo.

—Según Pigafetta, este no es el palacio del sultán —dijo Espinosa—. Yo me andaría con mucho cuidado, no fuéramos a estar cayendo en una trampa…

—No creo que nos estén tendiendo una trampa —sentenció Elcano.

—Yo tampoco —se sumó Carvallo.

—Ni yo —convino Espinosa—, pero tampoco lo creíamos en Cebú y mirad cómo acabaron las cosas. Solo digo que actuemos con sensatez, que no nos dejemos sorprender.

—Que el Sordo, Mafra, Trigueros y Urrutia estén con los ojos bien abiertos.

—No son los únicos que ocultan armas bajo las ropas.

—Pero sí de los que más me fío. Tenemos a demasiada gente débil de ánimo. Y más grumetes armados de los que me gustaría.

—De acuerdo. Ojos bien abiertos, tíos.

—Adelante.

Tanto como detestaban a Pigafetta por cargante y metomentodo, reconocían la excelencia de su trabajo cuando se hallaban frente a extraños. A ellos, la paciencia se les habría colmado a los cinco minutos. El vicentino, por el contrario, poseía un don para comunicarse en lenguas ininteligibles, para trabar

relaciones que sus interlocutores consideraban fiables, para, en suma, propiciar y extender un estado de calma y franqueza.

El ministro, gobernador o quien fuera que viviese allí, no hizo acto de presencia. Pigafetta trató de enterarse de los motivos, pero no obtuvo ninguna respuesta satisfactoria. Al parecer, se encontraba fuera de la ciudad. Lo que sí recibió fue una invitación a que se pusieran cómodos. El sultán los recibiría al día siguiente y, mientras tanto, los españoles podían considerarse sus invitados.

Los treinta y tres fueron repartidos por diferentes habitaciones de la edificación. Todas eran amplias y contiguas entre sí, lo cual los tranquilizó pues, en cualquier momento y si fuese necesario, unos podrían acudir en auxilio de otros. Elcano y Carvallo, que compartían aposento junto a Urrutia, el Sordo y tres expedicionarios más, palparon las paredes, revisaron los cajones y miraron debajo de las camas. Si los borneanos pretendían aniquilarlos, podían hacerlo de inmediato. No lo intentaron y eso, de algún modo, los tranquilizó un poco.

En lugar de guerreros sanguinarios, las que aparecieron fueron unas mujeres semidesnudas que los invitaron a que las siguieran. Sonreían y Elcano, al observar a Urrutia y al Sordo y advertir que habían comenzado a babear, los llamó al orden levantando las cejas y dedicándoles la más severa de sus miradas: dejad de hacer el gilipollas y centrémonos; a lo que estamos, idiotas.

Fácil era decirlo, pero complicado llevarlo a la práctica. Las odaliscas los condujeron a unas estancias accesorias a las anteriores y que no eran ni más ni menos que baños de agua dulce. Una vez allí, las mujeres, que parecían desconocer qué era el pudor, desnudaron a los hombres y les indicaron que se introdujeran en los baños. Los españoles, muy poco amigos de ponerse en remojo por iniciativa propia, respondieron, sin embargo, con inmediato asentimiento. El agua, fresca y perfumada, les llegaba hasta el pecho y en ella flotaban pétalos de flores y malvaviscos. El Sordo comenzó a comérselos y Elcano lo regañó de nuevo, sin que aquel pudiera comprender muy bien por qué lo hacía.

Acto seguido, las odaliscas se desprendieron de sus vaporosos vestidos y se introdujeron en el agua junto a los cada vez más estupefactos marinos. Urrutia, claramente embobado, alargó una mano hasta los pechos de una y la mantuvo allí mientras la mujer, sin abandonar la sonrisa, comenzaba a lavarlo.

—El sultán nos agasaja con las esclavas de su harén —explicó Carvallo.

Comenzaron a escucharse voces al otro lado de las paredes del palacio. De inmediato, reconocieron a los suyos e imaginaron que se hallaban inmersos en

situaciones idénticas.

—¡Qué nadie las toque! —gritó, alto y claro, Espinosa. Sus palabras provenían de un lugar indeterminado frente a ellos.

—¿Por qué? —preguntó, de inmediato, Urrutia.

—¡Porque lo mando yo y punto! —gritó, de nuevo, el capitán Espinosa. Y como vio que Urrutia no replicaba, se aseguró de que el marinero entendiera que había reconocido su voz—: Ya me has oído, Urrutia. ¡Ya me habéis oído todos! ¡No la caguemos ahora!

Elcano y Carvallo compartían la preocupación de Espinosa. Se encontraban allí para mercadear, para conseguir vino, víveres y noticias acerca de cómo llegar a la especiería. Si de algo habían hecho gala los borneanos, era de que poseían todo aquello que los españoles necesitaban. Los estaban tratando mucho mejor de lo que nunca habrían esperado. Sin embargo, la capacidad de los españoles para estropearlo todo en el momento más inesperado era innata.

Por suerte, las odaliscas no se quejaron de los manoseos de los españoles. Elcano y Carvallo supusieron que, muy probablemente, las mujeres se encontraban acostumbradas a tratar con mercaderes provenientes de Malasia, Catay, Cipango o incluso Persia. Y, sin excepción, las habrían sobado hasta el hastío.

Tras los baños, y oliendo a perfumes y esencias embriagantes, los marinos fueron convidados a sentarse a una mesa en la que las odaliscas, las mismas u otras diferentes, nunca pudieron precisarlo, les sirvieron una infinidad de platos y manjares que casi les hace perder el sentido. Elcano, Carvallo y Espinosa, aunque continuaban en alerta, se habían tranquilizado un tanto pues se repetían que, de pretenderles algún daño, habían tenido oportunidades suficientes para hacérselo. Y nada había sucedido. De este modo, se abandonaron a una comilona de la que siempre guardarían recuerdo. Siripada, no les quedaba la menor duda, sabía cómo tratar a sus invitados. Vasquito engulló tanta comida que le entraron ganas de vomitar. Una de las odaliscas, al darse cuenta de ello, mandó que entrara un criado con una jofaina entre las manos. Se la ofreció a Vasquito, que ya no aguantaba mucho más, y este echó hasta los intestinos. Ni medio minuto más tarde, ya zampaba de nuevo. Un expedicionario español era, ante todo, un tipo que llenaba el estómago en cuanto tenía ocasión.

Por la tarde, se les permitió que salieran a unos jardines vistosamente cuidados. Los treinta y tres marinos, ahítos, se repartieron a lo largo y ancho de

él y durmieron la siesta hasta que, tres horas antes del atardecer, las odaliscas regresaron y les dieron té con frutos especiados para merendar.

Elcano se acercó a un estanque, apartó las plantas y flores que flotaban en su superficie y se lavó la cara con el ánimo de espabilarse. Miró a los hombres, tumbados en cualquier parte, y comprendió que aquella era una estrategia utilísima para anular las posibles intenciones hostiles de los recién llegados. Los borneanos sabían lo que hacían, sin duda.

Al anochecer, los sentaron de nuevo a la mesa y volvieron a ofrecerles toda clase de delicias. Los expedicionarios, que aún no habían terminado de digerir el almuerzo y la merienda, decidieron que resultaría descortés no hacer los honores y se lanzaron con pasión sobre los platos. El edecán con el que horas atrás hablaran, regresó y se interesó por los españoles. Estos, que habían empinado suficiente licor de arroz como para tumbar a los elefantes que los habían llevado hasta el lugar, lo agarraron por las mangas y, tras obligarle a tomar asiento, le contaron historias de la lejana España, la mejor tierra del mundo famosa por la belleza de sus mujeres y la reciedumbre de sus vinos. El edecán, estupefacto, sonrió entre dientes, le comunicó a Pigafetta que al día siguiente el sultán permitiría que lo reverenciaran y se zafó, como pudo, de los españoles.

Pasaron la noche entre sábanas de Camboya y colchones de seda y algodón. Algunas odaliscas se acercaron para comprobar que no les faltara de nada y, entonces, los expedicionarios las animaron a que se acostaran con ellos. Su plan pasaba por hacerles ver a esas mujeres de qué eran capaces los españoles, pero ni cinco minutos más tarde roncaban a pierna suelta. Las odaliscas, que jamás habían sido testigos de cosa semejante, se levantaron, se recolocaron sus vaporosos vestidos y abandonaron las habitaciones.

* * *

A la mañana siguiente, nadie madrugó. Y no porque los expedicionarios no estuvieran acostumbrados a ello, sino porque, en Borneo, levantarse pronto parecía considerarse de mal gusto. Además, aquellas sábanas suavísimas, aquellos colchones en los que los hombres sentían que se los tragaba la tierra, la sensación de calma extrema, de placidez, de silencio y sosiego, los alteró e impidió que, hasta bien entrada la noche, conciliaran el sueño. A quien lleve dos

años durmiendo sobre las tablas de una cubierta, no le des comodidades pues no sabrá qué hacer con ellas.

Dicho lo cual, cuando cogieron el sueño, no lo soltaron y a la totalidad de los expedicionarios la llegada de las odaliscas le sorprendió resoplando en la penumbra de los dormitorios. Los colchones y las sábanas de Camboya constituían un contratiempo, pero podrían acostumbrase a él. Aún medio dormidos, sintieron la presencia de las mujeres y comenzaron a sobarlas sin acabar de despertarse. Las odaliscas, esta vez, se comportaron de forma remisa y alguna hasta se permitió soltar algún que otro manotazo. Los españoles, como única respuesta, se dieron media vuelta y continuaron durmiendo.

Tuvo el edecán que hacer acto de presencia para explicarles qué se esperaba de ellos: debían levantarse, asearse y disponerse a ser recibidos por el mismísimo sultán. Se les estaba haciendo un gran honor, de manera que más les valía comportarse con arreglo a las circunstancias. Elcano, que fue el primero en ponerse en pie, sorprendió al hombre frunciendo el ceño. Sin duda, no los consideraba dignos de nada y, si su ánimo hubiera sido ley, los habría conducido al bote e invitado a partir de aquellas costas. Eso, en el mejor de los casos.

El maestre de la *Victoria*, que, como era costumbre entre ellos, había dormido con la ropa puesta, comenzó a ir de un lado a otro y a zarandear hombres.

—¡Levantaos de una vez, hostias! —exclamaba con un ímpetu y una efusividad muy impropias de él.

Pigafetta, quien aseguraba que tenía una resaca de las que hacen época, tardó media hora larga en ponerse a trabajar. Eso sí, cuando lo hizo, al pobre edecán le entraron ganas de ahorcarse del cocotero más cercano. Esta vez, el vicentino no actuaba por cuenta propia, sino bajo las órdenes de Elcano, que no podrían haber sido otras: ocúpate de averiguar todo lo que puedas al respecto de los planes que tienen para nosotros.

Siripada. He aquí el plan. Se aprestaban a prepararlos para el recibimiento que tendría lugar en el palacio real. El edecán, ante la insistencia de Pigafetta, acabó confesando que en Borneo no eran ajenos al poder que ostentaban los reinos europeos. De hecho, en un rapto de sinceridad del que luego, muy probablemente, se arrepentiría, el alto funcionario confesó a Pigafetta que no se explicaba cómo diablos un hatajo de desgreñados como aquel era capaz de representar al rey más poderoso del poniente. Pigafetta, en tanto que ilustrado entre los expedicionarios pero ya demasiado asimilado a ellos como para

observar el envés de la moneda, se encogió de hombros y aseguró que todos habían vivido mayores esplendores. El sultán sabría disculparlos.

Pigafetta informó a Elcano, el cual hizo lo propio con Carvallo y Espinosa. Algunos españoles solicitaron que se les permitiera tomar otro baño en compañía de las odaliscas. Fue entonces cuando el alguacil mayor comenzó a sacarlos de las camas a patadas.

—Malditos gandules —mascullaba mientras lo hacía—. Me tenéis hasta los mismísimos cojones.

En fin, un rato después, los treinta y tres expedicionarios formaban a las puertas del edificio donde habían pasado la noche. Algunos comenzaron a quejarse de que, con las prisas, se saltaban la primera comida del día. Hablaban de una manera tal que cualquiera habría dicho que se hallaban acostumbrados a tomar un copioso desayuno cada mañana y como requisito previo a ponerse en marcha. Espinosa, quien también tenía resaca, los enfiló con una mirada de advertencia: recordad cuál es nuestro cometido aquí.

¿Y cuál era? No se trataba de una pregunta vacua. Muchos, por más que se esforzaran en ello, se sentían incapaces de recordar qué hacían allá. Las mieles de Borneo, como las recordarían, obnubilaban los sentidos y atoraban entendimientos. Tenemos que conseguir suministros e informarnos acerca de la ruta hacia la especiería, recordó Carvallo a los presentes. Los expedicionarios lo miraron en silencio y hasta con cierto aire taciturno. Parecían rumiar las palabras del capitán general.

Por suerte, la llegada de los elefantes los sacó del ensimismamiento.

—Nos llevan al palacio de Siripada —resumió Pigafetta, quien ya se encontraba plenamente lúcido.

—Intentemos estar a la altura de los acontecimientos —expresó Carvallo en un tono que no acababa de sonarles al propio de todo un capitán general.

Se formó una comitiva idéntica a la de la jornada anterior. Unos cuantos sirvientes la abrirían portando, y mostrando, los regalos que los españoles traían para el sultán. A continuación, los siete elefantes pulcramente engualdrapados transportarían a los expedicionarios.

El viaje transcurrió sin contratiempos. Sí les pareció curiosa la costumbre local de situar soldados armados a ambos lados del camino por el que transitaban. Costumbre de la cual, por cierto, ya habían sido advertidos por el edecán, quien aseguró que lo hacían como señal de respeto a los recién llegados y que, en modo alguno y como ya les había sucedido con anterioridad, debía

tomarse como una manifestación de discordia. Carvallo, Elcano y Espinosa así lo creyeron. Si pretendían matarlos, habían tenido oportunidades más que de sobra para hacerlo.

El palacio de Siripada tenía dimensiones fastuosas. Tal era así que los elefantes, en lugar de detenerse a sus puertas, penetraron por ellas al interior y caminaron por pasillos durante un buen rato. Al final, accedieron a un salón que, lo sabrían de inmediato, daba a otro salón, que daba a otro salón, etcétera. Uno podía perderse en el interior de aquel grandioso lugar.

Descendieron de los elefantes y entraron en una estancia de techos altos que se hallaba repleta de cortesanos. Quizás habría quinientos o más, todos ellos ataviados con lujo y exquisitez. Bebían vino de arroz en delicadas copas de porcelana y contemplaban la llegada de los expedicionarios como si de un espectáculo se tratara.

De entre los tapices que cubrían las paredes, surgieron tres hombres que, en lo sucesivo, no se separarían de ellos. Se encargaban de indicarles qué debían hacer y en qué momento. Ninguno de los expedicionarios había pisado jamás una corte europea, pero se dijeron que en modo alguno podría haber estado revestida de tanto fasto como la que ahora pisaban. Sencillamente, no eran capaces de imaginar mayor pompa y magnificencia.

Siripada se sentaba en un trono alejado unos cuarenta pasos del lugar donde ellos se ubicaban. Más de trescientos guerreros armados lo cuidaban situándose a sus lados y frente a él. Si alguien hubiera pretendido acabar con su vida, habría muerto en el intento. Tras el sultán, de quienes todos los presentes recordarían que estaba bastante gordo, se apretaba un harén formado por no menos de veinte mujeres, a cada cual más bella y esplendorosa.

Pigafetta habló largamente con los tres altos funcionarios del sultán. A ratos sonreía y a ratos un halo de severidad atravesaba su rostro. Los españoles conocían de sobra los ardides que el vicentino desplegaba en presencia de extraños y, por ello, apenas les otorgaban importancia. La única finalidad de estos, como de hecho así sucedía, era la de epatar, la de hacer creer a sus interlocutores que el recibimiento del sultán no los sorprendía en absoluto.

Por desgracia, los regalos que traían desde España no se encontraban a la altura de lo que alguien tan rico y poderoso como Siripada habría aguardado. Por suerte, de entre todos los presentes, uno sí llamó la atención del sultán: el tintero de oro y los tres cuadernillos de papel que hacían juego con él.

Cuando Siripada distinguió este presente, se echó hacia delante en su

suntuosa silla y, con un golpe de mano, exigió que se lo acercaran. Un sirviente surgió de un lateral y se apresuró a cumplir con el deseo del sultán. Elcano, que observó lo que sucedía desde los cuarenta pasos que los separaban, trató de aproximarse. Sin embargo, uno de los altos funcionarios lo agarró del brazo mientras los cortesanos comenzaban a chismorrear por lo bajo. Según le explicó Pigafetta a continuación, no se les autorizaba a permanecer más cerca del sultán. Y no solo eso: bajo ningún concepto, podían dirigirle la palabra de forma directa. Hacerlo habría supuesto un ultraje.

—Parece que le gusta —le dijo Elcano, entonces, a Pigafetta. Observaban a los cortesanos quienes, salvo beber y beber, no parecían hacer nada más. Comprendieron que la corte, en uno u otro extremo del mundo, cumplía las mismas funciones: disfrutar de una vida regalada a cambio de adular siempre al rey.

—Está encantado —aseguró el vicentino—. Qué golpe de fortuna, qué golpe de fortuna…

Vieron cómo el sultán examinaba los cuadernos de papel. Cada uno de ellos tenía unas veinticinco páginas y, sin ser de un material excelente, sí poseían un buen tacto y aroma. El contramaestre Albo tenía uno igual en el que, día a día y desde la travesía del Atlántico, anotaba la posición de las naos.

—El sultán dice que recibe con mucho gusto este regalo del rey Carlos —explicó Pigafetta un rato después y tras una conversación con uno de los funcionarios del sultán—. Creo que estamos obligados a realizar una genuflexión…

—¿Cómo dices? —preguntó Carvallo—. ¿Nosotros hacemos el regalo y nosotros nos postramos gracias a él? No lo entiendo…

—Hagamos lo que nos indican —intervino Elcano.

—Es lo mejor —se sumó Espinosa, siempre partidario del pragmatismo. A Magallanes no le hacía ninguna gracia eso de postrarse ante reyezuelos extranjeros, pero a ellos les daba más o menos igual. Si a cambio de una genuflexión les proporcionaban víveres e información, serían capaces de arrastrarse hasta la playa donde habían dejado el bote.

—De acuerdo —concedió Carvallo. Y, tras girarse en dirección al sultán, comenzó a doblar el espinazo. Cuando los funcionarios reales lo vieron, casi se vuelven locos.

—Dicen que así no es —tradujo Pigafetta—. Que lo estamos haciendo mal.

—¿Mal? —preguntó Carvallo, quien no conocía más formas de inclinarse

respetuosamente.

—Espera, nos van a explicar cómo debemos hacerlo.

A continuación, uno de los altos funcionarios se situó frente a ellos y juntó las palmas de las manos sobre la cabeza. Los españoles, todos al mismo tiempo, lo imitaron. El funcionario los miró algo contrariado, aunque no repuso nada. El propio Pigafetta juntaba, sonriente, las manos sobre la cabeza.

—Así, así… —animó.

Acto seguido, el funcionario levantó el pie derecho. Los expedicionarios, como accionados por un resorte, hicieron lo propio. Se escucharon más rumores entre los cortesanos. Y alguna tosecilla nerviosa. El funcionario bajó el pie derecho y levantó el izquierdo. Ya estaba, la salutación se hallaba completa y revestida de la máxima dignidad.

Los españoles ocuparon los cinco siguientes minutos en ensayar. Al principio, todos levantaban las piernas al unísono, pero, poco a poco, y debido a que las habilidades y las agilidades no eran las mismas en todos los marineros, unos se adelantaron mientras que otros fueron retrasándose. El resultado, si bien a ellos les pareció satisfactorio, resultó un tanto histriónico.

—¿Y cuándo podemos bajar las manos? —preguntó Carvallo mientras levantaba las piernas a buen ritmo.

—De momento, lo hacemos estupendamente —sentenció Pigafetta.

Lo hicieran o no, los borneanos les aseguraron que era suficiente y que el sultán se daba por satisfecho. Tenía los cuadernillos de papel apoyados en el regazo y los acariciaba con la mano derecha. Resultó que, como era obvio, al sultán no le faltaba de nada. Sin embargo, en Brunéi carecían de papel. A Pigafetta le explicaron que habían tratado de fabricarlo, aunque infructuosamente, pues estaban faltos de las materias primas necesarias. Escribían, por tanto, en tablillas de madera, como cualquier nación retrasada del mundo.

—Creo que nos permitirán comerciar —expuso Pigafetta tras asegurarse de que el sultán se hallaba satisfecho.

—¿Pero podemos bajar las manos? —preguntó Espinosa, a quien le dolían los brazos de tanta ceremonia.

—Sí, me parece que ya hemos terminado aquí.

Elcano se giró e hizo una señal a los expedicionarios para que descansaran.

—Joder, estaba a punto de darme un mal —se quejó Urrutia acuclillándose.

—Dicen que nos tenemos que ir —informó Elcano.

—Pues mejor —dijo Mafra—. Esta gente es demasiado estirada para mi gusto.

—¿Podemos regresar con las odaliscas? —preguntó el Sordo.

—Iremos adonde se nos diga —respondió Elcano. Y dirigiéndose a Pigafetta, añadió—: Asegúrate de que nos dan permiso para comerciar.

—Me da a mí que lo hemos conseguido largamente —apuntó el vicentino.

—Confírmalo —exigió Elcano—. No quiero malentendidos.

Pigafetta se dirigió, con expresivos gestos, a los funcionarios, los cuales, quizás porque tenían ganas de perderlos de vista, respondieron igualmente: gesticulando para hacerse comprender más allá de toda duda.

Poco a poco, los españoles fueron invitados a abandonar el salón del rey. Les dio la sensación de que habían completado con éxito su misión y no acababan de comprender por qué los cortesanos los contemplaban con evidente desdén. No entendieron que aquellas gentes los consideraban seres inferiores venidos del lado incivilizado del mundo. Si Pigafetta, natural de Vicenza, caballero de la orden de San Juan, servidor de reyes, intérprete de la mayor parte de las lenguas del planeta y sobresaliente en la expedición a la especiería, hubiera tenido noticia de aquellas reflexiones, las habría rechazado por imposibles. Eran ellos, los expedicionarios, quienes representaban la civilización, el orden, la exquisitez, el conocimiento excelso. Hatajo de idiotas… A ellos quería verlos subidos a un barco construido por sus propias manos y arribando, sin ayuda de nadie, al puerto de Sanlúcar de Barrameda. Que lo intentaran, lo lograran y, después, se permitieran el lujo de juzgar a los demás.

—Confirmado —le dijo Pigafetta a Elcano—. Nos dejan comerciar libremente. Eso sí, sin salirnos del lugar establecido.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Elcano, muy preocupado por los detalles de la concesión.

—Nos van a decir dónde podemos estar y dónde no —respondió Pigafetta—. Me aseguran que, mientras no nos movamos de nuestro sitio, podremos hacer lo que queramos. Al parecer, el sultán ha quedado encantado con el tintero y los cuadernillos de papel.

—Si llegamos a saberlo, le traemos una docena más.

—Recordémoslo para la próxima.

—Terminemos antes con la presente.

Todavía quedaban españoles realizando genuflexiones a diestro y siniestro. Algunos hombres pensaron que siempre es mejor ir sobrados antes que quedarse

cortos. Por ello, mantenían las palmas de las manos unidas sobre la cabeza y alzaban, alternativamente, una y otra pierna. Saludaban, con el rictus muy serio, al sultán, a su harén, a los guardianes armados, a los sirvientes, a los cortesanos, a los funcionarios y, en general, a todo aquel que se situara a tiro de sus reverencias. Un español, cuando cumple, cumple con todas las consecuencias.

Por fin, los treinta y tres expedicionarios abandonaron el salón y fueron conducidos al lugar donde los aguardaban los elefantes. Fue entonces cuando Elcano, Carvallo y Espinosa supieron que el sultán les había hecho objeto de diferentes obsequios. Lo agradecieron muchísimo y, el Sordo y Urrutia, que venían por detrás, intentaron una variante de la inclinación en la que se levantaban ostensiblemente las piernas, aunque ya sin juntar las manos sobre la cabeza. Elcano les dijo que era suficiente, que ahora se encontraban frente a simples funcionarios y que la pompa estaba de más. Respiraron un poco más tranquilos, la verdad que sí.

Los regalos consistían en paños que los españoles juzgaron de gran calidad, aunque apenas tuvieron tiempo para examinarlos pues, tras enseñárselos y ponerlos en sus manos, se los arrebataron con la promesa de que más tarde se los devolverían. Parecían tener prisa por ir aligerando. Allá mismo, a pies de los elefantes, se les ofreció un tentempié informal y los hombres pudieron beber unas bebidas refrescantes y comer unos daditos de quién sabe qué. El funcionario que los acompañaba les explicó que era la costumbre en casa del sultán. Ellos repusieron que no podían sentir más agradecimiento por el trato recibido. Mafra, y con él varios más, preguntaron si no podían dar cuenta de algo con más sustancia, pero Elcano les apremió a cerrar el pico.

Así las cosas, los expedicionarios se subieron a los elefantes, los cuales habían perdido ya el interés de lo novedoso, y la comitiva inició el camino de regreso. Pigafetta aprovechó para informar de que no los llevaban a la playa, sino que el agasajo continuaría en el edificio donde habían dormido la noche anterior. Se esperaba de ellos que, si eran tan amables, tomaran otro baño aromatizado, permitieran que las odaliscas les sirvieran un copioso banquete y durmieran entre las sábanas de Camboya.

De los oficiales presentes, Elcano fue el que más resistencia opuso. El de Guetaria quería regresar, cuanto antes, a las naos. Afirmaba que se trataba de una cuestión de seguridad, pero la mayoría de los hombres no quiso oírle hablar. Odaliscas, maestre, odaliscas, repetían una y otra vez los expedicionarios. Hasta Juanillo y Vasquito, por razones de edad no excesivamente interesados en el

sexo opuesto, aseveraron que ellos preferían dormir acunados por las mujeres antes que hacerlo sobre sus respectivas cubiertas. Les rieron la ocurrencia, sin saber, los críos, muy bien por qué.

Al día siguiente, se los condujo, esta vez sí, a la orilla del mar y se les entregaron los regalos ofrecidos por el sultán. Carvallo quedó tan complacido por el trato recibido que regaló un par de cuchillos de propina a cada uno de los borneanos que tan bien los habían servido. Los cuchillitos no valían gran cosa, pero los nativos se quedaron satisfechos.

Antes de partir en dirección a las dos naos que continuaban ancladas frente a la costa, Elcano y Pigafetta recibieron instrucciones precisas acerca de dónde podían ubicar el puesto para los intercambios de mercadería. El sultán, deseoso de agradar al rey de España, los proveía de dos piraguas para que los desplazamientos desde las naos a la orilla y desde la orilla a las naos fueran más fluidos. Elcano dio las gracias y los borneanos le indicaron el punto exacto donde debía levantarse el puesto de mercadeo: ni un paso más allá, ni un paso más aquí. Nunca les hicieron saber qué represalias conllevaría ignorar estas sencillas instrucciones y los españoles, que habían comerciado por medio mundo y se conocían el percal, dedujeron que no les convenía tratar de averiguarlo.

Allí mismo, y un poco sobre la marcha, se decidió que Urrutia quedara al mando del puesto con las mercancías. El carácter abierto y algo socarrón del lequeitiano se revelaba como el más que adecuado para comandar el puesto comercial más al este jamás establecido por España. Además, como el marinero se manejaba certeramente con el hacha, podía comenzar a construirlo mientras el grueso de la dotación regresaba a bordo y los oficiales decidían los próximos pasos.

Urrutia, pues, permaneció en tierra y de buen grado, aunque solicitó que se le nombrara un ayudante. Sus compañeros, que venían bien comidos y bien bebidos y que, por lo tanto, se hallaban del mejor de los humores, se carcajearon de él y él, de risa fácil como era, con ellos.

—No, pero en serio, dejadme a alguien, aunque sea para que me haga compañía —dijo.

Fue Carvallo, quien en un acto de generosidad que los expedicionarios encontraron sin límites, determinó que fuera su propio hijo, Juanillo Carvallo, el que permaneciera junto a Urrutia. En los últimos meses, le había dado por pensar que lo estaba malcriando, que el niño vivía en palmitas y que la hora de curtirse

como un hombre de verdad había llegado. Junto a Urrutia, aprendería lo que vale un peine.

Urrutia accedió, Juanillo no osó protestar y así quedaron las cosas. En cuestión de dos días, el puesto de compraventa fue inaugurado y pronto los lugareños se interesaron por el género venido desde lejos y cerraron unos cuantos tratos provechosos. Sobre todo, los españoles requerían víveres con los cuales llenar las bodegas. Aunque no le hicieron ascos a nada.

* * *

Durante bastantes días, la calma chicha fue la tónica dominante. Con el alba, un grupo de expedicionarios con un oficial al mando, por lo general Elcano, bajaba a tierra y desembarcaba el género destinado a comerciar. Para entonces, Urrutia y su ayudante Juanillo, quienes dormían en el propio puesto para así evitar que les robaran por la noche, ya se encontraban en pie y dispuestos a afrontar una nueva jornada de trabajo.

Los nativos siempre les parecieron gente amable y poco dada a la trifulca. De hecho, Urrutia le solía decir a Elcano que, en los tratos, la ventaja caía del lado de los españoles porque los borneanos eran malos regateadores. Elcano escuchaba el informe y nunca añadía ni una sola palabra. Se limitaba a clasificar las mercancías y a llevar un inventario. Después, volvía a la *Victoria* y no regresaba hasta última hora de la tarde, cuando recogían los beneficios del día, los embarcaban y procedían a estibarlos cuidadosamente.

Por lo demás, nadie se encontraba autorizado para descender a tierra. Carvallo podría ser un capitán general descuidado, pero no era idiota y sabía hasta qué punto un centenar de marinos desocupados podía causar perjuicios a la población local. Estaban en buenos tratos con el sultán y así pretendían que siguiera siendo. Brunéi sería ese ansiado puerto seguro que tanto habían anhelado encontrar.

El 29 de julio, a mediodía, desde las naos observaron cómo se les acercaba una fenomenal armada compuesta por cien praos y más de mil guerreros nativos encaramados a ellos.

De pronto, todo cambió.

Tras el grito de alerta del vigía, Espinosa y Elcano corrieron a la toldilla de la *Victoria*. Algo así, necesitaban verlo con sus propios ojos. Hasta donde se

extendía la mirada, las embarcaciones, repartidas en tres escuadras, realizaban una maniobra para envolver a las dos naos.

—¡Largad velas! —ordenó Espinosa sin aguardar instrucciones de la *Trinidad*.

Cien praos hostiles y venían remando con aquellos remos cortos que tan bien manejaban los borneanos. Una palada por babor, una palada por estribor, la mirada ceñuda, los rostros aguzados, las dotaciones de las naos españolas enfiladas con un gesto que no podrían malinterpretar.

—¡Largad! —se oyó gritar a Carvallo en la *Trinidad*. Y la orden que solo él, como capitán general, podía dar—: ¡Lombarderos! ¡Cargad! ¡Cargad!

—Mierda puta —farfulló, en la *Victoria*, Espinosa. La orden de Carvallo lo obligaba a él—. ¡Lombarderos! ¡Preparad una descarga por estribor!

Elcano miró a Espinosa. Había preocupación en su rostro y no era para menos. En cinco minutos, Brunéi había mutado de ciudad calmosa y pacífica a ofensiva y rival. En unas circunstancias semejantes, a los capitanes únicamente les quedaba proteger a las naos. ¿Se precipitaba Carvallo con su orden de recurrir a la artillería? Entre los oficiales, se decía que uno no sabe lo que siente un capitán general hasta que está dentro del pellejo de un capitán general. Por ello, lo que Carvallo sentía solo Carvallo lo sentía. Lo que sí estaba claro era que había tomado una determinación e irían con ella hasta el final.

En las naos, los marineros treparon rapidísimamente al aparejo y largaron las velas. La maniobra no duró ni dos minutos y sorprendió a los lombarderos en plena faena.

—¡Vamos! ¡Vamos! —gritaban los contramaestres. Durante la maniobra de desatraque, solo se los escuchaba a ellos y los resoplidos de la marinería. La *Trinidad* reaccionó en primer lugar y tomó la delantera a la *Victoria*.

Dos lombardazos restallaron frente a las costas de Brunéi. La *Trinidad* había disparado por estribor, lo cual significaba que ya no tenían marcha atrás.

Elcano se asomó a la borda de la *Victoria* y trató de evaluar los daños. La primera andanada siempre suele dispararse al bulto, pero, en este caso y dado que los borneanos se les acercaban en formación cerrada, las balas habían hecho saltar por los aires sendos praos. Vio a guerreros despedazados en el agua y a algunos supervivientes tratando de asirse a los restos de sus embarcaciones.

Entonces, intentó averiguar el alcance del ataque. En primer lugar, no acababa de creérselo. ¿Por qué los atacaban? Y más relevante: ¿Por qué lo hacían ahora? Los borneanos los habían tenido en sus manos en numerosas

ocasiones. Se mirara como se mirase, los expedicionarios constituían un objetivo sencillo para una nación poderosa como aquella. Sin embargo, nunca los habían agredido. Más bien, al contrario: se les permitía mercadear libremente siempre y cuando respetaran los límites establecidos. Cosa que, por otro lado, los españoles habían realizado escrupulosamente.

¿A santo de qué venía atacarlos ahora?

Lo que Elcano no podía negar era que los praos borneanos con centenares de guerreros a bordo se les acercaban más y más. Las dos naos comenzaban a navegar hacia aguas abiertas, pero lo hacían lenta y pesadamente, como era natural en ellas. Los praos las alcanzarían en cuestión de minutos. Y no podrían evitar que los nativos tomaran las cubiertas al asalto.

Espinosa debió de leerle los pensamientos pues, en ese momento, ordenó que la *Victoria* abriera fuego de artillería. Bom, bom, dos lombardazos por el lado de estribor partieron unas cuantas almas en el agua.

—¡Recargad! —gritó Espinosa—. ¡Fuego!

—¡Fuego! ¡Fuego! —apremió Carvallo en la *Trinidad*.

En cuestión de minutos, las dos naos mercantes se habían convertido en buques de guerra y aquellas aguas paradisíacas, en el escenario de una auténtica batalla naval. Todavía les quedaban siete lombarderos en la expedición, de forma que no hubo problemas para sostener la intensa cadencia de fuego que requerían los capitanes.

Como unos cuantos praos se aproximaban peligrosamente a las naos, decidieron disponer tiradores armados de escopetas en las bordas. A los oficiales, esta contingencia los contrariaba sobremanera, pues suponía retirar a marineros de las maniobras para destacarlos en otras tareas. Sin embargo, sabían que no les quedaba otro remedio. Si un nativo, uno solo, lograba poner los pies en cubierta, podría causarles un daño inimaginable antes de que consiguieran abatirlo.

En la *Victoria*, Trigueros y Navarro tomaron sendas escopetas y, auxiliándose de dos grumetes y el despensero, comenzaron a abrir fuego desde la borda. No muy lejos de ellos, en la *Trinidad*, Mafra y el Sordo hacían lo propio y comenzaban a barrer con plomo de escopetería la superficie del agua.

En menos de quince minutos, los expedicionarios impusieron su superioridad y la batalla cayó de su lado. Un prao se acercó lo suficiente como para que varios hombres se pusieran en pie y agitaran los brazos. Carvallo, que ya no confiaba en nadie, ordenó a sus lombarderos que lo enviaran a pique. La

instrucción se cumplió al pie de la letra y una bala de lombarda hizo añicos el prao y a los guerreros que se aproximaban en él. Solo uno sobrevivió.

—Sacadlo del agua —indicó Elcano.

* * *

En tierra, Urrutia y Juanillo Carvallo dejaron caer lo que tenían entre manos y corrieron hacia la orilla. El marinero se daba perfecta cuenta de lo que allí sucedía. Habían sido atacados y los capitanes ordenaban que las naos se hicieran a la mar. Él habría decretado exactamente lo mismo.

—Mierda, mierda, mierda —gruñó juntando el final de una palabra con el inicio de otra.

—¿Qué pasa? —preguntó, algo inocentemente, Juanillo.

—Que se marchan, chaval. Eso es lo que pasa. ¡Me cago en mi puta vida, joder!

—¿Cómo que se marchan…?

—Lo que me has oído, muchacho. Ahora sí que estamos jodidos.

—Mi padre volverá a por nosotros.

Desde la playa se escuchaban nítidamente los lombardazos. Urrutia distinguía los pedazos de praos y de hombres saltando por los aires. Incluso, vio, ya muy a lo lejos, cómo un par de marineros se acodaban en la borda de la *Trinidad* y comenzaban a disparar las escopetas. Sabía que, de hallarse a bordo, aquella podría haber sido su función en la batalla.

—No va a volver —dijo. Porque no, no regresarían. Cualquier capitán habría actuado de esa forma. No tenía nada que reprocharles. Si acaso, se lo reprochaba a sí mismo por no haber desconfiado antes. ¿Un puesto permanente en tierra para comerciar con los nativos? ¿En qué cabeza cabía, por el amor de Dios? Él era un marinero. Desde que se enrolara siendo un niño en su Lequeitio natal, llevaba toda la vida siéndolo. Y ahora quedaba abandonado en una playa al otro lado del mundo. No conseguirían regresar. No, después de lo que los borneanos se hallaban encajando. ¿Cuántas bajas llevarían? ¿Diez? ¿Veinte? ¿Más? Suficientes, en todo caso, como para tomárselo a mal—. Puta miseria…

* * *

En la *Victoria*, rescataron al borneano lanzándole un cabo y gritándole que se agarrara a él. El guerrero, que se encontraba herido en un brazo, saltó a la cubierta con un gesto de estupefacción en el rostro. Trigueros, por si acaso, lo encañonaba con la escopeta, pero el tipo no se mostró hostil. Le habían matado a todos los que iban con él y todavía insistía en pedirles una explicación. Gesticulaba mucho, se llevaba las manos a la cabeza y repetía, una y otra vez, algo que no comprendieron.

—Dejad de disparar las lombardas —ordenó Elcano.

—No vamos a dejar de disparar —se interpuso Espinosa.

—Carvallo se ha equivocado —expresó Elcano.

—¿Cien praos atacándonos es una equivocación?

—Responderles con la artillería lo ha sido. No nos atacaban.

—Entonces, ¿qué hacían?

—Es lo que tenemos que averiguar. Hablemos con Carvallo.

Tarea ardua lograrlo, pues Carvallo no solo se encontraba a bordo de la otra nao, sino que, lo podían distinguir desde la *Victoria*, dirigía en persona la actividad de los lombarderos.

Elcano ordenó, entonces, una maniobra de acercamiento de la *Victoria* a la *Trinidad*. Dado que ambas se encontraban alejándose de la costa y dirigiéndose a aguas más profundas, bastaba con dejarse caer a un lado hasta casi alcanzar la posición de abordaje. El marinero que sujetaba el pinzote lo empujó volcando el cuerpo sobre él y la *Victoria*, muy lentamente, se aproximó a la capitana.

Aún sesenta o setenta praos los perseguían. Si los perseguían, cosa que necesitaban averiguar.

Elcano y Espinosa se arrimaron a la borda de la *Victoria*, que no se hallaría a más de cinco brazas de la de la *Trinidad*, y comenzaron a gritar. De cuando en cuando, una lombarda rugía y engullía cualquier sonido para imponer el suyo.

No fue Carvallo, sino el contramaestre Albo, quien respondió a los dos oficiales de la *Victoria*.

—¡No es un ataque! —aulló Elcano con ambas manos apoyadas en la borda y el torso sobre el agua.

Albo lo miró no sin sorpresa. Él se encontraba dirigiendo la maniobra de sus hombres y apenas había prestado atención a los borneanos. Sí, oyó que los atacaban, pero oyó, sobre todo, la orden dada por el capitán Carvallo para que levaran anclas, largaran velas y salieran cuanto antes de allí. Y a eso prestaba sus cinco sentidos.

—¡Deteneos! —ordenó Espinosa, quien continuaba siendo, además de capitán de la *Victoria*, el alguacil mayor de la expedición.

Albo, preocupado, asintió y corrió al lado de Carvallo. Vieron a los dos hombres intercambiar unas palabras casi oreja a oreja. Los lombarderos de la capitana trabajaban sin cuartel y parecían dispuestos a disparar todas las balas disponibles a bordo. El enemigo no daba la impresión de ser tan fiero.

Carvallo miró en dirección a la *Victoria* y Elcano le sostuvo la mirada. Parad de una santa vez, decía. Se encontraban ya a media legua de la costa. Entre ella y las naos, el resultado de la breve aunque intensa batalla: unos quince praos hechos pedazos y un sinfín de nativos heridos o muertos flotando en el agua.

—¿Qué pasa? —preguntó Carvallo.

—¡No es un ataque! —contestó Elcano.

—¿Cómo que no es un ataque?

—¡Tenemos a un nativo con nosotros! ¡Creo que afirma que nos hemos equivocado!

—¿Y vamos a creerle?

—¿Por qué no? ¡Han tenido mil oportunidades para atacarnos y no lo han hecho!

Por primera vez, Carvallo titubeó. Elcano, que lo conocía muy bien, descubrió el asombro en su semblante. Si Elcano tenía razón, y Elcano se sentía seguro de que la tenía, acababan de cometer un error mayúsculo.

Las naos, poco a poco, fueron deteniéndose. A una legua de Brunéi, y con los praos de los nativos fuera del radio de acción de los lombarderos, el interrogatorio al borneano rescatado de las aguas se amplió. Pigafetta pasó a la *Victoria* para realizar tareas de intérprete y Elcano le explicó que les interesaba saber una única cosa: qué demonios hacían cien praos dirigiéndose hacia ellos.

El vicentino asintió y comenzó a hablar con el nativo. Le explicó que lo dejarían marchar si les ofrecía la información que necesitaban. Él asintió repetidamente, lo cual ya despertó las sospechas de muchos marineros. Nadie lo larga todo tan a la ligera, afirmaban mientras unos y otros se convencían mutuamente de que la razón los asistía.

Pero sí, lo largó. O, al menos, eso creyó Pigafetta, quien dio completa credibilidad a lo explicado por el borneano.

—Dice que venían de visitar unas islas cercanas —explicó— y que, en modo alguno, nos pretendían ningún mal.

—Pregúntale por qué nos enfilaban con las proas de sus praos —manifestó

Elcano.

—Afirma que no lo hacían —repuso Pigafetta tras dialogar en jerga con el nativo—. Que se ha tratado de un lamentable error.

—¿Tú qué piensas? ¿Nos está mintiendo?

—Pienso que dice la verdad, maestre. Parece sorprendido por todo lo que ha pasado. Y alarmado.

—De acuerdo.

Espinosa, que había permanecido en silencio durante el breve interrogatorio, intervino.

—A ver cómo arreglamos ahora esto…

Elcano se giró hacia él.

—Urrutia —dijo.

—El sultán no permitirá que nos acerquemos a la playa —reflexionó Espinosa—. Les hemos causado muchas bajas y pensarán que regresamos para causarles unas cuantas más.

—No lo hará —intervino Pigafetta, que, por una vez en su vida, sonó sensato.

* * *

Juanillo Carvallo observaba los dos puntitos en el horizonte. Las naos se habían detenido, que ya era algo. Hacía un buen rato que Urrutia, completamente abatido, se había sentado en el suelo. Lloraba con tanto desconsuelo que al muchacho se le hizo un nudo en la garganta. ¿De verdad que no volverían a ver a los suyos? A Urrutia no le cabía duda al respecto. Incluso pensó en abandonarlo todo e internarse en el país. Apuntó que quizás así gozasen de una oportunidad. Después, al recordar que aquello era una isla, desechó la idea. Los atraparían en cuestión de días. No, mejor permanecer en la playa y que Dios se apiadara de sus almas.

—Están quietos —dijo.

—¿Ves los restos que hay entre ellos y nosotros?

—Sí.

—Son borneanos muertos. Los han matado los lombarderos.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que no van a regresar. No podrían, aunque quisieran.

En ese momento, un grupo de soldados armados surgió de la selva y caminó hacia ellos. Juanillo los miró con preocupación e hizo una seña a Urrutia, quien se limitó a sonreírle.

—No traen a los elefantes.

—Se terminó el tiempo de los elefantes para nosotros.

Los soldados, una treintena larga, se desplegaron en torno a ellos. Juanillo, que, al igual que Urrutia, estaba descalzo, intentó decir algo. A sus espaldas, el puesto en el que llevaban días mercadeando se aparecía desierto. El último nativo había abandonado el lugar en cuanto comenzaron los disparos.

—Ven, siéntate a mi lado —llamó Urrutia.

El chico obedeció y el lequeitiano le pasó un brazo por el hombro y lo acercó hacia sí.

—En mi pueblo, siempre llueve —dijo mirando al limpísimo cielo de Borneo.

Un guerrero alzó una lanza frente a ellos. Urrutia giró la cabeza y lo contempló. Se sentía en paz.

* * *

En el camarote de la *Trinidad*, se celebró un consejo de urgencia al que asistieron Carvallo, Elcano, Espinosa, Albo, Pigafetta, Martín Méndez y cinco oficiales más. El capitán general Carvallo no necesitaba el permiso de nadie para ordenar que la expedición continuara con su rumbo. Sin embargo, muchos oficiales consideraron que el hecho de que Juanillo se hubiera quedado en tierra podría, precisamente, impedir que el capitán general tomase dicha decisión.

—Hemos de partir —espetó, yendo al grano, Espinosa—. ¿Alguien opina lo contrario?

—Tenemos un prisionero —arguyó, sin esperanzas, Carvallo.

—Y podríamos tomar más, Juan —replicó, con rotunda sinceridad, Espinosa —. Pero no vamos a hacerlo y no vamos a intentar intercambiarlos por los nuestros.

—¿Y abandonar a Juanillo y a Urrutia?

—Sabes que es lo correcto. Si no se tratara de tu hijo, pensarías como yo.

Se hizo el silencio en el interior del camarote de la *Trinidad*. En ausencia de Enrique de Malaca, Pigafetta había asumido las tareas de abastecer de vino a la

oficialidad. No lo realizaba con la prestancia del malasio, pero bastaría. El vino de arroz que trasegaban tampoco era nada del otro mundo. Tantas cosas habían cambiado en los dos últimos años que ni siquiera lograrían recapitularlas.

—Si nos acercamos a las costas de Brunéi —dijo Albo, quien por primera vez daba su opinión en un consejo—, nos atacarán. Puede que no dañen los cascos de las naos, pero sí los velámenes. ¿Estamos dispuestos a correr esos riesgos?

La negativa fue unánime. No comprometerían la integridad de la expedición. No tras librar una batalla de la que habían salido indemnes. Preferían, por mucho que les doliera, abandonar a dos hombres a su suerte.

—Pero si… —trató de continuar Carvallo.

—Hablo en nombre de todos —cortó, tajante, Elcano—. Nadie va a regresar. Lo siento, pero así es. Has puesto en peligro a la expedición. Nos has puesto en peligro a todos. ¿Por qué disparaste contra los nativos?

—Creí que nos atacaban…

—Pues no lo hacían. Ahora, no nos queda más remedio que asumir las consecuencias.

—Entiendo…

Pese a que Elcano lo esperaba, Carvallo no protestó más. Se limitó a hundirse en su silla y a aceptar el veredicto del consejo. Todo marino sabe que, tarde o temprano, ha de separarse de la familia. Los padres continúan en sus barcos de siempre y los hijos buscan nuevos destinos en tripulaciones más osadas. Es ley de vida.

Incluso, los hombres como Carvallo se sentían capaces de resistir los embates de la muerte. En la mar, se muere. Por las más diversas razones y en las más peregrinas circunstancias, los marineros mueren y, tras una breve despedida, son arrojados por la borda.

Sin embargo, año y medio de compañía no parecía suficiente. Desde Guanabara hasta Brunéi. Hola y adiós.

—Propongo que regresemos a la isla de Poluán —anunció Elcano. Tomaba la palabra y la iniciativa—. Allí nos informaremos acerca de qué ruta tomar. Estamos cerca, lo intuyo. Y propongo que nos llevemos con nosotros al prisionero borneano. Quizás conozca la región y nos pueda ayudar a dar con la especiería.

Los participantes en el consejo asintieron. Carvallo, aún el capitán general, fijó la mirada en un lugar indeterminado entre sus pies y la mantuvo allí

largamente.

—¿De acuerdo, Juan? —lo interpeló Elcano.

Carvallo levantó la cabeza y asintió.

33

Bienvenidos al Maluco

8 de noviembre de 1521

DOS semanas más tarde, destituyeron a Carvallo. No resultó nada traumático. Le dijeron, oye, Juan, así no podemos seguir, y él accedió a no tomárselo por la tremenda. Fue una suerte porque, de nuevo, se sentían cansados y, lo que era peor, extraviados.

Se acordó que el alguacil Espinosa regresara a la *Trinidad*, esta vez como capitán, y Elcano ascendiera a la capitanía de la *Victoria*. Durante tres o cuatro días, los dos hombres compartieron el mando. Al poco, y con el alguacil plenamente de acuerdo, se aceptó el arreglo tácito de que Elcano mandara la expedición. No llegó a ostentar el rango de capitán general, pues consideraron que, dadas las circunstancias, ya no parecía necesario, pero asumió el mando y las decisiones en torno a la derrota. Se necesitaban marinos, hombres que supieran cómo desentrañar los secretos que ocultaba el mar de Joló y hallaran el rumbo final hacia la especiería.

El 15 de agosto volvían a encontrarse a solo unas pocas leguas por encima de la línea del ecuador. El contramaestre Albo, que ya era el único hombre que medía el sol, así lo aseguró. Estaban regresando sobre sus pasos y navegando, por primera vez en dos años, en dirección al levante. Elcano, que mantuvo con él al prisionero borneano y lo llamó, en recuerdo del añorado Urrutia, Domingo, decidió buscar un lugar en el que descansar y reparar las naos. Ambas, pero sobre todo la *Trinidad*, necesitaban ser carenadas a fondo. Además, de nuevo volvían a estar faltos de víveres, pues gran parte de los que embarcaran en Brunéi se les habían echado a perder.

Carvallo no se recuperó jamás de la pérdida de su hijo. Poco a poco, fue volviéndose taciturno y mudando el carácter. Y comenzó a enfermar. Por respeto, se le permitió permanecer en la *Trinidad* y compartir con Espinosa el camarote

del capitán. No hubo reproches a su actuación y, mucho menos, castigos. Hizo lo que creyó oportuno y lo hizo tan bien como supo. Ya estaba, no merecía la pena darle más vueltas. Pero como entendían esto, entendían que Carvallo había dejado de ser el hombre que necesitaban. Si por él fuera, jamás habrían abandonado el mar de Joló. Habrían permanecido allí durante meses, años, puede que hasta décadas, convertidos en corsarios y llevando vidas de leyenda. Eso sí, sin regresar nunca a España. Y no, no era aquello lo que pretendían. Fue Elcano quien los desperezó y les obligó a recordar que ellos se encontraban allí por cuenta del rey Carlos y que, además, tenían un encargo: llegar a la especiería por el oeste.

Lo lograrían o sucumbirían en el intento. Adelante.

Durante más de un mes, entre mediados de agosto y finales de septiembre, restauraron las naos. Ni siquiera el contramaestre Albo era capaz de contabilizar los miles de leguas que aquel par de cascos de madera llevaban recorridos. Hasta entonces, se decía que cruzar el Atlántico desde España hasta América suponía el viaje más largo que cualquier hombre podía emprender. Ellos no solo habían cruzado el Atlántico, sino que habían costeado Sudamérica entera y, tras hallar el paso del suroeste, se internaron en el océano más anchuroso del que cualquier ser humano ha podido tener noticia. Y todavía les restaba volver por el mismo camino. ¿Alguien digno de toserles a su regreso?

Domingo de Borneo resultó ser un buen tipo. Lo llevaban como prisionero y todo eso, pero el hombre no pareció tomárselo a mal. Elcano dedicó muchísimas horas a intentar comunicarse con él y, al final, entre uno y otro se estableció una especie de complicidad. Se le aseguró, siempre con Pigafetta cerca para que echara una mano con las lenguas, que lo dejarían marchar una vez que les ayudara a encontrar la ruta hasta la especiería. Domingo aseveró que por él no había problema, que le encantaba navegar y que recorrer el mar de Joló a bordo de una nao española era lo mejor que le había pasado en su vida. Ya se las apañaría para regresar más adelante.

Dejaron de considerarlo, bien pronto, un prisionero y pasó a ser uno más. Se acordaron del Guillermo de Patagonia, el gigante que durante un tiempo los acompañara hasta que la enfermedad se lo llevó. Si algo no rechazaban jamás los españoles, era a alguien que quisiera serlo de forma sincera. No se exigía mucho más que amar una forma de ser y compartir un modo de mirar el mundo.

Mientras las naos se reparaban, Elcano se dedicó, en cuerpo y alma, a conversar con Domingo. Lo primero, y quizás más importante, fue averiguar

dónde estaban. No, no lo sabían. De hecho, la isla en la que se detuvieron, una más perdida en aquellos mares ecuatoriales, tan siquiera tenía nombre. Ni se molestaron en ponérselo y, en adelante, se referirían a ella como, simplemente, la isla de las reparaciones. Domingo afirmaba que la especiería se encontraba hacia el sur. Nunca la había visitado, pero parecía conocer bien las islas que se hallaban al norte de Borneo y ninguna respondía a las características que Elcano le refería. Luego, por eliminación, y dado que del este provenían los expedicionarios y al oeste se toparían con Camboya y Malasia, solo quedaba el sur. Albo, que asistió a varias de aquellas conversaciones, asentía. Él también era de la opinión de que debían poner proas hacia el sur.

En octubre, se hicieron de nuevo a la mar. En esta nueva singladura, Elcano detenía el avance siempre que se tropezaban con embarcaciones. Albo le advertía de que mejor le iría no haciéndolo, pues desconocían si habían abandonado o no la demarcación española del mundo. El tema no era, ni mucho menos, menor, pues comenzaban a sospechar, no sin cierto fundamento, que se habían salido del hemisferio español y navegaban por el portugués. Nadie lo habría dicho antes de salir de España, pero ellos habían recorrido el vastísimo océano Pacífico y los cálculos, que tan bien se les daban a oficiales como el propio Albo, apuntaban hacia la peor de las posibilidades.

Elcano respondía que, fueran las cosas como fuesen, debían correr riesgos si querían hallar la ruta óptima. Albo asentía, claro, pues sabía que razón no le faltaba al capitán.

Así las cosas, junco que avistaban, junco que detenían para sondear a sus ocupantes. Domingo de Borneo comenzó a realizar de intérprete y, en un rudimentario castellano, ofreció valiosísimas informaciones a los españoles. La especiería, las islas productoras de clavo, comenzaron a dibujarse con nitidez en los rostros de los navegantes que interrogaban. Hacia el sur, hacia el sur, repetía, cada vez con mayor frecuencia, Domingo.

En noviembre, Elcano ya estaba seguro de que navegaban en la dirección adecuada. Por desgracia, los ocupantes de un junco les dijeron que, días atrás, se habían cruzado con hombres blancos. La alarma se extendió rápido entre los expedicionarios. Los hombres blancos solo podían ser españoles o portugueses. Y dado que españoles no eran, pues los únicos españoles navegando aquellas aguas eran ellos, debía de tratarse de portugueses. ¿Y si, después de tanto esfuerzo y tanto sacrificio, sucumbían bajo el fuego artillero de una carabela

portuguesa? No concebían que algo semejante les pudiera suceder. No, tras dos años de infierno.

Harían todo lo que estuviera en su mano para lograrlo. La posible presencia de portugueses los reanimó. De alguna manera, la gran travesía desde Guanabara no había supuesto sino el hallazgo y reconocimiento del territorio que les habría de pertenecer. Incluso a algo tan impensablemente grande e ingobernable como el océano Pacífico terminarían por conocerlo como el lago español. La mitad del mundo, en consecuencia. Una mitad que, como cualquiera, se delimitaba con la presencia, en un extremo y otro, de portugueses. Los habían olvidado, esa era la verdad. No creían que fueran a encontrárselos hasta que, en el viaje de regreso y tras atravesar, en sentido contrario, el paso del suroeste, accedieran de nuevo al Atlántico, lo remontaran hacia el norte y fingieran ser, simplemente, una minúscula expedición proveniente de América.

No, los portugueses lo cambiaban todo.

No, no los atraparían.

Elcano comenzó a ordenar que las naos se ocultaran tras tantas islas como se toparan en su camino. La prudencia siempre dificulta el avance, pero el de Guetaria poseía un alma cautelosa. Habida cuenta de que la mala cabeza de algunos casi los fulmina, no se trató de una decisión del todo errónea. Despacio y buena letra, se decía ya entonces. De este modo, islita a islita, la *Trinidad* y la *Victoria*, o habría ya que señalar, con total propiedad, la *Victoria* y la *Trinidad*, enfilaron calmosamente hacia el sur dejando atrás el mar de Joló e internándose en aguas desconocidas.

De nuevo, las embarcaciones de nativos con las que se cruzaban les informaban de que los españoles no eran los únicos hombres blancos que rondaban por allí. De nuevo, igualmente, la prudencia se impuso y comenzaron a tentarse las ropas. Todavía disponían de mucha pólvora y muchas balas, pero Elcano no tenía la menor intención de entablar más batallas. No, cuanto menos, si podían evitarlas. Ellos eran mercaderes, el rey los había enviado a abrir una ruta comercial y su fortuna dependía de que lo consiguieran o no. Matar a unos cuantos portugueses perdidos en aquel rincón del mundo no les depararía ningún beneficio. Menos aún si, como sospechaba el contramaestre Albo, se habían pasado de la raya y navegaban lejos de la demarcación que les correspondía.

Y sí, ya puestos, y en caso de que se les echara encima una carabela portuguesa, podían levantar las manos, hacerse los locos y fingir que ellos no sabían nada y que los registraran. Los portugueses, que serían muchas cosas pero

tontos no, caerían en la trampa en la medida en la que quisieran hacerlo. Puede que, dado que todos estaban allá muy lejos de casa y que todos, al tiempo, eran casi familiares, juntaran borda contra borda y se tomaran, juntos, unos tragos. Esto, no obstante, dependía del azar, del humor con el que completos desconocidos se hubieran levantado aquel día o del sabor del vino caliente. Demasiadas incertidumbres para un hombre como Elcano.

El 4 de noviembre, en una isla diminuta en cuyas inmediaciones atracaron para aprovisionarse de agua, les revelaron que la especiería se encontraba cerca. Ya no se trataba de una indicación realizada por alguien que algo había oído, aunque a ciencia cierta no sabía nada. Al contrario: quienes aquí les informaban, habían estado allí. Ellos mismos, en persona, sin intermediarios. Los expedicionarios profirieron gritos de alegría y vivas a los capitanes. Lo habían logrado.

Elcano, siempre precavido, logró que un nativo accediera a guiarlos hasta su destino final. El número de islas continuaba siendo importante y podrían perderse. Una vez más, se hicieron a la mar. El nativo ofrecía indicaciones precisas, lo cual siempre era de agradecer. Domingo de Borneo, ya uno más de la expedición, se encaramó a la cofa del palo mayor de la *Victoria* y, desde allí, atisbó el horizonte.

Fue él quien, en la tarde del 7 de noviembre, divisó, a lo lejos, un paraje montañoso. Dio un grito para llamar la atención de los de cubierta y, entonces, el nativo recogido tres días atrás aseguró que aquello era, que lo que se extendía frente a ellos constituía, ni más ni menos que la ansiada especiería.

En la mañana del 8 de noviembre de 1521, dos años y tres meses después de partir de Sevilla, la maltrecha expedición española llegó a su destino. La *Victoria* y la *Trinidad* se detuvieron a un cuarto de legua de una isla llamada Tidore. Desde allí, pudieron ver enormes montañas recubiertas de selvas.

—Bienvenidos al Maluco[50] —dijo Elcano con las manos abiertas apoyadas en la borda.

—¿Y si hay portugueses, capitán? —le preguntó, a su lado, Trigueros.

—No los hay.

34

Dos mil quintales de clavo y una decisión

21 de diciembre de 1521

ENTRARON en el puerto natural de la isla de Tidore lanzando salvas, esto es, descargando los cañones. Entre los españoles, se consideraba de buen gusto. No obstante, venían tan curados de espanto que dudaron sobre si hacerlo o no: los naturales bien podrían tomar los disparos como una agresión y, en consecuencia, contraatacar.

Si algo no pretendían, era buscarse más problemas. Con todo, Elcano apostó por disparar las consabidas salvas. Necesitaban entrar impresionando al rey local, no fuera este a no considerarles lo suficientemente dignos como para comerciar allí. La *Victoria*, ahora ya siempre en vanguardia, entró en el puerto con todas las velas extendidas y disparando sin bala con una cadencia, eso sí, que aguardaban que tomasen por honorífica. Algo por detrás, la *Trinidad* hacía lo propio. Algunas piraguas comenzaron a aproximárseles y los expedicionarios apreciaron, con alivio, que, muy probablemente porque lo habían observado antes en portugueses, conocían el ritual de descarga de salvas.

No eligieron Tidore, de entre todas las islas que formaban el archipiélago del Maluco, al azar. Varios nativos que encontraron en su camino ya la habían señalado como la mayor productora de clavo de la región, lo cual suponía lo mismo que afirmar que lo era del mundo entero. Así lo aseguró el nativo al que recogieran días atrás, y al que despidieron tras pagarle la mitad de lo acordado y a Dios gracias. Domingo de Borneo le creyó y Elcano, con él.

Tidore era un lugar minúsculo. Ellos habrían esperado que la especiería fuera inmensa, con grandes barcos procedentes de todos los rincones del universo cargando por doquier, pero nada más lejos de la realidad. La isla tenía dos leguas de ancho y tres de largo. Su puerto natural estaba protegido de las tormentas, aunque les aseguraron que a lo que allí temían verdaderamente eran los

temblores de tierra. Rezaron, de inmediato, unas cuantas avemarías para que ninguno la asolara estando ellos allí. Después, ya les daba igual.

En aquella islita perdida en mitad de la enormidad del mundo, vivía tranquilamente un puñado de nativos sobre los cuales gobernaba un reyezuelo del tres al cuarto al que, sin embargo, se esforzaron por agradar.

O al revés, pues poco después de terminar de disparar la artillería, una piragua con media docena de nativos a bordo, el rey incluido entre ellos, se aproximó a la *Victoria*. Elcano, que los observó durante un rato para formarse, así, una idea certera de con qué tendría que negociar, percibió cierta indolencia en los modos de los moluqueños. Los tipos que remaban, probablemente los más fieros guerreros con los que contaba el rey, lo hacían sin prisa, como si el tiempo allá, en el Maluco, careciera de importancia. Elcano sabía, pues lo había observado en otras partes del mundo, que no todos se hacían cargo de que ellos tenían prisa. En consecuencia, no todos se comportaban como se esperaba de unos proveedores eficientes con los que convenía trabar relaciones y establecer tratos. Por supuesto, una cosa era lo que los españoles pensaran o pretendieran y otra, bien distinta, la que a sus interlocutores les diera la gana de poner en práctica.

El reyezuelo, gordo, como todos a este lado del océano Pacífico, se rascaba la tripa con una mano mientras sostenía una extravagante sombrilla amarilla con la otra. Elcano se pasó la lengua por el labio inferior y se dijo que adelante.

Con un gesto rápido, ordenó a su marinería que ofreciera unos cabos a los de la piragua. Estos, que definitivamente no era la primera vez que se acercaban a una nao, los asieron y, tras amarrar su embarcación, comenzaron a ascender por ellos y a disponerlo todo para izar al rey gordo. Les costó más de lo debido, pues el tipo, quizás porque no lo consideraba regio, no ponía nada de su parte. Sin embargo, como si de un tonel se tratara, lo descargaron sobre la cubierta principal de la *Victoria* y los españoles, que conocían de sobra el teatrillo subsiguiente, comenzaron a reverenciarlo, venerarlo, agasajarlo y, en suma, a humillarse tanto que al hombre no le quedara más remedio que abrirles las puertas de su nación. Hasta todo un capitán como Elcano inclinó la cabeza ante el rey. Este se infló de puro placer y casi se les mea allí mismo. Supieron que, en adelante, todo iría bien.

El rey de Tidore dijo llamarse Al-Mansur y, como no tardaron en averiguar, era moro. A Domingo de Borneo, hijo del reino más opulento que jamás un par de ojos viera, las maneras del individuo le hacían mucha gracia. Pronto tuvieron

que llamarle al orden e indicarle que se prestara a la comedia con tanta vehemencia como pudiese. Aquel tipo no era sino un patán jactancioso, pero aquel patán jactancioso podía permitirles o impedirles que adquirieran especias. ¿Merecía la pena echar a perder un viaje de dos años por no inclinar la testuz a tiempo? Sin duda, no.

Pronto se dieron cuenta de que Tidore no ofrecía más productos que el clavero y que la prosperidad de Al-Mansur y los suyos, aunque vacilante, se debía enteramente al comercio de la especia. Disponían de animales de granja y recolectaban frutos de la jungla pero los suelos arenosos y volcánicos de Tidore no daban para mucho más. Si no fuera por los españoles y los portugueses, aquellas gentes vivirían con una mano delante y otra detrás. Y Al-Mansur no podría permitirse tantas petulancias.

Hablando de portugueses, Elcano se interesó, con discreción, por la presencia de los mismos. Al-Mansur, al que Pigafetta comprendía algo peor de lo que el vicentino aceptaba reconocer, afirmó que hacía tiempo que los portugueses no los visitaban. De lo cual dedujeron que, en efecto, sí solían visitarlos. Viniendo, obviamente, a través de su ruta, la africana.

Al-Mansur añadió que, en la isla vecina, llamada Ternate, los portugueses habían levantado un puesto estable para comerciar clavo en el Maluco. Constaba de una oficina, un almacén y varios barracones capaces de albergar a cien hombres. No lo ocupaban permanentemente, y ahora mismo estaba vacío, pero los portugueses iban y venían desde su puerto seguro en Malaca.

Elcano calculó que Malaca no estaría separada de Tidore por más de veinte días de navegación. Dado que allá las noticias corrían a una velocidad asombrosa, era cuestión de tiempo que los portugueses supieran de la presencia española en el Maluco y actuaran en consecuencia. Dicho de otro modo: más les valía apresurarse a comprar el clavo, cargarlo y salir de allí como si los persiguiera el diablo.

Se pusieron manos a la obra. En un inesperado golpe de suerte, Al-Mansur se declaró firme partidario de las intenciones de los españoles. Si querían clavo, tendrían clavo. Elcano, que desconfiaba de cualquiera que no se comportara con mesura, enseñó, al rey de Tidore, una muestra de lo que transportaban en las bodegas de las naos. Al-Mansur recibió un puñado de cascabeles, unas tijeritas y un cuchillo no demasiado afilado. Tras sostenerlos en sus manos y prestarles una atención que los expedicionarios consideraron escasa, los hizo a un lado y sonrió. ¿Pero tenemos un trato?, preguntó Elcano y tradujo Pigafetta. Por

supuesto, respondió, raudo, Al-Mansur. Y añadió: siempre y cuando el rey de España nos considere sus aliados.

Elcano se apresuró a contestar que sí, que faltaría más. Al-Mansur y los suyos regresaron a tierra no sin antes obligar a los españoles a que les prometieran que ese mismo día les harían el honor de visitar su humilde país.

En adelante, los acontecimientos se sucedieron muy rápido. Por la tarde, una comitiva encabezada por Elcano y completada con Espinosa, Pigafetta, el Sordo, Mafra y Trigueros descendió a tierra. Llevaban con ellos una muestra más amplia de sus mercancías para intercambiar, pues Elcano no las tenía todas consigo y prefería asegurarse. Los tratos que se cerraban demasiado deprisa no resultaban tratos fiables.

En cuanto el bote de los expedicionarios tocó la arena de la playa, un nutrido grupo de nativos corrió a recibirlos. El Sordo, Mafra y Trigueros, por si acaso, llevaban armas ocultas bajo las ropas y, tras unos minutos un tanto tensos, a punto estuvieron de sacarlas. ¿Quién en su sano juicio corre hacia seis extranjeros flacos y desconfiados?

—Quietos, quietos… —ordenó, en último término, Elcano.

Venían alegres, no con deseos de matarlos. Y aunque parezca que una cosa y otra se distinguen con facilidad, convendría recordar lo que aquellos españoles cargaban en sus recuerdos. En fin, que se les abrazaron allí ante el estupor de los expedicionarios. Acto seguido, apareció el propio Al-Mansur, quien más que un rey parecía un alcalde, y los invitó a beber un licor dulce y espeso que les sentó de maravilla en las tripas.

Los agasajos se sucedieron durante un par de horas y, cada vez que Elcano sacaba el tema de la adquisición del clavo, Al-Mansur invitaba a otra ronda y brindaba por los recién llegados. Al final, la noche se les echó encima. Fue entonces cuando el rey de Tidore se declaró vasallo del rey de España. Con que hubiera sido amigo y aliado, a los expedicionarios les bastaba. Sin embargo, vasallo les parecía bien. Y, hablando un poco de todo, ¿qué hay de nuestro clavo? ¿Sería posible cerrar el acuerdo de una santa vez?

Pues no, porque Al-Mansur aseguraba, hasta el hastío, que el trato era firme y que por una cuestión tan menor como el precio no habrían de discutir.

Ya, se dijeron los expedicionarios. Incluso Pigafetta, poco interesado en los aspectos mercantiles del viaje, comenzó a sospechar que algo no marchaba como debía. Y, no obstante, sí marchaba, pues, tras una noche entera en vela bebiendo aquel licor dulzón y mirando el cielo estrellado de Tidore, amaneció. El Sordo,

Mafra y Trigueros se habían tumbado para dormir la mona y fueron Elcano y Espinosa quienes, a cachetazos, los despertaron.

—Nos van a enseñar los claveros —anunció el alguacil.

Con el cuerpo destrozado por el licor, los seis expedicionarios se pusieron en marcha. Al-Mansur se hacía acompañar de un reducido grupo de los suyos y no portaban armas, sino aperos de labranza. Excelente.

Tras tres horas de penosa marcha, expedicionarios y nativos llegaron a una de las laderas de la montaña más cercana. Allí, a medio camino entre el valle y la cumbre, en un territorio mágicamente cubierto por brumas eternas que tamizaban el intenso sol ecuatorial, los árboles del clavo crecían orgullosos.

—Vaya… —dijo el Sordo levantando la cabeza para observarlos en todo su esplendor.

—No parecen nada del otro mundo —comentó Mafra.

—Bonitos sí son —juzgo Trigueros.

Entonces, Al-Mansur repartió unas cuantas instrucciones rápidas entre sus gentes y dos hombres treparon a las ramas del clavero más cercano. Como les explicaron, el clavo no era sino el capullo de la flor todavía no abierta. Comprendieron por qué se llamaba así en cuanto los nativos encaramados al árbol les mostraron los capullos: tenían la forma y el aspecto de un clavo idéntico a los que los carpinteros de a bordo utilizaban para sujetar una tabla a otra.

Elcano continuaba inquieto pues, en lo que a él respectaba, el importe del intercambio aún no se había concretado. ¿Y si no les llegaba con lo que tenían?

—Antonio —llamó a Pigafetta—. Debes averiguar si, a cambio de todo lo que llevamos en las bodegas, nos darán clavo suficiente para llenarlas.

—¿Hasta los topes?

—Hasta los topes.

Pigafetta se empleó a fondo, aunque la decisión, al menos por parte de Al-Mansur, se hallaba tomada. El reyezuelo quería a los españoles como firmes aliados y partidarios de su causa. Quizás había tenido un encontronazo con los portugueses y pretendía que alguien le ayudase a plantarles cara. O puede que, simplemente, se encontrara poniendo huevos en dos cestas distintas. Muy avispado puede que no fuera, pero tampoco era tonto. Al-Mansur sabía que disponía de un producto que los blancos del otro lado del mundo deseaban hasta tal punto que, para hacerse con él, se embarcaban en expediciones que duraban

años. Tenía todas las cartas para convertir su reino en uno de los más prósperos del mundo. Al menos, si jugaba con inteligencia.

Tras no pocos esfuerzos, Pigafetta logró cerrar un trato que, como Elcano pretendía, fuera concreto y no etéreo. Al-Mansur les dio un precio que al de Guetaria le pareció bajísimo. Tanto fue así que les sobrarían mercaderías traídas desde España. Preguntaron, entonces, si serían tan amables de guardarles parte de lo que acumulaban en las bodegas y Al-Mansur les contestó que por supuesto, que podían considerarse en su casa y que aquel mismo día sus gentes comenzarían a construir un almacén donde los españoles estaban autorizados a almacenar tanto mercaderías traídas de su país como existencias de clavo adquiridas en Tidore.

El carácter efusivo de Al-Mansur no dejaba de preocupar a alguien tan reservado como Elcano, pero lo cierto fue que el reyezuelo jamás faltó a su palabra. Si decía que algo sucedería, sucedía.

Tras la visita al lugar donde crecían los claveros y el cierre del trato de compraventa, los expedicionarios regresaron a las naos y el desembarco de toneles comenzó. Debían vaciar por completo las bodegas, algo que los carpinteros y calafates aprovecharían para realizar las siempre necesarias tareas de mantenimiento. Mientras tanto, los moluqueños, tal y como Al-Mansur había asegurado, levantaron un almacén de dimensiones considerables en el que los españoles depositaban sus mercaderías y los nativos, el clavo.

Para el 15 de noviembre, una semana después de arribar al Maluco, la actividad era febril en las playas de Tidore. La *Victoria* y la *Trinidad* habían sido vaciadas por completo y veintidós hombres trabajaban contra el reloj en sus bodegas. Elcano daba de plazo hasta el día 24, fecha en la que planeaba comenzar a cargar el clavo. De hecho, los primeros toneles con especias en su interior ya se apilaban en uno de los extremos del almacén español. Por una vez, los acontecimientos discurrían como habían previsto y sin contratiempos.

En esas estaban, dejándose la piel en jornadas de hasta diecinueve horas de trabajo, cuando apareció un portugués llamado Pedro Alfonso de Lorosa. De inmediato, Elcano dio la voz de alarma y Mafra y el Sordo cargaron las escopetas que siempre, y por si acaso, tenían muy a mano.

—Quieto ahí o te reventamos la puta sesera —espetó el Sordo.

—Tranquilo, amigo, tranquilo —repuso el tal Lorosa en un castellano casi perfecto.

Resultó que Lorosa, pese a ser portugués, era un buen tipo. Vivía en la

vecina isla de Ternate y se reveló como una fuente de información que los españoles habrían de agradecer por siempre. Les contó que sus compatriotas dominaban, desde hacía más de una década, aquellos mares tan lejanos. Y les advirtió de que más les valdría andarse con cuidado, pues, si los encontraban allí, les arrebatarían las naos y las cargas, y se los llevarían presos a Malaca.

—Conocemos un atajo hasta nuestra demarcación —dijo, siempre sereno, Elcano.

—¿Vuestra demarcación? —no pudo evitar la pregunta Lorosa. Como él bien sabía, como bien sabía cualquier marino con dos dedos de frente, la totalidad del trayecto entre España y el Maluco transcurría por la demarcación portuguesa. Yendo, claro, a través de la ruta africana.

—Hemos llegado hasta aquí tras cruzar el Atlántico y hallar el paso hacia el nuevo mar —explicó Elcano.

—¿Paso? ¿Qué paso? No existe ningún paso conocido hacia…

—No existía, Lorosa.

Los españoles miraron, sin sonreír, al asombrado portugués. No les importaba clamarlo a los cuatro vientos: el paso del suroeste se encontraba en mitad de la demarcación española del mundo y ningún portugués se arriesgaría a entrar por allí. Tenían un atajo hasta la especiería a través de aguas españolas.

—En cualquier caso, el Maluco es portugués —sentenció y, cuando lo hizo, estuvieron a punto de dejar de considerarlo un buen tipo. Por desgracia para ellos, los españoles pensaban que Lorosa estaba en lo cierto: el océano Pacífico había resultado ser más ancho de lo previsto, de manera que la especiería se les salía, calculaban que por un triste puñado de leguas, de la demarcación española[51]. En fin, no serían ellos, puesto que estaban cargando clavo como posesos, quienes abundaran en la idea.

—Y tú, ¿tienes algo que ver con ellos?

—Oh, no, nada en absoluto. Conocí a una chica en Ternate. Y, bueno, ya sabéis cómo son estas cosas… Me quedé a vivir aquí.

—¿Hablas el idioma de los moluqueños?

—Bastante bien. No es complicado…

—Pues te auguramos un boyante futuro. Se van a necesitar muchos intérpretes de español en estas tierras, ahora que hemos abierto una nueva ruta…

—Y de portugués. No os toméis esto a broma. Mis compatriotas no están lejos. Pueden alcanzar la especiería en menos de dos semanas. Y, cuando sepan

que estáis aquí, tened por seguro que lo harán.

—En el Maluco, hay clavo para todos.

—¿De verdad creéis que eso les importará algo?

No, desde luego que no. Si las tornas estuvieran cambiadas y fueran los españoles quienes llevaran años explorando aquellas aguas, ni por asomo permitirían que unos cuantos portugueses haraposos les robasen algo que consideraban suyo. Antes, lo hundían en el mar.

Lorosa se hallaba en lo cierto. Cada día que pasaban en el Maluco suponía un día en peligro. Tenían que comenzar a cargar cuanto antes y, de inmediato, hacerse a la mar.

Como Elcano había planeado, el 24 de noviembre comenzaron a llenar las bodegas. Disponían de mucho más clavo del que podían embarcar y, sin embargo, continuaban comprando. Al-Mansur aseguraba que estaban en época de cosecha, de manera que juzgaron oportuno adquirir tantas especias como pudieran.

Elcano y Espinosa habían llegado a la conclusión de que merecía la pena mantener, de forma permanente, un destacamento español en Tidore. Constaría de cuatro personas elegidas entre los voluntarios que se presentasen y se ocuparía de custodiar y defender el almacén. Cuando los portugueses arribaran a la isla, Al-Mansur daría la cara por los cuatro españoles. Se comprometía a ello. Y, dado que cuatro tíos no constituían, en modo alguno, un asentamiento permanente, puede que los portugueses lo pasaran por alto. También los españoles hacían la vista gorda, a veces, en las tierras americanas. Lo uno por lo otro.

Al final, se eligió a tres sobresalientes y a un despensero para quedarse en Tidore. El Sordo, tras percatarse de que las muchachas moluqueñas eran atractivas y radiantes, se presentó voluntario para permanecer en el puesto de Tidore. Elcano, de inmediato, le repuso que ni hablar, que ni por lo más remoto prescindiría de un marinero. Los necesitaba a todos para llevar la preciada carga hasta España. El Sordo protestó un poco, aunque terminó conformándose.

El 1 de diciembre, lo tenían todo listo para partir. Hasta remendaron las velas con la intención de que soportaran mejor el largo viaje de regreso a casa. Fue entonces cuando Al-Mansur comenzó a perder el sentido de la mesura y decidió abrazarse a todo expedicionario con el que se cruzara en su camino. No os vayáis tan pronto, repetía una y otra vez. Elcano, tras hablarlo con Espinosa, decidió que no podían desairar a aquel idiota: dejaban un almacén y cuatro

hombres atrás con la intención de regresar en dos o tres años. Había costado, pero el puesto español en la especiería era una realidad que no convenía echar a perder por un menosprecio a destiempo.

Con todo, mitigar las ansias de Al-Mansur les costó mucho más de lo que cualquiera habría considerado razonable. El reyezuelo insistía en que su país se convirtiera en una especie de provincia española. Hasta propuso sustituir la denominación de Tidore por la de Castilla. Castilla del Pacífico, comenzaron a aventurar los hombres. Elcano, a quien las extravagancias lo sacaban de su ser, agradeció el gesto pero lo rechazó. Aseguró, eso sí, que Al-Mansur podía quedarse tranquilo y suponer que el rey Carlos lo consideraría siempre su hermano. Algunos oficiales, entre ellos el escribiente Martín Méndez, torcieron el morro: el rey Carlos tenía cinco hermanos, aunque ninguno se trataba del histriónico Al-Mansur. Elcano arqueó las cejas a modo de disculpa y Méndez terminó por aceptar, como venial, aquel pecadillo un tanto soberbio.

Ni por esas. Las lloreras comenzaron a tornarse reales y Al-Mansur derramó lágrimas que terminaron por conmover a los españoles. Entre el 3 y el 7 de diciembre, las oficialidades permanecieron en tierra tratando de templar los ánimos. Se hallaba todo dispuesto para levar anclas y poner proas rumbo a casa, pero a Al-Mansur le resbalaban grandes lagrimones cuando alguien comenzaba a despedirse. Hasta le juraron que regresarían ellos mismos en persona, sin delegar la responsabilidad de las futuras expediciones españolas en otros individuos. Tampoco. Por fin, fueron los propios súbditos de Al-Mansur, puede que algo avergonzados por el espectáculo que estaba dando su monarca, quienes le obligaron a permitir la marcha de los españoles. Varias mujeres se lo llevaron y, durante la noche del 7 al 8 de diciembre, lo sometieron a Dios sabe qué artes. Por la mañana, se lo vio caminar meditabundo por una playa. Al menos, había dejado de llorar.

Los españoles no se lo pensaron dos veces. Para partir, faltaba la orden y Elcano la dio a las nueve en punto. Las tripulaciones se hallaban preparadas y se largaron velas. Soplaba viento del noreste, de manera que las naos, con el clavo saliéndose por las escotillas de carga, comenzaron a avanzar en dirección suroeste. El plan pasaba por seguir el ecuador durante un mes y, acto seguido y tras aprovisionarse en la última isla habitada, enfilar poco a poco hacia el paso del suroeste que los devolvería al Atlántico.

Los planes se frustraron de inmediato. Ni media hora después de partir, desde la *Victoria* advirtieron que en la *Trinidad* tenían problemas. Se habían inclinado

peligrosamente hacia el lado de babor y comenzaban a virar para regresar a puerto.

—¿Pero qué…? —comenzó a decir Elcano desde la toldilla de la *Victoria*.

—¡Se hunden! —exclamó Trigueros.

—Maldita sea… ¡Regresamos nosotros también!

Al mediodía, la aventura había finalizado y las dos naos volvían a estar amarradas en la bahía. Elcano se apresuró a tomar tierra y, desde allí y junto a Espinosa, evaluaron lo sucedido.

—En cuanto partimos —explicó Espinosa sin poder ocultar la preocupación —, comenzamos a hacer aguas. Ordené que se accionara la bomba, pero pronto nos dimos cuenta de que no dábamos abasto.

—Se escoró —resumió Elcano.

—Y de qué manera. Sucedió muy rápido, en cuestión de minutos. De hecho, creímos que íbamos a volcar. Pero no, achicamos bastante agua con la bomba y la *Trinidad* se recuperó algo. En cualquier caso, seguía entrando mucha agua y decidí que mejor era regresar a puerto, puesto que todavía lo teníamos cerca…

—Has hecho bien. Ahora, lo importante es localizar y arreglar la vía de agua.

Por la tarde, Navarro, el marinero tudelano de la *Victoria*, se lanzó al mar y trató de descubrir por dónde le entraba agua a la *Trinidad*. No se podría decir que nadaba como las sirenas, aunque sí se las arreglaba bastante bien. Afirmaba que había aprendido de niño, en el río Ebro a su paso por Tudela. Ni le creyeron ni le dejaron de creer, que era lo que siempre hacían los marineros cuando otros les contaban una historia imposible de comprobar.

Fuera como fuese, Navarro se las apañaba bajo el agua. Con decenas y decenas de pares de ojos clavados en él, el marinero, ahora en tareas de buzo, se sumergió hasta una docena de veces. En la cubierta de la *Trinidad* solo quedaban los tíos que accionaban la bomba y un grumete que se ocupaba del cabo al que Navarro se sujetaba cada vez que salía a tomar aire.

—¿Encuentras el agujero? —preguntó Elcano desde tierra.

—¡No, capitán! —gritó Navarro—. ¡Ni rastro del puto agujero!

—¡Insiste!

Navarro se sumergió otra decena de veces, siempre con el mismo resultado. Habían tratado de ayudarle desde el interior, pero la bodega se encontraba medio anegada y allí era imposible moverse.

Por experiencia, sabían que lo que un buzo no encontrara durante la primera hora de reconocimiento, difícilmente lo hallaría más tarde. La cantidad de agua

que penetraba en la sentina de la *Trinidad* era tal que parecía imposible que la grieta se le pasase por alto a Navarro. Los carpinteros, en tierra, comenzaron a ponerse nerviosos.

—Estamos ante un problema más grave —sentenció uno de ellos.

—Sin duda —aseguró otro.

Elcano, que los oyó, no les quitó la razón. Eso sí, se llevó una mano a la frente y la mantuvo allí durante un rato. Los hombres aguardaban a que tomara una decisión. Y esta no podía ser otra:

—Vamos a vaciar la *Trinidad* —dijo con la voz a punto de quebrársele—. Hay que revisar a fondo el casco.

A la mañana siguiente, ya con toda la carga de la *Trinidad* en tierra, los carpinteros subieron a bordo y se sumergieron en la bodega. Había zonas en las que el agua les llegaba a la cintura, pero pudieron examinar con detalle el casco y llegar a una conclusión nada halagüeña: varias cuadernas se habían desencajado y el agua se filtraba por mil junturas mal selladas.

Con gran pesar, Elcano ordenó que la *Trinidad* fuera llevada al dique seco. Necesitaron una jornada entera para sacarla del agua. Al-Mansur, siempre dispuesto a halagar a los españoles, ofreció a doscientos de sus hombres para que auxiliaran en la tarea. Les vinieron de maravilla, esa fue la verdad, pues varar una nao de tres palos nunca resultó un trabajo sencillo.

El varamiento de la *Trinidad* no hizo sino confirmar lo que ya sabían. El barco necesitaba de grandes reparaciones que requerirían, cuanto menos, dos meses de trabajo. Los carpinteros, al examinar despacio el casco, determinaron que, ya que se ponían a ello, sustituirían también la quilla. ¿Tan mal está?, preguntó un desolado Espinosa. Aguantará mil o dos mil leguas, contestaron los carpinteros como quien habla de cruzar el Mediterráneo, pero no una derrota en serio. Me cago en la puta, qué mala suerte hemos tenido, replicó el alguacil.

Sí, en eso no le faltaba razón a Espinosa. La fortuna los había acompañado tanto desde que arribaran al Maluco, que algo tenía que salir mal antes de que partieran. Para compensar, supusieron.

—Casi le damos esquinazo a la desventura —dijo, con aire apesadumbrado, Elcano.

* * *

Estaban a 17 de diciembre y la *Trinidad* se hallaba en tierra, apuntalada por ambos lados y con decenas y decenas de tablas arrancadas de su lugar. Los hombres facilitados por Al-Mansur trabajaban muy duro y, gracias a ellos, los carpinteros españoles avanzaban en sus labores a gran velocidad. Con todo, debían talar no menos de treinta árboles y, de ellos, extraer las piezas de madera necesarias en las reparaciones. Quizás los dos meses previstos se les quedaran cortos.

—Es absurdo permanecer de brazos cruzados —habló Espinosa. Un grupo de quince o veinte expedicionarios se sentaba en la playa. Dos veces al día, Al-Mansur los proveía de raciones de alimentos, de manera que ni siquiera tenían que ocuparse de cazar o recolectar. Por extraño que pareciera, les habría gustado no verse en una como aquella.

—Me preocupan los portugueses —dijo Carvallo, quien, aunque no lo pareciera, ya apenas participaba en las conversaciones. La pérdida del mando y de su hijo lo sumían en una melancolía impropia del que había sido un gran capitán y un fabuloso piloto.

—A mí también —añadió Elcano. Le preocupaban, y de qué manera. Si en ese mismo instante hubieran aparecido cinco o seis naves portuguesas en el horizonte, poco podrían haber hecho para librarse del desastre. La *Victoria* sería capaz de hacerse a la mar en cualquier momento, pero resultaba improbable que hubiera podido zafarse de unos perseguidores que saldrían a todo trapo tras ella. En cuanto a la *Trinidad*, qué decir… Tenía la mitad de su esqueleto al aire. Y toda su carga cuidadosamente apilada en una playa cercana. Si existía una presa fácil, esa era la *Trinidad*—. ¿Y si…?

—¿Y si qué? —preguntó Espinosa.

—No, nada… —contestó Elcano—. Se me ha ocurrido la posibilidad de…

—¿De qué?

—No, es una locura.

—¿Qué es una locura? Joder, habla o calla de una vez, pero no nos dejes así…

—He pensado que quizás sería mejor no ponérselo fácil a los portugueses.

A Elcano, lo escuchaba un buen puñado de expedicionarios desocupados. En ese momento, con tal de hacer algo, habrían aceptado cualquier propuesta. El sol castigaba duro en Tidore aunque, como solía suceder en aquellos parajes, la brisa del mar suavizaba la temperatura.

—¿Cómo? —preguntó el Sordo.

—Dividiéndonos —contestó Elcano.

—Buena idea. La *Victoria* puede ir por el sur y la *Trinidad* por el norte. Y, tras unos cuantos días de travesía, juntarnos en la isla de los Ladrones.

—No es eso lo que se me ha ocurrido…

—Podemos quedar en la isla de los Tiburones. Está bastante más lejos, pero así nos aseguramos de que los portugueses no nos atrapen. Al menos, no a todos…

—Quiero continuar con la *Victoria* hacia el oeste.

Durante un rato, nadie dijo nada. Observar a los que trabajaban en la *Trinidad* los ayudaba a abstraerse, a adormilarse incluso. De cuando en cuando, alguien se hacía sombra colocando la mano sobre las cejas, y eso era todo.

—¿Sabe lo que dice, capitán? —preguntó, tras la larga pausa, el contramaestre Albo. Nunca acostumbraba a intervenir demasiado, salvo en cuestiones relacionadas con la derrota. Y, ahora, Elcano no solo la acababa de mencionar, sino que lo había hecho con una audacia, hasta ese preciso instante, desconocida.

—Que quiero dar la vuelta al mundo con la *Victoria* —respondió, con la mirada fija en el frente, Elcano.

—¿Y la *Trinidad*? —preguntó Espinosa.

—Propongo que nosotros sigamos la ruta hacia el poniente. Alcancemos la costa sur de África y doblemos el cabo de Buena Esperanza. Desde ahí, hacia el norte hasta llegar a Sanlúcar. Mientras tanto, la *Trinidad* puede regresar a través del paso del suroeste. Y si las cosas se ponen complicadas, podría tratar de alcanzar las costas de Panamá. Allá están los nuestros. No debería de serles complicado. Así, con unos yendo en una dirección y los otros, en otra completamente opuesta, nos garantizaremos que, con seguridad, al menos una de las dos naos alcance el objetivo.

De nuevo, se hizo el silencio.

* * *

La idea de Elcano cuajó entre los hombres. O entre parte de los hombres, habría que decir. A los que no tenían gran cosa que hacer en todo el día, que eran mayoría, la discusión les vino como agua de mayo: en adelante, no se aburrirían.

Jamás ningún navegante, español o no, había tomado una decisión de aquel calibre. Y no solo eso: es que ni siquiera se le había pasado por la cabeza. De hecho, cuando la voz se corría y los expedicionarios iban enterándose de qué había propuesto el capitán de la *Victoria*, muchos se lo hacían repetir. ¿Cómo?, preguntaban. Y es que a nadie le entraba en la mollera que algo semejante pudiese, tan solo, ser enunciado.

Simple, directo y posible. He ahí las tres claves de la propuesta de Elcano.

Ha de añadirse que ningún miembro de la expedición, ni uno solo, tenía dudas al respecto de la esfericidad del mundo. Aunque a la gente normal le costara admitirlo, el mundo era redondo y los marineros bien lo sabían. Por supuesto, los que navegaban tranquilamente por las antípodas, con más razón. Sin embargo, de conocer esta realidad a comprender que podrían llegar a casa sin retroceder jamás, distaba un gran paso. Un paso que necesitaron dos o tres días para asimilar.

Tras discutir la buena nueva hasta la saciedad, vislumbrar sus pros y sus contras y advertir de los peligros de optar por un plan o por otro, los expedicionarios se dividieron en dos grupos más o menos iguales en número de integrantes: los que se declaraban incondicionales de Elcano y los que ni por todo el oro del mundo lo seguirían en lo que ya consideraban una locura impropia del de Guetaria. Por desgracia, unos y otros no coincidían con el modo en el que las tripulaciones se hallaban repartidas, de manera que Elcano los reunió y les habló así:

—Quiero que os queden claras dos cosas. La primera es que la *Victoria* se hará a la mar rumbo al poniente. Vamos a intentar la ruta portuguesa y vamos, como a nadie se le escapa, a dar la vuelta al mundo. Seremos los primeros.

Parecía imposible que alguien mencionara la vuelta al mundo y los hombres no comenzaran a murmurar. Ni un solo expedicionario permanecía ajeno a la peculiar circunstancia en la que se encontraban.

—El segundo asunto del que quería hablaros —continuó Elcano— es que, salvo que no podamos equilibrar las dotaciones, a nadie se le obligará a continuar el viaje en la *Victoria*. De igual forma, se admitirá en esta a miembros de la *Trinidad* que deseen intentar la vuelta al mundo.

De nuevo, más y más murmuraciones. El capitán les exigía que se mojaran. Había que tomar partido. Cada hombre, uno a uno, tendría que elegir. Regresar por el mismo camino con la *Trinidad* o hacer historia con la *Victoria*.

Visto así, todos se habrían apuntado a la segunda opción. Sin embargo, a

nadie se le hurtaba que, quienes optaran por embarcarse en la *Victoria*, tendrían que realizar una penosísima travesía a través de toda la demarcación portuguesa del mundo. Un hemisferio entero atestado de barcos enemigos que no dudarían en saltarles al cuello en cuanto tuvieran ocasión.

En la *Trinidad*, la oficialidad al completo, con una única excepción, decidió mantenerse al lado del capitán Espinosa. Fue el contramaestre Francisco Albo quien anunció que él se marchaba con Elcano. La verdad, no les sorprendió. Albo, siempre poco interesado en cualquier asunto que no tuviera que ver estrictamente con la navegación, experimentaba, al tiempo, una emoción indescriptible por todo lo que tuviera que ver con ella. Sin ánimo de desmerecer a nadie, él era el marino nato, quien no distinguía entre nave y tripulantes, ese que consideraba al navío hecho a la mar un todo indisoluble. ¿Podría alguien así haber despreciado la posibilidad de completar una singladura única? En absoluto.

El 20 de diciembre, los cambios, que al final no fueron tantos, se habían realizado y las dotaciones se hallaban completas. Muchos hombres decidieron mantenerse en la nao en la que estaban. De esta forma, optaban, en un gesto tan marinero, por la solución más económica. Pertenecían al barco en el cual se encontraba el petate con las cuatro cosas que tenían en este mundo. Y que fuera lo que Dios quisiera.

Al día siguiente, la *Victoria* estaba lista para zarpar. Guardaban, en su bodega, una preciosa carga de seiscientos quintales[52] de clavo. Cien menos que en su anterior intento: Elcano, en una decisión muy propia de su carácter, ordenó que se desembarcaran unos cuantos toneles para evitar la sobrecarga. Deberían doblar el cabo de Buena Esperanza y aquellas aguas se encontraban entre las más indómitas y feroces de los anchos mares.

La despedida no pudo resultar más emotiva. Se trató de la única ocasión en la que Elcano lloraría durante aquella expedición. Y tuvo muchas oportunidades para hacerlo. Pero cuando Espinosa se le acercó y lo abrazó…, Elcano no pudo reprimirse por más tiempo y lágrimas del tamaño de garbanzos comenzaron a resbalarle por las mejillas.

Los expedicionarios, que eran tipos duros en la mar y sentimentales en sus asuntos, lo imitaron y, en menos de lo que se tarda en decir amén, cien hombres lloraban desconsolados mientras se abrazaban los unos a los otros. Antes de separarse, se perdonaron inquinas pendientes, y no por bonhomía, sino debido a

que, se estuviera en la *Victoria* o en la *Trinidad*, sabían que las posibilidades de llegar con vida a casa no eran demasiadas y nadie quería irse al otro mundo con cuitas aplazadas en este.

El abrazo, eterno a juicio de muchos que lo contemplaron, entre Elcano y Espinosa no se disolvió de golpe, sino que los dos marinos fueron soltándose poco a poco, mientras se sostenían por los brazos, se daban pescozones cariñosos, se juraban que volverían a encontrarse, fuera aquí o al otro lado de los penares eternos.

Al-Mansur, que en modo alguno quiso perderse una ceremonia como aquella, lloró más que nadie. Prometía que cuidaría de los que se quedaban al cargo del puesto español, que las reparaciones de la *Trinidad* se finalizarían aunque a los moluqueños les fuera la vida en ello, que, en suma, aquí se encontraba el hogar de cualquier español que quisiera navegar hasta las costas de Tidore.

Ginés de Mafra escuchó aquellas palabras y las mantendría, para siempre, presentes en su memoria. El jerezano, que aquel día sumaba veintiocho años de edad y parecía aún más flaco de lo que ya lo era al partir de Sevilla, experimentó un hondo estremecimiento. El alma se le encogió de esa manera que solo sucede en el lugar al que tenemos por el hogar. Él se quedaba en la *Trinidad*, nao que no había abandonado desde el inicio de la expedición, y a bordo de ella daría lo mejor de sí mismo. Sin embargo, el cielo azul del Maluco, las arenas cálidas, la brisa… Le recordaban tanto a su bahía de Cádiz que, cuando las lágrimas de la despedida amainaron, arreciaron las de la añoranza.

Antonio Pigafetta fue de los que solicitaron el cambio de barco. Siempre había permanecido en la *Trinidad*, primero al servicio del capitán general Magallanes y, tras su muerte, al de la expedición en sí misma, pero, tras el anuncio de Elcano, aseguró que deseaba participar en la gesta más grandiosa que un ser humano alcanzaría soñar. Elcano negó con la cabeza. No le agradaba la grandilocuencia con la que siempre se conducía el vicentino. No obstante, permitió que pasara a formar parte de la dotación de la *Victoria*. Eso sí, debería trabajar a bordo. El pasaje hacia la gloria, por expresarlo de algún modo, había que ganárselo. Pigafetta tardó un buen rato en recoger su equipaje y tuvo que ser ayudado por un grumete a la hora de transportarlo a la *Victoria*. Disponía de tantas cosas que se alegraron de haber reducido la carga de la nao. De lo contrario, se irían a pique en cuanto la mar se pusiera un poco fea.

A Domingo de Borneo, lo liberaron aquel mismo día. Ya no lo necesitaban, así que le dieron las gracias y le dijeron que ya se podía marchar a su casa. El

rey de España le estaba muy agradecido por los servicios prestados. Domingo, que ya disponía de buenos amigos entre los expedicionarios, aseguró que permanecería en Tidore al menos hasta que los de la *Trinidad* se hicieran a la mar. Sospecharon que la vida que le esperaba en Borneo no se parecía en nada a la que había descubierto a bordo de una nao española: muy pocos esplendores, pero una existencia digna de ser vivida.

Al-Mansur ofreció a quince de sus muchachos para que fueran a bordo de la *Victoria*. Al principio, Elcano se mostró un tanto reticente a la idea; después, se lo pensó y los aceptó, pues no iban sobrados de pares de manos. Además, se suponía que los hombres elegidos por Al-Mansur conocían bien los mares al sur de Tidore y podrían hacerles las funciones de pilotos nativos. Albo, que en estos asuntos pronto llevó la voz cantante, aseguró que él creía que el laberinto de islas, islotes e islitas continuaría hacia el suroeste. Dado que necesitaban navegar en aquellas aguas sin que los portugueses tomaran cuenta de su presencia, bien estaría hacerlo guiados por tíos que, al menos en parte, conocían la región.

El 21 de diciembre de 1521, a las dos de la tarde, la *Victoria* partió de Tidore. Le aguardaba, por delante, una aventura que, en sí misma, podría considerarse la más audaz de la historia de la navegación. Pretendían cruzar, de parte a parte, el inmenso océano Índico. Rodearían el sur de África y remontarían el Atlántico hasta casa. Todo ello sin que los portugueses los localizaran y los atraparan.

Un viaje de 4800 leguas[53]. A bordo, cuarenta y ocho expedicionarios españoles y quince moluqueños.

* * *

La *Trinidad* partió de Tidore el 6 de abril de 1522 con mil quintales[54] de clavo en sus bodegas. Intentó llegar hasta Panamá, pero un vendaval que duró casi dos semanas la dejó maltrecha. Decidieron regresar a Tidore y casi lo consiguen: cuando estaban a la altura de Ternate, la armada portuguesa cuya presencia tanto temieron, los capturó. Por suerte o por desgracia, la *Trinidad* se fue a pique en el momento en el que los portugueses robaban el clavo español. Con todo, estos lograron hacerse con los instrumentos de navegación y el diario de la nao.

Gracias a los papeles de la *Trinidad*, los portugueses supieron de qué eran capaces los españoles y, más aún, qué pretendían hacer. Se hicieron cruces cuando interrogaron a los supervivientes y estos les aseguraron que, mientras

hablaban, una nao española se encontraría doblando el cabo de Buena Esperanza. O quizás no, quizás ya lo hubiera hecho y remontara, invencible, hacia el norte.

Treinta y tantos expedicionarios murieron en aquella aciaga travesía, de hambre, de enfermedad, de infinitas penalidades. Pedro Alfonso de Lorosa, que finalmente se enroló con los de la *Trinidad*, fue ejecutado de inmediato por el delito de traición.

Juan López Carvallo falleció, de males y tristezas, antes de que la *Trinidad* partiera de Tidore. El resto, los que sobrevivieron, fueron tratados de la peor forma por los portugueses. Los enviaron presos a Malasia y también a la India. Tras varios años de condena en infames condiciones, cinco sobrevivientes lograron huir de su confinamiento y llegaron, por sus propios medios, a España. Entre ellos, estaban Gonzalo Gómez de Espinosa, Ginés de Mafra y Juan Rodríguez el Sordo.

Veinte años más tarde, Mafra regresaría al Maluco en una nueva expedición. El jerezano jamás volvió a España y se quedó a vivir, para siempre, en Tidore.

En su hogar.

35

Saciados de comidas impensables

8 de febrero de 1522

ELCANO estaba obsesionado con alcanzar, cuanto antes, el sur del océano Índico. Sabía, porque esto lo conocía cualquiera, que la ruta portuguesa era la más corta entre el cabo de Buena Esperanza y la especiería. De hecho, si los barcos portugueses que la seguían se desviaban, lo harían hacia el norte, buscando sus puertos seguros primero en Madagascar y, más adelante, en el continente asiático. Eso dejaba, a Elcano, la posibilidad de navegar por aguas hasta ahora casi desconocidas: siempre al sur, siempre hacia el sur del mundo.

Por supuesto, precisaban realizar escalas. La *Victoria*, en una decisión que atormentó durante meses a Elcano, navegaba muy justa de agua y alimentos. No podría reprochárseles demasiado, pues se trataba de una nao mercante y estaban a lo que estaban: a ganar dinero; cuanto más, mejor. Dos años y pico de travesía y mil calamidades en las espaldas no podían traducirse en nada que no fuera riqueza. Y fama, y gloria, sí, pero primero riqueza. Necesitaban llegar a España con la bodega repleta de clavo y, como a nadie se le oculta, donde entra un barril lleno de especias, no cabe otro con carne seca.

Así las cosas, realizarían escalas, desde luego, pero solo las estrictamente necesarias. Puerto en el que no atracas, puerto en el que no vas a toparte con portugueses.

Con todo, en los primeros días tras la partida de Tidore, hallaron decenas y decenas de islas, muchas de ellas parte todavía de una especiería que, a juzgar por lo que veían, era mucho más extensa de lo que habían supuesto. No resultó una sorpresa, pues los pilotos moluqueños ya se lo venían advirtiendo desde el mismo día en el que se hicieran a la mar. Sin embargo, Elcano no pudo dejar de asombrarse ante tanta exuberancia. Conocieron Cayoán, Laigoma, Sico, Giogi, Cafi, Laboán, Tolimán, Titameti, Bachián, Latalata, Taboli, Mata y Batutiga. En

Cafi habitaban pigmeos de tres palmos de altura, y en Mata gigantes que se sentaban en las colinas. Después, fueron hasta Silán, costearon Noselao, Biga y Atulabaón, avistaron Leitimor, Tenetum, Gondia, donde las mujeres guardan flores en el hueco del pecho que debería ocupar el corazón, Paylaruru, Manadán y Benaya[55].

La curiosidad de Elcano pudo, en ocasiones, más que la prudencia. Desembarcaron, pues. No todos, claro. En esto, Elcano se comportó tal y como lo había hecho Magallanes tiempo atrás. Una tripulación a bordo es una tripulación a salvo. De esta forma, se solía echar el ancla cerca de las costas de las islas que los pilotos nativos consideraban seguras. Uno de ellos, un muchacho de unos dieciocho años al que Elcano llamó Tomás para así no olvidar que había sido un 21 de diciembre cuando partieran de Tidore, afirmaba haber navegado más de quinientas leguas al sur de su tierra. Elcano, suspicaz siempre, no le creía, pues ni pensaba que el chaval supiera cuánta agua cabe en una legua marina ni, menos aún, el significado de las palabras castellanas. Pigafetta, que hacía de intérprete para así ganarse, como el capitán le pidiera, el jornal, insistía en que la información facilitada por el chico era buena. ¿Cómo estaba tan seguro? Elcano fruncía el entrecejo mientras negaba con la cabeza. A veces, uno no sabía si Pigafetta decía la verdad o mentía miserablemente. Con probabilidad, y esto lo pensaba Elcano en beneficio del vicentino, ni siquiera él mismo lo supiese. ¿Qué es cierto o falso cuando nos disponemos a poner en cuestión algunas de las creencias más arraigadas en nosotros?

En las cubiertas de la *Victoria*, habitaba una multitud. Entre españoles y moluqueños, sumaban sesenta y tres hombres, lo cual, teniendo en cuenta que no disponían ni del menor espacio en la bodega, suponía un continuo trasiego de cuerpos. Repartidos, según la costumbre, en turnos y bajo el mando omnipresente del contramaestre Albo, los hombres que trabajaban tendían a tropezarse con los que se hallaban descansando. Estos, a su vez, gruñían cuando alguien, voluntaria o involuntariamente, les clavaba un pie en las costillas. Y es que unos se topaban con los otros, aunque no quisieran. Por suerte, la certeza de que muy pronto serían ricos les ayudaba a sobrellevar las incomodidades.

Trigueros y Vasquito Gallego, dos hombres de la entera confianza de Elcano, descendían a tierra cuando la *Victoria* echaba el ancla en las inmediaciones de una isla. El objetivo no era otro que el de informarse acerca de las características del lugar. Si cultivaban y recolectaban especias, bien podrían resultar puertos a

los que regresar en un futuro con la intención de comerciar. El Maluco, tal y como lo veía Elcano, era grande, inmenso, tanto como para que españoles y portugueses comerciaran en él sin tener necesidad de verse las caras. Sabrían que los demás andaban por ahí, pero con imaginar que no, bastaría. Había especias para todos.

Los portugueses nunca serían de la misma opinión. El Maluco, a su entender, les pertenecía y, por tanto, cualquier extraño debía ser expulsado de él. De hecho, y esto Elcano no lo sabría nunca, la noticia de que la *Victoria* había cargado especias y viajaba hacia España completando la vuelta al mundo entero, ya había alcanzado oídos portugueses. Más de uno, allá en Malaca, dio un golpe sobre la mesa y farfulló un ininteligible ¿pero cómo es posible?

Pues siendo. Elcano y la *Victoria* navegaban hacia el Índico sur. Que los buscaran allí, si se creían capaces.

Cuando Trigueros y Vasquito regresaban a la nao, normalmente tras dos o tres horas en tierra, informaban a Elcano. Gracias a las observaciones de estos dos hombres, el capitán llegó a la conclusión de que el refinamiento se extinguía a medida que navegaban hacia el sur de Tidore. Si de algo habían servido los más de dos años de travesía, era para comprender que no todos los nativos del mundo disfrutan de idéntico grado de esplendor. Por ejemplo, un indio patagón no pasa de ser un troglodita al lado de un exquisito nativo borneano. Y si ya Al-Mansur no les parecía el colmo de la sofisticación, al menos nunca lo consideraron un bárbaro. Ni cincuenta leguas al sur de su isla, el salvajismo campaba a sus anchas y los nativos, siempre desnudos, apenas acertaban a articular media docena de palabras toscamente masculladas.

Por si esto no fuera suficiente, Trigueros y Vasquito comenzaron a referir que aquellas tribus con las que se iban topando parecían de costumbres antropófagas. ¿También caníbales aquí? Bastante habían tenido con ellos en el mar dulce de Solís. Desembarcar para volver a vérselas con tipos así parecía un sinsentido. Lagarto, lagarto, dijeron muchos mientras cruzaban los dedos con una mano y se persignaban con la otra.

—¿Os han hecho ademán de comeros? —preguntó, en una ocasión, el capitán Elcano.

—Hombre, dicho así… —contestó Vasquito, a quien ya le salía el bigote y la voz comenzaba a mudarle.

—Vimos a un hombre descuartizado —intervino Trigueros, más sensato a la hora de relacionar que su joven compañero—. Nos dijeron que se trataba de un

enemigo. Añadieron que, si no les pretendíamos ningún mal, podíamos estar tranquilos.

—Entiendo —expresó Elcano. Los tres se encontraban en el camarote del capitán que, por razones de espacio, se utilizaba también como almacén de víveres y jaula improvisada para una veintena de aves del paraíso, pájaros de extravagantes plumajes con los que pensaban agasajar al mismísimo rey Carlos —. Bueno, ¿y qué hay de las especias? ¿Las cultivan?

—Tienen pimienta. Y nuez moscada.

Así, de forma tan sucinta, Elcano y Trigueros resumían sus anhelos de aquellos días. Los caníbales, como bien habían experimentado antes en carnes propias, suponían un formidable adversario. Sin embargo, merecía la pena correr algún que otro riesgo si, a cambio, conseguían apreciadísimas especias. Se sentían obligados, Elcano el que más, a abrir nuevos puertos al comercio español, nuevas rutas, perspectivas hasta entonces desconocidas. Todo o nada, he ahí la apuesta final de Elcano. No cabían las medias tintas.

El 27 de diciembre, alcanzaron la isla de Buru y, tras costearla durante cinco horas, hallaron un fondeadero que les pareció seguro. Cuando Elcano se disponía a enviar a Trigueros y a Vasquito, distinguió, en una playa cercana, una única pareja de nativos, hombre y mujer, los cuales yacían desnudos y ociosos. El varón se puso en pie y los observó mientras se acariciaba sus partes. La mujer, ni eso. Elcano prefirió continuar con el costeo y eludir cualquier contacto innecesario con los naturales. A ellos no los conocía, pero conocía muy bien a quienes llevaba a bordo.

Al día siguiente, descubrieron grandes farallones de roca vertical en cuyas cimas crecían árboles y arbustos. Las playas, a medida que la *Victoria* navegaba hacia el este, se volvían más y más blancas. Los cocoteros, a los que no parecía disgustar el agua salada, se propagaban hasta casi la orilla. Allí, se levantaban dos o tres brazas sobre la arena y mostraban sus raíces al sol. Se trataba, Buru, de una tierra en la que nada ni nadie parecía avergonzarse de exhibir sus intimidades.

El interior de la isla se reveló montañoso, algo que atrajo la atención de Elcano. Como bien sabía el capitán, las mejores especias crecían en las laderas altas sobre el nivel del mar. Dieron a una bahía cuyas aguas les parecieron fiables y procedieron a echar el ancla. Durante varias horas, no hicieron nada distinto a escrutar la costa. Por fin, un grupo de nativos apareció ante sus ojos. Llegaban desnudos y los expedicionarios comprendieron que, en aquellas islas,

las vestimentas se consideraban innecesarias. Supusieron que por el calor, el aire y la ausencia de cordura.

A media tarde, cuando el sofoco comenzaba a menguar un poco, Elcano mandó que se echara el bote al agua y Trigueros y Vasquito saltaron a él. Regresaron un rato más tarde con trece gallinas y unos frutos muy parecidos a las sandías, aunque bastante más pesados. Llevaban un jugo delicioso en su interior, que saciaba, al tiempo, el hambre y la sed. Tocó a un cuarto por barba, pilotos moluqueños incluidos, y recordaron aquella cena como una de las más fenomenales en meses.

Trigueros informó de que aquellas gentes ya no eran moras. Al parecer, la isla de Buru, y supusieron que también las que irían encontrando en el futuro, se hallaba demasiado lejos de cualquier parte del mundo como para que alguien se tomara la molestia de navegar hasta allí, establecerse e imponer cierto sentido de la civilización. Bueno era saberlo, en cualquier caso, pues, como bien suponía Elcano, donde no ha llegado nadie, no han llegado, tampoco, los portugueses.

Comenzaban a surcar los mares libres.

El contramaestre Albo aseguraba que ya, sin la menor duda, se encontraban en el hemisferio sur. Elcano, al escucharlo, respiró tranquilo. Definitivamente, se sentían a salvo. Esto, unido a la bonanza del tiempo que los acompañaba, hizo que decidiera perder unas cuantas jornadas explorando aquellos archipiélagos remotísimos.

El 8 de enero de 1522, hallaron islas grandes y montañosas que, como parecía habitual, se cubrían de nubes bajas y algodonosas. Ocuparon la jornada entera en recorrerlas de oeste a este y, al día siguiente, se acercaron a la costa y Elcano ordenó largar el ancla. Tomás de Tidore, que atestiguaba reconocer la región, juró que aquella isla se llamaba Malúa[56] y que estaba habitada por voraces caníbales a los que no convenía aproximarse.

De nuevo, la orografía agreste y desigual de Malúa llamó la atención del capitán. Aprovechando que los vientos soplaban de poniente y que, por lo tanto, con sus velas cuadras se veían incapaces de iniciar la travesía hacia el suroeste, decidieron echar un vistazo y explorar las inmediaciones. Además, a la *Victoria*, eternamente necesitada de remiendos, le vendrían bien unos días de descanso.

—Si hay caníbales, deberíamos bajar más hombres —se apresuró a apuntar Trigueros, quien consideraba que ya llevaba demasiado tiempo tentando su

suerte. A su lado, Vasquito miraba de tú a tú al capitán. No había, en su gesto, ni un ápice de suficiencia.

—Yo os acompaño —dijo, entonces, Zabaleta, aquel paje baracaldés que, junto al propio Vasquito, tanto había achicado agua durante la travesía del Pacífico.

—Ah, pues fantástico, así estamos salvados —barbulló, sarcástico, Trigueros.

—Bajaré yo también —intervino, Navarro, el marinero tudelano.

—De acuerdo, eso ya es otra cosa —aceptó Trigueros—. Uno más. Necesitamos un hombre más para que la partida resulte convincente.

—Contad conmigo —dijo, de improviso, Martín Méndez.

Elcano, que se encontraba presente pero al que le daba igual que descendieran unos u otros, creyó que, ante el ofrecimiento del escribiente sevillano, debía intervenir. Méndez era un hombre del rey. El único que les quedaba. Lo necesitaban vivo para que la empresa continuara siendo, en su sentido más amplio, real.

—No, usted no puede bajar… —dijo.

—¿Por qué no? —preguntó Méndez.

—Porque usted no debe ponerse en peligro —contestó Elcano.

—Ah, qué bonito —intervino, raudo, Trigueros—. ¿Y los demás sí? ¿A nosotros, que se nos coman los caníbales?

—No es eso, Trigueros. Pero Méndez no puede bajar.

—¿Por qué no? —volvió a preguntar el escribiente.

—Ya se lo he dicho —repuso Elcano—. Y no hay más que hablar.

—Lo cierto es que seguimos necesitando a un hombre más —dijo Trigueros.

—Oiga, capitán —insistió Méndez—, aquí todos somos iguales y yo debo ayudar.

—No somos iguales —zanjó Elcano—. Nunca lo hemos sido y no veo por qué vamos a serlo ahora.

—Porque las circunstancias han cambiado.

—Pero el mando es el mando.

—No me malinterprete. No lo pongo en duda…

—Pues obedezca y manténgase a salvo a bordo de la nao.

—Y usted intente comprenderme, capitán. El éxito o el fracaso de nuestra misión dependen de que cada uno de los hombres embarcados vaya un poco más allá de lo que se espera de él.

—Se lo acepto, pero si a usted le pasa algo…

—¿Qué me puede pasar?

—Tomás asegura que en esta isla hay caníbales.

—Trigueros ha estado en otras en las que también los había. Y aquí sigue.

—Trigueros tiene la carne dura.

—Yo también, capitán. Se lo aseguro.

—Hum… De acuerdo, pero si usted baja, yo también lo hago.

Dicho y hecho, echaron el bote al agua y siete hombres se subieron a él: Trigueros, Vasquito, Zabaleta, Navarro, Méndez, Elcano y Pigafetta. Porque Pigafetta, que tenía un olfato único para intuir las ocasiones excepcionales, decidió que merecía la pena conocer a los caníbales maluanos. Aseguraba que se encontraba escribiendo un libro en el que contaría la aventura de los expedicionarios. Y que necesitaba chicha para que fuera un éxito entre los lectores cultos de Europa. Yo sé lo que le gusta a la gente, insistía antes de realizar una efectiva pausa y añadir: efectismo, mucho efectismo.

Con un poco de suerte, los caníbales se comían a un expedicionario y Pigafetta se hallaba allí para, luego, poder contarlo. Ni qué decir tiene que los hombres lo miraban con extrañeza y cierto rechazo. Jamás les había gustado demasiado ese italiano estirado. Consideraban que aquellas ideas tan modernas no resultaban cabales ni decentes. No, al menos, entre hombres de mar, donde las cosas son como siempre han sido y como siempre deberían ser.

A los remos, y por una simple cuestión de rango, se pusieron Vasquito y Zabaleta. Este último protestó muy por lo bajo, pues consideraba que Pigafetta no sumaba más que él. Y, en cierto modo, el chaval tenía razón. ¿Quién era Antonio Pigafetta? ¿Qué hacía allí? ¿Cuál era el oficio que se le suponía? ¿Escribir? ¿Acaso alguien en su sano juicio consideraría la escritura como un oficio? ¡Que remara, y así, al menos, se ganaba la ración del día!

Ya en la playa, vararon y aseguraron el bote, y comenzaron a caminar hacia el interior. La frondosidad empezaba a poco más de quince pasos de distancia y hacia allá se iban cuando, de pronto, un grupo de nativos apareció como surgido de la nada.

Los siete expedicionarios se detuvieron.

—Que nadie mueva una ceja —advirtió Elcano. Sabían cómo actuar. Sabían que no parecer hostiles era el primer paso a dar. Ofrecían la paz en sus gestos y cruzaban los dedos para que los habitantes del lugar así lo comprendieran.

El grupo de nativos estaba formado por doce o trece varones, todos desnudos

como Dios los había traído al mundo, y armados de arcos y flechas fabricados con cañas y bambúes. Llevaban el pelo muy largo, pero recogido en lo alto de las cabezas y sujeto con grandes peinetas talladas en hueso, con dientes tan afilados que, a una mala, podrían haberlas utilizado como armas. Las barbas, que todos, sin excepción, lucían, las recubrían con hojas de árboles, como si se tratara de tesoros preciadísimos que debían proteger del sol y del viento.

Se les acercaron, si no hostiles, sí algo prevenidos: flexionaban mucho las piernas a cada paso que daban, los penes les caían flácidos entre ellas y emitían sonidos guturales, sin duda para darse ánimos. Lo que más los asustó, no obstante, fue que los arcos los traían con una flecha lista y, aunque no estiraban por completo el hilo ni les apuntaban al cuerpo, sino más bien a la arena, algo de desconfianza sí transmitían.

Los expedicionarios se mantenían quietos. Elcano se estaba diciendo que en modo alguno había sido una buena idea poner a Méndez en la playa, cuando, de repente, Trigueros comenzó a reírse. Y Pigafetta, a su lado, con él.

—¿Pero se puede saber qué hacéis, idiotas? —espetó por lo bajo.

Los dos hombres trataron de aguantarse. Se llevaron la mano a la boca y hasta se giraron un poco, pero no pudieron evitar que la carcajada les rompiera en los labios como el estallido de una lombarda.

—Es que mire usted qué pintas tienen… —comenzó a explicar Trigueros.

Y era cierto que los nativos resultaban un poco cómicos, avanzando despacio por la arena con las piernas arqueadas, el pelo de mujer recogido en aquellos peregrinos moños y las barbas envueltas en hojas verdes tiernas.

—Si son caníbales y hostiles, se nos comen —sentenció Elcano—. Dejad de hacer el imbécil.

—Como mande, capitán.

—Pigafetta, no me esperaba esto de ti.

El vicentino ni siquiera intentó responder. Se había girado por completo y daba la espalda tanto a los expedicionarios como al grupo de nativos que se aproximaba. Vieron cómo sus hombros temblaban; se desternillaba de la risa.

Para hombres con los ojos tan llenos como aquellos, lo novedoso no surgía con facilidad. Sencillamente, lo habían visto todo. O, como quedó claro en la isla de Malúa, casi todo.

A los nativos se les contagió la risa.

Primero, los que se aproximaban en vanguardia esbozaron una sonrisilla más de circunstancias que de otra cosa. La que pones cuando no sabes muy bien qué

hacer. A continuación, fue el resto quien comenzó a estirar mucho los labios. Al parecer, les hacía gracia que a los expedicionarios algo les hiciera gracia.

—Se incorporan —dijo Trigueros al ver que los nativos dejaban de flexionar las rodillas y adoptaban una postura más normal y, por lo tanto, menos hostil.

—La risa los amansa… —sentenció Pigafetta.

—Pero ¿cómo puede ser…? —se extrañó Méndez.

—Usted no ha descendido mucho a tierra —explicó Vasquito Gallego dándose importancia—, pero la risa resulta un arma muy poderosa.

—Prefiero una escopeta cargada —se opuso Trigueros.

—Callaos —intervino Elcano. Y dirigiéndose a Pigafetta, añadió—: ¿Estás seguro?

—Bueno, yo diría que sí —respondió el vicentino. Y, dispuesto a predicar con el ejemplo, dio tres o cuatro pasos hacia el frente y comenzó a reírse abiertamente. Lo fingía, claro, pero, para el caso, se trataba de lo mismo. Y se le daba de maravilla, añádase también, porque a Pigafetta se lo ponía mucho a caer de un burro cuando no atinaba y de justicia era hacer lo contrario cuando sí.

—No os fieis —avisó Elcano, siempre precavido.

Los expedicionarios caminaron despacio en dirección a los otros y estos los imitaron. Pronto, todos se encontraron en mitad de la playa.

—Somos españoles —anunció el capitán mostrando las palmas de las manos abiertas. El gesto, que a ellos les parecía universal, desconcertó a los nativos. Los cuales, tras los breves instantes de estupor, recuperaron la más llana y explosiva de las risas—. Joder…

—Esto es un descojono, capitán —dijo Trigueros.

—No bajéis la guardia, por si acaso —indicó Elcano.

—Ya habéis escuchado al capitán —se giró el marinero hacia Vasquito, Zabaleta y Navarro.

—¿Qué quieres que hagamos, tío? —preguntó, en voz alta y lenta, Vasquito Gallego.

—Pues reíros. Reíros como si no hubiese un mañana. Mirad al idiota de Pigafetta.

Lo miraron y, sin que sirviera de precedente, experimentaron una honda admiración por él. El vicentino, desatado, reía como un demente frente a un grupo de nativos que ya había decidido que aquel tipo les encantaba. Los expedicionarios bien sabían que algo así podría no ser definitivo, que con igual

velocidad los acogían ahora como se los comerían dentro de un rato, pero lo que bien apunta, por lo general, bien termina.

—Pregúntales si tienen especias para comerciar —dijo Elcano un paso por detrás de Pigafetta—. Diles que traemos clavo y que estaríamos dispuestos a realizar un intercambio.

Pigafetta, con una sonrisa de oreja a oreja en el rostro, se giró hacia Elcano y habló con dificultad.

—No creo que estos cabrones estén interesados en nuestro clavo —repuso—. Y, por el amor de Dios, ¡sonría usted, capitán!

Elcano, cuyo temperamento cariacontecido rechazaba la risa y la sonrisa, esbozó una tentativa en sus labios. Se sintió tonto haciéndolo y recobró su habitual sobriedad. Bastaba con que sus hombres rieran y sonrieran.

—Pues apenas nos queda medio barril con quincalla —apuntó Elcano.

El plan inicial de Elcano pasaba por no reembarcar nada que no terminara en ganancia una vez que la nao arribara a Sevilla. Después, se lo pensó, pues la derrota que proyectaban emprender a través de los océanos Índico y Atlántico bien pudiera necesitar de una recalada por sorpresa en puertos remotos, y mandó que se cargara parte de lo que les había sobrado. Nada del otro mundo: unas cuantas tijeras oxidadas, algunos cascabeles y varios puñados de anzuelos. Todo de una calidad más que lamentable, pero metálico, y, por lo tanto, desconocido para los indios con los que se fueran topando.

No le hacía ninguna gracia desprenderse de ello a la primera de cambio. Sin embargo, bien podía merecer la pena y allí estaban a lo que estaban.

Mientras Vasquito y Zabaleta regresaban al bote para volver a la *Victoria*, el resto de hombres trató de concentrar su atención en los risueños caníbales de la isla de Malúa. Porque, lo supieron de inmediato, las noticias de que se comían a la gente eran ciertas y bien ciertas. Cuando, tras un rato de conversación en la playa, los nativos les indicaron que los siguieran hasta su poblado, los expedicionarios accedieron y permitieron que los guiaran a través de la espesa jungla. Se daban cuenta de que podían estar cayendo en una trampa, pero los indios no parecían demasiado listos ni sofisticados. Si quisieran haberles hecho daño, oportunidad para ello habían tenido en la playa. Estos nativos, así lo juzgó Elcano, eran de los que primero disparan una flecha al pecho y luego se acercan para preguntar. No lo habían hecho.

En el campamento de los maluanos, se toparon con unas ciento cincuenta personas, contadas a ojo. Se repartían en chozas, cada una de ellas habitada por

una o dos familias, y, al parecer, carecían de rey, cacique, rajá o sultán. Quizás, pensaron, su atraso los hundía en el amanecer del mundo, más allá del progreso y los avances. Ni siquiera parecían tener praos, piraguas, canoas o, para el caso, cualquier cosa que flotara y a bordo de la cual fueran capaces de navegar. Como habían comprobado, el sur les sentaba fatal a aquellas gentes tremebundas.

Con todo, los nativos mostraron más que patente agradecimiento una vez que Vasquito y Zabaleta estuvieron de regreso con la mercadería. Los españoles, conscientes de que no valía nada, la desplegaron con gran ceremonia ante los salvajes. El ardid siempre funcionaba y a los nativos se les abrían mucho los ojos. En adelante, les dijeron que sí a todo, por mucho que Elcano sospechara que Pigafetta y los indios no acababan de entenderse a ciencia cierta.

Martín Méndez, siempre con la sonrisa en los labios a modo de salvoconducto, se dejó llevar por unas cuantas mujeres maluanas, feas a más no poder, las cuales lo condujeron hacia las chozas. El poblado, que no era grande en extensión, se abría hacia un claro en la parte trasera. Allí, en varios fuegos distribuidos sin un orden aparente, las lugareñas asaban trozos de carne que Méndez comprendió pronto que no pertenecían a animal alguno, sino a seres humanos.

Al pobre Méndez se le quitaron las ganas de reír. Por suerte para él, el resto de expedicionarios apareció pronto y lo rescató de su aturdimiento. Permitírselo se convertiría, si se descuidaban, en sucumbir.

—Tienen… —balbuceó el escribiente—, tienen carne humana…

—Sabíamos que son caníbales —aseveró Elcano.

—Pero…

Pero hay un trecho entre saberlo y observarlo con tus propios ojos.

—Han puesto a cocinar la carne cuando descubrieron nuestra presencia —explicó, entonces, Pigafetta.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Elcano.

—Porque me lo han dicho. Confíe en mí, capitán. Me entiendo bien con estas gentes… La carne pertenece a sus enemigos, de eso sí que estoy completamente seguro. Solo la consumen en ocasiones especiales.

—¿Somos su ocasión especial? —intervino Trigueros.

—No creo que estos caníbales sean distintos a otros con los que nos hemos encontrado en lugares lejanos —explicó el vicentino—. Mucho me equivocaría si dijera que estas tribus no comen carne humana si no es para celebrar algo.

—Entonces, ¿no nos van a comer a nosotros? —preguntó un boquiabierto

Méndez.

—Yo no he dicho eso —indicó Pigafetta—. Pero si nos toman por sus amigos, no lo harán. De eso, estoy seguro.

—Vale, encárgate de que así sea —zanjó la discusión Elcano.

Pigafetta hablaba y sonreía, sonreía y hablaba, en una cadencia que tuvieron que admitir que les parecía perfecta. Se estaba metiendo a los nativos en el bolsillo. Las mujeres, tras el impás, invitaron a los expedicionarios a sentarse en corro junto a una de las hogueras. Mientras cruzaban las piernas para hacerlo, levantaron la vista y vieron un costillar de aspecto apetitoso. Tuvieron que recordar que pertenecía a un hombre para que la boca no se les hiciera agua.

—Dicen que nos darán pimienta —señaló Pigafetta una vez que el grupo se hubo acomodado.

—¿A cambio de las mercancías? —preguntó Trigueros.

—Sí. Creo que les sacaremos un tonel o dos.

—¿Y van a dejar que nos quedemos durante unos días? —se interesó Elcano.

—Ahí viene lo extraordinario —contestó el vicentino—. Tenemos que compartir una ofrenda a los espíritus del bosque.

—¿Qué…, qué significa eso? —preguntó Méndez.

—Que tenemos que comer un trozo de carne humana. Todos nosotros, sin excepción.

—Ah, no, yo me niego a eso —terció Trigueros—. Seguro que es pecado hacerlo.

—O se nos comerán ellos a nosotros —completó Pigafetta.

Ni qué decir tiene que la respuesta que ofreció Trigueros fue la unánime:

—En ese caso, ¿a qué esperamos?

Las mujeres, que mostraban vientres muy hinchados, sonrieron a los expedicionarios. Ellos, tras lo afirmado por Pigafetta, les devolvieron las sonrisas. Unas sonrisas dilatadas, amplias, rogatorias: por lo que más queráis, no nos comáis.

El trance no supuso tanto como habían supuesto. La carne, que era indudablemente humana y lo sabían, pues saberlo formaba parte del ritual al que estaban siendo sometidos, les pareció sabrosa y alimenticia. Se la sirvieron en cortas tiras y, tras superar las reticencias iniciales, las devoraron sin miramientos.

—Pensad que el hijoputa se lo merecía —sugirió Trigueros dando un mordisco al pedazo de carne. Una carne que, contra todo pronóstico, no había sido asada, sino hervida tras ser envuelta en grandes hojas de palma.

—No funciona —dijo Vasquito, mientras masticaba con profusión.

—¿Quieres decir que te da igual que te estés comiendo a un señor? —preguntó Navarro.

—Hombre, tampoco es eso… Pero no me va a remorder mucho la conciencia.

—A ver si nos vamos a estar condenando… —dijo Zabaleta, quien tampoco perdía bocado.

—Lástima que ya no nos quede ningún cura en la expedición… —repuso Trigueros.

—Son un coñazo y no dan un palo al agua —expresó Navarro—, pero, en lo tocante a los asuntos del alma, te sacan de dudas.

Los expedicionarios, por un instante, dejaron de masticar. Cualquier asunto relacionado con la salvación les preocupaba sobremanera. No penaban tanto en su devenir cotidiano para, una vez muertos, acabar en el infierno. No obstante, los desvelos deberían llegar de uno en uno. Dicho de otro modo, se veían obligados a salvar el pellejo para, a continuación, ponerse a salvar el alma. Volvieron a masticar con denuedo.

—Pues yo creo que ya está —sentenció, por fin, Pigafetta. Había engullido el trozo de carne que las mujeres le habían servido y ahora observaba, sonriente, a los varones. Dolían a los ojos de puro feos, unos y otras.

—¿Nos ponemos en pie? —preguntó Elcano, inquieto por las cuestiones de orden práctico.

Pigafetta intercambió unas breves palabras con uno de los varones que hacía las veces de interlocutor y se volvió hacia el capitán:

—Sí, asunto concluido —dijo.

—¿Nos autorizan a desembarcar?

—Siempre y cuando no molestemos a sus gentes.

—Por supuesto… ¿Y comerciarán con nosotros?

—Desde luego, pero no puede hacerlo nadie que no haya pasado por el ritual.

—¿El ritual?

—El ritual, capitán.

—Oh, entiendo… De acuerdo, no hay problema con eso. Me parece que nos bastamos con nosotros. Será mejor que el resto se mantenga al margen.

—Al final, el ritual no es para tanto…

—No quiero que nadie más pase por esto, ¿entendido?

—A mí, me ha sabido a cerdo.

—¡Me lo has quitado de la punta de la lengua! —interrumpió Trigueros—. Joder, sí, sabe a cerdo.

—Yo diría que a pollo —indicó Méndez.

—Es suficiente —cortó Elcano mientras se ponía en pie—. Vamos, a la *Victoria*.

Los siete expedicionarios regresaron a bordo. Con autorización para desembarcar, Elcano pretendía realizar unas cuantas reparaciones de última hora en la *Victoria*. Navegaban muy cargados, demasiado, y eso hacía que la nao sufriera más de lo previsto. Tenían broma[57] en el casco y, aunque lo sabían desde tiempo atrás, solo ahora se habían dado cuenta de que la *Victoria* estaba siendo devorada a gran velocidad.

Comida. En eso se convertía su barco. En comida para unos bichos minúsculos que amenazaban con amargarles la vuelta al mundo. Durante la mañana del día siguiente, la *Victoria* fue empujada a una playa y varada en parte. No podían hacerlo por completo, pues con las bodegas a reventar de carga se hacía imposible, pero sí de manera parcial: descubrieron varios palmos del casco sumergido y lo apuntalaron con postes y palos. Fueron necesarios casi cuarenta hombres para llevar adelante la maniobra. Es decir, salvo los enfermos, Martín Méndez, Pigafetta, el contramaestre Albo y el capitán Elcano, la totalidad de la dotación. Por supuesto, los quince moluqueños que iban con ellos arrimaron el hombro. Disfrutaban aprendiendo de los expedicionarios. Y se sentían íntimamente seducidos por la majestuosa *Victoria*. Verla fuera del agua, aunque no fuera por completo, los llenaba de orgullo, pues tripulantes de ella se consideraban.

Necesitaron casi una semana para combatir la broma. No la eliminaron, pues para ello tendrían que varar por completo a la *Victoria*, vaciarla e iniciar una metódica labor que les llevaría meses finalizar. No disponían de tanto tiempo. Les importaba, sobre todo, que la nao no se les convirtiera en comida para los parásitos.

Los caníbales maluanos les realizaron visitas prácticamente a diario. Cuando los españoles los veían llegar, Pigafetta chasqueaba los dedos, llamaba la atención de los suyos e iluminaba su rostro con una sonrisa perfecta. Los nativos no solo no se mostraron hostiles en ningún momento, sino que les trajeron viandas a cada cual más deliciosa. En una ocasión, los españoles, siempre

acuciados por el hambre atrasada, se aprestaron a abalanzarse sobre ellas. Se trató de un malentendido que hizo que los maluanos cargaran flechas en los arcos.

—¿Qué sucede? —preguntó, alarmado, Elcano. Se encontraba junto al casco de la *Victoria* y supervisaba el avance de las reparaciones.

—Ni idea… —contestó uno de los marineros que había tratado de tomar lo que les ofrecían los nativos—. Nos traen comida, pero no nos permiten que la cojamos.

Pigafetta intervino de inmediato y dialogó con los nativos. Tras diez minutos de ardua conversación, se volvió hacia Elcano:

—Solo pueden comer su comida aquellos que participamos en el ritual —explicó—. Solo los que comimos carne humana.

—¿Cómo? —protestó uno de los que aquel día permanecieron a bordo—. Aquí todos tenemos el mismo derecho a los víveres. Siempre ha sido así.

—Calma —intervino Elcano—. Es importante que no desairemos a estas gentes. Estamos en su país.

—Pues que se repartan los alimentos entre todos nosotros.

—Ya has oído que es imposible.

Mal que bien, se conformaron. En la *Victoria*, disponían de alimentos almacenados y, además, los nativos no impedían que recolectaran o cazaran en Malúa. Simplemente, para ellos, el ritual que dieran comienzo no había terminado. Pigafetta se lo explicó, más tarde, a Albo, Méndez y Elcano.

—Ellos creen que nos rodea una miríada de espíritus —reveló—. Su más allá no está lejos: nos circunda. Y, al parecer, están obligados a rendirles tantos tributos como les sea posible.

—¿Como quien ofrece una misa? —se interesó Elcano.

—Bueno, supongo que sí —contestó Pigafetta—. Su vida espiritual, por decirlo de alguna manera, es muy intensa. Les preocupa sobremanera todo lo relacionado con los muertos. Honrarlos es la mejor forma que se les ocurre de ser dignos en este mundo. Por ello, comen carne humana.

—¿Para honrar a los muertos?

—Sí, comerse a un muerto significa respetar el camino que trazan las almas.

—¿Y qué tiene que ver eso con que su comida solo sea para los que participamos en aquel ritual?

—El ritual no ha acabado. Nunca acaba, en realidad. Ellos siempre dialogan con sus espíritus. Los complacen, los agasajan, intentan que se sientan

satisfechos. Por eso nos dan comida. Para que los espíritus no se avergüencen de ellos.

—Pues que se la den a cualquiera, ¿no?

—A los que no han sido iniciados en el rito, pueden matarlos tranquilamente. No les deben nada.

—Vaya…

—Sí, vaya.

—¿Y qué podemos hacer?

—Nada, salvo no importunarlos demasiado. Están reuniendo la pimienta que les solicitamos. En unos días, podremos cargarla a bordo y levar ancla.

Elcano se rascó la parte de atrás de la cabeza y miró, alternativamente, a Albo, Méndez y Pigafetta. Odiaba verse inmerso en situaciones que no comprendía del todo. Si de él dependiera, se limitarían a cerrar tratos rápidos y a salir con la marea del día siguiente. Sin embargo, sabía que eso no siempre era posible. El mundo, por suerte o por desgracia, estaba lleno de gente rara. En Guetaria, se hartarían de tanta extravagancia. Allí se comía porque se tenía hambre, que era como lo habían hecho siempre.

—Tendremos que comernos lo que nos traen —concluyó, por fin—. No podemos ofenderlos.

Ver comer a aquellos siete hombres no resultó un espectáculo ameno para el resto. Zampaban por la mañana, también a mediodía y por la noche. Engullían grandes raciones de carnes condimentadas, de pescados asados, de arroces hervidos, de tubérculos, verduras, caldos, tortas, semillas, huevos, leche cuajada, sangre cocida, frutas, mariscos… Comían para mantener la paz, para hallarse a la altura de las circunstancias, para, como había señalado Elcano, agradar a los caníbales.

Muchos expedicionarios desearon encontrarse en la piel de los que, con el paso de los días, comían a jornada completa. Tanto fue así que la tripulación de la *Victoria* casi se desgaja en dos: los que se deslomaban trabajando y los que comían para que los que se deslomaban trabajando pudieran hacerlo.

Vasquito y Zabaleta, los más jóvenes del grupo de siete afortunados, comían con una pasión propia de muchachos ingenuos. Con creces, engullían mucho más que el resto. Trigueros y Navarro, por ejemplo, se atiborraban de todo lo que les traían, aunque siempre encontraban su límite. Contra todo pronóstico, solían decir basta, echarse hacia atrás y acariciarse sus prominentes barrigas. Navarro, incluso, sufrió una indigestión que lo mantuvo apartado de la comida durante un

día y una noche completos. Comoquiera que fuese, tenían medida. Muy alejada, muy al fondo de los deseos y las necesidades, pero medida, a fin de cuentas. Vasquito y Zabaleta carecían de ella. Los dos muchachos comían, y comían, y nunca se cansaban. Afirmaban que sus vidas podían ser, todavía, cortas, pero que recordaban con nitidez toda el hambre que habían pasado. Por eso, precisamente, preferían morir comiendo, morir felices, que dejar algo en el plato.

Uno de Palos llamado Saldaña, que venía en la *Victoria* desde Sevilla y que había embarcado como criado del capitán Luis de Mendoza, y un grumete onubense de nombre Ayamonte, se quejaron de que a ellos no se les permitiera ser partícipes de los continuos festines. Elcano, con paciencia infinita, volvió a explicarles lo que Pigafetta contaba a quien quisiera escucharle: que la comida era materia sagrada para los caníbales maluanos y que, en modo alguno, pensaban menospreciarlos.

Saldaña y Ayamonte, dos inesperados aliados que apenas habían cruzado cinco palabras en la primera parte del viaje, se emperraron en lo suyo y pretendieron que, llegados a este punto, se compartieran las viandas de los caníbales.

¿Pero vosotros estáis escuchando lo que decís?, inquirió Elcano, más sorprendido que molesto. Los dos conjurados insistieron e insistieron, y tanta lata dieron que el capitán terminó por ponerse serio.

—Basta —espetó con el tono de voz que apenas utilizaba pero que, cuando lo hacía, detenía corajes e intenciones. Y pronunció la frase que tanto lo definía —: Estamos a lo que estamos.

Pues lo estarían, pero no Saldaña y Ayamonte. Con ellos no parecía ir la cosa y varios marineros, Trigueros entre ellos, intercedieron para calmar los ánimos. Adujeron que el capitán tenía razón, que no podían permitirse un desencuentro con los caníbales de la isla de Malúa. No ahora, que eran tan pocos y estaban tan cansados. No ahora, con la travesía final hacia casa a punto de iniciarse. Explicaron que, con lo uno y lo otro, no merecía la pena liarla parda.

Saldaña y Ayamonte, quizás hasta con el juicio algo nublado, exigieron comida. Se la dieron de entre las reservas de la *Victoria*, pero ellos aclararon que querían los manjares de los que comían los del ritual pagano. Eso, o, una vez en Sevilla, contarían a las autoridades que parte de la tripulación, con el capitán a la cabeza, había participado de credos y herejías indescriptibles. Y, a continuación, pasarían a describirlas: comieron carne humana. Muchas veces. Muchísimas veces.

Martín Méndez, hombre del rey, miró con preocupación a Elcano. Él también había participado en el ritual y no le hacía ninguna gracia que aquello se supiera en España. Lo que sucede en la expedición queda en la expedición. Eso se decía siempre, ¿no? Además, en aquel momento tenía todo el sentido. Una vez desembarcados en Sevilla, con ropa limpia y el afeitado que llevaban dos años necesitando, el asunto no tendría atenuantes. Pagarían por lo que en España se consideraría una infamia. Y a eso no estaban dispuestos.

Méndez no podía tomar decisiones. En la *Victoria*, tras el capitán Elcano, disponían de tres contramaestres provenientes de otras tantas tripulaciones. Eso sumaba cuatro oficiales por encima de él. Por si esto no fuera suficiente, Méndez no era un hombre de mar y dudaba mucho de que, a la hora de la verdad, los expedicionarios acataran sus órdenes. Fuera como fuese, algo debían hacer con Saldaña y Ayamonte. Ellos dos no pensaban dejarlo estar.

* * *

El 24 de enero, con la pimienta maluana en la bodega de la *Victoria*, botaron esta al mar y se despidieron de los caníbales. Nunca más, en las vidas de los que sobrevivirían a la aventura, volvieron a toparse con gentes tan obsesionadas por la comida y el comer. Juzgaron, más tarde, que Jesús, en la Última Cena, también se había dado a comer a los suyos. Y concluyeron que lo que a ellos les había acaecido se asemejaba bastante. Se quedaron más tranquilos sabiéndolo.

A Elcano, los maluanos le habían hablado de una isla que se hallaba a menos de nueve leguas en dirección suroeste y que se llamaba Timor. Allí, le dijeron, los portugueses no habían puesto jamás un pie. La *Victoria* cubrió aquella distancia en unas pocas horas y, efectivamente, alcanzaron la costa timorense. Ya sin apenas mercancías con las que comerciar, las intenciones de Elcano pasaban por echar un vistazo, aprovisionarse de agua y comenzar la travesía hacia el Índico sur.

Sin embargo, los problemas con Saldaña y Ayamonte, lejos de apaciguarse, fueron a más y Elcano se vio obligado a tomar una determinación. Así no podían continuar. La *Victoria* necesitaba paz a bordo, no dos tipos que se pasaran el día sembrando cizaña entre los pajes y los grumetes. Que si aquí no impera la justicia, que si el capitán no nos trata con el debido respeto, que si habría que tomar medidas. ¿Medidas? ¿Qué medidas se hallaban al alcance de un criado y

un grumete? Exactamente, ninguna. De hecho, lo que ellos dos hacían tenía un nombre muy claro en la mar: rebelión. En esta expedición, sabían muy bien qué significaba eso. Magallanes tuvo que pelear contra una. Elcano se dijo que él no pasaría por lo mismo.

En una resolución insólita, el capitán determinó que tanto Saldaña como Ayamonte deberían pagar una sanción de cinco mil maravedíes una vez que la nao arribara a Sevilla. Desde luego, ninguno llevaba esa suma encima, de forma que la deducirían de sus salarios adeudados. La cantidad no era despreciable: un marinero cobraba mil doscientos maravedíes mensuales y un grumete como Ayamonte, ochocientos.

El dictamen de Elcano tenía algo de conciliador, pues proponía un castigo severo a ojos de la tripulación, pero, al tiempo, permitía que los dos rebeldes reconsideraran su actitud y retornaran a la disciplina de la nave.

No sirvió para eso, sino para todo lo contrario.

Saldaña y Ayamonte ocuparon los cuatro siguientes días en alimentar discordancias contra el capitán. Se aprovecharon de que los hombres llevaban muy mal que se les tocara la bolsa. Al final, sabían que tras las penurias, los desasosiegos y hasta la muerte, existía una recompensa. En Sevilla, les liquidarían los salarios y hasta se les entregaría una pequeña parte sobre el beneficio total de la empresa. Bastaba para compensarlo todo, pero ¿qué sucedía si eso también se lo quitaban? ¿O, cuanto menos, lo hacían menguar por un capricho del capitán?

Varios hombres dieron la razón a los dos díscolos. La mayoría eran grumetes, y en condiciones normales nadie les habría prestado demasiada atención. Sin embargo, los tiempos habían cambiado y la actual dotación de la *Victoria* no tenía nada que ver con la que partiera de Sevilla. De alguna forma, los años y las penalidades habían trabado una urdimbre de apegos y devociones que solo un idiota desdeñaría. Elcano no pasaría jamás por tal y, en consecuencia, se mantuvo alerta y con los ojos bien abiertos. Supo, porque en las apiñadas cubiertas de la *Victoria* cualquier noticia acababa por extenderse sin remisión, que Saldaña y Ayamonte tramaban una rebelión contra él. Ni más ni menos que eso. Alguno habría afirmado que a tanto no llegaba la casquetada, pero en la piel de Elcano estaba Elcano y una responsabilidad adquirida sin tibieza: completar la primera vuelta al mundo con las bodegas de la *Victoria* llenas de especias; explicar que aquella nao pertenecía a la expedición que halló el modo de pasar

del océano Atlántico al que llamaron Pacífico; reclamar, en suma, una gloria que les pertenecía y ante la que los siglos venideros se inclinarían.

Nadie malograría los objetivos. Nadie.

Elcano trazó un plan con la ayuda de los que consideraba sus más fieles: Trigueros, Navarro y Albo. A ellos se les sumó, en última instancia, Bocacio Alfonso, un marinero de Bollullos que zarpó de España como parte de la dotación de la *Santiago*. Cuando la *Santiago* encalló, pasó brevemente a la *San Antonio*. En ella se mantuvo hasta que días antes de la sublevación, y por un simple azar, saltó a la *Concepción*. Más tarde, cuando a esta la quemaron y se procedió al reparto de su tripulación, a él le tocó la *Trinidad*. Por fin, de esta y dado que Elcano ofreció la posibilidad a todos los hombres, cambió a la *Victoria*.

Escucharían e informarían al capitán. Ese era el plan, y Trigueros y Albo por un lado, y Navarro y Alfonso por otro, se aprestaron a escuchar. Lo cual no ofrecía demasiadas complicaciones a bordo de la *Victoria*. Para ayudarse, y propiciar que las situaciones inesperadas que hubieran de brotar, brotasen, Elcano ordenó que nadie, salvo un pequeño grupo formado por Pigafetta acompañado de tres grumetes, pusiera pie en tierra. La marinería no se sorprendió, pues había sido costumbre mantenerlos embarcados aun a tiro de piedra de la costa. Se ocupó cada uno de sus cosas y los días transcurrieron más o menos plácidos. Tenían hambre, pero hambre habían tenido siempre.

Navarro y Alfonso informaron a Elcano de que Saldaña y Ayamonte disponían de casi una docena de adeptos entre los expedicionarios. Los habían convencido uno a uno, tomándose la molestia de explicar los pros y los contras de llevar adelante un levantamiento contra el mando. ¿Qué será de nosotros?, preguntaba la mayoría. Regresarían a casa sin oficiales a bordo y con la *Victoria* a rebosar de riquezas, contestaban ellos dos.

Terminaron por creerse sus propios delirios. Eso, al menos, entendió Elcano después de que Trigueros y Albo le contaran cómo los dos amotinados habían tratado, en un rapto de locura, de persuadir al mismísimo Martín Méndez. Necesitaban una voz autorizada que los defendiera cuando se hallaran de regreso en Sevilla. ¿Y quién mejor que el hombre que actuaba por cuenta del rey? Si Méndez explicaba que, una vez llegados a Timor, no les quedó más remedio que tomar el mando y deponer a Elcano, los oficiales de la contratación no formularían más preguntas. Quizás dudaran, pero cerrarían el pico. ¿Quién contradeciría a todo un escribiente real que narraba, de primerísima mano, lo acaecido?

Así las cosas, Elcano decidió que el foco de rebelión existía y que Saldaña y Ayamonte debían ser considerados, sin ambages, sediciosos. Y lo dispuso todo para detener el motín.

El 3 de febrero, el capitán ordenó que un grupo de nueve hombres, Saldaña y Ayamonte entre ellos, descendiera a tierra. Hizo correr la voz de que se aprestaban a zarpar y, por ello, creía necesario realizar un último intento de embarcar sándalo y jengibre, muy abundantes en la isla de Timor. Elcano, que en principio no pensaba formar parte del grupo, se subió a última hora al bote.

—Remad —ordenó. Trigueros y Vasquito Gallego, en el bote por indicación suya, obedecieron de inmediato. Era la primera vez que un oficial confiaba en el paje de la *Victoria*. Ya no era un niño. No, no lo era.

Hasta que la quilla del bote tocó la arena de la playa, nadie separó los labios. Saldaña y Ayamonte, situados en la popa de la embarcación, creyeron, hasta el final, que realmente desembarcaban para comprar sándalo. Cuando el capitán Elcano saltó a la arena, se dieron cuenta de que no portaban nada con lo que negociar. Ni siquiera un triste puñado de cascabeles oxidados.

—Es que ya no nos quedan mercaderías —explicó Elcano respondiendo, así, a sus miradas inquietas. Y, mientras los hombres se situaban a sus espaldas, se explicó—: Os di una oportunidad para que recapacitarais y aceptarais la disciplina de a bordo. De hecho, os confieso que pensaba olvidarme de la sanción una vez que nos halláramos en Sevilla. Tenía que establecer los límites, eso era todo. Sin embargo, vosotros no aceptasteis mi mano tendida.

Saldaña y Ayamonte caminaron por la arena de la playa. Trigueros se acercó a ellos y, tras apartarse la camisa, dejó a la vista un largo cuchillo que perteneciera al capitán general Magallanes, Dios lo tuviera presente. De aquel hombre despotricarían durante años, pero nadie aseguraría que no supo atajar una rebelión.

—¿Qué es esto? —preguntó, sinceramente sorprendido, Ayamonte.

—Cállate —cortó Trigueros.

—Capitán, no se crea usted que… —comenzó a excusarse Saldaña. La voz le temblaba y a Elcano aquello le disgustó más que la insurrección: si algo esperaba de un sedicioso, era que fuera capaz de mantenerse firme hasta el final. Digno, además de firme.

Elcano y sus hombres formaban un improvisado tribunal. Allí, en aquella playa de Timor, se procedía a juzgar, y, si acaso, a castigar, a dos rebeldes. Las explicaciones estaban demás. Las disculpas, otro tanto.

Ayamonte, que, a diferencia de Saldaña, era marinero y conocía las reglas del mar, frunció el ceño. Intuía lo que le esperaba. Por eso, se encaró al capitán.

—No nos dan comida suficiente —gruñó.

—No la tenemos para nadie —repuso Elcano.

—Pues en Malúa bien que algunos os llenasteis las tripas.

—Te explicamos la razón de aquello.

—¿Y qué? ¿Por culpa de unos salvajes tenemos que pasar hambre?

—No fue para tanto. Lo que hicisteis fue sacar las cosas de quicio. No había motivo para un motín.

—Perdóneme que le diga que sí.

—Entonces, ¿reconoces que habéis tramado una rebelión?

—Yo no reconozco nada.

—Dispongo de varios testimonios que aseguran lo contrario.

—Mienten.

—Sabes que no lo hacen.

Ayamonte sudaba. Se pasó la mano por la frente y miró a un aterrorizado Saldaña.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó este último.

—Os acuso formalmente de rebeldía —dijo Elcano.

—Joder, capitán, no haga usted eso… —terció Ayamonte.

—No puedo correr riesgos. Si permito que continuéis a bordo, me expongo a que volváis a las andadas. Y, para mí, resulta crucial completar el viaje. Debemos llegar sanos y salvos a casa.

—Le aseguro que no causaremos más problemas, capitán…

—No.

En ese momento, Trigueros asió del brazo a Ayamonte. Vasquito Gallego, quien rodeó al grupo y alcanzó a los insurrectos por detrás, hizo lo propio con Saldaña.

—Daos presos —dijo Elcano.

Lo bueno de hallarse donde se hallaban era que nadie discutiría nunca las acciones emprendidas por Elcano. Se trataba de un capitán legítimo gobernando a su gente. Ni aunque el resto de la tripulación de la *Victoria* hubiera declarado en su contra, las consecuencias serían graves para Elcano. De hecho, se esperaba que así fuera: implacable contra el desorden más allá, incluso, de las simpatías entre los suyos.

Lo malo coincidía, más o menos, con lo bueno. Un juicio en una playa

timorense se veía sujeto a imprevistos tales como que los reos podían echar a correr. Saldaña y Ayamonte, que ya comprendían que allí los iban a ajusticiar, se zafaron de sus captores y salieron a la carrera.

—¡Tras ellos! —ordenó Elcano tomando la iniciativa.

Trigueros, Vasquito y el resto de desembarcados obedecieron de inmediato. Durante diez larguísimos minutos, los españoles se persiguieron, los unos a los otros, por las abrasadoras arenas de la playa. Acto seguido, se derrumbaron, exhaustos. A perseguidos y perseguidores los separaban veinticinco pasos de distancia.

—No puedo con mis huevos… —farfulló Trigueros.

—Mierda… —renegó Elcano—. Se nos van a escapar…

Saldaña y Ayamonte no se encontraban en mejor estado. Ambos tosían y se retorcían doblándose por el estómago. Ayamonte sufrió una ruidosa arcada e intentó vomitar, pero llevaba dieciocho horas sin probar bocado.

—En pie —ordenó Elcano mientras se incorporaba para dar ejemplo. Durante un instante, el capitán sintió cómo todo le daba vueltas. Un latigazo frío le recorrió la espalda y cerró los ojos para no perder el equilibrio. Como todos los expedicionarios, se sentía débil, aunque nunca habría creído que lo estaba tanto.

Saldaña y Ayamonte, mientras, comenzaron a arrastrarse en dirección opuesta a los que hasta hacía un rato consideraban los suyos.

—Tenemos que largarnos de aquí —dijo Ayamonte, quien volvía a sufrir un ataque de náuseas.

—No puedo… moverme… —balbuceó Saldaña.

—Pues como no desaparezcamos, nos cortan el cuello.

Al final, los insurrectos sacaron fuerzas de donde no había y lograron ponerse en pie. Muy penosamente, recobraron la marcha y comenzaron a alejarse. Ni Elcano, ni Trigueros, ni ninguno de los demás expedicionarios que habían bajado a la playa pudieron seguirlos.

—Ya los atraparemos —dijo el capitán. Se había vuelto a sentar y hundía la cabeza entre las rodillas para evitar el mareo.

—Volverán —sentenció Trigueros. Tumbado de lado en la arena, todavía sostenía su cuchillo en la mano derecha.

Pero no volvieron. Saldaña y Ayamonte alcanzaron el fondo de la playa y se perdieron en la espesura de la selva. Un rato más tarde, cuando Elcano y los suyos se repusieron, fueron tras ellos y registraron un buen tramo de maleza. Se

toparon con varios nativos, hombres y mujeres completamente desnudos que los miraban sin poder disimular el estupor, y los interrogaron al respecto de los fugitivos: uno de Palos y otro de Huelva; sí, queremos cortarles el pescuezo. Los nativos negaban apresuradamente y ponían tierra de por medio con aquellos locos.

Cuando la noche les cayó encima, regresaron a la *Victoria* y, sin cenar, se fueron a dormir. Sin cenar ellos, ni nadie, pues las provisiones escaseaban y Elcano había dado instrucciones de racionarlas. El viaje a través del Índico sur los aguardaba y convenía mostrarse cautos si pretendían atravesarlo.

En adelante, comerían una única vez por día. Con el tiempo, reducirían aquella frecuencia a una vez cada dos días. Y, después…

No volvieron a ver a Saldaña y a Ayamonte. Por mucho que los buscaron para ejecutarlos, no los hallaron. Supusieron que los nativos los habrían capturado. En fin, dos bocas menos que alimentar. Nadie a bordo realizó demasiadas preguntas. Tampoco los echaron de menos. Solo se trataba de dos tontos que no supieron desembarazarse a tiempo de sus propias circunstancias.

El 8 de febrero de 1522, la *Victoria* se hizo a la mar. Daban por hecho que les aguardaba una travesía dolorosa en la que sufrirían todo tipo de amarguras. En ningún momento se les pasó por la cabeza que serían tantas y tan profundas.

Tenían por delante un viaje de más de cuatro mil quinientas leguas[58]. Solo efectuarían una escala antes de arribar a casa.

Lo que sigue es el infierno.

36

El infierno

9 de julio de 1522

DURANTE los cinco meses siguientes, solo existieron ellos. Ellos y, bueno, el planeta. Aprendieron, de tan a mano que lo tenían, a tomarlo por uno más. Alguien vivo, consciente, dotado de una piel inmensa sobre la cual ellos se deslizaban. El mundo, a medida que se volvía grandioso y salvaje, se tornaba más y más íntimo, propio, reconocible. Lo podrían haber abrazado, pues ellos, en su descomunal pequeñez, desplegaron brazos larguísimos que se extendían a leguas y leguas de distancia. Lo podrían haber abrazado y, de hecho, lo hicieron.

Hubo días, semanas incluso, en las que no hablaban. Y no porque no tuvieran nada que decirse, sino porque las palabras habían comenzado a estar de más. La tripulación de la *Victoria* se acurrucó sobre sí misma y se reconoció. Los hombres se observaban, en silencio, los unos a los otros, se advertían y advertían el tiempo y los ciclos establecidos para ellos. El día y la noche. La calma y la tempestad. La vida y la muerte. Se creyeron ser parte de todo ello al mismo tiempo y terminaron por no distinguir ni distinguirse.

La quilla de la *Victoria* se convirtió en el trozo de madera que más distancia había surcado en la historia de los seres vivos. Antes de ella, nadie. La broma, que todavía la devoraba en infinito silencio, digería el pedazo de bosque cantábrico más digno de la historia. He ahí una madera maravillosa, sí, señor. ¿Y por qué lo es? Porque los hombres que se apiñan sobre ella constituyen la tripulación fabulosa. Son ellos, solo ellos, los capaces de darle la vuelta al mundo sin más razón que el porque sí, porque pueden, porque la tierra es redonda y ¿quién no querría, pudiendo, demostrarlo?

Pudiendo porque podían y pudieron. Elcano fue el capitán, pero fue, durante la larga y sigilosa travesía final, el hombre silencioso que se ocultaba entre la marinería. Estuvo allí a cada momento, aunque no más allí que el resto. No más

que Albo, o Trigueros, o Méndez, o Tomás de Tidore, o Vasquito Gallego. No más que los que dieron la vida por el camino y fueron arrojados al mar.

Tenían un gesto que adquirieron entonces y que a los que los recibieron, primero en Sanlúcar y, después, en Sevilla, no se les pasó desapercibido. Miraban como quien ha visto lo que no creeríais. Vieron las escaleras que descienden a las catacumbas de la existencia, vieron las naves de los marineros fantasmales, vieron un sinnúmero de bestezuelas de ojos iridiscentes flotando sobre los mástiles de la *Victoria*, vieron, en fin, el torso hirsuto del diablo. Levantado sobre el huracán, un hombre hace pie en el fondo del océano, un hombre se alza sobre las olas y agita una cadena del tamaño de un país. Si les alcanza con ella, la *Victoria* será hecha añicos y todos los hombres morirán.

Porque los hombres mueren y esta es una condición de la que no deberíamos desproveernos. Mueren, sin que esto suponga un dolor. Mueren, y la marcha presume descanso, alivio, finalización. Los que aún mantienen el ánimo habrán de lanzarlos por la borda, en mitad de olas monstruosas y el rugido demoníaco del mar abierto: adiós, amigos, con vosotros vamos nosotros.

De tan una misma cosa en la que terminaron por convertirse. Llegó el instante en el que el capitán Elcano resultó ser la tripulación, el contramaestre Albo, una extensión natural de la *Victoria*, Martín Méndez, hombre del rey y el rey en la cubierta. Trigueros miró por los tripulantes ausentes. Por el increíble Urrutia, al que abandonaron a su suerte en la exótica Borneo; por el piloto Carvallo, quien encontró un hijo en un océano y lo perdió en el siguiente; por el Sordo, aquel chaval dispuesto a doblar su turno para salvar a un compañero agotado; por Mafra, quizás ya haciéndose a la mar en la *Trinidad*; por Goitisolo, el calafate de la *San Antonio* que detestaba salir a cubierta y prefería permanecer abajo, en la bodega, protegido de los hombres y los acontecimientos; por Magallanes, el hijoputa cojo y testarudo sin el cual nunca habrían terminado viéndose en una como esta; por Guillermo de Patagonia, el gigante que jamás llegó a comprender que la empresa en la que se veía inmerso superaba cualquier afán jamás imaginado por los hombres; incluso por Enrique de Malaca, maldita fuera su estampa y maldito fuera su recuerdo.

Miraban por los ausentes y también por los que vendrían. Tenían ojos, incluso, para los que cinco siglos después leerían acerca de su aventura.

Unos sobrevivirían y otros no. Pese que a todos los impulsaba el deseo de regresar sanos, salvos y ricos a casa, hubo un momento en el que no terminaron de distinguir lo uno de lo otro. Se les complicaban los pensamientos, confundían

recuerdos y anhelos, y enredaban, en medio de la placidez que solo la extrema poquedad delimita, la pervivencia y la muerte. Así, Elcano asió durante horas y horas y horas el pinzote con el cual guiaban la nave. Lo hizo despierto y vivo, y, cuando dio el relevo a Albo, a Trigueros, Navarro, Alfonso o cualquier marinero de entre los que aún se tenían en pie, continuó respirando. Entre un instante y el otro, entre el principio y el final de las cosas que suceden de la más indiferente de las maneras, Elcano no podría jurar que permaneció a este lado del muro de Dios: se internó en una espesura que le recordaba mucho a la jungla bárbara de Guanabara, que olía como ella y en la que podía escuchar trinos de pájaros extraordinarios, pero en la que se supo muerto. Muerto sin dolor, sin pesadumbre, sin preocupación. Muerto y sujeto a aquel pinzote con el cual manejaban el timón del viaje poderoso y seminal. Se sabían inaugurando una época y este era el motivo por el cual Elcano regresaba, parpadeaba una o dos veces, y respiraba agitadamente, pues respirar, pronto, se convirtió en el único rasgo fiable para reconocerse aquí.

Elcano puso proa hacia el Índico sur. Con toda seguridad, había dejado atrás, al norte, las rutas portuguesas. Sin embargo, no quería correr riesgos innecesarios, así que hundió a la *Victoria* en un mar, hasta entonces, desconocido. Nadie había navegado aquellas aguas y nadie habitaba en las islas que pudieran encontrar a su paso. La soledad los rodeó en cuanto dejaron atrás la isla de Timor y los acompañaría durante meses y meses. Resulta complicado explicar qué sentían. ¿Qué siente alguien que está más solo que la soledad infinita, que no se sabe cerca de ningún otro ser humano, que intuye que, por mucho que se esfuerce, mucho que avance, mucho que demande, nadie hallará en leguas y más leguas? La soledad es el extravío abisal, y a ello los condenó Elcano cuando mandó enfilar hacia el colosal sur del mundo. Alejarse de los portugueses para así mantener a salvo la vida y la carga, tenía un precio. Lo pagaron moneda a moneda y nadie salió indemne de aquella.

Aunque sí curado. Los que llegaron, lo hicieron recubiertos de una costra rígida que tenía a la soledad como germen y al salitre como espesor. No se volvieron hombres duros, pues eso ya lo eran desde mucho tiempo atrás, sino rígidos. Como las piedras, los palos que sostienen las velas, como las determinaciones del rey: le contarían que habían dado la vuelta a la redondez del mundo y quizás no se lo creyera. Se ofrecerían, entonces, a peregrinar hasta palacio y mostrarse cuan rígidos eran. Vea, majestad, que ahora somos duros en el sentido pleno de la palabra. Vea, señor, que Dios nos ha guiñado un ojo y ya

no entendemos del antes y del después, de lo sido y por ser. Tenemos un cargamento magnífico en la bodega de la *Victoria* y otro, no menos excepcional, en la sobrecubierta de nuestras almas. Sabemos el color de la soledad despiadada. Sabemos qué ruido hace el silencio absoluto.

Entre el 8 de febrero y el 8 de marzo de 1522, recorrieron cerca de novecientas cincuenta leguas[59]. Para Elcano, la soledad se convirtió en su desdicha, aunque también en su aliada. Donde no hay nadie, no hay tampoco portugueses. El de Guetaria no lo sabría jamás, pero ya andaban buscándolos. Eso sí, por la Cochinchina[60], muy, muy alejados de su éxodo hacia lo hondo del mundo. Con el paso de las semanas, los portugueses los dieron por perdidos. Creyeron que, con toda lógica, a la *Victoria* se la había tragado el mar profundo. Los españoles locos se habían pasado de listos y enfilado hacia su propia perdición. Se rieron un rato largo, los portugueses, y hasta un tal capitán Brito aprovechó para irse de putas. Follaron sin dar crédito a su buena suerte.

Mientras tanto, los hombres de Elcano hundían la proa más y más al sur. Durante ese mes de travesía atroz y silenciosa, no murió nadie. Entre los cuarenta y seis expedicionarios españoles y los quince moluqueños, sumaban sesenta y un hombres a bordo. Se repartieron en tres turnos, cada uno bajo el mando de un oficial, y trabajaron día y noche, sin descanso. La *Victoria* precisaba de atenciones continuas, permitía que se la amase y correspondía. Por ejemplo, ya nunca dejaron de utilizar la bomba de achique. Se accionaba cuatro veces por minuto, casi seis mil veces al día, más de en cuarenta mil ocasiones cada semana. Un millón de veces durante aquel primer mes de travesía. Un millón de veces hubo un par de brazos empujándola para que el agua que, lentamente, inundaba la sentina, fuera extraída y arrojada por la borda. No comían, pero accionaban la bomba de achique. No bebían, pero achicaban. No dormían, no pensaban, se morían, resucitaban, se dolían de mil males reales e imaginarios, y achicaban siempre, siempre, siempre. Porque, si no lo hacían, nada tendría sentido y terminarían en el fondo del mar. Vasquito Gallego y Zabaleta empujaron aquella bomba en decenas de miles de ocasiones. Sus brazos no impulsaban hacia delante a la *Victoria*, pero impedían que la *Victoria* se fuera hacia el fondo. Por ello, su trabajo fue esencial, como fue esencial el de todo hombre que aún se mantuviera con vida. En el primer mes de travesía, los sesenta y uno que partieron de Timor.

La *Victoria*, pues, se hacía de rogar, aunque agradecía los esfuerzos. Avanzaba firme hacia el cabo de Buena Esperanza, su destino primero y el objetivo que se grabaron a fuego. Cuando la noche llevaba horas siendo cerrada, los hombres insomnes se buscaban en la oscuridad y se interrogaban acerca de los planes del capitán. ¿Qué hacemos aquí?, se preguntaba cualquiera. Hasta que alguien daba con la respuesta: enfilamos hacia Buena Esperanza, que es la del África meridional y también la nuestra. Amén, atestiguaban los demás en un susurro. Continuaba haciendo calor, aunque los expedicionarios experimentarían un frío calado en los huesos que ya no los abandonaría más.

Se iban hacia el cabo de Buena Esperanza simplemente a ojo. No tenían forma de saber dónde estaba. En realidad, aquella ruta la fundaban ellos y nadie nunca jamás había navegado desde la especiería hasta el sur de África atravesando las aguas del Índico sur. Tampoco disponían de un modo eficaz de conocer su ubicación. En los días en los que el cielo se hallaba despejado, el contramaestre Albo tomaba la posición del sol al mediodía y averiguaba la situación de la *Victoria* respecto del ecuador. Y sabían, también, la ubicación de Buena Esperanza. Aunque no la distancia entre ellos y el cabo. Conocían siempre su latitud y nunca su longitud. Podían separarlos doscientas leguas de Buena Esperanza y no se habrían sorprendido. O mil, y tampoco. O dos mil doscientas[61], como habrían de recorrer, y menos aún.

Albo llevaba años anotando las posiciones en las que se encontraban. Su celo no se admiraba a bordo, sino que se reverenciaba. En no pocas ocasiones, los marineros le cedían el turno a la hora de comer o de beber, para que el oficial pudiera ir y tomar el sol. Sin Albo, creían improbable que hubieran intuido el rumbo hacia Buena Esperanza. Y se hallaban en lo cierto.

El contramaestre, por su parte, decidió encerrarse en sí mismo. O puede que no se tratara de una decisión consciente, sino de una consecuencia. Sí, convendría explicarlo así: lo que a él, y a todos, les acaeció, tuvo mucho que ver con una forma de reaccionar ante la percepción de que el entorno era vasto y solitario. El mundo, por expresarlo de alguna manera, los presionaba sin descanso. Es decir, presionaba sus ánimos, sus conciencias, y también las carnes, la piel, las vísceras. En mitad de aquel océano, sintieron cómo los ojos se les endurecían y no de forma metafórica: realmente percibían el interior de sus cuencas como bolas sólidas con las que, sin embargo, seguían viendo sin excesivas dificultades.

La mayoría, y el contramaestre Albo entre ellos, optó por derrumbarse hacia dentro. Sin estrépito, sin desazón. Se cayeron hacia una hondura interna que no los mantenía a salvo del exterior. Albo, que solo conservaba de contramaestre la denominación y que había cedido a otros hombres la responsabilidad de gobernar a la marinería, ejercía como un auténtico piloto. Casaba mucho más con su auténtica vocación: medir la dimensión fidedigna del mundo y guiar, a través de él, su pequeña nave llamada *Victoria*.

Se agarró a ese nombre con todas sus fuerzas. La *Victoria* y él fueron convergiendo, a medida que pasaba el tiempo, hasta que una y otro terminaron por ser la misma cosa. Albo, al menos, así lo experimentaba. Él era la nao, él atravesaba el inmenso océano Índico, él debería avisar de que se aproximaban al cabo de Buena Esperanza. Sabía que faltaba mucho para que ese día llegara, pero sabía, también, que se encontraban en la senda adecuada.

Lo poco que el contramaestre Albo hablaba a lo largo del día, lo hacía con el capitán Elcano. Se cruzaban unas cuantas miradas y dos o tres palabras. Las justas para confirmar que todo sucedía como se esperaba, que simplemente debían perseverar en su actitud para lograrlo. Albo, que se había formado un juicio certero en torno a la auténtica dimensión del planeta, no cometería el error por el que tan caro pagaron en el Pacífico. El mundo era extenso, muchísimo más extenso de lo que cualquier hombre había supuesto antes. Para Albo, esta constituía la auténtica enseñanza del viaje. Habían descrito y medido la auténtica dimensión del mundo, de su circunferencia y de los océanos que la completaban. Durante varias semanas, Elcano y Albo se sintieron los hombres más sabios del universo. Ni uno solo, ni en España ni en Portugal, y menos aún en países bárbaros como Cipango, Persia, Catay o Inglaterra, conocía lo que ellos resumían en sus cuadernos y anotaciones. Eran los primeros marinos que daban la vuelta al mundo, pero también los primeros hombres de ciencia capaces de medirlo, ya y para siempre, con absoluta certeza. Cuando la noche caía sobre las cubiertas de la *Victoria*, se encerraban en el camarote del capitán y repasaban sus cálculos. Una y mil veces, para asegurarse de que sabían lo que sabían y que lo que sabían nadie podría nunca refutar. Albo y Elcano, Elcano y Albo, y la veloz e intrépida *Victoria* bajo sus pies. Tras inmensas zozobras, viajaba Dios con ellos.

El primero en darse cuenta de que esta presencia era auténtica, que Dios verdaderamente estaba con ellos, fue Vasquito Gallego. Vasquito había salido creyente de Sevilla y el paso de los meses, los años y los continentes lo habían

convertido en un místico. O casi. Vasquito pensaba que su padre, el que fuera piloto original de la *Victoria*, se encontraba muerto por algo. Con él, la larga lista de tripulantes que habían cerrado los ojos. Dios tenía un plan y no comprenderlo del todo servía, precisamente, para comprender que así era. ¿Acaso podría haber sido un plan divino aquel que comprendían desde el inicio hasta el final? En absoluto. Dios, que ya se hallaba plantado en pie sobre la cubierta principal de la *Victoria*, admiraba a los hombres que, contra los elementos, peleaban sobre ella. Y hasta debía de experimentar cierto regocijo hacia los artesanos que construyeron la nao… No se habrían ganado, con ello, el cielo, aunque casi. Lástima que no lo supieran. Allá, en el lejanísimo astillero guipuzcoano donde fue alumbrada la brava *Victoria*, un puñado de hombres se llevaría una gran sorpresa en el momento de pasar a mejor vida. Bien por ellos.

Aquí, en la *Victoria*, cabalgando olas lentas y profundísimas que los empujaban más y más hacia el gran sur, Vasquito experimentó una epifanía: dedicaría la victoria de la *Victoria* al Señor nuestro Dios, pues sin él clavado ya como un expedicionario más en la nao, no serían capaces de llevarla a buen término. Dicho de otro modo: tenían a Dios de su parte y Vasquito así lo supo. Lo supo e hizo correr la voz. ¿Notáis la presencia del Señor?, decía. Y los tíos que lo rodeaban en ese momento alzaban un poco la barbilla y olisqueaban el aire, como si Dios pudiera ser husmeado, y respondían que sí, que la notaban, que cómo no iban a hacerlo si a él llevaban ya una vida entera encomendados. En cuestión de semanas abandonaron un tanto su humanidad para convertirse en santos. Podría argüirse que en una actitud semejante pervive algo de jactancia, de insolencia, de vanidad; y, por lo tanto, de pecado. Que, precisamente, por ello mismo se alejaban de Dios en vez de acercarse. Sin embargo, nada de esto sería cierto pues, como bien conocían los expedicionarios, un Dios todopoderoso es un Dios embarcado que cruza los mares al mando de sus propios hombres. Conformaban, de algún modo, la tripulación celestial que no dudaba en surcar el infierno y atravesar sus llamas, sus olas, sus tempestades, su afán de terminación.

Dios en las velas y las velas en el viento. No necesitaban saber más.

Vasquito Gallego terminó por hacerse amigo de Tomás de Tidore, al que habían destinado a la bomba de achique una vez que quedó claro que ya no reconocía el lugar en el que se hallaban. Los quince moluqueños habían sido reasignados a tareas distintas de la que los había llevado a bordo de la *Victoria*: ya no tenían ni la más remota idea de dónde se encontraban y las aguas

profundas y espesas del mar adentro les parecían tan indescifrables que a punto estuvieron, los españoles, de sentir lástima por ellos. Vaya hombres audaces que estáis hechos vosotros, les espetó una sola vez el capitán Elcano antes de relegarlos a tareas menores. Habrían aguardado, de ellos, mayor entereza, demonios… A todos se nos hacen anchos los océanos interminables, pero nos aguantamos y no nos andamos quejando por los rincones. Ni siquiera cuando, por sorpresa, el primero de ellos se murió, los españoles dieron su brazo a torcer. Habrá sido por testarudez, dijo un marinero y el resto lo secundó de inmediato. Los moluqueños parecían hechos de miga de pan.

Tomás de Tidore intuyó rápido cómo funcionaba la bomba de achique. Le costó algo más comprender para qué servía tanto esfuerzo. Al final, y con permiso de la oficialidad, Vasquito lo llevó a la bodega y, deslizándose como una lagartija entre los toneles apilados, descendió hasta la sentina. Tomás, mucho menos hábil que el muchacho para moverse en aquel espacio condenado, tardó bastante rato en llegar a lo más profundo del barco, varias brazas por debajo del nivel del mar. Allá, Vasquito le pidió que escuchara, que permitiera, en suma, que Dios le explicara la existencia en cuatro sonidos: uno para las ratas que habitaban la sentina; otro para los toneles rechinando al agitarse; uno más para las cuadernas de la *Victoria* retorciéndose y alabeándose; y otro, por fin, para el agua colándose a través de cien grietas abiertas en un casco mil veces reparado.

Al moluqueño, casi se le para el corazón allí mismo y hay que subirlo entre varios para arrojarlo por la borda y que no se pudra en la bodega. ¿De verdad que nos hundimos?, preguntó. A lo que Vasquito respondió con un sí muy sonoro, de esos que le llenan la boca a uno cuando lo pronuncia, sí, nos hundimos a cada momento de nuestra existencia, se hunde la *Victoria*, nos hundimos nosotros con ella y nos hundiríamos también sin ella, pues la vida es zozobra y martirio.

Aunque no deberías preocuparte demasiado, Tomasito, añadió Vasquito, ya que Dios navega con nosotros.

La idea española de Dios chocó tanto a Tomás de Tidore como la propia idea de España. Necesitó tanto tiempo para comprenderlo que muchos expedicionarios llegaron a pensar que, en realidad, Tomás era un poco retrasado.

—¿Pero cómo puede ser que España no sea una isla? —preguntaba una y otra vez. Pigafetta, que había enseñado a los moluqueños un rudimentario castellano para que lograran comunicarse con los tripulantes, se arrepintió de haberles mencionado las islas. Sin embargo, ¿de qué otro modo habría logrado

inculcarles la noción de país? Les explicó, con la paciencia infinita que le caracterizaba, que España era una especie de isla, lo mismo que Francia o Italia. Islas conectadas entre sí, islas vertebradas como el gran espinazo de la vieja Europa. Islas cuya característica principal residía en que no lo eran, en que no podían ser navegadas sino por sus costados, en que se alzaban sólidas.

—Pues no lo es —respondió Vasquito—. Y deja de darle vueltas siempre al mismo asunto.

—Este tío es tonto —zanjó Zabaleta. Al principio, la llegada de Tomás a la bomba de achique había supuesto una fenomenal noticia, no en vano ahora habría tres hombres para realizar el mismo trabajo que antes sacaban adelante dos. No obstante, pronto se dieron cuenta de que habían realizado un mal negocio pues el recién llegado no cerraba el pico y los castigaba con preguntas y más preguntas.

—Ningún reino verdaderamente grande es una isla —explicó, siempre paciente, Vasquito.

—¿Tidore tampoco? —preguntó el moluqueño mientras empujaba la bomba y un chorro de agua putrefacta era expulsado más allá de la cubierta.

—No te ofendas, tío, pero Tidore no se puede comparar con España.

—¿No es una nación?

—Claro que lo es. La más grande bajo el sol.

—Entonces, es una isla.

Decidieron que más les valía hablarle de Dios.

—¿Pero cómo puede ser que Dios no sea una montaña? —preguntó, entonces, Tomás de Tidore.

Vasquito y Zabaleta se miraron el uno al otro y alzaron las cejas en señal de hartazgo. ¿Pero qué habían hecho ellos para merecerse un castigo semejante? La propia existencia de Tomás certificaba que Dios no era una montaña, sino un hombre sobrenatural que todo lo veía. Los actos podrían ser tan libres como obligadas las consecuencias. De esto, los dos muchachos no tenían ni la menor duda.

—Mira, Tomás, así no vamos a ningún lado —repuso Zabaleta, que, al ser de Baracaldo, parecía el menos paciente de los dos. A fin de cuentas, a ellos se les pagaba por achicar agua, fregar la cubierta o repartir la ración de comida, pero no por instruir a un pobre desgraciado. Si llegaba a España sin conocer ni lo más elemental, ese era su problema.

—Dios no es una montaña —intervino Vasquito, más templado que su amigo

—. Olvida todo lo que sabes, porque no son sino patrañas. Dios es nuestro salvador y a él encomendamos nuestras almas.

—¿Qué es el alma, Vasquito?

—El recipiente de nuestros anhelos.

—¿Como la *Victoria*?

—Sí, como la *Victoria*. Bien visto, Tomás.

Zabaleta, aunque reacio al principio, accedió a auxiliar a Vasquito y, entre los dos, explicaron a Tomás que ahora mismo, en ese preciso instante en el que accionaban la bomba de achique mientras la proa de la *Victoria* cortaba la superficie del mar en dirección al cabo de Buena Esperanza, Dios los acompañaba. A todos de forma conjunta, pero también a cada uno personalmente. El moluqueño frunció el ceño, y más que lo frunciría en las jornadas venideras, aunque terminó por aceptar que Dios estaba de su lado. Costaba concebirlo, pero, cuando se renunciaba a la comprensión y se abrazaba la fe, las cosas comenzaban a mejorar sustancialmente. Fe, ten fe, Tomasito.

La tuvo cuando concedió que Dios, vestido con las ropas habituales en un marinero, se situaba, con las piernas un poco abiertas, en el castillo de proa. Desde allí, observaba el horizonte. No, lo escrutaba, pues extraía de él la información precisa para que la *Victoria* rompiera las olas: es hacia allí, amigos; dadle duro y no desfallezcáis, pues yo navego con vosotros y en mí anida la pasión de los hombres únicos.

A medida que el miedo se abría paso en el corazón de los hombres, Dios ganaba tamaño y presencia.

El 8 de marzo, un mes después de que partieran de Timor, Elcano ordenó que se encontrara tierra. Sin duda, el capitán era plenamente consciente de que no podía ordenar que sucediera lo que no dependía de él. Con todo, lo hizo, pues ello contribuía a levantar la moral de los hombres. Estaban a punto de quedarse sin víveres y sin agua, de manera que más les valía encontrar una isla en la que abastecerse.

Para las aguas en las que se habían internado no existían cartas. Navegaban, por lo tanto, a ciegas. A Albo, esto no le suponía problema alguno. De hecho, afirmaba preferirlo. Sin cartas erróneas o contaminadas, no corrían el riesgo de perderse. Confiaba en sí mismo y en sus mediciones. Tenía a la *Victoria* muy hundida en el hemisferio, algo por debajo del paralelo 36 grados sur. Dicho de otro modo, habían alcanzado la latitud del ansiado cabo de Buena Esperanza. A partir de ese día, simplemente debían navegar en línea recta hacia el poniente.

La orden de Elcano, como el capitán había supuesto, llenó de alborozo a los expedicionarios. ¡El capitán manda que hallemos tierra!, exclamaban abrazándose los unos a los otros. Los hombres que no se hallaban de servicio se acodaron en las bordas y escudriñaron el horizonte en todas direcciones. Así funcionaba esto en la *Victoria*: el capitán solicitaba tierra y los marineros se la daban. Cuanto antes y, a ser posible, de la buena.

Tras unas cuantas horas oteando, comenzaron a achicarse. Aquellas aguas eran planas hacia los cuatro puntos cardinales. ¿Y las islas? Viniendo, como venían, del Maluco, les parecía un sinsentido no hallarlo todo plagado de islotes. Fueron, poco a poco, rebajando sus expectativas. A última hora de la tarde de aquel 8 de marzo, con la *Victoria* encarando a generosa velocidad su travesía hacia el oeste, la marinería informó a Elcano:

—Ninguna isla a la vista, capitán.

—Lo sé.

—¿Y si rezamos?

Que Dios hecho hombre viajara con ellos no significaba que debieran evitar las plegarias. Al contrario, adivinaron que se veían obligados a redoblarlas. Dios en el cielo es exigente, pero Dios en la cubierta resulta implacable.

Así las cosas, salvo el pequeño grupo de hombres que se encargaba de manejar la nave, la dotación de la *Victoria* se reunió en la cubierta principal, muy apiñados unos hombres contra otros, y el capitán Elcano dirigió los rezos.

Oraban con sencillez: mientras los marineros guardaban devoto silencio, el capitán pronunciaba, en voz alta, la primera parte del avemaría. A continuación, los hombres respondían con la segunda. Siempre, el tono era premeditadamente repetitivo y cadencioso, como si a la Virgen María se la invocara mejor por aburrimiento.

—*Ave Maria, gratia plena, Dominus Tecum* —murmuró Elcano. Se encontraba subido a la toldilla y cara a cara con su tripulación, la cual daba la espalda a la proa de la nao y, en consecuencia, al sol en el poniente. Una luz anaranjada comenzaba a cernirse sobre ellos—. *Benedicta Tu in mulieribus, et benedictus fructus ventris Tui, Iesus*.

De pronto, un hombre cayó redondo. O casi, porque debido a que los tripulantes se apiñaban codo con codo, al tipo, aunque involuntariamente, lo retuvieron en su caída.

—Es Santander —explicó Navarro, que se encontraba cerca.

—¿Qué le sucede? —preguntó, interrumpiendo la oración, Elcano.

—Se ha desmayado.

Se hizo un pequeño hueco y, entre dos hombres, retiraron a Santander, quien, pese a todo, no había perdido por completo el sentido y se disculpaba y trataba, sin éxito, de volver a ponerse en pie.

—Que descanse un rato —indicó Elcano antes de recuperar el rostro circunspecto propio de la oración. Los hombres lo secundaron, agacharon la cabeza y corearon—: *Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus*.

No hubo tiempo para mucho más, pues otro tío se fue al suelo. Esta vez, Elcano no interrumpió el rezo. Al contrario, se concentró más y más en él, como si una oración dicha como Dios mandaba pudiera reincorporar a sus gentes.

—*Nunc et in hora mortis nostrae* —dijo. Y realizó una breve pausa antes de, junto a los demás, añadir—: *Amen*.

Fue pronunciar el amén y caérseles un tercer tripulante. Este, a saber por qué, sí que dispuso de espacio suficiente y todos escucharon el clonc que realizó al golpearse contra los maderos de la cubierta. Dios los sometía a una dura prueba en la que el hambre, la sed y el agotamiento se aliaban para derrotarlos. Resistirían y se revelarían dignos.

—*Ave Maria, gratia plena, Dominus Tecum* —comenzó, de nuevo, un avemaría Elcano. Los hombres hundían más y más las barbillas en sus pechos y la luz naranja del fin de la tarde los envolvía. Oían cómo la quilla de la *Victoria* partía olas a una velocidad alucinada. Tan pronto creían que todo marchaba a pedir de boca como se sumían en el desconcierto de saberse aniquilados. Este parecía el plan de Dios: salvarlos y condenarlos al mismo tiempo sin que ellos fueran capaces de distinguir lo uno de lo otro; menos aún, de elegir un destino—. *Benedicta Tu in mulieribus, et benedictus fructus ventris Tui, Iesus*.

Plonc, otro cuerpo desmayado al suelo. Clanc, ¡y uno más! El miedo, y la luz celestial, los embargaron. Un tío llamado Ortega y que provenía de la dotación de la *Concepción*, casi se cae al agua cuando perdió el sentido yéndose de espaldas. Entre Vasquito y Zabaleta lo sujetaron en el último momento y terminó por desplomarse, sano y salvo, en el sitio.

—*Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus*.

La falta de agua y alimentos comenzaba a hacer mella en los marineros. Y los años, también los años de brutal travesía. Elcano intentaba que los rezos llenaran los agujeros de los estómagos, aunque se daba perfecta cuenta de que no lograría engañarlos por mucho tiempo. Las oraciones estaban bien, y todos se sumaban gustosos a ellas, pero no se masticaban.

Se le desmayaba la marinería. Pronto, los desmayos darían paso a las muertes.

—*Nunc et in hora mortis nostrae* —concluyó el capitán. Los rayos naranjas los circundaron.

* * *

Elcano había ordenado que le encontraran tierra y así fue. Tardaron, eso sí, sus buenos diez días, y hasta el 18 de marzo no dieron con ella. Un hombre en la cofa del palo mayor, nadie recuerda quién, dio la voz, la voz maravillosa que a todos paralizó durante un instante.

—¡Tierra!

Y no se movieron, por miedo a que lo visto se asustara. Elcano levantó la mirada y, con él, el contramaestre Albo. Allí, unas veinte o veinticinco leguas en dirección oeste, el perfil de una serena isla se alzaba ante ellos. No parecía, o no les pareció, muy grande, aunque sí montañosa y quizás agreste. Habría agua, puede que también animales vivos. A lo mejor, hasta nativos con los que podrían comerciar.

—¡Vamos allá! —ordenó Elcano. Se hacía sombra con una mano sobre los ojos y examinaba la lejanía.

Ocuparon el resto del día en acercarse a la isla[62]. A medida que lo hacían, comprendían que no se trataba de un espejismo, sino de la obra de Dios: tenían, delante de ellos, aquello por lo que tanto habían rogado. Y es que, como se repetían una y otra vez, Dios aprieta aunque no ahoga. Los había encerrado en la *Victoria* y los había sacudido de lo lindo durante cuarenta días y cuarenta noches, pero ahí, frente a la proa de la *Victoria*, les aguardaba la recompensa. Un puerto tranquilo en mitad del Índico sur. Sin duda, y por mucho que se ubicaran en las mismísimas tripas de la demarcación portuguesa del mundo, lejos de sus inquietantes vecinos. Arribaban a un lugar perdido de la mano de Dios. Con Dios encaramado en la cubierta de la *Victoria*.

Sonrieron al considerarse, en el fondo, unos hombres con suerte. Los desvanecimientos estaban a la orden del día, y quien más quien menos perdía el sentido dos o tres veces por jornada. Y se les había vuelto a morir un moluqueño. No obstante, tampoco era para tanto. En peores se habían visto, pardiez.

Se sentían tan felices que comenzaron a sonreírse los unos a los otros. Unas risas que mostraban unas dentaduras rotas, ennegrecidas, sangrantes. Ni siquiera les daban gran importancia. Si al cumplir los treinta años de edad conservaban la mitad de los dientes, se agachaban, recogían un canto y se daban con él para celebrarlo.

Una vez que se situaron a una legua de distancia de la cara norte de la isla, Elcano ordenó que los lombarderos se prepararan para cargar. En el mejor de los casos, abrirían fuego sin bala, sencillamente para saludar a los nativos. En el peor, pues con bala. No sería la primera vez que la emprendían a tiros en mitad de su desesperación. Dios urdía, para ellos, rutas atroces, a Elcano no se le ocultaba.

La expectación era máxima a bordo de la *Victoria*. Elcano acercó la nao a menos de un cuarto de legua y todos observaron cómo, tras imponentes acantilados, se levantaba una espectacular montaña recubierta de vegetación. Los expedicionarios, que relacionaban montañas y especias, abrieron aún más los ojos. Podrían habérseles desorbitado a algunos, sobre todo a los diez o doce muchachos que todavía llevaban a bordo. Idiotas, se os han caído al agua por sorprenderos más de la cuenta. Os lo tenemos dicho, mirad que os lo tenemos dicho.

—No parece que haya un lugar en el que atracar… —dijo Trigueros junto a la borda de babor. Recogían algunas velas para que la *Victoria* atemperara su avance.

—¡Yo descenderé a tierra, capitán! —exclamó Pigafetta—. Creo que conozco el dialecto de estos indios.

Elcano no contestó. Pigafetta acostumbraba a mentir mucho, pero los había sorprendido demasiadas veces como para pasar por alto su ayuda. Eso sí, primero tenían que encontrar un lugar en el que recalar. Y ante ellos únicamente se levantaban escollos de roca muy similares a los del mar Cantábrico. Olas de gran tamaño se estrellaban en los rompientes creando fantásticas figuras de espuma blanca.

—Esto tiene muy mala pinta —dijo Vasquito Gallego. Como el resto de la tripulación, se acodaba en la borda e intentaba distinguir nativos en la costa.

—¿España? —preguntó, a su lado, Tomás de Tidore.

—No, esto no es España… Todavía falta mucho para llegar a España. Pero nos vendría bien bajar a tierra y aprovisionarnos.

—¡Yo descenderé en el primer grupo! —insistió Pigafetta. Sonreía, aunque

no bobaliconamente como el resto, sino con codicia. La codicia de quien anhela saberlo todo sobre todo.

—No veo un lugar por el que aproximarnos —le dijo Elcano al contramaestre Albo.

—Costeemos durante un rato.

La *Victoria* comenzó a rodear la isla a una distancia prudencial. Observaban el modo en el que las olas rompían en las rocas y los expedicionarios alejaron la nao: un golpe de mar podía empujarlos contra los acantilados y vararlos, o algo peor. Recordaron lo que le sucedió a la *Santiago* dos años atrás y se conjuraron para que no les volviera a suceder. Siete hombres a bordo, Trigueros entre ellos, provenían de aquella dotación que escuchó el sonido que produjo la quilla de la *Santiago* al embarrancar.

Sin prisa, la *Victoria* alcanzó el extremo oeste de la isla y viró hacia el sur para continuar costeando. Al menos, no se advertía la presencia de nativos. Llegados a este punto, lo preferían. En cuanto encontraran un lugar en el que largar el ancla, lanzarían el bote al mar, alcanzarían la costa y buscarían un cauce de agua dulce. En ese momento, beber agua fresca era lo que más precisaban. Más, incluso, que los alimentos.

Elcano descubrió una impenetrable sucesión de riscos a cada cual más alto. Mandó que la *Victoria* se alejara de ellos y continuaron escrutando la costa. Decenas de pares de ojos haciéndolo, todos al unísono, como si de un animal soberbiamente dotado se tratase. Verían hasta lo invisible. Verían porque necesitaban hacerlo.

Y vieron. Fue entonces cuando Vasquito gritó:

—¡Ahí!

Se trataba de una llamada mágica que lograba que los corazones de los expedicionarios latieran a gran velocidad. Algunos conseguían notar cómo les subía garganta arriba, y ninguno aseguraría que, con todo, le disgustara aquella sensación: el corazón saliéndose por las bocas. ¡Qué ves!, exclamaron, en lugar de preguntar, el resto. Tras el aviso de Vasquito, la tripulación entera se fue hacia su lado, en babor.

—¡Figuras! —aseguró Vasquito.

—¿Dónde? —preguntó Elcano.

—¡Delante de nosotros!

Giraron la mirada con ahínco. Por el amor de Dios, que lo que afirmaba Vasquito Gallego fuera cierto. Si había gente en la isla, existiría un modo de

arribar a ella. Se lo comunicarían en cuanto los avistaran. En definitiva, ¿a quién no le gusta comerciar un poco? Traían mercancías exóticas desde el mismísimo Maluco.

—¡Los veo! —gritó, entonces, Trigueros.

—¿Dónde? —repitió la pregunta Elcano.

—¡Hacia el este! ¡Son dos! ¡No, tres! ¡Cinco!

Más miradas y más ahínco en la dirección señalada. Vasquito se podía haber equivocado. Era un hombre más duro y cabal que cualquier español de tierra adentro, pero continuaba siendo un chico. Trigueros, no. Trigueros sabía lo que decía. Y confirmaba lo dicho por el chaval.

—¡Yo también los veo! —gritó Pigafetta. Le había salido un grito demasiado agudo y varios marineros, en señal de rechazo, encogieron los hombros.

—¡Dónde! —gritó, ya un tanto irritado, Elcano.

—Allá —dijo Vasquito. Lo hizo bajando la voz, casi en un susurro. Tenía la mirada fija en la isla y un brazo extendido. Con el dedo índice, señalaba.

Las vieron. Vieron a una decena de figuras detenidas en la loma de una montaña que daba al mar. Si se hubieran dejado caer, habrían rodado hasta los acantilados y las olas las habrían destrozado. Por supuesto, no lo hicieron. Las figuras permanecieron quietas, expectantes, como si descubrieran, por primera vez, la existencia de un barco.

—No parecen hostiles —dijo el contramaestre Albo quien, en cualquier caso, no tenía la menor intención de descender a tierra.

—No, no lo parecen —repuso Elcano, a su lado—. ¿Cuántos son?

—Yo diría que una docena… —aventuró Albo. Y, como era un hombre de números y datos, comenzó a contar—: Una, dos, cuatro, y cuatro más en la parte de arriba, ocho; otra, nueve, diez, doce, quince… Vaya, hay más. Puede que unas veinte.

Elcano se frotó el rostro con una mano y se acarició la barba. Mientras Albo contaba en voz alta, él lo había hecho mentalmente. Y creyó llegar a veinticinco. Qué raro.

—Son dieciocho —aseguró Albo.

—A mí me salen más.

En la *Victoria,* recogieron las velas para que la nao dejara de avanzar. Elcano no quiso ordenar que se largara el ancla, pues la distancia a la que se hallaban de los acantilados, casi un cuarto de legua, parecía más que segura.

—No se mueven —dijo un marinero.

—¡Es verdad! —repuso otro—. ¡Parecen estatuas!

—¡Pero nos miran! —añadió un tercero.

Las figuras, en efecto, parecían mirarlos. En la loma de la montaña, algo separadas las unas de las otras, los observaban en silencio. Jamás se habían enfrentado a un comportamiento semejante. Y eso que se habían enfrentado a casi todos: desde la hostilidad abierta y con armas en la mano hasta la franqueza de los pueblos amigos. Sin embargo, con la indiferencia no contaban. Con que se los observara en la distancia sin interés aunque sin rechazo, tampoco. Definitivamente, se hallaban ante gente extraña.

—Eso no son gente —aseveró, entonces, Navarro.

—¿Ah, no? —preguntó Trigueros.

—Bueno, no se les mueve ni un pelo —aseguró Navarro.

—Hostia puta, es verdad… —intervino Bocacio Alfonso—. Son…

—Fantasmas —completó Navarro.

Elcano, que no se encontraba muy lejos pues nadie lo estaba de nadie a bordo de la *Victoria*, escuchó la conversación y decidió cortar por lo sano. Lo único que le faltaba era que los hombres afirmaran haber visto espectros.

—Los fantasmas no existen —terció.

—Yo a usted lo sigo en lo que haga falta —dijo Trigueros—, pero no en eso que acaba de decir.

—Los fantasmas existen —expresó Vasquito Gallego haciéndose eco de la creencia general. ¿Cómo podían no existir los fantasmas? En ese caso, ¿qué era de las almas que no hallaban el camino hacia el mundo tras las tinieblas?

—No quiero fantasmas en la *Victoria* —señaló Elcano.

—Descuide, no permitiremos que suban a bordo —dijo Bocacio Alfonso.

De nuevo, los españoles enmudecieron y tornaron la mirada hacia la costa. Escuchaban el rumor de las olas rompiendo en los acantilados y observaron el vuelo de los albatros. Las figuras, mientras tanto, permanecían inmóviles. Experimentaron algo de inquietud al mirarlas, puede que hasta miedo. Y también pena. Sí, pues algo en su actitud demostraba que no se encontraban allí por gusto propio. Quizás habían sido confinadas a causa de motivos que a los expedicionarios se les escapaban. Quizás no tenían forma de salir de la isla y el encierro se extendería por los siglos de los siglos.

—Si descubriéramos un lugar hacia el cual remar con el bote, me arriesgaría —dijo Elcano—. Necesitamos agua.

De pronto, la *Victoria* se había revelado como un hogar acogedor para

aquellos hombres que viajaban en ella. De acuerdo, apenas les quedaban víveres y acusaban el agotamiento tras una deriva asombrosa, pero, con todo, la *Victoria* los protegía de los fantasmas. Se decía que los marineros que pasaban demasiado tiempo embarcados, renunciaban a descender a tierra cuando se les ofrecía la posibilidad. Todos conocían el caso de algún marino viejo que permanecía a bordo incluso tras varios días con la nao amarrada en puerto. Aseguraban que, para ellos, no había nada que ver en tierra. Y puede que así fuera, de manera que respetaban ese deseo. Al final, quien no ha conocido más hogar que la cubierta de un barco, ¿a qué otra cosa puede aferrarse cuando las voluntades flaquean?

Fuera lo que fuese lo que Elcano deseaba, no hallaron un lugar al que acercarse con el bote. Donde no encontraban rompientes, las rocas se levantaban verticales hacia el cielo. Tendrían que haber trepado por ellas hasta alcanzar una zona segura. Y aunque lo hubieran logrado, ¿cómo podrían acarrear los barriles necesarios para surtirse de agua? Imposible.

Una de las figuras que no se dejaban contar levantó la mano derecha. A modo de saludo, interpretaron. Se lo devolvieron con efusividad, aunque dignamente.

—Nos dice adiós —resumió Trigueros.

—O trata de engañarnos para que bajemos a tierra —intervino Pigafetta.

—¿Pero tú no te habías ofrecido para ir en el bote? —preguntó Navarro.

—Me interesan las personas. No los espíritus —contestó el vicentino.

—Agresivos no parecen —reflexionó Vasquito—. Yo descendería tranquilamente.

—Ah, pues perfecto. Ve tú y, a tu regreso, nos cuentas.

—No hay modo de llegar con el bote.

—Así cualquiera da un paso al frente…

Otra figura levantó la mano a modo de saludo. Y una tercera. El resto, poco a poco, como arrastrados por el viento, los imitó. Saludaban a los de la *Victoria*, y lo hacían con dedicación y exentos de cualquier fervor.

—¿Crees que nos conocen? —le preguntó Elcano al contramaestre Albo.

—¿Conocernos? ¿A nosotros?

—No me dirás que no muestran un comportamiento un tanto inhabitual…

—Nunca antes me había topado con almas penantes, así que no sabría decirte…

—Venga, Albo, no me jodas… Sabes tan bien como yo quiénes son esos que nos saludan con la mano.

Lo sabrían o no, pero nadie lo puso en palabras. ¿Quién diría que allí, en aquella isla desolada, tan lejos hasta de la propia ausencia, moraban las almas de los hombres que habían dejado atrás? Los que murieron, a los que los mataron.

—¿Distingues a alguien con cojera? —preguntó el contramaestre Albo.

—¿El hijoputa de Magallanes? ¿Crees que penará junto al resto? No sé, ese cabrón siempre fue un estirado. Supongo que habrá buscado una isla para penar él solo, sin mezclarse con sus hombres.

—Magallanes siempre quiso a los suyos, capitán. A su extraña manera, pero lo hizo.

—Fue un buen capitán general. Eso, te lo concedo.

—Que tomó decisiones erróneas que ahora expía. No fue el peor capitán del mundo.

—Nos trajo hasta aquí. Saludémosle, pues.

Elcano levantó la mano y comenzó a agitarla mansamente en el aire. La isla se desencajó de sus raíces y comenzó a moverse en el agua. Avanzaba hacia la *Victoria* mientras los espectros que la habitaban los miraban con fijeza.

—¡Largad las velas! —ordenó Elcano, quien no se dejaría atrapar.

La tripulación, como un solo ser, se puso manos a la obra y procedió a cumplir la orden del capitán. Eso eran y a eso se dedicaban: largaban las velas, recogían las velas, siempre, hasta que arribaran a Sanlúcar o el mar se los tragara con los seiscientos quintales de clavo en su bodega. Un ser, hombres, nao y carga. Una única bestia prodigiosa que respiraba.

En poco más de media hora, la *Victoria* dejó atrás la isla, a la cual llamaron de la Desesperanza, con los espectros olvidados en las laderas de sus montes. Supusieron que vieron unos cuantos pero que, por mucho que no se dejaran contar, habría más. En las otras laderas, en otros prados, donde las cuevas se abrían en mitad de los acantilados para acoger los nidos de los albatros.

—Hija de puta… Nos sigue —dijo Trigueros desde la popa del barco. Se había trasladado allí para admirar con sus propios ojos lo que ya era noticia entre el resto de la marinería: que la isla de la Desesperanza pretendía contagiarlos de su desdicha y que el capitán Elcano había ordenado que se hiciera lo humano y lo inhumano para impedirlo. Qué certero, el guipuzcoano. Sabría de los asuntos de los muertos, pues se decía que allá, en la brumosa Guetaria, la sal del mar protege de los tránsitos rápidos. Así, algunas almas, las más torpes o las cargadas de mayores remordimientos, se atoraban en la migración hacia la sima de la inexistencia.

—La estamos dejando atrás, que es lo importante —advirtió Vasquito Gallego.

—¿Has reconocido a alguien, tío?

—Me ha parecido ver a mi padre.

—Es verdad, tu padre… Lo siento mucho, Vasquito. Era un gran tipo. Y un fantástico piloto.

—Gracias. Hace ya más de un año que murió. Pero todavía lo echo de menos.

—Es que un padre es un padre. Haces bien en guardarle la memoria.

—Ojalá hubiera podido retenerla entera. Si lo recordara por completo, no permanecería confinado en esa isla triste.

—No te culpes, chaval. Tú bastante haces con seguir vivo. Es lo que querría tu padre. Que llegaras sano y salvo a casa y prosperaras en la vida. Llevamos un dineral bajo nuestros pies.

—¿Crees que estarán bien? Los muertos, digo…

—La isla parece un buen refugio. Y los obedece. Si no, no hubiera salido tras nosotros.

—Eso ha dado un poco de miedo, ¿verdad?

—Y tristeza.

—¿Dónde estamos, Trigueros?

—No creo que nadie lo sepa con certeza. Aunque, sin duda, en un lugar donde las leyes del hombre no rigen. Aquí, permanecemos solos.

—Suerte que tenemos al contramaestre Albo decidiendo el rumbo.

—Es lo único que nos salva. Eso, y que el capitán Elcano sabe zafarse de los portugueses.

—Putos portugueses… ¿Por qué no hacen algo por sí mismos y nos dejan en paz?

—No saben, Vasquito, no saben…

* * *

A lo largo del mes siguiente, hasta el 18 de abril de 1522, la *Victoria* fue zarandeada por los peores vendavales que ha conocido un navegante. La respuesta de Elcano fue la de hundir más la nao en el hemisferio, hasta sobrepasar, en alguna que otra ocasión, los 40 grados sur.

El primero de los temporales los sorprendió al día siguiente tras dejar atrás la isla de la Desesperanza y los espectros que la habitaban. De pronto, el mar se transformó. Habían sido testigos de fenómenos semejantes, aunque ningún hombre fue capaz de recordar uno de intensidad parecida. Notaron cómo las aguas borbollaban bajo ellos. Trigueros descendió a la bodega, se aseguró de que la carga se encontraba bien estibada y regresó a la cubierta para informar: desde luego, más no podemos hacer. Adentro, pues, replicó Elcano persignándose y mirando de frente hacia el temporal que se les aproximaba por poniente. ¡Rezad!, ordenó, y la tripulación entera comenzó a murmurar por lo bajo y a empeñar promesas y devociones si de aquella salía con éxito. Viajaban con el alma tan comprometida que necesitarían diez años para cumplir con las peregrinaciones prometidas. Siendo ricos, como serían, deberían la propia existencia.

Si acaso, el contramaestre Albo sonrió. Como buen marino, sabía que los vendavales anunciaban la llegada a las aguas del cabo. De hecho, así se lo comunicó a Elcano: ya estamos, dijo. Y no, no estaban, pero lo parecía. De pronto, el mar embraveció.

A bordo de la *Victoria*, el capitán Elcano ordenó que la tripulación se dispusiera ordenadamente a lo largo de las cubiertas. Aún eran sesenta hombres a bordo, ni más ni menos que sesenta, y la bodega, abarrotada de mercancías, no les ofrecía refugio. Capearían arriba, pues no quedaba otro remedio. De esta forma, los hombres del turno en activo tenían prioridad sobre el resto. De ellos dependía que la *Victoria* mantuviera su rumbo sin perder el aparejo. Ubicar al resto no suponía una tarea sencilla. Sobre todo y teniendo en cuenta que al menos trece hombres se sentían enfermos. Enfermos, en la *Victoria*, significaba que no podían tenerse en pie y que, por lo tanto, debían permanecer echados. Donde no existía sitio para echarse, echados. Con hombres pateándolos muy a su pesar, retirándose cuando se lo indicaban, recuperando el sentido perdido durante un instante para facilitar una maniobra y perdiéndolo a continuación.

El 2 de abril, una ola gigantesca casi los envía a pique. Gigantesca de verdad: los que primero la vieron, gritaron que sumaba tres veces la eslora de la *Victoria*.

—¡Mirad! —aullaron en medio del huracán. Vientos tempestuosos los empujaban de un lado a otro y varios marineros decidieron que más les valía atarse a los palos para no ser arrojados al mar. Se daba inicio, entonces, a una intrincada danza de hombres y cuerdas en torno a un eje, un baile en el que si un

único danzante perdía el hilo, la compañía entera finalizaría enredada. Trenzaban sin mirarse a los ojos, por pura intuición. Y no se equivocaban.

La ola llegaba desde el poniente, esto es, desde el lugar al que la *Victoria* ponía proa. Elcano la observó y experimentó un estremecimiento único: se daba a sí mismo la mitad de posibilidades de superarla con éxito; la otra mitad, quedaba para la perdición.

Más hombres levantaron la mirada en una noche que no era tal, pues se hallaban en el mediodía, pero que lo parecía, de tan oscuro que se había vuelto el cielo. Ráfagas de lluvia endemoniada barrían las cubiertas de la *Victoria*. Los moluqueños, que no conocían aquella versión del mundo, se volvieron aterrorizados hacia los españoles. ¿Pero qué es esto?, parecían decir. Los españoles, por su parte, no se molestaban en responder. ¿Qué podrían haberles dicho? ¿Que todo marcharía bien? Ni siquiera ellos las tenían todas consigo. La mitad de posibilidades, creía el capitán Elcano. Y eso, en el mejor de los casos.

La ola rugió. O, por decirlo de forma más precisa, el rugido que traía en su avance llegó hasta ellos. Se les congeló el ánimo, maldita sea. Aquel monstruo provocaba un miedo desatado, un desquiciado deseo de acuclillarse, hundir la cabeza entre las rodillas e implorar a Dios. Sin embargo, Dios no los salvaría si ellos no lo hacían primero. Allá lo tenían, hecho hombre, hecho marino, sobre el castillo de proa de la nao. Abría ligeramente las piernas e infinitamente los brazos. Su proa era la de ellos. A por la ola.

Durante un instante fatal, justo cuando la *Victoria* se halló en la base de la grandiosa ola, dejó de llover. La cresta espumosa, muy por encima de ellos, hacía las veces de tejado y los protegía. Se sorprendieron, aunque tampoco tuvieron tiempo para mucho más: la proa de la *Victoria*, impulsada por las velas y la velocidad que traía, comenzó a trepar por el colosal muro de agua oscura. Allá iban.

—¡Sujetaos! —gritó Elcano. La lluvia volvió a golpearlos y cada gota dolía lo mismo que una pedrada—. ¡Atentos!

El bramido del mar impedía que se oyeran, de igual forma que la cúpula de gruesas nubes les negaba la luz. En las cubiertas, apenas se podía caminar y tenían más de cuatro dedos de agua que eran incapaces de evacuar. Vasquito y Zabaleta, atados a la borda, impulsaban, enloquecidos, la bomba de achique. ¡Nos hundimos!, bramaba Vasquito. ¡Nos hundimos!, correspondía Zabaleta. Se habían echado a llorar, pero ni por un momento dejaban de trabajar. Si no achicaban, la *Victoria* carecería de toda posibilidad. Cualquier labor en la nao

constituía el esfuerzo preciso que mantenía a raya al desastre. Cualquiera, desde el más importante hasta al más nimio. Desde los cálculos de Albo hasta la puñetera bomba de achique accionada por dos muchachos sin demasiadas luces.

Antes de que se dieran cuenta, la *Victoria* se había puesto en posición vertical. No disponían de una palabra para designar aquella situación, de tan extravagante que se hacía. ¿Un barco con la proa mirando hacia el cielo y la popa hacia el fondo del mar? ¿Está yéndose a pique o qué?

No. O no, de momento. La *Victoria* ascendía por el fantástico muro de agua negra, lo remontaba a velocidad pasmosa y Elcano comprendió que lograrían alcanzar la cresta. Lo que en adelante sucedería, lo desconocía. No demasiados capitanes se habían visto en una semejante, habían salido con éxito de ella y lo habían contado. Dos, tres, ni media docena. ¿Sería él el siguiente de la lista?

Dejaron de respirar para así ayudar a la *Victoria*. Y funcionó, pues la quilla alcanzó la cresta de espuma, la partió, continuó creciendo ya sin agua que la sostuviera y se detuvo en el aire. Gritaron los hombres, de puro miedo y pura desesperación, pues en aquel columpio bárbaro se acababa todo. Muy despacio, la ola avanzó bajo la popa de la nao y esta recuperó parte de la horizontalidad perdida. Sintieron cómo caían en el aire, a tres o cuatro esloras de la superficie del mar, quietos y a punto de extraviarse, frenéticos, decididos.

La quilla de la *Victoria* regresó a la ola y respiraron aliviados. Entonces, todavía no sabían que les quedaba descender por el otro lado. Una caída asombrosa con la proa por delante. ¿Y si al final, el mar no los detenía? ¿Y si continuaban bajando y bajando, y no paraban hasta alcanzar el fondo marino?

De nuevo, comenzaron a chillar. Se les desorbitaban los ojos, se les salían las lenguas de las bocas, les dolía el mar iracundo. Cruzaron los dedos durante el descenso, pues poco más se les ocurría.

La *Victoria* golpeó contra la superficie como si la hubieran arrojado al vacío. Partió el mar y dos montañas de agua salieron despedidas, una por babor y la otra por estribor. La nave se hundió hasta que la superficie del mar y la cubierta principal estuvieron alineadas y, de pronto, comenzó a surgir: la *Victoria* flotaba, que era, lo habían olvidado, lo que se esperaba de ella.

—¡Yeee! —gritó Trigueros con el rostro empapado—. ¡Llega otra!

Elcano miró hacia el oeste y comprendió que su marinero no erraba. A por ella.

* * *

Por suerte, dos días después, el 4 de abril, las olas gigantes les dieron una tregua. Continuaban llegando olas, siempre desde el poniente, pero ya no colocaban en posición vertical a la *Victoria*. A ratos, creían que había amainado, pese a que todavía las rachas de viento derribaran a hombres que, de no hallarse firmemente atados, habrían sido lanzados por la borda. Pero se les hacía llevadero y hasta encontraban el modo de descansar en mitad del temporal.

—Propongo que nos dirijamos a Madagascar —dijo el contramaestre Albo. Junto a Elcano y la escasa oficialidad que les quedaba, se habían reunido en el camarote del capitán para deliberar en consejo.

—¿Madagascar? —repuso Elcano—. No, ni hablar. Nos arrojaríamos en manos de los portugueses.

—Se trata de una isla muy grande —resumió Albo—. Podríamos acercarnos a una parte aislada, pasando desapercibidos.

En torno a la mesa del camarote se sentaban, además de Elcano y Albo, el escribiente Martín Méndez y Juan de Acurio, que fuera contramaestre en la *Concepción*. Cuatro hombres para decidir por sesenta. Escuchaban el rugido del viento al otro lado de la puerta cerrada del camarote.

—Nos falta de todo —indicó Albo—. Apenas nos quedan víveres, no tenemos agua…

—¿Conoces la ruta? —espetó Elcano.

—Sí. Nos encontramos en algún lugar próximo al cabo. Quizás a trescientas leguas.

—¿A cuanto de las rutas portuguesas?

—A lo suficiente. Si seguimos como hasta ahora, no pasaremos a menos de cien leguas de sus derroteros habituales.

—Es decir, que si nos desviamos para atracar en Madagascar, nos metemos de lleno en sus aguas.

—Sin duda. Pero se trata de morir o sobrevivir. La *Victoria* no aguantará mucho más.

—La *Victoria* aguantará lo que le echen.

Méndez y Acurio asistían en silencio al debate. Entendían los motivos que ambos oficiales exponían. Ya no se trataba de estar de acuerdo con uno u otro. A fin de cuentas, ninguno erraba. Debían elegir lo más adecuado para ellos en

aquel momento preciso. ¿Arriesgarse a perderlo todo y salvar la vida? ¿Continuar con muchas probabilidades de sucumbir en el intento?

—Votemos —dijo Elcano.

No sería la última vez que el de Guetaria facilitaba las decisiones exponiéndolas, con todas las consecuencias, a la oficialidad. Cuando se trataba de la vida o la muerte, los hombres importaban.

—¿Quiénes quieren que viremos hacia el norte y busquemos la costa de Madagascar?

Acurio levantó la mano. Durante un rato, pareció que Méndez se animaría a secundarle, pero finalmente el hombre del rey permaneció inmóvil.

—¿Quiénes votan a favor de buscar el cabo de Buena Esperanza?

Albo levantó la mano y Acurio también lo hizo. Elcano, tras mirarlos, los imitó.

—Tres contra uno —recapituló—. Continuamos hacia delante.

* * *

A partir del 18 de abril, los temporales amainaron. Con todo, hasta el día 24, no vieron el sol y Albo no pudo medir su declinación. Los vientos soplaban contrarios, así que recogieron las velas y aguardaron. Entonces, la corriente comenzó a impulsarlos hacia el norte. Tantos días sin poder realizar mediciones habían desorientado al contramaestre. Comprobó que se encontraban en 37 grados sur y así se lo comunicó a Elcano. A su juicio, ya no les quedaba nada para el cabo. Cuestión de dos o tres jornadas. Lo tenían ahí delante.

Por desgracia, en los últimos días de abril y los primeros de mayo, el viento sopló de cualquier dirección excepto de la deseada: se movían despacio, no se movían o, incluso, retrocedían. Albo juraba que en aquella latitud no los encontrarían los portugueses pero, comoquiera que fuese, los nervios se hallaban a flor de piel. Fue entonces cuando Elcano resolvió realizar una nueva consulta. Esta vez, sin excepciones: se tendría en cuenta la decisión de cada hombre que se hallara a bordo sin fijarse en su rango. La cuestión no podía resultar más sencilla: dado que se sabían atrapados en una región de vientos contrarios, Elcano proponía lanzar la carga al mar y continuar ligeros.

No necesitó ofrecer ninguna explicación. Se encaramó a la toldilla y, desde allí, habló a sus hombres, los cuales lo miraban acongojados. Cinco de ellos se

encontraban tan débiles que ni siquiera atendían cuando se los llamaba por su nombre. A los demás, esto les preocupaba sobremanera: así se veían ellos en cuestión de días si no atinaban con una salida a su delicada situación.

Seiscientos quintales de clavo al mar. Y lo que conllevaba: por mucho que lograran alcanzar Sanlúcar, la expedición habría resultado un completo fracaso.

Se lo pensaron detenidamente. Elcano les dio media hora para que reflexionaran, durante la cual, uno de los hombres más enfermos despertó y llamó a gritos a su madre. Lo escucharon desde cada rincón de la *Victoria*. Acto seguido, preguntó qué sucedía. Había notado que algo inhabitual preocupaba a los tripulantes. Le contaron la propuesta del capitán: la *Victoria* no conseguía avanzar hacia el oeste porque llevaba un importante sobrepeso; arrojando la carga al mar, podrían salvarse. El enfermo, que lo estaba realmente, pues moriría en cuestión de días, sacó fuerzas de donde no había para protestar. ¿Qué era eso de tirar la carga? ¿Se habían vuelto locos o qué? Antes muertos. Y antes muertos en el sentido más literal del término: sucumbir antes que doblegarse.

La reacción del moribundo les llegó al alma. Puede que no influyera en la conclusión de los demás, aunque sí que ayudara a apuntalarla. Gracias, capitán, es usted un hombre noble y nos damos cuenta de que hace lo que debe, pero no. No vamos a tirar la carga. El clavo es nuestro y si Dios ha dispuesto que duerma por los siglos de los siglos en el fondo del mar, será con nuestros cadáveres descansando sobre él.

Al regreso de Elcano, que se había encerrado en el camarote para repasar, por enésima vez, los cálculos del contramaestre Albo, fue Trigueros quien le comunicó la determinación alcanzada.

—¿Estáis seguros? —preguntó. Tratar de cerciorarse no parecía propio de él, pero allí todos habían dejado, al menos un poco, de ser ellos mismos.

Completamente. Enfile usted hacia el maldito poniente. Renunciamos a cualquier acción que no suponga arribar a Sanlúcar con la carga íntegra. Vamos a vencer o a morir.

Entiéndase que afirmaban esto con absoluto conocimiento de causa, que no se trataba de una fanfarronada más en boca de un puñado de españoles perdidos en el gran sur del mundo. Vencerían o morirían, y sucediera lo que sucediese, se preparaban para lo que llegara. Unos cuantos, los más débiles y enfermos, sabían que no lo lograrían. Para ellos, la expedición sí terminaría en el fondo del mar cuando sus compañeros los arrojaran por la borda una vez que hubiesen

expirado. Estos, los condenados, eran los que más fervientemente se oponían a nada que no fuera avanzar, y avanzar, y avanzar.

El 1 de mayo, avistaron ballenas. Una manada de veintitantos ejemplares se les acercó tanto que pudieron advertir que algunos nadaban bajo el casco de la *Victoria*. Se daban cuenta de que se trataba de animales pacíficos, aunque de los que convenía mantenerse alejados: uno solo de aquellos bichos descomunales era capaz, si lo deseaba, de enviar a pique a la *Victoria*. Resultaría un tanto grotesco, después de lo sufrido. Algunos quizás lograran salvarse en el bote y, cuando un barco de portugueses haciendo su ruta hacia la especiería los rescatara, les contarían que casi lo logran. Más de dos años y medio de penalidades hasta que un pez les partió el casco y de la vía de agua no pudieron salvarse. Se morirían de risa, los cabrones portugueses. Decidieron que antes se mataban todos que darles aquel gusto.

El 4 de mayo, divisaron bandadas de albatros, lo cual, unido a los cálculos del contramaestre Albo, les hizo comprender que ya habían sobrepasado el cabo de Buena Esperanza. Porque así pretendían doblarlo: por intuición, sin avistarlo, alejados siempre de las rutas enemigas. Se trataba de una maniobra nunca antes probada y Albo era quien la ejecutaba. Con la latitud siempre segura, calculaba una y otra vez, hasta el hastío, la distancia recorrida en un sentido paralelo al del ecuador. Una vez que la fijaba, calculaba la anchura del Índico, algo que, desde luego, desconocía a ciencia cierta. Las cartas de la región que Albo manejaba, y manejaba unas cuantas, eran portuguesas y fiables, pero no lo suficiente como para navegar genuinamente a ciegas. Navegar desde lejos, sin puntos de referencia efectivos, sin divisar la costa.

Atravesaron medio mundo a oscuras.

—Creo que ya está —aseveró Albo. Se reunía el consejo en el camarote del capitán.

—¿Hemos sobrepasado el cabo? —preguntó Martín Méndez.

—Sí.

En adelante, las conversaciones siempre serían breves. Preguntas muy concretas y respuestas directas. Ha fallecido un hombre, lo hemos arrojado por la borda, no nos queda agua dulce, viramos hacia el norte, sin portugueses a la vista, vamos a morir.

—Estamos en el Atlántico —dijo Elcano. Y añadió—: En casa.

Pero no, no estaban en el Atlántico y, menos aún, en casa.

La *Victoria* viró hacia el norte y navegó tres días sin variar el rumbo. A

medida que avanzaban, más se confiaban en que Albo había bordado la maniobra. El final de África era un gran cuerno de doscientas leguas de ancho y no les cabía duda de que superarlo por el oeste suponía no hallar más tierra en su camino.

Pero la hallaron. Sucedió en ese aciago 8 de mayo, a las cinco de la tarde, anotaría más tarde Albo, cuando el hombre destacado en la cofa dio el aviso de tierra. Por norma general, aquella palabra conllevaba felicidad. Esa vez, no. ¿Tierra? Resultaba imposible haber superado el cabo, estar enfilando hacia el norte por el océano Atlántico y toparse con tierra firme. Solo existía una respuesta, y no podía resultar más desoladora: no habían doblado el cabo de Buena Esperanza y continuaban en el Índico.

—¿Cómo? —se preguntó, estupefacto, el contramaestre Albo. No le cabía en la cabeza lo que acababa de escuchar. Sus cálculos eran buenos, por el amor de Dios, lo eran. Corrió hacia la borda de estribor y observó cómo una gran franja de tierra, interminable hacia el noreste y el suroeste, se extendía frente a ellos. Observó, también, la desembocadura de un gran río.

—Es el río del Infante —dijo Elcano.

—No puede ser el río del Infante —balbuceó Albo.

—¡El río del Infante! —gritó, entonces, Acurio. Ninguno había navegado con anterioridad en aquellas aguas. Se ubicaban en la mismísima mitad de la demarcación portuguesa del mundo. Si los capturaban allí, ni en mil años podrían convencer a sus captores de que habían cometido un pequeño desliz, de que estaban en aquel lugar por equivocación.

Pero disponían de buenas cartas portuguesas de la región del cabo. Magallanes se ocupó de que las llevaran, lo cual, por cierto, significaba que el capitán general previó la posibilidad de, en el viaje de ida y tras no hallar el paso del suroeste, cambiar por completo de planes y atravesar el Atlántico sur hasta Buena Esperanza. Y las cartas no dejaban margen para el error: la *Victoria* se encontraba a una legua escasa de la desembocadura del río del Infante[63], bautizado así por los portugueses en honor de un tal Juan Infante, capitán que lo descubrió.

—Intentemos desembarcar —propuso Martín Méndez.

—Estamos en medio de la ruta portuguesa —dijo Albo. Y, como si de la nada pudiera surgir una carabela artillada enemiga, miró alternativamente a un lado y a otro.

—Muy mala suerte sería que nos encontraran aquí —repuso Méndez—. Necesitamos reponernos. Tenemos a hombres muy enfermos. Y necesitamos agua y comida. No podemos continuar.

—Estamos en mitad de la ruta portuguesa —repitió Albo, como quien lo dice porque cree que antes no se le ha entendido bien.

—Propongo que nos arriesguemos —afirmó Méndez.

Elcano tuvo sus dudas. El contramaestre Albo se encontraba en lo cierto. Mantenerse en aquella latitud los ponía en peligro y frustraba las infinitas precauciones con las que se habían movido desde que partieran de la especiería. Sin embargo, se morían. Sin hipérboles, se morían. Dedicarían, por lo tanto, dos o tres días a buscar un lugar en el que recalar. Quizás hallaran una embocadura en la que ocultar a la *Victoria*. Cuanto menos, disimularla. Las naos y carabelas portuguesas pasaban por la zona, pero se dirigían a Madagascar o provenían de allí. No perderían el tiempo en un paraje semejante.

Por desgracia, solo hallaron riscos y acantilados, como ya sucediera en la isla de la Desesperanza. El 10 de mayo, comenzó a soplar viento del noreste, que era el que precisaban para continuar rumbo hacia el suroeste. Elcano decidió aprovecharlo y se despidieron de aquel río del Infante que tan poca suerte les había traído.

Durante cuatro días, jugaron con la costa. Se acercaban lo suficiente para avistarla y regresaban a aguas más profundas. Albo consideró inútil aquella maniobra. Se había equivocado una vez, y no se equivocaría dos. Ahora sí que conocía su ubicación exacta respecto al continente africano, de modo que podían descender tanto como quisieran hacia el sur, hacia territorio seguro y alejado de los portugueses.

Elcano, siendo de la misma opinión, prefería no abandonar del todo las referencias precisas que le ofrecía la costa. Había apostado vigías día y noche para que estuvieran atentos tanto a su posición respecto a tierra firme como al descubrimiento de naves enemigas. Si aparecía, en el horizonte, un barco portugués, quería ser el primero en verlo y disponer, así, de más tiempo para reaccionar. La *Victoria*, con su bodega llena, no se trataba de un navío rápido. No obstante, tampoco lo sería la posible nave portuguesa con la que se toparan. Ellos también transportaban cargas de un lado al otro del mundo.

Dos expedicionarios murieron y dos más perdieron la consciencia y se sumieron en un sueño del que no regresarían. Arrojaron por la borda los cadáveres de los que los habían dejado y cubrieron tan bien como pudieron a los

que aún respiraban pero ya muy débilmente. Hacía frío y el viento, insano, les agrietaba la piel. Se redujo la ración de agua a un sorbo diario.

Falleció uno de los moribundos y, dos días después, el segundo; y un expedicionario más, que enfermó de la noche a la mañana. Estaban a 20 de mayo y, tras arrojarlos por la borda y, con la tripulación al completo reunida sobre la cubierta de la nao para decir una oración, el contramaestre Albo procedió a medir la posición del sol. No divisaba la costa, pero no lo necesitaba. Supo que el cabo de Buena Esperanza se encontraba en algún lugar hacia el lado de estribor de la *Victoria*. Sin embargo, no dijo nada. Prefería asegurarse y no cometer el mismo error de jornadas atrás.

Al día siguiente, estuvo nublado y el contramaestre no pudo medir la posición del sol. La *Victoria* enfilaba decididamente hacia el norte y a Albo no le cabía la menor duda de que lo hacían por el océano Atlántico. Una jornada más tarde, el 22 de mayo de 1522, pudo medir el sol. Casi se muere él mismo de la emoción. Estaban a casi dos grados al norte del cabo de Buena Esperanza.

Albo buscó a Elcano, lo halló en el castillo de proa y se inclinó sobre él para comunicarle la noticia. Elcano asintió levemente. Miró a los ojos a Albo y Albo le mantuvo la mirada, aunque solo por un instante. Después, los dos hombres se separaron y continuaron con sus labores. Hasta tres horas después, el capitán no le comunicó a la tripulación que lo habían logrado, que ya enfilaban en una majestuosa línea recta hacia casa.

No hubo vítores de alegría, pues se sentían exangües. Con todo, se regocijaron. Solo les restaba un continente por delante. Uno demencialmente grande. Y atestado de puertos seguros portugueses.

* * *

Les quedaba medio tonel de arroz. Se redujo aún más la ración y cada hombre podía llevarse a la boca dos cucharadas, una por la mañana y otra al anochecer. Con eso, vivían. O lo intentaban. La enfermedad comenzó a extenderse y pronto no hubo un solo tripulante a bordo que no se sintiera mal. Varios moluqueños, tan exhaustos como los españoles, murieron y también los lanzaron al mar. Pigafetta observó que, cuando los arrojaban al agua, estos flotaban boca abajo, a diferencia de los españoles, que lo hacían boca arriba.

Al menos, comenzó a soplar viento del sur, es decir, de popa, y la *Victoria* voló sobre las olas.

En los escasos días comprendidos entre el 22 de mayo y el 8 de junio, alcanzaron el ecuador. Diecisiete silenciosas jornadas de viento y muerte. Nadie hablaba, nadie se lamentaba, los marineros que todavía eran capaces de hacerlo trabajaban en las labores de navegación. La *Victoria*, tan maltrecha y apurada como los hombres, se mantenía a flote y con eso se daban por satisfechos.

Elcano y Albo pretendían llegar, como fuera, a las islas Canarias. Si lo conseguían, estaban salvados. No obstante, la realidad se impuso y comenzó a morir gente. Se explica con sencillez: tal día, murió un hombre; tal día, otro. Etcétera. Pero sobre la cubierta de la *Victoria*, un hombre no era un hombre, sino el tipo con el que llevabas casi tres años compartiéndolo todo. No se moría un marinero, sino un compadre. Uno de los tuyos, la gente que amamos y que despedimos con lágrimas. Hicieron funerales por las almas de todos y cada uno de los que se marcharon. El 1 de junio expiró un hombre, y otro seis días después. El 7 de junio, murió Lope Navarro, el marinero tudelano al que secuestraran los caníbales del mar dulce de Solís. Sobrevive tú a un ataque de temibles caníbales para que sea, precisamente, el hambre la que se te lleve. Resulta irónico, ¿no? Al final, la vida es una cuestión de comida a tiempo. En la *Victoria* no les quedaba nada y se habrían embuchado el clavo que portaban en la bodega si este fuera comestible. Pero no lo era, así que se morían. Con las costillas al aire y el vientre vuelto del revés, las encías sangrantes e inflamadas y la mirada perdida en el cielo abrasador.

También murieron tres moluqueños más, todos con la angustia calada en la piel. Ni siquiera Tomás de Tidore hablaba ya, pues para qué. Hacía tiempo que los moluqueños dejaron de comprender el sentido del mundo y de las circunstancias. Se habían creído grandes navegantes solo porque viajaron unas cuantas islitas al sur de la especiería. En el momento de embarcarse en la *Victoria* se mostraron ufanos y satisfechos. Les iban a enseñar a esos blancos qué era el mundo. Pues no, los blancos se lo enseñaban a ellos, y de qué manera. Las distancias se extendían muchísimo más allá de lo comprensible, se caían hacia infinitos enigmáticos, borraban cualquier sentido a la naturalidad de las navegaciones. El mundo se dilataba de una forma tan asombrosa que dolía, dolía en la carne y en los huesos.

Y la muerte. Los moluqueños la conocían, cómo no, pero no en los abismos de la consciencia. A bordo de la nao española, no se morían, sino que se sumían

en un delirio de días y semanas hasta que lo que los hacía humanos se extinguía. Los hombres blancos, que morían con ellos, les habían enseñado una lección duradera: que la persistencia en los actos y las acciones conlleva el regalo de la comprensión. Entendían, de pronto, entendían el sentido de la existencia, aunque estuvieran demasiado débiles para ponerse en pie y expresarlo con palabras. En el umbral de la muerte por inanición, los navegantes sonreían hacia dentro. Merecía la pena, qué diablos. Ojalá hubieran llegado vivos a casa, pero no lograrlo no suponía un demérito. El viaje importaba. Tendidos en la cubierta de una *Victoria* lanzada hacia el norte con las velas infladas, completamente infladas. Conseguidlo por nosotros, amigos y compañeros.

El 9 de junio, ya en el hemisferio norte, expiró otro hombre. Morían casi a uno por día y al capitán Elcano apenas le daba tiempo a organizar los responsos. Le gustaba decir unas palabras en cada uno de ellos, distintas para hombres distintos. Los conocía, se conocían más que si hubieran nacido hermanos, pero no daba tiempo a ocuparse de todos. Los lanzaban al agua mientras la *Victoria* enfilaba hacia el noroeste, rodeando la inmensa panza de África. Las islas Canarias, la salvación, se ubicaban a cuatrocientas ochenta leguas de distancia. Con vientos favorables, dos o tres semanas más de travesía. Sin ellos, un mes, mes y medio.

Con la muerte enseñoreándose en las cubiertas de la nao, sin nada que comer ni beber, a cadáver diario, Elcano intuyó que no conseguirían alcanzar las Canarias. Se encontraban demasiado débiles. Apenas podían ya manejar los cabos. Hasta hombres decididamente fuertes como Trigueros habían enfermado.

Pobre Trigueros. Ni siquiera lo oyeron quejarse. No es que los demás lo hicieran, pero algún que otro lamento sí que se escuchaba en la soledad de la *Victoria*. No era para menos, la verdad. Trigueros, sin embargo, se limitó a sentarse en el suelo. Tan simple como eso. Notó que las fuerzas le fallaban, se acercó a la borda del lado de estribor y se sentó allí con la espalda doblada hacia el frente. Nadie le prestó ni la menor atención. ¿Qué podrían haber hecho? ¿Decirle que todo iba a salir bien? Trigueros, cuya mente comenzaba a enturbiarse, no se habría dejado engañar. Y habría resultado indigno para los suyos. No, no se contaban mentiras. Elcano se acuclilló frente a él el 10 de junio. Le aseguró que no tenían agua, que había hombres comiéndose una de las velas que llevaban de repuesto en la bodega. Trigueros lo miró, se miraron con esa cadencia tan propia en los españoles que se saben triunfantes y perdedores al unísono, sin que lo uno y lo otro interfieran entre sí, y asintió. Sangraba por la

boca. Al día siguiente, el 11 de junio, Elcano volvió a acercarse a su hombre. Continuaba con vida, si cabe más y más débil. Vasquito había cazado una rata en la sentina y, tras cocerla en agua de mar, le había dado un muslo al marinero onubense. Muslo de rata vieja para cenar. La devoraron como si de una liebre silvestre se tratase.

A la mañana siguiente, Trigueros apareció muerto. Pronto habría cumplido los treinta y cuatro años, así que se podía decir que había vivido una existencia plena y feliz. Lo recordarían por su carácter afable y cachazudo. Qué buen tío se les acababa de ir aquel día, por Dios… Solo siete hombres conseguían mantenerse en pie durante la jornada completa. Siete. Se reunieron para despedir a Trigueros y entre Elcano y Martín Méndez lo arrojaron al mar. Los oficiales consideraban que esta tarea les correspondía a ellos, que, puesto que nada más podían ofrecer a los caídos, les debían el honor de que los despidieran las manos de mayor rango. Elcano no dejó de arrojar a ni uno solo de los tripulantes de la *Victoria*, fueran españoles o moluqueños. Los tocó por última vez antes de lanzarlos al agua. Tocaba para que la gloria de un destino superior los acompañase.

Cuando a Trigueros se lo tragó el mar, Elcano alcanzó una determinación: debían aproximarse a la costa para desembarcar. Necesitaban agua y comida, o morirían todos antes de arribar a las Canarias.

Lo consultó con Albo y este estuvo de acuerdo. Después, le comunicó sus intenciones a Martín Méndez, quien asintió de inmediato, y más tarde a Acurio. Nadie mostraba objeciones. Ordenó que la *Victoria* virara hacia el noreste.

* * *

El 14 de junio se hallaban frente a la costa de Guinea. Elcano se daba perfecta cuenta de que si los portugueses los sorprendían en aquella latitud, difícilmente podrían contar una historia que les satisficiese. Se ubicaban demasiado al sur como para explicar que venían de América. No habría colado. No obstante, el hambre los exterminaba con una implacabilidad arrolladora. Ese mismo día, murió otro hombre más. La *Victoria* se encontraba a punto de convertirse en un barco fantasma.

Cuando el contramaestre Albo advirtió que se acercaban a la costa, Elcano tomó la sonda y la lanzó al agua. Si embarrancaban, aunque fuera en un triste

banco de arena, podían darse por perdidos. En el mejor de los casos, contaban con diez tripulantes capaces de trabajar. Aunque hubieran lanzado el bote al agua para, mediante un cabo, tratar de desencallar a la *Victoria*, las fuerzas les fallaban y no lo habrían conseguido.

—Veintitrés brazas —dijo Elcano. Se trataba de fondo suficiente—. Continuamos.

Lo que siguió, fue un delirio de miradas desorientadas. Elcano y Albo escudriñaban en dirección este. Sabían que la costa guineana se hallaba frente a ellos, pues Albo contaba con un par de cartas portuguesas que, por cierto, no consideró demasiado fiables. Con todo, la sonda no engañaba y el sentido común, tampoco. Tenían la costa delante, a seis leguas, a siete, a diez. Elcano pasó horas y horas en la borda, con la sonda en la mano, comprobando que aquellas aguas oscuras no les jugaran una mala pasada. Midió veinte brazas, y luego diecisiete. Más tarde, catorce. Se secó el sudor cuando observó que avanzaban en aguas de solo once brazas de profundidad.

—Si seguimos así, vamos a encallar —expresó Albo.

—No —repuso Elcano.

¿Dónde estaba la maldita costa? Hasta el 19 de junio no la avistaron. Se extendía a unas cinco leguas de distancia y Elcano, para aprovechar los vientos, ordenó que costearan hacia el sur. Definitivamente, se olvidaban de su periplo hacia casa y buscaban un lugar en el que fondear.

—¿Qué te parece? —le preguntó Elcano a Albo.

—La orilla está muy lejos y apenas tenemos profundidad.

—Hagamos un esfuerzo más.

—Seis brazas, capitán.

—Lo sé. Continuemos un poco más. Solo un poco.

Avanzaron hasta que la profundidad fue de cuatro escasas brazas. Ahí, Elcano juzgó que ya habían corrido demasiados riesgos y ordenó que se lanzara el ancla al mar. Después, mandó que desembarcaran el bote e intentó reunir una tripulación para el mismo. Probarían a ganar la costa para hallar agua dulce.

Se acordó que el contramaestre Albo permaneciera al mando de la *Victoria*. Bajarían al bote Bocacio Alfonso, Vasquito Gallego, Pigafetta y el propio Elcano. Menuda tripulación, se dijo este. De los cuatro, solo Alfonso era marinero. Quizás Vasquito podría contarse como otro, aunque, en realidad, no pasaba de paje. En cuanto a Pigafetta… ¿Qué era Pigafetta? El tipo más extraño del mundo. Ahí lo tenía, dispuesto a desembarcar en la costa guineana. Todavía

le brillaban los ojos, a pesar de que a Elcano le constaba que llevaba nueve días sin probar bocado.

Alfonso y Vasquito se dispusieron en los remos. Les llevó tres horas cubrir la distancia hasta la costa, pues a cada rato se veían obligados a detenerse y recuperar el aliento. Elcano y Pigafetta les dieron varios relevos y, por fin, alcanzaron una zona de árboles que crecían directamente en el mar.

—Un manglar —anunció Elcano.

—¿Qué es un manglar? —preguntó Vasquito, que era la primera vez que veía uno.

—¿Esto es una puta broma? —bramó Elcano.

La desazón en el rostro de Elcano inquietó a sus hombres.

—¿Se trata de algo malo, capitán? —preguntó Bocacio Alfonso.

—Una playa, joder, lo único que necesitábamos es una playa —replicó Elcano mirando hacia la costa.

—¿Capitán? —intervino Vasquito.

—El manglar es el lugar donde la tierra se desborda y nos invade el mar.

—¿Nos invade?

—Dejad de hacer preguntas. ¿Acaso no lo veis con vuestros propios ojos? Ahí lo tenéis, ahí delante. ¿Encontráis algún sitio donde desembarcar?

—Me parece que no… Solo hay troncos y algo que parecen raíces…

—Lo son, me cago en mi puta madre.

Nunca habían conocido a un Elcano furioso, puede que porque nunca se enfadase. Sin embargo, toparse con aquella vegetación espesa que les impedía alcanzar tierra firme le había puesto de un humor de perros. Tras evitar a los portugueses y alcanzar un tramo tranquilo de costa, y cuando ya lo tenían al alcance de los dedos, se les negaba el desembarco. La densísima vegetación se lo impedía, incluso en su actual estado de extrema penuria.

Durante quince minutos, remaron hacia el sur buscando un lugar a través del cual atravesar las raíces de los mangles. No solo no lo encontraron, sino que los obstáculos fueron espesándose hasta tornarse impracticables.

—Ahí no podríamos desembarcar ni aunque nos abriéramos hueco con las hachas —indicó Vasquito.

Del manglar, provenían sonidos de pájaros, de insectos, de las plantas que se plegaban hacia el frente al sentirlos. Olía a selva húmeda, a vida desparramada delante de sus ojos. E inaccesible. Elcano escrutó la espesura y deseó, con todas sus fuerzas, que algo sucediera. Necesitaban ayuda. Tan sencillo como eso.

La imploró.

Y descubrió una oquedad. El bote no lograría pasar a través de ella, pero ¿y si un hombre sí lo conseguía? Podía echarse al agua, sin despedirse siquiera, y avanzar hacia los mangles. Calculó que no cubriría ni dos brazas, de manera que haría pie. Una vez alcanzadas las raíces, las apartaría para colarse en el hueco. ¿Y después qué? Después se internaría en la selva guineana sin mirar hacia atrás. Caminaría hasta hallar un poblado y los nativos lo acogerían. ¿Qué clase de indios vivían en Guinea? Negros, sin duda. Mientras lo auxiliaran, a él le parecía bien. Le darían de comer, de beber, le ofrecerían refugio. Se trataba de una salida, de un camino de salvación.

Elcano miró a Bocacio Alfonso y a Vasquito. Sus hombres se sentaban a los remos y aguardaban acontecimientos. Alfonso vestía los restos de lo que fuera una camisa y Vasquito ni eso. Había harapientos en Sevilla que vivían con más lujo que ellos.

—¿Aquí no hay personas? —preguntó, entonces, Pigafetta.

—No lo parece —respondió Vasquito.

—Pues qué lástima —se lamentó Alfonso.

Elcano los observó en silencio. Un pájaro graznó con estridencia sobre sus cabezas. Los cuatro expedicionarios pensaron en un nido repleto de huevos.

—Regresamos a la *Victoria* —dijo Elcano.

—¿No quiere que lo intentemos en otra dirección, capitán? —preguntó Vasquito.

—El manglar es impenetrable. No gastemos más fuerzas aquí.

Elcano decidió que no cedería a las tentaciones. Un hueco en la espesura no significaba nada. O lo significaba todo: que, llegados a este punto, su juicio se sometía a una prueba final. La salvación segura de un hombre solo o la incierta esperanza para la expedición al completo.

Si no permanecía junto a sus hombres, ¿qué clase de capitán sería?

—Adelante —añadió—. Busquemos ayuda en otra parte.

* * *

De nuevo a bordo de la *Victoria,* Elcano convocó al consejo. En el camarote del capitán, se reunieron Martín Méndez, Albo, Acurio y el propio Elcano. Antaño, en los tiempos de Magallanes, allí corría el vino durante las largas horas que

duraban los debates. Ahora, colocaron las manos sobre la mesa y las dejaron quietas.

Elcano fue al grano y resumió la situación. Los demás la conocían sobradamente, pero era la costumbre y acogerse a ella lograba que se sintieran algo mejor. Mientras mantuvieran las tradiciones, se mantendría, de alguna forma, la esperanza para ellos.

—Nuestra situación es crítica y nunca lograremos llegar hasta las islas Canarias. Hemos intentado desembarcar en la costa, pero los manglares nos lo impiden. Aunque un hombre lograra hacerse paso, nos resultaría imposible llevar a tierra a los enfermos. Carecemos de agua, de víveres y hasta de expectativas. O hacemos algo, o moriremos.

Lo observaron sin abrir la boca. ¿Qué podrían haber dicho? Le correspondía al capitán plantear una solución.

—Someto una propuesta a la deliberación del consejo.

Elcano hizo una pausa que aprovechó para tratar de averiguar cuál era el ánimo de los oficiales allí reunidos. Comprendió que estaban a punto de dejar de luchar y rendirse.

—Vayamos a Cabo Verde —expresó.

—¿A Cabo… Verde? —balbuceó el contramaestre Albo.

—A Cabo Verde.

Cabo Verde era una base portuguesa. Sin medias tintas, sin titubeos: los portugueses llevaban años instalados en las islas caboverdianas y utilizaban su puerto seguro tanto para que los barcos que realizaban la ruta africana a Asia descansaran, como a modo de escala final antes de que los navíos negreros portugueses enfilaran el Atlántico hacia América. Si atracaban allí, se toparían cara a cara con el enemigo.

—Pero… —comenzó a decir Acurio.

—Lo sé —interrumpió Elcano—. Recalar en Cabo Verde supone jugarnos el todo por el todo. Nos arriesgamos a que nos hagan prisioneros. Y algo peor: a perder la carga. Pero no veo cómo podemos seguir adelante. Estamos exhaustos y si intentamos llegar hasta las Canarias, pereceremos todos.

—No me parece una buena idea… —dijo Acurio—. ¿A cuánto estamos de las Canarias?

—Hace semanas que no sopla el viento de popa. Podríamos tardar dos meses en llegar hasta ellas. No aguantaremos dos meses. No aguantaremos ni uno.

—Me parece más seguro que costeemos y averigüemos si el manglar cede…

—De acuerdo, votemos. Aceptaré la decisión mayoritaria.

Los cuatro hombres se miraron y Elcano levantó la mano derecha. Quienes lo secundaran en su decisión de dirigirse a Cabo Verde, debían imitarlo.

El contramaestre Albo fue el primero en responder. Él iba siempre con Elcano, fuera cual fuese su propuesta. A nadie le hacía gracia caer en manos de los portugueses, pero no les quedaba otra.

Dos votos a favor y dos hombres aún sin decidirse. En realidad, bastaba con que uno de ellos lo hiciera. Así, serían tres contra uno. Martín Méndez se mordió el labio inferior y pareció pensárselo bastante antes de decidirse. Si el resto, llegado este momento, batallaba por su honra personal, Méndez debía preocuparse de librar también la del rey Carlos.

Por fin, levantó la mano. Muriendo, la causa del rey no brillaría. Sobreviviendo, quizás restara alguna posibilidad.

Elcano dio tiempo a Acurio para que votase a favor. No lo hizo y permaneció con sus manos apoyadas en la mesa.

—De acuerdo, la decisión está tomada —concluyó el capitán.

* * *

Los vientos les impidieron alcanzar el archipiélago de Cabo Verde tan deprisa como les hubiera gustado. Hasta el 2 de julio, dieron tumbos a escasa distancia de la costa africana, perdiéndola de vista en ocasiones y avistándola de nuevo tiempo más tarde. Como había supuesto Elcano, los manglares se extendían, impenetrables, hasta donde se perdía la vista.

Murieron dos hombres más y el resto se hundió hasta profundidades insospechadas. Con todo, un hecho insólito acaeció aquellos días. Fue Albo quien se dio cuenta.

El contramaestre pasaba muchas horas consultando las cartas de navegación y pasando a limpio sus anotaciones. Si se mantenía ocupado, se olvidaba, al menos por un rato, de que se moría de hambre y sed. A veces, el capitán Elcano se hallaba cerca, ocupado él en sus propios asuntos, sumido en sus particulares preocupaciones. Aquella noche, que fue la del 3 de julio, Albo se sentaba solo a la mesa del camarote. Frente a él, extendidos los papeles de la expedición.

Y una certeza que casi le para el corazón: ya le habían dado la vuelta al mundo. Sucedió en la jornada anterior, o puede que dos atrás. No lo sabía con

certeza, pero lo que sí sabía era que la *Victoria* había cruzado un punto exacto por el cual atravesara en la ruta de ida hacia la especiería. Recordó la determinación con la que Magallanes los empujó más y más hacia el sur de África y la inquietud que aquello despertó en los tripulantes. La expedición aún no había dado comienzo; tan siquiera se habían aprestado a cruzar el Atlántico. Pero aquella extravagancia de Magallanes, aquella derrota confusa que no todos los hombres comprendieron, los había conducido a un hecho sobresaliente: casi tres años después, la ruta de la *Victoria* se cruzaba con la ruta de la *Victoria*. Lo habían logrado.

Albo llamó a Elcano y le contó lo que sucedía. Elcano le preguntó si estaba seguro, Albo le respondió que sin la menor duda, que había repasado sus cálculos y que, además, tan siquiera los necesitaba pues recordaba perfectamente el rumbo en una parte del mundo que no entrañaría dificultades a un marino vestido por los pies. Elcano, entonces, esbozó una sonrisa. Vaya, lo habían conseguido… Eran los primeros hombres que le daban la vuelta al planeta, que demostraban que yendo siempre hacia el oeste se regresa al punto de partida, que no existen precipicios abisales al final de los océanos, que el mundo, en suma, es redondo, esférico y muchísimo más grande de lo que creían.

El mundo de Elcano se mostraba distinto y definitivamente moderno. Albo le dijo al de Guetaria que ahí residía su gran contribución al devenir de los tiempos. Lo que aún creían en la vieja Europa estaba mal. Elcano portaba con él una nueva percepción del lugar en el que vivimos. Ni más ni menos que eso.

El capitán mantuvo la sonrisa a modo de única respuesta y se excusó. Afirmó que tenía cosas que hacer en el castillo de proa, que el mastelero les daba problemas y, junto a tres marineros, se encontraba tratando de repararlo. Aquella noche, Albo no durmió. Y durante varias horas, olvidó el hambre y la sed.

Cuando viraron hacia el oeste y pusieron proa rumbo a Cabo Verde, Elcano y Albo lo hicieron con el convencimiento de que nada malo podría sucederles. Si la suerte de la *Victoria* se quebraba en el archipiélago portugués, les arrebatarían la carga, pero ya no la gloria. No, porque esta la tenían de su lado y para siempre. Costaría explicarla y quizás muchos no la vieran clara dado que nunca habrían arribado al puerto desde el que salieron, pero serviría.

Además, ¿quién decía que no podían llegar a Sanlúcar de Barrameda? Elcano y Albo, exultantes por dentro y sin compartir la noticia con nadie más para que los hombres no se descentraran, creyeron, con ahínco a partir del 4 de julio, que lo conseguirían. Dios les había guiñado un ojo.

El 9 de julio avistaron Cabo Verde. Se dirigieron a la isla de Santiago, la más grande y situada al sur del archipiélago. Allá, los portugueses habían construido una ciudad que hervía de actividad y en la que no les sería difícil adquirir víveres. Con varios toneles de vino y algunos sacos de arroz se daban por satisfechos. Lo básico para recuperarse un poco y hacerse de nuevo a la mar. En las islas Canarias se repondrían por completo.

Los supervivientes de la *Victoria* admiraron, acodados en la borda de estribor, las montañas de Santiago. Aún a una legua larga de distancia, distinguieron personas en el puerto y varias embarcaciones pertenecientes a los pescadores locales. Era lo más parecido a un lugar civilizado que habían visto en casi tres años. Lo más parecido a su propio hogar.

Rezaron para que no los descubriesen.

37

Hombres libres tan siquiera sujetos al tiempo

10-11 de julio de 1522

COMO no podía ser de otra forma, se movieron con todo el sigilo del que fueron capaces. El mismo 9 de julio, la *Victoria* fondeó frente a la ciudad de Ribeira Grande y, por la noche, observaron en silencio las luces en tierra. Hasta el día siguiente, no desembarcaron.

El plan acordado era este: la *Victoria* era una nao española que venía de América y que, debido a una feroz tormenta, se había desviado de su ruta cuando cruzaba el Atlántico. Se trataba de un suceso improbable, pero no imposible. Los portugueses se lo tragarían. Tanto unos como otros disponían del derecho de atravesar la demarcación que no les pertenecía para alcanzar la suya. Así, los españoles podían cruzar el Atlántico sin que Portugal le saltara al cuello. Este acuerdo se respetaba siempre, pues a cada parte le interesaba reconocerlo para que, así, se lo reconocieran. En resumen, la presencia de la *Victoria* en Cabo Verde no levantaría sospechas mientras los portugueses se creyeran las mentiras que se disponían a contarles.

Existía otro problema: la moneda de cambio. Elcano, con la aquiescencia de los miembros del consejo, decidió que enviaría a tierra a una delegación corta en número con el único cometido de sondear la disposición portuguesa y adquirir unos cuantos bienes de primerísima necesidad. A cambio, ofrecerían un poco de clavo, pues más no tenían. ¿Cómo explicar a los portugueses que un barco español proveniente de América traía especias en su bodega? Sencillo. Les dirían que en Santo Domingo también crecían los claveros y que los españoles de allá habían comenzado a explotarlos. Por supuesto, ningún portugués había puesto jamás los pies en La Española, que no se llamaba así en vano, de forma que sería suficiente si no formulaban más preguntas o retorcían la conversación. Elcano temió que alguno de los suyos, exhaustos como bajarían a tierra, se equivocara y

terminara por meter la pata hasta el fondo. Todos cruzaron los dedos para que así no fuera. Necesitaban mercadear.

Elcano determinó que él permanecería a bordo. Ya no se encontraban en la costa de Guinea, sino en una isla atestada de portugueses. Su principal cometido debería ser, pues, proteger la carga. Así lo había decidido, incluso, la propia dotación de la *Victoria*. Lo primero era la carga; después, todo lo demás. Y, para protegerla, el capitán debía permanecer a bordo. Esperaba no tener que tomar decisiones en las que no quería ni pensar, pero, llegado el momento, se enfrentaría a las circunstancias. Para hacerlo como Dios mandaba, se obligaba a encontrarse en la *Victoria*.

Finalmente, decidieron que el descenso a tierra lo encabezara Martín Méndez. En condiciones normales, el hombre del rey no asumía jamás una encomienda semejante. Sin embargo, hacía muchísimos meses que allí no reinaba la normalidad, de manera que Méndez dio un paso al frente y ofreció unos argumentos irrefutables. En primer lugar, se mantenía en pie y en razonable estado de buena salud. Era capaz, dicho de otro modo, de bajar al bote, remar hasta la costa y entablar tratos y conversaciones con los portugueses. En segundo lugar, él era la mejor opción con la que contaban, pues sabía regatear y no le resultaría dificultoso hacerse pasar por un comerciante indiano. Finalmente, Martín Méndez hablaba portugués. Lo chapurreaba, más bien, y tampoco es que esto fuera a resultar determinante, pues en Ribeira Grande encontrarían a gentes que hablaran castellano y muy probablemente hasta a españoles allí afincados, pero manejar el mismo idioma que los locales sería de gran ayuda.

Además de Martín Méndez, saltaron al bote Bocacio Alfonso, Pedro de Tolosa y Vasquito Gallego. Alfonso portaba un pequeño saco con clavo. Y nada más. No llevaban armas, ni papeles, ni nada que pudiera ofrecer pistas a los portugueses de que ellos eran españoles completando la vuelta al mundo tras recalar en la especiería. Si descubrían que así era, podían darse por presos. Portugal no permitiría, de ninguna manera, que España llevara adelante una política de hechos consumados. Los hombres de Elcano, a efectos portugueses, no deberían haber existido jamás. Ni existir, ni navegar, ni establecer un puesto avanzado en Tidore y, muchísimo menos aún, juzgar que tenían derecho a regresar a casa atravesando la demarcación portuguesa y, en suma, dando la vuelta al mundo.

No, no y mil veces no.

Pues ahí estaban los cuatro hombres, remando hacia tierra tan

tranquilamente. Cuatro españoles dispuestos a obtener algo de provecho en Ribeira Grande. Vasquito y Tolosa, ambos apenas unos muchachos, silbaban bajo el cálido sol caboverdiano. Observaban el paisaje seco y las montañas que se alzaban, no muy altas aunque sí rotundas, hacia este y oeste.

Ribeira Grande era una ciudad europea en mitad de África. El tránsito continuo de buques entre Portugal y Asia la había convertido en un puerto seguro y, lo que parecía más importante, próspero. Hasta rico, dirían los cuatro españoles una vez que desembarcaran. Se notaba, en el mismo ambiente, la opulencia. Marineros, comerciantes, artesanos, mayoristas, funcionarios, hombres de armas… La vida civilizada bullía en Ribeira Grande.

El bote penetró en el puerto y, tras buscar y hallar un lugar en el que amarrarlo, los cuatro expedicionarios echaron pie a tierra. Desde que partieran de Timor el 8 de febrero, no lo habían hecho. Cinco largos meses que no olvidarían jamás. Méndez experimentó un breve mareo al poner los dos pies en el puerto y Vasquito lo asió por el brazo.

—Pasará en diez minutos —expresó.

—Me caigo… —repuso Méndez.

Tras tanto tiempo embarcados, era normal experimentar cierta desorientación. El cuerpo precisaba algo de tiempo para dejar de compensar el natural balanceo de una embarcación flotante.

—Vamos —ordenó Vasquito.

Los cuatro hombres comenzaron a caminar por el puerto y se detuvieron frente a una carabela amarrada en cuya cubierta distinguieron a varios hombres negros colgados de una verga y cargados de cadenas. Parecían muertos, o al menos moribundos, y juzgaron que los portugueses los estaban exhibiendo con la intención de que el resto de los suyos, seguramente ocultos en la bodega del navío, aprendieran qué les sucedía a los que les ocasionaban problemas.

—Negreros —refunfuñó Martín Méndez, quien no aprobaba las prácticas esclavistas que con tanta naturalidad desarrollaban los portugueses.

—¿Eso nos aguarda a nosotros si nos atrapan? —preguntó, en un susurro, Tolosa. Tolosa era guipuzcoano y veía hombres negros por primera vez en su vida.

—No, a nosotros no creo que nos cuelguen de un palo —respondió Bocacio Alfonso. Era de Bollullos y allí, la verdad, tampoco se veían demasiados negros. Pero, al menos, el marinero tenía algo más de mundo que Tolosa—. Aunque, si nos trincan, date por jodido. Nos pasaremos una buena temporada en la cárcel.

Continuaron caminando y cruzándose con más y más gentes, todas ocupadas en sus asuntos, que no les prestaron demasiada atención. Muy cerca, descubrieron una iglesia y los cuatro, casi al unísono, se santiguaron. Se encontraban vivos, lo cual significaba que tenían mucho que agradecer a la Virgen. Se pondrían a ello en cuanto pudieran, prometieron.

Méndez detuvo, con una sonrisa en los labios y ademán indolente, a un par de transeúntes para que le informaran. Su portugués flaqueaba demasiado, aunque sirvió para que le indicaran dónde se ubicaba la calle de los mercaderes. Dieron las gracias con una amabilidad excesiva y continuaron camino. A ratos, llegaban hasta ellos aromas a pescado frito, a hornos de pan y a cocimiento lento de caldos que hizo que las piernas les flaquearan. Preferían no pensar demasiado en ello, pero llevaban un mes sin comer. Al menos, sin comer comida, pues hirvieron todo lo que se les ocurrió y lo engulleron sin miramientos: ropas, cuerdas, telas sobrantes y hasta un buen número de zapatos.

—Continuad —dijo Martín Méndez al ver las expresiones del resto—. Tratad de no pensar en nada. Si esto sale bien, por la tarde comeremos.

Volvieron a preguntar y un tipo de unos treinta y cinco años y aspecto vivaracho les indicó que tres puertas más allá vivía un comerciante originario de Coimbra que sin duda podría ayudarlos. Una vez más, dieron las gracias con efusividad y se acercaron a la casa indicada.

—Yo hablaré —explicó Méndez con el puño a dos palmos de distancia de la puerta—. No la caguéis.

Llamó a la puerta, aguardaron en silencio y, unos segundos después, una niña de unos siete u ocho años acudió a abrir.

—Hola —saludó Méndez en portugués—. ¿Está tu papá?

La niña asintió y, sin cerrar la puerta, corrió al interior de la casa. Las esperas se les hacían eternas. Si Elcano les hubiera dicho que aquella isla no le parecía la indicada y que dedicarían una semana más a buscar otra más propicia, lo habrían aceptado y se habrían aguantado. Pero tener la solución a todos sus problemas al alcance de la mano y no poder tomarla, los estaba sacando de quicio. En aquella casa, ante cuya puerta entornada se encontraban, habría alimentos y vino en abundancia. La chiquilla que les había abierto, sin ir más lejos, tenía los mofletes gordezuelos y sonrosados. Apostaron a que había desayunado dos veces.

—¿Qué se les ofrece? —preguntó el hombre que terminó por aparecer bajo el quicio de la puerta. Tendría unos cincuenta y tantos años, torso peludo y corpulento, y lucía anchas patillas y el cabello sujeto en la nuca.

—Nos han dicho que usted podría aceptar un intercambio —respondió Méndez. Volvía a sonreír y trataba de sonar amistoso.

—¿Quiénes son ustedes?

—Españoles. Verá, hemos sufrido un pequeño percance. Nada grave, entiéndame, pero nos hemos desviado de nuestra ruta y nos gustaría…

—¿Qué ruta?

—La de América, por supuesto. Nos dirigíamos a España y…

—Espere. Hablemos dentro. Pasen, pasen…

El hombre, que dijo llamarse João Álvares, los condujo a una estancia no demasiado grande aunque muy bien iluminada en la que olía a flores frescas. Álvares llamó a la niña que los recibiera un rato antes y le pidió que trajera una garrafa de vino.

—Me aceptarán un trago, ¿verdad?

Tuvieron que realizar un esfuerzo sobrehumano para no comenzar a saltar de alegría. Méndez murmuró, como quien está acostumbradísimo a recibir agasajos e invitaciones, que con mucho gusto. La niña, a quien su padre se refirió como Isabel, repartió vasos de madera y comenzó a escanciar un vino grueso, denso y oloroso. Los españoles ni siquiera recordaban cuándo habían bebido vino por última vez. Quizás hacía más de un año…

—A la salud de ustedes —dijo Álvares levantando su vaso, brindando levemente y llevándoselo a la boca. Los cuatro expedicionarios lo imitaron y… Y casi se mueren de placer. ¡Vino! Notaron cómo descendía hasta el estómago, cómo se expandía en él, cómo lo calentaba y lo tonificaba… No pudieron evitar cerrar los ojos por un instante. Álvares no lo notó y, si lo hizo, no dijo nada.

—Verá —comenzó a hablar Martín Méndez, consciente de que estaban obligados a no despertar sospechas—, nos gustaría adquirir algunos víveres y un par de barriles de este estupendo vino. Hemos preguntado y nos han dicho que usted puede surtirnos de lo que queramos.

Álvares asintió, pero no dijo nada pues entendía que Méndez no había terminado de hablar. Los comerciantes de verdad mantenían el pico cerrado hasta que conseguían calar por completo a la otra parte.

—A nosotros nos gustaría —continuó Méndez, quien no pudo evitar un carraspeo nervioso—, proponerle un trueque.

—¿No traen dinero? —preguntó, entonces, Álvares.

—Oh, sí, desde luego, pero nuestro capitán desea utilizar una muestra de lo que traemos en la bodega para pagar nuestras provisiones. Entre usted y yo… Se

trata de un hombre un tanto engreído que pretende presumir del clavo americano. Desea que ustedes sepan que nuestros árboles, allá en La Española, ofrecen una especia al menos tan gustosa como la que se distribuye en Portugal.

—¿Hay clavo en La Española?

—Es lo que mi capitán intenta que se sepa. Mire, en confianza le digo que nuestro clavo no supera al que ustedes traen del Maluco, pero ya sabe cómo son estos oficiales jóvenes… Si no les restriegan a los demás lo que son, no duermen tranquilos…

Álvares rio abiertamente y Méndez supo que se lo acababa de meter en el bolsillo.

—¿Puedo ver ese clavo americano? —preguntó, por fin, el comerciante portugués.

Martín Méndez, sin dejar de observar a su interlocutor, extendió una mano con la palma abierta hacia arriba. Bocacio Alonso extrajo, de debajo de sus pantalones, el saquito con el clavo y se lo entregó al escribiente.

—Examínelo —indicó el expedicionario tendiéndole la muestra a Álvares.

Cuando el aroma de la especia llegó a la nariz del comerciante, este supo que cerrarían un trato. ¿Cómo podía ser aquel clavo inferior al que los portugueses traían del Maluco? Intentaría aprovechar la afirmación de los españoles para obtener un acuerdo satisfactorio para él.

—Sí, el nuestro es mejor —mintió tras extender, en la cuenca de su mano, unos cuantos filamentos de clavo seco y pardusco. Y antes de que Méndez pudiera replicar algo, añadió—: Pero me interesa.

Regatearon mucho más de lo razonable, pero no deseaban que Álvares notara que se hallaban desesperados. Así, media hora más tarde salieron de la casa con tres sacos de arroz y dos barriles de vino tinto. Y un recibo que Álvares se empeñó en extenderles. El comerciante portugués sabía que una nao mercante española necesitaba llevar la debida contabilidad y, aunque el intercambio había sido muy menor, esperaba que regresaran. Martín Méndez lo sugirió y no existía modo de no creerlo: con lo que se llevaban, una tripulación entera no se mantendría hasta arribar a España.

Cuando se encontraron de nuevo en la calle y pudieron hablar libremente, se dijeron que el arreglo había salido a pedir de boca. Estaban obligados a volver, y volverían, aunque ahora lo importante pasaba por regresar a la *Victoria* y prepararse un festín. Bocacio Alfonso se cargó un saco en cada hombro, el tercero quedó para Méndez, y Vasquito y Tolosa se ocuparon de los barriles. Los

hacían rodar por las calles empedradas de Ribeira Grande. Nadie les prestó atención, ni repararon en ellos.

Estibaron cuidadosamente la mercancía en el bote y comenzaron a remar en dirección a la nao. Méndez tuvo que advertirles de que dejaran de mirar en todas direcciones. Parecían sospechosos. Los demás le replicaron que, si bien se hallaba en lo cierto, no podían evitarlo.

—Todo va a salir a pedir de boca, tíos —aseguró Méndez. Y, como si fuera un padre quien hubiese hablado, le creyeron. De momento, los recibirían con júbilo en la *Victoria*.

No sería así, pues en las pocas horas que pasaron en tierra, se les había olvidado el estado en el que se encontraban los de la nao. O, por expresarlo de otro modo, el contacto con gentes normales y bien alimentadas les hizo perder la perspectiva de su propia realidad. Subieron hasta la cubierta principal de la *Victoria* y contemplaron un panorama desolador: decenas y decenas de hombres tumbados en el suelo aguardaban la inminencia de la muerte.

—Lo hemos conseguido, capitán —informó Martín Méndez cuando Elcano, con profundas ojeras bajo los ojos, se acercó para interesarse—. Tenemos un contacto en tierra que acepta nuestra moneda de cambio.

Izaron los tres sacos de arroz y los dos barriles de vino. De inmediato, los expedicionarios que mejor se encontraban abrieron uno de los barriles y procedieron a repartir vino. Elcano dijo que despacio, que llevaban demasiado tiempo sin comer y al cuerpo había que volver a acostumbrarlo. No le hicieron caso y él mismo abandonó cualquier noción de la mesura cuando hundió su vaso en el barril, dio cuenta de su contenido de un solo trago y volvió a servirse dos veces más.

Veinte minutos más tarde, habían dado de beber incluso a los más enfermos. Por primera vez en meses, las sonrisas afloraron a los rostros de los expedicionarios. Los riesgos implícitos en la decisión de navegar hasta Cabo Verde habían merecido la pena. Saldrían de esta.

En medio de una euforia atemperada por la extrema debilidad, cocieron el arroz en vino y lo engulleron primero con fruición y, después, con deleite y parsimonia. De nuevo, dieron de comer a los que no podían hacerlo por sí mismos. A media tarde, cuando al sol le quedaban todavía varias horas de viaje en el firmamento, los expedicionarios se reclinaron hacia atrás y durmieron una plácida siesta.

Elcano apostó a un par de vigías, uno en el castillo de proa y otro en el de

popa. Las cosas estaban saliendo bien; no obstante, convenía no relajarse más de la cuenta. De los víveres adquiridos esa mañana, habían consumido cerca de un tercio. Tendrían, pues, que regresar a la ciudad para reabastecerse. Con tiento, sin despertar sospechas, tal y como lo habían hecho la primera vez.

En el camarote del capitán, se reunió el consejo, al cual Martín Méndez rindió cuentas. Relató, con sumo detalle, lo sucedido en tierra firme e hizo hincapié en que en ningún momento el portugués Álvares sospechó de la versión ofrecida. En lo que a él respectaba, la *Victoria* traía clavo de La Española.

—No tan bueno como el del Maluco —concluyó Méndez sin poder evitar una franca sonrisa.

Sobre la mesa, en la que, esta vez sí, corría el vino como lo había hecho antaño, descansaba el recibo extendido por Álvares. El contramaestre Albo, siempre inquieto y atento a los papeles, lo giró para leer lo que el comerciante portugués había consignado en él. Y observó la fecha.

—Ha escrito mal el día —dijo.

Se tornaron hacia él. Martín Méndez no comprendía qué quería decir el contramaestre, y se inclinó sobre el recibo para comprobarlo.

—Álvares es un hombre eficaz, fiable —expresó con las yemas de los dedos sobre el papel—. No se puede haber equivocado en la fecha.

Fuera como fuese, el recibo indicaba claramente la fecha del día: 11 de julio. Sin embargo, las cuentas tanto de Albo como del resto de la oficialidad coincidían en otra fecha diferente: el 10 de julio. Si perder una jornada entera suponía un error que ningún marino español, por muy maltrecho que se encontrara, se permitiría, perderla todos al mismo tiempo y de igual forma era, sencillamente, imposible.

—¿Pero qué día es hoy? —preguntó, en suma, Martín Méndez.

—10 de julio —respondió Albo.

—¿Capitán? —volvió a inquirir Méndez.

—10 de julio, según mis anotaciones —explicó Elcano.

—¿Acurio?

—10 de julio.

Hasta siete hombres más anotaban, desde tres años atrás, el día en el que se hallaban. Lo hacían a modo de entretenimiento, pero también para saberse y recordarse: la costumbre de llevar un diario minúsculo, aunque este supusiera únicamente anotar la fecha del día, ayudaba sobremanera a mantener la cordura.

Incluso en los días más aciagos, un hombre podía tumbarse en un rinconcito de su nao y apuntar la fecha. Reconfortaba, sí.

Bien, pues todos coincidían en que estaban en el décimo día del mes.

—Se habrá equivocado el portugués —aventuró Méndez.

—Los portugueses no se equivocan —resolvió Elcano. Eran unos hijos de puta malnacidos, pero no idiotas. Conocían en qué día vivían.

—Entonces, no tiene sentido… —dijo Méndez mientras se rascaba la barba.

—Sí lo tiene —intervino, de pronto, Albo, quien se había mantenido pensativo—. Estamos a 11 de julio. El portugués que ha escrito el recibo, el tal Álvares, no ha errado.

—Entonces, ¿nos equivocamos nosotros? Eso sí que carece de sentido…

—No, no nos equivocamos. Bueno, sí… En realidad, unos y otros tenemos razón. A nosotros nos falta un día, eso es todo. Hemos viajado siempre hacia el poniente y le hemos dado la vuelta al mundo. Es decir, el sol ha pasado una vez menos por encima de nuestras cabezas. Por eso creemos que nos hallamos un día atrás. Porque realmente lo hacemos. Nuestras cuentas son correctas, aunque nadie comprenda que vivimos en el pasado de los demás.

—Vaya… —dijo Elcano, entendiendo lo que Albo explicaba—. Es cierto, somos un día más jóvenes que el resto de hombres vivos. Tenemos un día menos que ellos.

Albo sonrió. El resto de los presentes se devanaba los sesos tratando de comprender la explicación. ¿Pero cómo iban a ser más jóvenes que los demás? El tiempo avanzaba igual para todo el mundo, ¿no? Pues no, he aquí el quid de la cuestión; parecía que no. En fin, a las personas normales y corrientes les costaba entender que el planeta tuviera forma de gran bola. Que, además, intuyeran que un puñado de hombres vivía un día por detrás del resto parecía ya harina de otro costal. Ni siquiera a muchos de ellos les quedaba claro.

Cuando el consejo se levantó y Elcano informó a los expedicionarios de que vivían a 11 de julio y ofreció las explicaciones oportunas, Vasquito Gallego y Zabaleta afirmaron que aquella hipótesis estaba inspirada por el demonio y que ellos dos no pensaban secundarla. Se habrían equivocado todos en sus anotaciones. ¿No parecía más sencillo pensar así?

Elcano no insistió. En lo que a él respectaba, sus hombres se habían ganado el derecho a pensar lo que les viniera en gana. Si cumplían con su trabajo y llevaban a la *Victoria* hasta casa, eran hombres libres. Los más libres bajo el sol.

38

El error de Cabo Verde

14 de julio de 1522

A PARTIR de aquella jornada, llevaron una doble notación de los días y las noches. Se daban perfecta cuenta de que la correcta era la portuguesa, de que esa misma se encontrarían cuando regresaran a España. Y siendo así, sabían que la de ellos no era falsa, de manera que carecían de motivos para cambiarla. Si habían dado la medida exacta del mundo, no comprendían por qué no habrían de hacerlo, también, del tiempo. Se sabían excepcionales, sea esto dicho sin arrogancias innecesarias. En sus pies de hombres vivos y reales se encontraba la prueba de la esfericidad del mundo. Nadie en su sano juicio osaría sostenerles la mirada.

Elcano trató de no llamar la atención. La actividad en el puerto de Ribeira Grande era intensa, pero allí cada cual marchaba a lo suyo. Los dejaron tranquilos y nadie se acercó a la *Victoria* tan siquiera a preguntar. De cuando en cuando, un bote con dos o tres hombres remaba cerca. Miraban a los de a bordo, saludaban y los de a bordo devolvían el saludo. Eso era todo, y suficiente. Supusieron que, tras la visita a João Álvares, se habría corrido la voz: son unos idiotas que se han perdido viniendo de América.

En lo que a ellos atañía, que pensaran lo que quisieran. Mientras los portugueses no les causaran problemas, el orgullo español podía saltar por la ventana. Poco a poco, los hombres fueron recuperándose. Un tanto, entiéndase: el estado de algunos parecía tan lamentable que quizás no lograran recobrarse jamás. Un marinero, sin ir más lejos, no conseguía darse la vuelta y pronto se sumió en un duermevela del que ya no despertaría.

El resto, mal que bien, resurgió y hasta con una sonrisa. El vino y el arroz caboverdianos hacían milagros, pardiez. Muchos afirmaron que nunca unos

alimentos les habían sentado tan estupendamente. Y fuese verdad o no, la realidad pasó por un restablecimiento franco en cuestión de tres o cuatro días.

Elcano decidió que había llegado el momento de continuar con el viaje. Se proponía alcanzar las islas Canarias y, desde allí y tras atravesar el mar de las Yeguas, arribar a Sanlúcar. Y de Sanlúcar, a Sevilla. Un plan sencillo. Prácticamente, lo habían logrado.

Eso sí, necesitaban reaprovisionarse, pues lo adquirido por Martín Méndez se consumió en un abrir y cerrar de ojos. Todo lo que Álvares nos pueda dar por un quintal de clavo, dijo Elcano, quien, a estas alturas, no pensaba escatimar en gastos. Será una buena cantidad de sacos de arroz y muchos toneles de vino, aseguró Méndez. Y añadió que necesitaría más brazos para cargar con las existencias.

El capitán dudó unos instantes, aunque terminó por completar una cuadrilla compuesta por doce hombres que descendería, en turnos, a tierra y bajo el estricto mando del escribiente. Méndez, que no se me despiste ni Dios, advirtió Elcano, muy consciente de lo que tenía a bordo.

A primerísima hora del 14 de julio, Martín Méndez y su grupo de doce hombres echaron pie a tierra y, tras cubrir el trecho entre el muelle y la casa de João Álvares, llamaron a la puerta. Pedro de Tolosa, Bocacio Alfonso y Vasquito Gallego, a quienes Méndez había llevado consigo pues pensaba que las caras conocidas ayudarían a no levantar la liebre, se situaron junto al hombre del rey mientras el resto aguardaba tres pasos por detrás.

Esta vez, la puerta la abrió el propio Álvares, quien, de inmediato, sonrió a Méndez.

—Queremos más —anunció este.

El trato se cerró con inusitada rapidez. El quintal de clavo, repartido en dos grandes sacos, ayudó mucho a allanar las negociaciones. Méndez quería comprar, Álvares quería vender y ambos disponían de mucho de lo que el otro pretendía. Se hicieron con una veintena de sacos de arroz, treinta y siete barriles de vino y uno más de un licor de aguardiente que adquirieron sin probarlo antes. Álvares mandó llamar a un par de braceros para que ayudaran a transportar las mercancías hasta el muelle. Los españoles, en un principio, se resistieron. No les agradaba que dos portugueses de medio pelo pusieran sus manazas en los abastos recién comprados. Méndez, de un golpe de cejas, indicó que dejaran hacer y que no se metieran en problemas.

En cuestión de dos horas y media, estaban de regreso en el puerto y se

dispusieron a cargar el bote. Álvares, que los había acompañado hasta allí pues el quintal de clavo entregado por los españoles cubría esas cortesías y muchas más, consiguió que le prestaran una barcaza en la que los sacos y toneles podrían ser cargados con mucha más comodidad que en el bote de la *Victoria*. De nuevo, los españoles fruncieron el ceño y, de nuevo, Martín Méndez ordenó que siguieran adelante sin rechistar.

Mientras se progresaba con las tareas de carga, el ambiente se relajó un tanto. Los dos braceros suministrados por Álvares eran buenos tipos, gentes de mar, y pronto despertaron la simpatía de los españoles. Costaba no sentirla por hombres que comprendían y apreciaban, mejor que nadie en el mundo, el oficio de la mar.

Así las cosas, la barcaza estuvo cargada en cuestión de media hora escasa y fue entonces cuando Bocacio Alfonso cometió un error. Vasquito se había situado en la proa de la barcaza, con las piernas muy abiertas para mantener el equilibrio. Bocacio Alfonso había acercado el bote, a cuyos remos se hallaba, y, tras lanzarle un cabo a Vasquito, unió ambas embarcaciones. El resto de hombres, los dos portugueses incluidos, aguardaba en el muelle.

—Esto se menea mucho —expresó Vasquito.

—La mar está tranquila —dijo Alfonso a modo de réplica.

—Me da a mí que no ha sido una buena idea cargarlo todo de una vez.

—Voy a empezar a remar.

—Muy despacio, tío. Te digo que esto se mueve mucho.

—Después de lo que pasamos en el cabo de Buena Esperanza, nada me asusta ya.

Martín Méndez, alertado, levantó la mirada. Observó a Álvares, que todavía andaba por allí, y a su par de braceros. Bocacio Alfonso acababa de irse de la lengua de una forma tal que podría suponer un antes y un después. Con infinita precaución, el hombre del rey giró la mirada hacia los portugueses presentes. No, parecía que no se habían percatado de la indiscreción cometida por el marinero español. Y si lo habían hecho, lo disimulaban muy bien. Álvares, a gritos, indicaba a un batel perteneciente a una carabela negrera portuguesa, que se hiciera a un lado para permitir el avance de la barcaza con rumbo a la *Victoria*. Desde el batel le respondían que de acuerdo, que por supuesto. Los dos braceros que habían ayudado a cargar, por su parte, charlaban amistosamente con el grupo de españoles encabezado por Tolosa. Hasta reían e intercambiaban opiniones acerca de la conveniencia de enrolarse en un barco negrero. Los portugueses afirmaban que se ganaba un buen dinero, aunque recomendaban, eso

sí, que, si los españoles deseaban probar, se aseguraran antes de que se enrolaban solo para los trabajos de navegación. Al parecer, cazar a los negros en plena selva del Senegal debía de ser un engorro que, al final, no compensaba.

Bien, la indiscreción cometida por Bocacio Alfonso no tendría consecuencias. Martín Méndez respiró tranquilo.

De regreso en la *Victoria*, Elcano se felicitó por lo conseguido. Por fin, la nao volvía a estar bien abastecida. Bajaron los víveres a la bodega y los almacenaron cuidadosamente. Elcano no quería que nada se les echara a perder. Después, se reunió con Albo y realizaron unos cuantos cálculos. Los abastos llegarían para alcanzar las Canarias, y puede que, si los racionaban desde el principio, hasta les sobraran. Sin embargo, Albo juzgó que algo de fruta no les vendría nada mal y que, ya que se encontraban en tan buenos tratos con los caboverdianos, bien podían llevar adelante una última transacción. Elcano se lo pensó durante unos segundos y, finalmente, accedió.

Pasaban tres horas del mediodía cuando la cuadrilla encabezada por Martín Méndez saltó, una vez más, al bote. El capitán les había ordenado que compraran alimentos frescos, tantos como pudieran a cambio de otro quintal de clavo. Méndez aseguró que aquella fruta sería mucha fruta y Elcano se encogió de hombros. Ojalá más a menudo se tuvieran que ver ante la disyuntiva de qué hacer con los víveres.

En el puerto de Ribeira Grande, apenas se toparon con nadie. No le dieron importancia, pues, a aquellas horas, el calor apretaba. Estarían durmiendo la siesta.

Los españoles comenzaron a caminar en dirección a la casa de Álvares. No dieron ni diez pasos cuando una veintena de hombres armados los rodeó.

—Quietos —ordenó un oficial que portaba una escopeta en la mano. No les apuntaba, pero porque sabía que lo hacían los que le acompañaban.

Martín Méndez se detuvo y, con él, los doce expedicionarios españoles.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó, más con la intención de ganar algo de tiempo que de obtener una respuesta.

—Daos presos —ordenó, entonces, el oficial.

—¿De qué se nos acusa? —volvió a preguntar Méndez.

El oficial ya no se molestó en responder. Cautelosamente, los portugueses rodearon a los españoles. Impedían dejar huecos que propiciaran una huida a la desesperada.

—¿Qué es esto? —preguntó Vasquito Gallego mirando a los portugueses. No

traían cara de pocos amigos, esa era la verdad. Sabían que se disponían a prender a marineros desarmados que, en el peor de los casos, ofrecerían una vaga resistencia.

—No os resistáis —indicó Martín Méndez, quien se daba cuenta que de aquella no salían.

El comentario que esa misma mañana había realizado Bocacio Alfonso no cayó en saco roto. Bien Álvares, bien uno de sus dos braceros, escucharon lo afirmado por el marinero español y habían informado a las autoridades caboverdianas. Los acababan de trincar y se los acusaba, claro está, de navegar por una demarcación que no pertenecía a España, de adquirir clavo en la especiería portuguesa y puede que hasta de mentir. Los portugueses les harían cargar hasta con el hundimiento de la carraca *São Rafael* del puñetero Vasco da Gama.

—Me cago en mi puta vida… —rezongó Vasquito Gallego.

* * *

A bordo de la *Victoria*, la tarde transcurrió lenta y pesarosa. Salvo accionar la bomba de achique para evitar que la sentina se les llenara de agua, no había demasiadas cosas que hacer. O sí, las había a decenas, pero los tripulantes opinaban que ya lo habían dado todo en aquella expedición y que, con llegar sanos y salvos a casa, cumplían. Dormitaron, pues, y bebieron vino, y cocieron arroz. Tenían cocinado mucho más del que podrían comer en las jornadas siguientes, pero había algo en la preparación de los alimentos que calmaba sus ansias y sus incertidumbres. Como si la comida no fuera tal hasta que estuviera convenientemente hervida y lista. Comenzaron a almacenar el arroz cocido en toneles y no sería hasta mucho más adelante cuando caerían en la cuenta de que así lo atacaban, con extrema facilidad, los bichos.

Elcano se sentía satisfecho. La recalada en Cabo Verde había salido mejor de lo esperado y podrían continuar viaje sin excesivas dificultades. Si todo salía bien, en un par de semanas alcanzarían las islas Canarias y, tras descansar de nuevo allí, en otras dos llegarían, triunfantes, a Sanlúcar. Y, con un poco de suerte, no perdían a ningún hombre más. Hizo recuento: en la *Victoria*, quedaban treinta y cinco tripulantes con vida, moluqueños incluidos. Le parecían pocos y

juzgó que diez más le vendrían de maravilla, pero se las apañarían. En peores se habían visto. Lo cual, dicho por ellos, distaba mucho de ser una frase hecha.

El capitán observó a Pigafetta, quien se sentaba a una mesa improvisada que él mismo se había construido con un par de tablones. Esa mañana, y como era costumbre en los últimos tres años, Elcano le ofreció la posibilidad de descender a tierra. Sin embargo, el vicentino se negó. Alegó que no tenía nada que aprender de los portugueses y que prefería permanecer a bordo y dibujar unos cuantos mapas. Elcano le preguntó a qué mapas se refería y Pigafetta se los mostró. En total, la colección superaba la treintena, algunos magníficamente descritos. Elcano aseguró que los consideraba bellísimos. Se inclinó sobre la mesa y consultó uno a medio terminar.

—¡Es el paso del suroeste! —exclamó.

—Así es, capitán —repuso Pigafetta—. ¿Ve? Esto es el puerto de San Julián, aquí está el cabo de las Once Mil Vírgenes y por aquí puede ver el estrecho… El estrecho de Magallanes.

La mirada de Pigafetta resultaba inquisitiva, como si necesitase la aquiescencia de Elcano para nombrar de aquella forma el canal que unía al océano Atlántico con el océano Pacífico. El capitán, vivamente emocionado, rememoró aquellos días. Parecía que, en lugar de dos años, habían transcurrido dos siglos. Tantas cosas vividas desde entonces… Tantos descubrimientos, tantos hallazgos. Regresaban siendo los mismos y, al tiempo, completamente diferentes.

Se disponía a afirmar que al nombre elegido por Pigafetta lo encontraba espléndido, cuando escucharon voces intempestivas. Varios expedicionarios, adormilados en un extremo de la cubierta, se incorporaron y fueron a ver. Elcano los imitó.

—¡Dense presos todos los del barco! —gritó una voz desde más allá de la borda de estribor de la *Victoria*.

—¿Qué demonios…? —comenzó a decir Elcano. Pero se calló. Se calló porque él mismo acababa de encontrar la respuesta. La expedición había estado en peligro muchas veces. Tres largos años dieron para momentos extremadamente delicados. El presente, y esto Elcano lo comprendió de inmediato, los superaba con creces—. ¡Atrás!

El capitán se dirigía a sus hombres. Requería de ellos un comportamiento ejemplar. En las próximas horas, la *Victoria* libraría la batalla final.

De pronto, escucharon una detonación. Los tripulantes, hasta entonces

dominados por la incertidumbre, por ese no saber muy bien qué estaba ocurriendo, abrieron mucho los ojos, y las entendederas, y se giraron para ponerse a disposición del capitán.

Durante un instante, no se movieron. Durante un instante, la dotación y el capitán se reunieron en una comunión única. Se reconocían los unos a los otros con una esplendidez que solo la conciencia de lo inasible proporcionaba. Comprendieron que Elcano mandaría, por siempre jamás, en ellos.

Empiece a hacerlo. Ahora.

¿Repeler o largar? Les acababan de dar el alto y, por si esto no fuera suficiente, alguien había disparado. Probablemente al aire, puede que a modo de aviso y todo lo que se quiera. Los portugueses siempre afirmarían que no fue nada, que los españoles se lo tomaron, como era natural en ellos, por la tremenda. Un disparito de nada para hacerse valer, por el amor de Dios.

Que les dieran a los portugueses. Elcano decidió que no irían a por sus armas. Desde las cubiertas de la *Victoria*, parapetados tras las bordas, podrían haber repelido el ataque. Aquel bote que se aproximaba con la intención de detenerlos pagaría muy cara su osadía. ¿Y luego? Luego vendrían más, y más, muchísimos más. Ribeira Grande era Portugal y solo un imbécil habría abierto fuego indiscriminado contra los de allí. Mejor salir con viento favorable.

Y eso fue lo que ordenó Elcano. Y nadie dudó, ni por un segundo, que su orden debía ser obedecida.

—¡Largad! ¡Deprisa, largad!

Los veintidós hombres que quedaban a bordo se pusieron a trabajar como posesos. La *Victoria* precisaba de un mínimo de cuarenta para navegar, pero allí se estaba a lo que había, y había eso: veintidós, tres de los cuales eran moluqueños. Apretaron los dientes y ni Dios rechistó.

Siete marineros treparon a los aparejos para largar las velas. Zabaleta comenzó a accionar furiosamente la bomba de achique. Santander izó el ancla. Albo asió el pinzote con fuerza. Pigafetta lo asistió situándose tras él y sirviendo de enlace entre el capitán y el ahora piloto. Acurio, en funciones de contramaestre, azuzaba, a grito limpio, a la tripulación. ¡Trabajad o los portugueses nos encularán a todos! ¿Queréis que esos maricones nos quiten lo que es nuestro? ¡Las velas al viento y los culos a salvo!

Desde el bote, volvieron a escucharse gritos de alerta, y hasta algún que otro disparo que rozó la coronilla de un expedicionario. A bordo de la *Victoria* quedaba un único lombardero. Se llamaba Hans, como todos los lombarderos

decentes del mundo, y lo llamaban Jansito. Habría cien o doscientos Jansitos sirviendo en las armadas españolas repartidas por los mares del mundo. Tíos fieles, honrados, capaces de cargar a ciegas una lombarda española.

Elcano experimentó la tentación de ordenar a Jansito que volara por los aires el puto bote portugués. ¿Qué podía suceder? ¿Que se buscaran problemas? ¿Más? Al infierno con todo. Sin embargo, determinó que habría resultado una estratagema inútil. Y necesitaba los brazos de Jansito para llevar adelante la maniobra de desatraque de la *Victoria*.

Se marchaban y dejaban atrás a Martín Méndez y los suyos. A Elcano se le desgarró el pecho, pero comprendía que ellos ya se hallaban condenados y que su deber, el deber del capitán, pasaba por salvaguardar el barco, la carga y lo que restaba de la tripulación. Pues eso haría, con todas sus fuerzas, hasta morir, incluso, en el intento.

Despacio, como era habitual hasta que el viento hinchara las velas, la *Victoria* comenzó a moverse en dirección sur. Hacia aguas abiertas. Elcano subió hasta la toldilla y buscó, con la mirada, el bote de los portugueses. Tardó un rato en descubrir su posición: el bote regresaba, como si lo llevara el diablo, al puerto. Comprendió lo que eso significaba: las autoridades portuguesas habían dado por hecho que los de la *Victoria* se rendirían al primer aviso. La reacción de Elcano dando por perdidos a los trece hombres que tenían en tierra y largando velas los había sorprendido. Puede que, incluso, no hubieran previsto la contingencia. Mejor. Eso les daba una posibilidad para huir.

Las labores que realizaron durante la siguiente hora los dejaron exhaustos. Se encontraban recuperados tras la aciaga derrota desde Timor, pero no lo suficiente como para trabajar con normalidad. Varios hombres todavía se hallaban muy enfermos y dos de ellos apenas conseguían moverse. Por suerte, los tres moluqueños se habían convertido en solventes marineros y comprendían lo que se requería de ellos en las maniobras de desatraque. Tomás de Tidore, sin ir más lejos, se encaramó al trinquete y largó su vela. El marinero que compartió con él la maniobra no podría decir que lo había hecho mejor.

Los expedicionarios comenzaron a respirar hondo cuando la *Victoria* se halló a una legua y media de distancia. Elcano continuaba en la toldilla y no dejaba de escrutar la costa. Durante diez, puede que quince minutos, reinó la calma.

—¡Tidore! —ordenó entonces—. ¡A la cofa!

Quizás se trataba del hombre más ágil de entre todos los de la tripulación de la *Victoria*. Y a su vista todavía no la había castigado el paso del tiempo. En

condiciones normales, los miembros más señeros de la tripulación habrían torcido el morro. ¿Subir a un indio a la cofa? ¿Confiarle la seguridad de la nao? Sin embargo, las condiciones en las que navegaba la *Victoria* eran cualquier cosa excepto normales. Casi sin oficialidad, apenas sin marinería y con la sentina inundándoseles continuamente de agua. Con encontrar a un hombre que pudiera trepar hasta la cofa y no se hallara alucinado, se darían por satisfechos.

—¡A la orden! —gritó, con todo, Tomás de Tidore. Los siete meses de travesía desde la especiería le habían dado para aprender un más que suficiente castellano. Lástima que, de los quince moluqueños que embarcaran, solo tres sobrevivieran. Se trataba de buena gente que podría haber hecho carrera en la mar.

—¡Dime qué ves! —pidió Elcano una vez que el moluqueño se hubo encontrado en la cofa.

Tidore se hizo sombra con la mano izquierda para ocultar el sol de poniente que le dificultaba la visión. Abajo, una veintena de pares de ojos lo observaba.

—¡Un barco! —indicó.

—Lo sabía… —bufó Elcano.

—¡No…! ¡Dos! ¡Dos barcos!

¿Dos barcos? ¿Portugal se había tomado la molestia de fletar dos navíos para perseguirlos? Vaya, pues sí que los consideraban importantes… Elcano esperaba al primero, aunque no al segundo. Dos barcos suponían palabras mayores y la *Victoria*, servida por una escasa tripulación, debería emplearse a fondo si quería llegar hasta las islas Canarias. La empresa que se extendía por delante era complicada, aunque ninguno de los de a bordo diría que imposible.

La nao española inflaba las velas en dirección sur y se alejaba tanto como podía de la isla de Santiago. Albo, quien definitivamente se hacía cargo de los quehaceres de un piloto, miró inquisitivamente a Elcano. Este asintió. Tenía que decidir el rumbo.

—¡Capitán! —gritó, entonces, Tomás de Tidore, todavía encaramado a la cofa. E insistió—: ¡Capitán!

—¡Qué! —devolvió el grito Elcano, quien no tenía tiempo para perderlo con el moluqueño.

—¡No son dos barcos! ¡Son…!

La proa de la *Victoria* cortaba olas a buen ritmo. Por suerte para ellos, el viento soplaba del noreste y las velas, completamente desplegadas, empujaban con furia en la dirección establecida por Albo.

El sol de las últimas horas de la tarde calentaba las cubiertas de la nao. Veintiún tripulantes miraron, al unísono, a Tidore.

—¡Son cuatro! —completó este.

Portugal se tomaba muy en serio la aventura de la *Victoria*. Tanto que, para ellos, ponerle fin se acababa de convertir en un asunto crucial en el que empeñaban su orgullo como reino.

Elcano distinguió los cuatro barcos. Avanzaban con las velas infladas y comenzaban a separarse los unos de los otros, como si, de esta forma, pretendieran anticipar cualquier rumbo que decidiera tomar la nao española.

Se llamaban la *São Sebastião*, la *Sacramento*, la *Santa Rosa* y la *São Mateus*. Su objetivo era hundir a la *Victoria*.

39

La travesía final hacia casa

6 de septiembre de 1522

VEINTIDÓS hombres agotados se dispusieron a plantar cara al enemigo portugués. Y no porque el capitán Elcano lo ordenara. Al contrario: Elcano no dio ninguna orden explícita más allá de las encaminadas a disponerlo todo para huir de los cuatro barcos que Portugal había lanzado tras su rastro. Pero el capitán pidió a los suyos que dieran su opinión. En la *Victoria* faltaban pares de brazos. Al menos, una veintena. Más, para trabajar con holgura. Y la maldita sentina se les llenaba de agua en cuanto dejaban de accionar la bomba de achique durante media hora seguida. Así las cosas, Elcano preguntó: ¿Qué pensáis, tíos?

En un momento en el que se resume un modo de estar en el mundo, los hombres del capitán apretaron los dientes y se sostuvieron fijamente la mirada. Ni un solo portugués aspiraría a estar en una piel semejante. Porque los españoles cometían errores, cada día lo hacían, y se equivocaban, y disputaban entre hermanos, y hasta diríase que no se caían demasiado bien los unos a los otros. Pero ¿y qué? ¿Consentirían que los portugueses se quedaran con la carga de clavo? Antes permitían que la *Victoria* se hundiese.

Y, de nuevo, que quede claro que no se trató de la típica fanfarronada española. Lo hablaron sobre la cubierta principal, reunidos en un consejo en el que el voto de un paje y el de un oficial valían lo mismo, y determinaron que ya se trataba de una cuestión de todo o nada. Dijo alguno que prefería morir antes que entrar deshonrado en Sanlúcar. Que tenía familia allí y que, por nada del mundo, permitiría que descubrieran que él se había rendido ante esos miserables portugueses robaespecias.

Hasta Pigafetta votó a favor de no doblegarse bajo ninguna circunstancia. A él ya de daba más o menos igual lo que sucediera. No tenía parte en la carga y ni

siquiera era español. Si conseguían atracar en Sevilla, descendería como el hombre mitológico en el que se había empeñado en convertirse. Escribiría libros, narraría peripecias y su presencia sería requerida en todas y cada una de las cortes europeas. Habría dado la vuelta al mundo, los apresaran o no. Sin embargo, juzgó, con sagaz criterio, que la estela de un hombre siempre puede prolongarse un poco más. Y pudiendo, ¿por qué no?

Se conjuraron, pues, para no rendirse.

Desde el mismo momento en el que dejaron atrás Cabo Verde, los expedicionarios observaron cómo los cuatro barcos lanzados tras ellos, cuatro fantásticas carabelas artilladas con cruces rojas luciendo grandiosas en sus velas latinas, se separaban. Por un lado, la *Sacramento* y la *Santa Rosa* viraron hacia el oeste, hacia la costa africana, y bloquearon cualquier intento que la *Victoria* pudiera realizar para acercarse hacia ella. Mientras tanto, la *São Sebastião* y la *São Mateus* se lanzaron hacia el sureste. Si Elcano pretendía sorprenderlas con una derrota un tanto imaginativa, ahí estaban ellas para impedirlo.

A bordo de la *Victoria*, Elcano y Albo muy pronto se dieron cuenta de que las cosas se les complicaban sobremanera. Portugal no había emprendido la típica maniobra de acoso. No se conformaban con darles un susto, con advertirles de que, en otra ocasión, se anduvieran con más cuidado. Cuatro carabelas artilladas y al menos ciento cincuenta hombres en ellas solo se hacen a la mar si es para morder hasta el hueso. Por ello, Elcano decidió que correría riesgos que, en otra situación, le habrían parecido excesivos. Y ordenó a Albo que, aprovechando que soplaba viento del norte y, a ratos, del noreste, hiciera desaparecer la *Victoria* al sur, muy al sur del archipiélago de Cabo Verde. Es decir, que navegaran en dirección contraria a casa.

Solo quedó exento del servicio un hombre, y porque no se podía mover. Se llamaba Esteban Villón y moriría antes de arribar a Sanlúcar. El resto, veintiún marinos en total, dieciocho europeos y tres moluqueños, se partió el espinazo en las mil tareas necesarias para conseguir que la *Victoria* fuera la *Victoria*, y no un barquito portugués lanzado al viento.

—¡Más deprisa, cabrones! —gritó Elcano desde la toldilla. Con Albo en el pinzote y dos hombres permanentemente destinados en la bomba de achique, le restaban diecisiete, el contramaestre Acurio incluido. Muy pocos para el gobierno de una nao cargada hasta la escotilla. Tan pocos que Elcano temía más a esta circunstancia que a los portugueses. Los había visto navegar y notó que los capitanes de las cuatro carabelas no exprimían al máximo a sus tripulaciones.

Sin duda, los portugueses no parecían dispuestos a morir. En eso, los españoles les llevaban ventaja: ellos se habían conjurado para dar la vida si era necesario. Pero el cansancio, el agotamiento… Los hombres de Elcano no tenían forma de descansar.

El 14 y el 15 de julio, Elcano mandó que la *Victoria* pusiera proa siempre hacia el sur. Necesitaba desconcertar a las carabelas portuguesas que los perseguían. En total, faenaron más de cuarenta horas sin descanso. En dos ocasiones, Acurio ordenó que tres hombres dejaran de trabajar en el aparejo y que prepararan algo de arroz. La comida estuvo siempre racionada, aunque Elcano fue explícito al respecto: se comería al menos dos veces al día. Cada vez, una escudilla de arroz y un vaso de vino. Además, se repartiría otro vaso de vino a media tarde, a modo de merienda. Ya que nadie podría apenas descansar, al menos que los estómagos no estuvieran tristes. O no demasiado.

En la mañana del 16 de julio, solo distinguían, tras ellos, la proa de la *São Sebastião*. Los hombres gritaron de alegría. Elcano y Albo sabían que era demasiado pronto para echar las campanas al vuelo; no obstante, no dijeron nada y permitieron que los tripulantes se solazaran. Traían tanto sufrimiento a cuestas que solo así se podía comprender el empeño de los expedicionarios en vencer. Era una cuestión de orgullo, de pasión contenida, de vanidad sin atisbo de jactanciosidad: la que los auténticamente grandes pueden desplegar.

Mientras el viento lo tuvieran de popa, la *Victoria* iría ganando más y más terreno a la *São Sebastião*, que envergaba velas latinas para poder, así, navegar con vientos favorables, pero también contrarios. De momento, así sucedía y en las primeras horas de la tarde del día 16, perdieron de vista a la *São Sebastião*. De nuevo, los hombres se apresuraron a abrazarse y Elcano repartió una ración extraordinaria de vino.

—¿Y ahora qué? —preguntó Albo, tras dejar el pinzote en manos de un marinero y encaramarse a la toldilla para hablar con Elcano.

—Ha llegado el momento de decidir la derrota final —respondió este.

—¿Iremos a las Canarias?

—Esto no lo vamos a someter a votación.

—Saldría que sí.

—Y resultaría nuestra ruina.

—Por eso, no lo vamos a votar.

—No… Vamos hacia el oeste. Nos internaremos en el Atlántico, allá donde los portugueses no nos puedan encontrar.

—Eso supondrá dar un gran rodeo…

—Exacto. Iremos por la ruta más improbable. La que ninguno de los barcos que han lanzado tras de nosotros esté cubriendo. ¿Qué te parece?

—Que vamos a morir.

—No, no lo vamos a hacer.

El 17 de julio, arrumbaban, sin titubeos, hacia el oeste. A cualquier otra tripulación, aquella derrota le habría parecido demencial. ¡Ponían proa hacia América! A la tripulación de Elcano, el camino más largo hacia casa no le parecía una locura, sino lo habitual en un mundo decididamente ancho, circular y atestado de enemigos. Llegarían, sin importar demasiado que para ir al norte tuvieran que ir, antes, al oeste.

Comoquiera que fuese, el 18 de julio, el viento comenzó a rolar y la *Victoria* consiguió virar hacia el noreste. Continuaban internándose más y más en el océano, pero retornaban a una derrota más satisfactoria. El 23 de julio, dejaron completamente atrás el archipiélago de Cabo Verde. Elcano decidió que, tras muchos días sin apenas dormir, la tripulación se tomara un descanso. No llevaban ni dos horas echados sobre la cubierta cuando el vigía apostado en la cofa del palo mayor los despertó de un alarido: ¡La *Sacramento* y la *Santa Rosa* por estribor!

Elcano no podía dar crédito. Al ver que la *Victoria* no arrumbaba hacia las islas Canarias, las dos carabelas portuguesas habían decidido cambiar de planes e ir a por ellas en el Atlántico norte. Y ahí las tenían, a dos leguas de distancia y aproximándose a gran velocidad.

El respiro se acabó. Elcano levantó a sus hombres, a algunos a patadas, y los obligó a ponerse a trabajar. Si las carabelas portuguesas los alcanzaban, podían darse por derrotados. Por si acaso, el capitán advirtió a Jansito:

—Quiero las lombardas de estribor listas para disparar.

El lombardero repuso que de acuerdo, pero ambos sabían que el fuego que podría efectuar la *Victoria*, una nao mercante con poca capacidad para virar deprisa, nunca se impondría al de las dos carabelas que los perseguían.

En el mar, la *Santa Rosa* decidió separarse de su hermana y poner proa hacia el noroeste. Mientras tanto, la *Sacramento* comenzó a describir una gran curva para situarse a popa de la *Victoria*. La maniobra no ofrecía dudas. Declinaban un ataque inmediato y preferían jugar a agotar a los españoles. El gato y el ratón, pero con dos gatos bien alimentados y un roedor escuálido.

Elcano y Albo interpretaron certeramente las intenciones de los portugueses

y renunciaron a realizar la maniobra que estos, sin duda, aguardaban: buscar el refugio de la costa africana primero, de las Canarias más tarde, y de la bahía de Cádiz al final. Por el contrario, Elcano y Albo, como dos alumnos que se han aprendido muy bien la lección, perseveraron en su decisión y continuaron siempre hacia el noroeste.

El 27 de julio, la *Santa Rosa* consiguió acercarse a un escaso cuarto de legua. Durante cinco horas contadas a partir del alba, los dos barcos se sumergieron en una desquiciada carrera para quitarse al otro de encima. El viento viró a oeste y la *Victoria* vio cómo su velocidad menguaba de forma irremediable. Irónicamente, el viento del oeste les venía de maravillas para enfilar hacia España. Sin embargo, la *Santa Rosa* les interceptaba el paso. Y la *Sacramento* llevaba días detrás de ellos, a media legua de su popa: evitaba que la *Victoria* cayera en la tentación de aflojar.

—Si nos acercamos a ellas, nos lombardearán sin piedad —sentenció Albo. El capitán y él se habían acostumbrado a intercambiar opiniones tres veces al día —. Nos empujan más y más hacia el centro del océano. Si seguimos así, terminaremos en La Española.

—No sería un mal destino —reflexionó Elcano. Casi le asoma una sonrisa a los labios.

—No me jodas, capitán. Tenemos a la tripulación exhausta.

—Estás en lo cierto. Quieren que nos rindamos. Quieren ganar la partida sin arriesgar en lo más mínimo.

—Y tienen todas las cartas para lograrlo.

—Eludámoslos.

—¿Cómo?

—Si viramos bruscamente hacia la popa de la carabela que tenemos a estribor, podemos colarnos entre una y otra. No es fácil, pero contamos con que no se lo esperan.

Albo arqueó las cejas. No le parecía una buena idea. Si algo salía mal y no viraban con suficiente precisión, su flanco de estribor quedaría completamente expuesto a la artillería de la *Sacramento*. Los enviarían al fondo sin dudar.

—De acuerdo —repuso, con todo—. Intentémoslo.

La maniobra que pretendían llevar adelante pasaba por recoger muy deprisa las velas y quedar fuera de la influencia del viento. Esto detendría, o casi, a la *Victoria*. Al mismo tiempo, tanto la *Santa Rosa*, a estribor, como la *Sacramento*, a popa, continuarían su avance. En menos de cinco minutos, la *Santa Rosa*

mostraría la popa a la *Victoria*, lo cual era bueno. La *Sacramento*, por su parte, se acercaría peligrosamente a la *Victoria*, lo cual era malo. Entonces, en la *Victoria* volverían a largar las velas y Albo, en el pinzote, viraría hacia estribor y más tarde hacia babor, describiendo una ese en el mar. Si en mitad de la maniobra perdían fuelle y quedaban atascados, la *Sacramento*, como Albo especulaba, los lombardearía sin que ellos pudieran defenderse. Un plan muy arriesgado.

Tomás de Tidore jamás se había visto en una de estas. De hecho, hasta que se lo explicaron, no entendió qué sucedía allí. ¿Cómo que nos quieren hundir? Sí, tío, espabílate porque estos portugueses son unos hijos de puta que no se andan con miramientos. ¿Pero nosotros les hemos hecho algo? Existir, tío, eso es lo que les hemos hecho y lo que les jode.

Aunque tranquilo, porque no van a lograr nada.

Elcano explicó la maniobra y los hombres escucharon atentamente. Recoger las velas, detener la *Victoria*, largar de nuevo y pum, pum, dos virajes rápidos y adiós a las carabelas enemigas. Podía salir bien.

Doce marineros se encaramaron a las vergas y Elcano los observó. Albo, en el pinzote, giró la mirada hacia estribor y contempló las evoluciones de la *Santa Rosa*. Desde la distancia a la que se hallaban, podían distinguir a los tripulantes de la carabela trabajando en cubierta. Estaban seguros de que habían cargado la artillería y de que la usarían si les daban la menor oportunidad de hacerlo.

—Viento del suroeste —dijo Albo. Nadie más hablaba.

—Perfecto —repuso Elcano. Se situaba junto a Albo, en la cubierta principal. No se movería de allí hasta que finalizaran la maniobra.

—Atentos todos —exigió el contramaestre Acurio. De él dependía que los hombres ejecutaran con precisión las órdenes del capitán.

La *Sacramento* avanzaba a todo trapo hacia la popa de la *Victoria*. Desde la posición donde Elcano y Albo se encontraban, no se podía divisar, pero Zabaleta, subido a la cofa del palo mayor, tenía los ojos clavados en ella. Su única misión era comunicarle al capitán la posición del enemigo.

—Recoged las velas —ordenó Elcano con voz suave.

Acurio no reaccionó de inmediato, sino que se tomó un par de segundos. Rezaba para sus adentros, como cualquiera que allí tuviera dos dedos de frente. Necesitaba, si cabe más que nunca, el empujón de la Virgen.

—¡Recoged las velas! —aulló.

Los dos hombres encaramados a las vergas comenzaron a tirar, con furia, de

los trapos. ¡Vamos, vamos!, se animaban ellos mismos mientras, abajo, el resto contenía la respiración.

—¡Joder, daos prisa! —gritó el contramaestre Acurio—. ¡Recoged, recoged, recoged!

De pronto, la *Victoria* se detuvo. O no exactamente, pues necesitaría un buen rato para ello, pero, sin velas para atrapar el viento, perdió el impulso. Los hombres lo notaron y supieron que, en adelante, contarían únicamente con la inercia.

—Quietos todos —dijo Elcano sin mover una ceja.

—¡Se acerca! —gritó, entonces, Zabaleta desde la cofa. Se refería a la *Sacramento*, que, con sus velas latinas hinchadas, se aprestaba a recortar distancias con la *Victoria*.

—Aguardad… —dijo Elcano.

La *Santa Rosa*, mientras tanto, y tal y como había previsto el capitán, se adelantó. Desde la cubierta de la *Victoria*, observaron cómo su tripulación se desgañitaba para responder al audaz movimiento de Elcano.

—Van a recoger las velas —señaló Albo, que no soltaba el pinzote.

Los veintiún tripulantes de la *Victoria* tenían los ojos clavados en su capitán. Tres años de aventuras habían dado para mucho, pero nunca, hasta ese preciso momento, se sintieron tan vivos y, al tiempo, tan asustados. Dependían enteramente del capitán Elcano, y en él confiaban sin titubeos. Lo habrían seguido hasta las puertas del mismísimo infierno.

—Atención… —susurró Elcano.

—¡Atención! —gritó Acurio.

—Todo a estribor, piloto.

—¡Viramos!

Albo tiró con energía del pinzote y, de pronto, la *Victoria* comenzó a girar con suavidad sobre las olas del océano. Vieron la popa de la *Santa Rosa* y, entonces, Acurio fijó su mirada en la de Elcano.

—Ahora —ordenó este.

—¡Largad las velas! —vociferó Acurio.

Los doce hombres encaramados a las vergas realizaron la maniobra contraria a la anterior y soltaron las velas, las cuales se desplegaron de inmediato y recogieron los primeros soplos de viento. Abajo, en las cubiertas, diez hombres se encargaban de amarrar los cabos que las sostenían. La *Victoria* experimentó

un tirón hacia el frente y su proa avanzó para atravesar la estela dejada por la *Santa Rosa*.

La *Sacramento*, mientras tanto, había recuperado terreno respecto a la nao española. Y se aproximaba el instante más delicado para los de Elcano, pues estaban a punto de situarse a tiro de la artillería de la *Sacramento*. Salvo cruzar los dedos, poco más podían hacer. Tenían el flanco de estribor expuesto.

Tomás de Tidore nunca había escuchado el zambombazo de un disparo de lombarda. Por supuesto, tampoco conocía los efectos que una bala bien apuntada era capaz de causar en la embarcación sobre la que se disparaba. Fue él quien avisó de que la *Sacramento* imitaba el movimiento de la *Victoria* y comenzaba a virar hacia el lado de estribor.

—¡Se mueve! —gritó.

Zabaleta, desde la cofa, lo confirmó:

—¡Capitán! ¡Se está colocando!

Para disparar. La *Sacramento* era más lenta que la *Victoria*, aunque muchísimo más ágil a la hora de efectuar maniobras rápidas. En menos de lo que tardaron en pestañear, se viró hacia estribor y mostró la artillería a la nao española.

—¡Hans! —exclamó, entonces, Elcano—. ¡Abre fuego!

Jamás impactaría sobre la *Sacramento*, pero el objetivo no era ese, sino asustar a su capitán e intentar que perdiera algo de tiempo. El suficiente para que la *Victoria* pudiera completar su maniobra.

—¡A la orden!

Tidore escuchó el primer lombardazo de su vida. La mandíbula se le desencajó y sintió cómo todo retumbaba en torno a él. Los tripulantes de la nao ignoraron el disparo y continuaron trajinando con las velas para lograr que la *Victoria* prosiguiera su avance.

—No le ha dado —dijo Tidore un tanto decepcionado cuando observó cómo la bala caía en el agua.

Nadie tuvo tiempo para explicarle que, pese a todo, el objetivo se había cumplido, y que, en ese instante, el capitán de la carabela portuguesa estaría volviéndose más cauteloso.

Acto seguido, la *Sacramento* halló su ángulo de tiro y no dudó. Blam, escucharon la detonación y el contramaestre gritó que nadie se moviera. La bala surcaba el aire en dirección a ellos y lo único que podían hacer era permanecer quietos.

La oyeron silbar muy cerca y, después, un chapoteo. ¡Al agua! Varios hombres dieron un viva rápido y regresaron a lo suyo.

—A babor —ordenó Elcano.

—¡A babor! —repitió el contramaestre por si alguno de los tripulantes no lo había escuchado.

Albo tiró del pinzote y la *Victoria* viró como una gran ballena con la panza atiborrada. No habían concluido la maniobra cuando atronó el segundo lombardazo de la *Sacramento*. De nuevo, contuvieron la respiración. Si la bala lograba impactar en la *Victoria*, muy probablemente los enviaría al fondo.

—¡Ha fallado! —gritó Zabaleta desde la cofa. No podía ocultar su alegría.

Varios marineros correspondieron desde abajo, aunque ninguno dejó de trabajar. La *Victoria* viró y comenzó a ganar terreno a la *Santa Rosa*, que pronto estuvo colocada en su lado de babor. Si tenía o no cargada la artillería de ese flanco, lo desconocían. Y tampoco les importó gran cosa, pues la *Santa Rosa* se encontraba en línea de tiro, aunque demasiado lejos para que sus balas los alcanzaran.

La maniobra concluía con éxito. La *Victoria* se había colado entre las dos carabelas enemigas, las había sorprendido y ganaba una senda que las otras tardarían en recuperar. Si apretaban y el viento de popa los acompañaba, podrían dejarlas atrás.

* * *

Durante dos días, hasta el 29 de julio, navegaron en solitario. Por desgracia, cuando creían haberse librado de los portugueses, descubrieron en el horizonte a la *São Sebastião* y a la *São Mateus*. A saber de dónde salían. La *Victoria*, con todas las velas al viento, intentó despistarlas, pero la habían descubierto. Se mantuvieron en esa posición hasta el 2 de agosto, en el que la *Sacramento* y la *Santa Rosa* se les unieron. Se encontraban en la misma latitud que las islas Canarias, aunque doscientas setenta leguas al oeste[64]. Si Elcano todavía albergaba dudas en torno a si recalar o no en ellas, la presencia de las cuatro carabelas portuguesas terminó por disuadirlo.

Los empujaban más y más hacia el profundo Atlántico norte.

O hacia las islas Azores.

Fue Albo el primero en comprenderlo. A media tarde, un marinero onubense llamado Colmenero le sustituía en el pinzote y él se retiraba al camarote del capitán para realizar el verdadero trabajo de un piloto: calcular la posición de la nao y, en función de ella, de los vientos y de las corrientes, trazar su derrota. Y cuando lo comprendió, como era costumbre en él, llamó a Elcano para comunicárselo.

—Intentan llevarnos hasta las Azores. No cabe duda. Y una vez allí…

Las Azores pertenecían a Portugal, lo cual, en el mar, podía ser su última oportunidad para atraparlos. Elcano se inclinó sobre las cartas que Albo desplegaba sobre la mesa y comprobó que el piloto de la *Victoria* se hallaba en lo cierto.

—Por mí, inmejorable —respondió lacónicamente.

—¿Cómo? —preguntó Albo sin poder ocultar su sorpresa.

—Digo que no me parece una mala estrategia. Vayamos hasta las Azores. Todo hacia el norte, como pretenden las cuatro carabelas que nos persiguen. Una vez que nos encontremos allí, viraremos y, con un poco de suerte, encontraremos los vientos que traen a los barcos de América. A partir de ese momento, seremos uno más entre decenas. No osarán tocarnos por temor a equivocarse. Si mandan a pique a un barco que proviene de las Indias, el rey Carlos declara la guerra.

Por primera vez en su vida, Elcano se mostraba optimista, puede que hasta exultante. Su plan los alejaba de las islas Canarias y de territorio español. Sin embargo, lo consideraba la mejor de sus opciones.

Albo repasó las cartas y trazó, con el dedo índice de su mano diestra, una ruta sobre el papel. Cuando la detuvo en la parte alta del mismo, Elcano corrigió con una sonrisa.

—Más arriba.

—¿Estás loco?

—No. Iremos aún más hacia el norte. Desde allí, viraremos hacia el levante y, luego, hacia el sur. ¡Los vientos nos empujarán a una velocidad pasmosa!

—¿Alguna vez has probado esa ruta?

—Nunca. Pero siempre hay una primera vez para todo. Nos haremos pasar por indianos, solo que esta vez saldrá bien. Te lo aseguro.

Albo era cualquier cosa excepto un incauto. Confiaba en las mediciones, en los datos, en los cálculos. El resto de asuntos lo dejaba indiferente por completo. Sobre todo, lo que no era constatable ni mensurable, ni se consignaba en las

cartas. ¿Vientos a favor en cuestión de dos o tres semanas? ¿Que los conducirían directos a casa? Habría que verlo.

A partir del 4 de agosto, la *São Sebastião*, la *São Mateus*, la *Santa Rosa* y la *Sacramento* perdieron un poco de impulso. Los veintidós supervivientes de la *Victoria*, al borde del desmayo, miraban por encima de su popa y, tras divisar los cuatro puntitos en el horizonte, pensaban en los ciento cincuenta hombres embarcados en ellos. Tripulaciones, sin duda, jóvenes y bien abastecidas que, al menos cuando salieron de Cabo Verde, se encontraban frescas y descansadas. Los expedicionarios se apostaban cantidades ingentes de dinero a que los marineros de las carabelas portuguesas llevaban tanto tiempo sin dormir como ellos. Hasta veinte mil maravedíes se apostaron Zabaleta y Santander, en un envite que, salvo que los portugueses los capturaran con vida y se tomaran la molestia de confirmárselo, jamás se resolvería. Eso sí, se reían mucho, con esa risa propia de los exhaustos, la de los que ríen por no llorar.

El 6 de agosto, murió Esteban Villón, el desdichado expedicionario que tuvo la mala fortuna de ser el último fallecido de la expedición. Le dedicaron un adiós a la altura de las circunstancias. Con él, se despedía a los ciento cincuenta expedicionarios caídos en los más remotos lugares del mundo. Tenían muertos españoles descansando en los tres grandes océanos, y desconocían si esto era algo de lo que sentirse orgullosos, pero así sucedía.

Elcano reunió a la escuálida dotación de la *Victoria*, compuesta ahora por dieciocho europeos y tres moluqueños, y afirmó que ningún sacrificio había sido en vano, pues tanto en las velas de la nao como en su bodega portaban un poderoso mensaje: que España dominaba el mundo como nadie lo había hecho, ni lo haría, jamás. ¿Por qué otro motivo, si no, Portugal lanzaría a cuatro preciosas carabelas artilladas con centenar y medio de hombres a bordo en un enloquecido intento por detenerlos?

Sacaron la mesa del camarote y tendieron en ella a Villón. No se trataba de lo habitual, ni mucho menos. Por norma, un par de marineros improvisaba una camilla con un tablón y ahí se velaba al cuerpo del fallecido. Después, el capitán pronunciaba unas cuantas palabras de elogio y recuerdo, y los marineros lo tocaban poniendo una mano en el pecho. Acto seguido, se lo arrojaba al mar en medio de un silencio majestuoso. Que hubieran decidido sacar la mesa del camarote tenía mucho que ver con cómo se sentían. La mesa, maciza y recia, nunca se utilizaba para nada que no concerniera a la oficialidad. Para, en resumen, nada determinantemente innoble. En los últimos tiempos, era Albo

quien la ocupaba con sus mapas y sus cartas. El hombre que conseguiría que la *Victoria* concluyera, triunfante, el viaje que daba la vuelta al mundo. Bien, pues retiraron los papeles del piloto y, empleándose a fondo seis hombres, sacaron la mesa a la cubierta principal. La situaron junto al palo mayor y pusieron a Villón sobre ella. Durante tres horas, la *Victoria* navegó a gran velocidad hacia el norte. La mar, muy poco amigable en aquella región del océano Atlántico, levantaba la proa de la nao durante su avance. A ratos, percibían cómo la quilla quedaba al aire y aguardaban el instante posterior en el que golpeaba, con gran violencia, sobre la superficie del mar.

En esas tres horas, nadie dejó de ocuparse de sus asuntos. Trabajaban muy duro para mantener a distancia a las cuatro carabelas portuguesas que los perseguían. No obstante, cuando pasaban junto al cuerpo expuesto de Villón, se detenían un momento para observarlo. Para presentarle el respeto que le debían, que debían a todos y cada uno de los fallecidos en la expedición. También, aunque esto no lo dirían en voz alta, para alegrarse de que no eran ellos los que se hallaban siendo velados. A pesar de todo el dolor inmenso que habían sufrido, a pesar de unas penalidades que ningún hombre podría nunca comprender, se complacían de haber sobrevivido. Y daban gracias a Dios por ello.

Al fin, el contramaestre Acurio mandó que la tripulación se reuniera en torno al cuerpo de Villón y Elcano pronunció las palabras que ninguno olvidaría.

—Hablo por los que estamos —dijo—. Hablo también por los que hemos dejado atrás. Por los que se comportaron como hombres dignos y por los que no tanto. Ningún sacrificio es en vano si da como resultado una victoria más grande. A ella he de encomendarme, como último capitán de la expedición española a la especiería. Hemos cumplido. Hemos cumplido con creces y, en adelante y para siempre, seremos leyenda. Sabed que así sucederá, que vuestro nombre se recordará a través de los siglos, que hombres y mujeres a los que todavía les falta mucho tiempo para nacer se estremecerán al saber de vosotros. Para entonces, ninguno de los que aquí velamos este cuerpo se encontrará vivo. Seremos pasto de la historia, efluvio de la maravilla imparable. Sentíos orgullosos de quienes, como el marinero Esteban Villón, se han entregado en pos de una causa mayor. Somos gloria porque Dios así lo ha dispuesto. Somos, al mismo tiempo, humildes en nuestro destino. Aquí navegan veintiún hombres que miran hacia el frente. Hacedlo siempre y por siempre.

Se escuchó algún que otro amén y varios carraspeos. La marinería acostumbraba a cruzar las manos sobre el vientre y a hundir el mentón. Si no los

estuvieran persiguiendo los portugueses, quizás se hubieran demorado un tanto, quizás algún amigo del finado habría tomado la palabra para contar dos o tres anécdotas graciosas, mencionar a sus parientes o recordar que, como todos, había hecho lo que había podido. Sin embargo, las circunstancias no ayudaban y decidieron arrojar el cadáver por la borda. El oleaje atlántico, lento y poderoso, se lo tragó de inmediato. Devolvieron la mesa al camarote y regresaron al cansancio y a la extenuación.

El 13 de agosto, Albo midió el sol y determinó que se encontraban en la misma latitud que Sanlúcar de Barrameda, aunque cuatrocientas leguas[65] al oeste. Se lo refirió a Elcano y a ambos les gustó la idea. Se encontraban muy cerca de casa, pero el viento continuaba soplando con fuerza desde el sur y todavía no había llegado el momento de virar.

—¿Cuál crees que será el plan de los portugueses? —preguntó Albo, consciente de que se acercaban a las temidas islas Azores.

—Impedir que nos acerquemos hacia la costa española —contestó Elcano con firmeza. A medida que las jornadas avanzaban, los dos hombres pasaban más tiempo en el camarote del capitán. Repasaban tan a menudo las cartas y los cálculos que bien, en adelante, podrían navegar con los ojos vendados. Pero las horas eran muchas y largas, y mantenerse ocupados les ayudaba a permanecer serenos.

Volvían a tener hambre. A estas alturas, apenas le daban importancia, pues se trataba del apetito incipiente propio de la escasez, no de la carencia, pero, con todo, dolía en sus estómagos. Sabían, además, que ya no habría más recaladas: sucediera lo que sucediese, irían del tirón hasta casa. En fin, se lo tomaron con cierto sosiego. Con resignación, incluso. Aunque Elcano y Albo sí sopesaron la posibilidad, remota en cualquier caso, de acercarse a una isla menor de las Azores e intentar adquirir víveres.

—No —zanjó Elcano. Había sido él mismo quien lo había sugerido. De inmediato, comprendió lo arriesgado de la empresa—. Si no nos siguieran las cuatro carabelas portuguesas, podríamos intentarlo. Pero así, de ninguna manera.

—Hay una isla pequeña muy hacia el este —aventuró Albo—. Se llama Flores y podrían abastecernos.

—Olvídalo.

—¿Y si nos quitamos de encima a las carabelas?

—¿Cómo?

—Tenías razón cuando afirmaste que la ruta a la que los portugueses nos obligan no es mala del todo para nosotros. Estamos cubriendo grandes distancias con vientos favorables. Puede que, de hecho, los portugueses nos hayan hecho un favor. No habríamos podido navegar en otro rumbo con una dotación tan escasa.

—¿Adónde quieres llegar?

—Esperan que intentemos, dando un rodeo, zafarnos de ellos. Sería lo normal. Bien, he estudiado las cartas y, aunque no son demasiado precisas para esta zona, creo que podemos aprovechar la corriente y pasar entre estas islas.

Albo señalaba un punto en mitad del archipiélago.

—¿Pretendes que atravesemos las Azores por el mismísimo medio?

—¿Por qué no? Resulta una opción juiciosa. Y ellos no aguardan que nosotros la emprendamos.

Elcano observó con detenimiento la ruta que Albo le mostraba. En resumen, se trataba de entrar, a toda velocidad, hasta la cocina de los portugueses, saludar con la mano y continuar viaje como si los llevara el demonio.

—Allá habrá muchas naves portuguesas. Son sus puertos habituales en el Atlántico…

—¿Y qué más da? Iremos tan deprisa que no les daremos tiempo de reaccionar. Después, continuamos avanzando siempre hacia el norte. Aguantando la respiración, a todo trapo, día y noche. Las carabelas que nos persiguen desde Cabo Verde no nos seguirán. No se adentrarán en el Atlántico norte.

—Creerán que nos hemos vuelto locos…

—Exacto.

Los dos hombres sonrieron. Despacio, muy despacio, comenzaron a estirar los labios y a esbozar sonrisas de afecto y reconocimiento. Si hubieran dispuesto de algo de vino, habrían brindado. Pero se les había vuelto a acabar.

* * *

Esta vez, los planes no fueron sometidos a sufragio, aunque la tripulación recibió cumplida información acerca de la maniobra que pretendían llevar adelante. Nadie se opuso. ¿Qué sentido habría tenido hacerlo? Elcano dispuso que se redoblara el trabajo con la bomba de achique. Al menos durante dos jornadas,

necesitaban evacuar la casi totalidad de agua de la sentina. Solo así lograrían que la nao pudiera ir más deprisa.

El 14 de agosto, avistaron las islas Azores. A mediodía, se encontraban lejísimos en el horizonte, tanto a babor como a estribor. Albo se situó personalmente en el pinzote y trató de buscar la ruta más sencilla a lo largo de aquel enorme pasillo de treinta y cinco leguas de ancho.

Mientras tanto, la *São Sebastião*, la *São Mateus*, la *Sacramento* y la *Santa Rosa* comenzaron a separarse las unas de las otras. Habían advertido la maniobra que el capitán de la *Victoria* emprendía y realizaban un último intento de darle caza. En aquella persecución a todo trapo, la *Santa Rosa* comenzó a quedarse atrás y a última hora de la tarde la perdieron de vista.

A Pigafetta, el contramaestre Acurio le ordenó que sirviera en el trinquete. El vicentino protestó y hasta recurrió al capitán con la intención de quejarse. Adujo que él era un caballero y que no tenía por qué realizar trabajos muy poco propios de los de su clase. Elcano lo escuchó atentamente y terminó por contestarle que tenía en cuenta todo lo que le decía, pero que comprendía y secundaba al contramaestre. Con solo veintiún hombres a bordo, hasta un par de brazos inexpertos como los de Pigafetta cobraban valor.

El vicentino rezongó, alegó que tenía hambre y que le dolía la espalda, pero dio media vuelta y se dirigió al trinquete. Acurio, con buen criterio, le había asignado una de las velas más sencillas de a bordo, si algo así existía realmente. En el trinquete, a los marineros les bastaba con estar pendientes de que la vela no perdiera fuelle y se alineara con el viento. Se trataba de una vela dócil que, además, en el caso de la *Victoria*, colgaba algo baja pues hacía tiempo que carecían de mastelero y de la verga solo se conservaban dos terceras partes. En suma, nada que ver con el manejo de la descomunal vela mayor o la siempre ingrata mesana.

La noche del 14 al 15 de agosto, la pasaron sin descanso. Jansito, el lombardero, repartió raciones de arroz unas tres horas antes del alba, y los expedicionarios comieron en silencio. La mar estaba picada y la *Victoria*, a rachas, comenzaba a recibir viento de costado que exigía gran trabajo a los hombres. Al amanecer, Zabaleta trepó hasta la cofa del palo mayor y oteó el horizonte. Buenas noticias: la *São Mateus* había desaparecido, muy probablemente dejada atrás.

Cada vez con mayor intensidad y a lo largo de las primeras horas del día, el viento los sacudió de costado y temieron que fuera a desatarse un temporal. Por

fortuna, navegaron hasta la tarde sin que el tiempo empeorara. A eso de las cuatro, distinguieron, a menos de media legua de distancia, una nao mercante portuguesa que se dirigía a una isla cercana, quizás a la de Faial. De pronto, tras ellos, la *São Sebastião* y la *Sacramento* abrieron fuego.

—¡Nos disparan! —gritó Zabaleta antes de deslizarse por los obenques hasta alcanzar la cubierta.

No se trataba de tiros que tuvieran, como destino, alcanzar a la *Victoria*, sino avisar a la nao recién aparecida de que algo raro sucedía.

—¡No os preocupéis! —gritó el contramaestre Acurio—. ¡Desde tan lejos no nos pueden dar!

Elcano giró la cabeza en dirección a la nao mercante. Tras unos instantes de incertidumbre, arriaba su vela mayor para detener la marcha. Y comenzaron a observarse movimientos inusuales en su cubierta principal.

—¿Están cargando la artillería? —preguntó Albo desde el pinzote.

—La están cargando —respondió Elcano sin dejar de mirar hacia la nao portuguesa. Y girándose hacia Acurio, añadió—: Contramaestre, necesito que nuestras velas recojan cada soplo de viento. Hasta el último. Tenemos que salir de aquí.

—¡A la orden! ¡Ya habéis oído al capitán, hatajo de gañanes malparidos! ¡No hemos llegado hasta aquí para que unos cuantos soplapollas portugueses nos envíen a pique! ¡Vamos!

La *Victoria* bailaba sobre las olas atlánticas. Nunca una nao española había navegado en una ruta semejante: ¡A toda vela entre las islas grandes de las Azores! Durante algo más de una hora, los veintiuno de a bordo se sintieron tocados por la mano de Dios. Y Dios en el castillo de proa, ligeramente abiertas las piernas, una mirada fija siempre en el horizonte. Podrían haber navegado hasta el polo norte. Habría bastado con que Elcano lo ordenara.

La *São Sebastião* y la *Sacramento*, mientras tanto, volvieron a disparar. Se encontraban lejísimos, pero el mensaje tenía como destinataria a la carabela portuguesa. Y venía a decir más o menos esto: ¿Queréis hacer el favor de enviar ya a esos hijos de puta al fondo del santo mar?

—¡Asid esos cabos! —aulló el contramaestre Acurio.

Dos en la bomba de achique, nueve en el palo mayor, tres en el trinquete, cuatro en el de mesana, uno en el pinzote, el contramaestre gritando de un lado a otro y el capitán sin mover una ceja. He aquí la disposición y el orden de la *Victoria* a lo largo de aquella fantástica jornada.

La nao portuguesa terminó de colocarse y Elcano pensó que, para tratarse de un barco mercante, había completado la maniobra con rapidez y eficacia. Admiró al capitán portugués y se dijo que podrían haber compartido un vaso de vino si las circunstancias hubieran sido otras. Como no lo eran, Elcano ordenó a Jansito que cargara las lombardas. Ni en sus sueños más osados contemplaba la posibilidad de acertarles, pero quizás un par de disparos al bulto los disuadieran. Por experiencia, Elcano sabía que algunos de los capitanes más hábiles en el gobierno de una embarcación, se achicaban en cuanto la artillería comenzaba a disparar.

—¿No has oído al capitán? —gruñó Acurio, el único hombre que hablaba en la *Victoria*. Con sus rugidos, pretendía insuflar ánimo en los corazones de sus marineros. Y por Dios que lo estaba consiguiendo—. ¡Me cago en tu puta madre, Jansito! ¡Carga de una santísima vez las putas lombardas! ¡Vamos a dar por culo a esos cabronazos!

La nao portuguesa se acercaba a la *Victoria*. O, por expresarlo con exactitud, avanzaba hacia el lugar en el que dentro de unos minutos se encontraría la *Victoria*. Habían descrito una trayectoria previsible, habían determinado en qué punto sus lombardas serían eficaces y la marinería lo daba todo como si alguien, a bordo, hubiera ofrecido una recompensa.

—¡Seguid! —bramó Acurio. Si continuaban avanzando a tanta velocidad, aquel día se convertiría en el día en el que más leguas habrían recorrido desde que la expedición diera inicio.

—¿Hans? —preguntó Elcano acercándose a su lombardero.

—Todo listo, capitán —respondió este. Se trataba de un hombre de pocas palabras y miradas certeras, como el propio Elcano. Se entendían bien.

—A mi indicación —expresó. Y, acto seguido, se dirigió al oficial en el pinzote—. ¡Albo!

—Capitán.

—¿Cuánto nos falta para dejar atrás las Azores?

—Unas cuantas horas, capitán. Dos, tres. Quizás algo más, pero no mucho más.

—¡Contramaestre Acurio!

—¡Diga, capitán!

—Que nadie afloje.

—¿Habéis escuchado al capitán? ¡Habéis escuchado al capitán! ¿Vais a dejar de trabajar como hijos de puta? ¡Que nadie diga que nos rendimos! ¡Vamos,

maricones, que ya estamos en casa! ¡Trabajad!

Se hizo un silencio solo roto por las olas que cortaba la proa de la *Victoria*. Después, la nao mercante portuguesa abrió fuego.

Antonio Pigafetta dejó que un cabo resbalara entre sus manos y los dos marineros que servían junto a él en el trinquete fruncieron el ceño. Corrigieron, de inmediato, el error del vicentino y la vela se hinchó con tal virulencia que daba la sensación de que era capaz de levantar la proa de la *Victoria*.

—A lo que estamos, Pigafetta —le espetaron.

—Puedo hablar en mil lenguas —repuso el vicentino.

La *São Sebastião* y *Sacramento*, ya muy retrasadas respecto a la *Victoria*, volvieron a disparar. Se encontraban tan lejos de su radio de impacto que los españoles ni siquiera levantaron la cabeza, como hacían en otras ocasiones, para echar un vistazo.

La nao mercante portuguesa también abrió fuego. Dos veces, dos lacónicos disparos que batieron el agua lejos de la popa de la *Victoria*.

—Dispara, Hans —ordenó Elcano.

Por un momento, Jansito fantaseó con la posibilidad de impactar sobre el enemigo. Llevaba trece años sirviendo como artillero, los tres últimos a bordo de la *Victoria*, y nunca le había dado a nada ni a nadie. Los lombarderos de las naos españolas no gozaban de demasiadas oportunidades para realizar su trabajo. En consecuencia, se les torcía la puntería y se les desafinaba el equilibrio. Ten tú siempre brillantes y relucientes las cuatro lombardas para que, llegado el momento de abrir fuego, te exijan un tiro con el oleaje sacudiendo a conciencia la nao. En fin, a ello.

Jansito había cargado la artillería de estribor y procedió a obedecer la orden de Elcano, quien, por cierto, se había situado, inusualmente, a su lado. Parecía como si el capitán quisiera ser partícipe de la andanada. Si no hubiera resultado una flagrante descortesía, Jansito le habría invitado a inflamar la pólvora. Pero Elcano era un capitán expedicionario, un hombre al que el rey de España acabaría concediendo fama, fortuna y reconocimientos, y él no pasaba de ser un pobre lombardero del tres al cuarto. Nadie, en cualquier caso, digno de dirigirle la palabra.

—Vamos a allá —dijo Jansito, más para sí que para el resto.

Las lombardas rugieron, primero una y, unos segundos después, la otra, y la *Victoria* absorbió la intensa sacudida de sus almas. Dos grandes balas cruzaron el océano en dirección a la nao portuguesa y, ahora sí, los expedicionarios

levantaron la mirada para admirar su trayectoria. Cuánta belleza, se dijeron, en un recorrido a través del aire.

No por haberlo previsto, resultó menos frustrante: los disparos cayeron al mar, aunque el segundo de ellos se acercó lo suficiente a la nao portuguesa como para que alguien, a bordo, diera un grito de sorpresa. Lo escucharon claramente en la *Victoria*. Y eso fue todo. Continuaron viaje, continuaron hacia delante, como tenían por costumbre, sin descanso y hasta que el capitán ordenara lo contrario.

—Bien hecho, Jansito —dijo Zabaleta por lo bajo.

—Sí, bien hecho, tío —se sumó al elogio Santander.

—Bien hecho —expresó, por fin, Pigafetta.

A última hora de la tarde, habían dejado atrás el archipiélago de las Azores. La *São Sebastião* y la *Sacramento* eran dos minúsculos puntitos en el horizonte, dos puntitos que, a medida que caía la noche, fueron extinguiéndose poco a poco. No volverían a verlas nunca más. Ni a ningún portugués.

Lo acababan de lograr.

* * *

Hasta el 20 de agosto, continuaron navegando siempre hacia el norte. Elcano prefería asegurarse de que se habían quitado de encima a los portugueses. No deseaba errar y lamentarlo más tarde. Esa misma jornada, Albo tomó el sol al mediodía, y descubrió que habían superado, con holgura, los 42 grados norte. Estaban a la misma latitud que la ría de Pontevedra, aunque, eso sí, doscientas noventa leguas[66] al oeste. Nunca la expedición se había encontrado tan al norte en tres años de travesía. Y no lo volvería a estar, pues, ese día, Elcano ordenó que se virara hacia el sureste. Ponían proa a casa.

Como apenas les quedaban víveres y agua, Elcano y Albo discutieron la posibilidad de recalar en Galicia. Habría resultado sensato. Esta vez sí, Elcano lo consultó con sus hombres. Los tres moluqueños, con Tomás de Tidore convertido en su portavoz, preguntaron qué diferencia había entre Pontevedra y Sevilla. La respuesta no pudo ser otra: tanto uno como otro eran puertos hermanos, pero en el segundo les aguardaba la gloria. Se trataba del lugar desde el que partieran, en el que dormían los oficiales de la contratación, donde comprenderían sin atisbo de duda las verdaderas dimensiones de la gesta que se

hallaban próximos a completar. De Sevilla a Sevilla, en tres años y dándole la vuelta completa al mundo.

Doce días después, el 1 de septiembre de 1522, se encontraban a solo sesenta y cinco leguas[67] del cabo de San Vicente. La mayor parte de los expedicionarios no había puesto pie en tierra cuando recalaron en Cabo Verde, lo cual significaba que llevaban embarcados desde que el 8 de febrero partieran de Timor, esto es, cuatro mil quinientas leguas[68] y siete penosos meses de travesía. Nadie, absolutamente nadie en la historia de la navegación, había completado un periplo tan largo sin pisar tierra.

Las posibilidades de que Portugal los interceptara en aquellas latitudes eran inexistentes. Pese a navegar muy cerca de sus costas, los barcos españoles tenían completo derecho a estar allí. Por si acaso, y visto lo visto, Elcano decidió que, si alguien les daba el alto, afirmarían que venían de América. Nadie en su sano juicio, ni siquiera el portugués más desnortado, apresaría a una nao española proveniente de América frente a las costas de la península. Salvo que quisieran que el rey Carlos les declarara la guerra.

El 2 de septiembre, ya con rumbo completamente este, divisaron a una nao española. Los expedicionarios se agolparon en las bordas y comenzaron a agitar, nerviosos, los brazos. Navegaba hacia el oeste, en dirección contraria a la de ellos, y se puso a la facha cuando advirtió la presencia de la *Victoria*. Elcano, con el viento a favor, tenía en su mano decidir si se acercaba o no. Tras unos titubeos iniciales, decidió que sí y, de este modo, ordenó a Albo que tirara del pinzote. Aquellos eran los primeros españoles que veían desde que abandonaran las Canarias en el viaje de ida.

Cuando, de cubierta a cubierta, les dijeron quiénes eran, los de la nao española no pudieron ocultar su sorpresa. ¿Que sois lo que quedó de la expedición de hace tres años a la especiería? ¿Y dónde está Magallanes? Hacía dieciséis meses que la *San Antonio* había regresado y, tras asegurar sus tripulantes que lo más probable era que el resto hubiese muerto en el peligrosísimo paso del suroeste, así se convino por todos y en esa creencia se hallaban desde entonces.

—¿Traéis especias? —les preguntaron.

—La bodega a reventar —contestaron desde la *Victoria*. Qué placer les dio hacerlo a grito limpio, sin esconderse, ante compatriotas, ante, en suma, amigos —. ¿Alguna novedad en casa?

—Seguimos como siempre. ¿Y vosotros? ¿Algo nuevo que contar?

Que habían dado la vuelta al mundo. Elcano, no obstante, les había advertido que mejor era no decir nada. Si lo hacían, no les creerían o, peor aún, pensarían que la agotadora derrota los había trastornado. Mejor aguardaban hasta recalar en puerto.

—Nada. Se nos ha hecho el viaje más largo de lo que pensábamos.

—¿Encontrasteis el paso al otro mar?

—Claro que lo encontramos. Está en el puto culo del mundo, eso sí.

Rieron durante un rato y terminaron despidiéndose. Ni unos solicitaron alimentos ni los otros se los ofrecieron. Los de la *Victoria* sabían que no podían pedir nada, que a una nao a la que le quedaba todo el Atlántico por delante no se le debían hurtar víveres, por muy hambrientos que se encontraran ellos. Aunque, bien mirado, la travesía hasta América tampoco suponía nada del otro mundo. América estaba, como quien dice, ahí mismo.

El 4 de septiembre, avistaron el cabo de San Vicente. Se lo encontraron muy cerca, a dos leguas escasas, y Albo cambió el rumbo para alejarse. Esa tarde, mientras costeaban hacia el golfo de Cádiz, escribió su última anotación en el derrotero de la *Victoria*. Realizó unos cuantos cálculos y añadió una cifra: catorce mil leguas[69]. Era la distancia total que habían recorrido. Después, escribió su nombre completo y los dos cargos que había ocupado durante la expedición: contramaestre de la nao *Trinidad,* piloto de la nao *Victoria*.

Ojalá existiera una palabra para nombrar al cansancio abisal, al agotamiento que está más allá del extremo, a la extenuación supina. Al hambre, a la sed, a la congoja, a la desesperanza insondable que llegaron a experimentar en los instantes más aciagos. Ojalá existiera una palabra para denominar todo ello y todo al mismo tiempo.

El 6 de septiembre, divisaron Sanlúcar de Barrameda.

40

El hacedor de luz

8 de septiembre de 1522

MARTÍN de Goitisolo, el que fuera calafate de la *San Antonio*, alzó la mirada y descubrió, ante él, a la *Victoria*. Desde que la nao desertora arribara a casa el 6 de mayo de 1521, un año y cuatro meses atrás, no se había vuelto a embarcar. Y se había jurado a sí mismo que no lo haría nunca más. Llegó del sur de América con los nervios deshechos. Tanto, que necesitó un par de meses hasta recuperar cierta presencia de ánimo. Por suerte, cobró de golpe todos los salarios adeudados y, administrándolos cuidadosamente, pudo pasar una larga temporada reposando. Hasta que un día se levantó, se dijo que ya bastaba y buscó colocación en el puerto de Sanlúcar. A fin de cuentas, continuaba siendo un calafate de los pies a la cabeza. Se lo rifaron y, aquel mismo día, encontró faena. Desde entonces, nunca le había faltado. De hecho, hasta le rogaban que volviera a embarcarse. Con la experiencia que atesoraba en largas travesías, Goitisolo, a pesar de sus cuarenta y cinco años bien cumplidos, constituía una buena baza. Él, sin embargo, siempre se negaba con una sonrisa en la boca. Mientras tuviera trabajo en tierra, permanecería en tierra. Disfrutaba de una vida tranquila y no se la complicaba. Si las cosas marcharan mal en Sanlúcar, regresaría a Baquio y algo encontraría por allí. Además, tenía unos ahorrillos y acariciaba la idea de obtener cierto rendimiento de ellos. No en vano continuaba siendo vizcaíno.

¡La *Victoria*! Santa madre de Dios, los habían dado por muertos a todos… Pero no le cupo ni la menor duda. Era ella, la preciosa *Victoria*, y la habría reconocido entre mil naos distintas. Venía algo escorada hacia un lado, le faltaba el mastelero del trinquete y casi la totalidad de su velamen se hallaba raído o roto. Tenía, la verdad, un aspecto lamentable. Aunque conservaba la prestancia de antaño y traía, además, algo que Goitisolo, en un primer momento, no supo identificar. En fin, nunca fue un hombre demasiado listo… Pero era un hombre

de mar y, tras un rato de titubeos, dio con la respuesta. Se trataba de elegancia. Sí, exacto, la elegancia de quien, aunque maltrecha, consigue mostrarse con la satisfacción de saber que ni un solo reproche se le podrá atribuir.

¿Y la *Concepción*? ¿Y la *Trinidad*? Quizás vinieran detrás. Goitisolo, al igual que muchos de los hombres y mujeres que trabajaban en el puerto de Sanlúcar, dejó lo que se traía entre manos y comenzó a correr en dirección a la nao.

—¡Es la *Victoria*! —gritó. La gente que se hallaba cerca de él lo miró extrañada. Desde que Goitisolo regresara del paso del suroeste, se había ganado una reputación de hombre raro, inofensivo, aunque algo loco. Que ahora pronunciara, a grito pelado, el nombre de una embarcación a la que hacía tiempo daban por desaparecida, no hacía sino incrementar las sospechas de que el pobre diablo no regía bien del todo. Goitisolo, no obstante, insistía—: ¡Joder, es la *Victoria*! ¡Virgen santa, vamos a tener que rezarte muchas misas para compensarte lo que acabas de hacer! ¡La *Victoria*!

Mientras tanto, la nao, muy lentamente, enfiló el estuario del Guadalquivir y se aproximó al mismo embarcadero en el que había estado amarrada tres años atrás, justo tras el primer recodo del río. Goitisolo, que se daba cuenta de que así era, corrió hasta el embarcadero y ordenó que un par de chalupas que perdían el tiempo por allí se apartaran. Jamás brotó una voz tan marcial:

—¡Quitaos de ahí, haraganes! ¡Viene la *Victoria*!

Los tipos de las chalupas conocían de vista a Goitisolo y, en otras condiciones, le habrían espetado que se metiera en sus asuntos y que les dejara en paz. No obstante, el tono imperioso del calafate y, sobre todo, la visión de la imponente *Victoria* acercándose hacia el lugar donde ellos estaban, lograron que los hombres se decidieran y, más deprisa de lo que habría resultado decoroso, abandonaron el embarcadero.

Goitisolo ya podía distinguir a los marinos sobre la cubierta de la nao. Desde que la *San Antonio* regresara, él, puede que un tanto inconscientemente, había enterrado aquellos rostros en lo más profundo de su mente. Se trataba de recuerdos que no deseaba que afloraran. Le provocaban una desazón inmensa. Ahora, sin embargo, experimentaba una inusitada alegría. Y ganas de gritar como si en lugar de ser un hombre mayor, fuese un muchacho de doce años.

El calafate trató de distinguir la figura de Magallanes, pero no la encontró. En su lugar, halló a unos cuantos hombres que, desde la borda de estribor, miraban hacia tierra con ojos desolados. Traían, esto Goitisolo lo supo con una certeza íntima, un pesar construido con capas y capas de sufrimiento seminal. Ni

siquiera intentaron sonreír. Goitisolo se detuvo en el embarcadero y levantó la mano derecha para saludar. Alguien a bordo, un hombre extremadamente flaco, desnudo de cintura hacia arriba, con el pelo largo y lacio y una barba que le caía hasta el pecho, hizo amago de corresponderle. También levantó una mano, pero, como si tras hacerlo se hubiese arrepentido, volvió a posarla en la borda. Los ojos se le hundían en el rostro y, cuando ambos hombres cruzaron sus miradas, Goitisolo descubrió el abismo de la muerte. Dios santo, pensó, regresan de entre los muertos. Se santiguó allí mismo y el hombre a bordo de la *Victoria* asintió levísimamente. El calafate reconoció a Antonio Pigafetta, aquel caballero presuntuoso y extravagante que Magallanes llevaba a su servicio.

También reconoció al contramaestre Albo, de la *Trinidad*, delgado hasta más allá de lo que un hombre podría estarlo. Se encontraba en la toldilla, junto a dos o tres expedicionarios más, y observaba a la gente del puerto de Sanlúcar como si fueran completos extraños. Parpadeaba una y otra vez, y, cuando Goitisolo lo miró, se inclinó hacia delante hasta apoyar los codos en la borda. Reconoció también a Acurio y a Zabaleta, vizcaínos como él, y a Colmenero, un marinero onubense al que siempre recordaba de buen humor. Y a Santander, un chaval del Cantábrico que afirmaba que lo habían embarcado por primera vez con solo cuatro años de edad.

Ninguno sonreía, lo cual a Goitisolo no sorprendió. Cualquiera habría pensado, él también, que un reencuentro supone, siempre, un motivo de alegría. Y lo era, o lo solía ser. Los tripulantes de la *Victoria*, a la vista estaba y el calafate lo comprendió mejor que nadie, no se alegraban pues transcendían a lo mundanal. Ellos venían desde otro lugar, habían visitado el reverso del extremo opuesto del mundo, conocían las fronteras más profundas entre lo que somos y lo que deseamos. Llegaban más allá de cualquier consideración que pudiera hacérseles.

Varios hombres del puerto ayudaron en las tareas de amarre de la *Victoria* y, para cuando esta se hallaba completamente inmovilizada, ya se reunía, en las inmediaciones del embarcadero, una pequeña multitud. Lo normal en estos casos era que los de abajo y los de arriba cruzaran unas cuantas frases hasta que alguien llegaba, tendía la pasarela y unos y otros podían encontrarse. Con los de la *Victoria*, nada sucedió así, pues a pesar de que los de tierra insistían, ellos ni separaban los labios.

—¿Encontrasteis la especiería?

—¿Son indios esos que están a vuestro lado?

—¿No se os ha alargado demasiado la expedición?

Supusieron que los tripulantes pretendían darse ínfulas y ninguno comprendió que, sencillamente, se habían olvidado de articular palabra. Goitisolo, por un motivo que ni él mismo se explicaría jamás, comenzó a discutir con los agolpados en el muelle.

—¡Dejadlos en paz, imbéciles!

No le partieron la cara de puro milagro. Era cierto que haber pertenecido a la armada de Magallanes le otorgaba cierto relumbrón, pero hasta para eso existía un límite.

A codazos, Goitisolo se abrió paso entre el gentío y se situó junto a los hombres que habían colocado la pasarela de madera. Un tipo con barba de tres días y piel aceitunada le dijo que se hiciera a un lado para permitir que los de la *Victoria* bajaran a tierra. Goitisolo repuso que no descenderían, que carecían de las pocas fuerzas necesarias para hacerlo sin caerse al agua. Y le pidió al hombre que trajeran algo de comida para subirla a bordo. El tipo arrugó el gesto, pero accedió.

Acto seguido, Goitisolo comenzó a caminar por la pasarela.

En la *Victoria*, halló un exiguo grupo de hombres asustados. Observó que a varios de ellos les temblaban las manos. A la mayoría, se le habían caído los dientes y su aspecto era el de moribundos. Carecían de ropas y se cubrían con algo que ni siquiera podrían llamarse harapos. Se fijó en Zabaleta, accionando la bomba de achique para sacar agua de la sentina. Tenía las uñas de las manos largas y negras, y se encontraba descalzo. Portaba, colgado del cuello, un collar de dientes de tiburón.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Goitisolo, extrañado de que hubiera tan poca marinería a bordo.

—No hay nadie más —respondió un hombre al que el calafate no conocía—. ¿Eres de la autoridad del puerto?

—No, no… Soy Goitisolo. Estaba en la *San Antonio* y… Bueno, nos vinimos a casa.

—¿En la *San Antonio*?

El marinero lo preguntó como si no recordara. Habían transcurrido dos años desde que supieran, por última vez, de la *San Antonio*. Y, desde entonces, sucedieron muchas cosas que los mantuvieron ocupados.

—Sí, yo me acuerdo de ti… —dijo, de pronto, un hombre que se hallaba cuatro o cinco pasos por detrás. Tenía costras oscuras en el rostro y apenas se

cubría las vergüenzas con los restos de un viejo calzón. Era Hans, Jansito, lombardero alemán al servicio del rey Carlos—. Os perdisteis lo mejor, tío…

—¿Ah, sí?

Por primera vez, los tripulantes de la *Victoria* esbozaron algo parecido a una sonrisa. Goitisolo los observó, parcos y distinguidos al mismo tiempo.

—He pedido que os suban algo de comida —informó. Y al ver que nadie decía nada y que se limitaban a observarle con la mirada perdida, añadió—: ¿Qué…, qué ha sido de Magallanes? ¿Viene en otra nao o…?

—No hay más naos —respondió un hombre que descendía de la toldilla. Tenía las cejas pobladas y el gesto huraño—. Y a Magallanes lo perdimos. Ahora, yo soy el capitán general.

—A usted lo conozco —repuso Goitisolo—. Es usted el maestre de la *Concepción*, ¿verdad? Elcano…

—Tuvimos que quemar la *Concepción* —indicó este.

El calafate no daba crédito a lo que oía. Deseaba formular mil preguntas, averiguar cuál había sido la peripecia de aquellos hombres que, de pronto, volvía a considerar como los suyos. Juzgó que resultaba más apropiado centrarse en los asuntos más urgentes.

—Dígame qué necesitan —dijo— y yo se lo traeré.

—Necesitamos ir a Sevilla —sentenció Elcano.

—No se me lo tome usted a mal, capitán, pero… Cómo le diría… Deberían mejorar un poco su aspecto.

Los tripulantes de la *Victoria* comenzaron a mirarse los unos a los otros, como si Goitisolo les hubiera revelado una verdad que, hasta entonces, había permanecido oculta para ellos.

—Pero no se preocupe —se apresuró a añadir el calafate—, que yo me ocupo de todo.

En ese momento, cuatro hombres ascendieron, desde el embarcadero, por la pasarela. Traían los víveres solicitados por Goitisolo: pan, melones y una garrafa grande llena de vino. Sin mediar palabra, los dejaron sobre la cubierta principal de la *Victoria* y se hicieron a un lado. Pensaban que los expedicionarios vendrían hambrientos y que, en consecuencia, se abalanzarían sobre la comida. Lo que sucedió entonces no tuvo nada que ver con eso y los dejó estupefactos.

Elcano dio un paso al frente, observó los víveres y se dirigió hacia los hombres que los habían embarcado. Uno a uno, los abrazó y, mientras lo hacía, les dio las gracias. Gracias por traernos vino y comida, pero gracias, sobre todo,

por existir en nuestro lado del mundo, por conservar el hogar mientras nosotros nos hallábamos lejos, por recordarnos lo que casi se nos olvida.

Goitisolo no pudo, como nadie pudo allí, contener las lágrimas. Poco a poco, los hombres fueron abrazándose los unos a los otros, en silencio, en susurros mejor dicho, y se palmearon, temblorosos y estremecidos, los rostros, los brazos, los hombros. No sabéis por lo que hemos pasado, decían, no lo sabéis… Y se echaban a llorar, y no lloraban pues no les quedaban lágrimas, y se clavaban de rodillas, enterraban la cabeza entre las piernas, sollozaban, se les intentaba calmar, sollozaban aún más, temblaban aún más, agradecían porque ya no sabían hacer otra cosa…

Afirmaron que habían dado la vuelta a un mundo extrañamente ancho. Los creyeron, claro.

* * *

Durante varias horas, los expedicionarios se mantuvieron a bordo. Tras el estupor inicial, la noticia de que era la *Victoria* la nao que acababa de arribar a Sanlúcar se extendió a gran velocidad. Dos oficiales de la contratación de Sevilla, destinados en Sanlúcar para registrar las entradas y salidas del puerto, subieron a bordo y sometieron a Elcano a un breve interrogatorio. El capitán respondió diligentemente y con la verdad. Sin irse por las ramas, les contó que ellos eran los últimos de la expedición a la especiería y que, con todo, acababan de descubrir asuntos que asombrarían al mundo. Se pudo, Elcano, poner un poco tieso. A fin de cuentas, aquellos dos tipos no eran nadie y él venía de descubrir el estrecho de Magallanes y el océano Pacífico, y de demostrar la esfericidad del extraordinario mundo. No obstante, se comportó con humildad, con demasiada a juicio de su gente, y no evitó ninguna cuestión. Cuando se le preguntó acerca de la suerte de Magallanes, afirmó que había muerto defendiendo a sus hombres, lo cual era cierto y lo engrandecería por siempre. Fue, Elcano, sumamente generoso con un hombre que, en vida, apenas lo tuvo en cuenta.

Tras el interrogatorio de los de la contratación, Elcano solicitó papel, pues en la *Victoria* ya no les quedaba. Se lo proveyeron de inmediato, como casi todo lo que solicitó, y, acto seguido, se encerró en su camarote para escribir una carta al rey Carlos. En ella, le daba noticia de lo sucedido e imploraba al rey que, por un lado, se realizaran las gestiones oportunas para que los trece de la *Victoria*

arrestados por los portugueses en Cabo Verde recuperaran la libertad cuanto antes, y, por otro, que a todos los hombres bajo su mando se les garantizara su parte en la liquidación de la preciosa carga de la *Victoria*.

No reclamó ni un solo honor para él mismo. Aquel día, no existía un hombre más importante en España, Europa o el mundo, pero, en la soledad de su camarote de la *Victoria*, no exigió nada. Tendrían, más adelante, que otorgarle distinciones casi contra su voluntad.

Por fin, con las últimas horas de la tarde, llegó el momento, tan ansiado, de poner pie en tierra. Se había subido jabón y navajas, y los hombres se afeitaron y se asearon. También les llevaron ropas, que invariablemente les quedaron grandes, de tan flacos que se encontraban, pero se las pusieron de igual manera. Los calzones harapientos ya parecían un tanto impúdicos a bordo; en tierra, habrían resultado un escándalo.

Los expedicionarios aseguraron que deseaban ir a una iglesia a dar gracias. No tenían mayor urgencia que esa. No obstante, pronto comprobaron que apenas podían dar dos pasos seguidos. Los oficiales de la contratación, que para entonces ya eran conscientes de lo que guardaba la *Victoria* en su bodega, sentenciaron que no se repararía en gastos. De esta forma, trajeron tres carros tirados por mulas para que, subidos a ellos, los expedicionarios pudieran cubrir, con comodidad, el trayecto hasta la iglesia más cercana.

El descenso a través de la pasarela de madera tuvo algo de mágico, pues todavía quedaba en el embarcadero no menos de un centenar de curiosos que, tras aguardar pacientemente durante horas, no deseaba perderse el instante en el que aquellos hombres excepcionales pisaran, tras un viaje inabarcable, tierra española. Lejos de vítores y aplausos, los curiosos se sumieron en un silencio reverencial.

Primero apareció Elcano, ya reconocido por las autoridades como el auténtico capitán general de la expedición. Sin detenerse ni por un momento, recorrió el pequeño trecho entre la nao y el embarcadero y se detuvo junto al carro de mulas más cercano. A continuación, bajaron Acurio, Santander, Albo, Colmenero, Pigafetta, Jansito, Zabaleta y así hasta el total de dieciocho expedicionarios. Acto seguido, y encabezados por Tomás de Tidore, lo hicieron los tres moluqueños que habían sobrevivido al viaje. Ellos no habían dado la vuelta al mundo, pero se los consideraba miembros de pleno derecho de la dotación de la *Victoria*. Elcano en persona se había encargado de que les

reconocieran sus sueldos y los trataran como lo que eran: marinos al servicio del rey.

Siempre acompañados por el séquito de curiosos enmudecidos, los expedicionarios se encaramaron a los carros tirados por mulas y se dejaron llevar. Comprendieron, entonces, que se hallaban mucho más extenuados de lo que creían, lo cual ya era decir. Pigafetta y Santander se vieron obligados a echarse y realizar el corto trayecto completamente tumbados. En otras circunstancias, el resto de expedicionarios se habría burlado de ellos; ese día, se limitaron a ignorarlos con los ojos entrecerrados.

La comitiva de supervivientes, autoridades y curiosos llegó pronto hasta la iglesia. El párroco de la misma, cumplidamente informado, señaló que los recibiría uno a uno y que los bendeciría. Le habían advertido de que venían en un estado muy lamentable, y el cura se hizo cargo. Y a pesar de que lo que vio fue un grupo de hombres afeitados y con ropas nuevas, comprendió, tras leerlo en el fondo de sus miradas, que le habían visto el rostro a Lucifer. Levantó la mano diestra y observó cómo los expedicionarios se le desmoronaban en la misma puerta de la iglesia, agotados, llorosos, extremadamente felices.

El oficio fue breve y asistió también un buen número de sanluqueños. En él, se dio gracias a la Virgen. Y cuando terminaron de hacerlo, volvieron a empezar. El cura, que pronto dejó hacer y se limitó a acompañar, jamás había sido testigo de una devoción como aquella. Jamás, tampoco, se las había tenido que ver con unos hombres que habían salido indemnes de mil presencias de la muerte. ¿Agradecer? Hoy comenzaban, pero ni por asomo concluían. Les quedaba mucho que compensar.

Tras la misa, varios comerciantes acaudalados de la ciudad quisieron agasajar a los expedicionarios. Elcano fue taxativo al respecto: los tripulantes todavía se encontraban bajo su disciplina y, salvo que quisieran poner en peligro sus sueldos adeudados y la parte de la carga que les correspondía, debían obedecerle de inmediato. Nadie protestó ni lo puso en duda. Con la penumbra del anochecer cayendo sobre el puerto de Sanlúcar, regresaron a la *Victoria*. Habían embarcado más vino y víveres, y alguien mantenía el fuego de la cocina encendido. Además, se habían adecentado las cubiertas y ordenado parte del aparejo. La *Victoria* se ofreció como un hogar acogedor en el que los expedicionarios se sentían cómodos y a salvo. Comieron un poco de carne guisada, bebieron algo de vino e intercambiaron opiniones en voz baja. Pronto, la expedición se disolvería y ellos emprenderían caminos separados. Así debía

ser, desde luego. Pero si de algo servía la penuria extrema, era para fraguar lazos imperecederos. Ellos se sabían hermanos para siempre.

Al día siguiente, 7 de septiembre, Elcano consiguió los servicios de un bote y seis pilotos prácticos para que remolcaran a la *Victoria* río arriba. Los sanluqueños los trataban con el amor y el respeto que solo los que conocen de primera mano los avatares de la mar pueden dispensar, pero el viaje no terminaría hasta que arribaran a Sevilla. Así, cerca del mediodía, la *Victoria* partió de Sanlúcar remolcada por el bote de los prácticos. Cuarenta o cincuenta sanluqueños los despidieron, hoy sí con vítores, palmas y algarabía, y la nao comenzó el lento avance por el Guadalquivir. Goitisolo se ofreció a acompañarlos. Pensó que les vendría bien contar con alguien que conociera, al menos en parte, los entresijos de la expedición. Los supervivientes, de esto el calafate se dio cuenta muy pronto, no conseguían expresarse con fluidez. La lengua se les trababa, el habla no brotaba y hasta alguien tan poco rápido de reflejos como el mismo Goitisolo parecía una lumbrera al lado de ellos. Elcano le respondió que subiera a bordo y que se acomodara en cualquier rincón. El de Baquio lo hizo y pasó a formar parte, por segunda vez en su vida, de la expedición a la especiería.

A media tarde, se toparon con una agradable sorpresa: desde Sevilla, los oficiales de la contratación habían enviado otro batel con quince hombres a bordo para que contribuyera a las labores de remolque de la *Victoria*. Uno de estos hombres subió a bordo para ocuparse de los cabos y se le cayó el alma al suelo cuando observó a aquellos hombres de rostro chupado y expresión anhelante. ¿Puedo hacer algo por vosotros?, llegó a preguntarles antes de ponerse a trabajar. Que les llevara cuanto antes a Sevilla, le contestaron. A ratos, se sentaban en el suelo de la cubierta y, a ratos, se ponían en pie para observar por encima de la borda. De mucho más, no parecían capaces.

Las dos embarcaciones que arrastraban a la *Victoria* trabajaron sin descanso. Tenían instrucciones de no parar a dormir y, de este modo, durante toda la noche, remontaron las silenciosas aguas del río. Conscientes de que aquella suponía la última noche de la expedición, nadie consiguió conciliar el sueño. Goitisolo les narró la historia de la derrota de la *San Antonio*. Habló de su propio enloquecimiento y el resto asintió. Ellos, mejor que nadie, comprendían lo que relataba el calafate. Ellos, mejor que nadie, sabían qué era que la realidad se desgajara para siempre de tu pecho y de tu mente, que un universo hambriento te

engullera sin remedio, que ningún ser humano escuchara tus lamentos porque ahí afuera, en la inmensidad del mundo, ningún ser humano habitaba.

A las once de la mañana del 8 de septiembre, uno de los hombres pertenecientes a la tripulación del batel enviado desde Sevilla subió a bordo para informarles de que se aproximaban a su destino. Y preguntó a Elcano qué disponía. Este no lo dudó: antes de que la *Victoria* fuera amarrada al muelle y, de este modo, se diera por concluida la expedición, dispararían salvas de saludo.

Prepararon la poca pólvora que les quedaba y Jansito cargó las lombardas tanto de babor como de estribor. Elcano ordenó que la tripulación se reuniera en la cubierta principal. Se despedirían con unas palabras en privado, de ellos y para ellos. Y, como le gustaba al de Guetaria, breves y concisas.

—Cae hoy sobre todos nosotros —dijo— una responsabilidad que nos sobrecoge. Sabed que, en adelante, se nos requerirá una firmeza de carácter para la que puede que no estemos preparados. Pero somos lo que somos y, porque lo somos, estamos obligados a responder. Le hemos dado la vuelta al mundo. Se la habéis dado vosotros y os lo recordarán siempre y en adelante. Sencillamente, os pido que respondáis con sensatez a la llamada del futuro. Hemos demostrado que el mundo es redondo y que se puede navegar desde un extremo al otro.

Realizó una pausa en la que contempló, uno a uno, los rostros de los diecisiete expedicionarios, y también de los tres moluqueños y de Goitisolo.

—Sois la mejor tripulación que jamás haya existido —continuó con voz grave—. La mejor que existirá. Bajad a tierra y levantad siempre la cabeza para decir que sois uno de los hombres de Elcano y que con él escribisteis la historia.

Santander fue el primero al que le brotaron las lágrimas. Acto seguido, uno a uno lo imitaron. Se abrazaron y tocaron el palo mayor de la *Victoria*. Miraron hacia el cielo y hacia las dos riberas del Guadalquivir. Una muchedumbre se agolpaba en ellas. Cientos, puede que miles de personas, acudían a recibirlos.

—Hans —dijo Elcano—. Adelante.

El artillero de la *Victoria* encendió las mechas de las lombardas, las cuales inflamaron la pólvora y estallaron en varias fenomenales explosiones que se escucharon hasta en el último rincón de Sevilla. El gentío apelotonado devolvió los saludos con vivas. Se encontraban celebrando la advocación de santa María de la Victoria cuando les comunicaron que la *Victoria*, precisamente, regresaba a casa. Hasta el más tonto opinó que no podía tratarse de una coincidencia, sino de un guiño otorgado por la mismísima madre del Señor.

—Vaya, pues sí que se acuerdan de nosotros… —reflexionó Zabaleta.

Se demoraron más de media hora con las salvas. Después, los botes que remolcaban a la *Victoria* la condujeron hasta el muelle de las Mulas, donde, definitivamente, la amarraron.

—Hemos llegado —anunció Elcano. Abajo, más allá del embarcadero, una multitud de sevillanos se apiñaba con la intención de distinguir, antes que nadie, a los expedicionarios.

—Nos aguardan —dijo Zabaleta.

—Pero…, pero no podemos acabar de esta forma —se lamentó Acurio—. No es suficiente, no lo es…

—El convento de la Victoria está aquí mismo, muy cerca del muelle —indicó Elcano—. ¿Qué os parece si acudimos a él como peregrinos, como penitentes, y nos postramos ante la Virgen santa?

—Sí, hagámoslo… —accedió Colmenero—. Estoy de acuerdo.

—Por la *Victoria* —se sumó Albo, quien llevaría, por siempre, el nombre de la nao en el corazón.

—Sí, por la *Victoria* —expresó Pigafetta.

—Contad conmigo —dijo Jansito.

—Y conmigo —añadió Santander.

—La humildad es nuestra llave —adujo, entonces, Elcano—. Inclinemos el rostro y demos las gracias por el don que se nos ha concedido.

En Sanlúcar, habían embarcado dos docenas de cirios para que pudieran alumbrarse durante el trayecto por el Guadalquivir. Sin embargo, los expedicionarios, acostumbrados a la oscuridad nocturna en los tres océanos del mundo, no los encendieron. Ahora, Acurio los tomó y los repartió entre los presentes.

—Descalzaos —pidió Elcano.

Goitisolo, que ya había decidido que él no participaría en la procesión, se ocupó de encender los cirios. A su lado, Tomás de Tidore inquirió con la mirada.

—Quedaos conmigo —dijo el calafate—. Es lo mejor.

Los moluqueños asintieron. Desde que arribaran a Sanlúcar, todo lo que sucedía se había tornado incomprensible para ellos. Desconocían qué se proponían hacer los expedicionarios. ¿Una procesión? ¿Dar gracias? ¿Quién era santa María de la Victoria y qué tenía que ver con la *Victoria*?

Goitisolo echó un vistazo a la cubierta principal. Los dieciocho hombres que habían dado la vuelta al mundo le sostuvieron la mirada. Vestían las sencillas camisas que les habían entregado en Sanlúcar y, como Elcano solicitara,

aguardaban descalzos. Entre las manos, sostenían los cirios que Acurio había repartido.

Cuando Goitisolo se aupó a la pasarela que le habían tendido a la *Victoria*, tuvo un instante para la multitud: hasta donde él podía distinguir, cientos y cientos de personas se apretaban para ver y saludar a los expedicionarios. Dudó ante la posibilidad de dar media vuelta y comunicar al resto lo que le aguardaba, pero, en último término, decidió que ya se darían cuenta ellos. Y comenzó a descender por la pasarela.

Abajo, en el muelle, levantó las dos manos por encima de la cabeza para solicitar silencio. No resultó sencillo, pero los murmullos, poco a poco, fueron apagándose. Entonces, en la *Victoria*, los supervivientes comenzaron a desfilar. Si algún rezagado todavía hablaba, enmudeció de inmediato.

Ninguno de los presentes olvidaría aquella imagen. Dieciocho tripulantes descalzos y vestidos de la más sencilla de las maneras abandonaban el barco con el que habían dado la vuelta al mundo y regresaban a su esencia. Volvían a ser hombres, que era lo mismo que afirmar que renunciaban a ser dioses.

Elcano, como correspondía, encabezaba la pequeña comitiva. Cruzaron la pasarela, pisaron el muelle de las Mulas y se detuvieron. Tenían la barbilla hundida en el pecho y declinaban mirar hacia delante. Vieron con los ojos del alma, vieron hacia el interior de ellos mismos, mil y mil leguas en el sur de los continentes.

—Seguidme —dijo Elcano. Levantó el cirio y, también, la mirada. Quienes quisieron sostenérsela no pudieron.

Sus diecisiete hombres obedecieron. Y nunca dejarían de hacerlo. De la tripulación final de la expedición a la especiería, de esos diecisiete que llegaron a casa junto a Elcano, la mayoría se embarcaría en cuanto tuviera ocasión. Respondieron ante nuevas oficialidades, ante capitanes distintos. Sin embargo, en nadie confiarían ciegamente, a nadie se entregarían como lo hicieron con Elcano. ¿Qué sería de ellos si así no fuese?

Goitisolo abrió la marcha. Se separaba de los dieciocho de la *Victoria* para que no lo confundieran con uno de ellos. No se lo habría tolerado a sí mismo. Porque él había realizado un viaje hasta el confín de lo conocido, más allá de donde ningún hombre había estado antes, lejos, lejísimos de todo. Y, siendo así, su periplo no suponía nada al lado de lo que hicieron aquellos dieciocho. No, no podía permitir que lo confundieran.

Los expedicionarios avanzaron en silencio. La gente agolpada en el muelle y

en el camino que salía de él en dirección al convento se separó para cederles el paso. Los observaban como si tuvieran dos cabezas o escupieran fuego. Veían lo maravilloso en ellos y todos se fueron a dormir aquel día con la certeza de haber sido testigos de proezas hercúleas. Soñaron, quienes los vieron, que la experiencia saltaba de unos a otros, brillaba en el aire, resplandecía en lo más hondo de los corazones.

El recorrido no les llevó demasiado tiempo y a ninguno se le apagó el cirio. Unos muchachillos de no más de cinco años de edad alargaron los bracitos para tocarles las piernas. Albo se giró para mirarlos. Él era el piloto final, el hombre que más sabía de la derrota del fin del mundo. Pigafetta hizo otro tanto. Agachó la cabeza y observó a los críos. Les dijo algo en una lengua desconocida que había aprendido en un lugar que él mismo nombró. Los niños se asustaron, y no era para menos: Pigafetta abarcaba el mundo global, sin naciones ni fronteras; era el hombre definitivo y, a partir de su resumen, se levantarían los cinco siglos venideros.

Una vez en las inmediaciones del templo, los expedicionarios se apretaron unos a otros hasta tocarse. Tras tres años embarcados, se habían habituado tanto a la corta presencia que desconfiaban de las separaciones. Ojalá la tierra firme fuese como la cubierta principal de la *Victoria*: tan pequeña y abarrotada de enseres y personas que un hombre se sentía en ella como en el hogar perfecto.

Goitisolo empujó la puerta que daba acceso a la iglesia del convento. Hizo una señal a Elcano y este comprendió. Los dieciocho avanzaron con paso lento y algo tembloroso. Les llevaría unos días acostumbrarse a un suelo que no zarandea al que camina sobre él. Un suelo sin riesgo, anodino, previsible. La tierra firme es la que avistas desde tu nao cuando precisas reaprovisionar víveres. Nada más.

Elcano se detuvo bajo el quicio de la puerta del templo. En el interior, reinaba una oscuridad serena. Él la observó y, en un gesto que ya no le abandonaría jamás, alargó el cirio encendido hacia delante.

Todo fue luz.

Cronología de la primera vuelta al mundo

1519

10 de agosto	Partida de Sevilla
19 de septiembre	Partida de Sanlúcar de Barrameda
26 de septiembre	Llegada a las islas Canarias
3 de octubre	Partida de las islas Canarias
13 de diciembre	Llegada a la bahía de Guanabara (Río de Janeiro)
24 de diciembre	Salida de la bahía de Guanabara (Río de Janeiro)

1520

8 de enero	Llegada al Río de la Plata
7 de febrero	Salida del Río de la Plata
21 de febrero	Avistamiento de la península Valdés
31 de marzo	Llegada a Puerto San Julián
11 de agosto	Salida de Puerto San Julián
21 de octubre	Llegada al cabo de las Once Mil Vírgenes
1 de noviembre	Inicio de la navegación del estrecho de Magallanes
28 de noviembre	Fin de la navegación del estrecho de Magallanes

1521

4 de febrero	Llegada a la isla de Flint

6 de marzo	Llegada a Guam
8 de marzo	Salida de Guam
15 de marzo	Llegada a la isla de Homonhon
25 de marzo	Salida de la isla de Homonhon
7 de abril	Llegada a la isla de Cebú
27 de abril	Batalla de Mactán y muerte de Magallanes
1 mayo	Emboscada de Cebú y salida
9 de julio	Llegada a Brunéi
29 de julio	Salida de Brunéi
8 de noviembre	Llegada a Tidore, en las islas Molucas
8 de diciembre	Intento de partida y descubrimiento de una vía de agua en la *Trinidad*
21 de diciembre	Partida de la *Victoria* en solitario hacia el poniente

1522

8 de enero	Llegada a la isla de Moa
24 de enero	Salida de la isla de Moa
24 de enero	Llegada a la isla de Timor
8 de febrero	Salida de la isla de Timor
6 de abril	La *Trinidad*, reparada, parte hacia el levante
20 de mayo	Doblan el cabo de Buena Esperanza
9 de julio	Llegada a Cabo Verde
14 de julio	Salida de Cabo Verde
15 de agosto	Llegada a las islas Azores
6 de septiembre	La *Victoria* llega a Sanlúcar de Barrameda

8 de septiembre La *Victoria* llega a Sevilla

Personajes principales de la primera vuelta al mundo

JUAN DE ACURIO. Contramaestre de la *Concepción*, natural de Bermeo (Vizcaya).

FRANCISCO ALBO. Contramaestre de la *Trinidad*, natural de Rodas (Grecia). De carácter taciturno, mide y anota, día a día, la derrota de la expedición. Gracias a él sabemos casi con total fidelidad el recorrido exacto que realizaron. Sus anotaciones son escuetas, siempre de carácter técnico y apenas introduce comentarios personales. Su identificación con la nave es total, hasta el punto de que se refiere a ella como si fuera él mismo. Su sueldo era de 2000 maravedíes al mes.

BOCACIO ALFONSO. Marinero de la *Santiago*, natural de Bollullos (Huelva).

DUARTE BARBOSA. Sobresaliente en la *Trinidad*. De origen portugués.

JUAN DE CARTAGENA. Capitán de la *San Antonio* y veedor del rey. De origen español. Es, tras Magallanes, la persona más importante de la expedición, ya que el rey le ha otorgado capacidad para contrarrestar la influencia del capitán general.

ANTONIO DE COCA. Contable de la *San Antonio*.

JUAN SEBASTIÁN ELCANO. Maestre (segundo de a bordo) de la *Concepción* y después capitán de la *Victoria*, natural de Guetaria (Guipúzcoa). Durante la primera parte de la expedición, es un hombre que apenas se hace notar. Sin embargo, tras la muerte de Magallanes se convierte en el auténtico protagonista de la aventura. Es él quien toma la decisión de dar la vuelta al mundo en lugar de regresar por el mismo camino. De carácter tranquilo y reflexivo, es lo opuesto a Magallanes. Tenía treinta y dos años cuando dio comienzo la expedición. Su sueldo era de 3000 maravedíes al mes.

VASQUITO GALLEGO. Paje en la *Victoria*. Es hijo de Vasco Gallego, piloto en la misma nave, quien lo enrola para que aprenda el oficio. Muy probablemente, ambos son gallegos como denota su apellido. La edad de Vasquito rondaría los ocho años cuando la expedición partió. De regreso en España tres años después, era, con once años, uno de los hombres más curtidos y que más horribles vicisitudes había experimentado de todo el país. Su sueldo era de 500 maravedíes al mes.

DIEGO GARCÍA DE TRIGUEROS. Marinero de la *Santiago*, natural de Huelva. Como el resto de los expedicionarios, sufre incontables penurias y enfermedades. En el caso de Trigueros, estas se acentúan por el hecho de que realiza la mayor parte de la travesía sin cobrar, ya que pertenecía a la dotación de la *Santiago*, nave que se pierde tempranamente. La percepción de su sueldo, que era de 1200 maravedíes al mes, vence el día del naufragio.

MARTÍN DE GOITISOLO. Calafate de la *San Antonio*, natural de Baquio (Vizcaya). Su labor consistía en garantizar la estanqueidad de la nave y dado que la *San Antonio* estaba construida de madera, el trabajo no tenía fin para él. Su sueldo era de 1875 maravedíes al mes.

JERÓNIMO GUERRA. Escribiente y notario de la *San Antonio*.

JUAN LÓPEZ CARVALLO. Piloto de la *Concepción*, natural de Portugal. Sus apellidos están castellanizados porque, al menos en teoría, no podía haber portugueses en la expedición. Sin embargo, dado que no fue sencillo completar las tripulaciones, se hizo la vista gorda y se permitió que participaran. De carácter impulsivo y visceral, sus decisiones causan problemas. Su sueldo era de 2500 maravedíes al mes.

JUANILLO LÓPEZ CARVALLO. Hijo de Juan López Carvallo. Natural de Río de Janeiro. Se trata de un niño mestizo de ocho años que es concebido durante una anterior expedición al territorio en la que participa López Carvallo. Carvallo, que lo encuentra, decide llevárselo con él.

GINÉS DE MAFRA. Marinero de la *Trinidad*, natural de Jerez de la Frontera (Cádiz). Al igual que en el caso de Juan Rodríguez el Sordo, su aventura supera lo imaginable. Es hecho prisionero por los portugueses, lo encarcelan en varios lugares y termina realizando el viaje de regreso a España como puede. Escribió un relato de la expedición que se conserva.

Tenía veintiséis años cuando dio comienzo la empresa. Su sueldo era de 1200 maravedíes al mes.

FERNANDO DE MAGALLANES. Capitán general de la expedición a la especiería. De origen portugués aunque súbdito del rey de España. Tiene treinta y nueve años en el momento de iniciarse la aventura. Es el principal impulsor del concepto inicial de la misma, es decir, de la búsqueda de un paso desde el océano Atlántico hasta el Pacífico para así hallar una ruta hasta las Molucas navegando siempre hacia el poniente.

ENRIQUE DE MALACA. Intérprete esclavo de Magallanes, natural de Malaca (Malasia). Fue capturado siendo un niño y hablaba portugués y español. Sus actos lo convierten en una de las personas más relevantes de la expedición por las consecuencias que de estos se derivaron. Tenía, aproximadamente, veinticuatro años cuando dio comienzo la expedición. Su sueldo era de 1500 maravedíes al mes.

MARTÍN MÉNDEZ. Escribiente de la *Victoria*, natural de Sevilla.

LUIS DE MENDOZA. Capitán de la *Victoria*. Además, actúa como tesorero de su embarcación.

ÁLVARO DE MESQUITA. Sobresaliente en la *Trinidad* y primo de Magallanes.

LOPE NAVARRO. Marinero de la *Victoria*, natural de Tudela (Navarra).

GUILLERMO DE PATAGONIA. Gigante patagón que es capturado por los españoles y posteriormente embarcado en la expedición.

ANTONIO PIGAFETTA. Sobresaliente de la *Trinidad*, de origen noble y natural de Vicenza (Italia). Pigafetta es uno de los personajes más difíciles de clasificar en la expedición. Su puesto en ella es de sobresaliente, es decir, de un viajero al que se le asignan diversos trabajos, pero que no es un tripulante en el sentido estricto. Sabemos que era un devoto de Magallanes y que vive con asombro cada momento del viaje. Se interesa por la etnografía, la geografía, la cartografía, la climatología e infinidad de temas más. Es, por resumirlo, el primer turista de la historia. También realiza labores periodísticas, aunque con patente tono amarillista. Es autor del escrito más valioso en torno a la expedición así como de una excelente

colección de mapas dibujados por él mismo. En la parte final del viaje, se viene abajo, tanto física como emocionalmente. Tenía treinta y nueve años cuando dio comienzo la expedición. Su sueldo era de 1000 maravedíes al mes.

GASPAR DE QUESADA. Capitán de la *Concepción*, natural de Jaén.

JUAN RODRÍGUEZ EL SORDO. Marinero de la *Concepción*, natural de Sevilla. Su peripecia es, si cabe, más grandiosa que la del resto de los tripulantes, pues, tras ser capturado por los portugueses, terminará preso en la India para lograr regresar, por su cuenta, a España. Su sueldo era de 1200 maravedíes al mes.

JUAN SERRANO. Capitán de la *Santiago*. Aunque de origen portugués, es vecino de Sevilla.

TOMÁS DE TIDORE. Indígena moluqueño que embarcó en la *Victoria* junto a un contingente de quince naturales de las islas Molucas. Solo tres llegaron con vida a Sevilla.

DOMINGO DE URRUTIA. Marinero de la *Trinidad*, natural de Lequeitio (Vizcaya). Como todos los miembros de la expedición, Urrutia vive situaciones excepcionales. Sin embargo, las relacionadas con la parte final de su peripecia parecen extraídas de una novela de aventuras, cuando en realidad son ciertas y vividas. Su sueldo era de 1200 maravedíes al mes.



ÁLBER VÁZQUEZ (Rentería, 1969) ha publicado una veintena de títulos y es uno de los autores de novela bélica más reputados del momento. Se ha especializado en el siglo XVIII español y está considerado como una de las mayores autoridades en las guerras hispano-apaches que tuvieron lugar en Arizona, Nuevo México y Texas. Sobre este tema, además de *Guerras mescalero en Río Grande,* destacan sus novelas *Resiste Tucson* y *Largo camino hacia Zuni Pueblo*.

Ha publicado con gran éxito *Mediohombre. Blas de Lezo y la batalla que Inglaterra ocultó al mundo, Guerras mescalero en Río Grande, Muerte en el hielo. La novela del San Telmo y los españoles que descubrieron la Antártida* y *El adelantado Juan de Oñate, y la búsqueda del reino perdido de Quivira*.

Además, es uno de los autores de novela negra más sorprendentes del momento. En 2015, publicó *Hambre a borbotones,* una obra que sacudió el género y que le hizo merecedor de ser finalista en la Semana Negra de Gijón. Cuando no escribe, corre maratones.

Notas

[1] El tonel es una unidad de medida utilizada para medir la capacidad de carga de un buque. Se corresponde casi exactamente con una tonelada. <<

[2] Una legua marina se corresponde con 5,5 kilómetros. <<

[3] Segundo de a bordo. <<

[4] La figura del sobresaliente carece de equiparación moderna. Se trata de una persona que va a bordo sin que su presencia sea necesaria para la navegación. No paga pasaje, sino que, al contrario, recibe un pequeño salario a cambio de sus labores. Estas labores pueden ser de cualquier tipo, pero están más relacionadas con la atención a la oficialidad que con el gobierno de la nave. <<

[5] El espacio oceánico entre Cádiz y las islas Canarias. Se lo conocía así porque las aguas suelen estar habitualmente revueltas y el ganado que las naves pudieran llevar a bordo se mareaba irremediablemente. <<

[6] Pequeña cubierta que las naos tenían en la parte de popa y que se hallaba elevada sobre la cubierta en sí misma. <<

[7] Supervisor. A Cartagena lo nombró el propio rey Carlos I para que fuera sus ojos en la expedición. Tenía el mandato de asegurarse de que Magallanes no se extralimitara. <<

[8] Aunque no existe una referencia precisa que lo atestigüe, se hallan frente a las costas de Guinea Conakry. <<

[9] Cuadradas o rectangulares. Se cree que las cinco naos de la expedición llevaban velas cuadras. <<

[10] Instrumento para gobernar el timón. Se trata de una palanca vertical del tamaño de un hombre que se acciona a izquierda o derecha para que la nave caiga hacia la banda de babor o de estribor. Las naos carecían de rueda de timón, pues se inventó mucho más tarde. <<

[11] Juana I de Castilla, llamada la Loca. Permaneció recluida gran parte de su vida aunque nunca perdió la condición de reina. <<

[12] Se encuentran, muy probablemente, a unos cincuenta kilómetros frente a la costa en la que hoy se ubica la ciudad brasileña de João Pessoa, la más oriental del continente americano. <<

[13] Según el tratado de Tordesillas, España y Portugal se repartieron los océanos y cualquier tierra del mundo que se descubriese. Pese a la dificultad de calcular, con las herramientas de la época, la línea que separaba las dos demarcaciones resultantes, Magallanes estaba seguro de encontrarse todavía en la zona portuguesa, como de hecho así sucedía. <<

[14] Desconocemos con certeza con qué pueblo nativo se encontraron los expedicionarios en Río de Janeiro, aunque es probable que fueran tupinambás o guaraníes. <<

[15] Todos los expedicionarios utilizaban siempre arcabuces de avancarga. <<

[16] Vasquito prueba la mandioca. <<

[17] Se encuentran frente a Punta del Este, en Uruguay. El mar dulce de Solís es el Río de la Plata, un estuario de 320 kilómetros de largo. <<

[18] Montevideo. <<

[19] Se encuentran frente al actual Buenos Aires. <<

[20] La braza es una medida imprecisa que medía la profundidad del agua. Se corresponde con la longitud entre las puntas de los dedos de un hombre con los brazos abiertos. En la práctica, se asume que es algo más de 1,50 metros. <<

[21] Se encuentran en la embocadura del río Uruguay. <<

[22] Se encuentran en la Bahía Blanca. <<

[23] La península Valdés, ya en plena Patagonia argentina. <<

[24] Los españoles llaman ocas a lo que son pingüinos. Sin la menor duda, los expedicionarios son los primeros hombres blancos que ven pingüinos. Mantendremos la denominación original para no adulterar el relato. <<

[25] Los arcabuces de avancarga cuentan con una mecha (un trozo de cuerda) que debe estar encendida para que, al apretar el disparador, esta golpee en la cazoleta e inflame la pólvora. Si la mecha se apaga, no se produce el disparo. <<

[26] Desde que avistaran tierra americana por primera vez, han realizado un viaje de más de 6000 kilómetros. En total, desde Sanlúcar de Barrameda, llevan cubiertos unos 12 500 kilómetros. <<

[27] Tanto el lugar como el río en el que se hallan se siguen llamando Santa Cruz. Están a 125 kilómetros al sur del puerto de San Julián y a solo 250 kilómetros al norte del estrecho de Magallanes. <<

[28] El hombre con el que los expedicionarios se topan es un tehuelche. Los tehuelches fueron un pueblo amerindio de la Patagonia progresivamente desplazado en el siglo XVIII por los mapuches. Contactan por primera vez con los hombres blancos en el transcurso de esta expedición y son los españoles los que les otorgan el nombre de patagones. Pathoagón es un gigante que aparece en la novela de caballerías *Primaleón* escrita por Francisco Vázquez y publicada en 1512, muy popular en la época. Surge así el mito de los gigantes patagónicos, uno de los más vívidos en las mentes europeas de los siglos posteriores. De esta forma, no solo los españoles avistan o toman contacto con gigantes patagones, sino que los ingleses también lo harán y en varias ocasiones. La versión más razonable al respecto es que verdaderamente los expedicionarios españoles se toparon con indígenas muy altos, de más de 1,90 m, hecho que la antropología moderna reconoce. Dado que los españoles y portugueses del siglo XVI no tenían una estatura media superior a 1,50 m (Magallanes tiene fama de ser especialmente bajo), les llamó mucho la atención encontrarse con hombres treinta o cuarenta centímetros más altos que ellos. La exageración amarillista de Pigafetta hace el resto y terminan convertidos en auténticos gigantes de leyenda. Los tehuelches se hallaban tecnológicamente muy atrasados y apenas tenían conocimientos propios del neolítico. <<

[29] Los expedicionarios se encuentran con un guanaco. <<

[30] El nombre científico del cormorán cuello negro es *Phalacrocorax magellanicus*. <<

[31] La bahía de Todos los Santos se llama en la actualidad bahía Posesión y, efectivamente, constituye la entrada atlántica al estrecho de Magallanes. <<

[32] Han atravesado la primera angostura y se encuentran en la bahía San Felipe, de 30 kilómetros de ancho y 35 kilómetros de largo. Actualmente, todo el territorio pertenece a Chile. <<

[33] Los expedicionarios llamarán Tierra del Fuego a aquel paraje, como es conocido hasta hoy. <<

[34] Dentro del estrecho de Magallanes, las distancias son asombrosas. Sin titubeos y conociendo el camino, el trayecto desde un extremo al otro suma casi 600 kilómetros. Teniendo en cuenta que exploraron muchas rutas erróneas, la distancia final sería muy superior. <<

[35] Continúa llamándose así. <<

[36] Se trata del tramo final del estrecho de Magallanes, de casi 300 kilómetros de longitud. <<

[37] Están a la altura de Valparaíso, Chile. <<

[38] En esta primera parte de la travesía del Pacífico, recorren casi 10 000 kilómetros en poco menos de dos meses. <<

[39] Hoy en día, la isla se llama Pukapuka y pertenece a las Islas Cook, un pequeño estado asociado a Nueva Zelanda. <<

[40] La enfermedad que sufren los expedicionarios es el escorbuto, una afección provocada por la ausencia de vitamina C. El escorbuto se supera fácilmente consumiendo alimentos frescos, algo de lo que carecían a bordo. No obstante, hasta el siglo XVIII no se descubre la relación entre la fruta fresca y el escorbuto. <<

[41] Actual isla de Flint. Se trata de un minúsculo atolón deshabitado que pertenece a la República de Kiribati. <<

[42] La isla de los Ladrones es la actual Guam, un territorio no incorporado de los Estados Unidos. La distancia que han recorrido entre la salida del estrecho de Magallanes y la isla de Guam es de 19 000 kilómetros. <<

[43] Llegan a Homonhon, en las Filipinas. <<

[44] Desembarcan en la isla de Leyte, Filipinas. <<

[45] Mindanao. <<

[46] Mapun, Filipinas. <<

[47] Palawan, Filipinas. <<

[48] Navegan por el mar de la China meridional, denominación que surge posteriormente. <<

[49] De esta forma lo identifica Antonio Pigafetta. Se corresponde, casi con total probabilidad, con el quinto sultán de Brunéi, Bolkiah, que gobernó entre 1485 y 1524. <<

[50] El Maluco, la especiería, son las islas Molucas, pertenecientes a Indonesia. <<

[51] El tratado de Tordesillas solo hacía alusión al hemisferio conocido del mundo. Por eso, en 1529 se complementará con el tratado de Zaragoza, donde se traza el antimeridiano de Tordesillas, situado 297,5 leguas al este de las islas Molucas. <<

[52] 27,6 toneladas. <<

[53] 26 660 kilómetros. <<

[54] 46 toneladas. <<

[55] Todas las denominaciones las ofrece Pigafetta. Como muy probablemente las está transcribiendo a partir de lo que los pilotos nativos le van contando, es muy difícil identificarlas. En cualquier caso, se trata de islas que se encuentran entre el mar de Molucas y el mar de Banda. <<

[56] La isla de Moa, en el pequeño archipiélago de las islas Leti. Los expedicionarios se encuentran a escasos 400 kilómetros de la costa de Australia, continente que no descubrirán por poco. <<

[57] Molusco xilófago que habita en el mar. <<

[58] La distancia entre Timor y Sanlúcar de Barrameda es de 25 000 kilómetros. <<

[59] 5200 kilómetros, a una media aproximada de 180 kilómetros diarios. Teniendo en cuenta que en los primeros días realizan trayectos cortos hasta abandonar el mar de Savu, hubo jornadas en las que cubrieron 250 kilómetros, puede que incluso más. <<

[60] Vietnam. <<

[61] La distancia que recorren desde Timor al cabo de Buena Esperanza es de 12 500 kilómetros. <<

[62] Llegan a la isla de Ámsterdam, de la cual son descubridores. Hoy en día, pertenece a Francia. <<

[63] Actualmente, se llama Great Fish River y se encuentra en Sudáfrica. <<

[64] 1500 kilómetros. <<

[65] 2220 kilómetros. <<

[66] 1610 kilómetros. <<

[67] 360 kilómetros. <<

[68] 25 000 kilómetros. <<

[69] 77 770 kilómetros. <<

ÍNDICE

1. Un mundo sin portugueses
2. Cuatro marineros embarcan
3. El hombre de la mirada alucinada
4. Últimas noticias antes de continuar viaje
5. Mal empezamos
6. Calma chicha
7. Sálveos Dios
8. Magallanes da un golpe sobre la mesa
9. En aguas americanas
10. El edén brasileño
11. Dos amigos
12. Orden de reembarco
13. El mar dulce de Solís
14. La exploración de la Santiago
15. Ocas y monstruos infernales
16. Llegada al puerto de San Julián
17. La rebelión
18. El castigo
19. Arribada al puerto de Santa Cruz
20. Un encuentro inesperado
21. El final de la Santiago
22. El ataque de los gigantes
23. El tránsito
24. La batalla de la Patagonia

25. Fantasmas y portugueses
26. Un escarmiento ejemplar
27. El cabo de las Once Mil Vírgenes
28. El filo de un continente
29. La travesía del Pacífico
30. Cebú y Mactán
31. Llanto en Bohol
32. Días de hambre y opulencia
33. Bienvenidos al Maluco
34. Dos mil quintales de clavo y una decisión
35. Saciados de comidas impensables
36. El infierno
37. Hombres libres tan siquiera sujetos al tiempo
38. El error de Cabo Verde
39. La travesía final hacia casa
40. El hacedor de luz
Cronología de la primera vuelta al mundo
Personajes principales de la primera vuelta al mundo